Roberto Perdía

Montoneros

El peronismo combatiente en primera persona

"Un libro que rinde cuentas y exige cuentas."
Vicente Zito Lema

Espejo de la Argentina
Planeta

Portadilla
Legales
Agradecimientos
Prólogo
Capitulo I. Primera Resistencia
Capitulo II. La Segunda Resistencia
Capitulo III. Cómo era aquel peronismo
Capitulo IV. La primavera camporista
Capitulo V. Interinato de Lastiri y tercer gobierno de Perón
Capitulo VI. La Triple A: ofensiva imperialista y debilidades peronistas
Capitulo VII. Golpe de 1976: gobierna la Doctrina de Seguridad Nacional
Capitulo VIII. Las democracias condicionadas en una nueva estrategia imperial
Capitulo IX. Del «¡Que se vayan todos!» (Argentinazo) a los K
Capitulo X. Resistir construyendo y pensando en las próximas generaciones, no en las próximas elecciones
Epílogo. Honrar la vida
Glosario

Roberto Perdía

Montoneros

El peronismo combatiente en primera persona

Perdía, Roberto Cirilo
Montoneros. - 1a ed. - Buenos Aires : Planeta, 2013.
E-Book.
ISBN 978-950-49-3259-8
1. Historia Argentina
CDD 982

© 2013, Roberto Cirilo Perdía

Diseño de cubierta: Departamento de Arte del Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Ilsutración de cubierta: Archivo general de La Nación / Dpto. Doc. Fotog´raficos

Diseño de interior y corrección: Esteban Bértola

Todos los derechos reservados

© 2013, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-3259-8

Para todas las sabinas y los sahides, los nietos de la Generación del 66.
Ellos son los destinatarios de aquellos sueños y estas esperanzas.

Agradecimientos

A los innumerables compañeros que en diversas charlas, en diferentes tiempos, ayudaron a despertar mi memoria sobre los hechos vividos.

A todos los que hicieron posible la publicación de *La otra historia* (Agora, 1997), que sirvió de base para este trabajo y sin el cual rememorar muchos acontecimientos hubiera sido imposible.

A Alejandro Horowicz, paciente y amigable editor de aquel y este libro.

A Guillermo Caviasca, editor de ¿Que se vayan todos? (El Río Suena, 2011), quien me convocara para una colaboración que también aportó a esta publicación.

A Alejandro Tarruella y Diego Mileo que insistieron en la necesidad de este libro y contribuyeron a crear las condiciones materiales que permitieran llevarlo a la práctica.

A Beatriz Eugenia López, María Isabel Murphy y Eduardo Silveyra por el compromiso y esfuerzos asumidos, por las horas y ganas dedicadas.

A Gustavo Franquet, Ana Jaramillo, Carlos Martínez y Alicia Pierini que leyeron, criticaron y aportaron.

A Marina González y Fernando Franquet que, desde los pensamientos y la militancia de la actual generación de jóvenes, también leyeron, criticaron y aportaron.

En las/os compañeras/os y amigas/os Carlos Aznárez, Verónica Heredia, Carina Maloberti, José Luis Puppio, Eduardo Soares, Rolando Zanetta, sintetizo la colaboración, consejo y aportes de todos los que me hicieron llegar su apoyo junto a ideas, propuestas, libros y otros materiales bibliográficos.

A Vicente Zito Lema, por su brillante y poético prólogo; a Regine, su compañera, por la comprensión y apoyo manifestado.

A los historiadores Roberto Baschetti y Javier Salcedo, por la colaboración prestada y los materiales facilitados.

A mi familia, a mi hija Amor Victoria, a Dante y particularmente a mi compañera Amor, por la ayuda y comprensión. Muy especialmente por soportar mis diferentes estados de ánimo durante los largos meses que estuve enclaustrado en esta obsesión.

A la memoria de los miles de compañeros que ya no están y cuyos rostros son identificables en cada una de las palabras.

Buenos Aires, 11 de marzo de 2013.

PRÓLOGO

Preludios para un libro de historia

Primera anotación

> *El cronista que narra los acontecimientos sin distinguir los grandes de los pequeños tiene en cuenta la siguiente verdad: nada de lo sucedido está perdido para la historia. Sin embargo, solo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado. Esto quiere decir: solo la humanidad redimida será capaz de hacer comparecer al pasado en cada uno de sus momentos. Cada uno de sus instantes vividos se convierte en una «citation à l'ordre du jour»: ese día es precisamente el dia del Juicio Final.*
>
> WALTER BENJAMIN

Hay tiempos de la historia en que la huella de estar vivos, el resplandor dialéctico de la vida, trasciende como sueño y se confunde con la propia conciencia de la muerte.

Somos la muerte, decimos, desafiantes, hasta con alegría, porque la verdadera tragedia, la que nos corresponderá en carne propia, todavía no es pensable como acto, sigue siendo idea. La razón depende del apetito.

«Perón o muerte», gritábamos... «A vencer o morir por la Argentina», volvíamos a gritar. Nadie llamaba al martirologio, la gloria se presentaba con la frente celeste, ni siquiera una mancha real de sangre. No se negaba el dolor de la historia, ninguno de los convocados construía sin memoria, por fuera del legado, pero el resplandor de la nueva aventura, su heroísmo, convertía al sufrimiento en gesto romántico; al duelo en un símbolo estético, en una alegoría. Hasta el propio ropaje de la mismidad se desvanecía tras las figuras genéricas de pueblo, patria, revolución, clase obrera...

La vida y la muerte eran el mismo y único movimiento que partía de la tierra sin más límites que los cielos. Queríamos trascender como conjunto, una unidad donde el yo se llamara nosotros, la originaria totalidad renaciendo en cada cuerpo, el ayer envolviéndonos con las caricias de lo perfecto y el hoy convertido en el camino del sacrificio hacia el mañana, como nunca nuevo y venturoso. Absoluto.

El abismo que suele separar los sueños de la cruel realidad social cedía ante nuestra voluntad: nos habíamos puesto botas de gigantes, o alas, como aquellos ángeles que acompañaron nuestra mejor niñez...

Han pasado los años y aquí estamos. Saliendo a duras penas del naufragio con la espalda cargada de los que han quedado bajo las aguas, mientras el espanto de lo que ha sido aún nos tironea y tironea, y por momentos también nos hunde bajo una línea de flotación que ya no sabemos si pertenece al reino de la tierra o al de los cielos.

El pasado está allí. La muerte al fin se sentó en nuestra mesa. Todavía estamos aprendiendo a caminar. Y ella va y viene, su maldita gracia no para. Corre y vuela. Mostrarse sin poses ni autoexculpaciones, desnudos, hasta débiles en el medio del camino. Y contar, simplemente contar, lo pequeño y lo grande, la gloria y el pecado, tal vez sea el último gesto posible.

La dignidad en el adiós a una historia, como espacio indefinido, siempre expuesto, nunca terminado, haciéndose y haciéndose, tan propia y de muchos. Un punto final que no se borronee ante la tormenta que no cesa, obstinada y cruel.

Un acto, sí; decir y decir en la humildad que nos socorra hasta terminar de pagar la deuda: haber sido tremendos soñadores, vivir los deseos, demasiados y grandes frente a la oscuridad dolida de la historia.

Segunda anotación

> *La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos se disponen precisamente a revolucionarse y a revolucionar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.*
>
> KARL MARX

Si la nueva vida no nace, si a pesar de todos los esfuerzos y estrategias —que incluyen apropiarse de los lenguajes, enseñanzas, épicas y tradiciones históricas— la derrota sigue reinando. Porque todavía el pasado es nuestra derrota, el enemigo no ha dejado de vencer, y los efectos de su triunfo se reiteran y expanden ostensiblemente más allá del tiempo que nos tocó significar como generación...

Si el salto de calidad revolucionaria; si el bien de naturaleza civilizatoria humanística no se produce (en tanto el poder de la riqueza sigue en las mismas manos y son los mismos los que llenan con hiel de pobreza sus vidas, por fuera de tapujos y remiendos); qué será de ahí en más de los sobrevivientes, con los que, quieran o no, han sido

puestos de espaldas en el tiempo de sus batallas... ¿Qué hacer con una realidad que los instituyó y ya no existe, que es frustración, dado que el futuro duró un suspiro, se escurrió como fuego y como agua entre las manos?

Hasta dónde hurgar en el ayer, que es una carga que ata e inmoviliza, porque en definitiva lo que pudo ser no fue y el presente tampoco puede suplantar al pasado, ni responder por ese pasado, en su relato cada vez más perfecto, ni convertir al presente, siempre acuoso y desconfiable, penado sin pausa por sustituto, en capítulo de una historia, terrible pero conocida, donde la evocación corre el riesgo de confundir lo siniestro con maravilloso.

Es elemental que el hoy frente al ayer nos enseñe a palos que las fuerzas productivas son otras, las relaciones de poder son otras, las experiencias son otras, los deseos y los cuerpos que avivan los fuegos son otros... La historia no se repite, ni se prolonga, ni se hereda, siempre se construye. Porque es otra, nadie se baña dos veces en el mismo río. Así entonces vuelve el arduo y hasta monótono sinfín de la pregunta: ¿qué pasa con los sobrevivientes cuando el pasado se ha perdido, el presente se torna ajeno y el futuro corre riesgo de trastocarse en un mar de consuelos e ilusiones que resbalan sobre el espejo de la realidad?

¿Solo queda recordar? ¿Apenas, y en el mismo estilo, rendir cuenta de los actos, legitimarnos con la historia, ese río de los muertos que lava todas las almas? ¿Dudar e interrogarnos sin piedad, con la misma angustia del cuerpo frente a su sombra, sabiendo que quien pregunta ya sabe?

¿Tendremos fuerza, la oportunidad de dar un paso al costado, que no es escapar de la historia sino abrir un inédito capítulo para que las nuevas generaciones construyan su propia historia sin el peso de nuestras derrotas?

Está escrito: hay una historia que se está por construir. Porque, y es vulgar decirlo, la función de la historia debe continuar, no se suspende por duelo ni fiesta, habrá nuevas escenas, con más pasión que pericia, con más furor que tradición, tal vez con el simple fanatismo del recién llegado, con memoria y desde la memoria, a pesar de la inocencia, el desprecio o la negación, y la montaña de errores.

A nosotros nos queda mirar hacia el mañana con la esperanza de que aquello plantado por nuestras manos en la tierra irredenta, por más antiguas o más nuevas manos, se convierta en fruto y regocijo, allá en ese alba que siempre deviene tras las oscuras tormentas de la historia.

Tercera anotación

La guerra es eterna entre la luz y las tinieblas

EZRA POUND

Lo escrito hasta ahora son los primeros pensamientos que vinieron en torbellino a mi cabeza, son las citas transcriptas con la misma urgencia y apenas tiempo para precisar; es mi necesidad de respuesta después de leer de un tirón, y a pedido del autor, los originales de este libro.

Leer, se dice, es vivir mil vidas.

¿En cuál de ellas estamos aquí, nosotros que no fuimos ajenos al combate cruel, los que conocimos cara a cara a muchos de los vivos y a tantos de los muertos, que ya son muchos más, que pueblan entre todos, con amores y dolores, panes y vinos, las páginas, y las calles, las plazas, los barrios, las ciudades, las sillas, las camas, y las tumbas y los cielos de estas historias, de este libro?

Aquí estamos, mientras pasan las horas y los días, a caballo de las nubes, con cientos de páginas leídas más de una vez en las manos, y renovadas sospechas y certezas en la cabeza, y pasiones y dolores en el alma.

Aquí estamos, en la ciudad de Ámsterdam, donde el azar o el destino marcó nuestros pasos en el exilio, y donde ese azar o ese mismo destino nos llevan nuevamente y bajo la misma lluvia, que nunca tuvo fin, enfrentando este libro de Roberto Perdía que nos recuerda, dura y hasta ferozmente, que el pasado está allí, golpeando con sus alas contra el olvido, y que seguirá viviendo en el autor, y en mí lector, y en miles de otros lectores, porque ya no existen nuestras vidas sin el pasado, lanzando a borbotones la misma cuestión que deja el libro en nuestras bocas: ¿valió la pena? ¿Valió la pena ese tiempo que se abrió a *contrapelo de la historia* sobre cielos que se tocaron con las manos, con infiernos que se abrieron en el final del camino?

Aquí estamos, con un libro que se constituye en el primero de nuestros libros, cuando a duras penas uníamos las palabras, ansiosos de lo que vendría, angustiados por lo que dejábamos atrás.

Hay libros que transmiten su huella. Que se obstinan en advertirnos lo que ya sabemos pero no sabemos: sin la historia como espacio de luz, como tiempo donde la única señal de vida es rendir cuenta de los actos, nada crecerá de buena eternidad sobre el olvido.

A veces lo dejamos de lado: cuando la luz se desvanece, las tinieblas somos nosotros mismos.

Cuarta anotación

La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio.

Un libro puede nacer como un acto extremo de soledad y quedar en el silencio, o bien convertirse en una sinfonía de voces, no necesariamente uniformes ni ajustadas, convocadas por el amor o por el odio, pero nunca indiferentes. He aquí también este libro, tal es la esencia, su naturaleza o materialidad explícita, como quiera verse, que termina por convertirse en un libro de otros. Y no es poco mérito, acaso sea el mayor mérito de cualquier libro. Que nos despierte, sacuda o provoque, acaso esta sea la mejor palabra. Hay tantas resonancias, identificaciones, rechazos, preguntas y respuestas que, inexorablemente, cada lector, lo vislumbro, terminará siendo el escritor complementario de este libro. Cada lector necesitará decir lo suyo, legitimarse históricamente, tanto como el propio y originario autor. Se abrirán múltiples diálogos, lo imagino, se construirán vínculos de afecto, se desatarán emociones, abundarán las mistificaciones, proyecciones y obstáculos epistemofílicos. Existen, en la historia por donde avanza este libro, demasiadas razones y pasiones para quedar al margen del navío, o para dejar de ser el agua del navío. El silencio suele ser el mayor enemigo de la historia y este libro contribuye a que ese silencio se rompa y, en un tiempo preciso, cuando muchos de los protagonistas, tal el caso del autor y de los probables y múltiples lectores, están en pie para decir: esto fue así o esto no fue así o, incluso, esto debió ser así. El silencio queda atrás, aun cuando el dolor de esa etapa histórica por la cual volvemos a caminar desde el recuerdo nos atrapa y hasta nos ahoga. O acaso podemos olvidar que somos parte del naufragio... Que guste o no, nos hemos convertido en el símbolo de un país de náufragos, del que también son parte los muertos.

He aquí otra de las cuestiones que surgen del libro: ¿qué hacer con la soledad impiadosa de los muertos, cuando la muerte está viciada de sentido en un país perdido para el amor? ¿Qué hacer con el silencio que aturde de los vivos, perdidos en el laberinto y con el cielo tapiado, sin construir, sin pronunciar por miedo o por impotencia, al final da lo mismo, las nuevas palabras que desaten el nudo, que abran la puerta, que despejen el cielo?

Dicho de otra manera: hasta cuándo la derrota del ayer seguirá derrotando al presente del mañana.

O también: lo que fue no deja construir lo que será, su reflejo es muy pálido mientras no se modifique el hoy, que frente al deseo perdido siempre es escaso y pobre, y por lo tanto impedimento para que el mañana resucite las muertes que fueron y la manera en que fueron y no debieron ser.

He aquí la necesidad de un libro: también el silencio languidece la

realidad, como una luz al salir de una caverna...

Quinta anotación

> *Me duele demasiado el dolor de los pobres, de los humildes, el gran dolor de tanta humanidad sin sol y sin cielo como para que pueda callar.*
>
> EVA PERÓN

El libro y los papeles quedan sobre la mesa. Aquí termino mis anotaciones, lo que no termina es la lluvia, que poco permite distinguir la luz de la oscuridad.

Hablo de un libro, anticipamos, profundo, extenso, atrevido, discutible, polémico; un libro documentado en la investigación y legitimado en los actos de vida que aquí se relatan; un libro que rinde cuentas y exige cuentas; un libro que responde preguntas abiertas y dispara necesariamente nuevos y múltiples interrogantes, que vendrán de buena y de mala forma, nunca neutrales, porque las heridas no cicatrizaron, ni siquiera dejaron de sangrar, y estamos ante un cuerpo social, pero mucho más, hay cuerpos de víctimas y victimarios, con rostros y nombres propios, hay tragedia por donde se mire, hay pasiones tristes y alegres que enmarcan y disputan el sentido a toda razón, a cualquier filosofía, aun la de la praxis.

Hablamos, vamos y venimos sobre un libro que es un espejo para una cascada de rostros amigables y desencajados, capaces de dar cuenta de todos los apetitos, también la ira y la venganza y, por qué no, hasta hay un rostro con sonrisa de nostalgia por aquellos *viejos tiempos*…

Es un libro que traza una nítida divisoria de aguas entre la memoria, esa puerta que se abre al sentido de los actos, y el olvido, esa otra puerta que las manos del miedo, la soberbia y a veces la simple y poderosa envidia, cierran para la historia.

Estamos con este libro ante un atrapante testimonio de vida destinado a producir complejas reacciones en otras vidas; no se olvide que, tal como el autor lo detalla, se trata de la vida de uno de los principales responsables de una organización político-militar, Montoneros. Que, por su envergadura —de actos y de prédica—, ha dejado su señal histórica en ese espacio tan vasto y nunca terminado de definir que conocemos como Tercer Mundo, inaugurando páginas de discusión en la teoría revolucionaria y sobre las sendas de la liberación nacional de los países dominados, dando una nueva vuelta de tuerca al concepto de lucha de clases, las resistencias populares, la vigencia del capitalismo, las prácticas imperiales e, incluso, a las relaciones entre violencia y contraviolencia, entre ética y política y el concepto histórico de los

derechos humanos, cuyo real marco y significación sigue siendo materia de disputa.

Tampoco es menor afirmar que este libro remite en su significación plena a la aparición del movimiento peronista y la ideología del nacionalismo revolucionario, con momentos fundamentales como la figura histórica del propio Perón, sus conflictos con el imperialismo, su rol en las distintas etapas de sus gobiernos y en su destierro, el nacimiento y auge de la bien llamada Resistencia Peronista, la aparición histórica de la Juventud Peronista y sus primeros actos armados, todos momentos que anteceden, marcan, presagian, condicionan y aún pesan en las cuentas saldadas y no saldadas de la continuidad histórica de Montoneros.

Desde otra mirada, este libro se caracteriza —y muy bien— por la posibilidad que abre al lector de ir por las suyas a través de los distintos capítulos, movidos por la necesidad, la ansiedad o la misma razón, organizando un orden de lectura particular. Ello no es arbitrario, ya que el mismo autor desborda el orden cronológico definido, transcurre libremente por la historia, con grandes saltos, incluso en forma espiralada, para ser de pronto minucioso y ordenado y, simultáneamente, trabajar con la parte y el todo y después con el todo y las partes. Así, tienen lugar y cobran parejo valor el dato informativo y el análisis ideológico o político, la anécdota que define a un personaje o el documento que fundamenta una postura radical ante la historia, surge un recuerdo íntimo o familiar del autor y luego el registro severo del Terror del Estado, la Guerra de Malvinas, las secuelas constantes de un *tiempo de asesinos*.

No todo es mirar hacia los otros, el autor habla de su propia historia, expone su subjetividad y avanza luego hacia la formación de los Montoneros, desde el propio interior de la trama, con sus logros y retrocesos, sus ímpetus y fatigas, hasta abordar el enfrentamiento con Perón, la trágica contraofensiva contra la dictadura y el desmembramiento sin pausas que desemboca en la desaparición histórica. Por supuesto, no falta el recuerdo a los héroes propios y las semblanzas sin piedad de los responsables de la gran tragedia social.

En ese contexto, la clase política, en el lenguaje del autor, es analizada sin miramientos, casi con desprecio y percibida como sin futuro.

De los mitos políticos, de los grandes nombres históricos, la única figura que se salva sin mácula ni contradicciones es Eva Perón; todos los demás serán tratados con dureza, sin mayor piedad, cuestión esta que seguramente dará pie a distintas represalias discursivas.

El autor logra así un fresco vivo de una etapa fundamental de la

historia argentina y no se queda allí, ya que se lanza a los nuevos desafíos, ligados con inéditos emprendimientos de economía social, las alternativas frente al capitalismo en crisis y las posibilidades de enfrentar la destrucción apocalíptica de la naturaleza, en el marco de una soñada y revivida *Patria Grande*.

Notas complementarias, surgidas a lo largo del libro

> *En la práctica sucede que nuestra teoría ha galopado kilómetros adelante de la realidad. Cuando eso ocurre, la vanguardia corre el riesgo de convertirse en patrulla perdida.*
>
> RODOLFO WALSH

...Bien se ha dicho: todos los movimientos sociales de la historia, para no ser sospechados de advenedizos, se ven obligados a buscar una estirpe y exhibirla. Las consecuencias son complejas, hasta imprescindibles. Buena parte del entusiasmo social que despertó Montoneros está aliado a su nombre y significación histórica.

...Al buscar el sentido de un momento histórico, el momento vuelve a construirse, tan fugaz y eterno como era antes. Así, la historia es un necesario ejercicio de resucitación.

...Un historiador, en la medida que cuenta la historia que también protagonizó, con el legítimo interés de seguir influyendo en la praxis social, se hace cargo, obligado, críticamente, de sus responsabilidades personales y grupales. (Aquí es así, Montoneros fue un proyecto y práctica grupal.) Queda fundada la instancia para que otros digan, desde su medida política y conocimiento pertinente, si esa *autocrítica* en cuestión es real y suficiente. (Nuestra memoria trae al ruedo, como ejemplo, que no es único: los *Papeles* de Rodolfo Walsh, leídos hace casi 35 años en esta misma ciudad de Ámsterdam.)

...Ética y política: también aquí, en el libro —y más de una vez—, vuelve a plantearse la compleja relación, no resuelta, entre estas categorías. Lo que no admite dudas, y la historia lo acompaña, es que si un movimiento revolucionario pierde el comportamiento ético deja en la alcantarilla su causa de existencia. Hay algo para no olvidar: las organizaciones guerrilleras de la época dictaron sus códigos de moral y, jamás y sin excepción, aceptaron las prácticas de las torturas. Ese es el límite donde se terminan las disputas y se diferencian las violencias: no hay *razón de Estado*, ni poder en juego, ni ansiedad de triunfo, ni cantidad ni calidad que justifique un *mal necesario*.

...Comparto con el autor que las relaciones entre las distintas

organizaciones revolucionarias y los principales líderes sindicales enfrentados a las dictaduras de la época, fueron honestas, francas, incluso con notorias diferencias ideológicas y hasta de métodos pero, aun así, siempre respetuosas y fraternales. Muchas veces se dio la proclamada *unidad en la lucha*. Aquí la historia puede servir como crítica pero también como estímulo al cambio, frente a la situación del momento, especialmente en lo que se refiere a los movimientos sociales.

...Es interesante destacar el entrelazamiento y resignificación que el autor hace de la resistencia política, durante la dictadura, con distintos fenómenos culturales que aparecieron en el país, especialmente en la música popular. Habría que agregar a ello la activa producción artística surgida durante el exilio y, notoriamente, silenciada hasta el día de hoy.

...Partiendo de que la memoria sigue siendo un arduo campo de disputa, se percibe en el libro el deseo de avanzar hacia una propuesta de *rememoración*. O aún más, practicar una *Filosofía de la memoria.*

Se trata de una difícil tarea, por momentos casi imposible, cuando todavía nuestras pasiones obran desnudas. Habrá que superar la numeración y puesta a luz, arqueológicamente, de los actos del pasado que se juzgan, se condenan, nos indignan o celebramos, e indagar sobre el sentido profundo de esos mismos actos.

O sea: estamos ante un comportamiento más que moral o ideológico, de naturaleza científica, si aceptamos que la verdad, siempre comprometida y aun así, es el fundamento de la ciencia, que bien se sabe tiene sus ojos puestos en lo que vendrá.

...También el libro nos permite decir: no se construye el porvenir sin una conciencia viva de la historia, que como el agua de la existencia, como espacio inédito del ser, toca los talones, golpea en la espalda, limpia los ojos, y así sucesivamente hasta el último día de nuestras vidas.

Hubo un tiempo, en el país, en el que hemos dormido junto a la muerte...

...El autor parece anunciarnos de cara a los nuevos días: el peronismo se convirtió en mi punto de partida, pero no de llegada.
Lo que nos espera aún no tiene nombre definitivo. Y hay que instituirlo, significarlo.
La pregunta es: ¿será posible legitimarnos otra vez desde la historia

sin que nos atrape el pasado, con su angustia de muertes y derrotas? ¿Cuál es la justa medida del pasado?

...Hay que destacarlo: viniendo de una derrota en la que tiene responsabilidades (los muertos y desaparecidos fueron el cuerpo de la derrota), el autor no se evade de ella bajo el triunfalismo ciego que niega la grave relación de fuerzas en que sigue debatiéndose el país y su campo popular; tampoco se escuda bajo la perversa lógica de los dos demonios, o de las violencias simultáneas e igual de criminales (con lesa humanidad incluida). Distingue, y bien, entre violencia y contraviolencia. Dominación y respuesta.

La realidad se obstina en mostrarnos que el único demonio vigente, ayer y todavía hoy, es el que provoca con distintos nombres y ropajes pero igual sentido de sus actos, la exclusión de la vida, el apoderamiento forzoso de la dignidad del otro, el más débil, incluyendo el hambre y la humillación, justificando finalmente las nuevas prácticas antropofágicas y sus paradigmas culturales.

...La gran cuestión del sentido: este libro da sentido a una época de luchas, épicas cotidianas, donde muchos militantes sufrieron la persecución, la cárcel, las torturas, el exilio y la muerte. Un libro, alzado como un atalaya para mirar el presente, analizarlo, en lo político y social, en lo cultural estricto y en la posibilidad de construcción del futuro. Lo que existe hoy como realidad es la conciencia posible del ayer, las derrotas y los triunfos, que los hubo, ya que hasta a esa derrota volvemos a nombrarla: es también un triunfo frente a la realidad que vivía el país.

Guste o no, lo poco o mucho del presente como sistema constitucional, como democracia, como espacio para la vigencia de los Derechos Humanos, es consecuencia de las prácticas del ayer y de la imposibilidad, forjada socialmente, de revivir por parte de quienes lo necesitan, todo lo que fue el Terrorismo de Estado.

Nadie puede apropiarse impunemente de la historia. Hay demasiado sacrificio y dolor para practicar la usura sobre los cuerpos ajenos. Nadie puede arrogarse enteramente el pasado para su construcción personal, para su relato mistificado. Menos todavía los que no lucharon cuando era preciso, obligatorio por dignidad de vida. Y menos aún los que de una forma u otra lucraron con la muerte o, peor, fueron parte de ella, sea en silencio, sea a viva voz.

Este libro también nos recuerda esto.

Post Scriptum

No hay nadie que no viva angustiado en medio de enemistades, odios, iras y engaños, y que no se esfuerce, cuanto esté en su mano, por evitarlo. Y, si consideramos, además, que sin la ayuda mutua los hombres viven necesariamente en la miseria y sin poder cultivar la razón...

BARUCH SPINOZA

Cerramos el libro. Abrimos la ventana que da al Canal del Príncipe, convertido diariamente en el motivo de mis pasos. Siento que el viento que sacude las nubes y los patos golpea también nuestro corazón. Volvemos al libro.

El libro nos ha metido hasta con los huesos en la historia del país. Hemos bebido de las aguas que bajaron turbias, con la sangre y los barros del ayer. ¿Turbias y dolientes serán también las aguas que nos esperan?

¿Estamos preparados para la interrogación de la historia, para dar sentido a la memoria en la construcción del devenir?

Las muertes y los amores que nos han dejado, como en toda poética de la pasión, ¿nutrirán finalmente la verdad de estos días, que es donde celebramos el reencuentro del ayer con el hoy?

El libro nos tiene advertidos: la entrada al paraíso perdido puede ser el confín de un precipicio...

Y sin embargo, ¿no cerramos los ojos, no vemos cabalgando por nuestras pampas —y ya no importa qué día es ni dónde están nuestros huesos— a un hombre, a una mujer, jóvenes como nunca, con las fuerzas necesarias para soñar otra vez el mundo, moviendo entre las músicas ásperas del viento la bandera que ostenta con merecido orgullo: *naide es más que naide*?

VICENTE ZITO LEMA
Ámsterdam, enero de 2013

CAPÍTULO I

Primera Resistencia

La Resistencia es «el aguante» de los pueblos — Tiempos de niebla — Los ingleses festejan y Villa Manuelita no se rinde — La letra con sangre entra... — Una Juventud Peronista audaz y poco conocida — «Directivas Generales» y profecías — Los sindicatos y sus programas: protagonistas de la Resistencia — Primeros pasos: la búsqueda, en una larga historia — Los Uturuncos — Militancia estudiantil e influencias — El mundo exterior (rompió) llegó a mis fronteras — Frondizi: pacto y después... — «¡Perón Vuelve!» Las enseñanzas de un «retorno» frustrado — Oteando (probando) caminos (nuevos rumbos) — La Doctrina de Seguridad Nacional en el gobierno de Illia — Fin de una etapa

La Resistencia es «el aguante» de los pueblos

El *aguante*, esa vieja palabra castiza, tiene un múltiple valor simbólico en la que muchos jóvenes de estos tiempos han encontrado su forma de ser con el otro. Charly García le daría carácter de himno urbano: *Este es el aguante, este es mi lugar...* desde que lo estrenara en el «Estadio de Obras», hacia fines de 1998. Por eso no dudo que «la resistencia» es el *aguante de los pueblos*. Si fuera académico, probablemente usaría la palabra *resiliencia*, esa singularidad que nos viene de la psicología y que reconoce la capacidad de proyectar el futuro en medio de las condiciones más adversas, en vez de *aguante*. Pero a la resistencia plebeya de los argentinos no hay palabra que le calce mejor que *aguante*.

Qué duda cabe, que no podríamos hablar de nuestro siglo XX sin reconocer el peso que tuvo, durante la segunda mitad, la Resistencia Peronista. Desde 1955 hasta 1973 guerreó, de distintas maneras, para acabar con las diferentes formas de oprobio impuestas por quienes voltearon a Perón. El «Perón Vuelve»( ) fue su bandera y objetivo. En él se sintetizaban las esperanzas de retomar el camino de *los años felices*, de 1945 a 1955.

Esos dieciocho años de resistencia estuvieron signados por duras persecuciones y diferentes tipos de enfrentamientos. En medio de esa soterrada guerra social, hubo diferentes matices para alcanzar el objetivo del PV que unificaba luchas, pasiones y deseos.

Hubo una «Primera Resistencia» que arrancó en el mismo momento del golpe contra Perón. Con aquella victoria, los gorilas empezaron a

construir su derrota que debería ser, al final de ese camino, el triunfo de los humildes agraviados y humillados.

También existió una «Segunda Resistencia», que se iniciaría después de la llamada «Revolución Argentina» de 1966. Fue cuando los usurpadores de 1955 quisieron romper el círculo vicioso de una recurrente inestabilidad: imaginaron que «sus tiempos» se medirían en décadas.

Ciertamente que ambas resistencias no fueron idénticas, aunque sí igualmente necesarias. Sin la primera, centrada en los trabajadores y sus sindicatos, es posible que el peronismo hubiera sucumbido ante el salvajismo desatado. Sin la segunda, que incorporaría a nuevos sectores sociales y políticos, particularmente sus juventudes, es probable que el PV nunca se hubiera concretado.

Hay quienes, guiados por diferentes motivos, las contraponen. Al hacerlo olvidan la necesaria unidad popular y continuidad histórica para derrotar a los enemigos sociales. Esos errores tampoco contribuyen a acercar los tiempos que permitan alcanzar los sueños de aquella patria justa, libre y soberana que años después identificaríamos, en nuestros cánticos, con la patria liberada.

Aquí recuperaré ambas etapas de una resistencia que nos permitió alcanzar el ansiado PV.

Cuatro décadas después de logrado ese objetivo, nuevos desafíos asoman en el horizonte. Estos forman parte de un largo camino: es el que conduce a que nuestros pueblos se gobiernen por sí mismos. Es probable que tengamos que pasar por una construcción centrada en una nueva resistencia. Esta, ahora, no es contra uno u otro gobierno, sino contra el propio *sistema.**

Tiempos de niebla

Junio es un mes de neblina. Yo lo había aprendido en el campo cuando, *boyereando*,* tenía que buscar a los animales siguiendo el ruido del cencerro que colgaba del cogote de la yegua madrina.

Las costumbres urbanas del contralmirante Samuel Toranzo Calderón no le permitieron, quizás, prever ese detalle. Por eso tuvo que retardar el ataque de la Aviación Naval a la Plaza de Mayo.

Tres aviones, poco antes del mediodía del 16 de junio de 1955, bombardearon la Casa de Gobierno y el Ministerio de Guerra. Una de las bombas impactó en la Casa Rosada, Perón se salvó. Los que no se salvaron fueron los ocupantes de un trolebús de la línea 305 que iba de Puente Pacífico a Lanús. Serían entre 60 y 65 cadáveres, muchos de ellos niños que iban a la escuela. Pasaba por la Avenida Paseo Colón y

al llegar a Hipólito Yrigoyen recibió el impacto de una bomba que entró por el techo: murieron todos. (1) Pero esas no serían las únicas víctimas de aquellos hechos largamente ocultados, donde la inmensa mayoría de los muertos y heridos fueron civiles. En un enjundioso trabajo, Gonzalo Cháves procura rescatar su identidad, del olvido para la memoria. Las cifras son divergentes, arriesga el número de 350 muertos y miles de heridos. Pero recuerda que «350 muertos es solo un número, la muerte de cada uno de los caídos en Plaza de Mayo es la tragedia». (2)

En esa tarde desapacible no tuve clase de gimnasia en la canchita cerca del arroyo, allá en Pergamino, donde cursaba el segundo año del bachillerato en el Colegio Nacional. En la pensión donde vivía nadie sabía nada. Allí había ido a parar luego de haber cursado el primer año en el internado del Colegio San José de los curas salesianos en Rosario.

Mis padres me cambiaron de colegio porque con el enfrentamiento entre Perón y la Iglesia, producido a fines de 1954, tenían temor sobre lo que podría pasar.

Cuando todavía no había cumplido los catorce años, esas neblinas eran algo más que un fenómeno atmosférico. Eran el estado de ánimo ante acontecimientos que se incorporaban a mi vida sin que llegara a comprenderlos. Tampoco imaginaba el lugar que en el alma iba a ocupar esa acción genocida exacerbada pocas horas después.

Después de las cinco de la tarde y cuando ya se estaban rindiendo los cabecillas de esa rebelión, treinta y seis aviones y ciento veintidós oficiales volaron hacia el aeropuerto de Carrasco para buscar refugio en Uruguay. (3) Iba con ellos Miguel Ángel Zavala Ortiz, uno de los máximos dirigentes radicales, que luego sería canciller de Arturo Humberto Illia. En camino al exilio bombardearon todo lo que se moviera en la Plaza de Mayo. Lo que «se moviera» eran los civiles inermes que habían ido a curiosear, que circulaban por motivos particulares o que, espontáneamente, habían salido a defender a su gobierno.

Centenares de cadáveres y más de un millar de heridos quedaron en los jardines, la Plaza y las calles. Fracasado ese intento del mes de junio, luego del triunfo golpista del 16 de septiembre, dieron comienzo al revanchismo y la persecución.

Inicialmente asumiría la presidencia el general Eduardo Lonardi, un nacionalista católico que fuera quien proclamara aquello de «Ni vencedores, ni vencidos». Pero aun esto sonaba a concesión, que la furia oligárquica no estaba dispuesta a tolerar.

> El presidente no sabía aún —porque hubiera sido un acto de predicción no frecuente si fuera, en política, posible— que se estaba escribiendo con letras

de humo la primera regla del «juego imposible» que asediaría a la política argentina durante más de tres lustros: todo aquello que significase la posibilidad de un retorno relevante del peronismo no sería admitido. Todo aquel que lo permitiera [...] sería apartado. (4)

El 13 de noviembre Lonardi sería reemplazado por el general Pedro Eugenio Aramburu, más coherente con el odio gorila.

Por mi parte, tenía dificultades para entender esa escisión social, esa fractura irreconciliable que veía en todas partes. No me lo permitía una familia escasamente politizada, con un abuelo peronista, que había muerto hacía pocos años, y mi padre radical.

Mi propia vida adolescente aumentaba esa ambigüedad. Tenía mi tiempo repartido entre el trabajo en una estancia con mis padres, modestos aparceros primero y arrendatarios después, y largas charlas con los peones cuando, a caballo, recorríamos potreros o miraba cómo curaban animales.

Así fue como, sin saberlo, compartí las contradicciones del propio Perón cuando no encontraba la vuelta para integrar en una misma política los intereses diferenciados de dos sectores a los que necesitaba en su alianza: los peones y los pequeños productores rurales. Eso lo garabateé en algunos papeles en los que me anunciaba a mí mismo que buscaría «la justicia», palabra que inocentemente tenía asociada a la abogacía. Mis padres estaban dispuestos a hacer todos los sacrificios necesarios para que fuera ingeniero mecánico. Esa profesión había crecido en la estima de la gente de campo por dos motivos: porque durante la Segunda Guerra, ante la imposibilidad de importar, el renombrado ingenio argentino reemplazaba y mantenía máquinas y vehículos que no podían ingresar; y también porque la industrialización peronista había abierto los mercados para esa actividad.

En aquellos meses de 1955, en medio de aquella furia desatada, no me sentí parte de ningún sector y por ello quizás no comprendí esa irracionalidad.

De todas maneras, enterado de las derivaciones del llamado «acto popular» realizado en Pergamino el 23 de septiembre con motivo de la asunción de Lonardi, lo ocurrido no dejó de impactarme y causarme cierto temor.

Conocía a los muchachos de TEA, un agrupamiento cultural que funcionaba en el mismo Colegio Nacional donde yo estudiaba y que estaba fuertemente influenciado por el radicalismo.

Ese día, al frente de la marcha que desembocaría en la Plaza Merced, irían cantando: «Uno, dos y tres... el tirano ya se fue». No comprendía por qué, después, era destrozado no solo el local del Partido Justicialista, en San Martín y Estrada, sino también una sala de

primeros auxilios que funcionaba en el lugar.

Tampoco me convencían las explicaciones acerca de las razones por las que hicieron añicos el cartel luminoso de la terminal de ómnibus que la identificaba con el nombre de Eva Perón, ni mucho menos que arrancaran y arrastraran el busto de Evita. Decididamente no participaba de los sentimientos que llevaban a esos jóvenes a realizar tales actos.

Será por eso que no puedo compartir los comentarios que sobre esos hechos pronunció otro pergaminense, el ex diputado radical Carlos Mosca. En su libro dedicado al doctor Raúl Antonio Borrás, uno de aquellos protagonistas, dice: «Siente [Borrás] en ese momento algo muy parecido a una liberación, ya que como tantos otros argentinos había vivido la sensación de vivir atemorizado, de no poder expresar libremente sus ideas, de sentirse vigilado». (5)

Durante las jornadas de huelgas y ocupaciones que se sucedieron en las escuelas secundarias, solo fui un atento observador. No me sentía protagonista en esos escenarios donde placas y bustos recordatorios del «régimen depuesto» cedían su lugar a encendidos discursos contra «el tirano prófugo». Pocos días después y en la línea de esas ocupaciones se decretaba la intervención del Colegio Nacional. Profesores «adictos a la tiranía» fueron reemplazados.

Recuerdo al doctor Lucio Tezón, más tarde diputado radical, inaugurar su clase con un homenaje a Espartaco, a quien identificó con la «libertad recuperada». Al final de ese período lectivo, la *eximición* con cuatro sería el único novedoso premio para un año escolar enrarecido.

Un saldo de las movilizaciones producidas fue la constitución del Centro de Estudiantes. Luego de varias asambleas se formó la Comisión Constitutiva. Allí terminaron perfilándose tres sectores: el grupo mayoritario TEA, otro representativo de la Iglesia y un sector ajeno a todo encuadramiento, que comenzaba a participar en los debates. Formé parte de la primera Comisión del Centro de Estudiantes en nombre de esos independientes que no pertenecían a ningún sector organizado.

Comencé a hacer política, a dar algunos pasos, los primeros, y a conocer a la nueva dirigencia. En las movilizaciones estudiantiles se sentía la hegemonía de la Juventud Radical que reconocía su liderazgo en Borrás. Este sería, años más tarde, cofundador de Renovación y Cambio, corriente interna del radicalismo a través de la que el doctor Raúl Alfonsín alcanzaría la conducción de su partido. Durante la presidencia de Alfonsín, Borrás sería su ministro de Defensa.

Otros jóvenes de la zona, simpatizantes del radicalismo, frecuentarían

a este líder natural manteniendo con él una relación política. Entre ellos, el nicoleño Enrique Gorriarán Merlo y el pergaminense Luis Pujals, que luego serían dirigentes del Partido Revolucionario del Pueblo y del Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT y ERP). (6)

En otra parte de la vida y por esos mismos meses, el cine y los discos nos traían el *rock and roll* de la mano de Elvis Presley y Bill Haley y sus Cometas. Seguramente sus creadores no imaginaron el movimiento mundial que engendraría esa música.

Los ingleses festejan y Villa Manuelita no se rinde

Hubo dos hechos que, desde lugares opuestos, también formaron parte de aquel golpe de Estado contra Perón y que, a medida que los fui incorporando, me impactaron de una manera significativa. Se trata de la relación de los ingleses con ese golpe y la comprensión de aquel «¡Villa Manuelita no se rinde!». Allí encontramos dos paradigmas de lo que construyó y fortaleció los aspectos básicos del imaginario colectivo de nuestro pueblo.

Nadie duda que la mayor parte de las veces Inglaterra estuvo en la vereda de enfrente de nuestros intereses. Antes que la Patria fuera tal, adquirimos identidad peleando en las Invasiones Inglesas. Desde allí en adelante hubo muchos hechos, Malvinas incluidas, que justifican que hoy, en las gradas futboleras y en otras manifestaciones multitudinarias, se le recuerde el repudio popular. «¡El que no salta es un inglés!» es una expresión de esa legítima reacción.

En los años ochenta mientras permanecía en la clandestinidad, tuve algunas charlas con Oscar Alende, «El Bisonte»: este había cambiado notoriamente. Con el golpe de 1955 se había incorporado a la Junta Consultiva, un engendro gorila que asesoraba a los golpistas; un cuarto de siglo más tarde procuraba aglutinar a jóvenes progresistas en propuestas cercanas al peronismo. En una de esas conversaciones, en su casa de Banfield, apenas citaría, al pasar, la denuncia sobre la colaboración británica apoyando a los golpistas de 1955. Fue mucho más claro y rotundo cuando la formulara en la Cámara de Diputados, en la sesión del 28 de agosto de 1955. (7) Según estas y otras denuncias, (8) negadas por la bancada oficialista, el apoyo británico se concretó entre el 25 y 28 de julio en las proximidades de Puerto Madryn. Eso le permitió a la Marina gambetear la decisión de Perón en el sentido de quitar las espoletas a los proyectiles. (9) Estos datos avalan los dichos del golpista almirante Isaac Rojas: «El pueblo argentino puede estar tranquilo porque el país no gastó una sola bala, ya que desde el mar fuimos asistidos por la marina británica».(10)

Es sabido que todo lo dicho es absolutamente coherente con la posición británica respecto al peronismo. El principal portavoz de esas posiciones, Sir Winston Churchill, ha sido la máxima figura política que tuviera Inglaterra en el siglo XX. En 1945, cuando se reunían en Yalta* los «triunfadores» de la Segunda Guerra Mundial, sería Churchill el que dijera: «No dejen que Argentina se convierta en potencia. Arrastrará tras ella a toda América Latina». (11)

Cuando se produjo el derrocamiento de Perón su reacción no fue menos impactante. En un discurso en la Cámara de los Comunes, en septiembre de 1955, afirmó: «La caída del tirano Perón en Argentina es la mejor reparación al orgullo del Imperio, y tiene para mí tanta importancia como la victoria de la Segunda Guerra Mundial, y las fuerzas del Imperio inglés no le darán tregua, cuartel ni descanso en vida, ni tampoco después de muerto». (12) ¡Qué distinta fue la apreciación de nuestro pueblo humilde ante los mismos hechos!

Un ejemplo de ello fue lo que aconteció en Villa Manuelita, Rosario, (13) conocida desde las elecciones de 1946 como la «Capital del Peronismo». La ciudad fue «tierra de nadie» durante varios días. Finalmente los tanques impusieron el «orden». Pudieron quebrar las barricadas del centro pero no penetrar en el corazón de Villa Manuelita. Allí, en el sur rosarino, sobre la calle Abanderado Grandoli, por aquel entonces la única empedrada frente al frigorífico Swift, los trabajadores de la carne y sus mujeres resistieron el avance de policías y tanques del Ejército. En el imaginario popular del barrio hubo una imagen que quedó grabada por muchos años, y dice la leyenda que su protagonista fue una mujer. Que primero lo hizo en soledad y que luego se sumarían varias más. Las recuerdan con sus blusas desabrochadas y pechos al aire, peleando por su dignidad. Sus hermanos o maridos bloqueaban con piedras el lugar por donde transitaba el tranvía y ahora quería avanzar, esquivando el barro, el convoy militar. Ellas desafiaban a la represión recordando: «¡Villa Manuelita no se rinde!», y agregaban: «¡Vengan, tiren!».

En abril de 1972 tuve la misión de reorganizar nuestras enclenques fuerzas rosarinas. Después del ajusticiamiento del general Juan Carlos Sánchez, comandante del II Cuerpo de Ejército, las fuerzas revolucionarias habían sido desmembradas. Allí escuché el relato de veteranos de la resistencia peronista. Escarbaban en la memoria esos relatos y se atribuían orgullosos la paternidad sobre el símbolo del, sosteniendo que este había nacido en barriadas rosarinas. Lo hicieron transformando el «Cristo Vence» ( ) que los gorilas que protagonizaron el frustrado intento golpista del 16 de junio de 1955 habían grabado en los aviones que bombardearon la Plaza de Mayo.

La letra con sangre entra...

El 5 de marzo de 1956 la Junta Militar aprobó el decreto-ley 4161. Sus firmantes no tuvieron conciencia del fenómeno social que ayudaban a incubar con el odio contenido en la irracionalidad de esa norma. En su parte sustancial, decía:

> Queda prohibido en todo el territorio de la Nación: la utilización de propaganda peronista. Se considerará especialmente violatoria de esta disposición, la utilización de la fotografía, retrato o esculturas de los funcionarios peronistas o de sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones «peronismo», «peronista», «justicialismo», «justicialista», «tercera posición», la abreviatura «P.V.», las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las marchas «Los muchachos peronistas» y «Evita Capitana», el libro «La Razón de mi Vida» y los discursos del presidente depuesto y su esposa. Las sanciones no serán de cumplimiento condicional, ni será procedente su excarcelación. (Firman: Aramburu-Rojas)

Siguiendo con la misma lógica, el 1° de mayo de 1956 por un decreto presidencial se derogaría la Constitución de 1949 y restablecería la vigencia de la Constitución de 1853.

Muchas voces opositoras a Perón habían cuestionado la Constitución de 1949 porque la convocatoria a la Asamblea Constituyente se había hecho con los dos tercios de los presentes y no con los dos tercios de la totalidad de las Cámaras. La mayoría de ellas ahora callaban, y avalaban esta nulidad impuesta por un decreto sostenido por el voto... de las armas. Yo veía esas manifestaciones de suma hipocresía pero aún no las significaba en toda su dimensión.

Buena parte de la sociedad, particularmente sus sectores medios, reaccionando de diversas maneras terminaban siendo cómplices de esas medidas. Los trabajadores peronistas, por el contrario, agraviados en sus sentimientos más profundos respondían con todos los medios que la bronca ponía a su alcance. Eso fue la resistencia, y los más jóvenes estábamos aprendiendo. Cada vez me impresionaba más el heroísmo de aquellos que daban «la vida por Perón». Los sucesos del mes de junio de 1956 se pueden inscribir en esa lógica.

El 9 de junio estalló el levantamiento del general Juan José Valle y un grupo de civiles contra los que usurpaban el gobierno. El movimiento fue sofocado, con varios muertos y heridos.

Once oficiales, siete suboficiales y trece civiles serían fusilados por aplicación retroactiva de un decreto-ley emitido con posterioridad al levantamiento, cuando los jueces militares ya habían establecido, en algunos casos, penas de prisión.

El general Pedro Eugenio Aramburu y el contraalmirante Isaac

Francisco Rojas, presidente y vicepresidente, respectivamente, firmaron ese decreto-ley, fuera de todo marco legal.

Un grupo de civiles fue asesinado en los basurales de José León Suárez, sin más formalidad que la orden emanada del jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires, teniente coronel Desiderio Fernández Suárez. Carlos Alberto Lizaso, estudiante; Nicolás Carranza y Francisco Garibotti, ferroviarios; Mario Brión, empleado de comercio y Vicente Damián Rodríguez, obrero portuario, quedaron muertos en los basurales. Otros, como Julio Troxler, por ejemplo, lograron fugarse en medio de la neblina del amanecer de ese 10 de junio. Estos hechos fueron escrupulosamente tratados a partir del testimonio de uno de esos siete sobrevivientes, Carlos Livraga, en varias notas de Rodolfo Walsh que serían publicadas en 1957 como libro: *Operación Masacre*. El mismo nombre llevaría la película que narra estos sucesos, estrenada en 1973. En un sentido semejante, aunque referido a una realidad más abarcadora de aquellos sucesos, se encuentra el libro de Salvador Ferla, *Mártires y verdugos. Sentido histórico del 9 de junio de 1956*, publicado en 1964. Esta investigación de Ferla sería la que utilizarían los fundadores de Montoneros que detuvieron y ajusticiaron al general Aramburu en 1970 para explicar aquella acción.

Ese mismo día, simulando un fusilamiento, fueron asesinados en Lanús el teniente coronel José Albino Irigoyen, el capitán Jorge Miguel Costales y los civiles Dante Hipólito Lugo, Clemente Braulio Ros, Norberto Ros y Osvaldo Alberto Albedro. Durante la represión en La Plata, pagaron con su vida los civiles Carlos Irigoyen, Ramón R. Videla y Rolando Zanetta.

En Campo de Mayo, el 11 de junio, fueron asesinados el coronel Eduardo Alcibíades Cortines, el capitán Néstor Dardo Cano, el coronel Ricardo Salomón Ibazeta, el capitán Eloy Luis Caro y los tenientes primero Jorge Leopoldo Noriega y Néstor Marcelo Videla.

Ese mismo 11 de junio, en la Escuela de Mecánica del Ejército, fueron muertos los suboficiales principales Ernesto Gareca y Miguel Ángel Paolini, el cabo músico José Miguel Rodríguez y el sargento Hugo Eladio Quiroga.

En las instalaciones de la Penitenciaría Nacional, también el 11 de junio de 1956, cayeron bajo el fuego de los pelotones de fusilamiento el sargento ayudante Isauro Costa, el sargento carpintero Luis Pugnetti y el sargento músico Luciano Isaías Rojas.

Entre el 11 y el 12 de junio, en La Plata, también fueron muertos el teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno y el subteniente de reserva Alberto Abadie.

Miguel Ángel Maurino sería ametrallado en el Automóvil Club

Argentino el 11 de junio de 1956, habiendo fallecido en el Hospital Fernández el día 13 del mismo mes.

Valle, jefe de la rebelión, se entregó voluntariamente a cambio de la suspensión de los fusilamientos, contando con las seguridades otorgadas por Aramburu por intermedio del capitán de marina Francisco Manrique. No obstante este compromiso, Valle fue fusilado en la vieja Penitenciaría de la calle Las Heras y Coronel Díaz de la Capital Federal, en la madrugada del 12 de junio.

En su testamento, escrito pocas horas antes del fusilamiento, Valle le anticiparía a Aramburu de manera profética:

> Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado [...]; entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí un idealista sacrificado por la causa del pueblo [...]. Aunque vivan cien años, sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse [...]. Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto, y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría. (14)

Esa intentona de Valle tenía como ejes el restablecimiento de la Constitución de 1949, la libertad de los presos peronistas y un llamado a elecciones sin proscripciones. Su doloroso resultado abrió el camino a complejos debates entre el núcleo de dirigentes de aquella resistencia y el propio Perón. Este, en una carta, inmediatamente posterior a los hechos (12 de junio de 1956), le escribió a John William Cooke:

> El fracaso de la asonada del 10 de junio ha sido la consecuencia del criterio militar del cuartelazo. Los dirigentes de ese movimiento han procedido hasta con ingenuidad. Lástima grande es que hayan comprometido inútilmente la vida de muchos de nuestros hombres, en una acción que, de antemano podía predecirse como un fracaso. [...] Lo he repetido miles de veces a todos los apresurados que confiaban más en un golpe de la fortuna que en la preparación sistemática y racional de un trabajo adecuado. Desgraciadamente, el golpe fallido del 10 de junio me ha dado la razón pero, el precio ha sido demasiado grande. Hubiera preferido equivocarme. Sin embargo, esto ha de servirnos para no insistir en un camino inconveniente. Nuestra finalidad ha de ser la Revolución Social, con todas sus características y con todas sus consecuencias. (15)

Esta carta de Perón dirigida a quien poco tiempo después sería su delegado en el país, provocó más de un escozor en algunos integrantes de aquella dirigencia. En ella se destacan dos elementos que fueron motivo de largos debates y complejas, muchas veces, heroicas

experiencias vividas durante todos esos años. Uno estaba referido al rol de los militares durante la Primera Resistencia Peronista. El otro concepto atraviesa ambas etapas de la Resistencia y se refiere a las tareas para la construcción de una fuerza capaz de protagonizar cambios sociales revolucionarios.

Más allá de estos debates, aquellos crímenes son decisivos para comprender la violencia en la que durante largos años vivimos los argentinos.

El fusilamiento, como forma de punición política, había sido restablecido. Veinticinco años antes, en 1931, los mismos muros de la Penitenciaria de la calle Las Heras habían sido testigos del último fusilamiento: mientras banderas rojinegras se agitaban en las calles en señal de protesta, allí era abatido el anarquista Severino Di Giovanni.

Américo Ghioldi, reconocida figura del socialismo local, saludaba la sangrienta represión desde las páginas del periódico *La Vanguardia* con estas palabras: «La letra con sangre entra...». (16)

Mientras los profesores en el Colegio Nacional nos hablaban de la recuperación de las libertades que había conculcado el «tirano prófugo», otra era la realidad que vivía la mayoría del pueblo, que seguía siendo peronista.

El decreto-ley 4161 estaba vigente. El cadáver de Evita, retirado del local de la Confederación General del Trabajo (CGT) por un comando militar, había desaparecido. Como un fantasma acosaba a los encargados de su custodia. Antes de ser sepultada bajo un nombre supuesto en un cementerio italiano, despachos oficiales, domicilios particulares y la propia calle, albergaron durante meses el cuerpo embalsamado de aquella mujer idolatrada por su pueblo.

Una Juventud Peronista audaz y poco conocida

Aquella Primera Resistencia tuvo en los trabajadores peronistas el agua donde moverse; y en un grupo de jóvenes decididos, la vanguardia que marcaba los rumbos a seguir. Siempre me llamó la atención que varios de ellos tuvieran prácticamente mi edad. Lo explica el hecho de que veníamos de experiencias personales muy dispares: ellos eran jóvenes urbanos vinculados al mundo del trabajo, los sindicatos y la experiencia peronista. Yo, hijo de campesinos, apenas iniciaba el camino hacia la comprensión de aquellos sucesos.

Así fue como poco después del golpe gorila, aquellos jóvenes pusieron el cuerpo para dar a luz a una Juventud Peronista (JP) de la cual fuimos herederos en la década de 1970. Aunque, para ser justos, es bueno recordar que en las postrimerías de aquel gobierno peronista,

también hubo una Juventud Peronista.

Un joven de aquellos años, militante montonero más tarde y cuyo nombre el tiempo se llevó, solía recordar una anécdota de aquella experiencia. Contaba que llegaron a verlo a Perón, le contaron sus inquietudes y este los remitió al contraalmirante Alberto Teisaire, quien era vicepresidente de Perón y presidente del Consejo Superior del Partido Peronista. Varios integrantes de aquella delegación juvenil no quisieron seguir adelante, dada la fama de alcahuete y burócrata de aquel funcionario. Poco después, la realidad les daría la razón. Aquella JP hizo poco y nada por defender al gobierno acosado por el gorilismo, y aquel contraalmirante, en el mejor de los casos, traicionaría a Perón y al pueblo al día siguiente del golpe militar. Son conocidas sus declaraciones ante la Comisión Nacional de Investigaciones creada por la llamada «Revolución Libertadora», donde dijera que «nunca estuvo de acuerdo con los métodos preconizados por el ex mandatario». (17)

Perón, en su «Mensaje a la Juventud del año 2000», dejaría escrito que todos los jóvenes llevan el «bastón de mariscal» en su mochila. El paso del tiempo demostró que, efectivamente, hubo una generación de jóvenes de 1955 que dejó una profunda huella de su paso por nuestra historia, aunque ciertamente no fueron aquellos que se refugiaron en el aparato oficial. El privilegiado rol histórico de dar testimonio de su tiempo lo ocuparon quienes después del golpe no se sumaron a la corriente de los que «se borraron».

La «Barra de Corrientes y Esmeralda» fue una de las semillas más fructíferas, donde se gestaron proyectos y militancia de quienes nos antecedieron. Allí, «con olor a clorato de potasio y azufre», creciendo de golpe «en medio de bombazos y persecuciones», (18) transcurrió la adolescencia de ese grupo juvenil. Felipe Vallese, Gustavo Rearte, Jorge Rulli, Carlos Caride, Envar El Kadri, entre otros, formaban parte de esa atípica «barra».

Silbar las apariciones cinematográficas del traidor Teisaire, agarrarse a trompadas con jóvenes gorilas, poner «bombas» lanza-volantes en la zona de los cines de la cercana calle Lavalle, fueron algunas de sus actividades.

Entre otras acciones más comprometidas, se destacó la realización de la primera acción de guerrilla urbana, en 1960. Se trató del ataque a una guardia de la Aeronáutica en Ciudad Evita, en el partido de La Matanza, donde recuperaron armas, uniformes y municiones. En esa oportunidad usaron brazaletes con la sigla Ejército Peronista de Liberación Nacional (EPLN). (19)

Aquellos jóvenes merecen una mención especial. Todos ellos contribuyeron a mantener vivo el espíritu de una resistencia necesaria.

Allí, en esa lucha y sus sobrevivientes, está el puente que vincula la Primera y la Segunda Resistencia. Ellos tendrían que haber ocupado el lugar protagónico que tuvimos, como Montoneros, en la etapa final de la lucha por el retorno de Perón. Pero su antigua militancia, el profundo conocimiento del peronismo y las múltiples «agachadas» de buena parte de su dirigencia cargaron a estos compañeros de una desconfianza que, por momentos, esterilizó sus sacrificios. Ello les restó eficacia en los momentos decisivos de la Segunda Resistencia, cuando el pueblo peronista hiciera realidad el PV y se concretara el regreso del peronismo al gobierno, con el triunfo electoral.

Ese grupo, sus relaciones con los principales referentes de la Resistencia —«El Gordo» John William Cooke, Alicia Eguren, César Marcos, Enrique Oliva—, con varios sindicatos y dirigentes sindicales y el esfuerzo de miles y miles de trabajadores, le dieron vida a las principales acciones que hicieron posible la sobrevivencia del peronismo.

Rearte y Vallese son los apellidos más emblemáticos de ese grupo. Rearte, el mayor y con más experiencia de todos, puede considerarse como el referente natural de aquella «barra» y, posiblemente, el dirigente más reconocido de esa etapa de la Resistencia. Junto con el mayor Bernardo Alberte y Cooke, son los principales referentes de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Alberte fue uno de los primeros en utilizar esa denominación. Fundador del mítico Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) y miembro de la CGT de los Argentinos, sería desde 1957 el secretario general del gremio de Jaboneros y Perfumistas de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Fue un duro y sistemático cuestionador de la tendencia al burocratismo en la que iba recalando la dirigencia sindical. El «vandorismo» fue su declarado enemigo. De su paso por el boxeo había aprendido, como él decía, que «el otro también pelea y hay que calcular qué movimientos va a hacer». (20)

Vallese se transformaría en la figura emblemática de aquella juventud. Delegado en la metalúrgica TEA, (21) en agosto de 1962 y cuando solo tenía 22 años, fue secuestrado en la calle de la Capital Federal, que hoy lleva su nombre, por una patota policial de la Unidad Regional de San Martín.

Juan Fiorillo, oficial principal de la policía bonaerense, tuvo a su cargo el operativo, y no es casual que sea el mismo Fiorillo que luego fuera integrante de la Triple A. Tampoco llama la atención que, años más tarde y ya siendo comisario general (como lugarteniente del comisario Miguel Osvaldo Etchecolatz y del general Ramón Camps), fuera protagonista de decenas de secuestros y de «llevarse

personalmente (en noviembre de 1976) envuelta en una frazada a Clara Anahí Mariani, una beba de cinco meses que sigue desaparecida». (22)

Unos meses después del secuestro de Vallese, el gremio La Fraternidad lo denunciaría en una solicitada. El título del reclamo: «¿Puede desaparecer una persona?», merece ser tenido en cuenta. Mucho más aún el final del texto: «Medite quien lea este alegato: mañana puede tocarle desaparecer». La campaña de denuncias fue masiva y estuvo sostenida por la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), gremio al que pertenecía. Ellos también patrocinaron el libro *Felipe Vallese. Proceso al Sistema* de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde.

A pesar de múltiples reclamos, que tenían como consigna «¡Un grito que estremece, Vallese no aparece!», nunca más se tuvo noticias de su cuerpo.

Desde el poder tenían otras «explicaciones». El Ministerio del Interior, a cargo de Rodolfo Martínez, informaría que Vallese no estuvo detenido en San Martín ni en ninguna otra dependencia subordinada a la Jefatura de La Plata. El ministro del Interior era Rodolfo Martínez y su subsecretario un joven abogado: Mariano Grondona.

Felipe Vallese es el primer detenido desaparecido en la Argentina del siglo XX.

«Directivas Generales» y profecías

En los meses de septiembre y octubre de 1956 llegarían al país las «Directivas Generales para todos los Peronistas» y las «Instrucciones Generales para los Dirigentes», escritas en Caracas y avaladas por Perón y el mayor Pablo Vicente.

Eran diecinueve páginas que convocaban a la resistencia, la insurrección y la organización clandestina, promovían la parálisis del país y todo tipo de acciones para acabar con el régimen militar. Incluso proponían la creación de la «Justicia del Pueblo» (JDP: sigla de Juan Domingo Perón) que tenía por objetivo castigar a los enemigos del pueblo y de cuya organización formarían parte todos aquellos que hubieran sido objeto de violencias originadas en la dictadura militar.

Hechos como los fusilamientos y asesinatos del mes de junio, expresiones como las de Ghioldi, su contrapartida en las «Directivas» de Perón, todo evidencia la profunda fractura y la irreconciliable confrontación social y política a la que nos fuimos incorporando. Todo ello impactaba fuertemente en quienes sentíamos una vocación por la justicia y el compromiso social, aunque por edad y extracción social no fuéramos protagonistas directos de esos hechos, ni hijos de protagonistas directos.

De todos modos, hubo voces que no veían la situación de la misma manera. Hernán Benítez, confesor de Evita, era una de ellas. Recibió aquellas «Directivas», pero no acordaba con ellas. La misma noche que las recibió, el 17 de octubre de 1956, decidió escribir sus apreciaciones sobre las mismas, pero recién se las hizo llegar a Perón a mediados de 1958. Allí, proféticamente, advertía sobre el curso de los acontecimientos de no modificarse el escenario de un Perón promoviendo la insurrección nacional y el gobierno ganado por el revanchismo, el elitismo y la injusticia social institucionalizada.

Decía el cura Benítez:

> Las nuevas generaciones convertirán a Perón en un héroe, en visionario, y a la guerra civil en la única solución y el único remedio para salvar a la Argentina. Visto el hombre a la distancia desaparecen en él sus contradicciones [...], de lejos relampaguea sólo el héroe. Solo el redentor de la clase obrera. Solo el industrializador del país. Solo el que le dio a la Argentina soberanía en lo político y en lo económico [...] los hijos de los gorilas, por repudio a sus padres, se volverán peronistas y guerrilleros. Desde lejos verán solo lo positivo de Perón. (23)

Increíblemente anticipatorio, el padre Benítez veía lo que muy pocos podían imaginar. A estas reflexiones le agregaba —en la carta del año 1958— otro pensamiento que luego la realidad confirmaría: «En las actuales circunstancias, ¿no se da cuenta General de que la represión no dejará solo 30 ni 300 víctimas asesinadas, sino 3.000, sino ya 30.000?». (24)

Pide en ese momento una autocrítica del peronismo y una revisión de los métodos propuestos para preparar un nuevo avance de los humildes. El cura Benítez coincide, en estas apreciaciones y metodología, con Arturo Jauretche, quien desde Uruguay colaboraba en la difusión de estas ideas. Pero ellas no fueron acompañadas, ni por Perón, ni por los hechos. El odio encarnado desde el poder, violentando derechos y pretendiendo destruir memoria y esperanza, desataba una lógica reacción cuyos efectos se desarrollarían con el paso del tiempo. Un abismo irreconciliable impondría el escenario preanunciado en esas cartas proféticas.

Al amparo de aquellas «Directivas» hubo «agregados» de algunos dirigentes «más papistas que el Papa», que rondaban el delirio y que violentaban la dignidad humana que el peronismo defendía, lo que motivaría varias reacciones adversas. Una de ellas sería la del mayor Alberte, quien en carta del 25 de marzo de 1957, se quejaría por el contenido de algunas de esas «directivas e instrucciones» y la no desautorización de las mismas. Perón, en su respuesta fechada el 4 de abril, le aclaró que su autor ya había sido desautorizado y retirado de

la función que desempeñaba. Así era la convulsión y confusión de aquellos tiempos. (25)

En ese país, fracturado y violento, ganado por el odio y el rencor, irrumpiríamos como actores, pocos años después.

Los sindicatos y sus programas: protagonistas de la Resistencia

Los vaivenes de esa Juventud Peronista y aquellas polémicas «Directivas e Instrucciones» no se pueden desligar ni entender fuera de lo que estaba ocurriendo con los trabajadores peronistas y la actividad sindical. Sobre ellos descansaba el rigor y esfuerzo cotidiano que permitían esas diversas manifestaciones de resistencia.

Los trabajadores estaban reconstruyendo un nuevo poder sindical. Aprovechaban todos los resquicios posibles y transitaban por los difusos límites entre la legalidad y la ilegalidad.

Andrés Framini (textiles), Luis Natalini (Luz y Fuerza) y Dante Viel (estatales) constituyeron la conducción de la CGT Auténtica. Algunos la denominaron, durante el breve período de Lonardi, como la «CGT Negra». Ese fue el referente de los trabajadores peronistas inmediatamente después del golpe.

A mediados de 1957 quedaron constituidos tres nucleamientos sindicales, identificados por el número aproximado de gremios que cada sector congregaba.

Las «62 Organizaciones», identificadas con el peronismo; la «Mesa de los 32 Gremios Democráticos», de orientación socialista; y el «Grupo de los 19», mayoritariamente compuesto por los gremios adherentes a la corriente encabezada por los militantes comunistas del Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS).

En septiembre del mismo año 1957, cuarenta gremios recuperados convocaron a un paro nacional que recibiría unánime apoyo. Esa medida se realizaría en forma simultánea a la reunión de una Asamblea Constituyente, convocada por la dictadura militar en un intento de darle legalidad a la derogación de la Constitución de 1949. Sus convencionales fueron electos dos meses antes. El peronismo había sido proscripto y se expresó a través del voto en blanco. Esta opción fue la que recibió el mayor número de adhesiones populares. Algo más del 40% de los convencionales electos, encabezados por la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), plantearon la nulidad de la convocatoria —por la proscripción al peronismo—, y se retiraron de la Constituyente. Esta, luego de aprobar el artículo 14 bis (norma vinculada al trabajo y la seguridad social), se disolvió.

El sindicalismo peronista plasmaba, al mismo tiempo, una de las

elaboraciones que se constituiría en su sustento programático: el «Programa de La Falda». Fueron las conclusiones de un Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT (Auténtica) y de las «62 Organizaciones», realizado en el año 1957 en la localidad de La Falda (Córdoba). Ese programa refleja el pensamiento de aquella multifacética resistencia. Dejaban demostrado que, además de las acciones directas, eran capaces de ganar elecciones con el voto-blanquismo. Pero que también podía paralizar el país con una huelga y proponer un programa que recogiera las banderas históricas de las luchas de los trabajadores.

Ajeno a estos debates, terminé mi secundario en Pergamino en 1958. Ya había comenzado a realizar algunas actividades políticas además de las estudiantiles. Si bien aún no podía votar, colaboraba con la Democracia Cristiana, aunque me causó simpatías el triunfo de Frondizi con el voto del peronismo, quien en su campaña electoral pasó por Pergamino. Allí soporté los apretujones en un reducido local partidario, para escuchar sus respuestas a la prensa local.

En esos días estaba rindiendo libre las materias del quinto año del secundario. Lo mismo había hecho con el último grado de la primaria. Estos esfuerzos respondían a mi deseo —y el de mis padres— de recuperar los años atrasados por mi tardío ingreso a la primaria, dada la lejanía que había entre mi casa y la escuela más cercana. No dudo que aquella solitaria niñez y las rudas tareas del campo modelarían los rasgos de mi vida futura. Mediado por la gestión de un tío cura, simultáneamente rendí examen para ingresar en el Banco de la Nación. A los pocos meses, ya estaba viviendo en la Capital Federal y trabajando en la Oficina de «Exterior y Cambios», en la Casa Central del Nación.

Arturo Frondizi asumiría como presidente merced al «Pacto» que en febrero del 58 suscribieran Perón, Frondizi, Cooke y Frigerio (Rogelio), culminando las gestiones que realizara Ramón Prieto. (26)

Esto le permitió a Frondizi derrotar al radicalismo de Ricardo Balbín, registrando más del 41% de los votos contra el 25% de su contendiente, quien era percibido como el continuismo de la dictadura. No obstante que Perón ordenara votar por Frondizi, persistió un porcentaje, cercano al 10%, de votos en blanco. Se trataba de peronistas que prefirieron desobedecer a Perón, antes que darle su voto a Frondizi. A estos, enojados con el apoyo del líder a Frondizi, Perón los halagó diciendo: «Son más peronistas que yo».

Entre las voces contrarias a ese pacto estaba el periódico *El Guerrillero*, que editaría diecisiete números entre septiembre de 1957 y marzo de 1958. Sus editoriales, con la firma de «Juan Caracas», los escribía César

Marcos, quien lo hacía desde las cárceles de Caseros y Magdalena. Marcos, suboficial archivista del Ejército, era un intelectual autodidacta, nacionalista. Había sido, con Ramón Prieto, asesor del diputado Cooke y luego siguieron juntos en la revista *De Frente*. Más tarde, Cooke y Prieto trabajaron para el Pacto Perón-Frondizi. Marcos, que reivindicaba la insurrección popular, se opuso abiertamente a ese acuerdo: «La Operación Canalla nació en Chile y fue creación de la mentalidad subjetiva, intelectualista y pequeño burguesa del doctor John William Cooke. [...] Así se consumó la gran estafa al espíritu revolucionario, insurreccional, de las masas argentinas». (27)

Los ejes del acuerdo, que Frondizi trataría de cumplir en los inicios de su gobierno, habían sido el restablecimiento de las conquistas sociales, económicas y políticas alcanzadas por el pueblo y el fin de todo tipo de persecución. También incluía la normalización sindical.

De esta manera, la dictadura militar de Aramburu se retiraba. No había logrado imponer su candidato y le abría un cauce legal a la presión y rebeldía de los trabajadores y el sindicalismo peronista. El acceso a la legalidad haría que algunas estructuras sindicales se fueran acercando al calor del poder oficial. Se abría una etapa mucho más compleja para la lucha y resistencia populares.

Primeros pasos: la búsqueda, en una larga historia

Mi llegada a Buenos Aires, a los 17 años, coincide con la confiada expectativa en esa «restauración democrática». Como la pensión en la que residía estaba en las inmediaciones de la Plaza Congreso, usaba la Biblioteca del Congreso para estudiar. Allí no solo me familiarizaría con los textos de los Diarios de Sesiones sino que me suscribí y seguía con interés el tratamiento de las leyes y los debates parlamentarios.

Más allá de la modestia rayana en la pobreza en la que vivían mis padres, la desconexión de la historia de las luchas populares me acercaba al imaginario que primaba en los sectores medios. Creía en la legalidad, la justicia, la democracia representativa y sus instituciones. Frustrado mi ingreso a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA) por motivos formales vinculados a las materias libres que aún me faltaban aprobar, me inscribí entusiasmado en la Universidad Católica para estudiar abogacía. Iniciaría mis estudios durante el período lectivo correspondiente al año 1959.

En estas nuevas condiciones mi vida se encauzaba hacia dos objetivos bien definidos, trabajar y estudiar. Casi de inmediato, tropezaría con el primer debate nacional en el que estuve involucrado y, al igual que yo, creo que buena parte de los estudiantes de entonces.

En el Parlamento se discutía la facultad de habilitar o no el funcionamiento de las universidades privadas. El debate se focalizaría como «educación laica o libre», con el clásico estilo antinómico de la época. Los «laicos» eran los opositores a la apertura de las universidades privadas, partidarios del monopolio estatal de la educación pública, y los «libres» favorables al reconocimiento de los establecimientos privados. Pero el debate sería presentado con una fuerte connotación religiosa, en tanto colegios y universidades católicas eran la principal enseñanza no estatal de la época. Como lógica continuidad de mi formación y experiencia cristiana, me enrolé en el bando de los que luchaban por una educación «libre».

Fueron largos meses de discusiones estudiantiles y movilizaciones callejeras. Allí establecí las primeras relaciones con quienes después recorreríamos juntos largos caminos, tales como Norberto Habegger y Raúl Magario que por ese entonces eran dirigentes de la Federación de Estudiantes Libres (FEL). Finalmente se aprobaría el cuestionado artículo 28 de la llamada «Ley Domingorena», que autorizaba el funcionamiento de las universidades privadas.

Pocos meses después de este debate, estallaría la huelga bancaria de 1959. Conflicto que, durante noventa días, jaqueó al gobierno del doctor Arturo Frondizi. Su origen estaba en el incumplimiento de los compromisos que Frondizi había asumido como presidente electo, con respecto a que se pusiera término a una protesta parecida que venía del año 1958.

Antes de cumplir los 18 años empezaba para mí una dinámica desconocida. Mi participación en la huelga me hizo mudar del hábitat cotidiano de la oficina del Banco Nación, frente a la Plaza de Mayo, a una ruidosa mesa en el bar «La Academia» de la calle Callao.

Allí teníamos nuestro punto de encuentro los compañeros de varias secciones del Banco, donde intercalábamos largas partidas de «generala» con los informes que nos llegaban sobre la marcha del conflicto. También allí, los responsables sindicales nos daban instrucciones sobre las tareas de propaganda y agitación a desplegar cada día.

Así fue como conocería al presidente indonesio Ahmed Sukarno, en mayo de 1959. En 1955, Sukarno había presidido la Conferencia de Bandung. Esta cumbre afroasiática fue el antecedente inmediato del Movimiento de Países no Alineados, que luego el peronismo reivindicaría, y que había nacido en Belgrado, Yugoslavia, en 1961, a partir del impulso del mariscal José Broz «Tito», premier yugoslavo; del coronel Gamal Abdel Nasser, jefe de la Revolución Egipcia; y del propio Sukarno.

Ese día de mayo de 1959, Sukarno tenía una audiencia con el presidente Frondizi. En uno de los actos relámpago nos sorprendimos al ver que su coche había quedado bloqueado, cerca de Diagonal y Florida, en medio nuestro. Nadie sabía bien qué hacer, la policía de Frondizi no se atrevía a reprimir, por la presencia de un Jefe de Estado. Aprovechando la situación, lo dejamos partir sólo cuando se comprometiera —o al menos así lo entendimos nosotros— a llevarle a Frondizi un mensaje que redactamos y escribimos ahí mismo, sobre el techo de su coche.

Pero no todo sería tan sencillo. Luego de una asamblea realizada en el Sindicato del Calzado en la calle Yatay, la policía nos rodeó y la única salida terminó siendo la puerta abierta del carro policial. Me metieron preso, detención que duraría apenas unos minutos, ya que la exigua capacidad de los vehículos policiales respecto de los centenares de participantes, facilitaría el escape. En ese remolino, la huida no era muy difícil; más complicado fue recuperarme de la agitada carrera para poner distancia de la policía, que seguía batiendo la zona.

Derrotada esa huelga, con un par de compañeros fuimos los últimos en volver al trabajo. Antes de regresar a nuestra mesa de trabajo dimos una vuelta por el *hall* central. Lo hicimos dándonos ánimo arrojando al aire miles de papelitos, las clásicas «mariposas», con aquellos versos del «Piu avanti», de Almafuerte:

> No te des por vencido, ni aun vencido,
> no te sientas esclavo, ni aun esclavo;
> trémulo de pavor, piénsate bravo,
> y arremete feroz, ya mal herido...

Días después, uno de los jefes que había sido cesanteado me enseñaría algunas triquiñuelas, como por ejemplo dejar fuera de circulación a las recientemente incorporadas calculadoras Burroughs, un «chiche» tecnológico de aquellos días. Cumplí con bastante eficacia lo que fue uno de mis primeros actos de «constructiva destrucción».

Nunca pudieron probar mi responsabilidad por la repentina descompostura de varias máquinas, pero ante la duda decidieron mandarme al archivo, en el segundo subsuelo. Allí, en aquel fantasmagórico lugar en el segundo subsuelo del banco, tuve que convivir con la solitaria compañía del «viejo Martínez», absolutamente mimetizado con la intangibilidad de un archivo tradicional, siempre igual. Quince años después, un día me lo crucé por la calle con Martínez, tengo dudas si era él o su espectro, pues seguía con la misma vestimenta, impecable camisa blanca, y brillosos, por el uso, negra corbata y traje azul.

Así fue mi primera aproximación a la lucha social directa, con sus defecciones y solidaridades, frustraciones y alegrías. Ese sería el primer conflicto que me hizo sentir como propias las luchas sociales.

También por aquella época comencé a vincularme con un grupo de sindicalistas socialcristianos, nucleados en Acción Sindical Argentina (ASA). Esta era la filial local de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores (CLAT) e integrante de su versión mundial, la Confederación Mundial de Trabajadores (CMT). Allí milité, entre otros, con el dirigente bancario de nacionalidad italiana Decio Host Venturi; con el taxista Emilio Máspero, que luego presidiera la CMT y cuya hija es hoy Coordinadora General de UNETE, la central sindical chavista de Venezuela; con Juan Carlos Loureiro, dirigente ferroviario y responsable de ASA, muerto en un extraño accidente automovilístico; con Carlos Custer, un rosarino dirigente de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), quien luego fuera miembro de la Comisión Pontificia de Justicia y Paz, embajador argentino ante el Vaticano y hoy un influyente dirigente de ATE/ Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), de fuertes vínculos con las diferentes centrales sindicales europeas de cuño socialcristiano, socialdemócrata y comunista.

Luego, con el tiempo, iría comprendiendo que, al seguir el modelo europeo, desde estas estructuras se promovía la creación de sindicatos que respondieran a los signos ideológicos que emergieron con mayor fuerza luego de la Segunda Guerra Mundial. Esa práctica se desarrollaría bajo el principio de «libertad sindical». La propia Organización Internacional del Trabajo (OIT) adoptaría ese concepto, otorgándole el carácter de criterio fundante de su acción. Sin embargo, este modelo no era compartido por el peronismo, que sostenía y controlaba el sistema de sindicato único por rama de producción.

Ese sindicalismo paralelo tuvo posteriormente su expresión más notable en los trabajadores mecánicos de Córdoba. Allí surgió el Sindicato de Trabajadores Materfer y el de Concord (SITRAM-SITRAC), sindicato que competía con el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) cordobés. Más allá de la representatividad y combatividad que en cada caso particular podían llegar o llegaron a desplegar, esos sindicatos también podían servir al objetivo de debilitar la fuerza que traía el sindicalismo peronista. Visto a la distancia, uno tiene derecho a pensar que el gobierno de Frondizi supuso que, con esta maniobra, reduciría el peso del sindicalismo peronista. Tal vez imaginaron que con ese modelo podrían disminuir la presión sindical en el nuevo complejo metalmecánico (de capitales europeos y norteamericanos) asentado en Córdoba. Como veremos más

adelante y se dice en la calle, «el tiro les salió por la culata».

En la medida en que fui percibiendo el sentido y consecuencias de estas políticas, me fui desengañando de las mismas. De hecho, al cabo de un par de años, revertí mi posición. Abandonando la promoción del «sindicalismo paralelo», con buena parte de aquellos compañeros pasamos a trabajar en la consolidación del sindicalismo peronista a través de cursos de capacitación que comenzamos a brindar en la CGT y en distintas agrupaciones.

Las inundaciones de 1958-1959 me dieron otra experiencia personal, que me trajo recuerdos de mi niñez y reciente adolescencia. Mientras colaboraba en tareas de solidaridad en Villa Domínico, llegamos a una humilde casa. Allí, en muy precarias condiciones, estaba viviendo la familia del boxeador José María Gatica. No podía separar esa imagen de las emociones que había vivido siguiendo su trayectoria, sus memorables peleas con Alfredo Prada y ese cautivante desparpajo natural en sus actitudes cotidianas. La paradoja de esa imagen del ídolo popular en medio de la pobreza, se completaría con su absurda muerte, aplastado por un colectivo a la salida de un partido de fútbol, el 12 de noviembre de 1963. Era imposible no comparar esa «triste figura» con el esplendor arrogante de aquel que se dirigiera al presidente Perón diciéndole: «Dos potencias se saludan». Esa carga de signos y paradojas que fuera su vida se reiteraría con el simbolismo e impacto popular de su muerte. El colectivo de la línea 295 que atropellara a Gatica a la salida de la cancha de Independiente lo manejaba un tal Cirigliano, y era propiedad de esa misma familia. Sus herederos pasaron de aquel modesto colectivo a ser dueños de un inmensurable poder económico. Una de sus empresas, Trenes de Buenos Aires (TBA), sería años después protagonista indudable de otro gigantesco dolor colectivo: la muerte de más de cincuenta personas y centenares de heridos, en la terminal ferroviaria de Plaza Once, el 22 de febrero de 2012. Trágico entrelazamiento, medio siglo después, de dolores multitudinariamente compartidos.

Los Uturuncos

Todas mis experiencias acontecían lejos, muy lejos —y no solo geográficamente— del intento guerrillero que «los Uturuncos» (hombres-tigre, en quechua) iniciaban en el Noroeste. Con la sigla MPL (Movimiento Peronista de Liberación) escrita en el brazalete, ese grupo de militantes peronistas de origen tucumano eran sus protagonistas. Instalaron su campamento en la zona boscosa del cerro Cochuna, a menos de cien kilómetros de San Miguel de Tucumán.

Entre sus singularidades cabe destacar que la experiencia de los Uturuncos se produjo en 1959, diez años antes que otras experiencias semejantes —y de las que sí fui parte— y que conmovieran nuestro escenario político. Otro dato relevante es que se trató de la primera experiencia militar de la Resistencia Peronista, que rompía con la tradición de que las jefaturas de las mismas debían estar en manos los propios militares simpatizantes del peronismo.

Eran tiempos donde el triunfo de la Revolución Cubana alentaba la perspectiva de este tipo de acciones.

Contaban con el apoyo de Enrique Oliva, Cooke y Aparicio Suárez «Apa», capitán del Ejército dado de baja. Por intermedio de estos recibieron instrucción militar del anarquista español Abraham Guillén, pero a pesar de ello su formación militar fue muy endeble. La mayoría de sus integrantes eran jóvenes de la zona. Luego de estar acorralados por la Gendarmería, el grupo se desconcentró. Un contingente llegaría a ocupar la comisaría de Frías, en la provincia de Santiago del Estero, a fines de diciembre de 1959 pero pocos días después algunos resultaron apresados y otros abandonaron la empresa.

Diez años más tarde, conocí en Tucumán algunos de esos veteranos «uturuncos», cuando se aproximaron a nosotros y al trabajo que desarrollábamos en la zona, ya como Montoneros. El escaso nivel organizativo que habían alcanzado los había llevado a un rápido fracaso.

De todas maneras esta fue la experiencia inicial de una guerrilla peronista, la que comenzaría a formar parte de la mitología que rodearía y en la que crecería la Resistencia Peronista. Tanto fue así que en uno de los viajes para visitar a mis padres, me encontré con que uno de los equipos de fútbol de la zona había adoptado, para escándalo de los «vecinos notables», el nombre de Uturuncos.

Militancia estudiantil e influencias

Como estudiante de Derecho de la Universidad Católica Argentina (UCA) vivía intensamente todas esas experiencias iniciales que repercutían dentro de nuestra generación. Yo formaba parte de la segunda promoción de la UCA y el hecho de que en ese momento la propia universidad fuera una entidad integrada por pocas personas facilitaba un trato muy personal y directo, y los estudiantes podíamos debatir, casi mano a mano, con directivos y profesores.

Así fue como, desde mi juvenil insolencia, tuve algunos cortocircuitos que un par de veces llegaron a discusiones subidas de tono con el rector, monseñor Octavio Nicolás Derisi, un consecuente seguidor de

las doctrinas de Santo Tomás de Aquino. Estas eran bastante distantes de mi incipiente construcción intelectual fuertemente influenciada por el pensamiento del «personalismo comunitario» de Emmanuel Mounier, quien desde la revista *Esprit* promovía una síntesis entre socialismo y cristianismo. También leía apasionado las obras del Theilard de Chardin; su evolucionismo procuraba integrar ciencia y religión. De sus trabajos extraje la idea de que «a mayor complejidad mayor conciencia», cuestión que aún hoy inquieta mi pensamiento y guía buena parte de mi práctica. Algunos apuntes y *América bifronte* del cordobés Alberto Caturelli me acercaron ideas sobre el concepto de «Amerindia» que, hasta allí, no formaban parte de mi bagaje de conocimientos. Esta visión se profundizaría con la lectura, tiempo después, de los trabajos de Rodolfo Kusch.

También vale la pena consignar la particular influencia que en esos años tuvieron algunos profesores con los que me tocó compartir largas horas. La calidez, el valor humano y la profunda sencillez del pensamiento de Eduardo Pironio, el mismo que muchos años después fuera papable y que antes había sido obispo de Mar del Plata donde, en muchas paredes quedó, impregnada de vergüenza, aquella inscripción/denuncia/amenaza de «¡Pironio Montonero!»; la firmeza de Salvador María Lozada que luego se manifestaría en su histórica intervención judicial sobre el Caso Swift y la responsabilidad económica por las filiales de las empresas trasnacionales, misma responsabilidad que eludieron, con singular éxito, los bancos extranjeros en la crisis de 2001-2002. Ellos dejaron huellas en mi formación intelectual.

Ya era un activo militante estudiantil, presidente del Centro de Estudiantes de Derecho y fundador de la Federación de Estudiantes.

A fines de 1962 y ya habiendo sido derrocado Frondizi, el diario *La Nación* nos hizo un reportaje a los miembros del centro estudiantil. Nos recibió y saludó un Mitre. Ante las paredes cubiertas con retratos de sus antecesores, no pude evitar trasmitirle mi percepción en el sentido de que «allí se respiraba demasiado el aire de Bartolomé». Ya delante del periodista encargado del reportaje, no tuve mejor idea que manifestar que, en esos momentos, la Constitución Nacional no era más que un papel, porque sus normas eran cotidianamente avasalladas.

No tuve la prudencia de tomar en cuenta que, además de dirigente estudiantil, estaba cumpliendo con el servicio militar. La nota se publicó un domingo. Al día siguiente, cuando me presenté a prestar servicio, me hicieron saber que desde el comando del arma habían solicitado una sanción. La comprensión y complicidad de los jefes cercanos hizo que la misma se transformara en una larga ausencia, hasta el día de la baja definitiva.

El mundo exterior (rompió) llegó a mis fronteras

También durante ese año de 1962 participé de la X Conferencia Internacional de Estudiantes (CIE), en Québec, Canadá. Era una reunión convocada por una estructura conducida por organizaciones vinculadas a los intereses de Estados Unidos y los países de Europa occidental. Tuve allí mi primera aproximación personal con aquella realidad, la absorbente bipolaridad que alimentaba la Guerra Fría que emergía de la posguerra. Participaban delegaciones estudiantiles representativas de casi todos los países. Hubo algunas cosas que me impactaron particularmente y que incidieron en mis ópticas futuras. En primer lugar, el diálogo entre sordos. Las delegaciones más importantes venían a recitar su libreto, alineadas en alguna de esas dos posiciones predominantes, sin que les hiciera ninguna mella la argumentación del otro. En segundo lugar me impresionó la ebullición del fenómeno del neocolonialismo, que percibí en dos manifestaciones concretas. Por un lado, el abierto poder autoritario que ejercía el delegado británico sobre las delegaciones que formaban parte del Commonwealth.* Por el otro, las caóticas reivindicaciones de los movimientos anticoloniales de los países africanos. Todo ello matizado por el colorido y características de sus vestimentas tradicionales, contrastantes con la formación europea de todos sus dirigentes. Eran mis primeras visiones de esa parte del «Tercer Mundo».

Regresé convencido, tal vez exageradamente, de que la mayor vitalidad futura estaba entre nosotros, los latinoamericanos. Evaluaba que los viejos países centrales tenían para ofrecernos muy poco más que el anquilosamiento de sus consolidadas posiciones. Tenía la impresión de que los países que recientemente estaban emergiendo del colonialismo aún permanecían demasiado atados a sus vínculos con los países colonizadores. Veía en los latinoamericanos la posibilidad de crear vías propias para el desarrollo futuro. Lo cierto es que, en esos primeros años de la década de 1960, la situación internacional estuvo signada por la evolución y el peso de las luchas anticoloniales.

En 1960 se había creado el Movimiento de Liberación Nacional en Vietnam del Sur, como respuesta a la división territorial con la que terminó la Guerra de Indochina en 1954. En 1961 se concretaba la intervención directa de los Estados Unidos en ese enfrentamiento. En la década de 1970, con el «Síndrome de Vietnam» abrumando a la sociedad norteamericana, se pagarían los costos de aquel error. Películas como «Apocalypse Now» de Francis Ford Coppola y «Pelotón» de Oliver Stone darían cuenta del agobiante clima humano en el que se desarrolló esa guerra.

En 1961, dentro del Congreso Nacional Africano (ANC), la fuerza mayoritaria que agrupaba a quienes bregaban por el fin del *apartheid*, surgiría —bajo la conducción de Nelson Mandela— una organización para la lucha armada, «Lanza de la Nación» que, treinta años después, lograría la consagración del derecho de los negros a elegir libremente sus autoridades.

También en 1961, y en el marco de las luchas anticoloniales, ocurriría el asesinato de Patrice Lumumba, quien había sido el Primer Ministro del ex Congo Belga y abanderado de los movimientos de liberación de los pueblos africanos.

La Revolución Cubana sería otro acontecimiento trascendente en nuestras jóvenes vidas, con diferentes significaciones según los distintos momentos. Cuando triunfó, en enero de 1959, la imagen de los jóvenes barbudos entrando victoriosos en La Habana tenía, desde mi punto de vista, poco que ver con lo que significaría unos años después.

El apoyo público a la Revolución Cubana sería tan heterogéneo que hasta el almirante Isaac Rojas, la presentaría como modelo «democratizador». Ya en ese momento me generaba aversión el discurso gorila y descreía del rol de nuestros propios «democratizadores» de 1956, encabezados por Rojas y Aramburu. La asimilación de la Revolución Cubana a esa «democratización» no benefició, a mis ojos, a los revolucionarios cubanos. Con el tiempo, en la medida en que iba accediendo a una información más completa, iría modificando la opinión que tenía. Los viajes y discursos de Fidel Castro y el intercambio de ideas con quienes visitaban la isla contribuyeron a crear en mí una idea cada vez más positiva.

Finalmente, el desembarco en la isla del Caribe, en Playa Girón —Bahía de los Cochinos—, en abril de 1961 de cubanos residentes en Miami contrarios al proceso revolucionario en marcha, con el amplio apoyo de los Estados Unidos, ya no me dejó lugar a dudas y de allí en más crecería mi simpatía por ese movimiento.

Hay otro hecho de la política internacional que, tal vez, sea prueba de la ingenuidad con la que percibía aquellos sucesos: me conmovió el magnicidio del presidente John Fitzgerald Kennedy. Además de la juventud y simpatía que irradiaba —amplificado por la prensa del sistema—, veía en él un intento por reformular algunas viejas concepciones. El apoyo a la invasión de Playa Girón, a tres meses de haber asumido, señalaba sin embargo el tipo de contradicciones de las que formaba parte.

Para los países latinoamericanos, la figura de Kennedy quedaría identificada, entre otras cosas, con la «Alianza para el Progreso». Con ella se intentaba contener la oleada revolucionaria, navegando sobre la

marea e impulsando algunos cambios, como por ejemplo la invocada reforma agraria.

La bala disparada en Dallas el 22 de noviembre de 1963, no solo terminaría con la vida de Kennedy sino que también mataría esos ambiguos intentos por repensar las relaciones entre nuestros empobrecidos y saqueados Estados latinoamericanos y los Estados Unidos de Norteamérica. Terminaron primando criterios más «prácticos» como los de Robert McNamara, Secretario de Defensa de los Estados Unidos y Presidente del Banco Mundial, quien sostenía la necesidad de frenar la expansión demográfica de los países del Tercer Mundo desde un neomalthusianismo muy especial. Advertía que existían dos caminos para reducir la población mundial: el control de la natalidad o la guerra. Casualmente, eran los tiempos de las guerras de Corea y Vietnam.

Con respecto a la Guerra de Corea, recuerdo un episodio que me quedaría grabado en la memoria. Encontré, casualmente, un diario que mis padres habían usado como envoltorio. Allí leí la nota de un economista norteamericano, Paul Samuelson, quien auguraba que la economía de su país seguiría bien, pero que le iría mucho mejor aún si continuaba la guerra de Corea. Ese vínculo entre guerra e imperialismo, entre beneficios económicos y sufrimiento de los pueblos, me impactaría fuertemente. Ese «detalle» unido a los mencionados dichos de McNamara no los podría olvidar nunca.

Frondizi: pacto y después...

A poco de andar, el gobierno de Frondizi (1958-1962) se encontraría que debía transitar un terreno muy complejo. Envuelto en la madeja de sus ideas, su discurso, las contradicciones propias de la realidad y el pacto con Perón, era escaso el margen que tenía para gobernar. El cumplimiento del compromiso asumido con Perón se había hecho de difícil ejecución. Eso no era una novedad para nadie.

Alguna vez me contaron que cuando se firmó ese pacto le preguntaron a Perón si pensaba que Frondizi lo fuera a cumplir. Dicen que Perón, sonriendo socarronamente contestaría: «Los pactos se firman para no cumplirse». En verdad, Frondizi cumplió sólo a medias con lo firmado. Aunque crearía las condiciones, con la aprobación de la ley 14.455 de Asociaciones Profesionales, para que el sindicalismo peronista recuperara la mayoría de las organizaciones sindicales. Resolvió distintas cuestiones pendientes motivadas en las persecuciones generadas a partir del golpe de Estado de 1955, pero lo hizo a través de una Ley de Amnistía que beneficiaría tanto a quienes habían

protagonizado el golpe como a sus víctimas, incluyendo un homenaje especial a Aramburu y Rojas, que curiosamente el Parlamento aprobaría.

Algunos de sus gobernadores dieron otros pasos y, al calor de la legislación existente, promovieron medidas que avanzaban sobre la vieja oligarquía. Así fue como, sobre la base de la ley 14.451, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Oscar Alende, pondría en marcha un «Plan de Transformación Agraria». Al complementar la desgravación impositiva con una generosa ayuda crediticia cambiaría, en muchos aspectos, el panorama agrario de la provincia. Vastos sectores accedieron a la titularidad de la tierra. Ese fue el marco legal que, por ejemplo, permitiría a mis padres, tradicionalmente aparceros o arrendatarios de la tierra que trabajaban, transformarse en propietarios de esta, pagando por el crédito bancario una cifra igual o inferior al monto del arrendamiento.

Las medidas positivas no alcanzaron para frenar el creciente enfrenamiento entre el gobierno de Frondizi y el peronismo. Frondizi, que había comenzado a ser acosado desde distintos sectores, negó el pacto firmado con Perón.

En julio de 1958, a poco de asumir, ardía en la hoguera del pragmatismo su propio libro *Petróleo y política*, que le había dado fama de izquierdista. Terminaría firmando convenios petroleros con empresas extranjeras violentando lo antes escrito y contradiciendo su virulenta campaña contra los proyectos de contratos que Perón había intentado con la Standard Oil of California. A diferencia de los convenios que Frondizi firmó —en forma directa, sin publicidad ni licitación previa—, los convenios de Perón habían sido enviados al Congreso para su tratamiento y fueron uno de los argumentos utilizados en el golpe de 1955.

Con el Sindicato Único de Petroleros del Estado (SUPE) a la cabeza, se iniciaría entonces un vasto movimiento de resistencia a esos convenios aunque finalmente fueran aprobados. Frondizi lo denominó la «Batalla del petróleo», que permitió el autoabastecimiento a un alto costo político que incluiría la renuncia de su vicepresidente Alejandro Gómez, en disconformidad con la orientación adoptada.

Pocos meses después, en los inicios de 1959 y casi contemporáneo a la huelga bancaria, estallaba la crisis en el frigorífico Lisandro de la Torre. El Ejército no titubeó en penetrar con sus tanques dentro del frigorífico y reprimir violentamente. Durante casi una semana, el barrio de Mataderos fue el escenario de batallas campales. Los grupos de la Juventud Peronista junto a los trabajadores de la carne encabezados por Sebastián Borro, se hicieron fuertes en los barrios aledaños: Villa

Lugano, Bajo Flores, Villa Luro y parte de Floresta, desde allí resistieron a la represión dejando sin luz a la zona. Voltearon árboles para obstruir las calles y utilizando el adoquinado existente levantaron barricadas.

En 1960 ya había crecido tanto la represión que se la intentaría legitimar instaurando el Plan CONINTES (Conmoción del Orden Interno), que establecía la jurisdicción militar para los casos de «terrorismo». Pesaba sobre la lucha social y sus protagonistas el riesgo de caer bajo esta calificación, sin más requisito que la voluntad gubernamental. Los trabajadores en conflicto podían ser «movilizados», es decir obligados a trabajar por la fuerza, a disposición de las autoridades militares.

Desde el peronismo hubo diversas reacciones. Una de ellas, a fines de 1960, fue una nueva y frustrada rebelión cívico-militar. Estaba encabezada por el general Miguel Ángel Iñíguez, que había perdido el uso del grado y su Central de Operaciones de la Resistencia Peronista (COR). Para tomar los cuarteles planeaba combinar la acción externa, realizada por civiles armados, con la interna realizada por suboficiales y oficiales peronistas. Salvo Rosario y Tartagal (Salta), el movimiento fracasaría en el resto del país.

Esta frustración no hizo mella en los fuertes grupos de militantes de la Juventud Peronista, esa juventud que poco después nosotros engrosaríamos masivamente.

En agosto de 1961, Gustavo Rearte desde el periódico *Trinchera* profetizaba, al describir el estado de ánimo existente en esos sectores, que «solo nos queda el camino de la violencia...»:

> Insurrección no es solo una palabra; expresa una línea de acción, una convicción: la que solo a través del levantamiento popular será posible el regreso del General Perón al poder. Insurrección no puede confundirse con golpe militar ya que este supone solo un cambio de elenco gobernante, sin afectar las bases económicas y la estructura política que posibilitan la opresión. [...] Y se nos ofrece «legalidad» a cambio de que declinemos nuestro más caro anhelo: el regreso del gran desterrado, si renunciamos a nuestra doctrina revolucionaria, a las banderas del 17 de Octubre, a guardar lealtad a nuestros mártires asesinados y a nuestros héroes torturados. Es decir, legalidad a cambio de traición. [...] Solo nos queda el camino de la violencia... y la historia nos enseña que la supervivencia del pueblo está condicionada por la desaparición de la oligarquía. Renunciar a la lucha es renunciar al destino de la humanidad argentina por pura cobardía. [...] ¡Viva la insurrección popular! ¡Viva la revolución Nacional Peronista! ¡Viva el General Perón! ¡De pie por su retorno, hasta la victoria! (28)

Todavía recuerdo el despliegue que se hiciera con motivo de la llegada al país y de su visita al Congreso del presidente de los Estados Unidos, el general Dwight Eisenhower. La caravana sobre Callao era

encabezada por una cuadrilla de coches desconocidos que, por unos segundos, acapararon las miradas y comentarios de todos. Esos automóviles, de líneas distintas a las comunes, con sus puertas tan características, fueron denominados por alguna prensa como los «Ford T» del año 2000. Eran los Ford Falcon, que nosotros veíamos por primera vez.

Por cierto que nuestros historiadores no los asociarán a esa fecha ni a sus cualidades técnicas, su recuerdo será mucho más dramático. Pintados de verde y quince años más tarde, su sola proximidad haría que muchos argentinos mudáramos de conversación, intercambiáramos miradas, tensáramos el cuerpo en un escalofrío, nos aseguráramos que teníamos todo en orden, nos recordáramos de dónde veníamos y adónde íbamos, buscáramos el sitio seguro, la salida salvadora, sintiéramos seca la garganta y húmedas las manos, pensáramos simultáneamente en tantas cosas...

A los Ford Falcon verde, más tarde un símbolo del Terrorismo de Estado, los conocí en Callao a la altura de Cangallo (hoy Perón) y junto a un grupo de compañeros, en el acto de repudio a esa visita. Después del paso de la caravana, la policía cargó contra nosotros: recibí una de las palizas más grandes de mi vida. Muchos años después, hacia el final de la última dictadura militar, tuve la oportunidad de recordárselo a Frondizi. A través de intermediarios, habíamos convenido —dentro de ciertas condiciones que respetaran mi clandestinidad— una reunión en su casa. Su partido, el Movimiento de Intransigencia y Desarrollo (MID), era uno de los cinco integrantes de la Multipartidaria, coordinación de partidos que pedían la «vuelta a la democracia». En aquella conversación, Frondizi recordaría aquella visita de Eisenhower y reivindicaría sus discusiones para que los Estados Unidos no pusieran obstáculos al desarrollo de nuestro país. Le dije que yo también le había querido manifestar lo mismo —desde la calle—, pero que la policía que respondía a sus órdenes me lo había impedido a palazos. Frondizi, con picardía, dejó extendida su mano y con una sonrisa me dijo: «Pégueme... desquítese».

En esa misma charla, Frondizi haría gala de su «actualizada» información. Me hizo saber, por ejemplo, que conocía que el fin de semana anterior yo había realizado reuniones clandestinas en Paraná y Santa Fe, y me recalcó que no las repitiera en lo inmediato porque estaban sobre mis pasos. También me hizo apreciaciones sobre un libro —que tenía sobre su mesa— de documentos montoneros que nosotros habíamos preparado para publicar y que se perdió íntegramente en un allanamiento, una vez impreso y antes de ser distribuido.

Volviendo a 1962, aquella etapa política institucional era un

constante ir y venir de «planteos militares». En marzo debían realizarse elecciones para gobernadores y ese era un momento determinante. Frondizi había permitido que el peronismo participara en las elecciones. Los militares no aceptaban ese criterio. El peronismo triunfó en diez provincias, entre ellas la de Buenos Aires, resultando elegido el gobernador Andrés Framini. Ante la presión militar, Frondizi anuló las elecciones. Alende, gobernador de Buenos Aires, no compartió tal criterio. Pero fueron los militares quienes decidieron poner fin a la confusa situación y lo «renunciaron» al Presidente, quien terminaría detenido y recluido en la isla Martín García.

En aquel marzo de 1962 (yo tenía 20 años), en un momento dado el país tuvo tres presidentes en un mismo día: Frondizi porque no había renunciado; el comandante del Ejército, general Raúl Poggi, que intentaba asumir en la casa de gobierno; y el presidente del Senado —José María Guido— que, finalmente, apelando a una interpretación acerca de las normas sobre acefalía, se haría cargo de la presidencia siendo reconocido por la Suprema Corte de Justicia.

Así terminaba, con Frondizi preso, una etapa clave en el proceso de descomposición institucional que los jóvenes fuimos percibiendo.

El «desarrollismo» había intentado una respuesta nueva a las herencias del pasado: al Estado fuerte y economía cerrada que habían sido las características del modelo peronista de 1945, le había sucedido el inacabado intento de apertura económica ilimitada, impulsado por la restauración oligárquica de 1955. Luego, el «desarrollismo» promovería una rápida industrialización a partir de las «inversiones» extranjeras.

Siguiendo el modelo de acumulación mundialmente hegemónico, el proyecto frondicista tenía como base el sector automotriz. Este se asentaría en Córdoba y su producción tendría como destino el mercado conosureño. El cambio de las condiciones internacionales, el fracaso de la Alianza para el Progreso y las propias contradicciones internas lo volvieron imposible.

Todas esas experiencias del año 1962 contribuyeron a aproximar mi práctica individual con la conciencia colectiva. La anulación de las elecciones y la nueva intervención militar me señalaron los topes de esa democracia en la que las mayorías, representadas por el peronismo, no tenían cabida. El secuestro y desaparición de Felipe Vallese serían el indicio de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el gorilismo en defensa del sistema.

La participación en aquel evento internacional, en Québec, me permitiría ver que el mundo bipolarizado tenía el dominio absoluto del juego en los debates e instituciones internacionales. El incidente como soldado —a raíz del reportaje en el diario *La Nación*—, me ayudaría a

comprender los límites que tenía, en ese momento, la palabra dicha públicamente.

A partir de ese año fui cambiando y notoriamente empecé a buscar otros rumbos. Aún faltaban algunos sucesos que alimentarían los rumbos que el pueblo tomaría en el futuro y el destino personal dentro de esa tendencia colectiva.

«¡Perón Vuelve!» Las enseñanzas de un «retorno» frustrado

Se puede considerar que el año 1964 es el punto de inflexión de la Primera Resistencia. Dos grandes acontecimientos enmarcan y le dan sentido a los acontecimientos que sobrevendrían en los años venideros, se trata del «Plan de Lucha» de la CGT y el frustrado retorno del general Perón. Ambos hechos, que tendrían una gran influencia futura, apenas rozaban mi militancia de esos tiempos, y explicarían las características de varios sucesos posteriores que sí me tocó protagonizar.

El Plan de Lucha de la CGT fue aprobado por el Comité Confederal de esa institución el 1º de mayo de 1964. Sus características no tenían antecedentes en la lucha sindical de nuestro país. Se trató de acciones simultáneas en todo el país, durante los meses de mayo y junio de ese año. Se ocupaban las plantas fabriles por un espacio de cuatro a seis horas, se paralizaban las actividades, se cerraban los accesos y comunicaciones con el exterior; en algunos casos quedaban como rehenes el personal superior y los capataces de los establecimientos, y se construían barricadas en las puertas. Según la CGT, participaron en estos hechos cerca de cuatro millones de asalariados, el 75% del total de trabajadores, de once mil establecimientos laborales (10% del total de establecimientos). Más del 75% de dichas medidas se concretaron entre Capital Federal y Gran Buenos Aires. Los protagonistas fueron los trabajadores industriales de los grandes establecimientos, que tenían más de 250 trabajadores cada uno. Con motivo de estas acciones fueron procesados cientos de militantes sindicales. (29)

Más allá de las reivindicaciones económicas de la coyuntura, hay una cierta nebulosa sobre las motivaciones más profundas de estas medidas de lucha. Para algunos fue el punto más alto de participación obrera en la Resistencia Peronista y la eventual preparación del retorno de Perón. Para otros es parte de la lucha interna entre Augusto Timoteo Vandor, jefe de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica (UOM), a cargo de las 62 Organizaciones y José Alonso, del gremio del Vestido y secretario general de la CGT. Independientemente de estas elucubraciones ya flotaba en el ambiente una serie de impresiones que me alcanzaban.

Una de las más rotundas era que los votos en blanco de 1963 (cuando triunfara el radical Arturo Illia, con menos del 25%) eran el piso de ese peronismo proscripto y que, mayoritariamente, pertenecían a los trabajadores que —socialmente solitarios— no estaban dispuestos a renegar de su identidad. Otro dato, que cada día se iba haciendo más visible, era la tendencia al divorcio entre esos trabajadores peronistas y el núcleo de dirigentes sindicales que los conducían. Como trasfondo de estos hechos estaba, también, el creciente distanciamiento ente la conducción de Perón y Vandor.

Uno de los hechos políticos más bochornosos del gobierno de Illia fue el pedido a las autoridades brasileñas para que pusieran fin al intento de retorno de Perón. Pero ese hecho no solo demostró las inseguridades del gobierno radical, sino que también desnudó los límites de aquella dirigencia sindical, encargada de aquel «Operativo Retorno».

En efecto, esa dirigencia había demostrado su fuerza con el reciente Plan de Lucha y la masiva ocupación de las plantas fabriles. Los objetivos políticos de esta aparecían recubiertos por las legítimas reivindicaciones económicas de los trabajadores. Pero ese hecho frustrado y los vaivenes políticos de esa misma conducción, le restaban fuerza a la hora de las decisiones políticas. La lucha de los trabajadores a través de los sindicatos, institución creada para la pelea reivindicativa, se iría encorsetando en la medida en que la estructura sindical se fuera legalizando. Los sindicatos se irían transformando en instrumentos limitados e insuficientes para las demandas de la vida política.

De hecho, ese peronismo característico de la Primera Resistencia y que tenía a los sindicatos como sostén, debía lidiar con algunos problemas.

Los sindicatos, por razones obvias, limitaban su organización a los trabajadores. Es rigurosamente cierto que los trabajadores fueron quienes prácticamente en soledad evitaron la desaparición del peronismo en los años inmediatamente posteriores al golpe de 1955. Esa fuerza pondría de pie la Resistencia y soportaría una y mil veces el embate de la represión al servicio de los poderosos. Pero no es menos cierto que esa fuerza, con todo el sacrificio que acompañaba su accionar, era insuficiente para cambiar la correlación de fuerzas y derrotar al gorilismo encaramado en el gobierno.

Por otro lado, en la medida en que el sindicalismo se integraba al sistema legal vigente, se alejaba de la lucha directa, y con ello se acrecentaban las dificultades para transformar esa resistencia en un triunfo popular.

Vandor, un símbolo de la lucha sindical de esos tiempos y consciente

de esa limitación, intentaría una síntesis de otro tipo. El «vandorismo», su creación, se caracterizaría por tratar de reunir dos instrumentos. Su método «golpear para negociar» se revelaría como muy eficaz en la actividad sindical. Intentó acompañarlo, en el aspecto político, transformando al peronismo en una fuerza electoral de tipo laborista. Esta tenía un fuerte arraigo en la experiencia socialdemócrata de Europa, pero no parecía responder a las características de nuestra cultura política. En términos prácticos terminaría chocando con la conducción de Perón y, a pesar de algunos escarceos, tampoco lograría asimilar a los sectores revolucionarios del peronismo. Estos se mantenían fieles a la consigna de PV (Perón Vuelve) y para hacerlo realidad estaban dispuestos a violentar las reglas de juego del sistema.

El 2 de diciembre de 1964 el avión de Iberia que traía a Perón y la Comisión de Retorno, que respondía al sindicalismo, sería retenido en Río de Janeiro por orden del presidente de Brasil, Emilio Garrastazú Médici. Perón fue obligado a bajarse e inmediatamente devuelto a España.

Las autoridades brasileñas deslindaron sus responsabilidades con un comunicado de la Cancillería en el que aclaraban que esa decisión se había tomado «dentro del más alto espíritu de colaboración en los dos países». El propio Illia reconocería y agradecería esa colaboración en un reportaje que se le hizo con motivo de su viaje a ese país y que fue publicado en el *Jornal do Brasil*, donde declaró: «La Argentina está agradecida al Brasil por haber obstaculizado el retorno del ex presidente Perón, y el noventa por ciento de sus habitantes está de acuerdo con esta posición asumida por el Brasil». (30)

En nuestro país, la noticia fue tomada con decepción pero sin reacciones populares significativas: no hubo paro ni movilizaciones. El sueño del peronismo se había frustrado y, sin embargo, el país siguió funcionando normalmente.

De todas maneras, algo significativo había ocurrido. Quedaba claro que las formas de lucha sostenidas por esa dirigencia eran insuficientes para alcanzar el objetivo del PV, anhelado por la masa peronista. La mayoría de la dirigencia que estaba al frente de la conducción sindical profundizaba un declive que, en la mayoría de los casos, no tendría retorno.

Los hechos que tuvieron como escenario el Aeropuerto del Galeao, protagonizados por «dos democracias pentagonianas», según dijera Perón, (31) no solo mostraban la actitud cínica del gobierno radical. Este venía sosteniendo, por boca de su canciller Miguel Ángel Zavala Ortiz (el asesino de civiles desarmados en la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955), que no había exiliados y que quienes estaban fuera

podían regresar. También significaron que Vandor, que podía pensar en sacar ventajas de un retorno frustrado quedando como líder de un movimiento cuyo jefe se mantendría en el exilio, fuera mirado de reojo por muchos peronistas, e iniciara un camino de desprestigio del que no se repondría.

Pero lo más importante de aquel fracaso sería que para los más jóvenes quedaba la convicción de que el camino seguido por el aparato sindical era inconducente. El protagonismo casi excluyente de las organizaciones gremiales como expresión del peronismo y su resistencia, cargados de sacrificio en los tiempos inmediatamente posteriores al golpe, más burocratizados posteriormente, entraba en un cono de sombra.

Se abría paso un confuso período, con un peronismo aturdido. Los sucesos ocurridos dos años después, clarificarían la situación y abrirían el camino hacia una Segunda Resistencia y el inicio de otra historia.

El frustrado retorno de 1964 puede ser considerado como el agotamiento de aquella resistencia iniciada inmediatamente después del golpe de 1955.

Oteando (probando) caminos (nuevos rumbos)

Del sindicalismo paralelo en el que había participado en el año 1959, había pasado, a partir de 1962, a formar parte de un grupo de «Economía Humana», inspirado en el padre Joseph Lebret abiertamente orientado a ayudar y fortalecer el sindicalismo unitario promovido por el peronismo. Dentro del grupo Economía Humana yo era el más joven, allí se destacaban el pedagogo Julio César Neffa, Carlos Juan Zavala Rodríguez, un reconocido profesor universitario, y el historiador revisionista Gonzalo Cárdenas. En el local de la calle Combate de los Pozos al 200 trabajamos en la producción de programas radiales, cursos de capacitación sobre temas sindicales y de promoción cooperativa.

En acuerdo con Fernando Donaires, secretario general del gremio de los Papeleros, mucho antes que este fuera secretario general de la CGT en 1966, realizamos varios cursos de capacitación. Otros cursos fueron dictados por Atilio Borón, al que los asistentes solían recibir al compás de un significativo estribillo: «¡Borón, Borón... qué grande sos!».

También, desde allí, trabajamos activamente para fortalecer la Lista Blanca con la que el peronismo, llevando a Raimundo Ongaro como candidato, recuperaría el gremio gráfico, que era un baluarte del sindicalismo gorila denominado «32 Gremios Democráticos».

La militancia en la Democracia Cristiana (DC) la fui volviendo francamente abierta hacia lo que era la experiencia peronista, junto a la

corriente interna que lideraba el cordobés Horacio Sueldo.

En los años 1962 y 1963 bullía de esperanzas el altillo del viejo local de la DC, en la calle Ayacucho. Con un grupo de la juventud veníamos impulsando la necesidad de abrir las puertas de la DC para que el peronismo se pudiera expresar. Junto con Rina Leyva, Domingo Razzotti, Jorge Méndez, Norberto Habegger, Tomás Vallejos, Horacio Mendizábal, Oscar De Gregorio y otros, constituimos el sector más entusiasta. Otros jóvenes, algo menores, como Jorge Luis Bernetti y José Octavio Bordón, nos acompañaban en la misma inquietud.

Esa participación en la Democracia Cristiana me permitiría recorrer más de una vez distintos países de América Latina. Diversas actividades de la Juventud Universitaria de la Democracia Cristiana Latinoamericana (JUDCA), encuentros y seminarios fueron los motivos que me permitieron conocer y convivir con jóvenes de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

En cada reunión, para escándalo de la mayor parte de la dirigencia partidaria argentina, reivindicaba al peronismo como el camino para los cambios y transformaciones en nuestro país. El conocimiento de las distintas situaciones nacionales me había llevado a identificarme con aquellos jóvenes demócratas cristianos que luchaban por la causa de sus pueblos. Estaban entre ellos los que en Santo Domingo trataban de frenar la invasión norteamericana destinada a derrocar al gobierno de Juan Bosch; los que en Brasil construían Acción Popular (AP), extendida organización de base que agrupaba a jóvenes estudiantes, campesinos y militantes barriales, y que se constituyó en un importante punto de referencia política antes del golpe militar de 1964 y en los primeros tiempos del mismo. Eran los jóvenes que en Haití trataban de escapar a la muerte en los enfrentamientos con la dictadura de los Duvalier; los que en Colombia acompañaron la experiencia de Camilo Torres y en Perú, el intento transformador del general Juan Velasco Alvarado.

En nuestro país, 1963 era un año electoral. Ante la nueva proscripción del peronismo se proclamaría, el 1° de julio de 1963, la fórmula Matera-Sueldo. Con muchas esperanzas y cierta ingenuidad, fuimos muchos los que en esa fórmula vimos la posibilidad de romper la proscripción a la que era sometido el pueblo peronista. El doctor Raúl Matera, un conocido neurólogo, era un viejo peronista, que pocos días antes había renunciado a la Secretaría General del Partido Justicialista. Al día siguiente de la proclamación de esa fórmula se realizó un imponente acto público en la ciudad de Rosario. Ochenta mil personas concurrieron a la primera exhibición pública de esta nueva alternativa. Menos de 24 horas más tarde de esa demostración de fuerza, el 3 de

julio, un decreto del gobierno militar prohibiría la candidatura de Matera.

La respuesta de nuestro sector juvenil fue clara y rotunda: «¡Abstención!». De esa manera acompañaríamos al peronismo en su proscripción. Sin embargo, Horacio Sueldo siguió adelante. Ya nada sería igual.

Estaba viviendo en carne propia la vacuidad de esa democracia ilegítima, limitada y falaz. Esa noche del 3 de julio, junto con Habegger y unos pocos compañeros más, nos ratificamos en una convicción que auguró el rumbo de los próximos pasos: seguiríamos en la estructura de la DC pero sería con el propósito de agotar todos los recursos a fin de abrir camino a la posibilidad de expresión de las mayorías populares.

En esas elecciones de 1963 resultó ganador el doctor Arturo Illia, candidato del radicalismo, con el 25% de los votos y el «votoblanquismo» reuniría algo más de 23% de los votos.

Poco después, en Salta, el 5 de marzo de 1964, quedaba en evidencia el desmembramiento del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), conducido por Jorge Ricardo Massetti. Este periodista argentino se había incorporado a la Revolución Cubana, y junto con Rodolfo Walsh y otros periodistas había fundado Prensa Latina, la agencia cubana de noticias.

La mayoría de los miembros del EGP fueron muertos. Como saldo de este hecho quedaron presos en la cárcel de Salta Federico Evaristo Méndez y Juan Héctor Jouvet, quienes tendrían por delante largas condenas. Años más tarde, estando en Salta con la tarea de construir la fuerza local de Montoneros, aproveché mi profesión de abogado para entrar varias veces a la cárcel. Sin que ellos lo supieran, buscaba un resquicio, no precisamente legal, que permitiera acortar esas penas, pero otras urgencias me llevaron a abandonar la provincia y ese propósito.

Esos años en Buenos Aires, donde había combinaba trabajo, estudio y militancia, son los que me traen mis mejores recuerdos de esa ciudad. Las cenas los sábados a la noche en el viejo Pippo de la calle Montevideo, cuyos manteles de papel y fideos al pesto fueron testigos de confidencias y aventuras de muchos jóvenes; los festejos de los exámenes aprobados en El Café de los Angelitos, de Rivadavia y Rincón, con los interminables «sapos» de cerveza. Algunas esporádicas pasadas por La Cueva de Pueyrredón y Las Heras, para «ver de qué se trataba» ese nuevo fenómeno del rock progresivo o nacional, en los inicios de Pajarito Zaguri, Litto Nebbia, antes de que aparecieran Los Gatos, Manal y Almendra. La satisfecha manía por el cine... las películas del Lorraine; aquellas inolvidables de Jean Luc Godard,

Francoise Truffaut o Claude Chabrol; el atrevimiento y profundidad de Ingmar Bergman, cuyas películas en esa época muchas veces no pasaban la censura, como por ejemplo *El silencio*, en 1964; el miedo que lograba meterme el suspenso de Alfred Hitchkock que hacía que, cuando volvía solo a la pensión después de la función de trasnoche, caminara por la mitad de la calle. También y, fundamentalmente, la época de nuestros brillantes realizadores: Leopoldo Torre Nilson, con *La caída* y *Fin de fiesta*, señalándole rumbos al cine argentino. La obra de sus seguidores: Rodolfo Khun, con *Los jóvenes viejos* y su *Pajarito Gómez*, que parodiaba con acidez una historia en la que se podía identificar a Ramón «Palito» Ortega, con guión de Francisco Paco Urondo (que luego fuera oficial montonero); *Alias Gardelito* y *Shunko*, del chileno argentinizado Lautaro Murúa; Leonardo Favio con su incomparable *Crónica de un niño solo* y, más tarde, el *Romance del Aniceto y la Francisca*. Fernando Birri, que había realizado sus dos obras maestras *Tiredié* y *Los inundados*, era el encargado de dirigir el Instituto de Cine de la Universidad Nacional del Litoral. Esta última película tuvo dos finales: uno, destinado al mercado externo, incluía la simbología peronista que se correspondía con la identificación política de sus personajes y el otro, en el que esa coreografía peronista se había eliminado para eludir la censura y permitir su difusión interna.

Todo este fervor por «lo nuevo» no pudo omitir la emoción y el impacto que significaron la muerte y velorio del tanguero uruguayo Julio Sosa. Pero, en medio de esas aperturas y nuestras búsquedas, sobrevivía en algunos sectores un «maccartismo» visceral. La posibilidad de acceder a una función en el CONICET hizo que me entrevistara con su presidente, nuestro premio Nobel, el profesor Bernardo Houssay. Con él, la conversación venía sobre ruedas, incluso mi trabajo como abogado recién recibido en un estudio jurídico de gente de su amistad favorecía el diálogo, hasta que llegamos a mis estudios de sociología y la referencia que hice a un seminario que estaba realizando con el profesor José Enrique Miguens. Su mención cambió la actitud de Houssay: increíblemente se exaltó y dio por terminada la charla, haciendo alusión al carácter «comunista» de Miguens, lo que estaba tan alejado de la realidad como lo puede estar Madonna de la madre Teresa de Calcuta. Miguens había sido, junto con Mariano Grondona, el redactor del «Comunicado 150» con el que culminara —con el triunfo de los sectores próximos al general Juan Carlos Onganía— el enfrentamiento interno del Ejército, conocido como «Azules y Colorados», en 1962.

La muerte de Alfredo Palacios a los 84 años de edad, en mayo de 1965, no dejó de conmoverme. Sin olvidar su recalcitrante gorilismo

resultaba una figura simbólica. Durante algunos años lo había visto constantemente, dado que su Comité era vecino a mi pensión. Siempre me impresionaba su figura: sombrero, traje negro, bigotazos y el infaltable poncho al hombro. Verlo era como remontarse a la política de inicios de siglo, época en que fuera el primer diputado socialista de América. Durante sesenta años sería protagonista de la política argentina. Incluso en 1961, su candidatura a senador demostraría, una vez más, esa diferente idiosincrasia política del porteño respecto de los pobladores de la mayor parte del interior del país, que viene de tan lejos. Ese año, reivindicando la Revolución Cubana como bandera, triunfaría en las elecciones aventajando al radicalismo balbinista y frondicista.

La Doctrina de Seguridad Nacional en el gobierno de Illia

El gobierno radical del Presidente Illia comenzaría a padecer el síndrome de todos los gobiernos civiles posteriores al golpe de 1955: ¿qué hacer con el peronismo, su resistencia en calles y fábricas, y sus votos a la hora de las urnas?

Después de reiteradas proscripciones, en 1964 tropezaría con el ya comentado Plan de Lucha de la CGT. Y en marzo de 1965 se debía votar la renovación parlamentaria.

El radicalismo, a mitad de camino entre la proscripción y el respeto del derecho al voto, optó por permitir que Perón apoyara a los candidatos de la Unión Popular, uno de los tantos instrumentos electorales que el Movimiento Peronista construía para abrirse espacios legales. El radicalismo logró el 28,5% de los votos, la Unión Popular y otros partidos locales de tendencia peronista el 37,42%. Las 62 Organizaciones, orientadas por Vandor y desobedeciendo la orden de Perón, optaron por una alianza con el frondicismo, sumando otro 6,3% a la cosecha de votos peronistas.

Estas elecciones de marzo se completaron con otras realizadas en Mendoza, al mes siguiente. Perón envió a su esposa Isabel para que participara en la campaña, ayudando a frenar el avance del vandorismo. Allí triunfaron los conservadores pero el resultado le fue igualmente propicio a Perón, ya que su candidato, Ernesto Corvalán Nanclares, saliendo segundo se impondría a Alberto Serú García, que respondía al líder metalúrgico Augusto Vandor.

Nuevamente se abría la posibilidad de que el peronismo volviera al gobierno a través de las urnas. El radicalismo se mostraba incapaz de contener al aluvión peronista. Y también otra vez, atendiendo a la debilidad institucional y al antiperonismo de la lógica militar

imperante en ese momento, como una amenaza cierta se recortaba el golpe de Estado sobre el horizonte político. Las Fuerzas Armadas se habían constituido en una sólida muralla, consolidando la idea que era una parte importante de su misión: impedir el retorno del peronismo al gobierno.

Es que desde poco después del golpe de 1955, el gobierno de la llamada «Revolución Libertadora», había adherido a las concepciones sostenidas por Estados Unidos, que redefinían el rol de las Fuerzas Armadas. A instancias de la voluntad estadounidense irían dejando de lado el objetivo de defender las fronteras y la soberanía territorial. Se iría abandonando la Doctrina de Defensa Nacional, tributaria del concepto de Nación en Armas, que tenía como enemigos a eventuales poderes externos que pudieran agredir fronteras o soberanía nacional. Ella iría mutando hacia la Doctrina de Seguridad Nacional donde la «hipótesis de conflicto» estaba en el «enemigo interno». Era «enemigo» todo aquello que pudiera cuestionar el statu quo reinante, que transitaba bajo la hegemonía de los sectores representativos del poder económico. Según esta nueva doctrina, las diferentes Fuerzas Armadas nacionales deberían articularse en los dispositivos internacionales creados por los Estados Unidos. A partir de allí, las fronteras pasarían a ser ideológicas, el enemigo sería (lo que ellos entendían que era) el «peligro comunista», y cualquier movimiento reivindicativo corría el riesgo que se le colgara ese «sambenito» y sería perseguido.

Las Fuerzas Armadas se fueron configurando al servicio del conflicto ideológico predominante, como parte de los intereses de una de las superpotencias en pugna. Las Fuerzas Armadas argentinas «compraron» como propio un conflicto que ayudaba a defender y asegurar los intereses estadounidenses.

Por el decreto 6129/56, el gobierno de la «Revolución Libertadora» adheriría a una resolución de la Organización de Estados Americanos (OEA), en cuyos considerandos se expresaba: «La Décima Conferencia Interamericana estableció bases para hacer efectiva la solidaridad de los estados americanos en la preservación de la integridad política de los mismos contra la intervención del comunismo internacional». (32) De esta manera, penetraba en nuestro sistema institucional la que luego sería conocida como la Doctrina de Seguridad Nacional.

Bajo esta concepción, nuestras voluntades de cambio con sus cargas ideológicas y generacionales quedaban casi automáticamente enmarcadas en esta confrontación entre el «occidente cristiano» y capitalista, encabezado por los Estados Unidos, y el «comunismo ateo», expresado por la URSS y los países del Este.

Sobre esta cuestión, el gobierno de Illia transcurriría aprisionado

entre sus principios, avalados por la opinión mayoritaria del pueblo, y la presión de las Fuerzas Armadas como ejecutoras de esta nefasta doctrina.

La invasión de tropas de los Estado Unidos a Santo Domingo ante un levantamiento cívico-militar dirigido por el coronel Francisco Caamaño Deñó y destinado a reponer en el gobierno al derrocado presidente Juan Bosch, conmovería al país y al gobierno. El delegado de Illia había asumido en la OEA, avalando la posición de Estados Unidos, que consistía en el compromiso del envío de tropas. Esa medida no se podría concretar: la oposición parlamentaria y la movilización popular de los estudiantes y la CGT la volvieron imposible. El gobierno, entonces, desistió de su propósito inicial.

En una de las movilizaciones realizada en mayo de 1965 en la Plaza Congreso, me tocaría presenciar el enfrentamiento de militantes del Partido Comunista y de Tacuara, un grupo nacionalista. Luego de golpes y corridas, este terminó con dos jóvenes muertos y varios heridos. Esta sería la primera vez que, ante mis ojos, el hecho irreversible de la muerte de un ser humano se me aparecía como parte de la lucha política.

La designación de Juan Carlos Onganía al frente del Ejército haría que el poder militar y la Doctrina de Seguridad Nacional comenzaran a pesar con fuerza creciente.

Las anuales Conferencias de Ejércitos Americanos (CEA) serían el escenario donde se oficializaban las estrategias basadas en esa doctrina, que luego aplicaran prolijamente los diversos ejércitos americanos y a la que el historiador conservador Rosendo Fraga caracterizó como la integración de las doctrinas de lucha «contra el terrorismo» de Indochina y Argelia, combinada con la del West Point y que «justificaba la intervención militar en el escenario político-institucional cuando los gobiernos civiles no fueran capaces de mantener la situación de seguridad». (33)

Onganía se fue constituyendo en el abanderado de las posiciones más recalcitrantes. En 1965, sostendría en la Academia Militar de West Point: «Debemos combatir el comunismo en cualquier lugar que se presente» (34) y al cabo de un viaje por Alemania, Italia, España y Brasil, afirmó: «Hay un acuerdo entre Argentina y Brasil para combatir el comunismo». (35) El gobierno de Illia se iría debilitando a partir de las crecientes concesiones que permitió frente al avance de estas ideas.

El 10 de mayo de 1964 el canciller de Illia, Miguel Ángel Zavala Ortiz firmó un «Memorándum de Entendimiento», con el gobierno de Estados Unidos, que serviría de base a un «Convenio de Asistencia Militar» y que la prensa bien lo definió como «Pacto militar con Estados Unidos».

(36) El aspecto más conflictivo radicó en el control que los Estados Unidos podían ejercer sobre el uso que se iba a dar a los elementos bélicos que eran parte del convenio.

También en 1964 se publicaría un *Manual* de la Comisión Especial de Reestructuración del Ejército (R-C-2-1) donde se volcaron los aspectos doctrinarios. Sobre esta base se reglamentaron las actividades de las tropas que combatirían a la subversión y se caracterizó y definió el concepto de «guerra interna». (37) De esta manera, aprovechándose de la endeblez del gobierno radical, comenzaría a instalarse en nuestra organización social esta doctrina autoritaria que tantos males ocasionó.

En nuestro país, ese discurso anticomunista tendría un destinatario muy concreto que no fue el declamado comunismo sino el pueblo peronista organizado. Contra él y sus gobiernos elegidos —o ante el «peligro» de su acceso legítimo al gobierno— fueron las recurrentes agresiones, los golpes de Estado. Después del golpe de 1955, eso fue lo que ocurriría en 1962, 1966 y 1976, aunque cada uno de ellos se pretendiera fundamentar en diferentes falacias, ocultando su motivación real, que era el cumplimiento de los objetivos de la Doctrina de Seguridad Nacional.

Desde los más diversos sectores se hicieron oír voces críticas a tal doctrina, que había sido una creación estratégica al servicio de los intereses norteamericanos en la Guerra Fría desatada con la Unión Soviética poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Incluso su invocación a la defensa de los valores ideológicos del cristianismo fue seriamente cuestionada. La posición de una franja importante de la Iglesia católica quedó señalada en el documento de la Iglesia latinoamericana:

> La Doctrina de la Seguridad Nacional —decía la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano reunido en Puebla en 1979— es de hecho más una ideología que una doctrina. Está vinculada a un determinado modelo económico político, de características elitistas y verticalistas que suprime toda participación amplia del pueblo en las decisiones políticas. Pretende, incluso, justificarse en ciertos países de América Latina como doctrina defensora de la civilización occidental y cristiana. Desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de guerra permanente. En algunos casos expresa una clara intencionalidad de protagonismo político. (38)

Fin de una etapa

Más de siete años habían transcurrido desde el momento en que la Facultad y el trabajo en el Banco constituyeran mi «aterrizaje» en Buenos Aires. Había llegado imbuido del cristianismo de mi formación familiar y sentía que estaba logrando integrar ese bagaje a la fuerza

social y política que venía desde nuestra propia historia. Pero por eso mismo, intuía que debía buscar otros rumbos. Era algo así como que la inmensidad de esa metrópoli me impedía acceder a las personas concretas, de carne y hueso; en definitiva, a los protagonistas de las ideas que percibía como ciertas. Buscando esa relación, el puente entre lo humano y la idea, la desarrollaría a partir de la perspectiva de hacerlo desde el interior.

Mi carrera de abogado estaba concluida y los estudios de sociología me fortalecían en los conceptos pero no me introducían en la realidad, que entendía que debía ser modificada. Participé de varios encuentros obrero-estudiantiles y charlas del padre Miguel Mascialino, uno de los pensadores cristianos que estaba a la cabeza de las corrientes tercermundistas. Pero yo no encontraba la forma de engarzar esos pensamientos e ideas, que compartía, en una consecuente práctica cotidiana. Como siempre, fui a buscar el consejo de quien contribuyera a soldar la continuidad de mi formación familiar con el compromiso social de mi práctica posterior. Me refiero a uno de mis tíos sacerdotes, Mateo; con el otro, Marcos, tuve un trato más esporádico y distante.

Mateo, sacerdote pasionista, fue durante varios años secretario general de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR). Durante sus mandatos, en la segunda mitad de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, el CLAR, desde una óptica progresista, agrupaba a todos los religiosos de América Latina. Tenía pronunciadas diferencias con la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), conducida por el cardenal colombiano monseñor Alfonso López Trujillo, quien abordaba la convulsión de esos años desde una posición más conservadora.

Eran los tiempos de predominio de los gobiernos militares y estaban en su punto más álgido los debates, sobre todo con la Teología de la Liberación, sobre el compromiso con los pobres y la acción política de los sacerdotes.

El padre Mateo Perdía que fue párroco de la Iglesia de Santa Cruz y «provincial» —es decir, responsable de la región que abarcaba Argentina y Uruguay de los padres pasionistas—, ayudó a que esa parroquia, lugar donde él residía, fuera utilizada por el grupo originario de las Madres de Plaza de Mayo para sus encuentros solidarios. Allí se hicieron, a comienzos de 1977, las primeras reuniones de madres que, por aquel entonces, presidía Azucena Villaflor de De Vicenti, madre de un dirigente peronista desaparecido. Entre ellas se infiltró Alfredo Astiz, el que entregara a Azucena junto a otros familiares y a las monjas francesas, Alice Domon y Léonie Duquet, todos secuestrados y desaparecidos entre el 8 y el 10 de diciembre de

1977.

Por mi parte, siempre que pude acudí a los consejos de Mateo en los momentos decisivos, hasta su muerte en 1995. Muchas veces en la sede de su parroquia, otras en el exterior, en algunos de sus regulares viajes por América Latina. Sus actividades al frente del CLAR permitieron que Montevideo y Lima fueran sitios de encuentro durante la época de la dictadura militar. En aquel momento y ante mi inquietud por buscar otros caminos más concretos, me indicó la posibilidad de conversar con el padre Arturo Paoli.

Era un sacerdote italiano que, en plena posguerra y mucho antes del Concilio Vaticano II, había vislumbrado la necesidad de una apertura de la Iglesia al mundo de hoy, privilegiando el mundo obrero, el mundo de los pobres.

Esa apertura, en Europa, pasaba por el diálogo con el marxismo, debido al peso social y electoral que tenía, sobre todo en Italia, el Partido Comunista.

Pero aquí, esta apertura de la Iglesia no podía tener como interlocutor a ese marxismo cuya incidencia en los obreros y sectores humildes era francamente minoritaria. Por eso, en nuestro país, ese «diálogo de católicos y marxistas», donde el interlocutor de Paoli fuera el comunista Juan Rosales, no pasaría de algunas conferencias y publicaciones reservadas para cenáculos de intelectuales.

Todos estos elementos me iban formando en la convicción de que la solidaridad que vislumbraba estaba más cerca del socialismo que del capitalismo; aunque tan lejos de su versión comunista tradicional como de aquel capitalismo.

Cargado con este bagaje de ideas y sueños, di por concluida una etapa importante de mi vida y, buscando coherencia, dejé Buenos Aires a mediados de 1965, cuando decidí irme al interior.

* Los conceptos, denominaciones o expresiones señaladas con un asterisco se encuentran desarrollados en el Glosario al final de este volumen.

1. Carbone, Alberto: *El día que bombardearon Plaza de Mayo*, Buenos Aires, Vinciguerra, 1994, p. 58. Testimonio de Luis Elías Sánchez, fotógrafo del vespertino *Noticias Gráficas*, tomado de Cháves, Gonzalo: *La Masacre de Plaza de Mayo*, La Plata, Ediciones de la Campana, 2003, pp. 15-16.
2. *Ibid.*, pp. 9-11.
3. *Ibid.*, p. 42 (relato del capitán de Navío [RE] Néstor Noriega).
4. Floria, C. A. y García Belsunce, César: *Historia política de la Argentina contemporánea, 1880/1983*, Buenos Aires, Alianza Universitaria, 1989, p. 163.

5. Mosca, Carlos: *Raúl Borrás. La pasión por la política, su vida*, Buenos Aires, Edición del Autor, 1995, p. 30.
6. Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias, de los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, p. 11.
7. Alende, Oscar: *Diario de Sesiones* (28 de agosto de 1955), Honorable Cámara de Diputados de la Nación, Reunión 33°, p. 896, Proyecto de Resolución nº 7, girado a la Comisión de Defensa Nacional.
8. Scalabrini Ortiz, Raúl: «El Chantaje, un arma diplomática», *Qué*, n° 135, 18 de junio de 1957, p. 10; citado en Galasso, Norberto: *Perón. Formación, ascenso y caída 1893/1955*, tomo 1, Buenos Aires, Colihue, 2005, pp. 707-708.
9. Galasso, Norberto: *op. cit.*, tomo 2, p. 798. Véase también Calvo, Luis *et al.*: *Yo, Juan Domingo Perón. Relato autobiográfico*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 285; citado en Marino, María Daniela: «El Bombardeo, 16 de Junio de 1955». Disponible en: <http://www.grupomayo.com.ar/documentos/descargas/bombardeo.pdf> (última consulta: 26/12/2012).
10. Rojas, Isaac: declaraciones televisivas. Reproducido extensamente en diferentes libros y artículos, véase, por ejemplo, Bernal, Federico: *Petróleo, Estado y soberanía. Hacia la empresa multiestatal latinoamericana de hidrocarburos*, Buenos Aires, Biblos, 2005, p. 75; Pereyra Mele, Carlos A.: «La verdadera historia, quien quiera oír que oiga», Centro de Estudios Estratégicos Suramericanos, 2005. Disponible en: <http://www.rebanadasderealidad.com.ar/pereyra-05-01.htm> (última consulta: 20/12/2012).
11. Churchill, Winston: «Dichos en Yalta» (Crimea, URSS). Reproducidas en varios sitios, véase por ejemplo: <http://www.taringa.net/posts/info/13504929/Churchill_-_No-dejen-que-Argentina-se-convierta-en-potenci.html>; <http://www.mov-condor.com.ar/malvinas-doc/malv-geopol-I.htm> (última consulta: 26/12/2012).
12. Churchill, Winston, citado en Ferns, H. S.: *La Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, p. 247.
13. Cena, J. C.: *Breve Historia de las Masacres en la Argentina, algunos antecedentes históricos*, Parte IV: «La clase obrera y el pueblo no van al purgatorio», Argenpress. Disponible en: <http://www.lafogata.org/cena/cena.7.4.htm> (última consulta: 26/12/2012).
14. Baschetti, Roberto: *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-70*, Buenos Aires, PuntoSur, 1988, p. 56.
15. Duhalde, Eduardo Luis (comp.): *Correspondencia Perón-Cooke*, tomo 2, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 25.
16. Ghioldi, Américo: «Editorial», *La Vanguardia*, 14 de junio de 1956. Extracto disponible en: <http://www.educ.ar/dinamico/UnidadHtml_get_bd173997-c854-11e0-8042-e7f760fda940/anexo1.htm> (última consulta: 26/12/2012).
17. Tesaire, Alberto: *Libro negro de la segunda tiranía. Decreto-ley nº 14.988/58*, Buenos Aires, Comisión Nacional de Investigaciones, 1958, p. 141.
18. El Kadri, Envar «Cacho»: «Los hijos de Perón», *El Ortiba*. Disponible en: <http://www.elortiba.org/fap.html#Los_hijos_de_Perón> (última consulta: 19/1/2013).
19. Landró, Miguel y Rearte, María Eva: «Gustavo Rearte». Disponible en: <http://www.nacionalypopular.com/index.php?option=com_content&task=view&id=12153&Itemid=1> (última consulta: 26/12/2012).
20. *Ibid.*
21. VV.AA.: «Felipe Vallese. Presencia militante», *Militancia Peronista para la*

Liberación, n° 10, 16 de agosto de 1973, pp. 8-9. Disponible en <http://www.mediafire.com/?fg7c02jzzleal1i> y <http://www.ruinasdigitales.com/blog/revista-militancia-peronista> (última consulta: 26/12/2012).
22. V. G.: «Una foja de servicios coherente», *Página/12*, 1° junio de 2006; y Dandan, Alejandra: «La búsqueda constante de Clara Anahí», *Página/12*, 4 de abril de 2012, p. 15.
23. Cichero, Marta: *Cartas peligrosas*, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 95.
24. *Ibid.*, p. 339.
25. Alberte, Bernardo: «Carta a Perón», 25 de marzo de 1957, y Perón, Juan Domingo: «Carta a Bernardo Alberte», 4 de abril de 1957, ambas en Gurucharri, Eduardo: *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Colihue, 2001, p. 46 y 53. Disponibles en: <www.rodolfowalsh.org> Ideas > Memoria> (última consulta: 17/9/2012).
26. Prieto, Ramón: *Correspondencia Perón-Frigerio, 1958/1973. Análisis Crítico*, Buenos Aires, Macacha Güemes, 1975, p. 15.
27. Marcos, César: «Editorial» (firmado por Juan Caracas), *El Guerrillero*, n° 17, 6 de marzo de 1958; citado en Monzón (h), Florencio: *El Peronismo del silencio. Con los escritos ocultos de César Marcos*, Buenos Aires, Corregidor, 2012, pp. 160 y 162.
28. Rearte, Gustavo: «Hacia la insurrección» (Editorial), *Trinchera*, agosto de 1961. Véase un extracto en Garulli, Liliana; Caravallo, Liliana; Charlier, Noemí y Cafiero, Mercedes: *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*, Buenos Aires, Biblos, 2000. También citado en nota conmemorativa del asesinato de Gustavo Rearte: «Soy peronista como se es hincha de Gardel o de Boca», *El Descamisado*, nº 8, 10 de julio de 1973. Disponible en: <http://www.ruinasdigitales.com/descamisado/descamisadosoyperonistacomoseeshinchadeg8>.
29. Cotarelo, M. Celia y Fernández, Fabián: «La toma de fábricas en Argentina, 1964», *Razón y Revolución*, n° 3, invierno de 1997. Reedición electrónica disponible en: <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/prodetrab/ryr3Cotarelo.pdf> (última consulta: 26/12/ 2012).
30. Illia, Arturo, citado en Fundación Tiempo Social: *Perón Vuelve. El retorno de Perón y las luchas de la Resistencia Peronista*, Buenos Aires, Ediciones Historia Viva, 1995, p. 100.
31. Peicovich, Esteban: *Hola, Perón*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965, p. 82; citado en Galasso, Norberto: *Perón. Exilio, Resistencia, Retorno y Muerte. (19551974)*, tomo 2, Buenos Aires, Colihue, 2005, p. 951.
32. García, Alicia S.: *La Doctrina de la Seguridad Nacional*, Buenos Aires, CEAL, 1991, p. 57.
33. Fraga, Rosendo: *Ejército: del escarnio al poder. 1973-1976*, Buenos Aires, Planeta, 1988, pp. 22-23.
34. García, Alicia S.: *op. cit.*, p. 31.
35. Graham Yooll, Andrew: *De Perón a Videla*, Buenos Aires, Legasa, 1989, p. 142.
36. «Cooperación militar con Estados Unidos», *La Nación*, 13 de mayo de 1964, pp. 1 y 12; «Pacto militar con Estados Unidos», *La Prensa*, 1° de julio de 1964; Texto del memorándum de entendimiento o acuerdo de cooperación militar con Estados Unidos (Nota de Tapa), *La Nación*, 8 de julio de 1964, pp. 1 y10. Disponible en: <http://www.argentina-rree.com/13/13-041.htm> (última consulta: 4/2/2013).
37. García, Alicia S.: *op. cit.*, p. 29.
38. CONADEP: *Informe NUNCA MÁS*, 16º edición, Buenos Aires, EUDEBA, 1991, p. 473.

CAPÍTULO II

La Segunda Resistencia

El «golpe democratizador» y la irrupción de una nueva generación — La partidocracia: un sistema político inservible — El revisionismo histórico de la nueva generación — Consignas y compromisos de vida: mística y ética — Preparando/preparándonos para nuevas formas de acción — La Revolución Cubana y el «foquismo» guevarista — Cristianismo tercermundista — La Revolución Cultural China — El debate de la militancia — Experiencias militares de nuevo signo — Los años sesenta, la «Década del Desarrollo» — La lucha anticolonial — El sentimiento antiimperialista y el rechazo a la opulencia y al consumismo — El «Cordobazo» — Los jóvenes de 1966 ante nuevos desafíos — La guerrilla rural, las Fuerzas Armadas Peronistas y la experiencia de Taco Ralo — La hora de la acción — Año setenta: aparecen las «Orgas» — La integración a Montoneros — «Guerra popular prolongada», vanguardia e integralidad de la lucha — El intento de unidad de las Organizaciones Armadas Peronistas — Guerra de estrategias: Lanusse vs. Perón — Montoneros crece — El retorno de Perón — Cómo era «la Orga» — ¡Luche y Vuelve! — Camino al triunfo — Mirando lo hecho

El «golpe democratizador» y la irrupción de una nueva generación

El período que se extiende desde el frustrado regreso de Perón por la vía de Brasil, el 2 de diciembre de 1964, hasta el golpe a Illia, el 28 de junio de 1966, puede considerarse como una transición entre la Primera y la Segunda Resistencia.

El peronismo se debatía en una profunda confusión: se sabía fuerte pero incapaz de modificar la correlación de fuerzas. El gigantesco sacrificio de los más humildes había evitado, a pesar de las defecciones de algunos sectores dirigenciales, la desaparición de ese movimiento popular.

La situación dentro del peronismo se volvía aún más compleja luego de que Vandor, a fines de 1965, lanzara su famosa consigna: «Para salvar a Perón, hay que estar contra Perón».

Ante esa debacle, Perón volcaría sus ojos sobre la juventud y en una significativa «Carta a la Juventud» fechada el 20 de octubre de 1965, diría que era preciso: «Desarrollar una clara actitud antiimperialista, anticapitalista, antioligárquica. [...] Es fundamental que nuestros jóvenes comprendan que deben tener siempre presente en la lucha y en la preparación de la organización que: es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y sus represores». (39)

La situación se tensaba cada vez más. Un día después de la fecha impresa en esa carta de Perón, el 21 de octubre de 1965, tres jóvenes obreros abonaban con su vida la vigencia de esas palabras. José Gabriel Mussi y Ángel Norberto Retamar eran peronistas, y Néstor Méndez, comunista. Todos ellos murieron baleados por la policía en San Justo, provincia de Buenos Aires, con motivo de una marcha convocada por la CGT.

Cuando se cumplían diez años del golpe de Estado de 1955, veíamos el restablecimiento de los discursos que corroboraban el desgarramiento que estábamos viviendo. La historia contemporánea del país continuaba regida por la tradicional fractura que nos acompañaba desde hacía largo tiempo.

La prensa de aquella época destacó un acto realizado en el Luna Park conmemorando ese décimo aniversario, al que llegaría un mensaje del almirante Isaac Rojas que no dejaba lugar a dudas sobre el estado de ánimo e intenciones de esa franja de argentinos. Decía: «Con los despotismos no se transa: se vence o se muere». (40)

El fracaso electoral de Vandor en Mendoza enterraría, para esas coyunturas, las posibilidades de que el sindicalismo peronista pudiera expresarse en los votos sin cuestionar el sistema.

Unos pocos años antes, Frondizi tampoco había logrado desarmar a ese sindicalismo rebelde. No lo pudo hacer reduciéndolo a lo meramente reivindicativo. Tampoco promoviendo la fragmentación ideológica de esa fuerza política y social. La incapacidad de los gobiernos civiles para resolver ese problema demostraría —según la interpretación de estos sectores militares— que ya no bastaba con la proscripción política: *nuevamente era la hora de las armas.*

Cansados de que a los gobiernos civiles débiles lo reemplazara un poder militar del mismo carácter, decidieron que esta vez las cosas serían distintas. El general Juan Carlos Onganía fue «elegido Presidente» por una «Junta Revolucionaria» integrada por los Comandantes en Jefe de las tres Fuerzas Armadas de la Nación, jurando fidelidad a «los fines Revolucionarios, el Estatuto de la Revolución y la Constitución de la Nación Argentina».

Se imaginaron sentando las bases de un nuevo país y fue por eso que a su irrupción la denominaron pomposamente «Revolución Argentina». No solo eso. Se dejaron llevar por nuevas doctrinas emanadas del imperio. Estas confirieron a las Fuerzas Armadas una audacia que anteriormente no habían alcanzado: por primera vez colocaban formalmente su propio «Estatuto Revolucionario» por encima de la Constitución.

Dentro de la lógica del pensamiento militar, con ese formalismo

consideraban resuelto el aspecto institucional. Ahora vendría su formulación estratégica de «los tiempos» que les garantizaría, al estilo franquista, una larga continuidad. Primero sería el «tiempo económico»; le sucedería el «tiempo social»; al final, vendría «el tiempo político», donde el pueblo podría volver a ejercer sus derechos ciudadanos. Con esa definición de «objetivos y no de plazos», como les gustaba decir, llevarían la duración de esa intervención a un par de décadas. La tozuda realidad no solo reduciría notablemente esos plazos sino que la insistencia en su continuidad pondría en peligro al propio sistema que ellos representaban.

De todas maneras, todo lo dicho no sería lo más significativo. Lo más importante fue que, en la búsqueda de consolidar las posiciones más gorilas y recalcitrantes, también marginaron del sistema de poder a los sectores medios. Esto fue en los inicios del régimen iniciado el 28 de junio de 1966.

Hasta ese momento, solo los trabajadores y el pueblo más humilde era proscripto del sistema político y marginado en el resto de las decisiones. Ahora sería acompañado por franjas importantes de los sectores medios, las mismas que habían sacado beneficios de la persecución al peronismo, a los trabajadores y los humildes que este representaba.

Algunas medidas de aquella dictadura tuvieron una repercusión exactamente inversa a los intereses de quienes la produjeron. Colocar fuera de la ley a los partidos políticos y decretar la intervención a la Universidad (decreto-ley 16.912 del 29 de julio de 1966, que fuera acompañado por la ocupación de la Universidad de Buenos Aires en «La Noche de los Bastones Largos» y la renuncia de centenares de profesores) fue una especie de declaración de guerra a los sectores medios. La ampliación de la Resistencia, una cuestión que conmovería a aquella sociedad, estuvo fundada, entre otras razones, en aquel garrafal error dictatorial. La «democratización» que significó la ampliación de la persecución sería un hecho que contribuiría para marcar a fuego los tiempos futuros. Ya no serían solamente los peronistas quienes resistirían las políticas oficiales. Tampoco serían los humildes quienes deberían soportar en soledad las persecuciones del sistema. El golpe de 1966 fue un auténtico punto de inflexión de la política argentina en esa segunda mitad del siglo XX. Al calor de este maduraron las condiciones para que una nueva generación dejara una marca indeleble, desde el punto de vista cultural, social y político, de su paso por nuestra realidad.

En la asunción del gobierno presidido por Onganía, se hicieron presentes, entre otros sindicalistas, Vandor y Alonso, vestidos con traje

y corbata. La implantación de aquel nacionalismo oligárquico y la participación de estos dirigentes sindicales permitieron que Perón, sin instrumentos para manejarse, expresara que había que «desensillar hasta que aclare».

La mayor parte de aquella dirigencia sindical apoyaba a ese golpe conocido como «Revolución Argentina». Ellos tenían la expectativa de que allí se produciría la alianza «Ejército-Pueblo», algo parecido a lo acontecido en 1943. Esta idea llegaría hasta tal punto que José Alonso, dirigente de las 62 Organizaciones-De Pie Junto a Perón, afirmaba: «Asistimos a la muerte del último gobierno liberal-burgués en nuestro país». (41)

Vandor veía en ese golpe su oportunidad histórica. Suponía que con este «desaparecen los partidos, desaparece Perón, y el vandorismo junto con el cuadro de oficiales cogobiernan a la sociedad. Ese era el programa laborista del poder sindical: una declaración de guerra al general Perón». (42)

Ninguno de estos actores estaba comprendiendo la profundidad del proceso que se abría a sus pies. La hondura de la crisis, la maduración de condiciones objetivas, la traición de algunos dirigentes sindicales y los errores de la respuesta sistémica hicieron su trabajo.

Todos ellos construyeron el basamento sobre el cual se apoyaría la voluntad de cambio de la juventud que caracterizaría a esa Segunda Resistencia, que en ese momento se iniciaba.

La partidocracia: un sistema político inservible

Cuando se observan las características del golpe de 1966 cabe preguntarse acerca de las condiciones previas que crearon las condiciones para esos hechos. Tampoco se puede obviar el modo en que tales sucesos eran incorporados al imaginario colectivo y su práctica cotidiana. Mucho menos olvidar de qué modo quienes integrábamos la juventud de aquella época los fuimos incorporando.

La democracia que encarnaba Illia se venía vaciando de contenido. Su origen, un proceso electoral donde las mayorías populares fueron proscriptas, constituía su pecado original. A ello se agregaban sus propias debilidades y las nuevas e insatisfechas demandas de cambios que provenían de la propia realidad. Todo ello lo fue transformando en un cascarón que flotaba a la deriva.

El gobierno radical carecía de personalidad para encauzar los impulsos que, desde la sociedad, exigían respuestas audaces.

El peronismo bajo la denominación de Unión Popular había ganado las elecciones parlamentarias de 1965. Sus sectores sindicales y

políticos querían más. A los militares ya les parecía demasiado y no estaban dispuestos a correr el riesgo de un regreso del peronismo al gobierno a partir de un triunfo electoral.

Por todo esto, en la Juventud Peronista se consolidaba un desprecio generalizado por las formas legales. Carlos Caride, escribía: «Lo que está cuestionado por nosotros y en disputa, es el poder y no creemos que tengamos acceso al poder por las vías del comicio. [...] El Régimen apelará a la proscripción o al golpe de estado y debemos estar preparados para responder a la violencia». (43)

Desde distintas ópticas, muchos jóvenes compartíamos esta ruptura con las opciones que se proponían: golpismo militar o partidocracia liberal. Por eso fue casi natural que el gobierno de Illia naufragara en medio de una apatía generalizada.

Los medios de prensa aportaban al deterioro creciente, a la soledad del gobierno radical y abiertamente promovían el golpe de Estado. El doctor Mariano Grondona, desde la revista *Primera Plana*, editorializaba:

> El Ejército ha cometido en forma quizá casual, una operación de desdoblamiento: hoy las reservas del país son dos, una es el Ejército y otra es Onganía. Una es institucional, otra personal, como en la época de Aramburu (4 de enero de 1966).
> El país espera un mesías porque vislumbró la tierra prometida y se encuentra aún muy lejos de ella, y esa tierra prometida no es solo económica y social, sino por encima de todo, «política y unipersonal» (31 de mayo de 1966).
> El Ejército tiene que tomar partido en lo que ocurre en el país porque siempre lo ha hecho. Porque es parte esencial e imprescindible de nuestra historia (7 de junio de 1966). (44)

Los dirigentes de la «Revolución Libertadora» ya en 1955 habían soñado con cambiar la realidad desde el poder de las armas. Desde aquel entonces, el peronismo era el motivo de sus desvelos. Imaginaron, en primera instancia, que lo lograrían prohibiendo —por decreto— la mención o difusión de su nombre. Creyeron, luego, que con la represión harían desaparecer la lealtad de las mayorías. Por el contrario, solo lograron profundizar el abismo en la sociedad argentina.

La respuesta fue una mayor fidelidad al peronismo y a Perón, que crecería desde los hogares de los viejos peronistas. Allí, junto al «Perón Vuelve» que había aparecido en los días posteriores al golpe que derrocara a Perón, comenzaría a engendrarse la bandera que luego ganaría las paredes y las calles de la mano de la resistencia peronista y que fuera nuestra consigna: «Perón o Muerte».

Antiguas fidelidades y nuevos adherentes se multiplicarían y, con el paso del tiempo, luego harían posible el «Luche y Vuelve».

La demoledora presencia numérica del peronismo y su lealtad al líder, impulsó al régimen a mantenerlo excluido de las contiendas electorales, creando una república restringida, bajo permanente tutela militar.

Los jóvenes vivíamos con perplejidad esa peculiar forma de democracia, esa «igualdad ante la ley» en la que algunos eran más iguales que otros. Sucesivamente habíamos visto elecciones condicionadas y derrocamientos militares.

En 1955 el país se había partido casi por mitades. Los sectores populares, en medio de la represión, percibían la pérdida de sus conquistas. Los sectores medios festejaban alborozados lo que suponían era el fin de la demagogia y el triunfo de la libertad y la democracia.

Pero en 1966, el desencanto ya era generalizado. Prácticamente todos coincidíamos en la pérdida de credibilidad del sistema político institucional. La marginación de unos y el fracaso de otros alimentaban esa crisis de valores.

Los jóvenes la vivíamos con mayor intensidad. Desde Francia, Jean Paul Sartre acompañaba este pensamiento desde su propia realidad. Escribió en 1966: «Pero no tenemos nada para decir a los jóvenes: cincuenta años de vida en esta provincia atrasada en que se ha convertido Francia son degradantes». (45)

El impulso juvenil nos empujaba a buscar los atajos que le dieran futuro al vacío existente. Del mismo modo que buscabámos ser un *nosotros* propio en la vida de relación, teníamos igual aspiración en la actividad política. La lucha social le daba un marco a ambas inquietudes.

Comenzábamos a sentir el peso del ejemplo del Che Guevara, que en nombre de Cuba había asistido a la Reunión de la Alianza para el Progreso, en Punta del Este en 1962, y que cuando le preguntaran qué hacía falta para hacer la revolución, el Che respondería: «pelotas». Con esta frase, el Che sintetizaba la sobrevaloración del compromiso individual como instrumento del cambio, más allá de la realidad social y sus correlaciones de fuerzas, concepción que expresaba un subjetivismo que luego se haría sentir. Por aquel tiempo, Quino publicaba una tira de *Mafalda* en la que esta también expresaba esa urgencia por acelerar los tiempos. Es aquella en la que, dirigiéndose a Manolito, Miguelito y Guille, Mafalda expresa alarmada: «¡Sonamos muchachos! ¡Resulta que si uno no se apura a cambiar el mundo, después es el mundo el que lo cambia a uno!».

Por otra parte, la propia práctica llevaba a la profundización del compromiso asumido, puesto que incluía poner el cuerpo en la acción. Ese compromiso, sin embargo, no era meramente individual o asistencial, era social. La sociedad era, para nosotros, la expresión del

prójimo. Tampoco lo asumíamos como solitarios militantes sino que progresivamente lo íbamos tomando desde agrupamientos, cada vez más orgánicos, que servían de contención a la nueva militancia.

En ese marco se daría el «debate sobre la violencia», debate que implicaba una ruptura con la práctica política convencional, una ruptura con lo aprendido en términos ideológicos y, en muchos casos, una ruptura con los vínculos de familia.

Esa ruptura también formó parte de mi vida personal. Estaba viviendo en Reconquista, en la Cuña Boscosa santafesina. Buscando y buscándome, encontré un lugar. Desde mediados de 1965 convivía allí junto con otros jóvenes provenientes de distintos puntos del país. Nos reunía el pensamiento y la práctica del padre Arturo Paoli, de quien aprendí que «una espiritualidad se define como la capacidad de injertar la propia historia en la historia del mundo y sentir la historia del mundo como si fuera la propia historia». Por cierto que son de mi exclusiva responsabilidad las infidelidades posteriores respecto a ese pensamiento del padre Arturo.

El revisionismo histórico de la nueva generación

La crisis universitaria nacida a partir de «La Noche de los Bastones Largos» en el invierno de 1966 sumada a las protestas de la juventud obrera, empujaría a los sectores medios a que también buscáramos el protagonismo en la rebeldía. Los hijos de las familias peronistas le habían dado continuidad política y social a la identidad de sus padres. Pero ahora se iniciaba un nuevo proceso. En número significativo, los hijos de sectores medios ingresaban al movimiento popular y asumían la identidad peronista, que en muchos casos no era la de sus padres. Para mí, hijo de una familia rayana en la pobreza y de escaso nivel de escolaridad (mi madre cursó dos años de escuela primaria y mi padre, cuatro) pero que compartía universidad y trabajo con sectores medios, fue el fin de la etapa de militancia dentro de la democracia cristiana y la definitiva integración al peronismo.

El revisionismo histórico inundaba el campo de las discusiones. Se había ampliado temporalmente y generalizado socialmente. Ahora no solo se refería a la reivindicación de las luchas federales, las montoneras del siglo pasado. Esta parte de la historia la estaban recuperando intelectuales mencionados por franjas del nacionalismo católico en boga en grupos conservadores de la sociedad. Ahora, el revisionismo alcanzaba también a las políticas y los valores del peronismo, de 1945 a 1955.

El estancamiento o retroceso del país colocaba sobre la mesa de

debates las experiencias y desencuentros pasados. Buscábamos los caminos para romper el círculo vicioso en el que se desenvolvía el acontecer nacional.

Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, Gonzalo Cárdenas, Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, Jorge Enea Spilimbergo, Rodolfo Puiggrós eran, junto a la «Conducción Política» de Perón, las lecturas político-históricas más comunes en franjas importantes de nuestra generación.

Por primera vez en la Universidad se empezaba a analizar y reivindicar el peronismo. En Buenos Aires, este proceso venía de la mano de la evolución de diferentes agrupaciones estudiantiles. El Frente Estudiantil Nacional (FEN), que había sido una organización de orientación marxista conducido por Roberto Grabois, se fue sumando al peronismo. La Unión Nacional de Estudiantes (UNE), liderada por Julio Bárbaro, reunía a militantes socialcristianos y nacionalistas. Ambas organizaciones reivindicaban su adhesión a los sectores más combativos del peronismo.

En el interior se daba un proceso similar. En Córdoba, el integralismo, que reunía a sectores nacionalistas y católicos y tenía como referentes a Carlos Guido Freytes y Juan «Juancho» Cateula, recorrió un camino semejante.

Lo mismo ocurrió con Ateneo, en Santa Fe, donde Fred Mario «Fredy» Ernst conducía la ruptura con los sectores católicos tradicionales, transformando a esa agrupación en mayoritaria y orientándola hacia su identificación con el peronismo. Algo similar se produjo en las provincias del nordeste con la UNE.

En la Universidad de Buenos Aires las llamadas «Cátedras Nacionales» donde se destacaron Roberto Carri, Ernesto Villanueva, Juan Pablo Franco, Alcira Argumedo, Gunnar Olson, Jorge Carpio y otros, multiplicaron la vertiente de esta pujante renovación del revisionismo histórico. En la misma dirección contribuían las revistas *Antropología del Tercer Mundo*, dirigida por Guillermo Gutiérrez, y *Envido*, cuyo director era Arturo Armada.

La frescura y vitalidad de aquella franja de la juventud cuestionaba no solo a la dirigencia política fracasada, cuestionábamos la historia aprendida. Y también a un sector de la vieja dirigencia sindical.

Desde una nueva militancia gremial se comenzaron a plantear las disidencias políticas, metodológicas y organizativas con la tradicional conducción sindical. Exacerbando el aspecto ético y bajo el descalificante nombre de «burocracia sindical», adjetivamos peyorativamente a las corrientes que tenían el control de la mayor parte de los sindicatos.

John William Cooke nos había enseñado el concepto de «burócrata» como un estilo al que anatemizaba, en sus *Apuntes para la militancia* que circulaban mimeografiados entre el peronismo universitario y las franjas de la juventud politizada.

Ese cuestionamiento de tipo moral contribuiría a absolutizar el enfrentamiento político, creando un abismo en el que, años más tarde, todos quedaríamos atrapados.

Consignas y compromiso de vida: mística y ética

Los jóvenes llegábamos a la vida política desde todos los sectores, sin compromisos ni ataduras. Lo hacíamos en un momento decisivo y de crisis profunda. Percibidos desde la generosidad y entrega juveniles, las palabras «Perón o Muerte» y «Perón Vuelve» pasaron de consigna política a compromiso de vida, al igual que, años después, lo sería el «Luche y Vuelve».

Con un rigor semiótico incomparable, fundimos en nosotros *signo* y *praxis*. Esas pocas palabras lo significaban todo, sin dobleces ni metáforas. El regreso de Perón era la política y la garantía del cambio ansiado. En esa empresa se arriesgaba todo lo que se tenía.

Las modalidades con que esa juventud, nuestra juventud, mi juventud, abordaría esa etapa tampoco fueron casuales. Se correspondían con el impulso de confrontación, de enfrentamiento, que venía de la propia historia: la represión de 1955, los fusilamientos de 1956, la persecución del CONINTES de 1959, la burda prohibición que frustrara el intento de retorno de Perón en 1964, «La Noche de los Bastones Largos» y «Cordobazo» del onganiato, la proscripción constante como método de acción política, la violencia como respuesta a las demandas de las mayorías.

Las réplicas consecuentes desde el movimiento popular fueron las huelgas, paros y movilizaciones; miles de combates callejeros, con sus presos, muertos y heridos; el intento de la guerrilla de los Uturuncos en Tucumán, los *caños*,* atentados y sabotajes como símbolos de más de una década de resistencia; la lucha clandestina y el voto en blanco. Toda esa combinatoria fue la política que aprendimos. Además, no había otra posibilidad, salvo la resignación.

Todo esto lo vivíamos en medio de una nueva dictadura militar que se había instalado «sin plazos», amenazando nuestro futuro. Desde la visión revisionista, la historia nos mostraba cómo, desde lejos, se venía arrastrando una guerra civil intermitente y encubierta.

La lucha armada, la guerra de guerrillas que el propio Perón había propuesto y reivindicado en 1956, entraba en escena como una

necesidad inevitable. Se presentaba como el método apropiado para resolver la contradicción que vivía nuestro país. Como la forma más adecuada para lograr el «Perón Vuelve», objetivo del movimiento popular. Aparecía como la única forma capaz de cambiar definitivamente la correlación de fuerzas que impedía concretar esta bandera histórica del movimiento. También, imaginábamos, servía para construir una nueva conducción del movimiento popular, superadora de aquellas que no habían sido capaces, a partir de 1955, de lograr la reivindicación histórica del peronismo, la vuelta del líder y avanzar en las transformaciones sociales necesarias.

Desde esa mística fusionamos en nosotros mismos la historia del pueblo peronista, el compromiso cristiano y otras experiencias como la Revolución Cubana, signados por ese voluntarismo que nos llevaría, muchas veces, a definir la realidad y nuestra conducta sobre ella con más audacia que objetividad.

En todos nosotros incidió con fuerza la muerte del Che. Percibido desde nuestra óptica cristiana, el Che simbolizaba la renuncia a los bienes materiales, terrenales —al abandonar su lugar como ministro en Cuba— y su opción, una entrega de vida. Personalmente admiraba, además de su obra junto a la Revolución Cubana, su independencia de criterio. Esa libertad con la que se había expresado en la Reunión de Argel el 27 de febrero de 1965, pidiendo también al bloque socialista un mejor trato para los países del Tercer Mundo y donde había cuestionado a los dirigentes de esos países porque «regatean su apoyo a las revoluciones populares, en beneficio de una política exterior egoísta, distanciados de los grandes objetivos internacionalistas de la clase obrera». (46) También había pedido a los gobiernos de los países socialistas precios justos para las materias primas de los países pobres, recordándoles que «Tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores de Occidente». (47) Admiré, también, ese espíritu latinoamericano explicitado en su compromiso de construir en la práctica un movimiento a escala de todos nuestros países del área.

Pero no fue tanto su propuesta político-ideológica, sino —y sobre todo — su opción ética de renunciamiento, la que nos influiría y marcaría decisivamente. La ética guerrillera la construimos con ese perfil.

Todo lo que ocurría en derredor influía sobre nuestras conciencias. Fue así que fuimos testigos o protagonistas de la aparición de algunas incipientes organizaciones juveniles como los Campamentos Universitarios de Trabajo (CUT) dirigidos por el padre José María «Macuca» Llorens, quien estaba a cargo de un tradicional asentamiento en el Barrio San Martín en Mendoza. También nos reconocimos en actividades del padre Carlos Mugica quien, a partir de su práctica en la

villa Comunicaciones de Retiro, convocaba y reunía a muchos jóvenes en varios campamentos de encuentro, reflexión y solidaridad.

En esas actividades y debates nos conocimos muchos de los que más tarde seríamos activos militantes montoneros. Se iniciaron muchas parejas y también allí cristalizaron compromisos e ideas que constituyeron la ética fundante de esta nueva militancia política.

El norte santafesino fue un sitio elegido por Llorens y Mugica para varios campamentos de este tipo. En el barrio La Cortada de Reconquista, en Fortín Olmos y Tartagal —zonas de obrajes y hacheros —, fogones y guitarreadas servían de excusa para largas discusiones sobre los caminos a recorrer.

El compromiso cristiano era (y es) un compromiso de vida. Suponía, para nosotros, una valoración de la práctica en la que estaba implícita la desvalorización de lo meramente declamatorio. Esa práctica estaría, además, cargada de voluntarismo. Tal matriz de pensamiento, donde la consigna era compromiso de vida y la práctica su comprobación cotidiana, explica buena parte de la capacidad de entrega que tuvo nuestra generación. Colocada en el rumbo de las aspiraciones del pueblo se constituiría en una fuente de energía que permitiría erguir a nuestra juventud por sobre los valores preestablecidos. Pero más tarde, cuando tomamos por caminos menos coincidentes, esa inmensa vocación de sobreimponer la voluntad a las correlaciones de fuerzas existentes pagaría los precios más altos, aunque también le aseguraría trascender a su tiempo.

Virtudes y defectos son, a veces, anverso y reverso de un mismo temple humano. El voluntarismo que nos hizo crecer y triunfar en la primera etapa sería el mismo que nos hizo decrecer y fracasar en la posterior a 1974. Lo que había sido positivo se tornó en negativo cuando la realidad se modificó, y en esa modificación no encontramos el tono del cambio que debíamos producir también nosotros. Tal compromiso con la práctica nos llevaba también a un cierto desdén por las elaboraciones teóricas ajenas a esta. La coherencia del hacer con el decir era un tácito lema de vida.

No fue bueno haber creído que, a partir del compromiso personal y las propias decisiones asumidas, ya estarían dadas las condiciones para que se modificara lo demás, la realidad. Tampoco haber sostenido, por añadidura, que este cambio se produciría en los plazos que uno suponía o deseaba. En esos años, medíamos los tiempos de los cambios más con la impaciencia y el voluntarismo propios que a partir de la correlación de fuerzas y la realidad de los demás actores sociales.

Mi experiencia personal provenía de ese contexto. Mientras estudiaba en Buenos Aires, había visto cómo las villas se poblaban con migrantes

procedentes del interior. Para mí, un hijo de chacareros de la pampa húmeda, ese fenómeno era desconocido. Más allá de la posterior militancia sindical, juvenil, estudiantil y política, ese fenómeno nunca dejaría de impactarme. De allí la inquietud por conocer más profundamente las razones de esos desarraigos.

Cuando decidí viajar al norte santafesino comencé a observar, en un área limitada, las causas que empujaban a esas poblaciones hacia una migración constante. Hasta el más desprevenido se daba cuenta de que las «villas», con todas sus carencias, ofrecían mejores condiciones de vida y mayores posibilidades de futuro que muchos lugares del interior.

En el marco de los debates señalados me fui convenciendo de la necesidad de generar las condiciones para evitar esas migraciones y contribuir a la organización de los pobladores de la zona, en sus lugares originarios. Fue así que me sumé a la promoción de actividades que contribuyeran a que, desde su propia organización, pudieran avanzar en la recuperación de sus derechos. Lo central, en mi enfoque, no era la lucha armada sino la organización popular para la reivindicación de sus derechos políticos y sociales. Si para ello eran necesarias la violencia y la lucha armada, habría que asumirlas. Asumirlas como un camino hacia la justicia, ante la ausencia u obturación de las otras posibilidades.

Ese era mi punto de vista e incluso así lo publiqué en una nota que salió en la revista *Cristianismo y Revolución*, y que también circuló en otras franjas de la militancia, firmado como Añá Membuí.

Preparando/preparándonos para nuevas formas de acción

En Reconquista, provincia de Santa Fe, trabajaba en un estudio, con un grupo de abogados y contadores donde si bien todos compartíamos la identificación con el movimiento popular, un compromiso social y una ética laboral, el resto de los integrantes no formaba parte de la experiencia guerrillera que estábamos preparando en la zona. Sin embargo, luego del golpe de 1976 todos irían presos o serían perseguidos. Años después, y ya en democracia, la mayoría de ellos ocuparía funciones de relevancia. Uno como intendente de Reconquista, otro como su secretario de Gobierno, un tercero como camarista en los tribunales locales y funcionario del gobierno provincial.

Durante ese tiempo trabajé, como abogado, en el asesoramiento de varios sindicatos de la zona de Reconquista y Villa Ocampo: azucareros, metalúrgicos, carne, construcción, papeleros.

Con el grupo más afín conformamos en la zona de Fortín Olmos, a

ochenta kilómetros de Reconquista, una Seccional de la Federación de Trabajadores Rurales (FATRE, hoy UATRE) y desde allí apoyamos la agrupación de los obreros de los obrajes de la zona, ya que estaban totalmente desprotegidos. Los patrones de los obrajes en connivencia con «Los Pumas» (policía rural de la zona, herederos de «Los Cardenales», policía brava de La Forestal) hacían muy difíciles y azarosos los reclamos laborales, mientras que desde FATRE les dábamos asesoramiento y protección a los trabajadores. Además de los recursos legales, que llevábamos a las instancias administrativas o judiciales, llevamos adelante, en casos críticos, algunas experiencias más directas. Nos presentábamos, junto a los miembros de la Seccional de FATRE, en las casas de los patrones de obrajes. Nuestra presencia física más un par de viejos revólveres y algún Winchester —de uso muy común en la zona—, los «persuadía» sobre la conveniencia de firmar un acta-compromiso de pagar a los trabajadores según lo que estipulaba la ley. Esas eran nuestras «paritarias».

El apoyo de los curas de la zona o de algunos amigos en la ciudad no calmaba la bronca, pero sí neutralizaba las denuncias de esos patrones. Por otra parte, si había incumplimiento del acta firmada, asumía mi rol de abogado y hacía el reclamo judicial pertinente, con todas las de la ley.

El desarrollo de esta metodología motivaría que, por ejemplo, en una oportunidad Francisco Manrique, ministro de Salud y Acción Social de Lanusse, se trasladara a esta apartada zona para aflojar la tensión, atendiendo algunos de los reclamos formulados. Entre ellos el pago —sin intermediarios— del salario familiar, que era unos de los principales ingresos de los hacheros con familias pobladas de hijos.

Así era la forma como concebíamos el crecimiento de la organización popular y la pragmática superación de los límites que la situación imponía.

Hachero nomás sería el título de un documental que había filmado en la zona un grupo vinculado a la Escuela de Cine de la Universidad del Litoral. Patricio Coll McLoughlin y Jorge Goldemberg fueron dos de sus principales hacedores. Narraba la historia de La Forestal, compañía inglesa que devastó la riqueza de la Cuña Boscosa del norte santafesino liquidando el quebracho para extraer el tanino necesario para su industria de la curtiembre. Colaboré con sus realizadores en todo lo que pude y después utilizamos la película para hacer debates con los pobladores de la zona, con un tremendo impacto entre ellos. Dos frases de uno de los protagonistas del documental, el hachero de Fortín Olmos Jacinto Monzón, reflejan mejor que complejas encuestas o análisis el sentimiento y perspectivas que ellos tenían: «Señor [...], nosotros

tenemos muchos hijos porque ese es nuestro único capital, [...] somos como esas piedras que usamos para afilar el hacha, que uno las usa y las usa, parece que nunca se van a gastar, hasta que un día, uno —sin darse cuenta— las pisa y se quiebran».

Por aquella época viajaba esporádicamente a Buenos Aires, para mantener algunas reuniones que me permitieran estar al tanto de los debates que se iban desarrollando. También para espiar un poco lo que estaba ocurriendo en el cine de la época. *Antonio das mortes* y *Dios y el diablo en la tierra del sol* de Glauber Rocha son recuerdos de esa etapa, entremezclados con reuniones en las que nos encontrábamos los que veníamos recorriendo distintas experiencias y siguiendo objetivos semejantes.

En el verano de 1967, junto con un grupo de compañeros de la región, viajamos a Chile. Allí trabajamos durante varias semanas con el pedagogo brasileño Paulo Freire, que allí se encontraba asilado. Utilizábamos su *Pedagogía del oprimido* en las tareas de alfabetización y organización de la zona. Nos sentíamos plenamente identificados con su vocación de concebir la educación como un instrumento de la liberación. Su método de «palabras motivadoras» se adaptaba a nuestras formas de trabajo en la zona boscosa. La concepción del pedagogo brasileño acerca del intercambio de saberes, que echaba por tierra la superioridad de un saber sobre otro, calzaba como «anillo al dedo» en relación con nuestro revisionismo y búsqueda de nuevos caminos de compromiso fraterno.

Desde fines de la década de 1950 y la primera mitad de la de 1960, una serie de acontecimientos altamente significativos actuaría como bisagra y habría un antes y un después de esos hechos. La práctica y concepciones de nuestra generación fueron impregnadas por esas influencias.

De estos hechos, hay tres que merecen una consideración muy especial: se trata del triunfo de Fidel Castro en Cuba, la evolución de la Iglesia luego del Concilio Vaticano II y la Revolución Cultural China.

La Revolución Cubana y el «foquismo» guevarista

Luego de un tiempo de confusión, crecía el impacto que me producía la triunfante Revolución Cubana. Se podría decir que, pasado ese primer período, la victoria de Fidel y el Che nos conmocionó como generación. ¿Qué era lo que más nos impresionaba? En parte, que ponía fin a una sangrienta dictadura. También que se desarrollaba a unas pocas decenas de kilómetros de la potencia más grande del mundo. Pero sobre todo, que sus protagonistas eran un grupo de jóvenes con pocas

armas y mucha voluntad. Y, entre ellos, un argentino: Ernesto «Che» Guevara. Esa épica, próxima a una gesta romántica, y la perspectiva de su expansión continental, eran motivo de debates cotidianos. «Crear uno, dos, tres Vietnam»; «Hacer de la Cordillera de los Andes una Sierra Maestra», fueron frases que motorizaron a muchos. Había una confianza ilimitada en el poder de la voluntad. Suponíamos que la acción revolucionaria de unos pocos militantes sería capaz de hacer estallar las condiciones de sometimiento, desatar el enfrentamiento contenido y alcanzar la victoria.

Esas fueron las premisas básicas de la «Teoría del foco» que llevaría al Che a Bolivia y que difundiera el francés Régis Debray. Partía del supuesto de que el foco armado «es el pequeño motor que pone en marcha el gran motor de las masas». (48)

En el peronismo, la ética y épica revolucionarias se hicieron sentir de manera intensa. El general Perón, en una carta fechada en Madrid el 24 de octubre de 1967, al reivindicar la muerte del Che dijo:

> Con profundo dolor he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación. [...] Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura más extraordinaria que ha dado la revolución latinoamericana. Ha muerto el comandante Ernesto Che Guevara. Su muerte me desgarra el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor. (49)

Cristianismo tercermundista

El Concilio Vaticano II (1959-1965) significaría, para los cristianos, cambios sustanciales. En el conjunto de la Iglesia se abrió paso una doctrina social que la alentó a «reconciliarse con el mundo y con los pobres del mundo».

Cuestiones aparentemente formales como celebrar la misa en el idioma local y hacerlo de frente a los fieles, contenían transformaciones de fondo. Ciertamente creaban las condiciones para una relación más personal de los hombres con Dios. De alguna manera se legitimaba el hecho de que cada uno pudiera establecerla desde el lugar en que se encontrara. La Iglesia, de este modo, perdió solemnidad y ganó en humanidad.

En 1967, dieciocho obispos del Tercer Mundo dieron a conocer un documento que iría un paso más allá del Concilio Vaticano. Este incidió en la Reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) reunida en Medellín, Colombia, entre agosto y septiembre de 1968.

Allí, la Iglesia latinoamericana definiría su «opción preferencial por los pobres», recordando que: «Si los privilegiados retienen celosamente sus privilegios y sobre todo si los defienden usando ellos mismos los

medios violentos, se hacen responsables ante la historia de provocar las revoluciones explosivas de la desesperación». (50)

Los obispos del Tercer Mundo señalaban que el verdadero conflicto no radicaba en la Guerra Fría entre el Este y el Oeste sino que ubicaban el problema central entre el Norte desarrollado y el Sur dependiente: *pedían justicia para el Tercer Mundo*

Monseñor Helder Cámara, obispo de Recife, zona pobre del nordeste brasileño, encabezaba las firmas de los obispos tercermundistas denunciando que la violencia de los de arriba engendraría la violencia de los de abajo. Esta idea, en paralelo con aquella otra atribuida a Evita sobre que «La violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia», sería rápidamente asimilada por nosotros.

En relación con estos mismos fundamentos se desarrolló en nuestro país el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM), a partir de 1968, con posiciones muy cercanas al peronismo. Varios de ellos acompañaron la experiencia de la JP y los Montoneros, siguiendo el camino de Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano.

Este MSTM fue avalado por el general Perón que, en carta que les hiciera llegar en marzo de 1969, les transmitió: «Ustedes podrán comprender la satisfacción que sentimos al contemplar que los jóvenes sacerdotes del Tercer Mundo se unan a nosotros en esta larga lucha por la defensa de los desheredados». (51)

Otras manifestaciones de este cristianismo de nuevo signo fueron la revista *Cristianismo y Revolución* y el Comando Camilo Torres.

La primera sería mucho más que una revista. Se constituyó en portavoz de los debates de la época, significando un punto de agrupamiento y reunión de los sectores juveniles que participaban de esta visión. Facilitó su vinculación con sectores combativos del movimiento sindical y con las movilizaciones populares, y contribuyó a fortalecer la identificación entre estos sectores y el peronismo. Su director, Juan García Elorrio, procedente del catolicismo conservador, moriría atropellado por un coche en un extraño suceso producido en febrero de 1970.

La revista no solo era un vínculo de comunicación y expresión de estos distintos agrupamientos. Desde allí se promovió la formación de los Comandos Camilo Torres, que eran una forma específica de organización. Estos habían tomado estado público masivo cuando el 1° de mayo de 1967 interrumpieran el tradicional oficio religioso que se celebraba en la Catedral Metropolitana, siendo detenidos algunos de sus integrantes. De los Comandos Camilo Torres formaron parte Fernando Abal Medina y otros militantes que constituyeron el núcleo inicial de Montoneros.

La Revolución Cultural China

El voluntarismo de los jóvenes chinos que en 1966 impulsaron la «Revolución dentro de la Revolución», lograría que nos identificáramos con ellos. Esto se hizo evidente en aquella consigna «Mao y Perón, un solo corazón» que, asumida prácticamente por todo el movimiento peronista, se convirtió en casi una definición de lo que constituía un aspecto sustancial de la política internacional de la mayor parte del peronismo.

Los jóvenes peronistas sintonizábamos en la misma onda con el famoso *Libro Rojo* del presidente Mao Tsé Tung, y las causas de esta identificación pueden ser diversas y complementarias. Tal vez hayan sido los consejos del propio general Perón cuando desarrollaba sus ideas sobre el Tercer Mundo. Ideas muy semejantes a las de Mao y a sus críticas respecto de las políticas de Estados Unidos y la Unión Soviética, polos predominantes de lo que se conocía como el «primer» y «segundo» mundo. Tal vez se haya debido a su férrea voluntad de construir un socialismo propio, por fuera de los moldes «oficiales» de la Unión Soviética, para que el estalinismo no se erigiera como el modelo político. Tal vez por nuestra común desconfianza hacia la política de «coexistencia pacífica». Nosotros imaginábamos que, a través de ella, querían usarnos como «peones» en el reparto de sus «áreas de influencia» y en sus maniobras, al margen de nuestros intereses.

Tal vez haya sido nuestra admiración hacia ese líder que decidió enfrentar a los primeros signos de burocratismo interno, apelando a las energías juveniles. Pero frente a tantos «tal vez», también teníamos varias certezas.

En ese sentido, resulta difícil sustraerse a la comparación de la juventud china de la Revolución Cultural de 1966 con la JP y los Montoneros de 1973. Aquellos habían cuestionado a sus mayores, ocupando y desalojando por la fuerza a las viejas autoridades de los centros de trabajo, hospitales y universidades. Estos, nosotros, haciendo algo semejante —luego— en los días del gobierno del presidente Cámpora.

El debate de la militancia

Durante los años de 1967, 1968 y 1969, un profundo debate recorrió la militancia. En plenarios cerrados, casi clandestinos pero con centenares de participantes, se discutían distintas opciones.

Puedo recordar uno de estos plenarios: había sido convocado por *Cristianismo y Revolución* y se realizó en Quilmes, a comienzos de 1968. Se trataba de una reunión clandestina que tuvo lugar en un colegio

católico, cuyas autoridades ignoraban su contenido. Participé en ella junto a más de un centenar de compañeros procedentes de diferentes puntos del país. Asistieron, entre otros, los que estaban a la cabeza de los conflictos más importantes del momento. Telmo Díaz, que conducía la huelga portuaria en Buenos Aires; Leandro Fote que, junto a Atilio Santillán y otros dirigentes, estaba al frente de la lucha de los trabajadores cañeros en Tucumán; Simón Lazara, por aquel entonces dirigente de la Juventud Socialista, próximo al peronismo, con quien acordamos que colaboraría en nuestra experiencia instalándose en Reconquista y procurando una designación de Manrique como inspector para verificar la aplicación del salario familiar, lo que concretaría al año siguiente; familiares de Jorge Rulli, que venían a demandar solidaridad con este militante de la JP que unas semanas antes, en el mes de febrero, había sido detenido y torturado, y que una vez liberado me enseñaría los primeros pasos en el uso de explosivos.

Abal Medina actuó como vocero de los Comandos Camilo Torres. Mario Firmenich y Gustavo Ramus, como miembros de «los Camilo», también participaron en esa reunión. En esa oportunidad, estaban a cargo de las tareas organizativas y de seguridad.

Asimismo, formaron parte de ese encuentro varios compañeros que luego serían parte de la experiencia de las FAP, Rafael Cullen entre ellos. También participó Lucía Cullen, estrechamente ligada al padre Carlos Mugica y que poco después compartiera algún tiempo con nuestro grupo en Fortín Olmos.

Se debatió, como era de rigor en aquella etapa, sobre la cuestión de la lucha de masas y la lucha armada. En esos encuentros se volcaban las prácticas que traía cada uno y se recogía la experiencia de los demás. Había intercambios y dudas.

En Quilmes, un pequeño grupo de compañeros sintetizamos las principales conclusiones en un documento que tendría como destino la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), reunión de fuerzas populares y revolucionarias que había sido convocada en La Habana y que fuera presidida por Fidel Castro y Salvador Allende. En esas conclusiones, entre otras cosas, decíamos que:

> Las clases populares son sistemáticamente marginadas del ejercicio del poder, especialmente desde septiembre de 1955.[...] La toma del poder por el pueblo, indispensable para resolver el problema en el plano planteado y tomar posesión de su país, se vuelve imposible de conseguir por medios pacíficos. [...] Que la política postulada para superar el estado de estancamiento y dependencia del actual sistema, solo puede darse en el plano de la lucha armada, continuando y profundizando la lucha antioligárquica y

antiimperialista iniciada por el peronismo. (52)

García Elorrio sería el encargado de llevar las conclusiones elaboradas y participar en dicha reunión, a la que asistieron otros compañeros del peronismo que compartían las mismas inquietudes, entre ellos Gustavo Rearte, Alicia Eguren y John William Cooke.

De un modo semejante, en diferentes reuniones y lugares se discutía acerca de la violencia, su organización y su articulación con otras formas de lucha.

En aquellos plenarios se partía de un consenso: el cambio era imprescindible. La violencia formaba parte de nuestra realidad cotidiana y se la consideraba un método válido para resolver las contradicciones o dirimir las disputas políticas. Por eso muy pocos la descartaban como un medio para los cambios que se evaluaban como necesarios.

Para los que participábamos en esas reuniones, esas eran las hipótesis fundamentales. Se debatía acerca de la mejor forma de asegurar la eficacia de esa violencia, a fin de lograr los objetivos populares. La metodología más correcta para su ejercicio sistemático. Su oportunidad para que se pudiera ejecutar el programa revolucionario que señalaba los contenidos a desarrollar.

Respecto de la mayor eficacia de la acción a desplegar, había dos tendencias: una proponía concepciones próximas a lo que luego llamaríamos la «Teoría del foco», concepción, práctica y elaboración de los revolucionarios cubanos. Esa denominación sería la que propagandizara el francés Régis Debray en su libro *Revolución en la Revolución* y fue la estrategia que siguiera el Che en Bolivia.

Para esta doctrina «foquista» los aspectos determinantes no eran las condiciones sociales o políticas, sino la voluntad y decisión política de ejercer la violencia necesaria para cambiar la sociedad. Algunos sostenían que, hasta cierto punto, el propio núcleo guerrillero podía «crear» esas condiciones. Su efecto práctico significaba que los grupos que iban a desarrollar la acción directa debían abandonar la acción «de superficie» (actuación política abierta), y dedicarse exclusivamente a la preparación y organización de la lucha armada.

La otra tendencia colocaba a las acciones armadas como la consecuencia natural de la organización social y política del pueblo, constituyéndose en el instrumento para la recuperación y conquista de derechos cuando otros medios se mostraran insuficientes, inocuos o ineficaces.

Había coincidencias en el sentido de que, dentro del conjunto de la organización popular, estarían en mejores condiciones para ejercer la violencia aquellos sectores sociales cuya situación fuera socialmente

más crítica y estuvieran ubicados en las zonas geográficas más aptas para el desarrollo de la acción armada. Todo ello dentro de una estrategia en la que se privilegiaba, en ese momento, la acción en las zonas rurales.

Más allá de esas diferencias había, entre estos grupos, acuerdos compartidos. Entre estos acuerdos, el concepto de que, en algún momento de la lucha por la liberación nacional, la organización y acción armada serían imprescindibles. Quedó ratificado el compromiso común de apoyar a quien, en la práctica, asumiera la iniciativa.

Dos hechos venían acelerando los tiempos y cerrando el debate en favor de la acción inmediata. El primero fue la presencia y muerte del Che en Bolivia, en octubre de 1967. El segundo fue el grupo guerrillero que quedó al descubierto cuando en septiembre de 1968 se produjera la detención de los componentes del «Campamento 17 de Octubre», de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en Taco Ralo, zona rural de Tucumán. A partir de allí y dentro del peronismo, comenzaron a tomar cuerpo las opciones que apuntaban a adoptar los caminos de la lucha directa.

En enero de 1969 se realizó en Córdoba el Plenario Nacional de Consulta a las Bases, un encuentro presidido por el secretario general del gremio de Farmacia Jorge Di Pasquale, de cuya mesa de conducción también formaban parte Susana Valle, Carlos «Pancho» Gaitán y Miguel Ángel Garaycochea.

De esa reunión saldría un documento muy duro, que tenía como antecedente otro presentado por un grupo de compañeros que se identificó como la «Tendencia Revolucionaria del Peronismo», en el que reivindicaban a los combatientes de Taco Ralo. Esa denominación comenzaba a instalarse en el imaginario del peronismo revolucionario.

En ese Plenario, las posiciones más proclives a la necesidad de la lucha violenta fueron encabezadas por un joven dirigente de la Juventud Obrera Católica (JOC) y del gremio mecánico: José Sabino Navarro.

A todo lo anterior hay que agregarle otras situaciones que tuvieron particular incidencia en la conformación de las perspectivas ideológicas, sociales y políticas, que terminaron por conformar definitivamente el perfil de nuestra generación.

Experiencias militares de nuevo signo

También aparecería otra novedad en el escenario de la región: se trató de la crisis en el seno de algunos sectores militares. Estos eran parte de aquellos que habían sido utilizados por el poder económico de sus

países para combatir a las organizaciones guerrilleras. Puestos en esa situación, algunos pocos lograron comprender cómo se los estaba utilizando.

La aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional pretendía, y de hecho lo estaba haciendo, transformar a los militares en represores de sus propios pueblos, para defender el interés de minorías oligárquicas y la continuidad del poder imperial. En el caso de Perú y Panamá, estos sectores militares se hicieron del gobierno.

En Perú, un pequeño núcleo de coroneles (Leónidas Rodríguez Figueroa, Jorge Fernández Maldonado, Rafael Hoyos Rubio, Enrique Gallegos Venero) al mando del general Juan Velasco Alvarado, asumía el gobierno el 4 de octubre de 1968. Venían de combatir a las guerrillas, a mediados de los años sesenta y por ese motivo habían percibido la miseria y marginación del campesinado peruano. Tal vez fuera por eso que en las plazas y los parques de Lima pude ver, años más tarde, escrito en distintos cartelones aquella frase de Tupac Amaru: «Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza».

Coherentemente con este pensamiento, pusieron en marcha la reforma agraria y drásticas medidas gubernamentales que no pudieron consolidar, pero la escenografía del Perú agrario y gamonal que describieran Manuel Scorza y José María Arguedas ya nunca volvería a ser la misma.

En 1974, de paso por Perú, me reuní con algunos de los coroneles que iniciaron ese movimiento con Velasco Alvarado. Por aquel entonces nuestra capacidad de movilización ya era reconocida. Dijo uno de ellos, el coronel Leónidas Rodríguez, sintetizando la forma de pensar de esa conducción militar: «¡¡¡Ah, si pudiéramos juntar la gente que movilizan ustedes y los tanques que tenemos nosotros, las cosas que podríamos hacer!!!».

En Panamá, el general Omar Torrijos, jefe de la custodia de Perón cuando este estuvo exiliado en ese país encabezaría, una semana después de los sucesos de Perú, un movimiento de la Guardia Nacional que lo instaló en el poder. En lugar del clásico «cuartelazo», asumiría la defensa de la soberanía panameña. El Canal de Panamá ratificaría su condición de símbolo de la lucha latinoamericana por el respeto y la autodeterminación.

Fundado en esos mismos principios, algunos años antes, allá por 1963, en una reunión de jóvenes latinoamericanos realizada en Guayaquil, propuse que hiciéramos una marcha que, arrancando desde la Patagonia, desembocara en el Canal de Panamá. La idea mereció aplausos pero no llegó a ejecutarse. No obstante que eran muy escasas las posibilidades de concretarla, a mi regreso a Buenos Aires un señor

se presentó a mi trabajo y con una sonrisa cínica me «felicitó» por la propuesta que había hecho en aquella reunión. Inmediatamente después, cambiando la sonrisa por un gesto severo, me recordó en el típico lenguaje de los «servicios» que mejor me olvidara de esa idea.

Torrijos, a partir de ese movimiento de origen militar, intentó conferirle dignidad de nación a lo que había nacido como enclave colonial.

Los años sesenta: la «Década del Desarrollo»

En América Latina los cambios sociales constituían una urgencia de los tiempos, una demanda a satisfacer rápidamente. Aunque la historia comprobaría que se siguieron otros rumbos, los organismos internacionales en aquella época definían los años sesenta como la «Década del Desarrollo». La reforma agraria, nuevas formas sociales más justas y otros cambios estructurales aparecieron en ese momento como una perspectiva cercana, posible y necesaria. El triunfo de la Revolución Cubana, la reivindicación de los pueblos más antiguos y su derecho a la tierra en el movimiento revolucionario peruano, fortalecieron esa expectativa, que luego sería frustrada.

No solo los golpes de Estado son los responsables de esta falencia latinoamericana; también las democracias sin contenido contribuyeron a fortalecer la idea de que las políticas tradicionales no eran capaces de resolver los problemas de ese momento.

Ya sea por el condicionamiento militar, por la presión oligárquica, por los intereses internacionales o debilidades propias, lo cierto es que nuestras instituciones democráticas se demostraban insuficientes a la hora de responder a las demandas de los pueblos.

A la vuelta de un viaje por América Latina visité, en su departamento de la avenida Santa Fe, a José María Velasco Ibarra, ex presidente de Ecuador. Su caso era representativo de esta debilidad institucional. Le llevaba una carta de su sobrino. Este me había acompañado a conocer aquel balcón de la casa de su tío en Quito, lugar desde el cual Velasco Ibarra conmovía a sus conciudadanos y los convencía para que le dieran sus votos. De esa manera pudo acceder en cinco oportunidades a la presidencia, siendo cuatro veces despedido de esta sin lograr terminar su mandato. La frase predilecta de este singular individuo, cuyo físico le podría haber servido de modelo a Cervantes para describir a su Quijote, era: «Denme un balcón y ganaré la elección». Este concepto del voto desprovisto de poder, de las instituciones agotadas en sus formas, sería otra de las manifestaciones que nuestra generación no estaba dispuesta a tolerar.

La lucha anticolonial

Los países africanos profundizaban su guerra anticolonial reivindicando su derecho a existir por sí mismos. En la década de 1960, el símbolo de esta lucha fue Argelia. Lo más significativo para buena parte de nuestra generación se produjo en l962.

Ante el avance del Movimiento de Liberación en Argelia, Charles De Gaulle acordó junto al Frente de Liberación (FLN) el inmediato cese del fuego tras ocho años de guerra, la pronta liberación de los presos políticos, la realización de un referéndum para ratificar la independencia —que se ganaría con seis millones de votos a favor y solo dieciséis mil en contra—, y el reconocimiento —en relación a Argelia— por parte de Francia y las Naciones Unidas del estatus de nación independiente. Valores, ideas y estrategias que desplegaron los dos sectores en pugna tendrían, pocos años más tarde, una significativa influencia para todos nosotros.

El proceso argelino sería hondamente significativo. Los patriotas argelinos y el represor Estado francés influirían en patriotas y represores de otras partes del mundo. También entre nosotros. Los detalles del empeño de este pueblo nos conmovían. «La batalla de Argel», película de Gillo Pontecorvo, fue parte de nuestra formación.

La definición de «guerra popular prolongada» a la lucha empeñada y la denominación de «Movimiento de Liberación Nacional», para la organización que encabezara ese proceso, son algo más que coincidencias de nombres y conceptos que, años más tarde, adoptaríamos nosotros.

Frantz Fanon, en su libro *Los condenados de la tierra* reivindicaba, más que el derecho, la obligación de los pueblos oprimidos de luchar violentamente por sus derechos. Fanon, psiquiatra africano e hijo de esclavos, sustento ideológico y cultural del proceso argelino, tuvo una incidencia notable en la formación de nuestra generación. La violenta e irreconciliable relación que describe entre colonizador y colonizado, incidiría en la forma de asumir la situación de dependencia en que estábamos. Trasladamos, quizás demasiado mecánicamente, esa relación a nuestra situación nacional.

Jean Paul Sartre, en el prólogo de ese mismo libro escribía: «La violencia del pueblo es siempre derivada, es decir siempre es una *contraviolencia*».

El triunfo de los patriotas argelinos nos reafirmaba en la idea de que no hay represión capaz de contener la voluntad de un pueblo.

El sentimiento antiimperialista y el rechazo a la opulencia y al

consumismo

La poesía salió a la calle
reconocimos nuestros rostros
supimos que todo es posible en 1968

[...]

los relojes marcaban 40 de fiebre
y se hablaba de sexo en la empresa Renault
Dos y dos ya nunca más serían cuatro

[...]

Pero no pudimos reinventar la historia
mascaba la muerte chicle en el Vietnam
pisaban los tanques las flores de Praga
en México lindo tiraban a dar
mientras Che cavaba su tumba en Bolivia.

JOAQUÍN SABINA
(«1968»)

La construcción del «Hombre nuevo» y un mundo más justo era el sueño compartido por muchos jóvenes de las distintas latitudes. Difícilmente pueda encontrarse una sola causa en el origen de aquella generalizada ilusión. Quizás, el hecho de haber sido hijos de una guerra, la Segunda Guerra Mundial, podría haber sido una de las razones de aquella histórica coincidencia. De todos modos, el mundo estaba cambiando y los jóvenes nos sentíamos con derecho a decidir sobre nuestro futuro.

En los países latinoamericanos se había instalado un profundo sentimiento antiimperialista. Cada acto de agresión de los Estados Unidos recibía como respuesta la repulsa y masiva movilización popular. Eso sería lo que ocurriría en nuestro país, por ejemplo, con motivo de la invasión norteamericana a Santo Domingo en 1965.

Dentro de los propios países centrales la juventud desarrollaba una posición crítica. Eran rechazados la opulencia y el consumismo de los países ricos frente a la miseria de los demás. La revuelta que estallara en París y que trascendiera bajo el nombre de las «Jornadas de mayo del 68», con su consigna «la imaginación al poder», se constituiría en otro símbolo de aquel estado de conmoción.

El «Cordobazo»

Cielito cielo que sí
cielo del sesenta y nueve

con el arriba nervioso
y el abajo que se mueve.

MARIO BENEDETTI
(«CIELO DEL 69»)

En el marco de la crisis azucarera, en abril de 1969, participamos junto con un grupo de compañeros en la organización de una movilización, la «Marcha del Hambre», en la zona de Villa Ocampo, población del norte santafesino.

Desde algunos años atrás, por el mismo motivo, se venían produciendo movilizaciones en el interior de Tucumán. En una de ellas había sido asesinada la compañera Hilda Guerrero de Molina.

El día 11 de aquel mes de abril, varios miles de personas convocadas a la «Marcha del Hambre» ocuparon la Ruta Nacional número 11 que une el Chaco con Buenos Aires. A pesar de los férreos controles policiales, logramos que Raimundo Ongaro, secretario general de la CGT de los Argentinos (CGTA), pudiera llegar al sitio de la movilización. Un abogado de la zona, que años más tarde sería un importante miembro del sistema judicial santafesino, lo había llevado escondido en el baúl de su coche.

Ongaro junto con el padre Rafael Yacuzzi, sacerdote a cargo de la parroquia de Villa Ana —pueblo forestal donde conformáramos el grupo inicial de Montoneros en la zona—, fueron los protagonistas de esa jornada que terminaría con una represión a balazos por parte de «Los Pumas», que dispersaron a los manifestantes. Las protestas en la zona continuaron, mientras crecía la ebullición.

Pocos días después, Rodolfo Walsh llegó a Reconquista y vino al estudio jurídico que yo compartía con otros colegas. Había sido enviado por Ongaro. Venía en su carácter de director del periódico de la CGTA.

Así lo conocí. Más allá del nombre como escritor, venía rodeado por la aureola de sus trabajos de investigación político-periodística. Muchos nos habíamos adentrado en los laberintos que vinculaban al poder de la Revolución Libertadora de 1955 con el crimen y la corrupción a través de la lectura del *Caso Satanowsky*. Luego, los fusilamientos de 1956 en José León Suárez, adquirieron un sentido imposible de olvidar a través de su libro *Operación Masacre*, y *Quién mató a Rosendo* sería un clásico sobre el vandorismo.

Pero el que estaba allí para acordar algunos criterios que permitieran coordinar las protestas que se iban gestando en la región no era solamente un escritor y periodista, era mucho más. Era el hombre total, no esa escisión que muchos todavía practican para reivindicar tan solo su faz literaria o periodística. Rodolfo Walsh era un militante completo:

seguro en el camino elegido; obsesionado por el detalle; siempre crítico y cabal.

Después de esa reunión en mi estudio, elaboró un informe sobre la situación en la zona y partió —con algunos nuevos nombres en su agenda— hacia Corrientes. La idea, acordada con Ongaro, era culminar esas protestas en Buenos Aires con una conferencia de prensa en la que se denunciaría la situación en el local de la Federación Gráfica Bonaerense en la calle Paseo Colón, donde funcionaba la CGTA.

Ongaro había previsto que la conferencia de prensa se realizaría el 25 de mayo. Pero nosotros, que nos veíamos en la cresta de la ola de las protestas populares, no previmos que cuando los pueblos echan a andar lo hacen según sus propios ritmos que escapan a todo cálculo.

Para esa fecha del 25 de mayo, la protesta ya desbordaba en todo el país. Pocos días después estallaba el «Cordobazo». Nuestra movilización de Villa Ocampo, que apenas un mes antes era un motivo de conmoción generalizada, ahora parecía estar en los albores de la historia.

El 15 de mayo era asesinado en Corrientes el estudiante Juan José Cabral; el 17 correría igual suerte otro estudiante, Adolfo Bello, y el escenario sería Rosario. Le sucedieron múltiples protestas y actos relámpago. El 21, miles de jóvenes convocados por la Federación Universitaria y la CGT ocuparon el centro de la ciudad. Esa «Marcha del Silencio» culminaría en lo quedaría grabado como el «Primer Rosariazo». Allí perdería la vida el estudiante secundario y aprendiz metalúrgico, Luis Norberto Blanco.

Aquellas jornadas de mayo de 1969, de larga incubación y espontánea explosión, pusieron fin al sueño de grandeza y perpetuidad de Onganía.

Se producían movilizaciones en distintas ciudades del interior, con escasas vinculaciones organizativas entre sí: protestas cañeras en Tucumán y en el norte santafesino; en Corrientes los estudiantes hacían reclamos por el comedor universitario; en Rosario fue en repudio a la muerte de un estudiante de Corrientes; luego serían las huelgas en El Chocón y las puebladas en General Roca, el «Segundo Rosariazo», Cipolletti (Río Negro).

¿Cuáles fueron las causas de ese fenómeno que explotaba por los cuatro costados? Entre múltiples factores podríamos destacar la frustración del modelo desarrollista. Este crearía las condiciones para que la clase obrera cordobesa, que debía ser un exponente de la integración del sindicalismo a esas políticas, se pusiera a la cabeza de la protesta y la rebelión.

También se empezaban a percibir los efectos de la desestructuración de nuestro mercado nacional y el avance de los conglomerados internacionales, que se expandían imponiendo sus reglas de juego.

El otrora poderoso aparato del Estado mostraba su decadencia moral e ineptitud técnica. Era evidente su debilidad, insuficiencia e incapacidad para conducir o reorientar el rumbo de ese proceso. En la necesidad de recuperar la fortaleza del Estado se encontraba una de las claves que daba forma a los objetivos políticos de muchos de nosotros en esa coyuntura.

Después, la realidad nos demostraría que probablemente ese momento sería la última oportunidad —perdida— para reformar un Estado e instituciones que no respondían a las demandas y necesidades de las mayorías.

La situación se agravaba porque las economías regionales, que crecieron y se desarrollaron bajo la protección de una economía cerrada, ahora entraban en una crisis insoluble: incapaces de integrarse en un proyecto nacional común, sucumbían ante el avance de la integración al servicio de empresas trasnacionales.

Desde el punto de vista político, el peronismo, que era la fuerza mayoritaria, permanecía excluido de las decisiones. El fracaso de los sucesivos modelos que se habían intentado imponer devolvía al primer plano los valores y las propuestas de la época peronista del período 1946-1955.

La fuerza que ascendía vigorosamente, con bases peronistas, chocaba inevitablemente con un modelo social frustrado y frustrante, que sólo se sostenía por el potencial del autoritarismo militar.

Algo más profundo vinculaba, por debajo de la superficie, a estos acontecimientos carentes de un liderazgo reconocido. Solo la CGTA conducida por Ongaro tenía algún reconocimiento del conjunto. Algo había comenzado a despertarse: la opinión pública había sido conmovida; la mayor parte de la sociedad simpatizaba con estas rebeldías.

Los jóvenes estudiantes y —fundamentalmente— los jóvenes trabajadores, fueron los artífices del «Cordobazo». Así quedaría bautizado el acontecimiento más significativo y definitorio de este período, iniciado hacia el mediodía de aquel 29 de mayo de 1969, con el asesinato del obrero Máximo Mena. El centro de la ciudad de Córdoba quedaría por varias horas en manos de la rebeldía popular, que sobrepasó la represión policial y motivó la intervención del Ejército. Este tuvo que soportar largas horas de hostigamiento y el fuego de francotiradores. El barrio Clínicas, lugar de residencia de miles de estudiantes, quedó como símbolo de aquellas batallas populares.

La convocatoria había sido hecha por dirigentes sindicales altamente dispares: Atilio López, un peronista combativo que luego fuera

vicegobernador de la provincia y más tarde asesinado por la Triple A, lanzó una convocatoria desde la Unión de Transportes Automotor (UTA); Agustín Tosco, dirigente de la izquierda no peronista, que dirigía el gremio de Luz y Fuerza; Elpidio Torres del sindicato de mecánicos (SMATA) y dirigente del peronismo ortodoxo; el «Negro» Castro, desde su independencia, aportó la capacidad movilizadora de los trabajadores del Estado (ATE). Alejo Simó, secretario general de los Metalúrgicos (UOM de Córdoba), sumaría su firma y sus huestes a la misma: «El proletariado industrial concentrado participó en forma predominante. [...] Los estudiantes deben haber ocupado el segundo lugar». (53)

El saldo final sería algo superior a la tragedia de los 34 muertos, 400 heridos y 2.000 presos reconocidos oficialmente: fue la conciente rebeldía de un pueblo dispuesto a liberarse.

La influencia de esta rebeldía generalizada y su incidencia particular en el desarrollo montonero obligan a dedicarle una consideración especial, porque allí encontramos algunas claves que explicarán modalidades posteriores.

Estos jóvenes trabajadores eran, mayoritariamente, nuevos trabajadores industriales sin práctica sindical previa. Provenían, en un número significativo, de familias de origen rural, de filiación no peronista y se iban *peronizando* a partir de su inserción fabril. Formaban parte de un sector productivo moderno que pretendía constituirse en la base de un nuevo modelo de acumulación, en competencia con el viejo poder económico con base en la renta agraria.

A partir de estas condiciones constituían el asentamiento industrial más moderno del interior del país, con una alta concentración física y geográfica, lo que favorecía que se estableciera entre ellos una fuerte identidad.

Entre estos diferentes agrupamientos había crecido, siguiendo el modelo del sindicalismo europeo, la estructura de SITRAC-SITRAM, paralela al resto del movimiento obrero organizado. Desde allí confrontaban con las federaciones sindicales asentadas en Buenos Aires, y transmitían un mensaje fuertemente antiburocrático. Estas organizaciones, si bien no tuvieron incidencia en las convocatorias que culminaron en las jornadas del «Cordobazo», crecieron rápidamente a partir de este.

En su conducción habían comenzado a tener peso significativo los sectores de izquierda (René Salamanca en el SMATA, Gregorio «Goyo» Flores, dirigente de Fiat-Concord y Materfer —SITRAC-SITRAM—, por ejemplo). A diferencia del sindicalismo tradicional, desarrollaban una importante práctica de participación política, con un alto grado de

movilización y organización.

Algunos años después, al restablecerse los mecanismos electorales, este movimiento sindical de tinte clasista mostraría una singular dicotomía: su conducción, respetada como dirigencia sindical, adhirió a la izquierda, pero sus bases votaron mayoritariamente a los candidatos peronistas. Otra de sus características notables es que mantuvieron una fluida relación con otros sectores del movimiento social, particularmente con el movimiento estudiantil.

Hubo valores profundos que se expresaron en estos movimientos masivos, rebeldes y generalizados, que nos comprendían y nos estaban determinando el futuro. Indicaban el fin de una etapa y el nacimiento de algo nuevo.

Para los que veíamos tanto lo que iba sucumbiendo como lo que iba emergiendo, la opción no sería difícil: lógicamente, como jóvenes adherimos a lo nuevo que surgía.

Los jóvenes de 1966 ante nuevos desafíos

Los jóvenes de 1966 nos sentíamos parte de la convulsión que recorría al mundo y, particularmente, de las reivindicaciones nacionales de la mayor parte de los países conocidos como periféricos. No compartíamos esa especie de «jerarquización» en las relaciones mundiales que fundamentaba el desarrollo e intercambio desigual entre los países centrales y los periféricos.

La idea de que el «desarrollo» de los países centrales estaba íntimamente entrelazado con el «subdesarrollo» de los conocidos como países periféricos sería una guía de nuestra acción política. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto con su «Teoría de la dependencia» se constituyeron en los principales exponentes teóricos de esta concepción. Era la lectura obligada en las disciplinas sociales. Fernando Henrique Cardoso, más tarde, en tiempos de globalización, reforma del Estado y posmodernismo, siendo presidente de Brasil, se constituyó en un verdadero ejemplo vivo de la «evolución» de ese pensamiento hacia la «adaptación» al sistema.

Frente a esta contradicción, donde confrontaban nuestros Estados-nación respecto del imperio, nosotros aspirábamos a la unidad de los países pobres y «periféricos» para alcanzar la independencia respecto de los países centrales y ricos.

Suponíamos posible y beneficiosa una «desconexión» entre los países centrales y los periféricos. Partíamos de la base que la ruptura de los vínculos que sostenían ese desarrollo desigual sería el sustento para un desarrollo más humano al interior de nuestras empobrecidas naciones.

El economista egipcio Samir Amin con sus trabajos sobre «el desarrollo desigual» se constituiría en otro referente necesario que leímos ávidamente. Él fundamentaba la conveniencia de «la desconexión», concepto que años más tarde serviría de título a otro de sus libros.

Algunos reivindicamos y tratamos de practicar el cristianismo posconciliar como una forma de integrar, más allá de los sentimientos y creencias individuales, la tradición cristiana de nuestra cultura nacional con las urgencias de los cambios necesarios.

Percibíamos al socialismo nacional como la síntesis justa. Mejor dicho, la superación entre el comunismo que se ofrecía desde la Unión Soviética y el capitalismo individualista. Ese concepto, a su vez, se emparentaba con aquella «Tercera Posición» que había sido la visión clásica del peronismo. También sentíamos que, de esa manera, evitábamos caer en aquella consigna «Ni yanquis, ni marxistas» del peronismo más tradicional.

Nos sentíamos tan hermanos y compañeros de los militares que acompañaban en Panamá y Perú a Omar Torrijos y Juan Velasco Alvarado como de los jóvenes franceses que desfilaban bajo el Arco de Triunfo o de los chinos que quisieron inventar la vacuna contra los riesgos del burocratismo y otras yerbas aún más malsanas. Éramos solidarios con todas las causas que vislumbrábamos como justas. Admirábamos el voluntarismo de jóvenes triunfantes como los revolucionarios cubanos y los frustrados intentos de las guerrillas en Perú, Bolivia y otros países latinoamericanos.

Todo esto, integrado a la ya mencionada crisis nacional, alimentó nuestra juventud, en aquellos días de 1966. Veníamos de la mano de un pensamiento juvenil e irreverente plasmado en el revisionismo de las «Cátedras Nacionales», las publicaciones de *Cristianismo y Revolución*, revistas como *Antropología del Tercer Mundo* y *Envido*. Todos identificados con la lucha de los trabajadores, la construcción de un «Movimiento Nacional» y el pensamiento de su líder, Perón.

Éramos una juventud que compartía la aspiración de hacer coherente la palabra con la acción, y el compromiso ideológico con el compromiso de vida. Era esa «vida auténtica» que nos proponía el existencialismo de Albert Camus, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Allí creímos encontrar el «centro» de cada una de nuestras propias vidas, pero no en soledad sino engarzadas con los otros.

Eran los tiempos donde la crítica global y compartida a la forma de organización social vigente, sentaba las bases para construir la utopía que movilizaba hacia la acción.

La ética revolucionaria que sostendría al «Hombre nuevo» la practicábamos en la construcción cotidiana. Con ella se iría nutriendo

la práctica organizativa, el renunciamiento a los bienes materiales y su carácter instrumental al servicio de algo superior.

Este contexto fue hermanando a los militantes de nuestra generación, fortaleciendo su autonomía y dando el perfil a una gesta épica en la que apostamos todo. El bagaje de aprendizajes individuales y colectivos, inmersos en el avance de las luchas populares, se condensaría en aquellos años en los que los sueños parecieron concretarse.

El cielo estaba al alcance de las manos, nos sentíamos dueños de nuestro propio destino, con la posibilidad cierta de transformar la realidad. La perspectiva de lograr la justicia no era una utopía inalcanzable.

Nos sentíamos convocados e interpelados; comprometidos y llamados a protagonizar el cambio. Si éramos revolucionarios, había que hacer la revolución. Si éramos cristianos, había que comprometerse en ella. Así, nos fuimos introduciendo en los definitorios años setenta.

La guerrilla rural, las Fuerzas Armadas Peronistas y la experiencia de Taco Ralo

En las distintas reuniones venía madurándose una conclusión: había que organizarse para la acción armada. Y se explicitaba un compromiso ético: acompañar y seguir al que lo hiciera primero.

Por eso, cuando el 19 de septiembre de 1968 fuera detectado y abortado el «Destacamento Guerrillero 17 de Octubre» de las Fuerzas Armadas Peronista (FAP) en Taco Ralo, zona rural de Tucumán, la mayor parte de las discusiones se terminaron. Un año más tarde, en un comunicado desde la cárcel, mudaron el nombre originario por el de «Destacamento Montonero 17 de Octubre».

Seguir hablando sin sumarse a la práctica armada era entendido como cobardía. Urgía tomar las decisiones y plegarse; y así, con ese voluntarismo, ir para adelante. Ese fue el momento en que se agotó el debate acerca del mejor método para desarrollar la guerrilla rural.

Dentro de esa estrategia existieron distintas tendencias. Nuestro grupo ponía el acento en el desarrollo político. Primero era necesario establecer una red política y organizativa y, a partir de allí, «alzarnos» en la zona desde el desarrollo gremial y el entramado político-social que durante años habíamos construido. Era la experiencia que estábamos llevando adelante en la Cuña Boscosa santafesina.

De esa manera, según nuestro modo de entender, la acción militar resultaría una necesidad para superar las limitaciones de la acción política hasta allí desarrollada. Ello permitiría involucrar, en la

violencia necesaria, no solo a un pequeño grupo de militantes: podría formar parte de ella la más amplia franja de sectores que participaba de la lucha social y política que estábamos llevando a cabo.

La metodología aplicada por las FAP estaba más cerca de las concepciones que priorizaban la construcción de un «foco» o núcleo central, en una zona rural, independientemente del desarrollo político-organizativo en ese lugar. Ese «foco» actuaría como detonador de las rebeldías contenidas.

La «Negra» Amanda Peralta, la única mujer partícipe de Taco Ralo, lo resumiría tiempo después con meridiana claridad: «El foco era la respuesta mágica, maravillosa, perfecta a todos los problemas del país. Creíamos en el foco con fe de fanáticos. Nadie me podía demostrar que el foco fuera incorrecto. Fue nuestra etapa de mayor sectarismo». (54)

Las nuestras eran, por cierto, perspectivas diferentes de estas.

Pero había algo superior a este debate. Era la imagen del cambio posible y el compromiso de realizarlo con quien tuviera la audaz voluntad de iniciar ese camino. Aun sin saldar discusiones, había disposición de aunar caminos.

De todas maneras, la irrupción de Taco Ralo abortaría buena parte de un debate que podría haber sido interminable. Se habían agotado los tiempos de las palabras.

Yo, personalmente, como tantos otros, me sentí interpelado por aquellos versos motivados en el movimiento guerrillero que Luis de la Puente Uceda y Javier Heraud habían encabezado unos años antes en los Andes peruanos, (55) y que había escuchado de boca del poeta peruano César Calvo, cuando nos encontrábamos en el IX Festival Mundial de La Juventud que se realizó en 1966 en la ciudad de Sofía, Bulgaria:

> Ahora que sonaron los primeros tiros
> y yacen en la tierra los primeros muertos,
> ¿dónde están los que hablaron?

La hora de la acción

Había llegado el momento en que la pasión por la justicia implicaba el camino de la violencia. Lo veía como un paso dolorosamente necesario, ante el fracaso de todos los anteriores.

En el norte santafesino, nos organizamos sobre la base de tres banderas: *el socialismo* como objetivo; *el peronismo* como identidad política; y *la lucha armada* como metodología.

Esa había sido la síntesis de aquella reunión realizada en el salón parroquial de la Iglesia de Villa Ana. El lugar había sido facilitado por

uno de los participantes, el padre Rafael Yacuzzi. Estaba enclavado en plena zona forestal, lugar de obrajes y hacheros, en lo que habían sido los dominios de La Forestal, la nefasta empresa inglesa. Eso ocurría, por esos designios del destino, el mismo día en que el Che era asesinado en Bolivia.

La estrategia rural tuvo variados fundamentos: uno provenía de las influencias político-militares externas como las de Cuba, Perú y Bolivia. Se las adoptó aunque no se adecuaban a las condiciones políticas del país, pero en aquel momento no percibimos ese error. La guerrilla, en 1968, estaba definida dentro de una estrategia rural.

Otro argumento tenía perfiles éticos: en el campo, suponíamos, existían las condiciones para construir un poder político, militar y moral nuevo y distinto. Allí, suponíamos, se podían sentar las bases para llegar al «Hombre nuevo» imaginado por el Che y al que todos aspirábamos.

Creíamos, con Régis Debray como maestro, que la proximidad con el enemigo en las ciudades y las características de la vida urbana, debilitaban y corrompían las fuerzas del poder revolucionario a construir: «Todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad es un burgués sin saberlo, en comparación con el guerrillero». (56)

Para los que teníamos una perspectiva cristiana esos conceptos eran de fácil y rápida asimilación.

¿Revolución en la Revolución?, el libro de Debray, quien estuviera preso en Bolivia en relación con la guerrilla del Che, sintetizaba el pensamiento de los dirigentes de la Revolución Cubana. Ese texto circulaba profusamente e integraría aquellas ideas a una estrategia revolucionaria: «La ciudad —dice Fidel— es un cementerio de revolucionarios y recursos. (57) El poder se toma y se conserva en la capital, pero el camino que lleva a los explotados allí, pasa por el campo, ineluctablemente». (58)

De modo que en aquella decisión de optar por una estrategia rural habría dos componentes vitales: la opción por los pobres y, entre ellos, los pobres del campo.

El «Cordobazo» en mayo de 1969, con la movilización de los obreros industriales en las grandes ciudades, demostraría la incorrección de buena parte de esos planteos. Esas grandes movilizaciones y la experiencia de lucha urbana puesta en práctica por los Tupamaros en Uruguay contribuyeron a que la estrategia rural fuera reemplazada metodológicamente por la guerrilla urbana.

Buena parte de las discusiones y debates se habían referido al punto de inicio ideal para comenzar la guerrilla rural. En general, todos

mirábamos con simpatía hacia Tucumán y Salta, por sus condiciones geográficas y sus antecedentes de lucha.

El intento abortado en Taco Ralo sería como una mecha encendida, que propagó la urgencia de acelerar la organización del accionar guerrillero en nuestro país.

Había muchos agrupamientos que se estaban preparando. La mayoría ya había enviado a algún miembro a entrenarse a Cuba. John William Cooke y Alicia Eguren, una pareja de viejos militantes peronistas, proporcionaron los contactos necesarios para esos viajes. Amigos entrañables de la Revolución Cubana y al mismo tiempo de llegada directa a Perón, habían fundado Acción Revolucionaria Peronista (ARP) y creían firmemente en la guerra de guerrillas como método revolucionario. También propugnaban la guerrilla rural como la forma apropiada para la construcción del ejército popular.

Nuestro grupo, en el norte santafesino, estaba coordinando sus planes con las FAP. Semanas antes de que partieran hacia Tucumán, me había reunido con «Segundo» (Néstor Verdinelli) y «La Negra» (Amanda Peralta), en un departamento de la calle Charcas, hoy Marcelo T. de Alvear. Allí acordamos nuestra integración. En un siguiente encuentro, luego de su asentamiento en los montes tucumanos, discutiríamos nuestra forma de participación: si iniciar acciones en el norte santafesino o sumarnos al grupo en Tucumán.

Los que éramos más nuevos en estas lides teníamos un gran respeto por los compañeros que formaban parte de lo que luego se denominaría FAP. Conocíamos, por referencia, la militancia de compañeros como Carlos Caride o Envar «Cacho» El Kadri, históricos dirigentes de la JP. Pero en mi caso, también conocía personalmente a otros componentes del grupo, como el sacerdote español Arturo Ferré Gadea, y el trabajo que desarrollaban junto a diversos compañeros en Villa Jardín de Lanús. Más aún, algunos de los que formábamos parte de la experiencia del norte santafesino, como Juan Belaústegui, habían compartido actividades con varios de ellos.

Esa segunda reunión que se había previsto, nunca se realizó. La prematura caída del campamento en Taco Ralo abortó la posibilidad de nuestra participación en esa iniciativa.

Nuestra idea originaria era comunicar, para el tránsito de pertrechos, personal y políticas, el Litoral con el norte a través del Impenetrable, zona boscosa chaqueña —hoy devastada— y del desierto chaco-salteño.

A esas zonas escasamente habitadas, en algún momento las llamamos «la ruta de Ho Chi Minh». Varias veces la recorrí con distintos compañeros, a pie o en camioneta, para reconocerla palmo a palmo e ir estableciendo los contactos que irían construyendo esa red.

En el área productiva —básicamente algodonera— que se encuentra cercana al Impenetrable, fuimos contactando militantes de la zona. En su mayoría eran dirigentes juveniles del movimiento agrario y estaban ligados a las cooperativas agrarias y a los sectores católicos. Más tarde, al calor de las movilizaciones populares y con el abandono de la estrategia rural, constituirían las Ligas Agrarias.

Este cambio de objetivos, en este sector y de acuerdo a nuestras concepciones, no fue traumático. Ya se ha dicho que se suponía que el accionar militar debería tener como antecedente el desarrollo de la organización política en cada lugar. De esa forma, el abandono de la estrategia rural dejaría en pie el desarrollo político. Esto tuvo una importante repercusión pocos años después, cuando este movimiento de las Ligas Agrarias alcanzara un grado de organización y movilización muy importante. Osvaldo Lovey fue su secretario general.

Las Ligas, desde el Chaco, se extendieron por el resto de las provincias del nordeste (NEA) y norte de Santa Fe, y competían con la tradicional Federación Agraria Argentina (FAA), conducida por Humberto Volando. Mientras la tradicional FAA agrupaba a los medianos productores, las Ligas se concentraron en los pequeños. Y estos, por primera vez, tuvieron una representación genuina de sus intereses. Por eso no llamaría la atención que, en los primeros años de la década del setenta, se constituyera en la organización agraria con mayor capacidad de movilización y ampliamente participativa. (59)

La temprana caída de Taco Ralo echaría por tierra las ideas originales y nos obligaría a cambiar los planes.

Luego del acuerdo con la conducción de las FAP, que había permanecido en Buenos Aires, nuestro grupo pasaría a hacerse cargo de la reorganización de esa fuerza en Tucumán y Salta.

Hugo Medina, con quien militáramos juntos en Reconquista y que fuera desaparecido en el Gran Buenos Aires en 1978 desempeñándose como responsable de una parte de la Columna Sur, se hizo cargo de Tucumán. Mi responsabilidad sería hacer lo propio en Salta. Medina fue el compañero con el que compartí responsabilidades en la construcción y organización de las experiencias iniciales.

Ese sería el momento específico en que, por los compromisos asumidos, abandoné la práctica que durante años había desarrollado para pasar a intentar la construcción de un «foco», impostado en otra realidad y en un tiempo ya desfasado.

A partir de esa decisión fueron muchas cosas las que cambiaron en mi vida. El progresivo compromiso que veníamos asumiendo con mi compañera daría un salto que imaginábamos, pero de otra manera. Lo suponíamos en «nuestra zona» y en un medio conocido. Directora de la

Escuela Normal y del Instituto del Profesorado de Reconquista, dejó su carrera; yo abandoné el estudio jurídico donde trabajaba y nos casamos. Para borrar las huellas ante los servicios de inteligencia de la dictadura, simulamos dejar de lado las ideas y convicciones políticas. Partimos a Salta: lo hicimos para concretar, en un sitio que no nos era conocido, un nuevo tipo de experiencia que desde hacía tempo veníamos incubando.

Contaba con recursos que provenían de mi trabajo como abogado. Además de los pequeños juicios habituales, había sido apoderado de más de un millar de trabajadores azucareros. Eso ocurrió con motivo del cierre del Ingenio de Tacuarendí, al norte de Santa Fe, próximo al Chaco. El juicio indemnizatorio alcanzaría cifras varias veces millonarias. Mis honorarios sirvieron para financiar, por un buen tiempo, la organización que quedaba en la zona, el grupo con el que trabajábamos en Buenos Aires y las actividades que desplegamos en el noroeste. No fue el mío un gesto abrupto ni solitario, era parte de un criterio que luego generalizaríamos bajo el nombre de *socialización*. Miles de compañeros aportaron parte de sus ingresos personales, hasta herencias familiares, para el desarrollo de la organización.

Colocar los propios recursos, que superaran la satisfacción de las necesidades básicas, al servicio de la actividad común era un principio indiscutido. Este criterio y la transparencia en el manejo de los fondos se constituyeron en componentes éticos que conformaron una parte de la fuerza moral que pudimos desplegar.

Desde Tucumán y Salta comenzamos la reorganización de la zona, subordinados a los compañeros de las FAP. Al poco tiempo, las relaciones entre los que estábamos en Tucumán y Salta y la conducción de las FAP residente en Buenos Aires comenzaron a tensarse: a nuestro juicio, no se estaba analizando seriamente la caída de Taco Ralo ni se elaboraban los criterios de fondo que la podían haber motivado.

Todo era atribuido a razones circunstanciales. Nosotros no acordábamos con una interpretación tan simplificada en realidad, nos seguía pareciendo necesario un trabajo político previo a la acción militar. El debate se iría haciendo cada vez más difícil.

Algunos grupos del interior, de Santa Fe y Córdoba, consideraron que su mejor aporte era identificarse paulatinamente con las FAP. Por eso comenzaron a firmar algunas operaciones con ese nombre, tratando de darle a estas un carácter federal y participativo.

Nosotros, desde Tucumán y Salta, avalábamos aquella decisión tomada por compañeros con los que manteníamos estrechos vínculos; desde la conducción de las FAP se desautorizó esa política.

Todo esto provocó que el vínculo con las FAP se fuera debilitando y,

progresivamente, nos fuimos distanciando. Así fue como, en los primeros meses de 1970, las FAP perdieron la oportunidad para constituir una fuerza guerrillera a nivel nacional.

Por nuestra parte restablecimos las coordinaciones con distintos grupos del país y retomamos el debate para la constitución de una organización nacional.

En febrero de 1970 nos reunimos en Córdoba con compañeros de esa provincia y de Buenos Aires, Santa Fe, Tucumán y Salta. Allí decidimos avanzar en la constitución de una organización nacional. Todo ello lo debatiríamos en cada lugar y, a mediados de año, nos volveríamos a reunir para poner en marcha esta decisión. Acordamos discutir que su nombre fuera «Montoneros». Un ex seminarista participante de la reunión, el «Negro» Orlando Montero, dejaría asentado sobre un pizarrón ese nombre escrito como si fuera en latín.

Sin que hubiera existido comunicación previa, pocos meses después, en el mes de mayo, ese también sería el nombre de la organización dirigida por Fernando Abal Medina, que aparecería a la luz pública con motivo del secuestro y muerte de Aramburu. Esta coincidencia en la denominación, sin que existieran relaciones orgánicas, no sería producto del azar sino que refleja la unidad de pensamiento que se había ido forjando a lo largo de los debates y las prácticas comunes realizadas en años anteriores. El nombre reunía una serie de condiciones que le proporcionaban una lógica a la elección. Se correspondía con el revisionismo histórico que acompañaba toda nuestra actividad. Significaba recuperar nuestras tradiciones épicas y los méritos de nuestros criollos y aborígenes antepasados en procura de darle dignidad a su existencia, independencia a la Nación y retomar las banderas de una práctica federalista. Por otra parte, en esos momentos queríamos alejarnos de todas las designaciones habituales que provenían de las prácticas de otros pueblos. Preferíamos optar por una denominación que naciera de la propia experiencia, que recogiera la memoria histórica y la cultura de nuestro pueblo. Las montoneras del siglo XIX nos daban la denominación que estábamos buscando.

En este período adopté el «nombre de guerra» que me acompañaría en toda la etapa de clandestinidad: «Carlos». Lo hice en homenaje a Gerardo Ferrari, un seminarista que por su insistencia en ser cura obrero no sería ordenado como sacerdote. Había sido miembro de las FAP y fue, en esa etapa, el primer guerrillero urbano que diera su vida. Fue muerto en un enfrentamiento policial en Buenos Aires el 13 de junio de 1969. Por un acuerdo organizativo existente, para desorientar las investigaciones policiales, no fue reivindicado políticamente. Considerado como un delincuente común, fue caracterizado por la

prensa con los más infamantes adjetivos. Con él habíamos compartido habitación, experiencias y charlas en el norte santafesino. Retomar el nombre de guerra que Gerardo había utilizado en las FAP me pareció la mejor manera de darle continuidad a los sueños comunes.

Creo que el uso del «nombre de guerra» tuvo connotaciones que iban más allá de las lógicas necesidades de preservar la seguridad para eludir la acción represiva, en la organización clandestina. También implicaba fundir la historia e identidad personal en la colectiva, pasar del «yo» al «nosotros» de la organización. Constituía el acto voluntario de subordinarse, integrándose como individuo al conjunto organizado, y rebautizarse como tal. Ese conjunto, la organización, sería el instrumento para transformar la historia, el instrumento mediador entre la teoría y la práctica. En el seno de la organización se fundían la posibilidad de realizar los cambios para el país y las posibilidades y expectativas de las vidas de miles de compañeros. De hecho, «la organización» más que un frío organigrama o estructura institucional era todo un sistema de vínculos y valores dentro del cual se ordenaba y organizaba la vida personal y familiar.

Todo esto nos modeló con una intensidad tal que la separación, la ruptura, la descomposición y la imposibilidad de realizar los sueños anhelados dejaron vacíos que, en muchos casos, fueron y son aún ahora difíciles de llenar. Al mismo tiempo han dejado una formación compartida, casi un sello, que cualquier nuevo encuentro o reencuentro se reconoce en esos códigos de análisis y hasta de lenguaje que nos caracterizaba como militantes.

Año setenta: aparecen las «Orgas»

Durante 1970 aparecería públicamente la mayor parte de las organizaciones armadas, peronistas y no peronistas. Con el caso Aramburu, en mayo de ese año, emergieron públicamente los Montoneros.

A este hecho le siguió la toma de La Calera, localidad próxima a la ciudad de Córdoba. La caída de un compañero en la retirada de los participantes en aquella toma provocaría una grave emergencia. Allí fue herido, y días después murió, Emilio Maza, jefe de los Montoneros de Córdoba. Cayeron en manos enemigas numerosos datos, direcciones y archivos. Varios participantes en el secuestro del general Pedro Eugenio Aramburu pasaron a la clandestinidad.

El 7 de septiembre de ese mismo año, en la confitería La Rueda en William Morris, murieron en un enfrentamiento Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus. Esa fecha quedaría incorporada como el «Día del

Montonero». A los funerales de los compañeros muertos llegaron diferentes adhesiones. Algunas previsibles, como la de Ongaro en nombre de la CGT de los Argentinos, y otras inesperadas, como la de las 62 Organizaciones.

La misa fue oficiada por el padre Jorge Adur, y entre los que despidieron sus restos se destacaron los sacerdotes Carlos Mugica y Hernán Benítez. Este último dijo: «Abal Medina y Ramus fueron cristianos. Pido perdón a Dios por la muerte de ellos, que fueron asesinados por la Nación que no supo comprenderlos, darles un camino, colmar su sed de justicia». (60)

Con motivo de este acto y acusados de «incitación a la violencia», Benítez y Mugica fueron detenidos durante algunos días.

A partir de la caída de Abal Medina, Sabino Navarro, asumiría la tarea de coordinar a los distintos grupos montoneros del país. El «Negro» Sabino era uno de los pocos obreros que formaron parte de los grupos iniciales. Trabajó en la Deca (fusión de las empresas Deutz y Cantábrica) de Morón y sería delegado contemporáneamente con José Rodríguez —hasta no hace muchos años secretario general del SMATA —. La «paliza» que le diera el «Negro» al «Gordo» Rodríguez con motivo de un conflicto que «entregó» este último, pasaría a los anales de los trabajadores del sector. Este correntino, parco en el hablar, durante varios meses pudo mantener con su palabra y su presencia la vinculación entre los distintos grupos, con los cuales era imposible hacer reuniones o encuentros. Con su Peugeot 404 iba de Salta a Buenos Aires, del Chaco a Mendoza, sosteniendo los hilos de la incipiente organización.

A partir de lo que fuera conocido como el «Aramburazo», Montoneros ya gozaba de un prestigio muy grande pero, desde el punto de vista organizativo, estaba en el límite de su existencia.

Dentro de esa sociedad terriblemente fracturada en la que vivíamos, un número importante de peronistas vería a Montoneros como el brazo ejecutor de un hecho que finalmente ponía justicia en la balanza de la historia: en el sentimiento, en el alma de ese peronismo, pesaban los fusilamientos y la persecución, la humillación y el escarnio.

Al igual que Carlos Alberto Hobert, Sabino Navarro también provenía de las filas cristianas, aunque había iniciado su práctica armada fuera del grupo constituido a partir de los Comandos Camilo Torres, que era de donde provenían Abal Medina, Ramus, Firmenich y la mayor parte de los primeros integrantes de Montoneros de la zona de Buenos Aires.

La situación de grave emergencia producida después de la toma de La Calera, aceleraría la amalgama de varios grupos y, de hecho, surgiría un nuevo agrupamiento.

La nueva estructura nació naturalmente, casi como una respuesta solidaria a las necesidades de los compañeros de Buenos Aires y Córdoba. La forzada clandestinidad de varios militantes luego de Aramburu y La Calera, los obligaría a trasladarse a diferentes provincias. Así fue como se desparramaron militantes montoneros por distintos puntos del país. Y, paradójicamente, esta dispersión contribuiría a crear lazos de organicidad entre los diferentes grupos diseminados por distintos puntos de la geografía nacional.

En esas circunstancias nuestro grupo comenzó a integrarse en ese reagrupamiento de los Montoneros. Mientras tanto, el país era inundado por la noticias de la aparición del cadáver de Aramburu en Timote, localidad del interior de la provincia de Buenos Aires.

Algunas semanas después miraban, interrogantes, desde un afiche callejero con sus datos personales y la inscripción de «buscados», las «caras» del caso Aramburu: Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus, Norma Arrostito, Mario Firmenich y Carlos Capuano Martínez.

Tanto la sociedad como ellos mismos miraban asombrados lo que estaba suediendo. Unos, por la juventud que denunciaban las caras de esos afiches y sus fechas de nacimiento, allí impresas, salvo Arrostito que tenía 30, no superaban los 23 años. Ellos, por el impacto social y la conmoción político institucional que habían producido.

De un lado, los festejos de buena parte del peronismo, imposibles de concebir fuera de ese contexto histórico; del otro, la promesa gorila de nuevas venganzas.

De ninguna manera Montoneros constituyó la única experiencia que había adoptado la lucha armada como forma de acción concreta. Desde el peronismo ya estaba la experiencia preexistente de las FAP, dentro de las cuales veníamos participando.

Aunque todavía no habían adquirido una significativa presencia pública, ya existían otras fuerzas. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), de origen marxista y que luego adoptaron la identidad peronista; y los Descamisados, integrados por militantes provenientes de sectores cristianos, que adoptaron esa misma política. FAR, Descamisados, junto a una fracción de las FAP encabezada por Carlos Caride, confluirían años más tarde en la identidad única de Montoneros.

También cabe mencionar otros intentos, construidos desde una perspectiva marxista. Sin pretender abarcar todas las expresiones surgidas en ese momento se pueden citar algunas de estas experiencias.

Entre ellas merece destacarse la aparición de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). (61) Estas surgieron a partir de un reagrupamiento producido por una escisión del Partido Comunista Revolucionario

(PCR). Este, a su vez, tuvo su origen en los militantes de «la Fede» —Federación Juvenil Comunista— expulsados por el Partido Comunista Argentino entre los años de 1967 y 1968. (62) Es bueno recordar que algunos militantes que fueron fundadores de las FAR también militaron en «la Fede».

Fue muy corta la duración y escasa la actividad militar de los Comandos Populares de Liberación (CPL). Procurando una fusión entre peronismo y marxismo, buena parte de sus militantes se integraron, en 1971, a las FAR o al Ejército Revolucinario del Pueblo-Partido Revolucionario de los Trabajadores (ERP-PRT). Este quedaría consituido a fines de julio de 1970, en las proximidades de San Nicolás. Comandado por Mario Roberto Santucho y sobre la base de un documento redactado por él y José Luis «Joe» Baxter, en el V Congreso del PRT se aprobó la creación del ERP. (63) Fue la formalización de la ruptura —que ya se había producido anteriormente— con Nahuel Moreno, que no acordaba con la creación de una fuerza guerrillera. Tiempo más tarde, hacia 1974, como brazo armado de la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), tomarían forma las Brigadas Rojas (BR). Su mayor fuerza estaría concentrada en los trabajadores industriales de Córdoba, Villa Constitución, Gran Buenos Aires y los aledaños de La Plata.

En aquel entonces ocurrieron otros hechos lejanos a la política que también conmoverían a los argentinos. Hacia fines de ese mismo año de 1970, allá, en Europa, Carlos Monzón iniciaba, a trompadas, un abrazo con la gloria y el éxito. Era consagrado campeón mundial de boxeo al vencer al italiano Nino Benvenuti. Otras trompadas, años más tarde y ya lejos del ring, lo llevarían a la desventura y la cárcel.

Durante los últimos días de ese año reaparece una práctica que, seis años más tarde, simbolizaría un sistema represivo que denigra a la raza humana: la desaparición forzada de personas, que habían inaugurado con Felipe Vallese. El 16 de diciembre de 1970 secuestraron al abogado laboralista Néstor Martins y a Nildo Centeno, que era un cliente que ocasionalmente lo acompañaba: ambos fueron «desaparecidos». Durante el año siguiente, este procedimiento se incrementó. En el mes de julio de 1971 fue «desaparecido» en San Juan el matrimonio integrado por Marcelo Verd y María Eugenia Palacios, y en Buenos Aires corrieron la misma suerte Mirta Misetich y su esposo Juan Pablo Maestre, estos últimos militantes de las FAR. Sucedería lo mismo, al poco tiempo, con Luis Pujals, dirigente del ERP.

La integración a Montoneros

La integración de nuestro grupo a Montoneros fue rápida y sencilla. Lo llamativo del caso es que no se realizaron grandes reuniones, fatigosos documentos ni expectantes conferencias de prensa. Nada de eso. Todo aconteció como un hecho natural. Casi todos nos conocíamos, sabíamos los caminos que habíamos recorrido. Ahora era la hora de la acción. La emergencia de aquel grupo inicial de Montoneros sería solo la excusa que pondría la coyuntura para realizar aquella integración.

Por una parte, todos sentíamos la necesidad de una estructura nacional y estábamos dispuestos a aceptar la conducción de quienes fueran capaces de construirla. Por otro lado, todo estaba facilitado porque la mayoría había participado en las elaboraciones compartidas de los últimos años.

En mi caso particular había conocido a Abal Medina, Ramus y Firmenich cuando, en 1966, fueron a Tartagal, pueblo forestal de Santa Fe, junto a Mugica, para llevar su solidaridad a los pobladores de ese lugar. El encuentro ocurrió con naturalidad por cuanto mi actividad en la zona ya estaba vinculada a sectores cristianos y al mundo de hacheros y obrajes. Luego, cada vez que viajaba a Buenos Aires, compartíamos pizzas, vino y charlas. Eso ocurría en el altillo que Mugica tenía en el edificio de Gelly y Obes, donde vivía su familia, o en la villa Comunicaciones, en Retiro, donde nos sumábamos a algún «picado» futbolero. Además, esporádicamente nos veíamos en encuentros o reuniones.

Mutuamente sabíamos que estábamos en el mismo camino, aunque por razones de seguridad y diferentes criterios metodológicos veníamos llevando prácticas diferenciadas.

Fred Mario «Fredy» Ernst, ingeniero químico y principal dirigente de Montoneros en Santa Fe —luego asesinado en Córdoba en 1975—, sería el encargado de establecer la vinculación orgánica entre los distintos grupos del interior con la naciente organización de los Montoneros.

«Fredy», como dirigente universitario, había conducido la reconversión de Ateneo —agrupación estudiantil de origen cristiano— de sus posiciones conservadoras a otra nacionalista, revolucionaria y peronista. Además la había transformado en la agrupación mayoritaria en la Universidad Nacional del Litoral. A pesar de su carácter apocado, Fredy gozaba de un predicamento muy grande. Este no solo abarcaba el grupo de compañeros que conducía sino también el medio universitario, donde ya había comenzado a formar parte de las cátedras de la Facultad de Química. Fernando Vaca Narvaja, como estudiante de esa misma facultad, había sido coprotagonista de ese proceso.

La experiencia vivida en las FAP nos había dejado enseñanzas y debido a ellas planteamos la construcción de Montoneros respetando

cada una de sus formaciones locales, aprendiendo del error metodológico de aquellas, para no repetirlo.

Montoneros tuvo, de hecho, una formación federal con una gran autonomía de cada una de sus regionales. La posterior sistematización de este criterio constituiría un acierto organizativo que aportaría al crecimiento.

Pero en verdad, durante más de un año, la organización nacional casi no existió. En ese período, la identidad montonera se mantendría más por la voluntad de sus integrantes que por una práctica conjunta. Los problemas de seguridad y la escasez de recursos no permitían avanzar.

Mientras esto ocurría en la organización de la guerrilla peronista, en el movimiento obrero iba madurando, cada vez con más peso, una tendencia política convergente. Amado Olmos, de Obras Sanitarias —muerto en un accidente automovilístico el 27 de enero de 1968—; Raimundo Ongaro, de los Gráficos; Ricardo De Luca, de Navales; Jorge Di Pasquale, de Farmacia; Julio Guillán, de Telefónicos, se constituyeron en las cabezas visibles de una corriente sindical combativa, que en forma contemporánea a nuestros debates redefinía el rol del movimiento obrero.

En esta relación con el movimiento sindical combativo teníamos amplias coincidencias en lo político. En lo organizativo solo existían relaciones o contactos personales, y desde el punto de vista de la lucha armada, ellos no tuvieron casi ninguna participación, aunque sus opiniones individuales en muchos casos nos eran favorables. Recuerdo que poco después de la ocupación de Pando, una operación armada de Tupamaros en Uruguay, Ongaro me dijo en el local de la CGTA de Paseo Colón: «Vale más esa acción de los tupas que montones de paros nuestros». Esa posición era coherente con lo que manifestaría en un reportaje: «Todos admiten ya que ciertas formas de lucha, para responder a la violencia con la violencia, van a ser muy necesarias. [...] Si acá, hoy, estuvieran los auténticos próceres de nuestra nacionalidad, estarían dando batalla con los cañones que habrían sacado al enemigo. No estarían dando la batalla dentro de los sindicatos». (64)

Los Programas de La Falda (Córdoba, 1957) del Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT y las 62 Organizaciones; de Huerta Grande (1962) aprobado en otro Plenario Nacional de las 62; y el Programa de la CGTA del 1º de mayo de 1968, se convertirían en los clásicos de la tendencia revolucionaria del peronismo y serían la base de todas nuestras propuestas programáticas. Al mismo tiempo se constituyeron en bandera política opositora a los gobiernos de turno y al sindicalismo de tinte «vandorista» hegemonizado por la UOM.

Nuestra adhesión a estos «Programas» fue la diferencia política

sustancial respecto de lo que denominábamos el «vandorismo».

En este marco iban tomando cuerpo los frentes u organizaciones de superficie, que eran aquellas que realizaban acciones político-reivindicativas públicas, pero ligadas orgánicamente a nuestra organización. Los grupos estudiantiles, por ejemplo, mantenían sus denominaciones de origen aunque desarrollaran una relación con Montoneros. En el ámbito sindical, la organización se llevaría adelante por gremio y por lo general a través de contactos personales, como los ya mencionados que realizaban Sabino Navarro y otros compañeros. Tiempo después, la incorporación de Enrique «Quique» Juárez, novel cineasta y trabajador, referente de una agrupación del Sindicato de Luz y Fuerza, fortaleció el trabajo de organización sindical.

Partiendo desde diferentes agrupamientos reivindicativos o políticos se constituyó la base, el entramado social sobre el que se asentó el inicio de la acción guerrillera. Desde múltiples organizaciones sociales, barriales, sindicales y estudiantiles crecía la presión por buscar nuevas alternativas a los reiterados fracasos y pasadas frustraciones. De alguna manera, la reaparición de una acción directa con un caracter más orgánico «se respiraba en el aire», no estaba predeterminada por ninguna estructura de aparato. Respondía a un sentimiento que se estaba extendiendo en la sociedad y que eclosionó cuando las condiciones externas generaron el momento apropiado para ese tipo de acciones.

«Guerra popular prolongada», vanguardia e integralidad de la lucha

La mayor parte de estos conceptos son materia de un documento interno del año 1971 conocido como: «Línea Político-Militar». (65)

Ese documento fue una de las primeras y principales síntesis alcanzadas dentro de Montoneros y prácticamente serviría de guía a la acción desarrollada hasta el retorno de Perón y el triunfo electoral de 1973. Muchos de sus conceptos acompañaron toda la existencia de Montoneros.

Allí se reflejó el nivel de coincidencias existentes entre aquel grupo inicial de militantes montoneros. Las definiciones centrales estaban objetivadas en los siguientes puntos:

a. Los objetivos revolucionarios: La liberación nacional y la construcción nacional del socialismo, en el marco de la liberación latinoamericana y del Tercer Mundo. Consideramos que estos tres objetivos están sintetizados en las tres banderas del peronismo en su significación actual (Patria Libre, Justa y Soberana).

b. La concepción política: El peronismo como movimiento de liberación nacional y social en desarrollo, expresión política de la clase trabajadora y de

los sectores unidos a ella en función de esos objetivos.
c. El método revolucionario: la guerra revolucionaria.
d. La forma organizativa: la organización político-militar. (66)

El concepto de «guerra popular prolongada» (GPP) que nosotros intentamos bajo el nombre de «guerra revolucionaria total, nacional y prolongada», tenía mucho auge por aquellos años. La esencia de esa doctrina de lucha popular era el fortalecimiento de las fuerzas propias hasta lograr modificar las correlaciones de fuerza que permitieran acabar con las del enemigo. Se trata de un desarrollo del concepto de «guerra popular» que aplicara el líder de la Revolución China, Mao Tsé Tung. La misma concepción bajo el nombre de «guerra del pueblo» sería la que aplicara Vo Nguyen Giap, conduciendo al triunfo de la resistencia del pueblo vietnamita. El sector sandinista dirigido por el comandante Tomás Borge, le daría a esa estrategia el nombre de su agrupamiento. Estas ideas motivaron, años después, críticas fundadas en que:

> La literatura china o vietnamita no nos sirve, porque tiende a confundir nuestra lucha social con una guerra colonial, en la que la organización en Movimiento, Frente, Partido o Ejército tiene sentido porque presupone la unidad del pueblo y contra el invasor extranjero. Nosotros, en cambio tenemos que empezar por ganar la representación de nuestro pueblo y a partir de los elementos con que contamos. (67)

Estas observaciones de Walsh, hechas algunos meses después de instaurada la dictadura militar de 1976 y cuando el enemigo ya estaba causando estragos en nuestra filas, son conceptualmente razonables. No obstante ello, el criterio de que «La guerra que vamos a desarrollar será una guerra de las masas y solo será posible desarrollarla movilizando a las masas y apoyándose en ellas» (68) hizo que nuestro aferramiento a la situación y evolución de las masas peronistas permitiera que en el período 1971-1973 desarrolláramos una fuerza relativamente importante y con un fuerte arraigo popular.

La característica de «total» que le asignábamos a nuestra «guerra revolucionaria» tiene que ver con la idea de destrucción del sistema capitalista y construcción del socialismo. Ese principio era una de las bases de aquel pensamiento, en consonancia con lo que había sido la experiencia cubana. Y ello, suponíamos, demandaría un largo período para construir el ejército popular y producir un cambio en la correlación de fuerzas.

Para esa época también se había iniciado el debate acerca de la vanguardia. Esta también sería una discusión sustancial dentro de las organizaciones revolucionarias. Nuestra concepción nos diferenciaba de

las ideas que sobre el tema tenía la «izquierda» que se autodefinía como vanguardia. Ese vanguardismo que apenas lograba conducirse a sí mismo, identificaba el «ser vanguardia» con aquello que definían como posiciones ideológicas que daban por sentado que eran «correctas». Aún hoy se mantiene vigente esta tendencia en múltiples grupos con escasa representatividad. En otros casos, se autoatribuían ese rol de conducción por desarrollar la lucha armada.

Nuestro pensamiento montonero, en esa etapa, era otro y bastante distinto: para nosotros, el movimiento popular era el que generaba la vanguardia y no al revés, como lo suele plantear el pensamiento vinculado a los clásicos del marxismo. A nuestro modo de ver, sería vanguardia quien fuera capaz de conducir al pueblo y sus luchas, sorteando las limitaciones o topes que se oponían al logro de sus objetivos. Desde ese punto de vista y en relación con Perón, nos autodefiníamos como una «vanguardia en construcción». El *debate sobre la vanguardia* sería el rasgo diferenciador de Montoneros respecto de la mayor parte de las guerrillas latinoamericanas.

La relación «vanguardia/líder» fue otra discusión que se produjo en forma paralela, pero al interior de Montoneros, y que luego devendría en un eje de conflictos y disidencias. En nuestros inicios no nos constituimos como un grupo ideológico que «decide» la acción armada. La planteamos como una necesidad insoslayable ante la exigencia de un mayor nivel de organización y lucha, dentro de la resistencia a las dictaduras y a la proscripción. Ello estaba íntimamente relacionado con nuestra concepción del pueblo como sujeto histórico, los trabajadores como principales actores del cambio y el peronismo como la identidad política de ese sujeto histórico. En esas circunstancias habíamos definido que:

> La vanguardia tiene como tarea organizativa fundamental la construcción de una estructura revolucionaria del Movimiento Peronista, que reemplace las estructuras actuales que quedaron en un esquema reformista después de haber servido para los inicios de participación de los trabajadores en el gobierno peronista. Es decir el encuadramiento revolucionario de las masas, que responda totalmente a los intereses históricos de la clase obrera y le permita dictar política a las demás clases o sectores. (69)

En la Argentina fue, claramente, la historia de lucha del pueblo peronista la que definió a Montoneros, reconociéndonos los aciertos y reprochándonos, más tarde, los errores. En la posibilidad de responder a las aspiraciones y necesidades del pueblo como sujeto histórico capaz de cambiar la realidad, radicó la especificidad revolucionaria de la primera etapa del fenómeno montonero.

Una perspectiva como esta resultaba bastante alejada de la que

tendría la izquierda en general y algún reconocido analista contemporáneo como el mexicano Jorge Castañeda, que sostiene que Montoneros «representa una expresión específica y casi reaccionaria del nacionalismo argentino frustrado». (70) Esta forma teoricista de análisis califica al pensamiento y la práctica de los demás según su proximidad o lejanía con un modelo propio que, naturalmente, sirve como metro-patrón de «lo correcto». Recuerdo la ironía con que habitualmente Rodolfo Puiggrós consideraba esos modos de analizar la realidad. Decía que conceptualizaban conceptos, en lugar de conceptuar los hechos y la historia de la realidad argentina. Con un tono más sarcástico, los denominaba «inspectores de revoluciones».

Lo cierto es que, en nuestro pensamiento, la cuestión central no pasaba por ajustarse a modelos preelaborados sino por la elaboración de los conceptos que surgían del desarrollo de la fuerza social que tuviera capacidad suficiente para modificar la realidad de acuerdo a sus propios y mayoritarios sentimientos e intereses.

La concepción que originariamente tuvimos sobre «vanguardia», más tarde se desvió. Esa desviación nos ocurrió cuando, a pesar de la definición originaria, empezó a asimilarse la idea de «vanguardia» en mayor medida al concepto del propio desarrollo como organización y no a la evolución, desarrollo y perspectivas del proceso de las mayorías populares. Ese desvío terminaría haciendo crisis al agudizarse el conflicto en la relación con Perón. Pero eso lo veremos después.

Una vez que las actividades guerrilleras adquirieran vuelo propio, comenzaría otro debate: ¿Cómo establecer la relación entre la organización para la lucha armada y los frentes de masas, entre las organizaciones reivindicativas y las políticas de superficie? Se perfilaron dos metodologías: la de la integralidad y la de la articulación. Nosotros reivindicamos, en nuestra línea político-militar, la existencia de la unidad entre la lucha guerrillera y la lucha de masas. Por eso el concepto sintetizador era guerra popular y no lucha armada. Todo ello estaba objetivado en la idea de que:

> No hay un Movimiento o Partido que tenga un brazo o una vanguardia armada, no hay Partido preexistente a un Ejército. Lo que debe haber es una organización revolucionaria político-militar peronista, con distintos niveles de encuadramiento que determinan diferentes funciones o formas de hacer la guerra ya sea con métodos armados o no armados. Por eso lo que estamos haciendo es construir simultáneamente un Partido y un Ejército en el cual no todos combaten con las armas en la mano, aunque sí deben tener una concepción político-militar de la lucha; entonces lo que estamos construyendo es una organización revolucionaria político-militar peronista con unidad de concepción política, en la teoría y práctica revolucionaria. (71)

Más allá de la necesaria articulación entre las acciones guerrilleras y la acción de masas, el debate era cómo se organizaba esa relación. Desde este punto de vista había una tendencia a plantear por separado ambas actividades y luego «articularlas», «coordinarlas» en algún otro nivel, para determinados objetivos, para ciertas coyunturas.

La definición que se tomaría, dentro de Montoneros, sería la necesidad de sostener la integralidad de la lucha. La idea de integralidad había sido tomada de Perón, cuando este definiera tres niveles diferenciados: la *conducción estratégica*, la *táctica* y el *encuadramiento de masas*. Desarrollando esa idea, planteamos que la lucha integral suponía que los cuadros estratégicos llevarían adelante la lucha armada y los cuadros tácticos, la conducción de los frentes políticos. Estos últimos serían, a través de las agrupaciones, el *encuadramiento de masas*, en el lenguaje de Perón. Estos criterios recogían —aproximadamente— lo que Cooke proponía, cuando escribía: «Si bien debe existir una coordinación entre la lucha armada y las diversas formas de lucha política, la planificación global y la conducción estratégica de todas las formas de lucha deben estar en manos de la dirección combatiente». (72)

Montoneros se estructuró bajo el principio de integralidad. Así se conformaron las Unidades Básicas de Combate (UBC), después de 1973 devenidas en Unidades Básicas de Conducción; las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR) y las Agrupaciones. Esto, más tarde, diferenciaría, respectivamente, los niveles entre oficiales, aspirantes y milicianos. La integralidad era, para Montoneros, un principio conceptual que involucraba tanto la integralidad del accionar político con el militar, como la de la organización y de los militantes de la misma. La integralidad de la lucha también formó parte de la concepción originaria: Montoneros se conformó como organización político-militar, no separando la acción política de la resistencia armada, de allí la denominación que adopta en ese momento: Organización Político-Militar (OPM).

Todo el año de 1971 fue sesgado por esta discusión acerca de la vinculación entre la acción militar y la organización de los frentes políticos. La dificultad estaba planteada por la clandestinidad de la primera y la acción pública de los segundos. El reclutamiento, las incorporaciones, provenían de los frentes políticos.

Desde 1972 se comenzó a sentir una constante presión desde los jóvenes militantes políticos, estudiantiles y, sobre todo, barriales para ingresar a la OPM. Los motivos que impulsaban esta tendencia fueron diversos: las dudas sobre las elecciones prometidas, la prevención ante el conocimiento de las anteriores frustraciones, la desconfianza respecto

de los mecanismos institucionales que por tantos años se habían desenvuelto marginando a las mayorías populares y la natural predisposición de los jóvenes a la rebeldía. El espíritu del Che y la utopía del «Hombre nuevo» proporcionaban su cuota de mística revolucionaria.

El intento de unidad de las Organizaciones Armadas Peronistas

Durante 1971 también se configuraron los primeros intentos de construir las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP). Al principio formaban parte de las OAP, las FAP, FAR y Montoneros. El cuarto grupo de signo peronista, Descamisados, participó de un modo más circunstancial, porque estaban procesando su integración a las FAP, la que nunca llegaría a concretarse —por la crisis de esta última—.

La coordinación de las distintas organizaciones armadas de la resistencia peronista tiene mucho que ver con un documento escrito en la cárcel por compañeros pertenecientes a las distintas organizaciones, particularmente de FAP y Montoneros. Se comenzó a desarrollar un fuerte debate dentro de las FAP y entre estas con nosotros. Ahora, lo que se debatía ya no era la cuestión organizativa como en el setenta, sino que el problema era político-ideológico.

Las FAP iban profundizando su idea acerca de la necesidad de construir la «alternativa independiente de la clase obrera», cuestionando el «movimientismo» de Montoneros. Si bien las diferencias no pueden considerarse antagónicas, el modo y las circunstancias en las que el debate sería planteado impidió una síntesis como la que Montoneros lograra alcanzar con las otras organizaciones político-militares identificadas con el peronismo, Descamisados y FAR.

Ellos proponían una organización que representara esa «alternativa independiente», desestimando y criticando las concepciones «movimientistas» que, según esa postura, diluían los intereses de la clase obrera en el seno de una alianza de clases, tal como era la conformación del movimiento peronista.

Nosotros, en cambio, adheríamos a la tesis que concebía al «Movimiento de Liberación Nacional» —el peronismo— como una fuerza policlasista, un frente social, dentro del cual convivían intereses distintos. Dentro de ese frente social nosotros entendíamos que las fuerzas revolucionarias debían sostener los intereses de los trabajadores. Desde la caracterización que hacía la «alternativa independiente», el movimientismo sustentado por nosotros iba en contra de los intereses de los trabajadores. Este debate, que no se sintetizó sino que dividió aguas, fue una de las causas del fracaso y

disolución de las OAP.

Los compañeros de las FAP, con una mayor tradición en la experiencia de resistencia del peronismo, habían vivido largos años de frustración ante la imposibilidad de lograr el objetivo del regreso de Perón. Pero, desde nuestra perspectiva, estaban haciendo una lectura incorrecta de las causas de ese fracaso. Ellos lo atribuían a la inexistencia de esa «alternativa independiente» capaz de construir el poder de los trabajadores. Según nuestro modo de ver, las causas no estaban allí y, por el contrario, era imprescindible constituir una alianza social más amplia para garantizar el triunfo. Sus posiciones fundamentaban teóricamente una política que conducía, al peronismo y los trabajadores, al aislamiento social. De hecho terminaban reivindicando una limitación que, desde hacía años, impedía al peronismo regresar al gobierno.

Por nuestra parte, sosteníamos que los mayores avances del peronismo se habían generado, ya fuera en el ejercicio del gobierno o en la oposición, cuando se producía la ampliación social de su espacio. Cuando se lograba articular en un mismo frente social con las propuestas programáticas del caso, los intereses, sentimientos y cultura de las mayorías populares. Cuando esto no se lograba, resultaba un país dividido prácticamente por mitades, donde ninguna de ellas aceptaba ser gobernada por la otra. Además, de modo recurrente, el predominio quedaba en sectores enemigos de los trabajadores y el pueblo. Convengamos que esta última ha sido la modalidad predominante a lo largo de la mayor parte de nuestra historia nacional.

Los últimos años del gobierno de Perón, en los años cincuenta, y el peronismo de la Resistencia, más allá de sus discursos —la mayoría de las veces plagado de propuestas reformistas—, no habían logrado superar esas limitaciones. No hay dudas de que la razón de ser del peronismo consiste en expresar, cultural y políticamente, a los sectores más sometidos. Esa era su reserva natural, pero ella sola no alcanza para gobernar. Así lo demostraba la experiencia que habíamos vivido en las últimas décadas. Es por ello que proponíamos un movimiento con hegemonía de los intereses históricos e inmediatos de los trabajadores.

En los años setenta, de la mano de nuevos jóvenes, se abría el espacio para salir de ese abismo en que se debatía la Argentina. Los compañeros de las FAP no lo entendieron así y no ocuparon el lugar que debían tener en esos momentos de auge de la lucha popular, del avance de los trabajadores y el pueblo en esa coyuntura. En realidad, por su experiencia, el compromiso y entrega de muchos de sus originarios dirigentes, eran ellos los que deberían haber ocupado el

sitio de conducción, en esos momentos.

La actividad conjunta dentro de las OAP sería entonces mínima: se limitaría a un par de operaciones militares, una de las cuales fue la liberación de compañeras presas en la cárcel de El Buen Pastor, en la calle Humberto Primo, el 26 de junio de 1971, donde fue liberada, entre otras, la compañera Amanda Peralta y donde también murió el compañero Bruno Cambareri, de las FAP.

A partir de este debate, las propias FAP sufrieron rupturas, quedando delineados tres sectores: La P-Nacional, encabezada por Raimundo Villaflor, la P-17 al frente de la cual quedara Envar «Cacho» El Kadri, y un tercer sector que pasaría a militar con Montoneros a partir de 1973, cuyo liderazgo lo ejercía Carlos Caride.

Con respecto a las FAP también hubo diferencias en la metodología de análisis. No compartían nuestro modelo de análisis guiado por el principio de *práctica-teoría-práctica*: partir de la práctica realizada, sacar conclusiones sobre la misma. Y, con ellas, corregir lo que se estaba haciendo. Según sus apreciaciones, esa metodología nos empujaba hacia un «seguidismo» de los hechos. Se inclinaban más por un modelo *teoría-práctica*; que consistía en comenzar elaborando una «teoría revolucionaria» y, desde allí, avanzar en las respuestas prácticas. De esa forma querían preservarse de las frustraciones anteriores que atribuían al «movimientismo», la negociación interna y la práctica electoralista. Incluso más tarde, por esa misma matriz conceptual, cuestionaron nuestra participación en superestructuras y en las elecciones de 1973.

En realidad, se trata de la irresuelta tensión entre recorrer los caminos del pueblo o afirmarse en la «seguridad» de la teoría, que puede colocarnos a resguardo de los errores, riesgos y desprolijidades del —casi siempre— convulso y ambiguo desarrollo popular. En este sentido, es aleccionadora una polémica reflexión de Frei Betto: «Prefiero correr el riesgo de equivocarme con el pueblo a tener la pretensión de acertar sin él. Porque esa pretensión ya la tuve antes». (73)

En medio de ese debate, el fenómeno montonero y su crecimiento en los frentes de masas había comenzado a actuar como aglutinante, como punto de referencia de distintas organizaciones de la resistencia peronista que habían nacido separadamente.

El triunfo de Salvador Allende en Chile constituyó también un aporte sustantivo a un debate que había en la «izquierda» latinoamericana y mundial: era la discusión sobre la viabilidad o no del acceso a un gobierno revolucionario por la vía electoral.

Esa victoria electoral de septiembre de 1970 motivaría que, dentro de esa izquierda de orientación marxista, se aceptara mayoritariamente la existencia de distintas vías para acceder al gobierno. Simultáneamente,

en octubre, asumía como presidente de Bolivia el general Juan José Torres, quien se iría definiendo como un «nacionalista de izquierda» y ubicaría a su país como integrante del Tercer Mundo revolucionario.

Guerra de estrategias: Lanusse vs. Perón

El general Alejandro Agustín Lanusse, gorila empedernido y verdadero caudillo militar, se había hecho cargo del gobierno de facto el 26 de marzo de 1971, desplazando al general Roberto Marcelo Levingston, a quien el propio Lanusse había colocado en lugar del general Onganía.

Ante la situación existente, Lanusse replantearía algunas cuestiones: propuso el Gran Acuerdo Nacional (GAN) y nombró al doctor Arturo Mor Roig como ministro del Interior, al tiempo que definió a su gobierno como de «centro-izquierda». Su desafío en relación con Perón era la confrontación de dos estrategas.

Uno era Lanusse, que venía de la más rancia estirpe. Con todas las condiciones para ser un caudillo militar, expresaba la hegemonía de la caballería por sobre el resto de las armas.

El otro, también caudillo y militar, era Perón. Originariamente inscripto como «hijo natural», para las tradicionales reglas militares de la época, carecía de la prosapia del anterior. A duras penas su abuela Dominga Dutey había logrado la beca que le permitiera estudiar en el Colegio Militar. Algunos amigos de su abuelo, el médico Tomás Liberato Perón, le facilitaron los contactos necesarios para llevar a buen puerto esas gestiones. Ante los ojos del patriciado militar, padecía de una *capiti diminutio* originaria.

Esa confrontación entre Lanusse y Perón representaba la continuidad de las anquilosadas costumbres del sistema tradicional versus la picardía del emergente social. Lanusse, en realidad, pretendía «robarle» sus banderas al peronismo. Quería quedarse con su fuerza de masas y negociar con la burocratizada dirigencia política del peronismo. Con ello aspiraba «domesticar» a Perón o dejarlo fuera de juego. Al igual que un eximio especialista en artes marciales, pretendía usar la fuerza del movimiento que Perón dirigía, para sus propios fines. De ese modo confiaba en poder consolidar la continuidad del sistema, acechado por la rebeldía peronista. El paso del tiempo permite suponer que su objetivo de máxima era construir un frente electoral que absorbiera al peronismo, pero no desechaba la perspectiva de «envolver» al peronismo, debilitando su fuerza transformadora haciéndolo parte y socio del sistema imperante. Es obvio que, para hacerlo posible, debía aislar a los sectores revolucionarios y, particularmente, a nosotros.

En los cortos tiempos de las políticas coyunturales, Perón rompió la

trampa. Pero analizando más extensamente la historia de los pueblos no resultaría exagerado pensar que Lanusse, como representante del sistema de poder, sería quien finalmente impusiera su estrategia. En ese juego coyuntural, Perón aceptó el juego electoral. Pero alimentó la resistencia contra la dictadura y fortaleció su apoyo a la guerrilla peronista a la que denominó bajo el nombre de «Formaciones Especiales»*. A cada jugada de Lanusse, Perón le respondía subiendo la apuesta. De esa manera, el juego de Lanusse entraba, en esa coyuntura política, en una espiral sin salida: dejaba que el peronismo se impusiera por la vía electoral o abría las puertas a cambios revolucionarios.

Nosotros, en aquel momento, no alcanzábamos a ver todo el escenario. Pero sí intuíamos la perspectiva de cambios inminentes y profundos. Lo sentíamos porque este despliegue de estrategias estaba enmarcado en una situación nacional e internacional que hacía previsible una modificación rotunda de la situación. Eso era lo que percibíamos, pero no advertíamos que una nueva situación se estaba gestando. Pero... dejemos que las cosas sucedan.

Ya está dicho que la prioridad de Lanusse era hacer realidad el viejo sueño gorila de «desperonizar» al país. El radicalismo lo acompañaba en esa política: la Corriente Nacional (que se reconocía en el liderazgo de Ricardo Balbín) había colocado a uno de sus hombres, el doctor Arturo Mor Roig, como ministro del Interior. Con ese propósito de debilitar la energía revolucionaria del peronismo, Lanusse actuaba sin límites ni complejos. Sin sonrojarse, se reunió en 1971 en Salta con el socialista Salvador Allende, presidente de Chile, y declaró el «fin de las fronteras ideológicas», una de las banderas de la Doctrina de Seguridad Nacional. Resulta claro que se trataba de una maniobra política de Lanusse pero, de todos modos, era contradictoria con los principios de la Academia de West Point que estaba formando ideológicamente a nuestras Fuerzas Armadas.

En la misma dirección, a mediados de 1971, el gobierno de Lanusse devolvería a Perón el cadáver ultrajado de Evita, que había estado desaparecido durante dieciséis años. En ese novelesco trajinar había deambulado por distintos lugares, hasta que recalara en un cementerio italiano, sepultado bajo un nombre falso. Sectores de la Iglesia Católica y, posiblemente, la Logia P-2 habrían intevenido en esa maniobra. Esta audacia de los pasos planteados por Lanusse, tensó aún más la situación interna en las Fuerzas Armadas.

A comienzos de 1972, en oposición al gobierno militar, podemos reconocer, dentro del peronismo, dos corrientes mayoritarias diferenciadas: los Montoneros-JP y el sindicalismo combativo, por un lado; el sindicalismo vandorista y el peronismo ortodoxo, por el otro.

Fuera del peronismo, lo más novedoso era la creciente presencia militar del PRT-ERP, que tenía influencia en distintos sectores de izquierda y algunos cuadros del radicalismo. Es en este contexto que se daría la «pulseada» entre las estrategias enfrentadas de Perón y Lanusse.

En Montoneros había diferentes opiniones sobre el tema de la convocatoria electoral. Estábamos en un debate irresuelto cuando, desde la Regional Buenos Aires, su jefe Carlos Alberto Hobert terminaría con las dudas y, rompiendo la indefinición existente, haría pública la posición de exigir elecciones sin proscripción. En un comunicado, al reivindicar una operación militar que habían realizado, enunció el derecho que tenía Perón de participar y levantó la candidatura de «Perón Presidente».

Este planteo se daba de narices con la consigna que, con mucha fuerza, buena parte de la juventud y otros sectores de la izquierda peronista venían impulsando: «¡Ni votos, ni botas, fusiles y pelotas!». Sin embargo, la osadía fruto de la determinación de Hobert, tal vez el de mayor intuición política de nuestra organización, volcaría el giro de los debates internos. Era francamente difícil, al interior de las organizaciones revolucionarias, sostener esa decisión. Hacerlo significó cargar con la crítica feroz y burlona de buena parte de los compañeros que habían formado o formaban parte de la resistencia combativa. Las FAP nos criticaron abiertamente.

Si bien se produjeron algunas rupturas como la llamada «Columna Sabino Navarro», con base en Córdoba, la mayor parte de los militantes de las distintas regionales se inclinaría por la participación en el proceso electoral.

En mi caso, que me encontraba desde hacía algunos meses al frente de la Regional Litoral, no pude evitar la ruptura de la fuerza en Rosario. La mitad de los compañeros, que venían de prácticas vinculadas al Peronismo de Base (PB) no aceptaron esta resolución y tomarían otros caminos. Fue uno de los momentos más difíciles de mi militancia dentro de Montoneros. Aunque recién había llegado a esa Regional y estaba totalmente convencido de la decisión que habíamos tomado, sentía como un fracaso personal la imposibilidad de convencer a los demás. Comprendía que continuar el debate podría llevarnos a la destrucción interna, pero también me dolía la separación de los compañeros. Incluso pedí mi apartamiento de la jefatura regional. La respuesta que recibí de parte del Consejo Federal, integrado por todos los jefes de Regionales, no solo fue el rechazo a ese pedido de desplazamiento sino que fui sancionado por esa actitud, la que sería juzgada como una debilidad en la conducción: fui suspendido como miembro del Consejo Nacional por una o dos reuniones.

La decisión de participar en las elecciones fue muy importante para completar la estrategia de Perón y explica el desarrollo que alcanzaría Montoneros a partir de ese momento. Representaba, además, la más fiel expresión de lo que, a mi juicio, era una política adecuada: potenciar, sin pretender reemplazar, la fuerza del movimiento de masas. Desde allí plantear las vías para superar los límites a sus avances, integrando la fortaleza de la resistencia armada a las otras formas de lucha que venía realizando el pueblo. Tenía la convicción de que no se le debe quitar al pueblo su derecho de buscar los atajos que hagan menos sacrificada la lucha por su emancipación. Es claro que siempre queda pendiente el debate acerca de la viabilidad de esos caminos y si ellos son realmente eficaces, pues muchas veces la búsqueda del atajo conduce a insondables abismos, que retardan tiempos y aumentan dolores.

A partir de entonces, el «Perón o Muerte» que había sido consigna de largos años de resistencia hacía viable el camino al «Perón Vuelve», que interpretaba el máximo anhelo de la mayoría del pueblo, y que nosotros condensamos en la campaña del «Luche y Vuelve».

La resistencia, muchas veces violenta, a la que el pueblo había sido obligado después del golpe de Estado de 1955 por la represión, persecución y sucesivas proscripciones, alcanzaba ahora su más plena realización y legitimación.

Ahí, en ese acierto, se resumían años de resistencia, luchas y sacrificios de miles de compañeros, desde 1955 en adelante. A partir de entender esto puede explicarse cómo un pequeño grupo de militantes devendría rápidamente en una organización de envergadura dentro del movimiento de masas, el más importante de América Latina, y contaría con la adhesión y simpatía de buena parte del mismo.

Estas definiciones consolidaron a Montoneros como el aglutinante del conjunto de las organizaciones peronistas. Se iniciaba un camino ascendente con un creciente apoyo popular. Con la denominación «montoneros» se designaba por igual a la Organización Político-Militar (OPM) como al espacio político-social emergente. Fue el momento más gratificante para todos nosotros. Era vivir un sueño luego de los modestos inicios, de los dolores y de los compañeros presos o caídos. La alegría de haber vivido ese pedazo de la historia, conectando en un solo vibrar las aspiraciones de la mayoría del pueblo con la de una generación y las de uno mismo, fue algo inigualable. Solo el tiempo y la distancia le dan la dimensión que tuvo. En ese momento, como protagonistas inmediatos, inmersos en los vericuetos de la exigencia cotidiana, apenas lo percibimos.

Montoneros crece

En pocos meses, el sector de las FAP —dirigido por Carlos Caride— y los Descamisados —encabezados por Horacio Mendizábal, Oscar De Gregorio, Norberto Habegger, Dardo Cabo—, definieron su integración definitiva a Montoneros.

Por primera vez en mucho tiempo, una organización iba creciendo a partir de fusiones con otras organizaciones, que pesaban mucho más que las disidencias que se habían producido.

A estas integraciones se agregaron las discusiones para la fusión con las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En los inicios de esta confluencia estuvieron presentes las definiciones que orientara Carlos Olmedo en el reportaje a la guerrilla argentina que fue publicado como «Nuestra Opción por el Peronismo», realizado a fines de 1970:

> En ese sentido, pienso que la continuidad esencial del ciclo que se abre en 1945, está dada en el peronismo que, como usted verá, no puede entenderse como una doctrina ya hecha y terminada que, desde el 45, se proyecta a la eternidad, sino como una experiencia creciente a la que el pueblo vuelve una y otra vez para ir descifrando el significado de su lucha, de cada una de las etapas en las que los enfrentamientos lo van colocando y de las alternativas, de los caminos que corresponde seguir para realizar sus intereses históricos (que como se sabe no son intereses particulares, sino que son los únicos que pueden garantizar de alguna manera el alcance universal de derechos humanos para toda la sociedad nacional). Es en ese sentido que solo la clase obrera puede plantearse la construcción de una sociedad nueva y un hombre nuevo. [...]
>
> —Usted me ha hablado, en algún momento de la conversación, de la integración de las FAR al peronismo: ¿esto quiere decir que la organización no había sido peronista hasta el momento?
>
> Su pregunta puede ser equívoca, pero la acepto como tal porque al mismo tiempo es esclarecedora. Nosotros no nos integramos al peronismo; el peronismo no es un club o un partido político burgués al que uno puede afiliarse, el peronismo es fundamentalmente una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella o, dicho de otro modo, es desandar el camino de equívocos y malos entendidos por los cuales en alguna etapa de nuestra vida no supimos comprender que siempre habíamos estado integrados a ella en el sentido que está integrado a la experiencia de su pueblo todo hombre que se identifica con los intereses de los más humildes. [...] Muchos de nosotros, hijos de esas clases, miembros de ese movimiento, hicimos también ese recorrido y hoy no nos integramos al peronismo como algo nuevo, como algo distinto, sino que asumimos de una manera plena y profunda nuestra condición de miembros de nuestro pueblo. Es en ese sentido que su pregunta es equívoca y al mismo tiempo esclarecedora. [...] El peronismo no es una

> experiencia centrada en lo material, en lo económico. Nuestro pueblo no es tanto un pueblo hambreado, como un pueblo ofendido. [...] Esta contradicción, que en el plano estructural enfrenta de este modo a las clases de nuestra formación social, en el plano político se expresa claramente por la contradicción entre peronismo y antiperonismo. Y esto es así por todo lo que hemos dicho, por todo lo que el peronismo ha enseñado a nuestra clase, por todo a lo que aspira a partir de la experiencia peronista, y por todo lo que de esa aspiración temen las clases dominantes. Es la contradicción política fundamental, porque es la que expresa la total imposibilidad del sistema para satisfacer a un tiempo los intereses y los derechos de la clase obrera y el pueblo, y los intereses de las clases dominantes —patrocinadas por el imperialismo norteamericano en su etapa de máxima expansión y ya pronosticable y segura extinción—. (74)

Fueron estas definiciones de Olmedo, referente de las FAR, las que sintetizaron la posición de las mismas respecto del peronismo y que permitieron su participación en las OAP y, más tarde, su confluencia con Montoneros. Olmedo murió en el «Combate de Ferreyra», en la provincia de Córdoba, en noviembre del mismo año de 1971.

De ese modo, Montoneros evolucionaría desde aquel núcleo de militantes inicial a una fuerte organización nacional. En menos de tres años de crecimiento se desbordaron nuestros cauces organizativos, lo que demandó nuevas modalidades de organización, de una complejidad mucho mayor.

Se objetivaron las normas de funcionamiento. Estaban regidas por estrictas normas disciplinarias. Pero, absolutamente legitimadas, en esas circunstancias, por un profundo sentido solidario y participativo.

Para miles de compañeros, la casa, el trabajo, la familia, la vida, eran «la organización». En ese contexto, compartir experiencias, casa y bienes era algo completamente natural.

El ámbito, estructura orgánica a la que cada uno pertenecía, sería la palabra más usada en la jerga interna. Ese era, a la vez, el lugar propio y común. Allí se sintetizaba la vida personal con la colectiva. Era el sitio donde se discutían y decidían desde los problemas personales hasta la estrategia política. En sus temarios aparecían tanto las características de la etapa en debate como las cuestiones de pareja, la crianza de los hijos, el trabajo, la seguridad. Se discutían las actividades específicas del área correspondiente y también se aportaba a la elaboración de conjunto. Cada ámbito era el núcleo vital de la vida del militante montonero.

Visto desde la óptica actual es posible que, para muchos, todo ello se parezca más al esquema de una secta que a una organización política, pero el aspecto diferenciador es *la relación con lo que acontecía en la sociedad* en su conjunto.

El pueblo, sus luchas, su organización y sus necesidades, eran los referentes obligados de toda una práctica que se correspondía coherentemente con los ideales por los que se luchaba. La construcción del «Hombre nuevo» conllevaba naturalmente abordar las formas nuevas en toda relación: de amistad, de pareja o de familia, con el trabajo, con los bienes, con el dinero. Las vidas individuales no estaban segmentadas en sus roles, la de cada uno no estaba aislada de la de todos. Había un «nosotros», y este colectivo se forjaba en el ámbito.

Mientras ello fue así, estos ámbitos se constituyeron en el motor, la fuente de energía que alimentaba la actividad cotidiana y el compromiso de cada uno. Esos ámbitos eran el engarce, la interrelación de cada uno con «la organización», y de esta con la sociedad.

Existen datos que evidencian que en esos ámbitos latía el sentimiento de los hombres y mujeres comunes. Guillermo O'Donnell, todavía durante la dictadura, en su estudio del año 1982 «Estado burocrático autoritario», ya sostenía que «Datos de encuestas tomadas en 1971 y 1972 muestran que en dicha época la guerrilla contaba con notable apoyo o simpatía de la población». La justificaban el 45,5% en la Capital Federal; el 49,5% en el interior del país; con picos del 53% en Córdoba y del 51% en Rosario. (75)

Esos fueron los momentos en que Perón expresaría: «Si yo tuviera cincuenta años menos no sería incomprensible que anduviera ahora colocando bombas o tomando justicia por propia mano». (76)

La estrategia desarrollada por Perón y estas encuestas, que seguramente alarmaron a los militares, muestran la incidencia política y el consenso popular que tuvimos, nosotros y el conjunto de las fuerzas revolucionarias, en este período.

En el terreno de las armas, nuestro desarrollo no era el más destacado. Comparándolas con las demás organizaciones guerrilleras de la época, las acciones militares montoneras no fueron, precisamente, ni sofisticadas ni las más importantes.

De hecho, los operativos más resonantes de esta época tuvieron otros protagonistas. El ERP con el secuestro y muerte de Oberdam Sallustro, directivo de la FIAT; las FAR, en Rosario, con la muerte del general Juan Carlos Sánchez, jefe del II Cuerpo de Ejército; las FAR y el ERP en el apoyo externo del operativo que culminara con la fuga de los presos de Rawson.

Luego de las acciones iniciales de Aramburu y La Calera, los Montoneros no protagonizamos operaciones de la misma envergadura. Aunque sí tuvimos relación con la más importante operación de recuperación de armas que se hiciera, que sería la realizada desde el interior de la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA), el día del

retorno de Perón, permitiendo recuperar centenares de armas, y que tuvo como protagonistas al guardiamarina Julio César Urien y un grupo de suboficiales.

En esa etapa, las acciones militares montoneras tenían por objetivo el aprovisionamiento logístico de armas y dinero.

Desde el punto de vista político y siguiendo con la tradición de la Resistencia Peronista, el *caño*, los explosivos, fueron instrumentos importantes de lo que puede calificarse como «propaganda armada».

Se procuró que esas acciones sirvieran a dos objetivos: poner en evidencia la extensión territorial de la resistencia e identificar a quienes se caracterizaba como enemigos, fundamentalmente los personajes vinculados al poder dictatorial, al poder económico oligárquico y a las empresas monopólicas.

A estos fines se planificaban lo que denominábamos las *cañadas*,* es decir operaciones simultáneas con explosivos en distintos puntos del país. La masividad de esos caños proporcionaría más de una anécdota.

Con base en Rosario, planificamos una de esas cañadas de un modo muy particular: señalados en un mapa de esa ciudad aquellos sitios donde se habían colocado los diferentes artefactos, se dejaba ver en el mapa rosarino el clásico «PV» que caracterizaba a la Resistencia Peronista. En otra oportunidad, en el marco de las acciones vinculadas al «Luche y Vuelve» teníamos que cerrar los accesos ferroviarios a Rosario, ya que el plan era volar vías. Para evitar riesgos a terceros, planificamos realizar la operación en horas de la madrugada; así ocurrió. En la retirada tuvimos que sortear algunos escollos policiales. Mientras «volaban» las vías del tren caí en medio de un baldío, en un pozo donde se acumulaba la basura del barrio. Luego de salir, logré sacarme el barro y la mugre algunas horas después, pero todavía hoy mis rodillas guardan recuerdos de ese «accidente salvador».

En una de estas cañadas, un compañero a cargo de San Luis protagonizaría un hecho insólito. Definida una cañada contra las empresas monopólicas, nos enteramos por los diarios que en San Luis había estallado un caño inexplicable: había sido colocado en la empresa estatal de aguas. La propia prensa se preguntaba la razón del mismo, no habiendo ningún conflicto con el personal y habiendo estallado en forma simultánea con otros claramente vinculados con empresas trasnacionales o sectores empresariales, próximos al poder. En la primera reunión nacional posterior a ese hecho, al hacerse la evaluación correspondiente, le preguntamos al compañero la razón de aquella acción. Sin ruborizarse y pretendiendo justificar el error de algún compañero algo confundido, dijo —adelantándose en varios años a su tiempo— que se trataba de una empresa monopólica, sin reparar

que se trataba de un monopolio estatal.

El retorno de Perón

En la confrontación de la estrategia propuesta por Lanusse y la respuesta de Perón, en el segundo semestre de 1972 se producirían algunos hechos de importancia: el debate sobre el retorno de Perón, la fuga de la cárcel de Rawson y la masacre de Trelew.

La estrategia de Lanusse se había ido modificando. De aquella idea original que suponía robarle banderas a Perón había pasado a enfrentarlo, desafiándolo a que volviera. Por momentos, hasta parecía querer «patear el tablero» del plan de restablecimiento constitucional. Es posible que las tensiones internas, provenientes de los sectores más recalcitrantemente gorilas, no quisieran jugar el juego que Lanusse proponía. Y este mantenía sus objetivos, haciendo concesiones a esa tendencia.

Fue por eso que Trelew apareció como un punto de ruptura respecto de la tendencia que parecía imponerse.

El 15 de agosto, los presos de las distintas organizaciones concretaron una fuga masiva de la cárcel de Rawson.

En Montoneros existieron diferentes opiniones sobre esta operación. A esa altura, estábamos convencidos de que realmente era muy posible que el proceso electoral siguiera su curso. Por ello, sosteníamos que era más lógico, dado el riesgo de lo que se ponía en juego, apostar a la liberación de los presos por la vía política.

Por su parte, los compañeros montoneros que estaban presos participaban de la planificación de la fuga junto con los de las FAR y el ERP.

Ante esta contradicción, a los compañeros en la cárcel se les dio libertad de acción, y el apoyo externo se limitó a cuestiones logísticas.

Seis de los participantes en la fuga, el primer escalón, alcanzaron su objetivo. Lo hicieron a bordo de un avión de línea desviado hacia Chile y desde allí partieron hacia Cuba. Sus nombres cobrarían trascendencia: Mario Roberto Santucho, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Mena del PRT; Roberto Quieto y Marcos Osatinsky de las FAR y Fernando Vaca Narvaja de Montoneros.

La inmensa mayoría, cerca de cien compañeros, no pudo concretar la fuga, por errores de coordinación.

El segundo escalón, diecinueve compañeros, llegaron con demora al aeropuerto de Trelew y no lograron abordar el avión. Se rindieron ante el juez, ante la presencia de la prensa. Se entregaron luego de acordar garantías para su integridad física.

Alojados en la Base Almirante Zar, el 22 de agosto fueron fusilados a mansalva. Murieron dieciséis de ellos: Carlos Astudillo, Rubén Bonet, Eduardo Capello, Mario Delfino, Carlos Alberto Del Rey, Alfredo Kohon, Clarisa Lea Place, Susana Lesgart, José Mena, Miguel Ángel Polti, Mariano Pujadas, María Angélica Sabelli, Humberto Suárez, Humberto Toschi, Jorge Ulla, Ana María Villarreal de Santucho. Esa masacre, premonitoria de lo que ocurriría años después, tensó aún más la situación. A partir de ese fusilamiento, los sucesos de Rawson y Trelew se transformarían en un punto de inflexión en la retirada militar.

Los posteriores relatos de los tres sobrevivientes, María Antonia Berger, Ricardo René Haidar y Alberto Camps, desnudaron la mentira del comunicado oficial que hablaba de un «intento de fuga» y desenmascararon la realidad de un fusilamiento burdamente encubierto por el poder militar y el ministro del Interior, el radical Arturo Mor Roig.

Algunas publicaciones, como por ejemplo la recopilación de reportajes efectuada por Francisco «Paco» Urondo hecha pública bajo el título de «La Patria fusilada», sirvieron para difundir la verdad de los hechos. Nos conmovió el relato sobrecogedor de María Antonia Berger, pretendiendo escribir con su sangre dos palabras: una, «LOMJE», para dejar testimonio de la consigna «Libres O Muertos, Jamás Esclavos»; la otra:«mamá».

Lanusse, en busca de definiciones en contra nuestro y contra la guerrilla en general, aprovechó para presionar a Perón.

Perón guardó silencio.

Lanusse estaba dispuesto a seguir con su fuerte apuesta pero dudaba. Temía que se desmadrara su frente interno. Nunca se sabrá si fue por convicción o conveniencia, pero lo cierto es que Lanusse y su Ministro del Interior desplegaron acciones que parecían encaminadas a la proscripción del peronismo. Su objetivo de máxima, la idea del Gran Acuerdo Nacional (GAN), que consistía en una salida electoral conducida por el poder militar y avalada por Perón, naufragaba. Pareciera que, en algún momento, Lanusse quiso provocar un escenario semejante al de 1963, con el peronismo fuera de la ley. En ese marco, con algún candidato como «caballo del comisario» más unos pocos votos, pretendía adueñarse del gobierno impostando legitimidad.

Mor Roig fue el operador político de esa maniobra. Su responsabilidad en esos hechos y en el encubrimiento de la Masacre de Trelew, tiempo después daría lugar a una represalia que terminó con su vida. En el momento en que eso ocurrió, ya estábamos atrapados por la lógica de esa espiral de violencia incontenible.

Pero volviendo a Lanusse y su tablero, delante de unos mil oficiales y para alinear detrás suyo el pensamiento gorila predominante dentro de las Fuerzas Armadas, desafió a Perón a que volviera al país si es que quería registrarse como candidato. Hasta arriesgó ponerle un plazo: 25 de agosto de 1972. Lo hizo apelando a la campechana bravata de que si no lo hacía era «porque no le daba el cuero». Afirmación que partía de una consideración equivocada que tenían Lanusse y otros estrategas militares respecto de que muchos actos de Perón estaban guiados por la cobardía. Una vez más, la realidad condenaría al basurero de la historia consideraciones basadas más en subjetivismos y prejuicios que en datos objetivos. Perón volvió, pero no cuando Lanusse quiso. Lo hizo cuando ello convenía a su estrategia.

La decisión de Lanusse de tensar la cuerda hasta el final privó a la sociedad de la solución menos traumática, que Perón le proponía en los diez puntos de sus «Bases Mínimas para la Pacificación Nacional». (77)

De todas maneras, analizando los hechos desde tiempos más largos, es posible advertir que Lanusse, el más lúcido de los gorilas militares, alcanzó su objetivo estratégico mientras permanecía fuera del gobierno: logró que el propio Perón cumpliera el añorado rol de contribuir al aislamiento de la guerrilla. La fuerza que esta había logrado reunir la estaban constituyendo en el principal peligro del sistema desde el inicio de la Resistencia, luego del golpe de Estado de 1955.

Cómo era «la Orga»

Durante el año de 1972 se había consolidado el conjunto de las estructuras organizativas de Montoneros. Fue definida su estructuración, de tipo federativa. El esquema de funcionamiento abarcaba *desde el barrio hasta el orden nacional*.

El núcleo central era la Unidad Básica de Combate (UBC; luego del 25 de mayo de 1973, Unidad Básica de Conducción), que tenía a su mando la jefatura integral de la organización en un espacio geográfico determinado (partido, municipio, zona). En el Gran Buenos Aires generalmente había una UBC por partido. Sus miembros eran los *oficiales* de la Organización Político-Militar (OPM).

Dependiendo de las UBC se organizaban las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR). Cada una de ellas estaba a cargo de un *oficial* de la UBC de la que dependía. Sus miembros eran denominados *aspirantes*. El número y extensión de las mismas dependía del desarrollo político organizativo que se hubiera alcanzado.

Las UBR tenían a su cargo políticas específicas (territoriales, sindicales, estudiantiles) o actividades especializadas (prensa, logística,

comunicaciones). Las actividades políticas conducidas por estos *aspirantes* se realizaban a través de las distintas *agrupaciones*. Los militantes de las agrupaciones recibían formación sobre movimientos callejeros, en movilizaciones, autodefensa, custodia de locales. Algunos adquirían conocimientos básicos militares y se integraban a actividades militares en actividades de apoyo, como *milicianos*.

El funcionamiento de las UBC y UBR era clandestino, pero los integrantes de estas últimas eran, en su mayoría, militantes legales de las organizaciones de superficie.

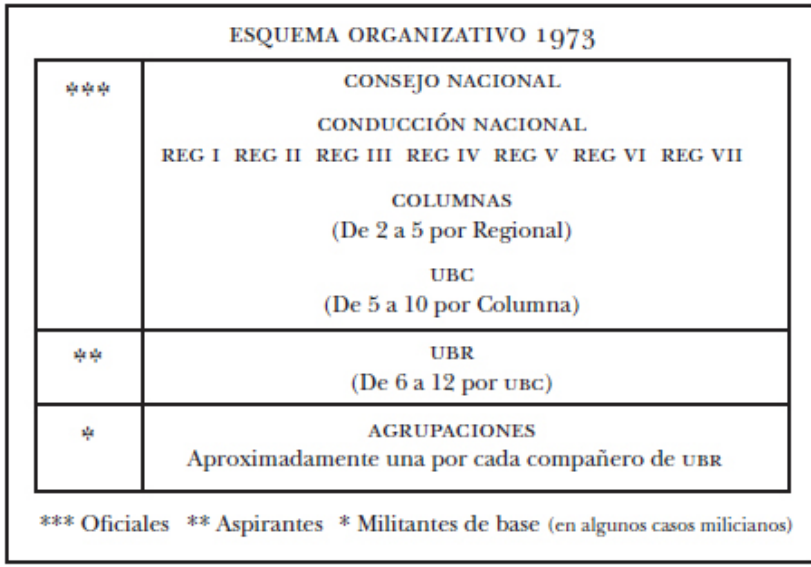
En cambio las agrupaciones eran públicas, abiertas, legales. Ellas formaban parte de las organizaciones de superficie o frentes de masas. Sus militantes tenían responsabilidades en esos frentes políticos: la Juventud Peronista (JP); la Juventud Trabajadora Peronista (JTP); la Agrupación Evita; el Movimiento Villero Peronista (MVP); la Juventud Universitaria Peronista (JUP); la Unión Estudiantes Secundarios (UES); el Movimiento Inquilinos Peronistas (MIP), en Capital Federal o en organismos reivindicativos (sindicatos, organismos estudiantiles, centros vecinales). Las Ligas Agrarias, por su composición social y sus características fundamentalmente reivindicativas, funcionaban como un organismo de masas más que como una agrupación política. No obstante ello, en casi todas las provincias sus principales dirigentes formaban parte de Montoneros.

Abarcando el espacio de varias UBC e integradas por los jefes de las mismas, estaban las *Columnas* o conducciones de zona (por ejemplo, en la Regional Buenos Aires estaban las Columnas o Zonas: Norte, Sur, Oeste y Capital Federal. Durante algún tiempo funcionaron «Sur 1» y «Sur 2», o también «Cercano y Lejano Oeste»).

Los Jefes de Columna constituían la *Regional*, y los Jefes de Regional conformaban el *Consejo Nacional*.

El número de Regionales que conformó el conjunto de la organización fue de siete u ocho, según distintos momentos (Buenos Aires, Centro, Cuyo, Litoral, NEA, NOA y Sur).

Si quisiéramos establecer un «promedio» organizativo, tendríamos unas 25 Columnas con 150 UBC, dentro de las cuales funcionaban unos 1.000 oficiales, responsables de unas 900 UBR que conducían algo más de 5.000 Agrupaciones de Base. En estas estaban organizados unos 60.000 compañeros. La capacidad de movilización, donde se sumaban simpatizantes no organizados, suponía un universo que superaba largamente los 120.000 compañeros.



Este organigrama se completaba con la organización nacional de las políticas específicas: la JP, la JPU, el MVP, la Agrupación Evita, la UES, etc. De modo tal que se combinaba la organización territorial con la funcional.

Los ámbitos de organización de las políticas específicas de los respectivos frentes de masas eran conducidos por miembros de Montoneros, del nivel que correspondiere. Por ejemplo, si se trataba de la estructura regional de la JP, la estructura de conducción estaba en la Conducción Regional de Montoneros. Si nos referimos a la JP o la JTP de un municipio del Gran Buenos Aires, la conducción era ejercida por la conducción de la zona (UBC).

La mayoría de las agrupaciones de base eran conducidas por aspirantes (integrantes de las UBR). En casos excepcionales, por la importancia de las mismas o la tradición de la que venían, eran oficiales (miembros de la UBC).

En algunas oportunidades, los miembros de las agrupaciones, además de su participación en las respectivas estructuras del frente de masas, también formaban parte del ámbito integral de la OPM. Esto lo hacían independientemente del nivel organizativo que tuvieran. Ello ocurría fundamentalmente con responsables de la JTP y la JP, las agrupaciones más importantes.

Este sería el esquema base sobre el cual funcionamos en Montoneros hasta 1977.

La elección de las conducciones, con diferentes variaciones, se regía por el principio de la evaluación autocrítica que en cada uno de los

niveles hacían sus componentes bajo la dirección de algún miembro del nivel superior, entidad que terminaba convalidando la designación o colocando jefaturas provenientes de otros ámbitos. El principio de que la conducción de un ámbito era designada por el nivel superior se flexibilizaba en las agrupaciones, según el grado de pertenencia, adhesión de la misma o liderazgos preexistentes.

En cuanto a los debates internos, utilizábamos lo que se denominaba «centralismo democrático».

Esto suponía que los distintos temas se debatían por todos y eran las conducciones centrales, de todo tipo, las que decidían para todos los que dependían de su jurisdicción. Este criterio se aplicó con distintas modalidades y limitaciones.

No debe olvidarse que, simultáneamente, había otra lógica que no se correspondía con la de una organización política. Éramos una organización guerrillera, formada en la resistencia. En esas condiciones, la característica era que las jefaturas estaban regidas por el principio de la mayor autonomía táctica para cada unidad operativa y, obviamente, por la verticalidad inherente a la práctica militar.

Con el tiempo, esa lógica guerrillera terminaría por constreñir los debates. Las decisiones de las jefaturas se fueron haciendo más rígidas. En la medida en que fuera perdiendo fuerza el arraigo de masas, crecían proporcionalmente otras tendencias: ellas conducían al autoritarismo interno en las decisiones y a las prácticas militaristas en lo externo.

Como parte de esta construcción organizativa y respondiendo a las exigencias de la situación política de coyuntura, durante los años de 1971 y 1972 se le daría un similar formato territorial (Regionales) a la organización de la JP y demás organizaciones de superficie que respondían a nuestra política.

Bajo esta concepción se constituyeron, en los últimos meses de 1972, las Regionales de la JP. Estas fueron la principal manifestación de la política de Montoneros. Originariamente se insertaron como una parte del Consejo Nacional Provisorio de la JP, donde compartíamos espacios con otros sectores, entre ellos: el Comando de Organización (CDO, liderado por Alberto Brito Lima) y el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP, conducido por Miguel Garaycochea). Poco tiempo después se formalizaba la unidad de la Juventud Peronista al confluir con la Mesa del Trasvasamiento que lideraban Roberto Grabois y Alejandro Álvarez junto a Dardo Cabo, este último se incorporaría luego como oficial montonero.

La hegemonía alcanzada por la JP (Regionales) y las diferencias políticas, al poco tiempo transformaron al «Consejo Nacional

Reorganizador de la JP» en un sello irrelevante.

Los que se habían identificado con nuestras políticas se incorporaron orgánicamente, entre ellos Dardo Cabo y Miguel Garaycochea. Otros, como Grabois o Alejandro Álvarez, construyeron sus propios agrupamientos u organizaciones.

La conducción de la JP (Regionales) tuvo como referentes a los compañeros Juan Carlos Dante Gullo (Regional Buenos Aires); Jorge Obeid (Regional Litoral); Miguel Mossé (Regional Córdoba); Ismael Salame (Regional Noroeste); Guillermo Amarilla (Regional Noreste); Luis Orellana (Regional Cuyo); y Hernán Ossorio (Regional Sur).

Rodolfo Galimberti, principal referente de la JP (Regionales), había sido designado por Perón como Delegado de la Juventud ante el Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista.

A fines de abril de 1973, una crítica pública de Perón a Galimberti por la propuesta de creación de las «milicias populares», obligaría a su renuncia.

La designación de Roberto Vidaña como candidato a diputado nacional hizo que su designación al frente de la Regional III (Córdoba) de la JP, prácticamente no alcanzara estado público.

Con la multiplicación del accionar legal, por la debilidad de la dictadura de Lanusse, la mayor parte de las decisiones se tomaban en Buenos Aires. Los que éramos responsables de Regionales viajábamos continuamente a Buenos Aires, pero ya se hacía imprescindible adoptar otros mecanismos de conducción.

Es por eso que, hacia fines de 1972, en una reunión del Consejo Nacional realizada en Santa Fe, se estimó que la complejidad organizativa que se había alcanzado requería conformar un ámbito de conducción nacional permanente, diferenciado de las conducciones regionales. Así nacería la Conducción Nacional (CN). Esa reunión se realizó en una casa contigua a la que luego sería mi casa durante varios años. Era el domicilio de mi suegro, un dirigente sindical anarquista devenido, por esas paradojas del peronismo, en jefe de la policía santafesina hasta 1955. Ese mismo sitio, pocos años después, recibiría en dos oportunidades los bombazos de la Triple A debido a la actividad política de su titular, presidente del Peronismo Auténtico en la ciudad de Santa Fe. En la reunión se determinó que Firmenich, Hobert y yo formaríamos parte de esa nueva estructura.

Para la evaluación dentro del Consejo Federal también se aplicaban los criterios de evaluación autocrítica, al igual que en los demás niveles organizativos.

Cada uno hacía su propia evaluación de la práctica realizada, que luego era complementada por los restantes miembros del Consejo

Nacional. Las evaluaciones abarcaban tres variables fundamentales: política, militar y organizativa, con la variable ideológica cruzando las otras tres. Cada una de ellas incluía una serie de subtemas.

La evaluación se completaba con el puntaje que cada miembro del Consejo asignaba a los demás en los aspectos ya señalados. El promedio final determinaba el ordenamiento interno.

¡Luche y Vuelve!

La proximidad de los plazos electorales y la presión de Lanusse estaban produciendo cierta ansiedad en sectores del peronismo. Por nuestra parte, le pedimos a Perón, en comunicación privada, que hiciera algún «gesto» para evitar el desgaste que producía la campaña de Lanusse.

Conocíamos las dificultades del General para volver al país, pero le señalamos la posibilidad y conveniencia de hacerlo a algún país sudamericano. Insinuamos que podía ser Perú, entonces gobernado por el general Juan Velasco Alvarado, como un buen sitio.

Pocos meses después, Perón volvería a sorprendernos con una propuesta de calibre mayor a la que habíamos planteado: lisa y llanamente, volver al país.

A diferencia de otras franjas del peronismo que, por distintas razones, no creían o no querían el retorno de Perón, nosotros inmediatamente iniciamos la campaña para asegurar el éxito del regreso. Sabíamos que no podía reeditarse el frustrado retorno de 1964, entre cuyos efectos visibles se puede observar el agotamiento de la Primera Resistencia.

Estábamos convencidos que la suerte del retorno estaba vinculada a la fuerza de masas que se pudiera organizar. Esta convicción de trabajar con todo por el retorno de Perón fue la decisión complementaria de aquella otra por la cual planteamos la participación en el proceso electoral. Ambas constituían el núcleo central de nuestra definición política y clave del poder de masas que alcanzamos en esa coyuntura histórica.

La evolución posterior de los acontecimientos —incluidos los enfrentamientos con Perón—, la represión desatada contra nosotros, las historias distorsionadas o relatadas a medias, oscurecieron aquel protagonismo.

Hoy parece oportuno recordar estos hechos, para aproximar un poco más la realidad vivida a la historia contada.

Por el lado del sindicalismo ortodoxo había una cierta desconfianza ante las frustraciones anteriores. Tampoco estaban convencidos de la conveniencia de su retorno, ante el peso que nosotros podríamos tomar. Por otro lado, ellos en el territorio y Perón avalándolos, desde el exilio,

no era una mala ecuación para continuar detentando el poder que tenían.

Desde el punto de vista de los demás sectores combativos no existía la convicción de que Perón regresara. Es por eso que se desgastaban en debates agotadores e inconducentes. En esas condiciones se produjo el regreso, el 17 de noviembre de 1972.

Después de diecisiete años, Perón volvía a su tierra y con su gente. El histórico «Perón Vuelve», se estaba haciendo realidad de la mano del «Luche y Vuelve». Aquel objetivo y esta batalla tuvieron en nosotros, los jóvenes peronistas, a uno de los principales actores de la estrategia que conducía Perón.

El mes de noviembre de 1972 condensó un cambio estratégico en la correlación de fuerzas. Después de largos años de lucha, triunfaba el campo popular con Perón de regreso a la Argentina y terminando de dar vuelta la situación, hasta ese momento desfavorable.

El juego de Lanusse, en la coyuntura, había llegado a su fin. Que más tarde su estrategia lograra consumarse, ya no es mérito propio sino un producto de la ofensiva imperial y la debilidad del movimiento y su conducción.

En las horas que Perón pasaría en el Aeropuerto de Ezeiza se definió la situación.

Decenas de miles de compañeros, desafiando la represión, atravesando campos y riachos, llegaron a las proximidades del aeropuerto. En el resto del país, otros miles aguardaban en tensa espera.

En la madrugada del 17 de noviembre, el guardiamarina Julio César Urien, acompañado por un puñado de oficiales y suboficiales, ocupó, desde adentro, la ESMA y se llevó un importante cargamento de armas que debían servirnos para garantizar el retorno de Perón.

Ahora, el que había quedado acorralado en su propia estrategia, era Lanusse. Lo tenía a Perón en Ezeiza, en medio de una convulsionada situación política, social y militar. No sabía qué hacer. Formalmente, Perón estaba en sus manos, pero nunca mejor que ahora aquello de una «brasa ardiendo».

Después de varias horas de cavilaciones, Perón se fue a su casa: la residencia que el justicialismo le había adquirido en la calle Gaspar Campos, en Vicente López.

El 17 de noviembre había finalizado y había terminado con el triunfo de Perón y del pueblo peronista. Como parte de ese triunfo y de ese pueblo, fue un día de gloria para los Montoneros. A partir de esa noche, los jóvenes de la JP cuidamos la casa del General.

Todos le rendían homenaje. Los trabajadores y humildes, sus fieles

seguidores durante los años de exilio. También lo hacía una parte de la clase media que había festejado su derrota en 1955. No dejaron de dar su presente la mayor parte de los políticos y las organizaciones sociales, que se sumaron a este homenaje por el retorno del anciano general.

Su poder había crecido en el largo exilio.

Hasta Ricardo Balbín, el jefe del radicalismo, ayudado por un tablón, saltó la cerca de un vecino —con el que habíamos compartido escritorio y experiencias como empleados del Banco Nación—, para poder entrar a la residencia de Gaspar Campos y también él conversar con Perón.

Una vez más, los argentinos teníamos la oportunidad de ver en el abrazo y el encuentro de Perón y Balbín la posibilidad de un destino común. Que una mitad pudiera gobernar y la otra mitad lo aceptara sin conspirar ni resistir. Lo imaginamos como un marco viable en el que podríamos iniciar los cambios soñados.

Los dos grandes líderes de los movimientos cívicos vislumbraban que, juntos, respetando las diferencias, abrirían las puertas a la democracia que antes, enfrentados, se las habían abierto a las dictaduras.

El cambio en la correlación de fuerzas que produjo el regreso de Perón impactaría enormemente sobre el conjunto de la población y particularmente en todos los que mantenían vivo el sentimiento peronista.

Desde la óptica del común, de la calle, eran los jóvenes —peronistas en general y montoneros en particular— quienes habían sido importantes protagonistas del logro de ese regreso tan esperado. A partir de ese momento se modificaría nuestra imagen y relación hacia toda la sociedad. De una simple simpatía, que servía de protección a nuestras actividades, se pasó a manifiestas y muy comunes expresiones de voluntad para acercarse a nuestras diferentes instancias organizativas y participar en esa experiencia.

Todo esto lo pude verificar en mi práctica concreta en Rosario. Cuando en mayo de 1972 regresé de Salta y me hice cargo de la Regional Litoral, en Rosario no llegábamos a veinte compañeros orgánicos. Hacia el mes de julio, con la disidencia de los «sabinos» (Columna Sabino Navarro), quedamos en la mitad de esa cifra. Al momento del retorno de Perón, habíamos vuelto a reagrupar un número semejante al que había en mayo, además de algunas nuevas relaciones con sindicalistas, dirigentes barriales y universitarios.

Pero en la primera quincena de diciembre, luego de la vuelta de Perón, hicimos un acto en una cancha de la zona norte de la ciudad y reunimos entre cinco a seis mil compañeros. Todos los oradores, entre los que no había ni uno solo que fuera miembro de la organización,

reivindicaron a Montoneros respondiendo a los cánticos y consignas de la gente reunida.

Las esperanzas renovadas y la confianza en la juventud se constituían en un sentimiento generalizado.

Simultáneamente, emergía un Perón que decía que «Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino», muy distinto de aquel que en 1955 prometía que «Por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de ellos».

Después de años de ostracismo y persecución, el líder retornaba como abanderado de la unidad nacional. Luego de sus reiterados llamados a la «guerra integral», ahora nos convocaba a la «unidad nacional». No era, para nosotros, sencillo de entender, aceptar y practicar.

Camino al triunfo

Desde el retorno hasta las elecciones del 11 de marzo, Montoneros tuvo un protagonismo muy importante. Apoyamos al secretario general del movimiento, Juan Manuel Abal Medina, en el cumplimiento de la orden de Perón para designar a los candidatos para las próximas elecciones.

En forma directa o indirecta, acercábamos algunos nombres, cuestionábamos otros. Esa fue nuestra participación en la nominación de las candidaturas. Las figuras de Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima, como candidatos a presidente y vice, y de Oscar Bidegain como gobernador de Buenos Aires, los únicos expresamente indicados por Perón, se propusieron luego de muchas dificultades y enfrentamientos. El sector sindical se resistía a esas designaciones pero finalmente se impuso la voluntad de Perón.

«Muy buen candidato», le había dicho Perón al secretario general de la Confederación General del Trabajo José Ignacio Rucci, cuando este le trasmitiera el nombre que le parecía más apropiado para ocupar la presidencia de la Nación. Rucci se quedó tranquilo: Antonio Cafiero era el número puesto.

Habían pasado algunos días y ahora estaban todos en Ezeiza. Rucci y los sindicalistas, Abal Medina y otros compañeros. Perón se volvía a España, previa escala en Paraguay y Perú.

Aún no se sabía cuál era el candidato que Perón proponía. Rucci y el resto de los sindicalistas pensaban que allí, antes de embarcarse, Perón lo anunciaría. Pero... Perón no dijo nada y partió. Cuando el avión ya había despegado, Abal Medina les hizo saber la decisión del General, que Cámpora ya conocía. El escándalo fue mayúsculo.

Los sindicalistas trataron de bloquear la candidatura de Cámpora. No

lograron ese objetivo pero desde ese día se profundizaría una brecha que nunca se pudo recomponer.

Hasta ese momento nuestras relaciones con el sindicalismo no eran buenas pero tampoco antagónicas. Si bien teníamos cierto peso, ellos tenían razones y experiencia para creer que, en el momento de las decisiones, la balanza volvería a inclinarse a su favor. Con la candidatura de Cámpora a la presidencia la situación se modificó. El nombre de Bidegain para la provincia de Buenos Aires sería otro golpe muy duro.

La designación de José Ber Gelbard en el Ministerio de Economía terminó por dejarlos fuera de las decisiones en los tres puntos centrales del poder en nuestro país (la presidencia de la Nación, el Ministerio de Economía y el gobierno de la provincia de Buenos Aires).

Resultaba claro que Perón, a fines de 1972, quería «limar» el peso del sindicalismo.

A partir de la designación de Cámpora como candidato, lanzamos la consigna que alimentaría toda la campaña electoral: «Cámpora al gobierno, Perón al poder».

En varias provincias se dio el hecho que, por su peso interno y con el apoyo de las autoridades del movimiento justicialista, fueran candidatos a gobernador algunos compañeros con los que compartíamos buena parte de las respuestas que teníamos para dar en aquel momento.

Además de Bidegain en Buenos Aires, estuvieron Ricardo Obregón Cano en Córdoba; Alberto Martínez Baca en Mendoza; Jorge Cepernic en Santa Cruz; Miguel Ragone en Salta y Elías Adre en San Luis. Todos ellos constituyeron un grupo de gobernadores que evidenciaba, además, la identificación de nuestra política con importantes sectores del movimiento peronista.

Como una forma de compensación, fueron designados como vicegobernadores algunos dirigentes sindicales. La mayoría de ellos, con la honrosa excepción de Atilio López en Córdoba, luego «contribuirían» al derrocamiento de sus gobernadores.

Para los cargos electivos, el mismo Perón había planteado que el 25% de los mismos perteneciera a la JP. Nosotros no supimos ocupar ese porcentaje de cargos que nos hubiera correspondido. Múltiples son las razones por las que no lo hicimos. Habíamos construido nuestra fuerza en la resistencia; hasta un año antes, la perspectiva electoral no entraba en nuestros planes.

Desconocíamos y desconfiábamos de las estructuras e instituciones de esa democracia. Desde el punto de vista político-ideológico, desvalorizábamos la ocupación de espacios en el aparato institucional.

Esto hizo que no volcáramos el esfuerzo suficiente en esa dirección. Explícitamente decidimos que los compañeros de primera línea de la organización no ocuparan cargos.

Diferenciábamos gobierno de poder. Sabíamos que teníamos el gobierno pero percibíamos que el poder era otra cosa. Este tenía que ver con la estructura económica y con la fuerza militar. Por eso pensábamos que nuestro mayor esfuerzo debía concentrarse en avanzar hacia los caminos que nos permitieran construir el poder suficiente para alcanzar —también allí— la hegemonía que habíamos logrado en las urnas.

Se partía de la base de que era más importante que los compañeros de mayor responsabilidad concentraran sus esfuerzos en la organización del pueblo y sus herramientas, por fuera del Estado, más que en las funciones institucionales dentro del mismo. En este sentido había posiciones distintas, sin que estas llegaran a explicitarse abiertamente.

Teníamos dudas respecto de si ese Estado podría ser reformado. El otro camino era enfrentarlo hasta crear las condiciones para el nuevo Estado revolucionario. Pero más allá de estas dudas, teníamos la convicción de una dura y próxima pelea. Que tendría como escenario ese mismo Estado a cuya administración nuevamente llegaba el peronismo.

Entre dudas y convicciones, la opción resultó muy clara: construir la fuerza, el poder popular necesario para las batallas venideras.

Contábamos con una representatividad política y social que logramos transformar en fuerza organizada, una manifestación de esto consistió en la alta capacidad de movilización. Pero simultáneamente reconocíamos graves deficiencias e inexperiencia para los manejos electorales.

Eso nos restó fuerzas en el plano institucional. No obstante, reunimos un bloque de ocho diputados nacionales y una importante cantidad de legisladores en las provincias.

Algunos meses después quisimos ocupar espacios para ejecutar aspectos de nuestro proyecto y sortear el acorralamiento al que se nos intentaba someter, pero ya no pudimos.

En los últimos meses de la dictadura de Lanusse, nuestra presencia política se fue volviendo cada vez más directa. El gobierno militar ya no tenía condiciones para mantener con fuerza una política represiva.

Salvo el caso de unos pocos compañeros que debían mantener rigurosos criterios de clandestinidad porque sus nombres habían sido vinculados a hechos militares de mucha difusión, el resto nos movíamos con relativa facilidad y ese era mi caso. Los servicios de inteligencia de esa dictadura no llegaron a saber de mi participación en

Montoneros. Mi nombre real había sido preservado por el adoptado de «Carlos», al que los compañeros ya se habían encargado de hacerle un agregado, resultando «Pelado Carlos».

Esta situación se mantuvo incluso durante el período del camporismo y también posteriormente. Junto a algunos hechos anecdóticos se presentaba una situación política irresuelta. Para preservar mi seguridad, no pude asumir públicamente mi identidad junto a la responsabilidad orgánica que tenía. Esto fue así hasta los días previos al golpe del 24 de marzo de 1976, en el que las Fuerzas Armadas llegaron a conocer quién era ese «Carlos».

Ello motivaría más de una situación risueña, aunque también tuvo sus efectos políticos. En más de una oportunidad, los interlocutores sindicales o políticos, empresarios o militares, por deformación profesional o por mera curiosidad, no cejaban en su empeño por conocer mi identidad en las conversaciones que manteníamos.

Amparado en esa clandestina identidad hice algunas cosas impropias de mi responsabilidad y situación. Así, por ejemplo, en una oportunidad, en medio de la nominación de los gobernadores, existían dificultades con el Congreso del Partido Justicialista de la provincia de Entre Ríos. Abal Medina quería llevar adelante un último intento para revertir una enojosa situación planteada: pretendía hacer llegar un mensaje personal al Congreso partidario, pero ya no había manera de enviarlo. Como me hallaba en su casa y tenía previsto viajar a Paraná por otros motivos, me pidió que le hiciera de delegado. Allí mismo redactó su mensaje para el Congreso y yo tenía que llegar a tiempo a Ezeiza por cuanto estaba clausurado el Aeroparque metropolitano. Puso a mi disposición el patrullero de la Policía Federal que tenía asignado a su custodia y allá fui, en el patrullero de la Federal, que haciendo sonar su sirena se abría camino vertiginosamente. Rogaba que no ocurriera un accidente, porque además de los riesgos de perder la libertad, cómo haría yo para explicar qué estaba haciendo en un patrullero de la Federal. Finalmente llegué a Paraná, inútilmente porque ya era tarde: el Congreso había concluido.

Tiempo después, en los inicios de 1976, cuando ya flotaba en el aire el golpe de Estado, me tocó vivir otro momento extraño. Había sido secuestrado el «Negro» Quieto, miembro de la conducción. Decidimos buscar una vía de negociación para procurar la libertad o legalización de Quieto y otros compañeros secuestrados. Dadas las relaciones que Habegger había mantenido con sectores militares por sus funciones vinculadas al diario *Noticias* y en el «Operativo Dorrego», él fue el intermediario para conectarse con quien fuera el jefe de la Policía Federal en el gobierno de Isabel, el general Albano Harguindeguy.

Efectuados los contactos del caso, me correspondió la poco grata tarea de mantener una entrevista reservada con Harguindeguy. Durante más de una hora circulamos dentro de la zona portuaria que en la actualidad es Puerto Madero. El revólver que cada uno tenía a mano revelaba el carácter de la reunión. Primero desalentó toda perspectiva negociadora, comentando irónicamente que el general Viola todavía no había terminado de sacarse los escombros de su uniforme por una bomba que habíamos hecho estallar dentro del edificio del Comando del Ejército. Más tarde agregó que ya veríamos nosotros lo que era una dictadura que, comparada con esta, la de Lanusse tendría el carácter de «dictablanda». Culminó la charla procurando desentrañar mi identidad. Dijo: «Yo pensaba que 'el Pelado' de la Conducción era Osatinsky, evidentemente no lo es porque este fue muerto... pero usted, ¿quién es?».

En los últimos meses de 2012, pocas semanas antes de su muerte, me crucé nuevamente con Harguindeguy. Estaba, por razones de mi profesión, en los tribunales de Comodoro Py, que es sede de varios juzgados penales. A él lo traían en una silla de ruedas que empujaba una empleada del Servicio Penitenciario. El encuentro ocurrió en un ascensor y todo duró apenas unos pocos segundos, lo que demanda el viaje desde el primer subsuelo hasta la planta baja. Alcanzó para que pudiéramos intercambiar miradas. También para recordar, ante los restos de lo que expresara la omnipotencia del poder, que ni la vida, ni la impunidad, ni el propio poder son eternos, pero la memoria sí lo es.

En esos meses de 1973, la mayor parte de nuestro tiempo lo dedicamos a la campaña electoral.

El bajo perfil del sindicalismo peronista y la tradicional debilidad del peronismo político facilitaron que la euforia montonera tiñera toda la campaña electoral. Sus banderas, cantos y consignas se adueñaron de calles y plazas. Como una muestra del clima reinante cabe recordar que el candidato a vicepresidente, Vicente Solano Lima, dirigente del conservadorismo popular, reivindicaba en las tribunas a sus ancestros montoneros para ponerse a tono con el ambiente que lo rodeaba.

El hecho de que Montoneros contara con recursos propios permitió que buena parte de la campaña recayera sobre nuestras espaldas.

Cámpora encontró en nosotros no solo la capacidad movilizadora que motorizara su campaña en todo el país sino también buena parte de los recursos económicos que le permitieron una mayor independencia respecto del sindicalismo tradicional. Esto también significaba un dato nuevo en la realidad política de esos días. Hasta ese momento, siempre las campañas electorales dependieron del mayor o menor apoyo que se recibiera de los aparatos sindicales.

Por primera vez desde 1955, existía en el peronismo una organización con autonomía política, organizativa y económica. Esa fue la característica central de la presencia montonera dentro del peronismo. Habíamos caracterizado la necesidad y posibilidad de que aquel peronismo se transformara para responder a los nuevos tiempos. Pensamos que esa era nuestra tarea, creímos en ella e intentamos llevarla adelante.

Por mi parte repartía el tiempo entre la atención de las relaciones nacionales, fundamentalmente aquellas vinculadas a las candidaturas y al desarrollo de la campaña electoral, con las tareas específicas dentro de la Regional Litoral. Fue uno de los tantos períodos de mi vida en los que se me hizo difícil compatibilizar los requerimientos familiares con el compromiso asumido. Vivía viajando entre Santa Fe, Paraná, Rosario (donde residíamos) y Buenos Aires. Mi compañera, embarazada, todos los días viajaba para dar clases a Villa Constitución. No podía hacer mucho más que sostener y darle cierta «normalidad» a nuestra vivienda y cubrir algunas tareas logísticas.

Mirando lo hecho

El 11 de marzo de 1973 se votó. El 17 de noviembre del año anterior se había concretado el «Perón Vuelve» soñado en las barriadas peronistas después del golpe de 1955. Ya se dijo que esa noche, cuando Perón traspuso las puertas del Aeropuerto de Ezeiza, se había manifestado el cambio en la correlación de fuerzas. Las semanas posteriores fueron de algarabía popular. Los trabajadores y el pueblo festejaban su victoria y, en su retirada, la dictadura procuraba preservar lo que pudiera. Entre el día del retorno y la fecha de las elecciones, daba la impresión de que nuestra sociedad vivía la democracia en autenticidad. El sustento de esta, la participación popular, se manifestaba plenamente. Aunque las instituciones todavía no lo dijeran, el pueblo era consciente de su victoria. Lo que parecía invisible, emergía con todo su poderío y ocupaba el centro del escenario. Como suele pasar en estas circunstancias, las elecciones tenían la función de legalizar lo que ya estaba legitimado en la sociedad.

Aquel 11 de marzo no voté. No lo hice porque, a pesar de la legalidad que suponía tener, no sabíamos si no podría estar «marcado» y ese día el régimen quizás aprovecharía para dar algunos de sus «manotazos de ahogado».

Los días posteriores fueron de un trajinar sin límites. El futuro era todo esperanza. No teníamos capacidad de absorber el conjunto de situaciones que nos tocaba protagonizar: la necesidad de imaginar las

respuestas pendientes para la mayor parte del pueblo y la organización de este para hacer más efectivos sus reclamos; el ímpetu de una juventud que «tocaba el cielo con las manos» y que consideraba que ahora era su hora; las legiones de compañeros que se sentían identificados con nuestras banderas, y pedían ocuparse en la construcción de ese futuro. En fin... La endeblez de nuestras estructuras y las debilidades propias de cada uno de nosotros, nos daban señales del difícil camino que teníamos por delante.

Poco tiempo después de las elecciones recibimos el aviso de que teníamos una reunión con Perón para los primeros días de abril. Sabíamos acerca de la importancia de ese encuentro, en atención a la coyuntura y al futuro. En función de ese viaje hablamos con la mayor parte de las corrientes que formaban parte o estaban próximas a la tendencia. En el mismo sentido, recogimos las inquietudes de los diferentes equipos técnicos que estaban elaborando propuestas con vista al próximo gobierno. De todos modos existía una cuestión que para nosotros era de vital e inmediata importancia: resolver el tema de los presos. Habíamos apostado a que los presos serían liberados con el triunfo popular y eso, ahora, ponía a prueba nuestra credibilidad, fuerza y capacidad. «Ni un solo día de gobierno popular con presos políticos» había sido la consigna de la campaña, ahora teníamos que garantizar que se cumpliera.

Las consideraciones sobre las reuniones con Perón serán tema de otro capítulo.

Un acontecimiento familiar vendría a completar la plenitud de aquellos días. Para el 15 de abril, cuando acababa de regresar de Madrid, estaba prevista la realización de la segunda vuelta de los comicios en aquellas provincias donde el ganador no había alcanzado el 50% de los votos.

Santa Fe era una de ellas. Pero mis recuerdos más fuertes de ese día no radican en esas elecciones sino en que mi compañera fue a internarse cuando sintió los dolores que anunciaban el parto. Ese domingo no hubo novedades y para el día siguiente había una reunión prevista con el presidente Cámpora, por lo que esa noche tuve que viajar a Buenos Aires. El lunes 16, una vez terminada la reunión, llamé desde la sucursal telefónica de la estación ferroviaria de Once. Así me enteré que había nacido nuestra hija. Confundido por la alegría me fui y recién un par de horas después caí en la cuenta de que me había ido sin pagar la llamada. Amor Victoria fue el nombre que le pusimos. Con él, además de recoger el nombre de su madre, quisimos exteriorizar el sentimiento con el que vivíamos ese momento.

Observando el camino recorrido desde los inicios y hasta el 25 de

mayo de 1973, podemos hacer algunas deducciones que permiten comprender mejor las condiciones desde las cuales decidimos los pasos posteriores.

Al comienzo no teníamos más responsabilidad que responder a la propia conciencia y la lealtad al pequeño grupo del que formábamos parte. En 1973 ya se plantearon las cuestiones del poder, con sus mediaciones y con las demandas de la sociedad y del peronismo, todo esto en medio de un sostenido avance del pueblo.

Nosotros vivíamos inmersos en el conflicto entre nuestros ideales y los límites que plantea el poder; entre los objetivos que teníamos y la falta de madurez suficiente para medir las proporciones.

Necesitábamos más poder para hacer posible nuestro proyecto pero, al mismo tiempo, teníamos dificultades para ejercer con plenitud el poder que habíamos acumulado.

Permanecían presentes el voluntarismo desde lo ideológico y el apresuramiento como rasgo generacional, no respetando los tiempos del proceso social y colocando los propios como medida. Actuábamos convencidos de que la voluntad podía modificar los tiempos para los cambios en la realidad. Esto traía aparejada una sobrevaloración de nosotros mismos. Este rasgo, que nos acompañaría todo el tiempo, tiene una doble lectura. Allí debemos distinguir la necesidad de esa fuerte voluntad, imprescindible para cambiar la realidad, respecto del voluntarismo, que pretende hacerlo sin contar con las posibilidades de realizarlo.

A quienes se desempeñan como actores les resulta muy difícil percibir los límites objetivos para realizar los cambios esperados. Es cierto que, sin férrea voluntad, no se producen los cambios en la historia. El cruce de los Andes también tuvo su cuota de «voluntarismo» por parte de un general San Martín enfermo, con pocos recursos y en conflicto con su propio gobierno. Fidel Castro también fue un «voluntarista» cuando decidió tomar el Cuartel de Moncada. Y sin embargo...

Siempre es la voluntad de una persona o de un grupo de personas que, interpretando una realidad, actúan como «parteros de la Historia». El propio origen montonero había sido «voluntarista» y, jugándose al «todo o nada» —en más de una oportunidad al borde del aniquilamiento—, habíamos crecido hasta la etapa de triunfo en que nos encontrábamos.

El gran problema es que una lectura «objetiva» siempre se elabora posteriormente a los hechos. Desde allí y con los resultados a la vista, es mucho más sencillo verificar si una acción humana estuvo dotada de esa «voluntad» necesaria para cambiar las cosas o fue una mera manifestación de un inconducente «voluntarismo».

A mi modo de ver, es importante *penetrar en la lógica desde la cual se tomaron las decisiones en cada momento* y no desde la lectura actual de las mismas. Cuando logramos hacerlo podemos extraer las enseñanzas que nos deja esa experiencia. De lo contrario, solo podremos condenar o aplaudir, pero nos habremos negado a aprender.

También en esa etapa aparecieron los primeros rasgos de la posterior disputa con Perón. Su desarrollo condujo a contradicciones que no pudimos sintetizar.

El otro elemento que subyace es la *tendencia al ideologismo*, es decir, la creencia de que la propia cosmovisión es la verdad válida para el conjunto; esto nos acarrearía muchas dificultades y forma parte del aprendizaje más profundo.

Un cierto sectarismo en la conducción, el conflicto con Perón y el apresuramiento en los tiempos comenzaron en esta etapa y se incrementaron después. Más allá de nuestra voluntad y de nuestras posibilidades de resolverla, la noche del 25 de mayo aparecería claramente una primera confrontación con Perón frente a la cuestión de la liberación de los combatientes presos.

También incidió en las respuestas que elaborábamos el hecho de que en nuestra conducción se registraba un fuerte peso de lo que suele conocerse como el «pensamiento de la clase media», que era el origen social de buena parte de nuestros núcleos originarios.

Existió una tensión permanente entre dos tendencias con las que casi todos convivimos: por un lado, la tendencia a conducir y organizar desde el propio pueblo y sus convicciones, reconociendo el valor determinante de ese sujeto histórico colectivo. Y, por el otro, la tendencia a conducir desde una perspectiva ideologista, colocando el eje en la búsqueda de los objetivos, definidos a partir de las propias ideas y modelos de construcción.

La disputa desarrollada con el sindicalismo sería otro de los elementos que influyeron en un progresivo distanciamiento entre nuestras apreciaciones sobre ese sujeto histórico —al que definíamos teóricamente— de su realidad concreta, donde los trabajadores y los sindicatos peronistas, con muchos de los cuales confrontábamos, tenían un rol protagónico.

Todas estas consideraciones están relacionadas con los debates anteriores sobre vanguardismo y movimientismo.

En esas discusiones se ponían de relieve la mayor racionalidad y las más elaboradas definiciones ideológicas de militantes provenientes de las FAR. En este sentido, caben destacar dos hechos: por un lado el esfuerzo de los compañeros con responsabilidades de conducción de las FAR, para disciplinar su fuerza y hacer funcionar los acuerdos de

unidad. Por el otro, la fortaleza de la unidad alcanzada, a pesar de las diferencias de origen de ambas fuerzas. Recién ahora, a cuarenta años de distancia, militantes o investigadores «progres», por un lado, y reaccionarios, por el otro, pretenden revisar el sentido de aquella unidad, e introducen la existencia de diferencias insalvables o prácticas opuestas, algo ajeno a la realidad vivida.

Por último, se generaría en y desde Montoneros, una dinámica y una acción que fueron representativas de las distintas formas de resistencia que iba adquiriendo el desarrollo de la lucha de masas. Pero esa dinámica, esas formas de acción, no siempre se correspondían con las necesidades y correlaciones de fuerzas existentes para el ejercicio real del gobierno.

Tampoco nuestro rol sería el mismo. Habíamos luchado desde la resistencia, en el marco de una estrategia conducida por Perón, para cuestionar el poder usurpador. Una vez logrado ese objetivo, se requerían modificaciones en la concepción y en la acción. Eso fue lo que no pudimos o no supimos recrear ni transmitir. Lo que veníamos haciendo tenía sus raíces en las modalidades y formas de lucha exigidas por la resistencia, y también en el impulso derivado del carácter generacional de nuestra fuerza.

En lugar de reencauzar esa energía hacia los nuevos caminos, por momentos realimentamos esas tendencias al ideologismo, el combate o el apresuramiento. En otras ocasiones fuimos rebasados por la propia acción y dinamismo de las circunstancias, y por el impulso y empuje de nuestra militancia que desbordaba los cauces de contención y conducción.

Para la mayor parte de los actores de la época existía una legítima desvalorización de la democracia liberal, a la que considerábamos «formal». Sin embargo, no tuvimos oportunidad ni pudimos avanzar en propuestas alternativas que encauzaran la energía que vibraba en la sociedad.

Con el cambio producido el 25 de mayo de 1973, de la resistencia al ejercicio de roles en vinculación con el gobierno, se manifestaron casi todos los conflictos que estaban ya iniciados o en germen potencial. La lucha interna, que luego nos desangraría, estaba contenida, pero no tardaría en aparecer.

No entendimos que habíamos ganado. Y tampoco que ese triunfo no era solamente nuestro, sino que era compartido con las otras franjas del peronismo, tan legítimas como nosotros mismos. Por otra parte, el triunfo tampoco era absoluto. Estaba naturalmente limitado por todos los demás actores sociales. En algunos casos actuamos, a partir del 25 de mayo, como si nosotros hubiéramos sido los dueños de todo. Las

imágenes de aquel día en la Plaza de Mayo contribuyeron a consolidar la idea que la natural omnipotencia juvenil había ayudado a nutrir. Aquel triunfo fue el punto más alto que alcanzaron los sueños montoneros. La plaza ocupada mayoritariamente por nuestra militancia y sus carteles, dejaron testimonio de esa fuerza que parecía incontenible. El cartel de Montoneros, atravesando todo el ancho de la plaza quedaría fijado como símbolo de esa situación. Decenas de miles de personas festejaban el triunfo. Aplaudían, sin mayores distinciones, el arribo de las columnas de agrupaciones y delegaciones de diferente origen y signo. El compañerismo existente creaba un clima idílico que nunca más se volvería a reproducir. Miles de jóvenes allí reunidos señalamos, en forma contundente, cuál era la política que queríamos. Para completar ese júbilo popular, los militares abochornados debieron replegarse al compás de nuestras consignas. El cineasta cubano Santiago Álvarez dejaría grabada esa imagen para siempre en su documental *Nuevo Tango*. Recién años después nos enteraríamos de que algunos jefes militares hicieron que sus tropas pasaran la noche en vela, con sus uniformes escupidos, esperando una orden que les permitiera cobrarse venganza. (78)

Mientras tanto, William Rogers, secretario de Estado de los Estados Unidos, no pudo completar el recorrido que separaba el Congreso de la Plaza de Mayo. La hostilidad de los manifestantes lo obligaría a recluirse en la sede de su embajada.

Cámpora asumía flanqueado por el socialista Salvador Allende y el comunista Osvaldo Dorticós, presidentes de Chile y Cuba, respectivamente. Para completar el simbolismo de esta situación, el presidente Cámpora los invitaría a suscribir el acta de transmisión presidencial.

La propia seguridad de la Casa Rosada quedó controlada por nuestros militantes, identificados con sus rojinegros brazaletes.

Los siete jefes de las regionales de la JP compartieron con Cámpora los balcones y la euforia de la multitud.

Debajo del agitar de las banderas montoneras brotaban, entre irónicas, agraviantes y festivas, las consignas que daban rienda suelta al fin de dieciocho años de proscripción y a la esperanza de un futuro distinto. Entre ellas, una atronó particularmente y se escuchó cuando, desde la Casa Rosada, despegó el helicóptero en el que se iban los comandantes militares que habían detentado el poder: «Se van... se van... ¡Y nunca volverán!».

A la vista de ese espectáculo creímos, ellos y nosotros, que la realidad confirmaría esa consigna. Para mal de todos, el tiempo demostraría lo contrario.

Esa mañana, el presidente Cámpora, ante la Asamblea Legislativa, también reivindicaría su reconocimiento y compromiso hacia y con la Juventud:

> En los momentos decisivos, una juventud maravillosa supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante.
> ¡Cómo no ha de pertenecer también a esa juventud este triunfo, si lo dio todo —familia, amigos, hacienda, hasta la vida— por el ideal de una Patria Justicialista! Si no hubiera sido por ella, tal vez la agonía del régimen se habría prolongado, y con él, la desintegración de nuestro acervo y el infortunio de los humildes.
> Por eso, la sangre que fue derramada, los agravios que se hicieron a la carne y al espíritu, el escarnio de que fueron objeto los justos, no serán negociados.
> Todos fuimos solidarios en la lucha contra el régimen y lo seguiremos siendo en la cotidiana acción gubernativa.
> La Patria ha adquirido un compromiso solemne con nuestros héroes y con nuestros mártires, y nada ni nadie nos apartará de la senda que ellos trazaron con estoicismo espartano. (79)

El discurso de Cámpora, unido a lo que sucedió durante la tarde en la plaza, terminaría por acuñar una imagen montonera de victoria y poder.

El período que va del 17 de noviembre de 1972 al 25 de mayo de 1973 (en realidad se extendió hasta el 20 de junio de 1973) es, como se dijo, el de mayor gloria montonera, que impactó a propios y extraños. Se trataba del caso inédito de una organización guerrillera que exhibía esa vibrante fuerza y voluntad de cambio, dentro de un movimiento de masas de fuerte arraigo popular y mayoritario poder electoral. Esto era aún más llamativo si tenemos en cuenta que la edad promedio de quienes integrábamos sus estructuras de conducción rondaba los 27 años. Algo que fue posible porque, más allá de las dificultades y contradicciones que luego se desarrollarían y profundizarían, se habían llevado adelante políticas correctas y consecuentes. A diferencia del saldo de etapas posteriores, aquí el apoyo popular reconoció la prevalencia de las opciones justas.

Habíamos acertado en esa necesidad de darle mayor nivel organizativo y mayor fuerza y capacidad de acción e impacto a la histórica resistencia peronista. Corrigiendo errores, rompiendo algunas dudas y vacilaciones iniciales que costaron rupturas y disidencias, habíamos acertado al integrar el peso de la lucha armada en favor de las elecciones con Perón. Con ello contribuimos a derrotar, en la coyuntura, la estrategia «lanussista», y a que el movimiento de masas alcanzara su reivindicación histórica al obtener el retorno de su líder y

lograr la victoria electoral.

También habíamos logrado construir, acertadamente, una organización político-militar de algún modo autosuficiente. Política y económicamente, habíamos roto la dependencia que tenía el conjunto del peronismo con el aparato sindical, generando una nueva alternativa política dentro del movimiento.

Se habían canalizado los impulsos y rebeldías juveniles de distintos sectores sociales, confluyendo políticamente en torno a objetivos semejantes. Los villeros, el movimiento agrario, los técnicos e intelectuales, los pobladores de los inquilinatos, los pueblos originarios, los docentes, los estudiantes secundarios y universitarios, eran sectores que, hasta ese momento, estaban muy débilmente expresados dentro del peronismo. Más aún, habían comenzado a abrirse las puertas a la posibilidad de una manifestación propia junto al sindicalismo, los jóvenes y las mujeres, que eran los agrupamientos tradicionales del movimiento. Con todos ellos dimos contención y cauce a una vocación ética y social, desde una mística de hermandad y solidaridad militante como nunca antes había existido en las agrupaciones políticas. Pero, por encima de todo, existió la entrega y compromiso personal de una franja importante de nuestra generación, apasionada por la justicia y solidaria con los que sufrían.

Eso es lo que quedará como testimonio para los tiempos futuros. Cuando poco importe si hubo o no lucha armada; cuando las formas organizativas sean una anécdota de escasa importancia; cuando la propia identidad quede superada por el paso del tiempo y otras la sustituyan; cuando pocos recuerden el nombre de sus dirigentes y dejen de ser evocados —por el sistema— como mito negativo, símbolo de horror y muerte; cuando todo eso haya quedado atrás, habrá algo que sobrevivirá. Será la energía emanada de aquella franja generacional que vislumbró, con su práctica, que podía existir un mundo diferente. Aquella fuerza, como tantas otras negadas en su momento histórico, alimentará la lucha de otros jóvenes por un mundo distinto, una ética diferente, unas relaciones sociales, humanas y productivas que responderán a otra lógica.

En las líneas precedentes se desarrollaron, autocríticamente, diversos aspectos de aquella práctica en aquella coyuntura. Se ha dejado para otro momento el análisis de cómo influyó en nuestro propio proceso social y político la acción imperial de aquellos tiempos.

De esta manera culminaba, exitosamente, la Segunda Resistencia. Esta, por cierto que en otro momento, fue distinta, no opuesta sino complementaria de la Primera. La integración en simples y contundentes objetivos comunes de un amplio espectro de sectores

sociales, incluyendo a los siempre leales trabajadores y vastos emergentes de las capas medias, fue una de las claves de aquella victoria.

Habían pasado más de dieciocho años de Resistencia. La rebeldía de aquellas mujeres de Villa Manuelita había cuajado en la sociedad. El rudimentario «Perón Vuelve» que acompañó las primeras manifestaciones de rebeldía peronista parecía cumplir aquel mandato de Evita y «volvía siendo millones».

El hecho de haber sido protagonista de la culminación de aquella lucha fue un privilegio, demasiado grande, que nunca podré olvidar. La vivencia de aquellos pocos meses donde viví el retorno de Perón, el festejo multitudinario y el reconocimiento al camino recorrido; el triunfo electoral y las reuniones con el General; compartir con mi compañera el nacimiento de nuestra hija, la asunción de Cámpora y aquella inmensa alegría colectiva, valen... valen por toda una vida.

39. Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos de la Resistencia Peronista. 1955-1970*, Buenos Aires, PuntoSur, 1988, pp. 222-223.
40. Bonet, Carlos Alberto: *Los Muchachos Peronistas. Gesta de la Gloriosa Juventud Peronista (1955/1973). Héroes y mártires. Bases para entender aquella generación*, La Plata, Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, 2003, p. 97.
41. Ballvé, Beba *et al.*: *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis: Córdoba 1971-1969*, 2ª edición, Buenos Aires, Razón y Revolución-CICSO, 2005, p. 192.
42. Horowicz, Alejandro: *Las dictaduras argentinas. Historia de una frustración nacional*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 105.
43. Baschetti, Roberto (comp.): *op. cit.*, p. 206.
44. VV.AA.: *30 años de historia política argentina, 1965/1995*, Buenos Aires, RR Ediciones, 1995, p. 6.
45. Sartre, Jean Paul «Prólogo», en Nizan, Paul: *Aden Arabia*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1967, p. 13.
46. Guevara, Ernesto «Che»: «Discurso de Argel», *Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática*, 24 de febrero de 1965. Disponible en: <www.madres.org/documentos/doc20100819124900.pdf> (última consulta: 27/12/2012).
47. Gambini, Hugo: *El Che Guevara. La biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1966, p. 280.
48. Debray, Régis: *¿Revolución en la revolución?*, Montevideo, Editorial Sandino II, 1967, p. 86. Disponible en: <http://www.elhistoriador.com.ar> Documentos> Artículos> Revoluciones en Latinoamérica> (última consulta: 27/12/2012).
49. Baschetti, Roberto: *op. cit.*, p. 273.
50. Bresci, Domingo: *Documentos: Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo*, Buenos Aires, Editorial del Centro Salesiano de Estudios San Juan Bosco y Centro Nazareth, 1994, p. 159.
51. Baschetti, Roberto: *op. cit.*, p. 340.
52. *Cristianismo y Revolución*, n° 6/7, abril de 1968, p. 3.
53. Balvé, Beba *et al.*: *op. cit.*, p. 202.

54. *El Porteño*, año 4, n° 40, Buenos Aires, 1985, p. 16.
55. Portocarrero Ríos, Elio: *La historia que nunca contamos. La experiencia guerrillera del MIR de 1965*, Estocolmo, Tryckr hos Förfatattares Bokmaskin, 2011.
56. Debray, Régis: *op. cit.*, p. 70.
57. *Ibid.*, p. 68.
58. *Ibid.*, p. 122.
59. Ferrara, Francisco «Pancho»: *Los de la tierra. De las Ligas Agrarias a los Movimientos Campesinos*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007, pp. 53-54.
60. Bonet, Carlos Alberto: *op. cit.*, p. 160.
61. Grenat, Stella: *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los 70. Serie* ceics 10, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2011, p. 131.
62. Gilbert, Isidoro*: La Fede, alistándose para la Revolución. La Federación Juvenil Comunista 1921-2005*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 520 y ss.
63. Seoane, María: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta, 1991, p. 134.
64. Ongaro, Raimundo: «Habla Ongaro», *Cristianismo y Revolución*, n° 13, primera quincena, abril de 1969, pp. 14-24. Disponible en: <www.ruinasdigitales.com> (última consulta: 27/12/2012).
65. Baschetti, Roberto (comp.): *op. cit.*, pp. 249-270.
66. *Ibid.*, p. 249.
67. Walsh, Rodolfo: «Documento a la Conducción Nacional» (fines de 1976, principios de 1977). Disponible en: <http://www.elortiba.org/docmon.html> (última consulta: 27/12/2012).
68. Baschetti, Roberto (comp.): *op.cit.*, p. 261.
69. Baschetti, Roberto (comp.): *op.cit.*, p. 268.
70. Castañeda, Jorge: *La utopía desarmada*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p. 18.
71. Baschetti, Roberto (comp.): *op. cit.*, p. 266.
72. *Ibid.*, p. 246.
73. Freire, Paulo y Betto, Frei: *Esa escuela llamada vida*, Buenos Aires, Legasa, 1988, p. 100.
74. Olmedo, Carlos: «Reportaje a Olmedo: con el fusil del Che» (Cuba, diciembre de 1970), *Cristianismo y Revolución*, n° 28, abril de 1971, pp. 56-60. Disponible en: <www.ruinasdigitales.com> (última consulta: 19/1/2013).
75. O'Donnell, Guillermo: *Y a mí, ¿qué me importa?*, Buenos Aires, CEDES, 1984, p. 23.
76. *Panorama*, 4 de enero de 1973.
77. Funes, Carlos: *Perón y la guerra sucia*, Buenos Aires, Catálogos, 1996, pp. 218-219.
78. Fraga, Rosendo: *Ejército: del escarnio al poder, 1973/1976*, Buenos Aires, Planeta, 1988, pp. 38-39.
79. Cámpora, Héctor: *Mensaje del Presidente de la Nación Argentina*, Inauguración 98º Período ordinario de Sesiones, Honorable Congreso Nacional (25 de mayo de 1973), Buenos Aires, Imprenta del Congreso, 1973, p. 6.

CAPÍTULO III

Cómo era aquel peronismo

Peronismo revolucionario — Aparato sindical y peronismo ortodoxo — Peronismo político del interior — Carta a Perón y su respuesta (febrero de 1971) — Reuniones Perón/Montoneros (1972-1973) — El pensamiento de Perón en aquellos tiempos

Pretender sintetizar cómo era aquel peronismo de entre fines de los sesenta y los primeros años de la década de 1970, es una tarea prácticamente imposible. Cada agrupación, corriente, tendencia o protagonista tiene su propia visión de esa realidad. Ello es acompañado por igual posición de investigadores y politólogos. El problema no está solo en las —legítimas— diferentes apreciaciones que cada uno tenga sobre lo realizado y sus consecuencias. También tiene que ver con otras circunstancias, entre las cuales cabe destacar el lugar (organización, práctica) que cada uno tenía respecto del momento o cuestión sobre la que se habla; también cambia según la circunstancia específica a la que cada comentario se refiere, los intereses y posiciones de cada comentarista o investigador.

Ante la velocidad con la que se sucedían los acontecimientos, unos pocos días de diferencia podían expresar posiciones distintas de una organización o determinados protagonistas.

De todas maneras, vale la pena intentar una aproximación tomando como referencia las ideas y prácticas que tuvimos en aquellos años. Dicho esto no como descargo sino como advertencia, vayamos a las consideraciones.

En general, como Montoneros, reconocíamos —dentro del peronismo — la existencia de tres grandes espacios político-sociales:

Los «sectores revolucionarios del peronismo», entre los que nos incluíamos. Estos abarcaban múltiples agrupamientos y muy diversas prácticas.

La franja del «peronismo ortodoxo», que tenía en el aparato sindical su principal expresión.

El «peronismo político», particularmente la dirigencia del interior del país, expresión de las diferentes manifestaciones de las burguesías locales y los profesionales de cada lugar.

Peronismo revolucionario

Aquí se ha hecho referencia a la evolución del peronismo desde el golpe de 1955 en adelante. Hemos visto cómo el objetivo de concretar el PV señala la continuidad entre la Primera y Segunda Resistencia. Se dejó constancia de diversas reuniones del peronismo revolucionario en la búsqueda de una estrategia común. De los debates sobre la violencia, del surgimiento de la guerrilla y las organizaciones político-militares. Se hizo mención al intento de construir la unidad de las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP); del traspaso de militantes de las FAP a Montoneros, mi caso es uno de ellos. Todas estas circunstancias, que reflejaban diferentes modos de percibir y actuar sobre la realidad, se fueron ahondando en la medida en que los acontecimientos se aproximaban a sus momentos definitorios. Esto es, que el símbolo PV se pudiera concretar en el retorno físico de Perón y en la recuperación del gobierno por parte del pueblo.

Desde los últimos tiempos de la resistencia, previos al regreso de Perón el 17 de noviembre de 1972 y al triunfo electoral del 11 de marzo de 1973, estas diferencias se plasmaron en dos tendencias claramente diferenciadas: «alternativa independiente» y «movimientismo», tendencias a las que ya se ha hecho referencia en el capítulo anterior.

Los rasgos centrales del pensamiento y práctica «alternativistas» están sintetizados en la opinión de algunos protagonistas. Uno de ellos la describe de este modo:

> El intento de construir una organización independiente de los trabajadores y el pueblo peronista a partir de una organización guerrillera peronista, no sé si era posible pero ese fue el camino que quisimos hacer. (80)

Otro militante de esta corriente, Osvaldo Villaflor, reconstruye aquel intento de las FAP al afirmar:

> No éramos movimientistas y tampoco éramos ya cookistas en el sentido de considerar al peronismo como una unidad a la que había que dotar de teoría y organización revolucionaria. (81)

Bajo una orientación semejante a la expresada por las FAP, surge el Peronismo de Base (PB). Su accionar, concentrado en los medios fabriles, se da dentro del debate acerca de cómo se articulan las tareas políticas legales (de superficie) con la construcción político-militar.

Los desacuerdos centrales que generara la propuesta de la «alternativa independiente» significó el fin de las OAP. Tanto las FAP como el PB no tuvieron una respuesta homogénea frente al retorno de Perón. Respecto al inmediato proceso electoral, que culminaría con el triunfo de Cámpora, sucedió algo parecido. En general optaron por no participar, en algunos casos esa respuesta negativa fue matizada por la idea del

«apoyo crítico» al candidato justicialista. Esas «ausencias», en un momento clave en la historia del peronismo y del país, los desplazaron del lugar protagónico que deberían haber ocupado. La mayor parte de los dirigentes de ese sector estaban vinculados a la Primera Resistencia, y ellos tendrían que haber sido los continuadores naturales de aquella. Sus dudas y contradicciones los encerraron en un internismo inconducente en momentos en que la coyuntura se estaba definiendo. Montoneros, con muchos menos pergaminos pero mayor decisión y acierto coyuntural, terminaría ocupando ese lugar.

La otra vertiente del peronismo revolucionario era el «movimientismo» al cual adscribíamos los Montoneros. Ya está dicho el sentido que tenía el concepto de movimientismo en la jerga política de aquellos años. Las ideas, ya vertidas, son parte de múltiples documentos internos y públicos de aquella época. Todo ello estaba fundamentado en la caracterización que se hacía de aquel peronismo. Acordábamos con que:

> El peronismo es un movimiento antiimperialista de masas sustentado en la movilización de la clase obrera [...], la expresión política antiimperialista y antioligárquica de la clase trabajadora argentina, que coincide con las aspiraciones de otros sectores sociales interesados en el desarrollo nacional independiente. (82)

Nuestra estrategia consistía en la organización del sujeto social (obreros y trabajadores) que pudiera promover y encabezar las transformaciones necesarias. Pero entendíamos que la mejor forma de avanzar era hacerlo dentro del movimiento político que lo tenía como protagonista, junto a otros sectores sociales. Ello permitiría contar con la suficiente fuerza social y política.

En el peronismo siempre se dijo que el movimiento obrero constituía su *columna vertebral*. Nosotros sintetizamos nuestra propuesta sosteniendo que en el proceso de cambio a desarrollar debía ser *su cabeza*. De ese modo planteábamos el cambio de calidad que debería tener el movimiento y su principal componente social, sin romper la alianza con otros sectores del campo popular.

Aparato sindical y peronismo ortodoxo

Las estructuras sindicales expresan, a lo largo del tiempo, una de las manifestaciones centrales del peronismo. Allí se condensa gran parte de lo bueno y lo malo de la historia de este movimiento de masas.

Ya hemos visto cómo las organizaciones sindicales se constituyeron en el refugio desde el cual se construyeron pilares que dieron sustento a la Primera Resistencia, desde 1955 a 1964. También señalamos cómo los

principales Programas de transformación revolucionaria (La Falda y Huerta Grande) se gestaron contando con el protagonismo del movimiento sindical y poniendo de pie un Programa que hasta el día de hoy sirve de referencia a posiciones del nacionalismo popular revolucionario. El sindicalismo, de esa manera, se ubicaba al frente de la lucha reivindicativa y conformaba un componente principalísimo de la conducción política del movimiento. Pero también observamos de qué modo gran parte de ese sindicalismo resultó, poco a poco, cooptado por el régimen.

La conducción sindical fue la principal protagonista del primer intento de retorno de Perón, el 2 de diciembre de 1964. Ellos, por cierto, no fueron los directos responsables, con Vandor a la cabeza, que el mismo no se concretara, pero sí lo fueron del hecho que no hubiera una reacción popular colectiva ante esa frustración.

El «vandorismo» fue una corriente político-sindical que tomó el nombre de Vandor, su principal dirigente. Este fue el secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). El «vandorismo» sería la principal expresión de ese modo particular de ser y vivir el peronismo.

Rogelio Coria, dirigente de la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA), se colocó a la cabeza de las corrientes reconocidas como más cercanas a los poderes de turno. El «participacionismo» fue el nombre y forma de actuar de esta tendencia. Una alianza de estos dos sectores se constituyó en la principal expresión de un movimiento sindical que fue abandonando su programa y práctica revolucionaria. Desde una perspectiva laborista, socialdemócrata (Vandor) o directamente entreguista (Coria), fueron entrelazando sus intereses con los sectores monopólicos.

Aquel Estado neocolonial administrado por una dictadura militar consiguió subordinarlos a sus objetivos y perspectivas. Lo hizo al precio de darle, a esa dirigencia sindical, el carácter de interlocutores sociales y de garantizarles la supervivencia económica y el apoyo político.

El fenómeno, impulsado por estos dirigentes, se continuaría más allá de estos, a pesar de que la irrupción de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA) encabezada por Raimundo Ongaro les arrebatara la conducción de la CGT en 1968.

Hacia fines de los años sesenta, varias circunstancias marcan dos detalles significativos: el retroceso de este sector en desmedro de fuerzas más combativas y revolucionarias, y una cierta adecuación a las nuevas condiciones de lucha.

Acerca de esto último cabe recordar el rol que tuvieron sectores sindicales ortodoxos (Elpidio Torres, vandorista, secretario general del SMATA cordobés y Alejo Simó, de la UOM cordobesa) en la

convocatoria y movilización de hechos tan significativos y trascendentes como el «Cordobazo». Circunstancias de este tipo hicieron que en el inicio, sectores de izquierda no participaran de dicha convocatoria, por considerarla parte de una lucha interburocrática.

Esta articulación de fuerzas sindicales, claves para la producción del «Cordobazo» tiene, por lo menos, dos razones que la explican. Una es la efervescencia que, desde la actividad de varios actores sociales, estaba recorriendo diversos escenarios del territorio nacional. Esto es vastamente conocido y genéricamente aceptado. La otra razón es menos conocida y más polémica. Se trata de la incidencia de la UOM y de su máximo dirigente, Augusto Timoteo Vandor. Él ya había pagado un caro tributo, con la aparición de la CGTA, por sus vínculos con el gobierno de Onganía. Pero este, por su parte, cada vez lo escuchaba menos. Vandor preparó su respuesta. Ella tenía dos claras manifestaciones.

> En los inicios de 1969, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) realiza en Mar del Plata un congreso nacional. El tono de los documentos es francamente opositor. No solo plantean la liberación nacional y social de la patria, sino elecciones inmediatas sin proscripciones. Es una declaración de guerra [...]. Vandor viaja a Córdoba y concierta un acuerdo con tres poderosos sindicatos: SMATA, vandorista, comandado por Elpidio Torres; UTA, CGT de los Argentinos, en manos de Atilio López y Luz y Fuerza a cargo de Agustín Tosco. Los tres dirigentes pactan, a instancia de Vandor, una estrategia antigubernamental común. Las condiciones para el estallido estaban dadas. (83)

Este sector sindical y político solo le daría un tibio apoyo al «retorno de Perón». Los meses siguientes se constituirían en los momentos de mayor debilidad de este sector. Un símbolo de esta situación fue la designación de Héctor Cámpora como candidato presidencial, en desmedro de Antonio Cafiero quien fuera propuesto por el sindicalismo.

Semanas después, el fracaso de la candidatura a gobernador de Buenos Aires de Manuel de Anchorena, estanciero y baluarte político de esta corriente, terminaría por marcar el declive —coyuntural— del sindicalismo ortodoxo.

Este sindicalismo estaba cada vez más lejos de la resistencia de la que muchos de ellos participaron en los años inmediatos al golpe de 1955. Con el paso del tiempo se habían ido constituyendo en hábiles negociadores que, conteniendo las luchas populares, lograban algunas concesiones económicas para sus defendidos y mayor poder para ellos.

En distintos análisis políticos de aquellos tiempos las diferentes tendencias del peronismo revolucionario colocaban a varios exponentes de estos sectores como parte del campo enemigo.

De todos estos sindicalistas el más significativo sería Vandor, tanto por el sector de la producción en el que se asentaban sus fuerzas y su vocación de poder como por las características de su conducción. No solo supo utilizar la fuerza de su gremio, sino que también logró integrar a militantes gremiales vinculados a franjas de la izquierda y apoyando las publicaciones de intelectuales del mismo sector.

Peronismo político del interior

En aquellos álgidos años los dirigentes del peronismo político del interior mostrarían diversas facetas. En su mayoría procuraron guardar distancia respecto de los polos encabezados por el peronismo revolucionario y las estructuras sindicales. Constituían una expresión reformista del peronismo. Carecían de la extensión organizativa, recursos y de las posibilidades de ejercer presión y negociar con el poder estatal, que caracterizaban al sindicalismo. Tampoco tenían la capacidad de lucha y movilización de las corrientes combativas y revolucionarias, hegemonizadas después de 1966 por los sectores juveniles. Este peronismo político se sentía fuerte en el terreno electoral.

Como fuerzas neoperonistas en medio de la proscripción del peronismo, fueron protagonistas de varias experiencias electorales provinciales. El caso de los hermanos Sapag (Felipe y Elías) en Neuquén es el más representativo de esta situación. El gobernador Carlos Juárez, en Santiago del Estero, recorrería, por lo menos en 1973, un camino parecido.

Actuando dentro de los marcos del Movimiento Justicialista, otros caudillos provinciales caminaron por senderos parecidos. Entre ellos se destacan algunos que fueron senadores nacionales o gobernadores de sus respectivas provincias: Julio Romero, en Corrientes; Deolindo Bittel, en el Chaco; Carlos Menem, en La Rioja; Vicente Leónidas Saadi, en Catamarca; Carlos Snopek, en Jujuy.

No hay una sola causa para explicar esa tendencia. Aquella dirigencia política estaba enraizada en las pequeñas burguesías locales y profesionales del lugar. Sus intereses, consecuentemente, no eran idénticos a los que tenían los trabajadores, pero tampoco lo eran con los grupos monopólicos. Lo anterior hizo que, en medio de los duros enfrentamientos de esos años, durante un buen tiempo procuraran tener una posición intermedia. Sin embargo, hubo casos como el del gobernador de San Juan Eloy Camus y el senador Humberto Martearena, en Jujuy, quienes rápidamente se aliaron con los sectores «ortodoxos». Por el contrario, hubo otros varios donde la práctica

anterior y los avances del peronismo revolucionario los llevaron a tener distintos niveles de identificación y compromiso con las fuerzas juveniles, vinculadas a Montoneros. Es el caso de los gobernadores Oscar Bidegain, en Buenos Aires; Ricardo Obregón Cano, en Córdoba; Jorge Cepernic, en Santa Cruz; Miguel Ragone, en Salta; Alberto Martínez Baca, en Mendoza; Elías Adre, en San Luis; en menor medida, Juan Manuel Irrazábal, en Misiones. Hubo un par de situaciones de caudillos políticos del interior, relacionados con el peronismo revolucionario, que fallecieron en las últimas etapas de la resistencia: Abdulajá, en Santiago del Estero y Sinibaldo Franco, en San Luis.

Carta a Perón y su respuesta (febrero de 1971)

De nuestra correspondencia con el General se destaca una carta remitida el 9 de febrero de 1971 y respondida por este el día 20 del mismo mes de febrero. Allí aparecen los principales temas de la coyuntura y se vislumbran algunas cuestiones que tendrían mucha incidencia en el futuro de la relación.

La carta montonera contenía cinco puntos, a los que Perón respondería uno por uno. Rescato los conceptos sustanciales de la carta por su valor documental. La valoración de los hechos y la evaluación de los mismos corresponderán en definitiva a la Historia, si bien muchos aspectos son parte de las consideraciones de este libro.

Dice puntualmente la carta montonera:

> 1. En primer lugar, creemos necesario explicar las serias y coherentes razones que nos motivaron a detener, juzgar y ejecutar a P.E.A. (se refiere a Pedro Eugenio Aramburu) [...]. Nos preocupan algunas versiones que hemos recogido, según las cuales nosotros con este hecho estropeamos sus planes políticos inmediatos [...]. Creemos que, no solo para nosotros, sino para el Movimiento entero, es necesaria su palabra esclarecedora acerca de esta hipotética contradicción entre sus planes y nuestro accionar.

Este tema respondía a dos necesidades que estaban relacionadas. Ponerle límites a la campaña que se estaba desplegando, desde el gobierno y el interior del movimiento. Que la «aclaración» la formulara el propio Perón.

Nosotros, obviamente, teníamos confianza en una contestación positiva de Perón acerca de las versiones conspirativas sobre la detención y muerte de Aramburu. Partiendo de esa intriga se montó una campaña de deformación de los hechos. El libro del periodista norteamericano Martín Andersen, que echa dudas sobre Firmenich, es parte de esta versión difamatoria que se ha prolongado a lo largo del tiempo.[84] Años más tarde, en una nueva edición, Andersen completaría

la «información» dando los datos de su fuente: se trata de Robert Scherrer, agente del FBI afectado a la Embajada de su país en Buenos Aires donde cumpliera tareas durante la mayor parte de los años setenta.85 Esa fuente informativa, vinculada a la «Operación Cóndor»,86 es la que se utilizará para elaborar y echar andar una mentira. Con el paso de los años aprenderíamos a comprender el modo en que el imperialismo y sus voceros responden a los avances del movimiento popular.

Responde Perón:

> 1. Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas. Me hago un deber en manifestarles que si eso ha sido dicho, no puede haber sido sino con mala intención.

Dice la carta montonera:

> 2. Otro hecho de singular importancia es la ejecución de Alonso. Este hecho fue protagonizado por un Comando denominado Montonero Mazza. Este Comando utiliza el nombre de nuestra organización y el apellido de nuestro primer compañero muerto en combate; no obstante no pertenece a nuestra organización e ignoramos quiénes lo componen. Lo cierto es que el pueblo nos adjudicó la autoría del hecho jubilosamente [...]. Es por eso que ante el hecho consumado [...] consideramos necesario convalidarlo con el silencio [...]. Hemos observado, General, que usted no ha hecho condenas públicas respecto a la ejecución de Alonso, lo cual significa de algún modo convalidar la acción, pero también sobre este hecho han circulado versiones que indicarían que nuevamente un hecho nuestro o convalidado por nosotros se opone a sus planes tácticos inmediatos.

Lo dicho en el texto, en cuanto a las versiones y al desconocimiento de sus protagonistas, era rigurosamente cierto en ese momento.

Poco después del envío de esa carta la mayor parte de los miembros de ese grupo se incorporaron a nuestra fuerza. La jefatura del mismo estaba en manos de un ex dirigente del gremio ferroviario, absolutamente crítico de las conducciones sindicales ortodoxas. Ese compañero, del que no llegué a saber su verdadero nombre, estuvo en 1975 al frente de las movilizaciones de los trabajadores cordobeses, siendo asesinado poco después.Formaban parte del mismo grupo algunos jóvenes activistas sindicales y algún que otro intelectual.

Responde Perón:

> 2. Otro tanto sobre el asunto que este apartado menciona en su carta; es totalmente falso que haya perturbado plan táctico alguno.

Dice la carta montonera:

> 3. Otro punto sobre el que queremos hacerle llegar nuestras consideraciones es sobre el papel y las posibilidades del ejército. A diario podemos observar en el mundo entero hechos que nos certifican que esta es la hora de los pueblos [...]. Algunos compañeros del Movimiento confían esperanzados en que «algún sector» del ejército tome el poder y, haciéndose acompañar por el pueblo, salve al país. Nosotros pensamos que dicho sector no existe.

Esta observación está vinculada a la tradición de la Resistencia Peronista. Esta, muchas veces, confió en el grupo de «militares salvadores». Dicha tendencia estaba avalada, además del hecho que Perón fuera general, por otras circunstancias muy concretas como por ejemplo los levantamientos de los generales Juan José Valle en 1956 y Miguel Ángel Iñíguez en 1960. Nosotros entendíamos que esta creencia, que podría haber sido válida para otro momento de la Resistencia, no tenía fundamento en la realidad de 1971. Los posteriores acuerdos, después del 25 de mayo de 1973, con miembros del Estado Mayor del Ejército conducido por el general Jorge Raúl Carcagno, no solo fueron hechos en circunstancias notoriamente distintas sino que en ningún momento contemplaban que ese sector del Ejército tomara el poder.

Responde Perón:

> 3. Yo tampoco creo que la institución pueda hacer nada en nuestro provecho [...]. La institución, actuando como dictadura militar, es fuerte pero extraordinariamente frágil desde que actúa fuera de su función específica [...]. Coincido con ustedes en que no debemos confiar todo a lo que pueda hacer el ejército, ni aun en los grupos que nos puedan ser afectos, pero tampoco creo prudente que debamos abandonar las oportunidades propicias que se nos puedan presentar para la captación o el intento de descomposición de los elementos de las instituciones armadas que se pongan a nuestro alcance. Dispongo de informaciones, que me hacen pensar en ambas posibilidades, si se trabaja eficientemente [...]. Mi experiencia de viejo militar me permite decirles a ustedes sin temor a equivocarme que en el ejército actual, la mayoría de los suboficiales son nuestros. En la oficialidad, hay un 20% favorable y un 20% desfavorable, el resto es indiferente (60%). El 60% restante es indiferente, que se escuda como legalista, pero su legalidad consiste en servir al que gana. Si nosotros no estamos en las de ganar los tendremos en contra pero, tan pronto tengamos una posibilidad, podremos contar con ellos que, aunque son como la bosta de paloma, sirven de relleno y hasta a veces pueden servir para más.

Dice la carta montonera:

> 4. Otra aparente opción [...] es la salida electoral [...]. La salida electoral hay que analizarla desde dos puntos de vista: Por un lado el del régimen; por el otro el del pueblo [...]. Buscan desesperadamente la salida electoral que sirva

a la vez de válvula de escape y para sacarse de encima esta pelota de fuego que les quema entre las manos y con la que ya no saben qué hacer. [...] De ahí la maniobra para tratar de crear el partido de la revolución argentina incorporando al peronismo en ella. Logrado esto, entonces sí, elecciones. [...] La salida electoral es para el régimen la única posible que les permite durar algún tiempo más sin que el pueblo estalle definitivamente. [...] Veamos qué le ofrece al pueblo la perspectiva electoral. [...] A nosotros no nos significa ninguna garantía ganar una elección; porque no hay duda de que la ganamos, pero tampoco hay dudas de que no van a tolerar un gobierno justicialista.

En este punto se resumen nuestro pensamiento, el de buena parte de nuestra generación y de la mayor parte de la Resistencia Peronista, sobre las perspectivas futuras. Una gran desconfianza en las instituciones y el riesgo de continuar con la inestabilidad que implicaba ese movimiento cíclico de democracias débiles, seguidas de golpes de Estado. Por último, teníamos la plena convicción de que nos encontrábamos a la puerta de cambios revolucionarios.

Responde Perón:

4. Sobre la opción electoral, yo tampoco creo. Hemos visto ya demasiado para creer en semejante patraña. Por eso comparto totalmente sus afirmaciones [...]. Sin embargo, como en la lucha integral en que debemos empeñarnos, no se puede despreciar la oportunidad de forzar también este factor a fin de hostigar permanentemente desde las organizaciones de superficie que, frente a la opinión pública, tienen también su importancia [...]. Esta lucha también concurre a la «guerra revolucionaria» para que [...] cada uno pelee en la forma que es capaz de hacerlo.

Dice la carta montonera:

5. Bien, hemos visto la eficacia de nuestro método de lucha [...], el descreimiento popular sobre el sindicalismo como herramienta capaz de conducir un proceso revolucionario, la imposibilidad de que el ejército pueda generar un proceso de liberación nacional, y la insuficiencia del camino electoral. [...] El único camino posible para que el pueblo tome el poder [...] es la guerra revolucionaria [...] que tiene como eje fundamental y motor al peronismo.

Aquí se propone al peronismo retomar los caminos propuestos por Perón-Cooke-Vicente-Alberte en 1956: la lucha integral, la guerra revolucionaria.

Se planteaba de una manera rotunda nuestra estrategia: avanzar en la organización revolucionaria con capacidad de impulsar el mencionado proceso de liberación nacional a través de la lucha integral.

Responde Perón:

5. Totalmente de acuerdo en cuanto afirman sobre la guerra revolucionaria. Es el concepto cabal de tal actividad beligerante. Organizarse para ello y lanzar

> las operaciones para «pegar cuando duele y donde duele» es la regla [...]. Pegar y desaparecer es la regla porque lo que se busca no es una decisión sino un desgaste progresivo de la fuerza enemiga [...]. Pero, en este caso es necesario comprender que se hace una lucha de desgaste como preparación para buscar la decisión tan pronto como el enemigo se haya debilitado lo suficiente. Por eso la guerra de guerrillas no es un fin en sí misma sino simplemente un medio y hay que pensar también en preparar el dispositivo general que aun no interviniendo en la lucha de guerrillas, debe ser factor de decisión en el momento y en el lugar que tal decisión deba producirse [...]. Los Montoneros [...] han de tener comandos muy responsables, y en lo posible operar lo más coordinadamente posible con las finalidades de conjunto y las otras fuerzas que en el mismo o distinto campo realizan otra forma de acción, también revolucionaria.

En la respuesta a los dos últimos puntos de nuestra carta están las diferencias sustanciales entre lo que pensábamos nosotros y lo que planteaba Perón.

Perón omite opinar sobre la forma que puede adoptar la «decisión final» para resolver el enfrentamiento de conjunto. Nada dice si puede ser o no electoral, que nosotros desechábamos en ese momento. Esta cuestión no quedó planteada como algo irresoluble. De hecho, nosotros terminamos adoptando la estrategia electoral para la resolución y avance en esa coyuntura.

Se insinuaba en las cartas otra cuestión contradictoria que no tuvo la misma suerte que el tema anterior. Perón reivindicaba a la guerrilla como una cuestión instrumental, mientras que nosotros, en esa carta, la colocábamos como una base indispensable para la construcción del poder popular. Esta diferencia no es anecdótica y tiene mucho que ver con los enfrentamientos que se desatarían algunos años más tarde. De hecho Perón nos asignaba el rol de «formación especial», una parte de su fuerza general que desempeñaba un rol específico en su estrategia de conjunto. Ese era el lugar que teníamos en los planes de Perón. Nosotros aceptábamos esa situación provisoriamente, pero claramente nos imaginábamos en un lugar distinto. Sentíamos que, progresivamente, podríamos asumir mayores responsabilidades. Allí había una contradicción central.

En ese momento no le prestamos mayor atención a estas diferencias e imaginamos que su desarrollo se daría en el marco de las definiciones, del propio Perón, acerca del trasvasamiento generacional.

Reuniones Perón/Montoneros (1972-1973)

Inicios de 1972

Viajaron a Madrid, con motivo de esta reunión, los compañeros Carlos

Alberto Hobert y Alberto Molinas, responsables de las Regionales Buenos Aires y Cuyo, respectivamente.

Es importante destacar que esta reunión se realizaría un año después de la carta antedicha.

El viaje fue precedido por uno anterior que realizara, a pedido nuestro, Sinibaldo Franco, un histórico dirigente peronista de San Luis que tenía más de setenta años y era el delegado de Perón en esa provincia.

El viejo Sinibaldo Franco se presentaría a Perón como delegado montonero, para anunciarle el viaje de dos «oficiales» de esa organización (designación que corrió por cuenta del viejo Sinibaldo). Perón lo recibió y tomó nota de la entrevista planteada.

Visto ese hecho desde hoy, seguramente a Perón no le habrá causado ninguna gracia que «su» delegado, apareciera —a su vez— como «delegado de», que tenía reglas y disciplina propias. Esto era absolutamente inhabitual en aquel peronismo.

El gesto de pedirle a Sinibaldo Franco que tramitara la entrevista, que luego se concretaría, no tenía otra pretensión que fortificar ante Perón la imagen de que los viejos militantes compartían nuestra lucha. Los compañeros volvieron impresionados por la convicción que tenía Perón acerca de que la dictadura de Lanusse carecía de salida y que sus plazos se estaban acortando. Consideraba que era inminente un cambio en la situación.

Perón, después de exaltar la lucha que estábamos desarrollando, trató de persuadir a los compañeros en torno a la idea de que la salida electoral era inexorable, que habría elecciones, y que el peronismo iba a ganar. No descartó que durante ese año de 1972 se produjera su retorno y se realizaran las elecciones.

En ese momento, la posición predominante que nosotros teníamos era que no había posibilidades de próximas elecciones con la libre participación del peronismo o que estas eran muy remotas. El debate interno sobre esta perspectiva electoral era intenso. La Regional Buenos Aires, conducida por el compañero Hobert, había planteado un programa muy polémico. Lo hicieron público en un comunicado, informando sobre una recuperación económica (intercepción a un blindado del Banco de Galicia, realizada el 23 de diciembre 1971). Allí se planteaban las siguientes condiciones para el propuesto proceso electoral:

1. Elecciones con Perón en la Patria y como candidato.
2. Programa para un gobierno nacionalista revolucionario que asegure la nacionalización de todos los sectores claves de la economía; expropiación sin compensación de la oligarquía terrateniente, la burguesía industrial y los

monopolios internacionales; planificación integral de la economía por el estado revolucionario y control obrero de la producción.
3. Libertad a todos los presos políticos, gremiales y bajo la legislación antisubversiva.
4. Amnistía general para todos los perseguidos y supresión de todas las leyes y cuerpos represivos.

Tenía la firma de las UBC (Unidades Básicas de Combate) «José Sabino Navarro» y «Juan Pablo Maestre». Se trataba de un programa maximalista, particularmente su segundo punto. Sus autores, de esa manera, pretendían amortiguar el efecto negativo, en el conjunto de nuestra militancia, de la propuesta de participar en el proceso electoral. Era inédito, por lo menos en América Latina, que una guerrilla participara en un proceso electoral.

En términos semejantes los compañeros respondieron a un reportaje publicado por la revista *Las Bases*, que se hiciera en la «Quinta 17 de octubre», en Madrid. (87) Los primeros meses de 1972 fueron de una ardua discusión interna. Con el regreso de los compañeros el debate se agudizaría aún más, hasta que la mayoría se fue inclinando por la participación.

También nos comentaron un episodio que al tiempo fue significativo. Isabel Perón fue la encargada de despedirlos en la puerta de la quinta de Puerta de Hierro. Allí les ratificó que Perón volvería ese año y que, por encima del cúmulo de versiones que circulaban, ella se comprometía a darnos un aviso cierto sobre ese hecho.

Manifestó que la edición de la revista *Las Bases* donde ella saliera en la tapa usando el pañuelo que los compañeros le habían llevado de regalo, era la contraseña del seguro retorno. Que nos guiáramos por ese detalle y actuáramos en consecuencia.

Finalmente, las cosas sucedieron así. Isabel apareció, usando dicho pañuelo, en la tapa de *Las Bases* del mes de octubre de 1972. (88) Eso ocurría a menos de treinta días del retorno de Perón.

Los compañeros Hobert y Molina también relataron, a su regreso, cómo había culminado la entrevista en Madrid: el General les mostró el cadáver de Eva Perón, que le había sido devuelto poco tiempo antes. Allí, frente al cuerpo de Evita, un Perón emocionado, con lágrimas en los ojos, tomándolos del brazo les mostró los ultrajes en el cuerpo y dijo: «¡Cómo podían pensar que yo iba a estar en contra de la ejecución de Aramburu!»

Abril de 1973

Inmediatamente después del triunfo electoral se formuló la necesidad de una nueva reunión con Perón. Queríamos hacerlo antes del 25 de

mayo, para plantearle al General nuestras opiniones acerca de las políticas desde las cuales abordar las responsabilidades del próximo gobierno.

Le hicimos llegar al General nuestra inquietud y Perón nos convocó a Roma para la primera semana de abril. En maratónicas reuniones con distintos equipos político-técnicos (propios y amigos) ajustamos, en los días previos, las propuestas a llevar al General. La JP tenía sus propios equipos político-técnicos. Además, se trabajó en el contenido del material que llevaríamos a Perón en conjunto con los Comandos Tecnológicos Peronistas (encabezados por el teniente Julián Licastro) y los Consejos Tecnológicos Peronistas (coordinados por Rolando García, ex decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA).

Esas propuestas fueron consensuadas y eran, en sus aspectos centrales, diferentes desarrollos del Programa Electoral del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), que era la alianza electoral que había ganado las elecciones.

Por otra parte, en función del nuevo gobierno, habíamos acordado algunos nombres que serían transmitidos al General según el desarrollo de las conversaciones. Esos nombres tenían dos características: algunos eran opiniones contrarias a sus designaciones, algo parecido a un veto; en otros casos constituían proposiciones. Las primeras, en general, manifestaban la lucha interna con el aparato sindical, que ya estaba en desarrollo. Las proposiciones se referían a políticos o técnicos propios, amigos y aliados.

Incluso no descartábamos la participación de algunos radicales, particularmente en Economía. La idea de la incorporación del radicalismo al gobierno respondía a la conveniencia de conformar un gobierno frentista, lo más amplio posible, excluyendo solamente a los sectores oligárquicos. De tal manera, suponíamos, se reduciría la base de sustentación de eventuales intentos golpistas.

Así fue como partimos para Roma. Con este «paquete» en las manos, con el aval de distintos equipos técnicos y, sobre todo, con la responsabilidad de poder hablar cara a cara con ese mito viviente por quien tanto habían dado muchos hijos de distintas generaciones de argentinos. En ese momento, nos parecía natural ejercer esa responsabilidad. Era un paso más en un rumbo sobre el que no teníamos dudas.

Viajamos Firmenich, Quieto y yo. Ellos lo hicieron clandestinamente. Yo, en cambio, dado que no había sido detectado por los servicios represivos, viajé por separado, usando mis propios documentos.

Nos reunimos con el General en el Hotel Excelsior de Roma, en la Vía Véneto. Encontramos al General en la suite que ocupaba junto a Isabel

y López Rega. Su ventana daba a una angosta callejuela romana que la separaba de un edificio de la Embajada de los Estados Unidos. Después me enteraría que esa suite había sido facilitada por Licio Gelli, el jefe de la Logia P-2. Este, además, introduciría a Perón en el Vaticano, para terminar con todos los vestigios de aquel entredicho (que no habría llegado a una excomunión) producido con la Iglesia Católica después de expulsar del país en 1955 al obispo Manuel Tato y al canónigo Ramón Pablo Novoa.

Participamos de ese encuentro Perón, Isabel, el secretario de Perón, nosotros tres y un compañero que hizo de enlace para coordinarlo. A los pocos minutos, luego de los abrazos y saludos correspondientes, se produjo la primera sorpresa. Cuando todavía, como sucede en estos casos, no había encontrado la posición adecuada para mis manos y piernas, sonó un llamado desde la conserjería, al que el secretario de Perón ordenó: «¡Que pasen!». Poco después, se presentaba el presidente Cámpora acompañado por su esposa e hijos. Con Firmenich y Quieto intercambiamos miradas de extrañeza por el significado de esa «liturgia» de Perón, al recibir delante nuestro al presidente electo que le venía a ofrendar su victoria. A los pocos minutos se retiraron Isabel, la esposa e hijos de aquel y el compañero que había oficiado de enlace.

Reiniciada la reunión me dio la impresión de que Cámpora compartió con nosotros la significación de ese ritual. En efecto, cuando comenzó a delinear lo que pensaba hacer, trataba de darnos todas las explicaciones reiterando que el gobierno era fruto de una alianza que era menester respetar. Tranquilizándolo, le adelantamos nuestra coincidencia y, más aún, que a nuestro modo de ver no había que descartar la participación de algunos hombres del radicalismo en esa próxima etapa del gobierno.

En esa reunión y en una posterior, realizada al día siguiente sin la presencia de Cámpora, no se avanzó mucho más allá de las generalidades y los chismes de la coyuntura. Todo esto fue matizado por las reflexiones de Perón sobre la situación general y su confianza en que capitales europeos y árabes invirtieran en el país. El único tema que se discutió con mayor detalle fue la cuestión militar, enmarcada en las características y dificultades de la transición que tendríamos que emprender. Las trampas, de todo tipo, que nos podían dejar montadas y, sobre todo, las características y nombre de quien ocuparía la jefatura del Ejército.

Perón nos pidió opinión acerca de la conveniencia de colocar un coronel, violando una disposición dictada por Lanusse que obligaba a que el Comandante fuera un General de División, y forzar así la retirada de todo el generalato. Eso nos animó a poner sobre la mesa las relaciones que tenían nuestros compañeros con los coroneles Juan

Jaime Cesio y Carlos Dalla Tea. También la perspectiva de considerarlos como eventuales candidatos. Estos dos coroneles eran miembros del Estado Mayor del V Cuerpo de Ejército con sede en Bahía Blanca, cuya jefatura ejercía el general Jorge Raúl Carcagno. Nos llamó la atención que el secretario de Perón, José López Rega, interviniera activamente en el debate. Hizo algunos comentarios, no muy positivos, sobre los coroneles mencionados y la cuestión quedó allí.

Perón nos propuso continuar las conversaciones en Madrid, un par de días después. Según lo que expresó el mismo Perón, durante su estadía en Roma sus dos actividades centrales habían sido las gestiones con los sectores económicos europeos interesados en la Argentina y los contactos con el Vaticano. El anfitrión público del General, en esas relaciones, era Gian Carlo Valori, quien nos fuera presentado como un empresario muy próximo al Vaticano. Después sabríamos que este servía a las órdenes de Licio Gelli. Meses más tarde, ambos serían condecorados por el gobierno argentino.

Durante el paso por Roma fuimos sorprendidos por un hecho llamativo: el *grafitti* más común que —en esos días— cubría las paredes romanas era uno que le daba la «Bienvenida al General Perón». Estaba firmado por un grupo juvenil próximo al neofascista MSI (Movimiento Social Italiano).

Ya en Madrid tuvimos dos o tres reuniones más con Perón. Se hicieron en la «Quinta 17 de octubre», en Puerta de Hierro. Nosotros expusimos, con toda sinceridad, las propuestas que llevábamos.

Tiempo después, cuando las relaciones con Perón se habían deteriorado, internamente algunos nos criticaron esa sinceridad, y la caracterizaron como una ingenuidad política.

La visión geopolítica que en esa época —abril de 1973— tenía Perón sobre la situación conosureña y las relaciones con Estados Unidos, son los elementos más significativos de esas largas charlas que mantuvimos.

En ese momento manifestaba su confianza en la firmeza de las posiciones que vislumbraban mayor independencia, autonomía y justicia para nuestras naciones. Creía que ese era el futuro de nuestros pueblos a pesar de las presiones de Estados Unidos y de la actitud de Brasil, que había sido definido por Henry Kissinger (secretario de Estado norteamericano) como el «satélite privilegiado» de la política norteamericana en el Cono Sur.

Perón partía del supuesto de que en Uruguay no habría cambios sustanciales. Imaginaba que su presidente, Juan María Bordaberry, afirmado en la tradición democrática de los uruguayos, resistiría las presiones militares.

Con respecto a Paraguay, tenía confianza en que su presidente,

Alfredo Stroessner, no traicionaría la amistad que tenían y mantendría sus acuerdos con la Argentina. Con ello evitaría desbalancear la situación conosureña a favor de Brasil. Con la frase «Es un alemán derecho, no nos va a traicionar», sintetizaba su ilusión.

En cuanto a Bolivia, creía que el general Alfredo Ovando, que había evolucionado hacia posiciones más nacionalistas, podría llegar a cuestionar al gobierno pronorteamericano del general Hugo Banzer, a quien Lanusse habría ayudado para destituir al gobierno del general Juan José Torres, un nacionalista revolucionario. (89) Sobre esta cuestión Perón nos planteó que, próximamente, nos solicitarían colaboración en esa dirección.

Al general Torres lo conocería, en Buenos Aires, un par de años después. Casi no tenía dinero para vivir y necesitaba un arma corta para una eventual defensa ante las amenazas de las que era objeto. Pudimos satisfacer su pedido, pero no le serviría de mucho: poco después sería asesinado por la Triple A y sus socios.

Neutralizada la situación en esos países, Perón sostenía que la estrecha relación que mantenía con el presidente chileno fortalecería la posibilidad de hacer grandes cambios en la región. Recalcaba sus óptimas relaciones y coincidencias con Salvador «Chicho» Allende, con quien, según sus dichos, se comunicaba semanalmente.

Perón se entusiasmaba avanzando en el desarrollo de esta perspectiva. La completaba con la confianza en el camino de las profundas reformas que impulsaba en Perú el general Juan Velasco Alvarado. Por todo eso esperaba que, juntamente con el presidente mexicano Luis Echeverría (integrante del Partido Revolucionario Institucional —PRI—, que todavía conservaba rasgos antiimperialistas) y a quien Perón tenía que ver en los siguientes días, podrían liderar un nuevo período de mayor independencia, justicia e integración para nuestros pueblos. Resumió esa idea de esta manera: «Con Echeverría en el norte y nosotros (Argentina y Chile) en el sur, esta vez a los gringos los paramos».

El General tenía muchas expectativas en las inversiones del mundo árabe. Avalaba esa expectativa el reciente fenómeno de los «petrodólares», que inundaban las arcas de los países petroleros a partir de la vertiginosa suba en el precio del petróleo. Su visión tercermundista le ponía el marco político-ideológico a esa posibilidad. Nosotros mismos pudimos verificar ese interés cuando, saliendo de una de nuestras reuniones, tropezamos con una veintena de embajadores y otros diplomáticos de los países árabes, acreditados en España, que esperaban ser recibidos por Perón. Con el tiempo comprenderíamos que esa visión de Perón sobre las perspectivas de inversiones árabes tenía errores de apreciación. Aquella simpatía estaba subordinada a la

creciente relación entre los sauditas (Arabia Saudita), una de las expresiones de mayor poder de aquel mundo, con el negocio del petróleo y la generación de los «petrodólares». Esa relación estaba sustentada en el complejo de intereses de los Estados Unidos, con los que Perón confrontaba. Naturalmente, las inversiones no vinieron y ya sabemos lo que llegó en su lugar.

Respecto de Montoneros, Perón no ocultaba su preocupación acerca de la necesaria reconversión de nuestra fuerza. Seguramente recordando sus épocas de profesor de Historia Militar, reseñó una serie de sucesos históricos para ejemplificar las dificultades para el reintegro a la vida y responsabilidad civil por parte de quienes venían de protagonizar una resistencia que incluía actividades militares. En ese sentido destacó que los siguientes cuatro años debíamos utilizarlos para aprender a gobernar y asegurar un eficaz trasvasamiento generacional, en la conducción del movimiento y el país.

Manifestó que asumía la responsabilidad de asegurar que, progresivamente, se nos fueran asignando crecientes responsabilidades. Argumentó sobre la necesidad de avanzar en la organización popular y el rol que, para tal fin, podría cumplir la «Fundación de Ayuda Social Eva Perón». Veía en las tareas de promoción social una manera eficaz para darle continuidad a nuestra organización. No es cierto que, como algunos afirman de un modo equivocado, Perón (o más tarde Cámpora) nos haya ofrecido el Ministerio de Bienestar Social. Reiteró que, a su regreso, veríamos la forma concreta para que nos hiciéramos cargo de reconstruir la «Fundación» y así poder utilizarla como centro de nuestras actividades.

Antes de partir, una conversación con López Rega aportaría otros elementos a los que el tiempo daría una significación impensada.

Después de la última conversación con el General, una vez que nos despedimos de él y saludamos a Isabel, de escasa participación en estas reuniones, López Rega nos invitó a tomar un café en el bar del Hotel Real, próximo a la «Quinta 17 de octubre».

De López Rega se decían muchas cosas, pero en ese entonces para nosotros no era más que «el secretario» de Perón. Su participación en las reuniones de Madrid se limitó a intervenciones esporádicas, más cerca de lo esotérico que de la política.

Aquel día, ya en el bar, desplegó su teoría sobre el futuro apelando a la metáfora del «guitarrista de Gardel». Lo que nos contó López Rega, que contraría los datos históricos, es lo siguiente: el más eximio de esos guitarristas de Gardel murió con él en el accidente de Medellín. El otro, menos habilidoso, había quedado en Buenos Aires, para reducir los costos de la gira. Eso fue lo que lo salvó. Pero a la muerte de Gardel y

de su mejor guitarrista, este, el menos habilidoso, se ganaría la vida suplantando su menor calidad con la fuerza de su título de «El guitarrista de Gardel». Cerró la anécdota diciendo que ese era su futuro. Que el General sería presidente y que, a su muerte, lo sucedería Isabel. Entonces llegaría su momento, porque ejercería el poder a través de Isabel, que era su discípula. Remarcó que, como aquel «guitarrista malo», él suplantaría sus deficiencias con el título de «Secretario de Perón». Nosotros no asignamos a esas y otras anécdotas e ideas ninguna significación y valor más que los de sueños de un delirante. Con el tiempo comprenderíamos cómo nos habíamos equivocado.

En aquel momento nos preocuparon más, aunque también lo atribuimos a una suma de delirios sin entidad suficiente, sus insinuaciones acerca de la conveniencia de constituir grupos operativos de tipo clandestino para combatir a la izquierda. Eso que nos pareció un disparate y como tal lo rechazamos, luego se convertiría en trágica realidad a la que otros prestaron su concurso y, al final, nosotros fuimos sus principales víctimas.

El pensamiento de Perón en aquellos tiempos

En general, los mensajes de Perón correspondientes a este período se inscriben en el tono de la ya mencionada —y aquí parcialmente transcripta— carta del 20 de febrero de 1971. En esa misma dirección se orienta la carta que Perón dirige a «los Compañeros de la Juventud (peronista)» el 23 de febrero de 1972. Allí acuña el término de «juventud maravillosa» y agrega:

> Yo tengo una fe absoluta en nuestros muchachos que han aprendido a morir por sus ideales. Y cuando una juventud ha aprendido y ha alcanzado esto, ya sabe todo lo que una juventud esclarecida debe saber. [...] Tenemos demasiados muertos, encarcelados y proscriptos para que nos olvidemos de su mandato [...], no sabemos hasta donde nos llevará la violencia de la dictadura militar, por eso debemos prepararnos y actuar frente a todo evento. El Movimiento Peronista ha de estar organizado apropiadamente para ello, en forma que permita la lucha orgánica de superficie, y pueda hacer frente también a las formas cruentas que suelen ser impuestas por las dictaduras como la que azota al país de nuestros días. Las Formaciones Especiales encargadas de lo último [...] actúan tanto dentro de nuestro dispositivo, como autodefensa, como fuera de él, en la lucha directa de todos los días, dentro de las formas impuestas por la guerra revolucionaria. [...] La experiencia es la parte más efectiva de la sabiduría. Es preciso que nuestros muchachos recurran a veces a los viejos dirigentes en procura de esa experiencia. Pero en caso alguno han de titubear en la acción por temor a su inexperiencia. Es preciso actuar, y aunque la experiencia cuesta cara y llega tarde, ello no ha de ser un obstáculo para la acción. De cualquier manera peor que lo han hecho

los viejos no lo podrán hacer. Basta contemplar el mundo que les dejamos. (90)

El grupo «Cine Liberación» que nucleaba a Fernando «Pino» Solanas, Octavio Gettino y Gerardo Vallejos, entre junio y octubre de 1971, grabó un «reportaje fílmico» al general Perón.

Este mismo grupo había producido en 1968 *La hora de los Hornos: Notas y Testimonios sobre el Neocolonialismo, la Violencia y la Liberación*, película que fuera exhibida comercialmente en 1973. Antes de hacerlo, Pino Solanas nos pediría opinión sobre la misma. La vimos, Firmenich y yo, junto a él y Chunchuna Villafañe (su pareja por aquel entonces), en un estudio. Nuestras observaciones, menores por cierto, giraron en torno a la conveniencia de ajustar algunos subtítulos a la nueva realidad. Aquel reportaje producido por «Cine Liberación» sería divulgado bajo el nombre de «Actualización Político Doctrinaria para la Toma del Poder». Ambos materiales se estaban reproduciendo en reuniones semiclandestinas, utilizándose como un recurso para el debate y la formación.

En la «Actualización...» Perón planteaba tres conceptos sobre los que se construyó el pensamiento en el que fuimos formados los jóvenes militantes de esa época. Esos conceptos son el *socialismo nacional*, la *guerra integral* y el *trasvasamiento generacional*.

Este era el marco del debate político y de nuestras relaciones con Perón en esa época. Además, las discusiones giraban alrededor de otros tres grandes temas: el pueblo (las masas), Perón (el líder) y nosotros (autodefinidos como construcción de una vanguardia).

El debate se expresaba sobre cada una de estas relaciones: «líder/masas» (es decir la relación del Pueblo con Perón); «vanguardia/masas» (la relación entre el pueblo y Montoneros) y «líder/vanguardia» (la relación entre Perón y Montoneros).

Desde el punto de vista que aquí interesa, conviene destacar la relación líder/vanguardia, es decir de Perón con Montoneros. Sobre la base de las definiciones políticas que hemos señalado, nuestra propuesta era ir produciendo una simbiosis con Perón en la conducción. Lo hacíamos a partir de la idea de vanguardia revolucionaria que procura avanzar en la conducción del movimiento popular. En aquel momento aparecieron consignas tales como «Conducción, conducción, Montoneros y Perón». Esta consigna no expresaba una posición unívoca ni formalmente asumida. Más bien pensábamos que la vanguardia aún había que construirla y la conducción se ganaba, y ambos procesos estaban en desarrollo. En esta cuestión radica otra de las claves para comprender lo acontecido tiempo después. Visto desde ahora, aparece como uno de los

componentes más conflictivos en la relación con Perón. Debo suponer que, para el viejo General, aquí estuvo nuestro «pecado capital» y no hubo aguas del Jordán que lo pudieran redimir.

80. Cullen, Rafael: *Clase obrera. Lucha armada. Peronismos*, vol. I, *Génesis, desarrollo y crisis del peronismo original*, La Plata, Ediciones de la Campana, 2009, p. 262.
81. *Ibid.*, p. 264.
82. Carri, Roberto: *Poder imperialista y liberación nacional. Las luchas del peronismo contra la dependencia*, Buenos Aires, Efece Ediciones, 1973, pp. 245-246.
83. Horowicz, Alejandro: *Las dictaduras argentinas. Historia de una frustración nacional*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 111.
84. Andersen, Martin: *Dossier secreto. El mito de la Guerra Sucia*, Buenos Aires, Planeta, 1993, pp. 88-91 y 142-144.
85. Andersen, Martín: *Dossier secreto. El mito de la «guerra sucia» en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 146-147.
86. Calloni, Stella: *Operación Cóndor. Pacto criminal*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, p. 2.
87. *Las Bases* (Órgano Oficial del Movimiento Nacional Justicialista), nº 6, 1º de febrero de 1972.
88. *Ibid.*, nº 23, 19 de octubre de 1972.
89. Fraga, Rosendo: *Ejército: del escarnio al poder (1973/1976)*, Buenos Aires, Planeta, 1988, p. 55.
90. Perón, Juan Domingo: «Carta a los Compañeros de la Juventud», en Baschetti, Roberto: *Documentos 1970/1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, Ediciones de la Campana, 1995, p. 139.

Capítulo IV

La primavera camporista

Irrupción generacional y contradicción entre el programa de coyuntura y el de largo plazo — 25 de mayo: euforia cargada de presagios — La «oleada de ocupaciones» — Las guerrillas montoneras y del PRT-ERP durante el «camporismo» — 20 de junio, Ezeiza: el imperio contraataca. Ingenuidades propias y vacilaciones «camporistas» — Nueva estrategia montonera y relaciones con el Ejército — Las relaciones con el gobierno de Cámpora — Renuncia de Cámpora

Irrupción generacional y contradicción entre el programa de coyuntura y el de largo plazo

La fuerza montonera, me atrevo a decir que cada uno de sus miembros, estaba sincera y realmente atravesada por una problemática que no era fácil de plantear, mucho menos de realizar. Esta tenía que ver con la relación entre nuestros sueños e ideales y la realidad sobre la que teníamos que operar. Estos dos polos pueden ser objetivados en sendos textos que los simbolizan.

En primer lugar, se encontraban aquellas definiciones, particularmente la enunciación del «Programa económico», que figuraban en los Cuatro Puntos de la Regional Buenos Aires (91) de diciembre de 1971, donde se planteaban los ejes de nuestras perspectivas de un proyecto económico-social, más allá de esa coyuntura.

El segundo desafío venía del Programa Electoral del Frente Justicialista de Liberación utilizado para las triunfantes elecciones del 11 de marzo de 1973 y como compromiso del gobierno que asumiría el 25 de mayo, del que nosotros nos sentíamos parte. Entendíamos que, tal como estaban las circunstancias y correlación de fuerzas, servía para gobernar aquella etapa y acumular fuerzas con vistas al futuro.

De modo tal que aquella problemática, desde el punto de vista conceptual, no resultaba una contradicción irresoluble, pero sí estaba dentro de cada uno de nosotros. Era claro que aquel sintético «Parte de Guerra» pretendía integrar aquellos objetivos que motivaran el inicio de aquella forma de lucha con la perspectiva coyuntural ofrecida por un debilitado enemigo.

A esta contradicción la asumíamos como la expresión lógica de una tensión natural que, partiendo de la realidad, procura construir los

sueños compartidos. En esa dirección hubo dos tipos de desfasajes:

Uno proveniente de nuestras propias filas. Estaban fundados en el hecho de que muchas acciones se realizaban como si tuviéramos todo el poder o, por lo menos, manejáramos la administración del Estado.

El otro, vinculado al incumplimiento del propio programa coyuntural que tuviera el FREJULI, entidad que, poco a poco, se iría deshilachando.

Es por eso que durante este período comienzan a aflorar las contradicciones en nuestras ideas y concepciones. Y también estallan las diferencias en las perspectivas y objetivos que correspondían a los distintos sectores sociales y generacionales cuyos anhelos y esperanzas habíamos logrado aglutinar y hasta representar, con algunas de las políticas estatales.

Nuestra generación participaba de la hegemonía social de un nuevo pensamiento y de una nueva cultura.

Las ideas, los usos y costumbres, la práctica de nuestra juventud había impregnado, con su arrolladora presencia, a toda la sociedad. Desde los lugares más impensados, en las formas más diversas, miles se sumaban a esta tendencia, reconociendo una hegemonía que resultaría tan fugaz como profunda, más por la expectativa despertada que por la fuerza consolidada.

¿Cómo explicar hoy, por ejemplo, que una empresa multinacional productora de esencias para perfumes que tenía como marca Firmenich hiciera su propaganda asociándolo a imágenes con modelos vestidos con ropas guerrilleras y frases ambiguas aludiendo a ese fenómeno juvenil? ¿O aquellos testimonios que documentan cuando Palito Ortega manifestara que su canción «El camino a la libertad» estaba fundada en el sentimiento que le produjera la masacre de Trelew? (92)

La vida cotidiana de la época desborda en ejemplos que prueban el vigor con que las reivindicaciones de esa juventud y de buena parte de la práctica guerrillera se habían incorporado a la cultura del hombre común.

Esa densidad cultural de nuestra generación provocaría, aun en la breve existencia que tuvo, una eclosión de tal vitalidad que, aunque escasamente analizada, ha dejado una marca profunda que ni la represión, ni la masacre posterior, ni las mentiras de la *doble demonización* pudieron apagar.

Aquella sociedad partida por mitades, que desde el golpe de 1955 no podía ser gobernada por ninguna de ellas, la creíamos superada. En realidad, solo el avance popular había alcanzado para desbordarla. Creíamos haber contribuido a dos grandes logros: superar, por un instante, el abismo que impedía el tránsito hacia una sociedad más

justa; y favorecer a una clara hegemonía social que era masivamente reconocida en el avasallante avance del campo popular.

La incorporación al peronismo —o la neutralización— de la mayor parte de los vastos sectores medios, estaba permitiendo ese nuevo fenómeno. Largos y sacrificados años de resistencia estaban rindiendo sus frutos. La coronación de los mismos se había iniciado con la campaña del «Luche y Vuelve», había golpeado la voluntad dictatorial con el retorno de Perón, el 17 de noviembre de 1972 y se había institucionalizado con el triunfo electoral del 11 de marzo de 1973. Su fortaleza se exhibiría públicamente con los sucesos de la asunción de Cámpora, el 25 de mayo.

Pero ya veremos luego cómo, pocas semanas después, iniciaría su declive a partir de la «emboscada de Ezeiza», con motivo del segundo y definitivo retorno de Perón, el 20 de junio de ese mismo y cambiante año de 1973.

Las viejas tradiciones liberales estaban en retirada. La resistencia al peronismo se había quebrantado. Importantes sectores de la clase media, históricamente opositora al peronismo, ahora se identificaban con él. Comenzaba una nueva alianza social. Todo parecía indicar que los trabajadores y el pueblo más humilde, junto a una franja importante de los sectores medios, tendrían la oportunidad de moldear juntos un nuevo país.

Nuestro lenguaje, emparentado con aquel que acuñara Evita de «acabar con las minorías oligárquicas», parecía afín al que sostenía Perón con su bandera del «socialismo nacional».

Vislumbrábamos que las minorías, que históricamente se habían beneficiado de las divisiones de las fuerzas mayoritarias, estaban en retirada. Suponíamos que la energía desplegada haría posible romper con nuestra «dependencia» y acabar con el sistema explotador.

La crisis petrolera en un país capaz de autoabastecerse en materia de hidrocarburos, el aumento del precio internacional de los alimentos para quienes éramos exportadores de los mismos, daban sustento material a nuestras pretensiones de independencia económica. Esta, junto a la soberanía política que el pueblo había recuperado y la justicia social que era la esencia de nuestro movimiento, presagiaban el retorno de las tres banderas tradicionales del peronismo.

Parecía que, por fin, alcanzaríamos el ideal democrático de un gobierno de las mayorías para las mayorías. Este fenómeno, que le auguraba viabilidad a nuestros sueños, se exteriorizaría como un hecho objetivo, verificable y masivo a partir del primer retorno de Perón el 17 de noviembre de 1972, y mantendría su hegemonía hasta el segundo y definitivo retorno del líder, el 20 de junio de 1973.

Lo conseguido expresaba la culminación de un largo proceso de construcción. Desde el punto de vista cultural constituía la integración de amplios sectores medios al movimiento nacional, a su historia, sus tradiciones y su identidad política.

Un rasgo típico de este avance fue el modo en que la juventud de los sectores medios se adentró en el conocimiento y la aprehensión de la cultura y la historia nacional. En fogones, guitarreadas, peñas y festivales se iban recuperando la historia y las costumbres de esa Argentina sometida a la que la cultura oficial sistemáticamente le había negado lugar.

Quienes se reconocían como «clase media», acostumbrados a mirar *desde arriba y hacia afuera*, habían encontrado nuevos rumbos: ahora empezaban a mirar *desde abajo y hacia adentro*.

Aquellos sectores que habían construido sus valores copiando los de la clase alta y mirando a la cultura europea, tenían ahora, dentro de ella misma, a una porción que cambiaba la dirección de su mirada. La mayoría de los jóvenes nos sentíamos parte de ese «subsuelo de la Patria», de los ignorados, de «los de abajo». Y desde «adentro» de nuestra propia historia, queríamos construir el futuro. Los que algunos denominan como las «clases subalternas», los plebeyos, comenzaban a ocupar su lugar en la Historia. Parecían estar creadas las condiciones para que esta nueva alianza hiciera posible el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad. Así lo creímos, e intentamos actuar en consecuencia.

Sin embargo, las viejas contradicciones seguían presentes y aparecían nuevas. A los problemas conceptuales y prácticos que nos acechaban, había otros para agregar. No supimos o no pudimos encontrar la síntesis entre los distintos impulsos que estaban en la propia sociedad y dentro del peronismo mismo, y que nos desgarraban cotidianamente.

Ya veremos cómo se enunciaron algunas respuestas en las que logramos aproximarnos a dicha síntesis pero también existieron otras situaciones en que no lo conseguimos, sin descontar aquellos casos en los que incentivamos las contradicciones.

Básicamente, no fuimos capaces de reconvertir las energías y mecanismos de la resistencia y el combate a la nueva situación, consolidando el frente social que habíamos ayudado a construir.

Como Montoneros habíamos hecho varios aportes importantes para que las reiteradas frustraciones de millones de peronistas tuvieran su recompensa. El tiempo transcurrido hasta el día de hoy nos permite dimensionar con mayor precisión algunas de esas contribuciones. Habíamos luchado decididamente por el regreso de Perón y por el triunfo electoral del 11 de marzo de 1973. También habíamos ayudado a quebrar esa muralla que se había creado entre los trabajadores

peronistas y los sectores medios de la sociedad.

Independientemente de la mayor o menor radicalización de nuestro discurso, la práctica concreta indica que habíamos contribuido a que los mismos sectores medios que habían enfrentando a Perón ahora lo apoyaran o, al menos, lo toleraran. El histórico aislamiento social al que venían siendo sometidos los trabajadores y los más humildes a pesar de ser mayoría, se estaba superando.

Los aspectos esenciales de ese logro no son atribuibles a la dirigencia sindical ni al peronismo ortodoxo tradicional. A los primeros quizás les resultaba muy difícil hacerlo, por los propios intereses que representaban y además porque, a mi entender, no pusieron mayor empeño en ello. No obstante, sería un dirigente sindical, el peronista combativo Raimundo Ongaro, quien hacia fines de los años sesenta en mayor medida avanzó en esa dirección.

Los segundos, la tradicional dirigencia política del peronismo, tampoco pudieron romper ese aislamiento social porque nunca llegaría a tener el peso, la autonomía, ni la credibilidad suficiente como para que los demás sectores sociales confiaran en ella.

Ese avance al que habíamos contribuido, fue rápidamente despilfarrado. El propio gobierno fue el principal responsable de esa pérdida; nosotros le sumamos errores propios. Lo concreto es que no encontramos la forma de evitarlo. Alimentando la lucha interna también terminamos siendo, junto al sindicalismo, responsables de esta. Quienes desde afuera alentaban la fragmentación interna del peronismo y la sociedad, lograron su objetivo.

El otro aporte sustancial que habíamos entregado los Montoneros fue, a través de la organización que desarrollamos, ayudar a que Perón pudiera dar el salto necesario, potenciando las múltiples y distintas formas de resistencia dispersas que venían sucediéndose sin punto de acumulación orgánica.

La fuerza y organicidad que le diera a la lucha esa estructura (organización y frentes de masas) contribuyeron a la derrota de la dictadura militar. Fuimos, en la confrontación contra esa dictadura, el instrumento adecuado para llevar a la práctica los intereses y expectativas de las mayorías populares.

Con todas estas contradicciones señaladas, siento el legítimo orgullo de haber sido parte de esa irrupción juvenil y su lucha para hacer posible aquellas alegrías compartidas.

25 de mayo: euforia cargada de presagios

A partir de ese glorioso 25 de mayo de 1973 se iniciaban los 49 días del

gobierno de Cámpora. Yo no estuve en la plaza: habíamos convenido que la movilización quedara en manos de los compañeros de la Regional Buenos Aires y desde cada sitio del interior se les daría el apoyo que las circunstancias permitieran. Santa Fe, lugar donde me encontraba, era la única provincia donde ganamos con un candidato frentista. Se trataba del ex gobernador del presidente Frondizi, Carlos Silvestre Begnis.

Ese día de festejo popular quedaría grabado en la retina y el alma de millones de compañeros. Lo aproveché para hacer una de esas innumerables reuniones con las que tratábamos de dar forma a una organización que contuviera a esa masa de jóvenes que continuamente pasaban a engrosar nuestras filas. También pude estar unas horas con mi compañera y nuestra pequeña Amor Victoria, ya que en los cuarenta días que habían transcurrido desde su nacimiento apenas estuvimos juntos unas pocas horas. El vértigo de los acontecimientos de esos días atravesaba nuestras existencias.

La Plaza de Mayo había amanecido surcada por aquel gigantesco cartel que rezaba «Montoneros» y que quedaría como testimonio histórico de esa jornada. Es coincidente el relato en el sentido de que jocosas y distendidas columnas estrenaban los carteles montoneros que emergían desde la clandestinidad. Sus portadores se sentían y sabían protagonistas de ese momento histórico. Detrás de ellos se encolumnaban las barriadas porteñas y del Gran Buenos Aires y las múltiples agrupaciones sindicales, territoriales y estudiantiles.

Comenzaban a tener entidad propia los brazaletes de los distintos frentes de masas. Allí los colores rojinegros de la JP, que nos acercaba a las luchas anarquistas de décadas atrás, imponían su peso numérico. Quienes usaban esos brazaletes, horas más tarde, harían posible que los acontecimientos de la Plaza de Mayo no se salieran de sus carriles. Fueron ellos los que lograron evitar que el miedo —o la provocación— de algunos policías y militares desataran una catástrofe.

La esperanza parecía haber triunfado. Aquella juventud, convencida de que el futuro sería ese presente, inauguraba su impetuosa y nueva forma de hacer política en la legalidad.

La presencia de compañeros montoneros trepados a los balcones de la Casa de Gobierno era una fiel expresión de la nueva situación que vivíamos. La imagen de las tropas de la Marina retrocediendo ante el impulso popular, que quedarían registradas en «Nuevo Tango», documental del genial creador cubano Santiago Álvarez, serían el testimonio del clima existente.

Cámpora apareció flanqueado por el presidente de Chile, Salvador Allende, y de Cuba (país con el que no manteníamos relaciones

diplomáticas), Osvaldo Dorticós. No quedaban dudas de que una oleada popular, la «hora de los pueblos»,* se expandía por la región. Esas presencias, el lugar y trato privilegiado que se les brindaría, son una prueba más que contundente de los nuevos rumbos que asomaban en el horizonte. La delegación norteamericana, presidida por el secretario de Estado adjunto William Rogers, ante los agravios que recibía y el temor que ellos suscitaban, no participaría de la ceremonia oficial, decidiendo regresar su delegación a la sede diplomática. Como parte del grupo norteamericano, venía el futuro jefe de la CIA, William Casey, que figuraba como «asesor económico» de esa delegación.

Las crónicas de la época recuerdan cómo rugía aquella plaza que cantaba la «Marcha Peronista» completa, con el agregado de dos estrofas que finalizaba con aquella cuarteta y que simbolizaba la expectativa de los nuevos tiempos:

> Ayer fue la Resistencia,
> hoy Montoneros y FAR,
> y mañana el pueblo entero
> en la guerra popular.

Todo esto cerraba con aquel «¡Montoneros carajo!» que no dejaba dudas hasta al más desprevenido sobre las características e identidad mayoritaria de aquella movilización. Otras consignas, aún más expresivas, evidenciaban el estado de ánimo existente:

> ¡Ya van a ver, ya van a ver,
> cuando venguemos a los muertos de Trelew!

El discurso ante la Asamblea Legislativa del «Tío» Cámpora, el nuevo presidente, convalidaba las expectativas existentes. Allí, entre otras cuestiones, dijo:

> En la cúspide del sistema, los argentinos estamos financiando a las grandes corporaciones multinacionales, el poder de las cuales es, a veces, superior al del propio Estado. Todo ello se agrava con el elevado monto de la deuda externa y la sangría en divisas que significa, año tras año, solventar el servicio de la misma. (93)

El acto en la Plaza de Mayo alcanzaría su momento de mayor algarabía cuando la multitud viera al helicóptero en el que se retiraban algunos funcionarios de la dictadura. Mirando al cielo, agitaban sus manos y cantaban: «¡Se van, se van... y no volverán!».

Sin embargo, ese 25 de mayo dos acontecimientos preanunciaban las dificultades de los nuevos tiempos. Uno ocurriría en las inmediaciones de la cárcel de Villa Devoto, teniendo como protagonistas a los compañeros que fueron a reclamar por la libertad de los presos.

El otro tuvo que ver con el estado de ánimo de los militares. Ese mismo día, percibieron con toda certeza las dificultades que tendrían para sostener el documento de «Cinco Puntos» (94) que 51 generales habían firmado un mes antes, a instancias de Lanusse. (95) El documento militar tenía por destino condicionar al próximo gobierno que sería elegido pocas semanas después. Entre sus cláusulas más irritantes planteaba:

> Asegurar la inamovilidad del poder judicial. [...] Descartar la aplicación de amnistías indiscriminadas para quienes se encuentren bajo proceso o condenas por la comisión de delitos vinculados con la subversión y el terrorismo. [...] Compartir las responsabilidades dentro del gobierno que surja de la voluntad popular.

Los sucesos de aquel día en la propia Plaza de Mayo y lo ocurrido esa noche con la liberación de los presos, transformaban a esos «Cinco Puntos» en un inútil papel mojado.

Los militares sintieron en carne propia toda la bronca que el pueblo había acumulado en los años de dictadura. Lo sintieron en la imposibilidad de realizar el desfile previsto y en otras acciones populares impensadas en los tiempos en que detentaban el poder total.

Rosendo Fraga, un publicista del pensamiento conservador y cercano a los militares, deja testimonio de algunas reacciones militares:

> Los aspirantes de la Escuela Mecánica de la Armada que estaban formados en la Diagonal Sur tuvieron que desplegar una formación completa con bayoneta calada alrededor del monumento al general Roca y volvieron en ómnibus cantando la Marcha de la Libertad (himno del golpe de Estado de 1955 que derrocara a Perón); los conscriptos de la Policía Aeronáutica, que habían recibido proyectiles de distinto tipo, durmieron esa noche con sus uniformes manchados (por escupitajos) puestos, esperando de sus oficiales una orden que nunca llegó para salvar el honor manchado ese día. (96)

Esos hechos, pequeñas anécdotas de un día en que estalló el festejo popular, presagiaban la complejidad de los días por venir.

En cuanto a los compañeros presos, nuestra posición era clara y rotunda y había sido una de las bases de la campaña electoral, bajo la consigna «¡Ni un solo día de gobierno popular con presos políticos!».

La liberación de los presos era, desde nuestro punto de vista, una de las señales del cambio de situación. Además, desconfiábamos que los funcionarios ligados al gobierno militar desataran alguna provocación que desembocara en una tragedia irreparable. Así se lo adelantamos a Cámpora delante de Perón, en la reunión de Roma. En los actos del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) era común una consigna, masivamente coreada, que reflejaba esa voluntad: «¡Reviente quién

reviente libertad a los combatientes!». Luego del triunfo del 11 de marzo y antes que asumiera el nuevo gobierno el 25 de mayo, le seguiría otra, con el mismo objetivo: «¡Primera ley vigente, libertad a los combatientes!».

Pocos días antes del 25 de mayo, yo mismo fui el encargado de recordárselo al presidente electo. Montamos un operativo para distanciar al vehículo que conducía a Cámpora de la custodia que le había proporcionado Lanusse. Condujimos al coche con el Presidente a un departamento cercano y allí nos reunimos. Le reiteré a este lo que habíamos conversado y los argumentos por los cuales, el mismo 25 de mayo, los presos debían ser liberados. Dio muestras de haber entendido las razones. Ratificó que esa cuestión era un compromiso asumido en la campaña electoral y que se iba a cumplir. Pero no definió los tiempos ni los mecanismos a través de los cuales se concretaría. Le advertí sobre el riesgo de no tenerlo previsto de antemano. En efecto, esa ambigüedad o indecisión crearía las condiciones para los incidentes que tuvieron lugar durante la noche del 25 y la madrugada del 26 de mayo.

Desde la conducción de Montoneros priorizábamos la seguridad de los compañeros presos y la necesidad de una respuesta política que, en esa cuestión, diferenciara duramente el cambio que debía exteriorizarse con la asunción del nuevo gobierno. Para quienes ejercíamos la conducción resultaba una carta muy difícil: no habíamos participado externamente en la fuga del penal de Rawson, fundados en que lograríamos el mismo objetivo por el camino político; ahora era el momento de demostrar que ello era cierto.

Preocupados por asegurar el cumplimiento de los acuerdos políticos, nos habíamos desentendido de un debate que estaban dando los abogados próximos al futuro ministro del Interior, doctor Esteban Righi, con otros abogados más cercanos a nosotros.

Estos últimos sostenían la necesidad de una Ley de Amnistía, puesto que tendría un alcance mayor y más representativo que el indulto. Aducían que, este último, no borraba las figuras delictivas aunque permitiría la inmediata liberación. Y la reivindicación política estaba en la amnistía, no obstante que para lograrla habría que esperar las votaciones de ambas Cámaras y su promulgación. La resolución era mejor pero no tan inmediata. Obviamente primero se podía indultar y luego, con los presos liberados, aprobar la amnistía, tal como ocurrió. La imprevisión e impericia de los funcionarios llevaron al *impasse* que motivó los acontecimientos del 25 de mayo a la noche.

La indefinición, en esta situación como en tantas otras del nuevo gobierno, condujo a que se llegara al 25 de mayo sin una respuesta clara y efectiva. Miles de manifestantes de la Juventud Peronista

confluyeron, luego de la ceremonia y el acto en la Plaza de Mayo, junto con una cantidad importante de manifestantes de izquierda y se dirigieron hacia la cárcel de Villa Devoto.

El paso de las horas iría aumentando la presión y algunos grupos de izquierda plantearon la ocupación de la cárcel. Hubo enfrentamientos, detenidos, heridos y dos jóvenes muertos.

Cuando la situación estaba al borde de desembocar en una tragedia mucho mayor aún, en la madrugada del día 26 el presidente Cámpora firmó un decreto de indulto, el 11/1973, por el que todos los presos políticos quedaban en libertad. Por supuesto que el gobierno de Cámpora tenía previsto cumplir con el programa de liberar a los presos, pero olvidaron que «cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas». (97)

La improvisación reinante permitió que junto con los presos políticos fuera liberado François Chiappe, antiguo soldado francés, traficante de armas y ladrón. Ese incidente haría que Roberto Petinatto, un histórico director de Institutos Penales en tiempos del primer gobierno peronista, quien había coordinado la liberación de los presos, fuera dejado de lado y no pudiera asumir el cargo para el que estaba propuesto.

La presencia en la cárcel de Juan Manuel Abal Medina (secretario general del Movimiento Nacional Justicialista)* y su decisivo rol de mediador, contribuiría a evitar que la situación se desbordara totalmente.

Pocas horas más tarde, el Senado trató el proyecto de Ley de Amnistía que fue aprobado con el apoyo prácticamente unánime de los diferentes bloques. Así se sumaron el indulto y la amnistía, logrando ambos efectos, la inmediatez e inexistencia de los delitos. De esa manera quedaba resuelta institucionalmente la situación existente, al tiempo que se cumplía con uno de los compromisos de la campaña electoral y se daba respuesta a lo que era, en ese momento, una demanda mayoritaria desde la sociedad.

El mismo 26 de mayo llegaron desde Madrid los primeros «tirones de orejas», por la forma como se había manejado la cuestión. El General hacía críticas, no al hecho en sí, sino a la manera compulsiva de realización y a la falta de previsión del nuevo gobierno. Ese sería el primer síntoma de notorias diferencias entre lo que deseaba Perón y lo que hacía Cámpora. También sería una manifestación de las futuras —e inmediatas— desavenencias entre nuestro accionar y las pretensiones del líder.

Este también sostenía que debía ser claro el paso de la dictadura al gobierno democrático. Perón lo entendía en el sentido de que hasta que asumiera el nuevo gobierno era válida cualquier acción de resistencia.

Pero que una vez asumido, sería la ley la que debía imperar, sin excepciones. Ese aferramiento a la ley era parte de la voluntad pacificadora de Perón, pero no daba cuenta de los oprobios padecidos por el pueblo en esos dieciocho años y la efervescencia existente en el movimiento popular.

La «oleada de ocupaciones»

Inmediatamente después de la asunción del nuevo gobierno se iniciaría una oleada de «ocupación de edificios públicos». La protagonizaba el personal perteneciente a las distintas reparticiones, con el aval, apoyo y participación de las agrupaciones políticas o gremiales identificadas —mayoritariamente— con Montoneros.

Políticas semejantes adoptaron los sectores sindicales y políticos opuestos a nosotros, entre ellos el Comando de Organización (CDO) liderado por Alberto Brito Lima y próximo al sindicalismo tradicional.

El argumento que se esgrimió en aquel momento fue la necesidad de separar a los funcionarios designados por la dictadura. Pero además de esa razón cierta existía, en muchos casos, otra disputa: se trataba de la lucha por espacios de poder entre nosotros, el sindicalismo y el CDO. Como suele ocurrir en estos casos, las contradicciones internas ocuparon el centro del problema.

Esta pelea por los espacios administrativos del Estado era una manifestación clara y evidente de la lucha sustancial que teníamos con esos sectores. Radios, canales de televisión, hospitales, escuelas, facultades, distintas reparticiones y/o ministerios fueron testigos de esta «fiebre» de ocupaciones. Por nuestra parte implicó el ejercicio de un mecanismo en el que se condensaba esta confusión entre la metodología que habíamos aplicado durante la Resistencia —regida por el principio de la lucha integral— con la que se hubiera correspondido en la democracia, más allá de la justicia de la mayor parte de esos actos.

También existía una confusión respecto de la actitud ante el «camporismo». Más allá de las debilidades y vacilaciones de este, algunas de las acciones que nosotros desplegamos acentuaban aún más el distanciamiento de lo que contribuían a la búsqueda de un acercamiento.

En nuestro caso, la mayoría de estas iniciativas tenían su origen en grupos de compañeros que se identificaban con nosotros y que veían, en el prestigio que había alcanzado Montoneros, la posibilidad de resolver viejos problemas de un modo inmediato y sin las lentas formalidades institucionales.

Quizás también tuviera que ver con esta conducta el desprecio que muchos peronistas sentíamos por las formas legales, derivado de los largos años de ilegalidad y proscripción. Y también es posible que haya influido la idea que albergaba una parte de nuestras fuerzas, de haber alcanzado el poder total.

Estas «ocupaciones» constituyeron un signo distintivo del gobierno de Cámpora. Nosotros mirábamos para un costado ante los reclamos de las autoridades del gobierno y del movimiento, que pedían el cese de estas acciones. Suponíamos que abandonar esa práctica dejaba el campo libre para que otros sectores se adueñaran de la situación.

Hoy podemos coincidir en que estos hechos contribuyeron negativamente —sin ser lo principal— tanto al rápido deterioro de la imagen del gobierno de Cámpora como a perjudicar nuestras relaciones con Perón. Pero también constituirían una de las manifestaciones del proceso de «convulsión creativa» que caracterizó a ese período.

Para los sectores que simpatizaban con nuestra política, Montoneros aparecía como brindando el momento para realizar el «sueño del pibe». Con estos hechos, importantes franjas juveniles y sindicales se sintieron dueños de la situación, protagonistas de los cambios.

Por cierto existían contradicciones reales entre el empuje juvenil y un programa contemporizador. Nosotros representábamos la irreverencia de ese empuje. También tiene que ver con la señalada colisión entre los cambios de fondo a los que aspirábamos y el programa coyuntural vinculado a la correlación de fuerzas y alianzas existentes.

El gobierno de Cámpora quedó a mitad de camino. La imposibilidad de encauzar institucionalmente esas energías, sería el preludio de un prematuro desgaste y la derrota futura.

Las guerrillas montoneras y del PRT-ERP durante el «camporismo»

La nueva situación crearía las condiciones para que una gran parte de aquella generación de jóvenes (trabajadores, estudiantes, militantes barriales y campesinos) volviera su mirada sobre las organizaciones que habían luchado con las armas en la mano para acabar con la dictadura y alcanzar aquella victoria popular. Montoneros, en mayor medida, y el PRT-ERP, en un número también significativo, fueron los principales tributarios de aquella voluntad de cambio y euforia juvenil.

Por nuestra parte, además de expresar políticamente a buena parte de esa juventud, Montoneros («la Orga») empezaría a crecer desmesuradamente. Esa impresionante eclosión del impulso social juvenil no encontró una adecuada canalización en las estructuras del Estado. La carga y urgencia de las demandas que tuvimos que contener

eran un peso demasiado grande para el poder real que podíamos ejercer. Las formas organizativas de la clandestinidad entraron rápidamente en crisis. Miles de nuevos militantes pedían su incorporación. Prácticamente todos solicitaban recibir instrucción militar. Las insuficientes respuestas estatales y la tradicional desconfianza hacia las formas institucionales, agigantaron el interés juvenil por la organización político-militar.

En amplias franjas de aquella juventud estaba desarrollado y vigente el concepto de que las armas eran la garantía de la continuidad del gobierno, del cumplimiento de los compromisos electorales y sustento del nuevo Estado a construir. La derrota del golpe de 1955 y los sucesivos golpes de Estado posteriores a esa fecha, convalidaban la idea de que solo una fuerte organización popular, con capacidad de respuesta militar, evitaría la reiteración del golpismo.

La reivindicación de Evita y su intento de armar a los trabajadores, luego de la conspiración dirigida por el general Benjamín Menéndez en 1951, avalaban ese criterio.

La organización era imaginada como símbolo del triunfo y basamento para la construcción de ese nuevo poder revolucionario.

Montoneros suspendió la lucha armada. Lo hizo sin abandonar las armas, desdeñando una insinuación que en ese sentido nos formulara el doctor Esteban Righi, ministro del Interior. De hecho, además de que las armas con las que contábamos no eran muchas, el problema de fondo era político e ideológico. Nosotros entendíamos que la construcción del poder popular incluía el aspecto militar. Estábamos convencidos de que vendrían épocas conflictivas y que una fuerza popular armada era el mejor disuasivo para aventuras golpistas y para avanzar en los cambios que veníamos sosteniendo.

Se priorizaría la actividad política, buscando darle un nuevo rol a la actividad militar. El eje de nuestras actividades se colocaría entonces en la defensa del programa votado por el pueblo y en aquellas actividades que contribuyeran a la organización popular. Era la forma concreta de continuar con la «guerra integral», concepto clave desde los primeros pasos dados por Montoneros.

Desde el punto de vista militar nos abocamos a la instrucción masiva y sistemática de toda la organización. Las estructuras orgánicas, incluido el nivel de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR) que encuadraban a los «aspirantes», un nivel intermedio entre las agrupaciones políticas públicas y la organización clandestina, recibieron instrucción militar. En las agrupaciones políticas la formación de tipo militar abarcaba el «orden cerrado» y la organización por «pelotones» de 4 o 5 compañeros. Esto permitió llegar a esas

disciplinadas formaciones organizadas en columnas, características de nuestras movilizaciones de esa época en las cuales nuestros propios compañeros, identificados con brazaletes, eran su fuerza de seguridad.

Para homogeneizar la formación se elaboraron el *Manual militar* y el *Manual de milicianos*. El *Manual militar* tenía como guía la instrucción que recibían las tropas de infantería de las Fuerzas Armadas regulares, incorporando aquellos elementos acordes con nuestra situación específica. Personalmente tuve a mi cargo el curso militar que se realizó a fines de 1973 en un campamento del interior de la provincia de San Luis, con conocimiento de las autoridades de esa provincia. El control de la zona y la seguridad externa estaban en manos de compañeros que eran funcionarios de la policía provincial.

Ese curso experimental en el que participaron unos ochenta compañeros de todo el país, estuvo destinado a trabajar sobre los borradores de un manual. En su elaboración participaron ex oficiales de las Fuerzas Armadas que militaban en Montoneros, entre ellos el teniente de navío Carlos Lebrón, más tarde asesinado en Tucumán por la custodia del almirante Isaac Rojas que lo reconoció casualmente en esa ciudad donde estaba militando. Buena parte de esa tarea estuvo a cargo del oficial de la Marina Julio Urien, que había encabezado la ocupación de la ESMA cuando ocurrió el retorno de Perón, el 17 de noviembre de 1972.

Sobre la base de esa experiencia redactamos los manuales definitivos.

De esa manera tratamos de construir una fuerza militar que asegurara las conquistas alcanzadas, actuara como disuasivo ante eventuales intentos golpistas y sostuviera el desarrollo político alcanzado.

Nuestras definiciones sobre la coyuntura y los rumbos a seguir en esas circunstancias nos distanciaron de las posiciones del PRT-ERP. Entre las elecciones (11 de marzo) y la asunción del mando (25 de mayo), Cámpora hizo una «oferta de tregua» a la conducción del PRT-ERP. Según Gorriarán, la respuesta negativa a la misma constituyó el «primer error» que cometieron. (98)

En los fundamentos de esa negativa, la dirección del PRT-ERP sostuvo:

> Nuestra Organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Pero no dirigirá sus ataques contra las instituciones gubernamentales ni contra ningún miembro del gobierno del Dr. Cámpora [...]. Todo aquello que, manifestándose parte del campo popular, intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas, con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones, debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular, negociador de la sangre derramada. (99)

Luis Mattini, miembro de aquella dirección respecto de la cual más adelante se manifestaría crítico, explica que la estrategia del PRT-ERP giraba en torno al eje de «acortar los plazos en la preparación del Partido y las organizaciones de masas para cuando una vez «desenmascarado Perón», o el eventual golpe militar, la guerrilla quedaría como la única alternativa política». (100)

Estas ideas tenían un viejo arraigo en buena parte de la «izquierda marxista» argentina. El PRT-ERP había roto con muchas de ellas pero sin embargo, en algunos momentos, estos subyacentes afloraban. Miguel Enríquez, secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile lo pondría en evidencia en la carta dirigida a «Carlos» (nombre que utilizaba Santucho) a mediados del año 1974. Allí le decía que la conducción por parte del peronismo implicaba un retraso en los grados de conciencia de la clase obrera. (101) Esta posición del asesinado dirigente chileno por la dictadura de Pinochet, tendría su peso al interior del PRT. Compartiendo algunas de estas posiciones, criticando la debilidad de la conducción del PRT ante el gobierno justicialista y otras cuestiones internas, se encontraban quienes estaban más próximos a la IV Internacional (trotskista), entidad a la que el PRT había ratificado su adhesión al mismo tiempo que creaba el ERP en su V Congreso (1970). El progresivo distanciamiento de la conducción del PRT de la IV Internacional terminaría en el surgimiento de la escisión (inicios de 1973) de la Fracción Roja. (102)

No obstante lo dicho, había dentro del PRT otras opiniones que consideraban a esta influencia peronista como un punto de inicio (no de retraso) para el desarrollo de un mayor nivel de conciencia. En esa dirección surgiría en marzo de 1973 el ERP-22 de Agosto, más cercano al peronismo.

De todas maneras, la fuerza absolutamente mayoritaria fue el PRT-ERP que conducía Santucho. Más allá de las diferencias señaladas, con esa fuerza mantuvimos un nivel de respeto y colaboración como corresponde a este tipo de organizaciones. (103)

Es común que se plantee la necesidad de la *unidad de los revolucionarios* y surja la pregunta acerca de las razones por las cuales ese objetivo no pudo ser alcanzado en aquellos tiempos. Al respecto cabe señalar que dicha unidad tiene como base los acuerdos políticos y, en esas circunstancias, más allá del señalado mutuo respeto, había notorias diferencias políticas.

Obviamente que las acciones militares anunciadas en aquella respuesta a Cámpora y realizadas durante el gobierno de Perón no contribuyeron a fortalecer al campo popular. Ellas también aportarían su «granito de arena» a la descomposición del gobierno que acababa de

asumir.

20 de junio, Ezeiza: el imperio contraataca. Ingenuidades propias y vacilaciones «camporistas»

Pero no debemos engañarnos, no fueron las posiciones y acciones del PRT-ERP las que determinarían el rumbo futuro; tampoco lo fueron nuestros propios errores. Nada de eso fue lo determinante. Las causas son mucho más fuertes y profundas. Ellas tienen que ver con las características generales del peronismo, del propio liderazgo de Perón, todo lo cual enmarcaba a ese gobierno encabezado por Cámpora y, fundamentalmente, el golpismo que asolaba la región.

Esa fue la respuesta imperial a los avances populares en este Cono Sur americano. Sus protagonistas habían recibido instrucciones en la Escuela de las Américas para asegurar la hegemonía norteamericana en la región. Pero eso lo veremos más adelante, cuando hayamos terminado la descripción de lo ocurrido el 20 de junio de 1973, en Ezeiza, ya que ese fue, para los argentinos, el inicio de la contraofensiva reaccionaria, con aval del poder imperial.

Aquel 20 de junio tenía que producirse un acontecimiento que conmovería profundamente al peronismo y la sociedad: el retorno definitivo del general Perón. Esa era la fecha victoriosa que debía poner punto final a los dieciocho años de exilio. Tenía que ser el *reencuentro de Perón con su pueblo*.

El hecho efectivamente aconteció, y la conmoción producida y sus efectos fueron aun superiores a lo imaginado. Lamentablemente ello ocurrió en un sentido inverso a lo esperado y sería el punto de inflexión en las políticas del gobierno y en nuestra situación.

Ese día se comenzaría a cerrar el ciclo iniciado —casualmente también en Ezeiza— el 17 de noviembre del año anterior. Ese 20 de junio se partieron las aguas.

Las indefiniciones del gobierno de Cámpora hicieron que su poder empezara una rápida y definitiva cuenta regresiva. Por un lado quedarían las voluntades de una militancia juvenil que se había hecho cargo y le estaba dando continuidad a la tradicional lucha de los trabajadores y el pueblo contra la oligarquía dominante. Pretendía construir una sociedad sobre nuevos moldes y acercando nuevos actores sociales a los trabajadores que habían resistido en soledad. Por el otro, la «sensatez» de reconstruir «lo viejo», que abriría nuevamente las puertas al enemigo histórico que estaba al acecho.

Para nosotros ese 20 de junio debía ser el punto en que se definiera el inestable equilibrio interno que ejercía y en el que se desenvolvía el

gobierno de Cámpora. Estábamos convencidos que el peronismo plebiscitaría masivamente el apoyo a nuestra política.

Confiamos toda nuestra fuerza a la suerte de la movilización multitudinaria, estábamos seguros de que «a dos millones de peronistas movilizados no se les podría haber dicho otra cosa que el nombre y apellido de los enemigos históricos del peronismo». (104)

Pero las cosas no fueron así: en lugar de concretar esa gran ofensiva, a partir de ese día comenzaría nuestro retroceso. Aquella fuerza que parecía incontenible y todo lo que había gestado en muchos años, comenzaría un lento e inexorable descenso.

Desde el punto de vista coyuntural, el primer y gran problema fue que la conducción real de todo el plan para el retorno definitivo de Perón había quedado en manos de López Rega, ministro de Bienestar Social del gobierno de Cámpora y secretario de Perón y que, a esa altura, era posible que ya considerara a Montoneros, sus políticas, representatividad y capacidad de movilización como el principal enemigo para sus planes de quedarse con el poder.

El gobierno de Cámpora desnudó sus contradicciones y limitaciones al aceptar los criterios y condiciones que fuera imponiendo López Rega. El coronel Jorge Osinde sería designado Jefe de la Comisión de Recepción; junto a Alberto Brito Lima y Norma Kennedy, manejaron todas las cuestiones vinculadas a la seguridad del acto.

Formalmente la «Comisión Organizadora para el Regreso Definitivo del general Perón a la Patria» estaba integrada por José Ignacio Rucci, Juan Manuel Abal Medina, Jorge M. Osinde, Lorenzo Miguel y Norma Kennedy. (105)

Varios «coordinadores de Área» completaban esa comisión, entre ellos Alberto Brito Lima en Transporte y Leonardo Favio en Ornamentación y Sonido. Juan Manuel Abal Medina, el único miembro de esas estructuras vinculado a nuestras políticas e identificado con el «camporismo», sería marginado de toda decisión. Al respecto, Abal Medina reconoció que fue excluido de las reuniones de esa Comisión y cuando quiso participar no pudo hacerlo. La misma suerte correría la Policía de la provincia de Buenos Aires, a pesar de que el acto central se realizaría en su jurisdicción. Es posible que esta marginación encuentre explicación si tenemos en cuenta que Bidegain era el gobernador de la provincia y Julio Troxler —sobreviviente de la masacre de los basurales de José León Suárez en 1956— era el subjefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires. Respecto de Troxler, tiempo después, el 20 de septiembre de 1974, la Triple A ejecutaría la sentencia que el gorilismo no pudo efectivizar en junio de 1956. Como enmendando aquel fusilamiento frustrado, un viejo paredón del pasaje

Coronel Rico al 700, en una solitaria calle de Barracas, sería el escenario de esa condena tardíamente cumplida. Allí lo hicieron bajar del coche donde lo traían por la fuerza al haber sido secuestrado en las proximidades de la Facultad de Derecho. Y cuando se alejaba caminando, como en aquella neblina del 9 de junio, once impactos —esta vez sí— dieron en el blanco. (106)

Volvamos a aquel 20 de junio cuando se produjera la mayor movilización política de la historia del país. Las cifras publicadas oscilaron entre quinientos mil y tres millones de personas marchando a Ezeiza. Los cálculos efectuados a partir de las aerofotografías tomadas ese día señalan la asistencia de 1.800.000 manifestantes. Casi dos millones de personas en el acto político más importante que registra nuestra historia. Nunca había habido nada igual.

Era algo como para que la democracia ateniense empalideciera de envidia. Más aún si tenemos en cuenta que los allí reunidos no eran justamente «los ciudadanos» de la *polis* griega que deliberaban «democráticamente» mientras los esclavos trabajaban. Sino que, por el contrario, muchos de los que ahí estaban, durante décadas habían sido colocados fuera del sistema. Como una contracara de aquellos «ciudadanos», habían sido tratados como esclavos y ese día, en Ezeiza, querían dar su «¡Presente!» para la historia.

Ezeiza fue una gigantesca asamblea. Allí estaban, reunidos, uno de cada tres votos peronistas. Querían homenajear a su líder, pero también querían hacer oír —en una expresiva demostración de democracia directa— qué esperaban que se hiciera con el voto que habían dado. Ese día hubieran podido redimirse todos los sinsabores y derrotas. Tendría que haber sido el día en que los hijos, de la mano de sus padres, trajeran el recuerdo y los sueños de sus abuelos. Los de aquellos viejos aindiados que vieron partir hacia la Capital a sus descendientes criollos para construir aquel 17 de octubre de 1945. Pero también estaban los otros, los nietos rubios que traían el sueño de los abuelos gringos que habían venido a «hacer la América». Allí estaban juntos, dándole vida a una nueva esperanza.

Recuerdos, nostalgias e ilusiones se fueron anudando, hasta construir una gigantesca marea humana a lo largo de la Avenida General Ricchieri, camino a Ezeiza. Parecía ese día imaginado por John William Cooke, cuando decía:

> Cuando culmine el proceso revolucionario argentino, se iluminará el aporte de cada episodio y ningún esfuerzo será en vano, ningún sacrificio estéril, y el éxito final redimirá de todas las frustraciones. (107)

Nadie podrá jamás describir cabalmente todo el sentimiento y la

emoción de los que fuimos a Ezeiza ese 20 de junio. Todos alguna vez estuvimos en una cancha, un recital, un acto de masas. Por eso sabemos cómo el alma, el corazón y la piel vibran de un modo distinto cuando un sentimiento es compartido con una multitud.

Una vez, Félix Luna en referencia al 17 de octubre de 1945, escribió:

> Daría diez años de mi vida, a cambio de un día de Perón, cuando se asomó a la Plaza de Mayo y recibió en un bramido inolvidable lo más limpio y hermoso que pueda ambicionar un hombre con vocación política: el amor de su pueblo. (108)

Pues bien, qué no hubiéramos dado cada uno de nosotros para que las circunstancias hubieran sido distintas y en aquella tarde del 20 de junio se hubiera consumado el encuentro definitivo de Perón y su pueblo.

¿Quién hubiera sido capaz de contener la energía de ese pueblo victorioso que le llevaba a su líder la ofrenda de años de lucha, sacrificio y dolor? ¿Qué rumbos hubiera tomado la historia si ese pueblo, esa tarde masiva y mayoritariamente identificado con la juventud y las banderas montoneras, se hubiera podido expresar plenamente? Son interrogantes inútiles, que nadie podrá responder.

Quienes estaban en condiciones de intuir aquellas respuestas decidieron evitar el riesgo de comprobarlas. Para hacerlo se sirvieron de algunos personajes que tenían poder interno y compromisos con aquellos intereses que estaban fuera de nuestras fronteras.

La debilidad de los principales actores del gobierno de Cámpora y nuestra ingenua confianza en que nada ni nadie podría torcer la voluntad de las masas movilizadas, dejaron libre el camino a la provocación.

Si bien es cierto este error de nuestra parte, es justo reconocer que nosotros teníamos un fuerte poder sobre la gente movilizada, pero estábamos inermes frente a un aparato estatal entregado a las manos de la provocación. Solo nos quedaba el camino de la acción directa y esta, muy probablemente, no hubiera hecho más que amplificar esa provocación ya montada.

El gobierno de Cámpora declinaría sus responsabilidades facilitando la acción de quienes no tenían escrúpulos y actuaban con objetivos muy claros. La marginación de las autoridades del movimiento y de la fuerza policial que debía actuar es entera responsabilidad de los funcionarios que se dejaron dominar por la fuerza del lopezreguismo. Ante la ausencia de límites estatales, de allí en adelante su avance sería avasallante.

Nosotros no apreciamos, en toda su magnitud, lo que se estaba gestando. Al no poder desarticular la provocación quedamos a merced

del juego que, muy probablemente, con bastante antelación, habían armado para lograr lo que querían.

El avión que traía a Perón cambiaría de destino y no descendería en Ezeiza. Con el paso de los años es justo preguntarse si alguna vez ese destino habrá estado en la mente de los organizadores de esa maniobra. Abajo, en tierra, Osinde hacía los partes informativos a los que se ajustaba el proceder de Solano Lima. Ellos creaban el clima suficiente dentro del avión que traía a Perón. Allí arriba, pero no en el cielo, López Rega acicateado por Rucci, no podía fallar en el acto más importante de su vida: evitar el encuentro de Perón con el pueblo. Solano Lima, en ejercicio de la presidencia, es difícil saber si por ingenuidad, mala evaluación o por haber sido incorporado al plan, «rogaba» que no descendieran en Ezeiza y que Morón sería el mejor destino. Cámpora era un presidente sin mando e incapaz de modificar las decisiones que le imponían, sentía que todo se movía a sus pies y no era por las turbulencias del avión que lo tenía como pasajero. A Perón se le anudaban en la cabeza las broncas que había acumulado contra Cámpora en las semanas que siguieron al 25 de mayo. «Aceptó» la propuesta trasmitida por su secretario; tampoco sabremos si la conocía de antemano. El avión torció la trompa y enfiló hacia la soledad del aeropuerto de Morón, lejos de la energía vital de un pueblo movilizado.

A kilómetros de allí, en Ezeiza, la multitud incrédula, masticando bronca, arrastrando sus cuerpos cansados y rumiando una frustración que no se olvida fácilmente, se iría desgranando. Esa magia que contiene el alma colectiva posiblemente intuyera que los muertos, heridos y torturados de ese día serían los vientos que presagiaban la tormenta que sobrevendría.

Tras agotadoras jornadas organizativas habíamos logrado que los compañeros de distintos puntos del país pudieran confluir hacia Ezeiza. Apostamos al poder del pueblo movilizado para que allí expresara sus sentimientos al líder. Incidentes, agresiones o enfrentamientos estaban lejos de nuestras expectativas y necesidades: el encuentro del líder con su pueblo sería nuestro triunfo. Por eso suena ridícula la acusación lanzada por los autores de la tragedia, en el sentido de que nosotros pensábamos atentar contra Perón. ¿Con qué necesidad? ¿Para qué? Si ese acto sería la ratificación masiva de las simpatías y fuerzas con la que contábamos. Por el contrario, impedir ese encuentro histórico era el primer paso necesario para dar comienzo a la criminal campaña en nuestra contra que se iniciaría inmediatamente después. No advertimos debidamente la profundidad de la confrontación que se estaba desarrollando y el tipo de intereses que ya habían entrado en juego. Habíamos apostado todo a una sola carta: la del pueblo en la calle.

Con otros compañeros y montados en un viejo colectivo, nos aproximamos al palco junto a una parte de nuestras columnas. Allí, sobre el centro de la calzada y a unos ochenta o cien metros del palco, imaginábamos vivir uno de los mejores momentos de nuestras vidas.

Fuimos sorprendidos, horas más tarde, cuando sentimos algunos disparos. Proyectiles sin rumbo comenzaron a rebotar en la carrocería del vehículo donde estábamos. Frente a la locura desatada ya nada se podía hacer. Una gigantesca provocación frustraba la ilusión de aquellos cientos y cientos de miles de peronistas.

Por eso, cuando se anunciara el cambio de destino del General, desde ese destartalado colectivo agoté mi voz y mi aliento convocando, con un parlante, a que nos encontráramos en la cancha de Vélez, donde acampaban los compañeros provenientes del interior. Era inútil, habíamos partido con la ilusión encendida, volvíamos con el alma apagada.

Esa noche, todos buscamos razones que nadie podía dar.

Al día siguiente habló Perón. Lo sentimos alejado de la actualización doctrinaria, el trasvasamiento generacional y el socialismo nacional; y próximo, en cambio, a los mensajes del peronismo tradicional.

Sin fuerzas para torcer el rumbo de los acontecimientos, nuestras energías progresivamente se iban canalizando en la lucha interna del peronismo. Con ello no hacíamos más que agravar nuestra propia situación. Muchas cosas habían cambiado delante de nuestros propios ojos y sin poder evitarlo.

A pesar de la dificultad que se tiene desde el escenario para comprender el sentido de los cambios que nos involucraban, en ese momento nos dimos cuenta de que algo muy grave acababa de pasar. Asumimos que el enfrentamiento interno se había salido de sus carriles y servía de instrumento a otros intereses que perjudicaban a todo el peronismo.

Intentamos un diálogo con el «Loro» Lorenzo Miguel, jefe de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y de las 62 Organizaciones, expresión política del sindicalismo peronista con el que veníamos confrontando. Sabíamos que los metalúrgicos, más allá de las cuestiones ideológicas que nos separaban, tenían interés en que el país no se desbarrancara. Ellos se fortalecían en la medida que el país avanzara en un proceso de mayor industrialización, ampliación del mercado interno y mejores condiciones para la sustitución de importaciones. Todo ello formaba parte de una necesidad y conveniencia común.

Miguel había heredado esas perspectivas, el poder y las políticas del «Lobo» Augusto Timoteo Vandor, cuya vitalidad diera el nombre de «vandorismo» a ese estilo sindical que iba de la «presión» a la

«negociación». Otros sectores identificados con esta misma corriente tenían una práctica más cercana a «recibir órdenes» de empresas y Estado que a negociar con los mismos.

El poder real del jefe de las 62 Organizaciones era distinto y orgánicamente más poderoso que el del propio José Ignacio Rucci, secretario general de la Confederación General del Trabajo.

Horas después de lo ocurrido en Ezeiza, el departamento de Juan Manuel Abal Medina en la avenida Callao, serviría de escenario a un nervioso encuentro que tuve a solas con Lorenzo Miguel. La «mesa de negociación» era el rincón de una salita. Sentados en dos pequeñas banquetas, uno frente al otro, cara a cara y sin formalismos, durante un par de horas tratamos de encontrar la «punta del ovillo» de aquella madeja que se había armado.

El metálico sonido de la corredera de la pistola de algún custodio de Lorenzo Miguel, desde un pasillo vecino, trajo la recordación de que esa charla no consistía, justamente, en confidencias de dos viejos amigos. Esa tarde, ambos nos preguntamos qué había pasado y a dónde íbamos a parar.

El jefe sindical deslindó responsabilidades. Advirtió que dentro de las columnas sindicales había, al igual que en las nuestras, compañeros con palos, cadenas, algún arma corta, preparados para lo que en ese momento era parte del «folklore» en las movilizaciones masivas. Pero aseguró que lo que allí había pasado estaba fuera de los planes acordados por el sindicalismo y aun de sus propias reglas de juego. Que era como si «alguien» se hubiera «vuelto loco». En clara alusión a Rucci, habló del «petiso que se cree Napoleón».

Convinimos en poner esfuerzos en la búsqueda de acuerdos que impidieran la reiteración de hechos como aquellos y desbordes que nos podían arrastrar al abismo. Se constituyó una mesa de discusión conjunta. Durante varios meses, distintos compañeros montoneros y el diputado Carlos Gallo —de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina (FOETRA)— en nombre del sindicalismo, tentaron diferentes líneas y posibilidades de acuerdos.

Cada vez que se producían avances que permitían avizorar espacios de construcción común, se producía algún hecho que dinamitaba el camino recorrido.

Observo hoy que las fuerzas que empujaban hacia el desarrollo de la confrontación eran más poderosas que aquellas otras que, dentro de la confusión, buscábamos el acuerdo. No creo equivocarme al pensar que Lorenzo y la conducción montonera procuramos evitar que la «sangre llegara al río». Cada gesto conciliador del jefe metalúrgico se correspondía con reacciones altisonantes por un sector de su propio

entorno. Cada intento nuestro por establecer puntos de acuerdo, despertaba en muchos la sospecha de traición.

De uno y otro lado quedamos aprisionados en una lógica implacable a cuya construcción habíamos contribuido. La escalada del conflicto con el ascenso de la espiral de violencia sería la consecuencia ineludible.

Frente a los hechos de Ezeiza la actitud del gobierno de Cámpora resultó lamentable e inocua. Dentro del gabinete nombraron una comisión a cargo del vicepresidente doctor Vicente Solano Lima. Escucharon distintos testimonios, entre ellos el de Leonardo Favio, locutor oficial del palco, a quien visité para solicitar su versión sobre las torturas que había presenciado. En su departamento frente a la plaza Vicente López, comprometió su asistencia y testimonio en la reunión de gabinete a la que había sido convocado. Pero nada de todo aquello serviría. No quisieron escuchar a todos —algunos de los cuales provenían de sus propias filas— los que reclamábamos avanzar en el procesamiento de los responsables. No existía la voluntad política de actuar contra quienes eran públicamente reconocidos como principales responsables de la provocación: el ministro de Bienestar Social, José López Rega, y el coronel Jorge Osinde.

Montoneros, a través de su equipo de inteligencia dirigido por Rodolfo Walsh, produjo un completo informe sobre los sucesos de Ezeiza.

Por el vertiginoso ritmo y el rumbo que fueron tomando los acontecimientos no sería publicado en su momento. Muchos años después de desaparecido Rodolfo Walsh, Horacio Verbitsky actualizaría la información y lo publicaría como propio, obviando recordar su producción colectiva.

Más allá de estos hechos, Ezeiza tiene un valor altamente significativo. Fue el principio del cierre de camino a un nuevo emergente social. Fue el fin de una fugaz hegemonía iniciada el día del primer retorno y trágicamente agotada cuando Perón volviera definitivamente a su tierra. Fueron apenas siete meses.

Muchos años atrás, en 1951, el renunciamiento de Evita había sido el momento clave del freno que se pusiera para el ascenso al poder de aquel movimiento obrero producto del rápido proceso industrializador de aquella época. Ahora, Ezeiza significaba lo mismo para la nueva alianza social gestada después de muchos años de resistencia y que se había expresado en el retorno de Perón, en el «Luche y Vuelve», en la campaña electoral, en el triunfo del 11 de marzo y en la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 1973.

Ezeiza encerró claves que muy pocos se atrevieron a desentrañar. Ese día, el miedo al futuro, el temor a las transformaciones, condenó a una

militancia mayoritariamente juvenil proveniente de las fábricas, oficinas, universidades y barriadas, a una juventud ávida de cambios, a transitar una vez más los frustrantes caminos del «no se debe», «no se puede».

De allí en más, otra vez como antes, la realidad no se compadecería con nuestras aspiraciones. Nuestra insistencia en la realización de los sueños iniciales sería uno de los componentes que explican los sucesos posteriores. Nuevamente, la vieja Argentina y los intereses que la sostenían lograban sus propósitos.

Los hechos de Ezeiza no fueron casuales. Tampoco se trató de la locura, de la mera avidez de poder por parte de un grupo de delirantes. En todo caso, estos componentes servirían para instalar el escenario sobre el cual los intereses imperiales podrían hacer su trabajo.

Vale la pena penetrar en las características de la situación mundial de esos momentos para entender cómo encajaba aquella «emboscada» al movimiento popular en Ezeiza en aquel panorama mundial.

Es muy probable que, en esos momentos, nosotros no hayamos aprehendido en toda su profundidad los cambios producidos a escala mundial. Recordando las recientes charlas que habíamos tenido con Perón en Roma y Madrid, también deberíamos concluir que Perón, en esos momentos, tampoco los había registrado.

Hoy, a la distancia, se puede inferir que lo acontecido en Ezeiza fueron «las medidas previas», mientras que el «Pinochetazo»* del 11 de septiembre de 1973 en Chile y la concreción del golpe del 24 de marzo de 1976 en Argentina serían la coronación de las políticas norteamericanas en la región. Naturalmente, los protagonistas locales fueron sus ejecutores y los principales interesados en llevarlas adelante. En estas experiencias el poder imperial contribuyó a formar los actores, su «red de amigos», y a crear las condiciones. Sus «amigos», guiados por esos intereses concurrentes, actuarían aprovechando las condiciones internas que lo harían posible.

Ezeiza fue parte de una nueva política imperialista en la región. No es casual el momento elegido para poner en marcha esta nueva instancia de injerencia imperial. En Chile gobernaba un socialista radicalizado que no encajaba en los moldes de la tolerada socialdemocracia. En la Argentina había llegado a la administración del Estado un movimiento popular cuyo eje eran los trabajadores, con la fuerte presencia de una juventud y organizaciones revolucionarias ávidas de cambios. Los actos de asunción de ese nuevo gobierno lo habían evidenciado importantes funcionarios norteamericanos que habían sido testigos de la situación.

Con Argentina y Chile sosteniendo políticas de mayor autonomía respecto de los Estados Unidos y el gobierno de Velasco Alvarado en

Perú, las posiciones norteamericanas en el área se estaban debilitando. Fue por ello que la diplomacia norteamericana entendió que había llegado la hora impulsar la acción de otros, y... ¡lo hicieron!

Es esa lógica de dominación y no la acción de los grupos revolucionarios —como lo siguen difundiendo los sectores de poder y la prensa al servicio del sistema— lo que da sentido a la seguidilla de golpes de Estado en la región. Estados Unidos debía garantizar el control de lo que en Yalta se había definido como su «área de influencia».

El Cono Sur americano era uno de esos lugares donde, de la mano de nuevos emergentes sociales y políticos, habíamos llevado la oscilación del péndulo hacia extremos muy altos que, a los ojos de nuestros enemigos imperiales, eran inadmisibles. Decidieron volver las cosas al «lugar natural» que se corresponde con sus intereses, y para ello había que comenzar por crear las condiciones para revertir aquella oscilación. Esta, naturalmente, cuanto más lejos hubiera llegado en el extremo de un movimiento, más lejos iría en el sentido opuesto.

Cuanto más habíamos avanzado en hacer peligrar al viejo régimen, más lejos y más intensa sería la respuesta imperial. Para cumplirlo, interesados lacayos internos nunca faltarían.

Un aspecto de esa maniobra sería Ezeiza. Otro fue el Uruguay de la «bordaberrización»*. El «Pinochetazo» no faltó a la cita y así se fueron sucediendo los hechos, hasta llegar a nuestro 24 de marzo de 1976.

Percibido desde el punto de vista del interés del movimiento popular, se puede decir que con nuestro triunfo popular en las postrimerías del año 1972, cuando ya el imperio comenzaba a recomponer su poderío, llegamos tarde a la cita con la historia.

Nueva estrategia montonera y relaciones con el Ejército

Las condiciones en las que al inicio de nuestra organización elaboramos el concepto de «guerra popular prolongada» se habían ido modificando notoriamente: ya no era el monte el hábitat donde desarrollábamos nuestra acción; tampoco éramos patrullas que golpeábamos y nos retirábamos para perdernos en la masa; menos aún un «foco» que fuera «la chispa que incendia la llanura». Constituíamos una fuerza político-militar con fuerte arraigo de masas, que veníamos de protagonizar un triunfo social, coronado con la victoria electoral y la asunción de un gobierno popular.

De todas maneras conservábamos, de aquella experiencia original, ideas aproximadas a aquella concepción «que el poder nace de la boca del fusil». O, al menos, que lo militar era junto con el poder de masas

organizadas y la soberanía económica, una de las tres patas constitutivas de todo sistema de poder real.

Tampoco habíamos abandonado la idea de que la «guerra integral» era la estrategia más adecuada para la liberación nacional y social de nuestros pueblos. Esta incluía, además de un poder militar, la organización y movilización del pueblo, sin descartar la participación electoral cuando ello servía para consolidar el poder popular. Fue por eso que comenzaría a tomar forma una nueva estrategia que diera cuenta de aquella nueva realidad social y política.

Triunfante la Resistencia, una vez producida la victoria electoral e instalado el nuevo gobierno constitucional, evaluamos que debíamos establecer otro tipo de relaciones con quienes, hasta ese momento, habían sido nuestros enemigos. Esto llegaba al punto de que en nuestra originaria estrategia, cuya culminación suponía la liquidación del viejo Estado, las fuerzas armadas del viejo régimen serían eliminadas.

La realidad nos mostraba que mucho habíamos avanzado pero seguíamos estando dentro de la lógica de aquel viejo Estado. Hasta ahí habíamos llegado. Si pretendíamos luchar para seguir cambiando esa realidad, no podíamos soslayar la existencia de las Fuerzas Armadas. Como instituciones de ese Estado, estas tenían continuidad con sus precedentes, en el marco de una situación diferente. Su conducción, ejercida por personas de carne y hueso, se tendría que realizar bajo las nuevas condiciones que la lucha social había generado. La conducta de estos hombres no se hereda; tampoco se pueden comparar unas con otras: Onganía nada tiene que ver con Mosconi; tampoco Videla con Perón; ni Camps o Suárez Mason con Valle.

Veníamos de largos años en los que las Fuerzas Armadas habían estado enfrentadas con su pueblo. Sabíamos que si no lográbamos modificar esa situación, un negro futuro se cerniría en el horizonte de todos nosotros.

El 6 de julio, el doctor Cámpora, en la cena anual de camaradería de las Fuerzas Armadas había dicho:

> Las Fuerzas Armadas, como parte de la Nación, han sido objeto de una de las formas más sutiles de presión. So pretexto de la llamada «defensa continental», se organizó un sistema político-militar extranacional que pretendió distraer a las Fuerzas Armadas de su misión esencial: proteger la soberanía nacional. (109)

De nuestra parte, en este punto tratamos de hacer realidad lo que se había transformado en consigna: «Hasta el 25 de mayo el Régimen; después del 25, el Pueblo.»

Restablecida la soberanía popular, desde la conducción montonera y acompañados por la mayoría de la organización, a diferencia del PRT-

ERP entendimos que no había razones para continuar la lucha armada ni tampoco para acentuar el enfrentamiento con las Fuerzas Armadas. Menos aún teniendo en cuenta que era necesario establecer vínculos que contribuyeran a romper su aislamiento, su «espíritu de gueto». Entendimos que era preciso facilitar su relación e inserción en esa sociedad que estaba transitando un rápido y vital proceso de cambio.

La «izquierda» en general y algunos sectores de la «izquierda peronista» en particular, fundamentalmente aquellos ligados al Peronismo de Base (PB) y la revista *Militancia* —dirigida por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde—, no compartían este criterio y prácticamente nos acusaban de traición. A pesar de las modificaciones que se estaban produciendo bajo la orientación del gobierno de Cámpora y la conducción de Carcagno seguían sosteniendo que, en esa coyuntura, las Fuerzas Armadas y su conducción debían ser tratadas como lo que eran, enemigas del pueblo.

Nosotros nos proponíamos contribuir a crear las condiciones para que las Fuerzas Armadas y sus oficiales convivieran con el resto de la sociedad, compartiendo sus problemas y generando mecanismos de interacción que pusieran límites naturales a sus tendencias elitistas o sectarias. Creíamos que, de esta manera, favorecíamos esa interrelación necesaria entre la sociedad y las instituciones militares. Con todo ello esperábamos poder evitar el recurrente ciclo histórico de los golpes militares o, en el peor de los casos, fracturar los intentos golpistas.

A partir de estos principios nos planteamos una vinculación estable y orgánica con la conducción del Ejército, el general Jorge Raúl Carcagno y su Estado Mayor. Esto, sin desconocer la relación que veníamos manteniendo con algunos coroneles que en el año 1971 habían encabezado los levantamientos de Azul y Olavarría, en oposición a las políticas de Lanusse.

Desde la conducción de Montoneros promovimos y mantuvimos diálogos con miembros del Estado Mayor de Carcagno. En esas reuniones participaban los coroneles Juan Jaime Cesio y Carlos Dalla Tea, responsables de las Jefaturas V (Política) y II (Inteligencia) de dicho Estado Mayor. En una de esas reuniones en la que participé, se mostraron preocupados por el desfile militar previsto para el 9 de julio, ante el riesgo que fueran abucheados nuevamente, como había ocurrido el 25 de mayo. Plantearon que apoyáramos sus gestiones para lograr la suspensión del desfile o que, en su defecto, garantizáramos un vallado de jóvenes que evitara las agresiones. Finalmente el desfile no se realizaría.

Esta relación de Montoneros con la conducción del Ejército provocaba en muchos sectores de las Fuerzas Armadas simétrico escozor al que

sentían grupos de «la izquierda».

Sobre esas ideas fuimos elaborando nuestra propia estrategia para esos tiempos. Nos preparamos para capacitar —también militarmente— a núcleos significativos de nuestra fuerza. Partimos de la base que tendríamos que enfrentar situaciones complejas en los próximos tiempos. De todas maneras esperábamos alejar todo lo que se pudiera el riesgo del golpe de Estado. Queríamos ganar tiempo para desarrollar la organización popular que pudiera hacer frente a una contingencia de esa naturaleza.

Dentro de esa misma concepción creíamos en la posibilidad de una alianza con sectores militares para que permitiera transcurrir ese tiempo y, simultáneamente, crear las condiciones para un quiebre interno en el caso de que se lanzaran a aventuras golpistas. Todos sabíamos que estábamos recorriendo un período de transición.

Las relaciones con el gobierno de Cámpora

Si bien este breve período del presidente Cámpora quedaría inscripto en el imaginario colectivo como una gestión identificada con nosotros, en verdad nuestra relación orgánica e institucional con este no sería tan estrecha como se cree.

Es cierto que en la mayoría de los integrantes del gobierno existía un compromiso muy grande que nacía de nuestra participación en la Resistencia y el retorno de Perón, en los apoyos previos vinculados al Programa y la campaña electoral. Todo ello fue recogido en el discurso de asunción, con el que coincidíamos plenamente. Más aún, en la redacción de ese texto participaron compañeros nuestros vinculados al equipo de Prensa. Pero la realidad es que no había un solo ministro, viceministro, secretario o subsecretario de Estado que perteneciera a nuestra organización.

Por otro lado, la fuerte presencia social y la capacidad de movilización que teníamos se hacía escuchar: Cámpora y sus colaboradores no eran sordos.

No obstante, hasta el 20 de junio existió en la sociedad la impresión generalizada de que el gobierno respondía a Montoneros. No era así. Aunque ciertamente hubo relaciones importantes con distintos sectores del gobierno.

Por ejemplo, en el área de Prensa presidencial quedaría trabajando el mismo equipo que lo acompañara en la campaña electoral, grupo que estaba estrechamente ligado a Montoneros.

En la Cancillería, en conjunto con el vicecanciller, doctor Jorge Vázquez, se trabajaría en el documento que este llevaría a la reunión de

la OEA, realizada en Lima a partir del 20 de junio. Enrique «Quique» Juárez colaboró en su redacción, y al borrador final lo revisamos con Vázquez en un bar de Cerrito y Cangallo (hoy Perón).

Allí se planteó el reingreso de Cuba a la OEA y se reafirmaron la «Tercera Posición» y el «No Alineamiento»,* tradicionales políticas del peronismo en materia internacional. La mejor relación sería, quizás, por plena, sincera y amplia, la establecida con el ministro de Educación, el doctor Jorge Taiana.

Por primera vez el peronismo se estaba desarrollando como fuerza hegemónica en las universidades, lo cual permitía que varios rectores tuvieran estrechos lazos con Montoneros. Entre ellos el caso más destacado sería el del rector de la Universidad de Buenos Aires, el conocido intelectual Rodolfo Puiggrós. El vínculo con Righi era bueno pero distante. Él mantenía amistad con abogados amigos de Quieto, que también había ejercido esa profesión en los tribunales porteños, y esa sería una vía para mantener las comunicaciones.

Con el tiempo irían mejorando otros vínculos, incluyendo los acuerdos con el ministro de Economía José Ber Gelbard, máximo referente de la Confederación General Económica (CGE), y se establecieron algunas relaciones con la cartera de Justicia, en manos del doctor Antonio Juan Benítez, histórico dirigente del peronismo.

En cambio, era muy escasa nuestra relación con el Ministerio de Defensa, a cargo del doctor Ángel Federico Robledo; casi nulas con el de Trabajo, ocupado por Ricardo Otero, dirigente de la UOM. Y directamente no teníamos ninguna relación con el ministro de Bienestar Social, José López Rega.

Renuncia de Cámpora

Como «las desgracias nunca vienen solas», para la misma época la situación en los países vecinos también se descomponía rápidamente. Evolucionaba en una dirección exactamente opuesta a la que el general Perón había imaginado y nos había descripto en la reunión de Madrid. La contraofensiva imperial se hacía sentir.

En Uruguay, el 27 de junio, el presidente Juan María Bordaberry disolvería el Parlamento, iniciándose el tiempo de la «bordaberrización», es decir el modelo de democracia tutelada por militares y estos al servicio de sus mandantes del norte. Apenas dos días más tarde, en Chile fracasaría un golpe militar contra el presidente Allende, pero el aviso había sido claro y contundente.

Cámpora saldría profundamente debilitado después de los sucesos del 20 de junio. Prácticamente paralizado ante los desplantes del General y

su entorno, no atinaba a respuesta alguna. Desoía a todos aquellos que le aconsejaban actuar contra López Rega y demás responsables de aquella trágica «emboscada de Ezeiza». La campaña contra él y sus funcionarios leales se intensificó y endureció. Crecían las denuncias y conspiraciones.

Públicamente y cada vez con mayor intensidad, el sindicalismo planteaba la necesidad de su renuncia. El dirigente metalúrgico Victorio Calabró, vicegobernador de Bidegain, se puso al frente de las movilizaciones sindicales exigiendo la renuncia del Presidente.

Cámpora estaba jaqueado por esas presiones sindicales. Estas, sumadas a las «ocupaciones de las reparticiones públicas», oscurecían el panorama político. Las fuerzas policiales, que estaban en un plan conspirativo, también aportaban con sus secuestros extorsivos a la gestación de un estado de inseguridad.

En medio de todo aquello, la situación del gobierno se deterioraba aceleradamente. Se podía palpar que cada día era más débil.

Mientras se incrementaban las versiones sobre la renuncia del presidente Cámpora, la noche del 12 de julio Abal Medina nos convocó de urgencia a su casa. Acudimos Firmenich y yo.

Allí, uno de los hijos del presidente Cámpora nos recibió diciendo: «¡Cómo nos están cascoteando!». A renglón seguido trasmitió el mensaje que traía de su padre: a la mañana siguiente formalizaría la renuncia, que ya había insinuado en la reunión de gabinete del 4 de julio. Le preguntamos qué otras alternativas había, respondió que ninguna.

A nuestro juicio existían otras opciones, pero era obvio que la decisión estaba en las manos de su padre. Opinábamos que, a pesar del desgaste, todavía teníamos una correlación de fuerzas favorable. Que Perón aceptaría la nueva situación si visualizaba que había voluntad de gobernar y poner fin al desquicio reinante. Pero para ello había que actuar, y que si se decidía a hacerlo contaría con muchas fuerzas, entre ellas la nuestra.

De tomar una decisión distinta, naturalmente nuestra acción también sería diferente. Éramos conscientes de que la continuidad lineal de las políticas que se venían dando hasta ese momento terminarían sirviendo a quienes querían destruir el gobierno y el peronismo.

A favor, se podía anotar el apoyo de los gobernadores amigos. Nuestra capacidad de movilización, con presencia en las bases sindicales; la neutralidad —cuanto menos— del Ejército; el apoyo de la policía de la provincia de Buenos Aires.

Todo ello nos permitía pensar en otros escenarios, distintos y alternativos a la renuncia. Pero en el caso de optar por este camino, se

requeriría tomar algunas decisiones inmediatas. La principal: meterlo preso a López Rega, por su comprobada responsabilidad en la preparación y ejecución de la masacre de Ezeiza. Luego, actuar en consecuencia.

Sin muchas expectativas le pedimos que trasladara a su padre nuestra perspectiva.

El hijo de Cámpora nos respondió que veía difícil que su padre aceptara ese plan. Que su lealtad a Perón lo obligaba a dejarle las manos libres.

Le aclaramos que «Cámpora al gobierno, Perón al poder» era la consigna que nosotros mismos propusimos e impusimos en la campaña electoral. Pero que ahora, en las condiciones existentes, por la evolución de la situación interna y la salud de Perón, el centro de la decisión sería progresivamente ocupado por López Rega, con todos los riesgos que ello suponía. El hijo de Cámpora comprendió y se retiró llevando la propuesta formulada.

Horas después, hacia la madrugada, llegaría la respuesta: Cámpora desechaba el plan manteniendo su idea original. Por lo tanto, renunciaría. En pocas horas más dejaría de ser presidente. Obviamente, nosotros nada más podíamos hacer.

Cámpora representaba la legalidad institucional y todas nuestras propuestas descansaban sobre la base de mantener, sostener y fortalecer esa legalidad que, en definitiva, dependía de la voluntad de una persona, Cámpora. De este modo se cerraba aquella «Primavera camporista».

Queda en la oscuridad de las dudas históricas si ese desplazamiento de Cámpora respondía a la situación reinante o si había sido el proyecto original de Perón. Se comentaba que pocos días antes de su asunción, Héctor Cámpora había enviado a su sobrino, Mario Cámpora, para que se entrevistara con Perón y le solicitara que lo acompañara en los festejos de aquel 25 de mayo. La respuesta de «No voy a ir para no robarle el show al doctor Cámpora... yo iré después y entonces el balcón será para mí», según aquel relato, impresionó al enviado quien a su regreso le dijo a su tío: «Por la metáfora que ha usado tengo la impresión de que quiere ser presidente». La respuesta del futuro presidente no se haría esperar: «Bueno, acá se hará lo que el General quiera. Nosotros estamos para cumplir su voluntad».

No quedan dudas de que la «lealtad» de Cámpora a Perón era el valor predominante en la conducta de aquel presidente. Esa «lealtad» a la persona de Perón puede hablar de su hombría de bien. Pero lo hizo equivocar respecto a la escala de valores que debía guiar la acción de los peronistas: «Primero la Patria, después el Movimiento y por último

los Hombres». Eso es lo que pensábamos nosotros y la historia dejaría como constancia. Con aquella decisión, el propio Cámpora daría por agotado un ciclo.

Como se verá más adelante, esa «lealtad» no sería pagada con la misma moneda por quien fuera el destinatario de la misma. Y para nosotros, era una vuelta más en la espiral de nuestro retroceso político.

91. Véase el apartado «Reuniones Perón/Montoneros (1971-1972)» en el capítulo 3 de este volumen.
92. *Noticias*, 29 de diciembre de 1973, p. 16.
93. Cámpora, Héctor José: *Mensaje del Presidente de la Nación Argentina al inaugurar el 98º período ordinario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso, 1973, p. 6.
94. Fraga, Rosendo: *Ejército. Del escarnio al poder 1973-1976*, Buenos Aires, Planeta, 1988, p. 49.
95. *Ibid.*, pp. 35-45.
96. *Ibid.*, p. 39.
97. Marx, Carlos: *Carta a W. Bracke. Crítica al Programa de Gotha* (Londres, 5 de mayo de 1875). Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/marxistas.htm> (última consulta: 20/1/2013).
98. Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias: de los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, p. 360.
99. «Carta al presidente Cámpora» (1973), *El Combatiente*, en Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, La Plata, Ediciones de la Campana, 1995, pp. 202-203.
100. *Ibid.*, p. 288.
101. Enríquez, Miguel: «Carta», *Boletín Interno del PRT*, nº 65, agosto de 1974, en Mattini, *op. cit.*, pp. 303 y 306.
102. Cormick, Federico: *Fracción roja. Debate y ruptura en el PRT-ERP*, Buenos Aires, El Topo Blindado, 2012, pp. 89-90.
103. Santucho, Marcela Eva: *Mario Roberto Santucho. PRT-ERP. Organizador del contrapoder*, Buenos Aires, Venceremos ERP, 2010, pp. 304-305.
104. Horowicz, Alejandro: *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, pp. 225-226.
105. *La Prensa*, 15 de junio de 1973, en Yool, Andrew Graham: *De Perón a Videla*, Buenos Aires, Legasa, 1989, p. 264.
106. *Clarín*, 21 de septiembre de 1974, p. 13.
107. Cooke, John William: «Universidad y país» (conferencia en Córdoba), 4 de diciembre de 1964, Archivo Alicia Eguren, en Duhalde, Eduardo: *John William Cooke. Obras Completas*, vol. III, *Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos*, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 134.
108. Luna, Félix: *El 45*, citado en *Clarín*, 15 de marzo de 1996, p. 16.
109. Cámpora, Héctor José: «El gobierno popular ante el ejército y la policía. El presidente Cámpora habla a las Fuerzas Armadas». Discurso en la Comida de Camaradería de las Fuerzas Armadas (6 de julio de 1973), *La revolución peronista*, Buenos Aires, EUDEBA, 1973, citado en Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos 1973-1976*, vol. I, *De Cámpora a la ruptura*, La Plata, Ediciones de la Campana, 1996,

pp. 61 y 63; también en *La Nación*, 7 de julio de 1973, p. 13.

CAPÍTULO V

Interinato de Lastiri y tercer gobierno de Perón

El interinato de Lastiri — Perón y los cambios en el Cono Sur — El arraigo social de nuestras fuerzas y las respuestas estatales — Oposición a la candidatura de Isabel — Tratando de eludir el enfrentamiento con Perón — Campaña electoral y acto de la CGT — Nueva reunión de la Conducción con Perón — La caída de Allende — La fusión FAR-Montoneros — Perón presidente — Montoneros en la crisis interna del peronismo — Vínculos con el Ejército que confronta con la Doctrina de Seguridad Nacional — Una inquietante perspectiva y un grave error de Perón — El debate ineludible y la más grave disidencia: «JP Lealtad» — Una voluntad inquebrantable — Un inviable intento de reencauzamiento y un incontenible deterioro — 1º de Mayo: el día que nos fuimos de la Plaza — La muerte que interrumpió el último diálogo — El «último Perón»

El interinato de Lastiri

El 13 de julio Cámpora llevaría junto a su renuncia la del vicepresidente Vicente Solano Lima. Este era un personaje bastante particular. Proveniente del conservadurismo, había fundado el Partido Conservador Popular, próximo al peronismo. Durante la reciente campaña electoral respondía a los cánticos juveniles recordando a sus ancestros montoneros. Poco tiempo después de su renuncia a la vicepresidencia, durante el tercer mandato de Perón, ocuparía sucesivamente los cargos de secretario general de la Presidencia y rector de la Universidad de Buenos Aires.

Producida la renuncia del Presidente y su Vice, correspondía —según la Constitución— que asumiera el Vicepresidente del Senado. Ese cargo lo ocupaba Alejandro Díaz Bialet, un inocuo representante del peronismo político, cercano a las corrientes ortodoxas.

López Rega, que formaba parte de la maniobra montada para lograr la renuncia de Cámpora, veía la oportunidad de colocar a una persona de su confianza como presidente. En cuestión de horas se le «fabricó» una misión inexistente a Díaz Bialet y este sería embarcado en un avión con rumbo a Europa.

En esas circunstancias le correspondía asumir al Presidente de la Cámara de Diputados. Ese cargo lo desempañaba Raúl Lastiri, casado con Norma López Rega, hija del ministro de Bienestar Social. Este había sido incorporado a la listas de diputados nacionales por pedido de

López Rega, quien también había logrado bajo presiones colocarlo al frente de la Cámara de Diputados. Poco después, sería designado Presidente de la Nación. La tarea de Lastiri era cubrir el interregno hasta que Perón, elecciones mediante, pudiera asumir la presidencia. Además debería desarmar lo que quedaba del «camporismo» en el gobierno, frenar el avance popular y comenzar a abrir las puertas para que siniestros personajes vinculados a la P-2 comenzaran a tomar protagonismo en el gobierno.

El gobierno comenzaba a cambiar de rumbo. Rápidamente se produjeron cambios en varios ministerios.

Nosotros mantuvimos óptimas relaciones con el ministro Taiana y mejoramos sensiblemente los vínculos con Gelbard. José Ber Gelbard era, aparentemente, una figura atípica dentro de ese gabinete. Polaco de origen judío, desde hacía muchos años era presidente de la Confederación General Económica (CGE), principal agrupamiento de los pequeños y medianos empresarios argentinos. Era la expresión económica de esa nueva alianza social que estaba alumbrando nuestro país. Esta fue, seguramente, la causa principal por la que Perón lo designara como Ministro de Economía, aunque probablemente tampoco desdeñara su carácter menos conocido de afiliado al Partido Comunista y fuertemente vinculado a la Unión Soviética.

De esta forma y a su manera, Perón balanceaba la situación del país, en medio de la bipolaridad reinante. Ciertamente que Gelbard era conciente de esto. En reuniones reservadas que mantuvimos con él, desplegó su idea de fortalecer los acuerdos con Cuba y el bloque socialista. De esa manera, suponía, nuestro país tendría un mayor margen de negociación en la política internacional. Desde este punto de vista, era la típica expresión de las políticas y líderes tercermundistas, con esa perspectiva de fortalecer su independencia, aprovechando los enfrentamientos de los dos grandes bloques. Esta clase de políticas constituiría el origen de poderosas corrientes y organizaciones como el Movimiento de Países no Alineados.

También habría cambios más drásticos. Uno de estos sería en el Ministerio del Interior: salió el polémico aunque débil ministro Righi y entró Benito Llambí, un patricio, militar, diplomático e historiador revisionista, próximo al peronismo ortodoxo, vinculado a Guardia de Hierro.* El cambio más importante se produciría en nuestra política exterior. Le fue aceptada la renuncia a Juan Carlos Puig, un reconocido docente que promoviera la integración de nuestro país a América Latina y en su lugar sería designado Alberto Juan Vignes. Este había sido subsecretario de Relaciones Internacionales en el primer gobierno de Perón, cargo del que fuera despedido por «irregularidades

administrativas». Más tarde estanciero y alejado del peronismo, volvería a un gobierno peronista de la mano de López Rega siendo integrante de la P-2, logia que mantuviera, a través de la Marina, el control de nuestra Cancillería durante largos años. Luego, durante el reparto de cargos en tiempos de la dictadura, esa estructura quedaría oficial y definitivamente en manos de la Marina. Su Jefe, quien fuera el Almirante Eduardo Massera, también era un conspicuo integrante de la logia, registrado internamente bajo el número 478. (110)

Como manifiesta expresión de las contradicciones de ese período, nos encontramos con que es en ese momento en que Argentina, impulsada por Gelbard, concede un crédito de 200 millones de dólares a Cuba para que, entre otras cuestiones, pueda comprarnos automóviles de origen norteamericano, quebrando el bloqueo yanqui a esa isla del Caribe. El mismo Gelbard elaboraría un Plan Trienal de Desarrollo y nacionalizaría los depósitos bancarios.

Perón y los cambios en el Cono Sur

Cuando se producían estos acontecimientos, apenas habían pasado sesenta días de aquellas conversaciones con Perón y Cámpora en Europa. Pero este Perón era bastante distinto al de aquellas reuniones. Es obvio que Perón, desde siempre, había anhelado volver a su patria. En esos últimos años, particularmente desde mediados de 1971, vislumbró que podría alcanzar su objetivo de la mano de los cambios que se estaban produciendo en el mundo. Rearmó su discurso y decidió aprovechar el crecimiento de las fuerzas revolucionarias que operaban en el país. En esas circunstancias lograría doblegar, en la coyuntura, las pretensiones de Lanusse y lo iría envolviendo en su propia estrategia para arrancarle concesiones. El precio que pagaría, de hecho, sería el fortalecimiento de los sectores más duros en el enfrentamiento con la dictadura.

Fundamentalmente Montoneros y en menor medida el PRT-ERP fuimos claramente beneficiados por esa política. Bajo esas condiciones es que pudo retornar al país el 17 de noviembre de 1972 y alcanzar la victoria electoral el 11 de marzo de 1973.

Estos fueron los tiempos de la señalada crisis del imperio por los límites del aspecto central de la acumulación económica capitalista, el sector metalmecánico. La *crisis definitiva del capitalismo* no era la idea ni la voz proveniente de una soberbia revolucionaria, era lo que se respiraba en el ambiente. El empantanamiento norteamericano en Vietnam fortalecía esa percepción.

Perón no era ajeno a todo esto. Lo decía en sus cartas, lo mencionaba

en los reportajes, lo comentaba con sus interlocutores. Sin embargo, casi en simultáneo, la situación comenzaba a cambiar. Su objetivo de volver se estaba concretando, pero la indómita realidad comenzaba a transitar por caminos distintos a los de los últimos años.

Al día de hoy, es posible pensar que ya —hacia el mes de julio de aquel 1973— Perón hubiera advertido o intuido que la situación internacional no estaba evolucionando del modo esperado. En los países vecinos la situación se deterioraba rápidamente. Las cosas se encaminaban en una dirección exactamente contraria a la que Perón había imaginado y nos había descripto en aquellas reuniones.

Además del reciente «alerta» que habían producido los golpistas chilenos y de la «bordaberrización» uruguaya, ya había otros indicios que seguramente lo preocupaban. En Bolivia, su eventual aliado el general Alfredo Ovando, había fracasado en el intento de derrocar al general Hugo Banzer. En Paraguay, el «Alemán derecho», como calificara al general Alfredo Stroessner, se había inclinado por su amistad hacia los brasileños: en los primeros días de abril de 1973, luego del triunfo de Cámpora, Stroessner había firmado un convenio secreto —en esos momentos— con Brasil, para la construcción de la represa de Itaipú (arma estratégica para Brasil en su hipótesis de guerra con Argentina). Es bueno recordar que, desde hacía varios años, Brasil estaba gobernado por sectores militares identificados con la política estadounidense en la zona. Los beneficios del convenio por la construcción de Itaipú le permitieron a Stroessner sobrevivir varios años más en el gobierno. Ese compromiso rompía con una vieja doctrina existente en la Cuenca del Plata por la cual Paraguay, Uruguay y Bolivia no firmarían acuerdos bilaterales relacionados con aquellas cuestiones que afectaran el manejo de las aguas de la Cuenca con ninguno de los (por aquel entonces) «grandes» de la región —Argentina y Brasil— sin el conocimiento de los demás. El fundamento de esta doctrina era evitar que se desbalanceara totalmente el equilibrio en el área.

Todo esto había pasado en los países del Cono Sur, en menos de sesenta días. Como si, repentinamente, ante el avance popular en Argentina, en los demás países del área se desplegaran políticas destinadas a evitar confluencias o acuerdos que pudieran cuestionar hegemonías continentales o interferir en la bipolaridad en la que se sustentaba la Guerra Fría.

Tal vez el elemento determinante fuera el cumplimiento de los planes de la Doctrina de Seguridad Nacional, y su objetivo el de evitar la consolidación de los triunfos, gobiernos u organizaciones populares. Era, por cierto, la ratificación de que esta región formaba parte del

«área de influencia» norteamericana.

Nosotros, sin conocer el destino final de los hechos que estaban ocurriendo, percibíamos que algo estaba cambiando. Es posible que Perón lo supiera o imaginara, y procurara diseñar un plan de maniobras destinado a evitarlo. No lo sabíamos. Pero de todas maneras, como se verá, tampoco lo logró.

Lo concreto es que, en ese invierno de 1973, «rodó la cabeza» del presidente Cámpora. Nosotros salimos debilitados y Perón promovió o «dejó» que el sindicalismo y López Rega hicieran su parte. Tal vez supusiera, equivocadamente, que así evitaría que nos alcanzara la oleada golpista y podría sustraer a nuestro país de males mayores. De todas maneras, esa realidad iría construyendo un Perón distinto, el otro Perón, el «Perón de los últimos días».

El arraigo social de nuestras fuerzas y las respuestas estatales

Merecen un comentario las características y demandas de las fuerzas sociales en las que teníamos arraigo y las respuestas estatales que se les dieron.

En lo que respecta a las diferentes reivindicaciones y demandas de los sectores sociales en los que teníamos inserción, las respuestas fueron bastante diferentes en cada caso.

Nuestro arraigo social estaba concentrado en jóvenes trabajadores, estudiantes, barriadas, inquilinatos, campesinos de las provincias del nordeste (NEA) y noroeste (NOA) argentinos y algunas comunidades de pueblos originarios. Los jóvenes trabajadores que se fueron agrupando en torno a nuestras políticas tenían variadas expectativas, algunas de ellas vinculadas a sus reivindicaciones materiales y otras a su organización sindical.

El mejoramiento de la situación económica y de la distribución de los ingresos favorecieron las luchas del sector. Mientras prácticamente había pleno empleo, las posibilidades laborales para los jóvenes se presentaban como promisorias.

Respecto de la cuestión sindical, la situación era mucho más difícil. El cuestionamiento a los aparatos sindicales tradicionales era costoso y no contaba con el menor beneplácito oficial. Las propuestas para avanzar en la democratización del sindicalismo caían en saco roto. En este sentido se perdería una oportunidad histórica de sentar las bases para la existencia y consolidación de un sindicalismo expresivo de los intereses del sector. Muchos compañeros primero lo pagaron perdiendo el trabajo o padeciendo agresiones físicas. Con el paso del tiempo la situación se iría complicando y los compañeros fueron perdiendo la

libertad y muchas veces la vida.

Nuestra incidencia en el sector laboral cobraría importancia a través de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), donde su mayor poderío estaba concentrado en el área de servicios y en las empresas industriales de los sectores más modernos. En los sectores tradicionales una excepción sería la fuerza alcanzada en el gremio azucarero (FOTIA). Un Congreso de Delegados de las Seccionales, realizado en 1974 en el interior tucumano, sobre cerca de unos seiscientos delegados aproximadamente la mitad estaba identificada con la JTP. En general nuestra incidencia se daba particularmente en los niveles más bajos de la pirámide sindical, delegados y cuerpos de delegados, siendo mucho más complejo acceder a los lugares de conducción de los gremios. Las leyes vigentes reforzaban esa dificultad.

La militancia territorial de las barriadas estaba, como siempre, ligada en mayor medida a las políticas locales, municipales, que a las decisiones nacionales. La fortaleza, continuidad y consecuencia de nuestra militancia permitieron que la política en este sector a través de la presión, el vínculo amistoso o la presencia de compañeros en el gobierno de los municipios alcanzara importantes logros.

En las provincias del NEA y NOA el campesinado ocupaba un lugar importante. En algunos casos, en el marco de ese tipo de economías, se lo podía considerar como la fuerza social gravitante.

En Salta, un antiguo militante campesino y dirigente de peones rurales —el compañero Felipe Burgos— sería designado como Director General de Promoción y Asistencia a la Comunidad, centrando su actividad en las leyes rurales y la reforma agraria. De esta manera, el gobierno de Miguel Ragone daría su reconocimiento a un viejo militante. Con este compañero dimos las primeras puntadas para la construcción de Montoneros en la zona. A la caída de Ragone, Burgos sería una víctima más del genocidio desatado.

En las provincias del nordeste (Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones) la organización y lucha del campesinado sería la clave de nuestra construcción en esa zona, donde desarrollamos una vasta organización superior en cantidad y calidad a la histórica Federación Agraria Argentina (FAA). Sus reivindicaciones no fueron diferentes a las de la mayor parte de los movimientos campesinos: la tierra, el crédito y la transformación de sus producciones. Nuestro programa era el de esos pequeños productores que se iban asociando y cuya organización era creciente y que en realidad no habían tenido representación anterior.

Los compañeros de la zona tenían la esperanza, compartida por todos nosotros, de que con el gobierno popular comenzaría a vislumbrarse

una respuesta a esos históricos reclamos. Desmintiendo lo que suele decirse, nuestro programa no tenía ninguna lógica extremista, simplemente contemplaba aquellas demandas tradicionales. ¿Qué pasó? Prácticamente nada. Las cosas continuaron como estaban. Todo ello a pesar del empeño de los dirigentes de las Ligas Agrarias y sus múltiples reuniones con Horacio Giberti, secretario de Agricultura de aquellos gobiernos, quien escuchaba los reclamos, se demostraba comprensivo y con buena voluntad, pero lo cierto es que nunca pudimos avanzar. Uno de los requerimientos de los compañeros era la manufacturación de algunos productos en origen, mejorando los ingresos y ocupando mano de obra local. Se debatían casos como el de instalar una desmotadora en manos de los pequeños productores de algodón en el Chaco, al amparo de la fuerza y organización que tenían las Ligas en esa zona, pero el proyecto *dormiría el sueño de los justos* mientras los créditos oficiales iban para modernizar la desmotadora que tenía el monopolio de los Bunge y Born.

Pareciera que hay una lógica constante dentro de la mayor parte de los gobiernos reformistas, que es el temor a la efectiva organización popular. Creen que, haciéndoles concesiones a sus enemigos, evitarán su avance. Sin embargo, a lo largo de nuestra historia, ha sido harto evidente el efecto contraproducente que tiene esa forma de actuar.

El sector universitario sería el único en el que el arraigo e inserción alcanzados tendría su correlativa respuesta estatal. Da la impresión de que el sistema de poder toleraba nuestra presencia protagónica en ese sector, procurando limitarnos o encerrarnos en este. No es descartable que Perón coincidiera con esa forma de ver las cosas. Lo cierto es que, con las universidades intervenidas, la mayor parte de los interventores eran cercanos a nuestra política.

Con Cámpora fuera del gobierno continuamos manteniendo influencia en varias Universidades. Después de la renuncia de Puiggrós, en la Universidad de Buenos Aires (UBA) igualmente pudimos seguir con las ideas centrales de nuestra política universitaria, que partían del supuesto de que la Universidad había venido actuando desconectada del medio social al que debía prestar servicio.

Es harto conocida la conflictiva situación que el peronismo había tenido con la Universidad durante el período de 1946 a 1955, no obstante el hecho de que Perón produjera situaciones significativas aunque escasamente conocidas como cuando el 22 de noviembre de 1949 firmara el decreto 29.337 por el que se eliminaron los aranceles universitarios, cumpliendo con una de las banderas históricas de la Reforma Universitaria de 1918 respecto de la gratuidad de la educación en todos sus niveles. Ese hecho permanecería en las penumbras durante

muchos años y diferentes gobiernos y variadas capas de dirigentes estudiantiles pasaron sin prestarle atención al «detalle» o, lo que sería peor, echándole un manto de olvido. Recién casi sesenta años después, por la ley 26.320 —de noviembre de 2007— se declararía al 22 de noviembre como el «Día Nacional de la Gratuidad Universitaria», en homenaje a la fecha del mencionado decreto.

De un modo genérico desde aquel peronismo inicial hubo dos tipos de respuesta. Una que nacía de la rabia de los humildes, marginados y agredidos desde las clases medias instaladas en la Universidad: «Alpargatas sí, libros no». Esa sería una respuesta visceral y legítima, aunque sus efectos fueran contraproducentes.

La otra, institucional, mucho más inteligente: por fuera de las universidades tradicionales se crearía la Universidad Obrera, para formar los técnicos que la rápida industrialización requería. La actual Universidad Tecnológica Nacional (UTN) es una deformada heredera de aquella idea.

Nosotros entendíamos que, socialmente, la Universidad de la Reforma de 1918 ya se había agotado y comenzaba a actuar en contra de lo que había sido su principal postulado, que era el de terminar con la Universidad cerrada para poder democratizar la educación universitaria.

Esa universidad reformista, progresista, construida por los hijos de los inmigrantes radicales que la promovieron bajo aquel principio democratizador de «M'hijo el dotor», ya había alcanzado su objetivo y cumplido su ciclo.

Ahora, otros sectores sociales golpeaban a sus puertas. Los hijos de los trabajadores querían llegar a sus aulas. Pero se encontraban con que la Universidad era la expresión de una clase social que se cerraba sobre sí misma, enajenándose de la realidad.

Aquel ideal progresista que alimentara la Reforma Universitaria había mutado en otro conservador. Ahora era la «Universidad de los herederos» que veían en ella el instrumento para la reproducción del pensamiento de la clase media y la defensa de sus intereses, frente al «riesgo» que significaba la presión de los trabajadores, el nuevo emergente social. Por eso no es de extrañar la virulencia con la que desde la Universidad se atacaría y agraviaría al peronismo y a los «cabecitas negras», su principal base social.

En los años setenta, cuando irrumpió en la sociedad nuestra generación con un fuerte componente de sectores medios, ello no podía pasar desapercibido en la Universidad, donde también ahí se sintieron los efectos de esta irrupción. En nombre de la Conducción tuve extensas reuniones con los compañeros de la Juventud Universitaria Peronista

(JUP) y con los que eran funcionarios en distintas universidades, para debatir las ideas sobre el futuro. Diseñamos una estrategia que tenía dos etapas. La primera pasaba por romper los diques de contención social que la Universidad reformista había construido, y masificar el ingreso a la Universidad para ampliar la participación de los sectores con menos recursos. Como suponíamos que, tal como estaba concebida, la estructura de la Universidad no podría soportar esta nueva situación, pensábamos trabajar —en una segunda etapa— sobre su crisis estructural construyendo un modelo más próximo a las perspectivas de desarrollo de cada región.

De esta manera imaginábamos una Universidad regionalizada que, modificada en su composición humana y desde una óptica cultural distinta, pudiera aportar a la efectiva transformación de las realidades locales. Para ello, principalmente debería pasar a formar en la Ciencia y en la Técnica y, mediante la integración de la Universidad a la cultura del lugar, se permitiría un mejor aprovechamiento de los recursos de la zona y se estaría al servicio de las necesidades regionales.

La imposibilidad general de llevar adelante nuestras políticas, haría que la transformación universitaria también quedara a mitad de camino.

Oposición a la candidatura de Isabel

El interinato de Lastiri se extendería hasta el 12 de octubre, fecha en que asumiría el nuevo presidente, por lo que se convocó a elecciones para el 23 de septiembre.

Algo era obvio: el candidato a presidente sería Perón. Pero se desató el debate por la vicepresidencia, tema que —dada la edad y estado de salud del General— no era secundario. López Rega y el sindicalismo propusieron a María Estela Martínez de Perón, «Isabel». Nosotros, que levantábamos la candidatura de Cámpora como vice, veíamos también con simpatía la posibilidad que el doctor Ricardo Balbín, jefe del radicalismo, ocupara ese lugar.

Dentro del radicalismo había una tendencia contraria a esta posibilidad. Raúl Alfonsín, por ejemplo, pondría objeciones. Como para integrar una fórmula extrapartidaria se requerían los dos tercios de los votos de los integrantes de la Convención Nacional (de la UCR), Balbín precisaba el acuerdo con el alfonsinismo. Alfonsín pondría condiciones imposibles para aquella conducción del peronismo (renuncia de la conducción de la CGT y convocatoria a elecciones sindicales, aplicación de la Reforma Universitaria y modificaciones en la política económica).

Las presiones del lopezreguismo y esta actitud, frustraron las

posibilidades de ese acuerdo que, de haberse logrado, probablemente hubiera permitido evitar la tragedia que luego nos tocaría vivir.

Nuestras razones para que Balbín fuera vicepresidente eran múltiples. Ello fortalecería al gobierno, integrando al radicalismo y otorgándole en esa coyuntura un perfil claramente frentista, tal como siempre sostuvimos. También habría contribuido a neutralizar el avance del lopezreguismo. Nos permitiría contar con más tiempo para seguir avanzando en la organización popular. Y nos daría una mayor capacidad para resistir un intento golpista u otras alternativas que nos planteara la coyuntura. En síntesis, creíamos que de esa manera contribuiríamos a ahuyentar los fantasmas que ya se avizoraban en el horizonte.

Por otra parte, existían temores en relación a que el General no pudiera completar el período presidencial, ante lo cual preferíamos una presidencia que no estuviera tan directamente involucrada en las confrontaciones internas que estábamos viviendo. Para el supuesto de una sucesión presidencial, la situación de una Isabel debilitada y condicionada le daría a López Rega la posibilidad de desbalancear totalmente la correlación a favor de sus seguidores y también de los aliados que contaba dentro del sindicalismo.

Acatamos sin mayor entusiasmo la designación de Perón nominando a Isabel. Más bien de mala gana. Así lo hicimos saber en un «Editorial» de *El Descamisado* firmado por Dardo Cabo, quien escribió:

> La noticia de la confirmación de la fórmula Perón-Isabel nos agarró cuando nos sentamos a escribir. Estuvimos callados, fumando sin movernos mirando la pared un largo rato. Recorriendo todo este proceso [...] el camino señalaba la unidad nacional junto al eje del Movimiento Peronista para la etapa de la recuperación del gobierno. Por eso la «Hora del Pueblo», el «Frente Justicialista», por eso comprendimos cuando dijo [Perón] «con Balbín voy a cualquier lado» [...]. Allí estaba Balbín [...] esperando que Perón lo llamara; también lo entendimos a él, tenía ganas «el Chino» [Balbín] de participar en la cosa grande. Quedó esperando. [...] Nos habíamos dispuesto a revertir todo este impulso de lucha violenta contra las dictaduras de estos 18 años, en fuerza creadora para la reconstrucción nacional. La Juventud Peronista ha convocado en estos días a todos los sectores. Preparando el camino para cinchar juntos. Allanando el camino y aportando lo suyo para un gobierno de unidad nacional. Porque esta unidad nacional era la respuesta a la furia yanqui instrumentada por los brasileños para deshacer cualquier posibilidad de liberación. No nos iban a agarrar desunidos [...]. Nos preparamos, tragamos un montón del pasado que nos lastimó a todos y nos unimos a todos los argentinos para un destino común. Eso debía concretarse en una fórmula, debía tener su expresión en el presidente y vice. A todo esto que estaba ya listo, le contestamos con una fórmula partidista totalmente. ¿Se enojará el «Chino» Balbín, se retirarán los otros, serán en su descontento útiles a los

yanquis para dividirnos? Son peligros que se corren con esta campaña. Nosotros no vemos el beneficio. (111)

Luego de una campaña electoral sin movilizaciones en la que Perón se limitaría a algunas presentaciones televisivas, ganó con el 62% de los votos contra el 24% para Balbín-De la Rúa.

Un dato aparentemente anecdótico puede contener otras explicaciones. El Frente de Izquierda Popular (FIP) conducido por el historiador Jorge Abelardo Ramos sacó en esas elecciones cerca de 900 mil votos, algo más del 8% de los votos emitidos, contra el 0,4% que había conseguido en las recientes elecciones del 11 de marzo. En su boleta llevaba impresa la misma fórmula Perón-Perón que la del oficialismo. Algunos explicaron este súbito crecimiento a errores involuntarios de muchos votantes, pero parece más cercano a la realidad explicarlo por el lado de que se tratara de votos próximos a la política montonera y otros sectores de la izquierda peronista, que no aceptaron votar a la fórmula en la boleta oficial, en contra de la decisión orgánica que el justicialismo había adoptado. Prefirieron expresar con el voto su espontánea protesta y disconformidad respecto del nombre con el que se había completado el binomio presidencial.

Tratando de eludir el enfrentamiento con Perón

En ese período, nuestras relaciones con Perón fueron contradictorias, aunque el creciente deterioro sería apaciguado por algunos gestos de amistad durante la campaña electoral.

La relación más orgánica con el gobierno se estableció a través de Solano Lima. No sabemos si tenía o no la anuencia de Perón pero trató, como secretario general de la presidencia, que nosotros designáramos un compañero dentro del gobierno, como responsable de la política hacia la juventud.

Modificando los criterios anteriores, como una forma de contener la ofensiva desatada sobre nosotros, tratamos de impulsar para ese cargo a un compañero de la conducción. Teníamos pensado proponer a Horacio Mendizábal pero la evolución de la situación lo haría imposible.

Como una forma de amortiguar el problema global que significó el enfrentamiento con Perón y conscientes de la gravedad del mismo, procuramos mediatizarlo buscando, dentro de lo posible, evitar un choque directo.

Hubo, de hecho, dos tipos de maniobras orientadas a evitar ese enfrentamiento. Una, que con el tiempo se iría diluyendo, la llamada «Teoría del cerco». Consistía en atribuir toda la responsabilidad de la

confrontación a los que rodeaban al General, particularmente a López Rega, que impedían la relación de Perón con el pueblo.

Esta idea respondía a la ya mencionada intención de eludir el enfrentamiento personal con Perón y también a la necesidad más subjetiva que política que sentíamos, por lo menos yo lo sentía así, de seguir creyendo en Perón. Coherentemente con ello, se realizaría una marcha el 21 de julio «para romper el cerco» y establecer un diálogo directo con Perón. Se movilizaron miles de jóvenes del Gran Buenos Aires y Capital Federal hasta las inmediaciones de la casa del General. Este recibió a una delegación de la Juventud Peronista integrada por Juan Carlos Dante Gullo, Miguel Lisazo, Juan Carlos Añon y Roberto José «Beto» Ahumada. Entre otras cosas nuestros compañeros le pidieron a Perón un enlace permanente, para evitar las tergiversaciones. Perón designó para esa función a... ¡López Rega! Era casi una burla.

La otra modalidad, que apuntaba a diluir el enfrentamiento, consistió en llevar la confrontación al plano político, evitando el antagonismo ideológico, que era el campo preferido por Perón. A esto, le seguiría una verdadera «guerra de solicitadas», que llegaría a tal punto que el gobierno terminaría suspendiendo la publicación de las mismas.

El 22 de agosto, en conmemoración de la Masacre de Trelew y del Renunciamiento de Evita, convocamos a un acto en la cancha de Atlanta donde concurrieron unas 45 mil personas. Hablaron Lily Mazzaferro por la Agrupación Evita; Mario Marzoca por la Juventud Trabajadora Peronista (JTP); Juan Carlos Añon por la Juventud Peronista (JP); Alberto Camps, sobreviviente de Trelew y Mario Firmenich, quien cerraría el acto. En su discurso eludió el enfrentamiento directo con Perón pero exigió que el gobierno cumpliera con los objetivos votados por el pueblo. Habló de «enderezar el proceso», planteó la necesidad de institucionalizar el movimiento y, en el orden interno, fortalecer a la JTP. Diferenciándose de un sector de los asistentes —hegemonizado por el Peronismo de Base (PB), que reclamaba «todo el poder para los trabajadores»—, reivindicó lo que para esos tiempos era el *fifty-fifty*: 50% del PBI y consolidación de un frente social con plena participación en el gobierno para los trabajadores.

En medio de una auténtica guerra de consignas, casualmente me encontraba mirando la tribuna de los que manifestaban su descontento, cuando lo veo a Marcos Osatinsky erguido frente a los «basistas» disconformes, gritándoles con sorna y con doble intención: «*Fifty-fifty* y se callan... o no les damos nada». De esta manera, a las acusaciones de «infiltrados» que nos hacían desde sectores del gobierno, nosotros

procurábamos oponerles la necesidad de que los gobernantes respondieran a las reivindicaciones de los trabajadores. Simultáneamente, debíamos encuadrar esos reclamos dentro de una propuesta que no fuera «maximalista» como lo pretendían la «izquierda» y algunas otras tendencias dentro del propio peronismo.

Campaña electoral y acto de la CGT

Pocos días después del acto de Atlanta, para el 31 de agosto, la CGT, baluarte del sindicalismo ortodoxo, convocaría a una marcha frente a su sede, en homenaje y apoyo a Perón. Significaba ir «a la cancha» del sector con el que veníamos confrontando, jugar el partido en su terreno. No ir significaba perder puntos; regalar el espacio. Nosotros teníamos muchas dudas. Luego de algunas cavilaciones, decidimos participar. Esta decisión, al igual que muchas otras que también eran de difícil resolución, se tomó con una metodología muy práctica que permitió salvarla sin mayores dificultades.

En la Conducción no existía el criterio de mayoría y minoría. Se trataba de discutir abiertamente e ir construyendo el consenso, se debatía en búsqueda de los puntos comunes. Eso hacía que cada uno fuera cediendo y, en la búsqueda del acuerdo, se iban incorporando a lo que iba surgiendo como opinión mayoritaria en relación con algunos aspectos que pudieran ser rescatados.

En el Consejo Nacional donde estaban representadas todas las Regionales se debatía de esa manera, excepto en casos muy excepcionales donde las decisiones se resolvieron por votación.

Volviendo al acto del 31 de agosto frente a la CGT, el desarrollo del acto demandaría una duración de siete horas y media. Descontando los períodos de descanso que se tomó Perón, el paso real de las columnas frente al local de la calle Azopardo, según las crónicas coincidentes del diario *La Razón* del 1º de septiembre de 1973 y *El Descamisado*, nº 13, demandaría estos tiempos:

· Gremios (CGT) en general: 2 horas y 38 minutos.
· Guardia de Hierro: 9 minutos.
· JP República Argentina (Julio Yessi): 2 minutos.
· PJ (Junta Metropolitana): 2 minutos.
· Encuadramiento JP: 3 minutos.
· JP/JUP/UES/Agrupación Evita/MVP/MIP: 2 horas y 26 minutos.
· JTP: 16 minutos.

Se estima que desfilaron unas 250.000 personas. De ese total y según surge del tiempo que demandaría el paso de las distintas columnas, apenas un poco menos de la mitad (aproximadamente 123.000

compañeros) correspondió a sectores identificadas con nuestras políticas.

Algunos otros detalles revelaban el clima existente. El día anterior, el Canal 7 había pasado sin sonido las imágenes de la conferencia de prensa donde los compañeros de la JP- Regional I convocaban al acto. Pero, mientras tanto, un locutor leía en *off* un comunicado de la Juventud Peronista de la República Argentina (JP-RA) (lopezreguista) de Julio Yessi, funcionario de Bienestar Social, indicando los puntos de concentración para su convocatoria.

Durante el acto, mientras las cámaras mostraban el paso de la JP-Regional I, el audio trasmitía el sonido generado por las consignas de grupos de la JP-RA (que nuestra militancia llamaba «jotaperra»).

Los sectores políticos vinculados al Peronismo de Base (PB) y las FAP no participaron de la convocatoria.

El actualmente senador radical Rodolfo Terragno, por aquel entonces sin filiación partidaria reconocida, desde la revista *Cuestionario* que él dirigía, recogería esa participación como un acierto político. En un libro publicado poco tiempo después, se refirió a esos momentos en estos términos:

> Las premisas de esos jóvenes coincidían con las expectativas de los obreros, sustrato social del peronismo, que no siempre se veían interpretados por sus dirigentes [...]. Se negaban a aceptar que el enfrentamiento fuera de ellos con el movimiento obrero y prolijamente separaban a la «burocracia sindical» de la masa obrera [...] inclusive, cuando los propios dirigentes que los jóvenes cuestionaban realizaron, el 31 de agosto de 1973, un acto de apoyo a Perón, los jóvenes decidieron participar en ese acto y no aparecer marginados de una manifestación obrera. En ella la juventud pudo demostrar su mayor capacidad de movilización. Pero aun cuando no hubiera sido así, su presencia [...] demostraba la madurez política de una vanguardia juvenil que no quería separarse del conjunto del movimiento al cual pretendía encauzar, y, para cumplir ese objetivo elemental, estaba dispuesta a más de un sacrificio. Un ejemplo aún más demostrativo fue el de la candidatura de Isabel Martínez que, nadie lo ignora, era insatisfactoria para los jóvenes: en contra de tesis armadas por cabezas impolíticas, la juventud —que no parecía moverse en función de simpatías, sino de un criterio de eficacia política— dio por perdida la batalla para proseguir la guerra. Una guerra ideológica, que libraba dentro del movimiento. Sin plantearse la posibilidad de salirse de ese marco; posibilidad en la cual algunos creían con ingenuidad y que otros alentaban con malicia. De donde resulta que, paradojalmente, la característica más notable de este sector juvenil —acusado más de una vez de irreflexión— era su madurez. Asumir un movimiento de masas en su conjunto, sin pudores intelectuales, y aceptar las reglas de juego interno, autoimponiéndose sacrificios con tal de permanecer al lado de la clase trabajadora, y esto a fin de asegurar las posibilidades prácticas de un proyecto revolucionario, revelaba,

> en efecto, madurez política [...]. No estaba, por cierto, exenta de impacientes que, dentro de sus propias filas, la empujaban a una actitud más radical. Pero, al menos en la primera etapa, las urgencias fueron contenidas. [...] Luego, la acción de los impacientes, iba a verse favorecida por el paulatino incremento que la «derecha» peronista iría tomando y que situaría a los jóvenes en el banquillo de los acusados. Algunos se sentirían felices de verse reubicados en la condición de «víctimas», que los autorizaría a retomar la lucha a la cual se habían acostumbrado y que les costaba abandonar. La mayoría, sin sentirse agrandada, comenzaría a ceder a la presión de los menos contemporizadores y, poco a poco, la juventud, la «izquierda» peronista, en general, iría tornándose indócil. (112)

En lo personal e independientemente del suceso político, a esa movilización a la CGT la viví como una especie de «revancha» de Ezeiza. Podía ser insuficiente, pudiera ser que el contexto fuera totalmente indeseado, pero... Perón estaba ahí.

Poco importaba quiénes lo acompañaban en el palco, estaba al alcance de la mirada. Sentí que podía decirle, gritarle que, a pesar de todo, estábamos allí. Eso tenía un sabor de lo único e irrepetible. Algunos meses antes nos habíamos abrazado en Madrid, pero aquello era distinto. Ahora era uno más en la calle y estaba saldando una cuenta pendiente. Una cuenta de todos. En ese momento no me preocupó si había una explicación racional a ese sentimiento donde convivían el cariño y el respeto con la bronca y la frustración. Durante segundos, instantes que encierran una vida, simplemente grité. Grité, me desahogué... hasta quedar vacío.

Esa marcha pareció reverdecer esperanzas, pero sería una ilusión que duraría solo unos pocos días. Los sucesos posteriores disolvieron esas expectativas y todo quedó en una anécdota para la crónica de esos tiempos.

Nueva reunión de la Conducción con Perón

Al calor de la pacífica y exitosa marcha del 31 de agosto, en los primeros días de septiembre Firmenich y Quieto, quienes encabezaban dentro de Montoneros y FAR el avanzado proceso de fusión, se reunieron con Perón en la residencia de Vicente López. Allí, en medio de planteos generales e invocaciones a la unidad nacional y dentro del peronismo, se acordó una reunión de los distintos agrupamientos de la Juventud Peronista con Perón, que se concretó el 8 de septiembre.

Un aspecto de la reunión con los jóvenes consistió en que Perón los destinó a advertir sobre los riesgos del golpe de Estado y, hablando de la situación que estaba atravesando el presidente Salvador Allende en Chile, expresó:

> Porque la reacción interna y apoyada desde afuera, es sumamente poderosa... Y aquí todavía hay tipos que están mirando por debajo de las rejas de los cuarteles para ver cuándo pueden salir. Y a ese intento hay que oponerle un poder político muy cohesionado y sólido. De manera de evitar caer de nuevo en todo lo que hemos pasado en estos dieciocho años. De modo que este rabo está por desollarse todavía. No nos hagamos ilusiones, ya demasiado se ha hecho hasta alcanzar esto. Cualquier otro modo, quién sabe si nos hubiera podido salvar de la misma manera que nos ha salvado este. Los ingredientes de la revolución son siempre dos: sangre y tiempo: si se emplea mucha sangre, se ahorra tiempo; si se emplea mucho tiempo, se ahorra sangre. Pero siempre es una lucha. Nosotros preferimos usar el tiempo, no gastar sangre inútilmente: Porque, ¿qué hubiéramos obtenido con una guerra civil? ¿Algo más de lo que hemos obtenido? Hubiéramos destruido al país. Además, ¿con qué hacíamos la guerra civil, muchachos? (113)

Otro tramo de la reunión giró sobre aspectos organizativos. De las ambiguas manifestaciones formuladas por Perón en esa reunión, la JP-Regionales sacó como conclusión que Perón se había comprometido a convocar a un Congreso para unificar las distintas corrientes juveniles mediante elecciones internas. Los sectores identificados con el peronismo ortodoxo, poco interesados en una confrontación democrática para unificar a la Juventud, se encargaron de desmentir esa versión.

De todas maneras, esa posibilidad volvería a aparecer después de los sucesos del 1º de mayo del año siguiente.

La caída de Allende

En las semanas previas a las elecciones del 23 de septiembre, la situación en los países vecinos terminaba de desbarrancarse. En Chile, el golpe de Estado se aproximaba ante los ojos de quien quisiera mirarlo. Sectores del Partido Socialista (PS) de Chile nos pidieron una reunión urgente. Fui designado para viajar a Chile y me encontré con una situación desoladora y, para mí en ese momento, casi incomprensible. El acceso del aeropuerto a la ciudad estaba prácticamente bloqueado por la basura; los camiones y los ómnibus abandonados y cruzados en la ruta. Los bares del centro sin café, sin leche o sin azúcar. El sabotaje, las huelgas, el desabastecimiento, tenían a la ciudad y al país, paralizados. El gobierno de Allende, sin poder suficiente para controlar la situación. La conspiración estaba consiguiendo sus objetivos.

Los compañeros del PS se movían entre la legalidad del gobierno —que todavía detentaban— y la clandestinidad que la resistencia al golpe inminente les exigía. En ese marco me manifestaron sus escasas

posibilidades de resistir al golpe y la carencia de medios para algo que parecía inevitable e irreversible. Entre esas carencias estaba la necesidad de contar con armas para defender al gobierno elegido por el pueblo. Les adelanté que nuestras posibilidades eran mínimas, pero que de todas maneras haríamos lo posible para ayudarlos. Hicimos los contactos y coordinaciones del caso, pero no llegamos a tiempo. Prácticamente horas después se desataba el asalto al gobierno, y una nueva sombra se cernía también sobre los argentinos.

Las gigantescas marchas de solidaridad con el pueblo chileno, cuyo principal convocante eran las Juventudes Políticas hegemonizadas por la JP, apenas disimulaban la desazón que nos producía ese avance reaccionario.

Los sucesos de Chile significaron un auténtico «quiebre» en la voluntad de Perón. Perón se recluyó durante 48 horas en su casa y literalmente lloró, según me lo contara su médico, el ministro de Educación Jorge Taiana. Lo hizo por la muerte de su amigo el «Chicho» Allende, por el golpe en Chile y, fundamentalmente, porque eso implicaba el fin de la estrategia que se había trazado para nuestra patria durante el exilio.

Imagino a la majestuosa figura del líder carismático, a esa voluntad indomable, a quien había maleado con habilidad artesanal todo tipo de conflictos y coyunturas, a ese poder tantas veces omnipotente, ahora teniendo ante sus ojos la terrible comprensión de un futuro irreversible para los tiempos de ese anciano cuerpo.

Lo ocurrido en Chile constituiría para Perón algo semejante a lo que había sido Ezeiza para nosotros. Seguramente sería por eso que, después del golpe contra Allende, terminaría por consolidarse la figura del «otro Perón». La que se insinuó la noche del 25 de mayo, la que se evidenció con su retorno el 20 de junio y en el discurso del día posterior, el de las reflexiones a la juventud unos días antes de las elecciones. Ahora, con nuevos retrocesos, se ilusionaba en contener esa oleada golpista.

El mismo Jorge Taiana, quien fuera una de las personas que estuvo más cerca de Perón en ese período, tiene un valioso análisis sobre aquellos momentos:

> Aquellos mismos jóvenes impulsados al más ardiente fragor de la lucha fueron apartados y castigados. La vieja guardia, envejecida, conservadora, menos transformadora que muchos de los políticos del «demoliberalismo», fueron tomando los timones del gobierno. Se volvió a los viejos cauces. A aquellos que después del 25 de mayo de 1973 mostraron vocación por un cambio les aguardó una amarga derrota, más amarga porque provenía de sus compañeros de fila, de partido y del propio jefe. (114)

En su primera aparición pública posterior al golpe de Estado en Chile, Perón coincidió con Balbín en achacar la principal responsabilidad del golpe al «apresuramiento» de la izquierda chilena.

Casi nada quedaba de ese Perón que pocos meses antes se imaginaba, encabezando desde la América del Sur, la liberación y unidad latinoamericanas. Contaba para ello, según nos había contado en la reunión de Madrid, con el acuerdo del presidente mexicano Luis Echeverría, quien asumiría igual responsabilidad en el norte del continente. Ahora ya no tendría la seguridad que le daba la firmeza del presidente Allende, del otro lado de los Andes.

Como presidente, Perón había vivido en carne propia la triste experiencia de la injerencia de los Estados Unidos en nuestros países, a los que consideraban su «patio trasero». Por eso tenía el firme propósito de terminar con esa situación.

La correlación de fuerzas y perspectivas del Cono Sur a comienzos de 1973, parecía darle la razón. Sería demasiado «casual» que todos los países del Cono Sur tuvieran, en tan poco tiempo, una evolución tan drástica y similar. Todo parece indicar que hubo una poderosa estrategia que, aprovechándose de errores y contradicciones internas, empujaba en la dirección de poner fin a los intentos de avanzar en una mayor autonomía e independencia de los gobiernos y pueblos de la región. Así nos pareció también entonces. Desgraciadamente el tiempo corroboró estas tesis. Años más tarde surgieron las evidencias sobre la intervención de la CIA estadounidense en el derrocamiento de Allende.

A la luz de los acontecimientos vividos, de las evidencias que van apareciendo, es cada vez menos fantasioso imaginar la presencia de idénticos intereses detrás de algunos hechos producidos en nuestro país. Un ejemplo de ello lo constituyen la provocación y la emboscada montada en Ezeiza, la agudización y aprovechamiento de los enfrentamientos internos del peronismo, y es muy difícil sustraer a López Rega, al coronel Osinde y sus acólitos de la responsabilidad de haber servido a esos intereses.

Así, lejos de sus perspectivas originales, con un país prácticamente cercado por regímenes adictos a la estrategia de los Estados Unidos, a la cabeza de un movimiento con graves confrontaciones internas, Perón asumía el gobierno en octubre de 1973. En el ocaso de su vida debía conducir a un país ganado por la convulsión en un continente igualmente convulsionado.

La fusión FAR-Montoneros

Durante la campaña electoral «Cámpora Presidente» se habían

profundizado las relaciones entre Montoneros y FAR.

Prácticamente en forma contemporánea a la victoria electoral se acordó en debatir las características de un proceso de fusión de ambas organizaciones, bajo el nombre de Montoneros. Ya unos meses antes, Descamisados se había integrado a Montoneros. Esa fusión había sido relativamente sencilla, dado que el desarrollo organizativo de los Descamisados estaba prácticamente limitado a la Regional Buenos Aires. Estos hechos, junto a la descomposición de las FAP, dejaron a Montoneros como la organización político-militar peronista claramente hegemónica.

Las FAR tenían un desarrollo que abarcaba la mayor parte de las regiones del país. Esto hacía muy complejo el proceso de fusión de dos fuerzas con desarrollo político organizativo que abarcaba todo el territorio nacional y con importantes diferencias ideológicas en la formación de sus dirigentes.

Por ello se decidiría, luego de variados debates sobre la forma de llevar adelante esta integración, la constitución de la Conducción Nacional de la fuerza unificada. Esta estructura sería la encargada de conducir el proceso de fusión que se debía completar.

En virtud de los acuerdos políticos, la nueva Conducción Nacional quedó integrada por ocho miembros, cinco montoneros y tres de las FAR. El mayor desarrollo político organizativo de Montoneros hizo que se planteara esta proporción, y también que el primero y segundo pertenecieran a Montoneros. A los fines de integrar esta nueva Conducción, cada una de las organizaciones participantes propondría el ordenamiento de sus miembros, según sus propios criterios de evaluación.

Sobre esa base se constituyó esa conducción unificada, cuyo ordenamiento quedaría así: 1. Mario Eduardo Firmenich (Montoneros); 2. Roberto Cirilo Perdía (Montoneros); 3. Roberto Quieto (FAR); 4. Carlos Alberto Hobert (Montoneros); 5. Raúl Clemente Yäger (Montoneros); 6. Julio Roqué (FAR); 7. Horacio Mendizábal (Montoneros, previamente incorporado con la fusión de Descamisados); y 8. Marcos Osatinsky (FAR). Estas proporciones debían actuar como «corrector político», marcando la tendencia a seguir en los demás ámbitos a fusionarse, de ambas organizaciones a nivel nacional.

El proceso de integración no sería sencillo y tendría incidencia en el futuro que nos sobrevino como organización. Se desató un acelerado encuadramiento de militantes orgánicos, para ubicarse en mejores condiciones en las negociaciones vinculadas a la fusión. En medio de una creciente alza de la organización popular y de la euforia por el retorno de Perón y el triunfo electoral, comenzó a inclinarse la balanza

hacia las posiciones más radicalizadas.

Además, nuestro espacio político estaba presionado por dos fenómenos confluyentes. Uno era la presión del PRT-ERP, con sus críticas político-ideológicas y la continuidad de su accionar militar, todo lo cual impactaba fuertemente en los sectores más juveniles. Otro, el de los grupos peronistas más duros: el Peronismo de Base (PB); la revista *Militancia*, cuyos referentes más conocidos eran Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde; fracciones de las FAP, personificados en Envar el Kadri, histórica figura del peronismo revolucionario.

Es interesante comparar las posiciones sostenidas en ese período por estas diferentes experiencias y corrientes revolucionarias, a través de sus medios de prensa: la revista *El Combatiente*, vocero del PRT-ERP; la revista *Militancia*, que recogía las opiniones del PB junto a franjas de las FAP; y la revista *El Descamisado*, que expresaba las posiciones montoneras.

El efecto de este conjunto de influencias, en el marco de una masiva incorporación de jóvenes, provocaba que toda posición que pudiera ser tildada de «moderada» fuera rápidamente descartada. Estos elementos tuvieron peso a la hora de hacer las evaluaciones que servirían de base, en los distintos niveles, para la constitución de las nuevas estructuras fusionadas.

En el marco señalado, obviamente se destacaban aquellos militantes que tuvieran una mayor tendencia hacia la práctica militar y de más afinidad con la «izquierda». Estas características estaban más presentes en los compañeros encuadrados en las FAR. De todas maneras, fue admirable el comportamiento de los militantes de las FAR que tuvieron que conducir este proceso de fusión. Esa integración fue irregular en el sentido de que hubo lugares donde la síntesis organizativa sería fácil de alcanzar, pero también donde la situación se volvía difícil o compleja. Allí, los militantes —de lo que habían sido ambas organizaciones— que contaban con mayor experiencia, volcaron su esfuerzo para garantizar alcanzar el objetivo planteado.

A fines de 1973 la fusión prácticamente había concluido. La identidad montonera abarcaba al conjunto. Los matices o diferencias que se iban manifestando ya no tenían que ver con la pertenencia a las dos organizaciones originarias.

La nueva conducción unificada funcionó en un edificio de la Avenida de Mayo al 1300, donde además yo residía junto con mi familia. La elección del lugar no sería casual, tenía que ver con una coyuntura que privilegiaba la acción política. Allí, procurando mantener alejados a mamaderas y pañales, funcionaría la Conducción de Montoneros durante un año, aproximadamente.

El 17 de octubre de 1973 se anunció públicamente, en un acto celebrado en Córdoba, la fusión de FAR y Montoneros. Hablaron Firmenich y Quieto. Se denunció que Perón, que cinco días antes había asumido su tercera presidencia, no tenía todo el poder. Desde franjas del sindicalismo y el lopezreguismo se nos acusó de «marxistas». La misma imputación se hizo extensiva al gobernador de Córdoba, el doctor Ricardo Obregón Cano, que se había solidarizado con este acto.

Perón presidente

El 12 de octubre de 1973 Perón asumiría por tercera vez el mandato constitucional como presidente de los argentinos. Las apariencias indicarían que aquella consigna por la que tanto luchamos, «Perón al poder» se había alcanzado, y que el peronismo y nosotros dentro del mismo —consecuentemente con lo que proponíamos un par de años atrás— estábamos en la cúspide de nuestras posibilidades. Nada más alejado de la realidad.

El Perón que asumía el 12 de octubre, detentaba un poder retaceado y los montoneros estábamos fuertemente cuestionados.

La gravedad de las contradicciones internas, la decisión de los centros de poder internacional de avanzar en el desarrollo de su Doctrina de Seguridad Nacional, se cernían como una amenaza latente sobre la fragilidad de nuestra incipiente acumulación de fuerzas y las debilidades de la democracia alcanzada.

Antes de asumir, el 1º de octubre, en una reunión con los gobernadores, Perón, Lastiri y quien luego sería el ministro del Interior, Benito Llambí, formularon durísimas críticas a nuestro accionar. En dirección a la opinión pública, trataban de divorciarnos del triunfo popular, procurando asimilarnos al ERP. Hacia el interior del movimiento y gobierno, decidieron cerrarnos todas las puertas y procurar nuestro aislamiento. Era la respuesta de Perón a un hecho que había conmovido a toda la sociedad.

El día 25 de septiembre, a menos de 48 horas de la victoria electoral de Perón, el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, sería muerto a la salida de una casa. Las balas que segaron su vida pudieron haber partido desde diferentes trincheras, pero la mayor parte de las miradas apuntaría hacia nosotros. Ello fue así, no obstante que ninguna estructura montonera haya adoptado esa decisión. Más allá de quién haya sido el ejecutor material de este hecho, los Montoneros pagamos su costo político.

Nuestro enfrentamiento con el sindicalismo ortodoxo era obvio, evidente, de larga data, y ya se había cobrado varias víctimas de los

dos lados. Por otro lado, era conocido el nefasto rol que Rucci había tenido en los sucesos de Ezeiza. En este marco de confusión está envuelto aquel lamentable hecho.

También asignábamos responsabilidades a Rucci en los escasos avances producido en la reorganización y democratización del movimiento. En ese sentido desde *El Descamisado* habíamos planteado que:

> José Rucci, Silvana Rotta y Humberto Martiarena: junto con Yessi son los principales responsables de que la reestructuración del Movimiento se realice de acuerdo a las instrucciones del General: respetando la democracia interna y la representatividad. (115)

Al día siguiente, un nuevo asesinato (Enrique Grinberg, de la JP), acumularía más odio y resentimiento. Estos hechos muestran, por sí solos, el estado de un peronismo donde se cerraban los caminos del debate y la participación y crecía una violencia cada vez más destructiva y confusa.

Volviendo a la muerte de Rucci, por más que queda absolutamente claro que ningún organismo de conducción de Montoneros haya tomado esa resolución, las dudas sobre su autoría siguen conmoviendo aún ahora a ambientes políticos y sindicales.

En medio de la confusión de estructuras y redefinición de ámbitos de funcionamientos existentes —por el proceso de fusión de Montoneros y FAR—, tampoco sería descartable que algunos militantes (por decisión propia o inducidos) hayan participado de este hecho. La insuficiente investigación judicial, que ni siquiera ha seguido las pistas que surgen de la instrucción policial realizada inmediatamente después del hecho, no hace más que abonar y profundizar dudas. Novelados relatos han ocupado el lugar de la verdad, imprimiendo su lógica por la vía mediática e influyendo sobre las escasas investigaciones realizadas.

Desde la conducción de Montoneros repetimos, en contextos distintos, comportamientos anteriores. De un modo semejante a lo acontecido con la muerte de Alonso y Vandor, que tampoco habíamos protagonizado, en medio de festejos por parte de algunos grupos juveniles y franjas de trabajadores, permitimos que avanzara el rumor sobre nuestra autoría.

El hecho de que, desde diferentes sectores organizativos se hicieran evaluaciones diferenciadas, hizo que la confusión reinante fuera aún mayor.

El atisbo autocrítico ensayado pocos días después desde la revista que expresaba nuestra política, *El Descamisado*, no echaba mucha luz sobre ese acontecimiento:

> Acá somos todos culpables: los que estaban con Rucci y los que estábamos contra él [...], aquí las causas son lo que importa. Revisar qué provocó esta violencia y qué es lo que hay que cambiar para que se borre entre nosotros. Si la cosa es parar la mano para conseguir la unidad habrá que garantizar los métodos que posibiliten que los dirigentes sean representativos. (116)

Desde todos los puntos de vista la muerte de Rucci favoreció el avance de las políticas opuestas a nosotros. En esa reunión del 1º de octubre, Perón nos declararía la guerra.

Quienes venían cuestionando a los compañeros que ocupaban cargos institucionales, quedaban fortalecidos en sus posiciones. La actitud paramilitar del Estado contra nosotros encontró una excusa para fortalecer su accionar. El sindicalismo, con el que estábamos confrontando, galvanizó sus posiciones.

A partir de estos hechos, los ocho meses del gobierno de Perón estuvieron plagados de sórdidos enfrentamientos, sectarismos e incomprensiones que irían presagiando el doloroso futuro que se nos avecinaba.

Perón mantuvo el mismo gabinete con el que gobernó Lastiri. Nuestros mejores interlocutores dentro de esa etapa del gobierno, seguían siendo los ministros Taiana y Gelbard.

Jorge Taiana, desde el Ministerio de Educación, seguía las orientaciones generales del gobierno, pero manteniendo una línea de conducta. Consciente de las ambigüedades existentes, evitaba toda provocación y trataba de mantener el mejor nivel posible de diálogo y consenso.

Con el ministro de Economía José Ber Gelbard, acosado por López Rega, se profundizó la relación y fue el área de gobierno con la que en ese momento tuvimos mayores coincidencias. A pesar de la situación existente, Gelbard trataba de mantener en lo interno y externo las políticas votadas por el pueblo. Durante largos meses, logró hacer crecer la economía con una inflación cero. Coherentemente con el pedido de la Cancillería para que Cuba volviera al seno de la OEA, planteó la ruptura del bloqueo comercial. Logró que las filiales locales de fábricas de automóviles estadounidenses vendieran sus productos a Cuba. Asimismo amplió el comercio y estableció convenios con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y Polonia. Esta relación y consecuentes acuerdos demuestran que hubo importantes aspectos de la gestión de gobierno que apoyábamos.

Con respecto a la política de Concertación y Pacto Social, nuestras posiciones eran ambiguas aunque primaba la coincidencia en exigir una mayor participación de los trabajadores en las decisiones y en el producto nacional.

Nuestra inserción global, en este período estaría signada por la confrontación con Perón. Esta fue provocando un creciente deterioro en nuestra representatividad social, si bien se mantuvo la continuidad en nuestro crecimiento organizativo.

Montoneros en la crisis interna del peronismo

Durante el tercer mandato de Perón, la fuerza que habíamos construido ya había iniciado, aunque todavía no fuera perceptible, el camino de su declinación.

Hasta aquí, si bien había ingenuidades como la de Ezeiza y actitudes cuestionables ante la opinión pública como las «oleadas de ocupaciones», aún manteníamos una fuerza poderosa que ni siquiera había llegado al tope de su crecimiento numérico y organizativo.

Para nosotros, a partir del 20 de junio la situación se había tornado muy difícil ya que la grave fractura interna del movimiento peronista, después de Ezeiza, se había profundizado. Esta confrontación se daba entre los sectores que, con distintas gradaciones, comenzaron a cuestionar algunas políticas de Perón y los que las defendían a rajatabla. Nosotros, claramente, representábamos a los primeros. El sindicalismo tradicional a los segundos.

En este contexto, la diferencia con la situación anterior no parecería demasiado significativa. Lo importante fueron dos elementos nuevos que aparecieron y modificaron el desarrollo de los acontecimientos. Estos fueron la posición del propio Perón, que con su discurso posterior a Ezeiza, del 21 de junio de 1973, había manifestado su apoyo al sindicalismo y a los postulados del peronismo ortodoxo, y el fin del avance popular, que había tenido su tope aquel 20 de junio. A partir de la masacre habían quedado modificadas las condiciones que facilitaban y permitían ese ascenso en la lucha de masas. Sin embargo, algunos sectores, sobre todo la juventud y dentro de ella el sindicalismo más joven, se irían radicalizando y creciendo en su organización y exigencias. Por el contrario, otros sectores sociales fueron más cautos. El saldo final fue que progresivamente nosotros fuimos quedando acotados a la defensa, organización y representación de los sectores más dinámicos y cada día más radicalizados.

Desde nuestros inicios estábamos arraigados en ellos y esa era nuestra base social. La diferencia estriba en que antes éramos bien vistos por el resto del movimiento y en cambio, ahora, era creciente la oposición interna dentro del mismo. Seguíamos representando lo mismo, pero íbamos perdiendo el apoyo y simpatía del conjunto.

A las naturales dificultades para reconvertir una fuerza guerrera,

protagonista de la Resistencia, a las nuevas condiciones políticas y sociales, se le agregaría entonces este nuevo problema de la fractura al interior del movimiento de masas.

Habíamos entrado decisivamente y de lleno en una crisis que nunca lograríamos resolver: la de las relaciones con Perón.

En esta situación crítica hay un par de circunstancias aparentemente paradójicas, respecto al pasado inmediato. Por un lado, el ejercicio de la violencia. Nos había dado —en la Resistencia— una imagen de heroísmo comprometido con los intereses del pueblo. Ahora pasaba a ser un factor distorsionante y hasta negativo en esa relación.

Por otro lado, la «Organización». En esta Segunda Resistencia había servido para darle una respuesta más estructurada e integral a la dispersa lucha del pueblo contra la dictadura militar que caracterizara a la Primera Resistencia. Pero ahora, comenzaba a cerrarse sobre sí misma. Ello obstaculizaba la percepción de las demandas de ese mismo pueblo y disminuía nuestra sensibilidad hacia él.

Vínculos con el Ejército que confronta con la Doctrina de Seguridad Nacional

En el frente militar, Carcagno estaba consolidando una orientación innovadora. En la «X Conferencia de Jefes de Ejércitos Americanos de la OEA» que se había realizado en Caracas en el mes de septiembre, pocos días antes de las elecciones que ungieron a Perón como presidente, había planteado que las Fuerzas Armadas actuaban como «guardias pretorianas de un orden político, económico y social injusto» y que debían convertirse en «custodios de la soberanía». (117) Asimismo había propuesto modificaciones al sistema interamericano de defensa TIAR y la incorporación de Cuba a las reuniones del CEA. Solo fue apoyado por los delegados militares de Bolivia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela. La mayoría se inclinó por mantener el statu quo, tal como lo propusiera el delegado brasileño.

En su discurso, con motivo de aquella X Conferencia, Carcagno dijo:

> Cuando no se perciben o no se quieren percibir las razones intrínsecas de la subversión y no se hace lo que se debe para suprimirla, su erradicación por la fuerza se torna imposible. Del empleo del poder militar contra ella se deriva un distanciamiento cada vez mayor entre el pueblo y el ejército que forma parte de ese pueblo. (118)

Esas posiciones, acompañadas por el jefe del Ejército Peruano, general Edgardo Mercado Jarrín, confrontaban con las posiciones sustentadas por las mayor parte de los representantes de los ejércitos americanos alineados junto a los Estados Unidos y Brasil. Dicha actitud se

correspondía con un par de gestos significativos que adoptó Carcagno, pocas semanas antes. Uno de ellos, en el mes de agosto, tendría como escenario el Colegio Militar. Allí, ante unos quinientos oficiales, comenta Rosendo Fraga que Carcagno fijó sus políticas y al explicitar las hipótesis de conflicto, definió que:

> La agresión externa no era solo militar sino también de tipo económico, desde los grandes centros de poder mundial del mundo occidental. Sobre una mesa coloreada y al analizar dichas hipótesis el gobierno socialista de Chile con Salvador Allende y el gobierno militar peruano de Velasco Alvarado eran pintados con el «azul» de los aliados en el juego de guerra, planteando así el sistema de alianzas imperantes desde el punto de vista de la doctrina vigente entonces en el Ejército. (119)

En esos mismos días solicitó el retiro de la misión militar de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos que funcionaba en el edificio Libertador desde fines del año 1950. Naturalmente, esas decisiones erizaban la sensibilizada piel de la mayor parte de los militares, formados en un militante antiperonismo.

La doctrina que guiaba la política de Carcagno significaba, de hecho, la ruptura con la Doctrina de Seguridad Nacional a la que nuestras Fuerzas Armadas venían adhiriendo desde sus inicios —una vez derrocado Perón— y que constituía el sustento de los reiterados golpes de Estado que habíamos padecido.

Esa posición de Carcagno, en medio de la bipolaridad reinante, era la más fiel expresión de las tradicionales banderas peronistas sobre el «No Alineamiento» y la «Autodeterminación de los Pueblos».

Por nuestra parte, durante esos días intensificamos las relaciones con el Estado Mayor del Ejército. Debatimos y comenzamos a ejecutar distintas alternativas que mostraran esta nueva relación entre Ejército y sociedad, y entre Montoneros y Fuerzas Armadas.

Esas reuniones tenían dos niveles. Los acuerdos generales los realizábamos los miembros de la conducción de Montoneros, en reuniones reservadas; las actividades concretas se coordinaban en reuniones públicas, con quienes tenían bajo su responsabilidad las tareas específicas.

Los interlocutores del Ejército continuaban siendo, regularmente, los coroneles Cesio y Dalla Tea, aunque en algunas de ellas participaban otros jefes militares.

Siempre recordaré la impresión recibida en una de esas reuniones realizada en el domicilio del general Eduardo Rafael Labanca, cuando algunos de esos militares se sinceraron como padres. En ese carácter me endilgaron una responsabilidad que iba más allá de lo que yo podía asumir. Primero manifestaron la imposibilidad familiar de contener y

orientar las actividades de sus hijos, reconociendo que militaban en agrupaciones y estructuras que respondían a nuestra política. Seguidamente me dijeron: «Haga usted lo que no podemos hacer nosotros. Cuídelos y llévelos por buen camino».

Es verdad que algunos hijos de militares integraban nuestras filas. Pero ese trato preferencial no era admisible por cuanto atentaba contra todos nuestros principios. Además, sus hijos tampoco lo hubieran aceptado.

Pero, fundamentalmente, señalaba el profundo quiebre cultural que estaba viviendo una parte significativa de nuestra sociedad a partir de lo que se presentaba como brecha generacional que separaba a padres e hijos, y la falsedad de la antinomia «civiles vs. militares». Las contradicciones en las sociedades existen pero se rigen sobre otros supuestos: en aquellas rebeldías juveniles el emergente de la lucha social ocupaba el lugar central.

El «Hippie» Juan Carlos Alsogaray era un oficial montonero. Estaba en Tucumán en tareas exploratorias para la instalación de un grupo guerrillero entre los cañaverales y la adyacente zona montañosa. Estaba vestido con nuestro uniforme cuando sería asesinado a bayonetazos el 23 de febrero de 1976 por una patrulla del «ejército regular» al que pertenecía su padre Julio, general que fuera comandante de dicha arma. Es posible que ese hecho, que no fue el único aunque sí puede ser tomado como el más significativo, muestre un punto culminante de la profunda división que sesgó a nuestra sociedad.

En nuestra relación con los militares agudizamos la imaginación, en la búsqueda de mecanismos que fueran eficaces a la hora de lograr los objetivos propuestos.

Así fue como, aprovechando las relaciones que teníamos con las autoridades de la Universidad de Buenos Aires, acordamos que desde esa universidad se convocarían seminarios y conferencias que facilitaran la participación de oficiales del Ejército, en conjunto con los estudiantes universitarios.

En ese marco también se acordó la realización de un operativo de reconstrucción, que ejecutarían jóvenes de la JP en conjunto con fuerzas militares del Primer Cuerpo de Ejército y el gobierno de la provincia de Buenos Aires, con motivo de las inundaciones que se habían producido en esa provincia.

En virtud de los acuerdos que veníamos realizando, se concretaría entre 4 y el 24 de octubre el «Operativo Dorrego». Se trató de la realización de tareas de reconstrucción en dieciocho municipios de la zona centro-oeste de la provincia de Buenos Aires, afectados por las importantes inundaciones que se habían producido en el mes de junio.

Bajo los auspicios del gobernador de la provincia de Buenos Aires participaron más de 800 jóvenes de la JP y unos 1500 efectivos del I Cuerpo de Ejército. A esta actividad la promovimos y diseñamos desde la conducción de Montoneros.

Dado que fui uno de sus principales impulsores tuve a mi cargo el acuerdo para su realización, junto con los miembros del Estado Mayor del Ejército —con los que trabajábamos habitualmente— y el ministro de Gobierno de la provincia Buenos Aires, el doctor Manuel Urriza.

La acción sería presentada como una actividad conjunta del Ejército con los jóvenes. Por eso se planteó como una convocatoria a las Juventudes Políticas. Ello no pasó de una formalidad, de hecho la participación se limitó a las JP-Regionales. Fue por eso que la coordinación para su ejecución quedó en manos de los compañeros de la Regional I de la JP, que encabezaba Juan Carlos Dante Gullo.

En el acto de clausura realizado en la ciudad de 25 de Mayo, desfilaron los soldados del Ejército y los jóvenes de la JP, con sus brazaletes identificatorios y los picos y palas utilizados en las tareas realizadas. Esa ceremonia fue presidida por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, el doctor Oscar Bidegain; el comandante en jefe del Ejército, general Carcagno, y Dante Gullo, por la JP.

Este hecho tuvo lecturas muy diversas. Dentro de Montoneros, algunos le asignábamos un valor significativo porque nos permitía llevar a la práctica nuestras ideas sobre la relación Ejército/Sociedad y Montoneros/Ejército. Estaba en la línea de vincular a las Fuerzas Armadas con los problemas de la sociedad, tratando de contribuir a la modificación de la actitud impuesta por la Doctrina de Seguridad Nacional que le hacía ver al peronismo como su enemigo y a los intereses de los Estados Unidos como propios.

Desde el punto de vista de nuestras relaciones con las Fuerzas Armadas pretendíamos desarmar las desconfianzas que pudieran ser utilizadas en la recreación de condiciones propicias al golpe de Estado.

Dentro de los niveles de conducción de Montoneros no hubo ningún cuestionamiento explícito, pero algunos compañeros no le asignaron mayor importancia.

La «izquierda» en general y buena parte de los sectores militares lo censuraron y recibimos una andanada de críticas. El ERP sacó un afiche mostrando la «incongruencia» de realizar un operativo conjunto con una fuerza conducida por quien —como Carcagno— había sido jefe del ejército represor en el «Cordobazo». La revista *Militancia* tampoco ahorró reproches. Toda esta oposición quedaba en espejo con la opuesta simetría manifestada por los diarios *La Prensa* de los Gainza Paz y *La Nación* de los Mitre, símbolo del gorilismo en esa Argentina.

En el Ejército las opiniones eran disímiles. Uno de los militares participantes en el operativo, el entonces coronel Albano Harguindeguy, no solo lo cuestionó sin reparos —en conversaciones mantenidas con nuestros compañeros— sino que procuraría en todo momento distanciar a los soldados, oficiales y suboficiales a su cargo, de los militantes de la JP. Dentro del Ejército muchos veían con recelo ese acercamiento a un sector de aquellos a los que habían combatido duramente.

El copamiento del Comando de Sanidad Militar por parte del ERP, en simultáneo con el discurso de Carcagno en Caracas, sería un salto en calidad en el desarrollo de la espiral de violencia. Era, obviamente, la contracara de nuestra política con respecto al Ejército. En esas circunstancias nosotros lo condenamos explícitamente.

Al interior de las Fuerzas Armadas actuaba como un revulsivo, cuyo costo político lo pagábamos nosotros. Le quitaba credibilidad y sustento al intento de Carcagno de reformular la doctrina militar colocando el eje en la defensa de la soberanía nacional frente a todo tipo de agresiones externas (militares, socioeconómicas).

Ni la conducción de ese Ejército ni nosotros nos amilanamos por estas dificultades, y continuamos explorando caminos para superarlas. Discutimos nuestra eventual participación en la «mesa de arena» que el Ejército venía realizando todos los años, donde se consideraría el desarrollo de la «Hipótesis de Guerra» de nuestro país. Finalmente desechamos esa posibilidad dado que podría estar presente el general Lanusse, en su carácter de ex comandante en jefe del arma.

De manera simultánea comenzamos a buscar otras fórmulas de acción conjuntas con el Ejército donde pudiéramos aprovechar nuestra experiencia organizativa y militar. El retiro —forzado por Perón— del general Carcagno nos sorprendió en momentos en que estábamos considerando nuestra participación, como fuerza miliciana, en las «maniobras anuales del Ejército». Estas se realizarían en la provincia de Entre Ríos, en el primer trimestre del año siguiente (1974). Al hecho de que nuestros militantes pudieran portar armas de modo legal lo veíamos desde diferentes perspectivas complementarias. Era una forma de visibilizar un nuevo tipo de estructura militar. También se constituía en un modo de ir legitimando el concepto de *pueblo en armas* y era un avance en la legalización de nuestro incipiente poder militar.

Nosotros pretendíamos recuperar la mejor tradición de las Fuerzas Armadas. Aquella del Ejército de la Independencia, en la cual se complementaba el ejército profesional o tecnoestructurado con el ejército de tipo territorial o formación miliciana, constituido por organizaciones del pueblo. Es posible que, desde diferentes miradas,

esto suene un tanto disparatado a la luz de los acontecimientos posteriores, empero las cosas sucedieron de este manera y de ellas podemos extraer valiosas conclusiones.

Del mismo modo que reseño —sin limitaciones— los errores cometidos, no puedo obviar aquellas políticas escasamente conocidas cuyo desarrollo, considero, hubiera podido evitar la tragedia vivida. Tal vez sea esa la razón por las que han sido y son cuidadosamente escamoteadas por «tirios y troyanos». *

En la práctica concreta, de la mano de una audaz conducción del Ejército, estábamos rompiendo con las nefastas tradiciones de la Doctrina de Seguridad Nacional. Le disputábamos al imperio y al poder económico el principal instrumento para ejecutar sus planes.

También ese sueño quedaría trunco. Todos lo pagaríamos.

Una inquietante perspectiva y un grave error de Perón

Sería el tema militar, en este caso nuestra relación con las Fuerzas Armadas y particularmente con el Ejército, una de las cuestiones que estaban en el centro de nuestro conflicto con Perón. Este tema estaba estrechamente ligado a la cuestión ya planteada sobre la conducción.

Hacia el mes de noviembre de ese año 1973 arrancarán los detalles que terminarían por desatar la tormenta definitiva con Perón. Fue cuando tomamos conocimiento de una situación que, además de conmovernos, nos obligó a reelaborar los próximos pasos. Según esa información, proporcionada por Taiana, uno de sus médicos, nos aproximábamos a acontecimientos que modificarían toda la realidad. Supimos que el estado de salud del General se estaba deteriorando rápidamente.

Nos reveló que Perón mantenía la plenitud de su voluntad y demás facultades solo un par de horas diarias y que, el resto del tiempo, tenía un alto grado de dependencia de quienes lo rodeaban. Esa información estaba acompañada de una advertencia: si no se reducía el nivel de exposición y esfuerzo que se le estaba demandando, tanto por la tarea de gobierno como por el protocolo, sus expectativas de vida no se podrían extender mucho más de seis meses.

Taiana, como médico de Perón, junto al doctor Pedro Cossio produjeron el 23 de diciembre de 1973 un *Memorando* dirigido al propio Perón (*Historia Clínica* nº 32.967) Allí hacían una síntesis de la evolución de la enfermedad y terminaban diciendo:

> Por lo tanto debe cuidarse mucho y siempre, limitándose a los actos imprescindibles de su alto cargo, suprimiendo todo acto de demostraciones o protocolares, de lo contrario podría acelerarse la evolución natural de su

> enfermedad. Más aún todo programa fuera de los actos de gobierno, debería ser visado por sus médicos asistentes. (120)

Estos consejos médicos no fueron escuchados. En ese contexto se produjeron algunos hechos, absolutamente desaconsejables según la opinión de sus propios médicos, que minaron su resistencia física, y a los que, estimo, no fueron ajenos quienes los diseñaron y programaron.

Uno de ellos, el más notorio, sería el viaje al Paraguay, donde el General permaneció de pie en cubierta por largo tiempo, saludando a las tropas paraguayas que le rendían honores a la entrada del Puerto de Asunción. Así reflejaba ese acontecimiento, realizado el 6 de junio, el diario *Clarín* en su edición del día siguiente:

> Cientos de banderitas argentinas y paraguayas se agitaron cuando, a lo lejos, se recortó la figura de Perón sobre la cubierta del barreminas. Firme, con el agua castigándole el rostro, Perón sonrió emocionado ante la multitud que lo aplaudía. (121)

Esto ocurría cuando se aproximaba el invierno de 1974, a solo veinticuatro días de su muerte.

Pocos días antes, el 17 de mayo, Perón había sido sometido a otro esfuerzo inadecuado para su edad y estado de salud. Se trató de la celebración del Día de la Armada realizada en la Base Naval de Puerto Belgrano, en las proximidades de la ciudad de Punta Alta y a treinta kilómetros de la ciudad de Bahía Blanca. Desde esta mirada es difícil eludir la sospecha sobre la responsabilidad de López Rega en todas estas decisiones. Sobre todo si tenemos presente su voluntad manifiesta de heredar el poder de Perón. Basta recordar la anécdota que él mismo nos relatara en Madrid sobre el «guitarrista de Gardel». A la luz de los acontecimientos posteriores tampoco Massera —Jefe de la Armada y con ambiciones políticas que no iban en zaga a la falta de ética de su conducta— sería ajeno a estas actividades, todas desgastantes para el débil físico del General.

Sobre la base de esta información que señalaba la eventualidad de una próxima desaparición física del General, nos propusimos una estrategia en previsión de los tiempos post Perón. Esta se sostendría sobre algunas ideas centrales, tales como mantener nuestras políticas pero procurando evitar el enfrentamiento directo con Perón. Esto suponía mantener la reivindicación del programa votado el 11 de marzo, pero haciéndolo sobre la base de los reclamos de los distintos sectores sociales y no sobre nuestras denuncias o actividades como organización.

También nos pareció necesario crear una malla de protección que evitara el aislamiento al que se nos sometía, fortaleciendo las políticas frentistas que abarcaban tanto el nivel social como el político. Ello

requería, también, darle renovado empuje a una política internacional que nos permitiera establecer acuerdos con vistas a la nueva situación en ciernes.

Fundamentalmente habría que consolidar un polo de poder lo suficientemente fuerte como para que sus integrantes pudieran sostenerse y defenderse mutuamente, durante el período post Perón.

Todas estas ideas eran correctas pero padecían de algunos defectos que, en ese momento, no fueron debidamente evaluados. Por un lado, Perón, por períodos, incentivaba su ataque sobre nosotros. Por otro lado, en nuestra propia base social, el daño que nos estaba produciendo la confrontación con el General era más grande de lo que percibíamos. Nosotros manteníamos nuestra fuerza organizada, incluso crecíamos numéricamente. Al mismo tiempo perdíamos incidencia política y representatividad y social.

Esto era así porque era Perón, obviamente, el jefe de ese movimiento. Y porque sectores cada vez más amplios se iban hartando de la convulsión existente en la cual éramos protagonistas. Continuaba así el distanciamiento entre nosotros y las grandes mayorías.

Ahora bien, dentro de la idea de poder que habíamos imaginado tenían un rol muy importante las Fuerzas Armadas. Sin Perón, existía el riesgo de que los sectores identificados con las viejas políticas, que controlaban la mayor parte de los mandos efectivos, intentaran una nueva aventura golpista. Pensando en ese riesgo fue que promovimos un encuentro con el propio Carcagno y su Estado Mayor. Esta reunión fue reservada y se realizó en el domicilio de un empresario en la Avenida Santa Fe, en las proximidades de la Plaza San Martín. Participaron Carcagno; su jefe de Estado Mayor, el general Luis Alberto Betti; el jefe de Inteligencia, coronel Carlos Dalla Tea; y el jefe de Política, coronel Juan Jaime Cesio. Por Montoneros lo hicimos Firmenich, Quieto y yo.

Al ingresar al departamento, tanto los jefes militares como nosotros dejamos nuestras armas de defensa personal bajo la custodia del dueño de casa. Carcagno manifestó que, luego del «Cordobazo», se había hecho el firme propósito de hacer lo posible para que no se volvieran a repetir las circunstancias que habían llevado al Ejército a enfrentarse con su pueblo. Dijo que él controlaba las políticas y los «botones», por la posibilidad de tomar decisiones desde el Estado Mayor. Pero que con muchos mandos reales había conflictos y contradicciones, por lo que demandaría un tiempo hacer que esta nueva orientación fuera asumida por toda el arma. Manifestó la confianza y respeto que le tenía a Perón, pero que no podía decir lo mismo de colaboradores muy cercanos, en referencia a López Rega.

Ante esa situación, reconoció que dentro del Estado Mayor habían discutido cuál iba a ser la posición futura del Ejército. Dentro de la confrontación existente entre la juventud y el sindicalismo, habían optado por el acuerdo con la juventud. Advertimos a Carcagno que la implicancia del acuerdo al que podíamos arribar se limitaba a procurar un mayor equilibrio en el poder y evitar las acechanzas e intentos hegemónicos que pudiera hacer López Rega, a partir de su influencia sobre la señora Isabel. Aclaramos que, no obstante nuestras diferencias, reconocíamos el rol de Perón como un factor de unidad nacional y que no solo no avalaríamos sino que *combatiríamos todo intento de romper la continuidad institucional*. Omitimos toda referencia a los plazos en que podría tener un desenlace el deterioro de la salud de Perón. Sobre estas bases decidimos mantener una relación más sistemática, continuando y fortaleciendo las tareas comunes que se estaban desarrollando.

Estimo que Perón fue mal informado (o «contrainformado») sobre esta reunión. Es posible que nunca sepamos si la información transmitida fue fidedigna o no. No sé si por error de transmisión o mala evaluación, lo cierto es que Perón se equivocó seriamente al desaprobar, boicotear y destruir esa vinculación.

No tengo confirmación acerca de quién es el que acercó a Perón la información o desinformación sobre esa reunión. Si bien nada habíamos convenido, era obvio que si a alguien le correspondía hacerlo era al Comandante del Ejército, y parece evidente que este no lo hizo. Durante muchos años pensé que Dalla Tea (a cargo de la J2, Jefatura de Inteligencia) fue quien anoticiara a Perón de dicha reunión. Sin embargo, con la desclasificación de los archivos de la Logia P-2, ahora se sabe que Betti, quien revistaba como jefe de Estado Mayor, era el miembro n° 481 de la mencionada logia. Con este nuevo dato y sabiendo el rol que tuvo dicha organización, la penumbra sobre el uso y desuso de esa información se vuelve aún más nebulosa.

Por razones que —tal vez— tendrían más sostén en la psicología que en la política, Perón actuó —¡y cómo!— sobre el Ejército y otras instituciones del Estado para impedir esta confluencia con nosotros. Con más ofuscación que sentido histórico, promovió, desarrolló o —por lo menos— facilitó el crecimiento de cuadros militares y políticas que volvían a poner al Ejército en condiciones de conspirar. Fue, posiblemente, el error más grave cometido por Perón desde su regreso al país. Esta vez el problema no era una cuestión interna sobre aspectos de la conducción, en los cuales las diferencias podían ser lógicas. Esta vez la decisión afectaba, mucho más que a nosotros, al futuro del país. Estaba tirando por la borda lo que podría haberse constituido en la última posibilidad de contener la ofensiva imperial.

Tenía un jefe militar que estaba dando pruebas de su decisión y lealtad a las banderas históricas del peronismo. Contaba con una fuerza juvenil que, a pesar de todos los problemas, lo seguía respetando. Y que también había dejado claras constancias del sentido de su compromiso y entrega.

Ambos veníamos recorriendo, en medio del vértigo existente, un complejo y costoso camino. Con una altura de miras que se agranda con el paso del tiempo, estábamos intentando aguantar la restauración imperialista, que ya había acabado con el gobierno socialista de Allende. Perón decidió destruir aquella posibilidad. Hoy no me quedan dudas de que esos acuerdos entre el Comandante del Ejército y Montoneros se constituyeron en el «disparador» de la serie de decisiones que Perón comenzó a adoptar.

Para empezar, le cerraría el camino a Carcagno. Pocas semanas después, el Senado, bajo influencia lopezreguista, rechazaría el pedido de ascenso para cuatro coroneles —Cesio era uno de ellos—, obligando a Carcagno a pedir su propio retiro. De hecho, tres de los cuatro militares participantes de aquella reunión agotarían sus carreras en pocas semanas más. El único que continuaría, con un ascenso, sería Dalla Tea.

Fue designado como nuevo Comandante del Ejército el general Leandro Anaya. Las reuniones previas de Anaya con Perón se iniciaron los primeros días de diciembre, inmediatamente después de nuestros acuerdos con Carcagno. (122)

Anaya se hizo cargo de la jefatura del Ejército e inmediatamente cambió la política del arma. De la alianza y acuerdos que Carcagno había elaborado con nosotros, se pasó a otra definición que Anaya comenzó a ejecutar con el fin de «parar la subversión». Y a esa altura, nosotros formábamos parte de la «subversión» que debían «parar». Así habían cambiado las cosas.

De esta manera se destruiría el más fuerte intento por replantear los objetivos de nuestras Fuerzas Armadas y volvería a ser hegemónica la Doctrina de Seguridad Nacional.

De aquí al golpe de Estado, solamente quedarían dos pasos: preparar las condiciones y esperar la oportunidad.

En este tema fue Perón el que se equivocó: lograría vencernos políticamente. Pero al altísimo precio de hundir la posibilidad de construir una Argentina distinta. Probablemente fuera cierto que Anaya representara mejor la situación existente al interior del Ejército; desde ese punto de vista, el retiro de Carcagno traía tranquilidad a ese frente.

Pero la «intranquilidad reinante» mientras Carcagno introducía las reformas necesarias, no ofrecía riesgos institucionales. Todos los

analistas reconocen que las Fuerzas Armadas, en esos momentos y bajo esa conducción, no tenían voluntad ni condiciones para doblegar al poder institucional.

Rememorando los viejos razonamientos de Perón, podemos afirmar que lo más probable fuera que la mayor parte del Ejército se iría adecuando al poder imperante.

Fue Perón el que, en este aspecto, abrió el camino para que pudieran recuperar su hegemonía las tradicionales posiciones «macartistas» y gorilas que luego atentarían contra su propia heredera y masacrarían a quienes habíamos contribuido a construir su retorno. Otras políticas —que luego veremos— como el descabezamiento de los gobernadores amigos, los cambios en la Policía Federal y otros hechos, ayudados por nuestros propios errores, no solo no evitaron el golpe de Estado sino que lo promovieron y aceleraron.

Así de difíciles y profundas fueron nuestras relaciones con Perón. Había respeto y amor, pero también broncas y culpas, lealtad y desobediencia. Esta ambivalencia era resultante de la presencia de lo afectivo en el vínculo político. Es lo que, al mismo tiempo, hizo posible jugar la vida por el líder y enfrentarlo, porque no se ajustaba a lo que uno —como parcialidad— esperaba o a lo que imaginábamos el pueblo necesitaba. Una relación en la que se fundía la racionalidad con el sentimiento. Desde el punto de vista de Perón, este actuó muchas veces acicateado por la confrontación que, como todo líder o conductor, no aceptaba ni toleraba.

Muchas de sus políticas estaban motivadas por su visión acerca de las maniobras necesarias para evitar el golpe de Estado. Ante la negativa evolución de la situación internacional, sobre todo en los países vecinos, su opción fue retroceder ante el poder imperial. Ello no solo no frenaría el golpe de Estado sino que terminó desarmando a quienes podían haber ayudado a evitarlo. También fue muy fuerte su reacción negativa ante los acuerdos que estábamos desarrollando con la conducción del Ejército.

La interacción de este conjunto de variables sería el tramado sobre el que se desplegaron las conflictivas relaciones con Perón, que bajo ningún punto de vista pueden simplificarse —como se ha intentado— en hipótesis de «utilización».

El debate ineludible y la más grave disidencia: «JP Lealtad»

Realimentando esta disputa con Perón tuvimos otros dos problemas centrales que no fueron bien resueltos. El primero fue no encontrar la forma de evitar, salir o bajar los decibeles de la confrontación con él. El

segundo, no haber marginado la violencia, durante ese período.

Por el contrario, frente a las distintas provocaciones, a las cotidianas manifestaciones de la violencia, caímos en la trampa y terminamos agregando nuestra propia cuota de hechos violentos. En este marco se desarrolló la escisión más importante que tuvo Montoneros. Se trató de la disidencia planteada por un sector de compañeros que se autoidentificaron como línea «Lealtad». El aspecto principal de sus diferencias estaría motivado por su desacuerdo respecto del enfrentamiento con Perón. Su criterio era que debíamos aceptar sin cuestionamientos las políticas y conducción de Perón.

Fue el precio que pagamos por mantener la autonomía en nuestras decisiones. Como disidencia se manifestó públicamente a principios de 1974, pero se venía incubando desde varios meses atrás. Sus principales puntos de apoyo fueron la dirigencia de la JUP de Buenos Aires y la Columna Oeste de la Regional Buenos Aires. (123) En el interior alcanzaría su mayor desarrollo en la ciudad de Santa Fe.

No obstante ello vale la pena destacar que, originariamente, la «Lealtad» fue muy débil, aunque algunos de sus referentes tuvieran responsabilidades de conducción dentro de los frentes de masas conducidos por las políticas montoneras. Así, por ejemplo, los grupos disidentes de la JUP de Capital Federal recogieron menos de cuatrocientos votos frente a casi veinte mil que lo hicieran por las listas de la JUP-Regionales en las elecciones realizadas en la Universidad de Buenos Aires en 1974.

Los «Lealtad», en el inicio de la disidencia, compartían con Montoneros el criterio de mantener una organización político militar, pero ellos proponían hacerlo únicamente como «formación especial» a disposición de las órdenes que pudieran recibir de Perón como jefe del movimiento. Inicialmente no se desarmaron, a instancias del propio Perón, según algunos testimonios. (124) No subsistieron ni como agrupación. Esto señala los límites objetivos para la existencia de una organización con política diferenciada sobre el mismo espacio social. Sus militantes, en general, tomaron diferentes caminos: algunos se reabsorbieron en las estructuras del movimiento y otros volvieron a la militancia montonera, la mayoría en distintos frentes de masas que respondían a nuestra política.

El debate que se suscitó entre Montoneros y esta corriente haría que en nosotros se fortalecieran las tendencias más clasistas e ideologistas. Esa imposibilidad de alcanzar una síntesis interna reflejó una de las mayores debilidades de esta etapa e influyó negativamente sobre el futuro. El tratamiento que le dimos a esta disidencia contribuiría a fortalecer una tendencia equivocada. Nosotros mismos no hicimos lo

suficiente para alcanzar una síntesis abarcativa de las contradicciones existentes.

Partíamos de la necesidad de contar con una fuerza cada vez más homogénea y con menos «lastres». Pero ello también significaría una menor inserción en los problemas, contradicciones y diferencias naturales que convivían en la sociedad y dentro del peronismo. Internamente se generó un clima que desvalorizaba las posiciones que sostenían estos compañeros, lo que dificultó aún más el diálogo. En los distintos ámbitos de funcionamiento organizativo primó una forma de tratamiento del problema que no contribuyó a una síntesis de las diferencias. En general, se desacreditaban las posiciones que pudiera asemejarse a las asumidas por esta disidencia.

La Conducción, en lugar de desalentar, se haría eco de estos criterios. De esa forma nos fuimos construyendo una trampa sin salida. Por un lado, tendencias como la impulsada por los compañeros de esta disidencia, que llevaban a la disolución, el desgranamiento dentro del conjunto del movimiento. Por el otro, nuestra política. Que tendía a fortalecer la organización pero que, en realidad, fortificaba un sólido esqueleto. El debilitamiento de su raíz, en el propio movimiento, la iba alejando de sus bases de sustentación. Así se multiplicaban las condiciones para la decadencia. El tiempo demostraría que, por este camino, estábamos transitando una etapa con más errores que aciertos. Nuestra sobrevivencia política quedaba casi inevitablemente atada al tiempo que nos demandase consumir las importantes reservas —organizativas, de representación, en compañeros y experiencia— que habíamos acumulado en anteriores etapas en las que primaron los aciertos.

La falta de flexibilidad con la que tratamos estos problemas indica que se nos estaba «encalleciendo» esa sensibilidad para captar la esencia de las cosas, sensibilidad que habíamos tenido y conducido, y que había permitido que una generación pusiera el alma, la cabeza y el corazón. Razón y pasión para luchar por la vida.

De todas maneras, una angustia profunda, un dolor en el alma, atravesaba la vida de más un peronista.

En su libro *La masacre de Plaza de Mayo*, Gonzalo Cháves publica una entrevista a Carlos Elizagaray, un ex senador peronista. Al momento del golpe del 16 de junio de 1955, siendo oficial del Ejército, tenía como destino la Escuela Antiaérea de Mar del Plata. Ese día, de paso por Buenos Aires, enterado del bombardeo, fue a la Casa Rosada para defender a Perón. En dicha entrevista, contó que cuando se iba el invierno de 1974 llegó a Mar del Plata Juan José Hernández Arregui. Le habían avisado que figuraba en una *Lista* de la Triple A, que

encabezaba Julio Troxler, quien fuera asesinado el 20 de septiembre. Su nombre y fotografía estaban inmediatamente después. Sin perder tiempo, Hernández Arregui viajó a Mar del Plata, fue a pedirle ayuda a su amigo Ricardo Elizagaray, otro viejo militante peronista, diputado en 1946. Al día siguiente partiría al Sur, tendría un lugar seguro donde podría leer y escribir. Ese 21 de septiembre habría una larga charla en la casa de los Elizagaray. Tres generaciones de peronistas; Ricardo el más veterano, Carlos el dueño de casa y sus hijos, conversaron con aquel intelectual, oriundo de Pergamino, cuyas principales obras (*Imperialismo y Cultura, Formación de la Conciencia Nacional, ¿Qué es el ser nacional?, Nacionalismo y liberación, Peronismo y socialismo*) aportan elementos que ayudan a recorrer un camino que, afirmando lo nacional, transite hacia el socialismo. En un momento de esa conversación, Enrique «Pacho» Elizagaray (hijo de Carlos y militante montonero) le preguntó a Hernández Arregui si debían seguir combatiendo. «Hernández lo miró pensativo y le dijo: es la primera vez que tengo dudas para contestar; si te digo que sigas combatiendo, te pongo contra Perón y si te digo que no, te pongo contra la historia». (125)

Esa noche, como resistiéndose a ese inmerecido destierro interno, el corazón de Hernández Arregui no toleró tantos dolores e impidió esa partida llevándolo hacia un destino eterno. Murió en el bar del hotel tomando una cerveza con su esposa. Pocos meses más tarde, en marzo de 1975, las balas de las *patotas paraestatales* acabaron con los 22 años de «Pacho» Elizagaray. Las dudas que aquella tarde le trasmitiera Hernández Arregui, ahora forman parte de nuestra historia.

Una voluntad inquebrantable

Los últimos meses de 1973 fueron pródigos en acontecimientos. El sentimiento predominante en la mayor parte de nuestro activismo no estaba ajustado a las dificultades de la situación real. La actividad constante, la producción de hechos importantes, la convivencia junto a los sectores más humildes, la manifiesta solidaridad de estos, hacía muy difícil calibrar las dimensiones exactas del desgaste que teníamos ante el conjunto de la sociedad con motivo de los enfrentamientos que estábamos protagonizando.

Este es el período en que nuestra actividad barrial alcanzaría su mayor grado de desarrollo. Además del trabajo en la organización sindical, miles de compañeras y compañeros compartían sus horas y esperanzas con los más pobres. La solidaridad alcanzaba las formas más dispares, desde la organización para la canilla que brindara el agua

hasta la autoconstrucción de viviendas; desde la organización de actividades con los chicos hasta los dispensarios que les asegurarían la atención primaria. Todas esas reivindicaciones eran tomadas por nuestros jóvenes militantes como parte de su práctica política.

En ese compromiso social se forjaría la ética con la que construimos los valores de nuestra organización. La exigencia, el sobreesfuerzo cotidiano, cedían ante la fuerza de la alegría compartida. En algunas oportunidades esas acciones solidarias se concentraban en un período determinado, para lograr mayores efectos. Así fue como, entre noviembre y diciembre de 1973, la JP impulsaría el «Operativo de Reconstrucción 17 de Noviembre». En Capital Federal y Gran Buenos Aires, más de veinte mil jóvenes de la JP-Regional I participaron de las actividades planificadas. Con motivo del mismo operativo, los jóvenes de la JP de todo el país se movilizarían con objetivos parecidos. Por ejemplo, la JP entrerriana constituyó, en Paraná, las Unidades Básicas del Trabajo, a través de las cuales canalizaron su acción barrial.

Importantes novedades se producían a nivel militar y aparecían en escena nombres que luego serían trágicamente cotidianos. Emilio Massera, asumía la conducción de la Marina. Junto con Anaya, que se había hecho cargo del Ejército, aparecían Jorge Videla como nuevo jefe de Estado Mayor y Roberto Viola, como secretario del Comando General. Ahora comenzaba a calibrarse, en toda su dimensión, lo que estaba significando el desplazamiento de Carcagno por Anaya. No es descabellado imaginar que, en esas circunstancias, comenzaran las primeras conversaciones, profundizadas luego de la muerte de Perón, que culminaron en el golpe de Estado de 1976.

En los últimos meses de 1973 se realizaron elecciones para los distintos centros universitarios. El peronismo triunfaba por primera vez en la Universidad. Era el reflejo más evidente de la profundidad de los cambios que se estaban produciendo. Hubo modificaciones cuantitativas, como lo reflejan los números, pero más importante aún es que se reconocía la hegemonía política de esa fuerza nueva, cuestión que diferentes tipos de alianza hubieran podido impedir si solo hubiera sido un tema de cantidades. La integración de vastas franjas de los sectores medios al resto del movimiento popular había llegado a las aisladas aulas universitarias. Sobre unos 123.000 votantes, la JUP totalizaría unos 24.550 votos. El Movimiento de Orientación Reformista (MOR), de tendencia comunista, tuvo 22.120 votos. La radical Franja Morada, alcanzó 20.400 votos. El FAUDI-TUPAC, de tendencia izquierdista, tuvo algo más de 15.000 votos. El tradicional reformismo del MNR logró 10.825 votos. Como parte del mismo fenómeno anterior, en 1973 reaparecería la Unión de Estudiantes Secundarios (UES).

En las reuniones que los grupos juveniles realizaron con Perón en los días previos a las elecciones del mes de septiembre, el representante de la «Mesa del Trasvasamiento» pretendió impugnarla diciendo que esa organización «fundada por el gobierno peronista había dejado de existir en 1955». Perón reconoció, colocando las cosas en su lugar, que la UES existía, porque «la había visto desfilar frente a la CGT, el 31 de agosto».

La UES se constituyó en una cantera de cuadros y en una de las agrupaciones más fuertemente identificadas con Montoneros. Su activismo le dio un gran dinamismo, razón por la cual la Triple A y la represión se ensañaron con sus dirigentes. Entre otros, ofrendaron sus vidas los responsables de La Plata, Ricardo Arturo «Patulo» Rave; de Santa Fe, Publio Molinas; del Chaco, Carlitos Rolón; de Capital Federal, Eduardo Beckerman. La mayoría de ellos, víctimas de la Triple A. Claudio Slemenson, responsable nacional de la UES, sería muerto en Tucumán, por las fuerzas a cargo del general Domingo Bussi.

La UES también tuvo un rol principalísimo en distintas campañas callejeras, entre ellas la del boleto escolar, que fue el antecedente invocado para esa manifestación de exaltación represiva como lo fue la «Noche de los Lápices», en 1976. Esa jornada, el 16 de septiembre, quedaría grabada para siempre como símbolo de una política que tuvo a los jóvenes como enemigos. María Claudia Falcone, Daniel Racero, Francisco López Muntaner, Horacio Ungaro, María Clara Ciocchini y Claudio De Acha, todos ellos de la UES, son los nombres de los seis compañeros asesinados. Ellos y algunos otros que lograrían sobrevivir habían sido secuestrados pocos días antes.

Otra de las novedades que aportamos a la vida política de esa época fue el protagonismo otorgado a los compañeros que vivían en las «villas miseria». A quienes el sistema había colocado en la periferia de la vida tratamos de abrirles el camino para que pudieran participar desde el centro del escenario de los acontecimientos. Así nacería el Movimiento Villero Peronista (MVP). Luego de algunos meses de experiencia en el ministerio de Bienestar Social, el padre Carlos Mugica renunció a su cargo como asesor en ese Ministerio y se constituyó en el principal asesor del Movimiento Villero.

El Primer Congreso Nacional del Movimiento Villero Peronista se llevó a cabo en la ciudad de Santa Fe, en octubre de 1973. Como una señal de la nueva esperanza, en el histórico Paraninfo de la Universidad del Litoral, dos mil quinientos delegados del Congreso de los más humildes deliberaron en la Universidad del pueblo. Tres grandes banderas enmarcaban las reuniones: la de nuestro país y las banderas de Bolivia y Paraguay, patria común de muchos hermanos allí presentes. Entre los innumerables dirigentes de ese movimiento guarda

—para mí— una especial significación el nombre del «Patón» Luis Silva, representante de los villeros santafesinos y uno de sus dirigentes nacionales. Eran los comienzos de 1973, el «Patón» apenas tenía 20 años. Esa mañana, antes de empezar una reunión nacional de las agrupaciones políticas identificadas con nosotros, su espíritu juguetón y la sonrisa abierta le desbordaban el cuerpo. Del brazo de Nilda, su compañera, nos presentó a su hija de pocas semanas. Contagiaban felicidad. Poco después él sería desaparecido en Morón y ella asesinada en su casa, en la misma calle del humilde barrio Santa Rosa de Lima de Santa Fe donde vivían y cuyos vecinos lograron que ahora lleve sus nombres. «El pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio. El pueblo es una gran memoria colectiva que recuerda todo lo que parece muerto en el olvido. Hay que buscar esas botellas y refrescar esa memoria», anticipaba Leopoldo Marechal. (126)

La cantidad y forma en que participaron las mujeres en las luchas de nuestra generación es uno de sus aspectos más significativos. Cuantitativamente las mujeres significaban, aproximadamente, un tercio del conjunto de la militancia montonera. Para comprender mejor qué significó esa participación de las mujeres en nuestra experiencia creo que conviene analizarla desde diferentes planos.

La Agrupación Evita fue nuestra respuesta institucional a la tradicional organización por ramas que tenía el peronismo. A las tres ramas tradicionales (sindical, política y femenina) nosotros agregamos la cuarta rama, la juventud. Si bien alcanzó a tener cierto peso, no fue la Agrupación Evita la motivación principal para la militancia de las compañeras. La mayoría de las compañeras que integraban la Agrupación Evita venían del trabajo barrial. Se organizaron a partir de las compañeras de la JP que tenían esa militancia y la constituyeron junto con las mujeres de mayor edad que las acompañaban en las tareas de solidaridad barrial. Este escaso interés de las compañeras por la Agrupación Evita seguramente estuvo vinculado a la irrupción más general de la mujer en esos tiempos. En función de ello la mayor parte de las compañeras jóvenes preferían una militancia que las integrara al resto de la sociedad y no hacia aquellas actividades que, desde esta perspectiva, pudieran consolidar las tendencias discriminatorias ya fuertemente arraigadas.

Otro rol que estuvo preferentemente ocupado por mujeres era el de las tareas de solidaridad. Esta actividad, tradicionalmente más ligada a la condición femenina, variaba según las distintas necesidades que iban apareciendo. Las visitas a las cárceles, como un aspecto de la solidaridad; la organización de la defensa legal y la atención a los requerimientos y necesidades personales; la relación y vínculo con los

familiares de las compañeras y compañeros presos o —más tarde— desaparecidos.

Pero había otro rol en el que las compañeras de nuestra generación desarrollaron una práctica escasamente conocida: su compromiso con el combate, con la acción directa. Desde su origen, ese tercio de mujeres que componía nuestras fuerzas mantuvo una proporción semejante en el nivel de combatientes. Asumiendo el riesgo del error, creo que las compañeras se integraron a estas prácticas —además del compromiso social y político que todos compartíamos— como una parte sustancial de la lucha de la mujer por cambiar la condición de sometimiento que viene de nuestras tradiciones culturales. Buscando ese respeto debido, exigían un trato igualitario. Uno de los casos excepcionales fue el de la compañera Élida Aida D'Ippolito («Amalia») que, como jefa de Regional Sur, integró el Consejo Nacional. (127)

Desde un punto de vista conceptual, las compañeras tenían iguales derechos. Más aún, dentro de la organización existía una voluntad explícita de combatir el «machismo» instalado en nuestras sociedades. Esto era un tema constante de debate en los ámbitos organizativos. Se intentaron abrir nuevos rumbos aunque los resultados no se correspondieron con las dimensiones de nuestras expectativas. De todas maneras, a la distancia y a la hora del balance, es justo reconocer que no logramos superar un problema que aún hoy sobrevuela nuestra sociedad. Por ejemplo, las compañeras no llegaron a tener las responsabilidades de conducción que hubiera correspondido a su nivel de compromiso y participación. En cierta medida, reprodujimos ese «machismo» que la perseverancia de las mujeres va superando. Como dice Rubén Dri:

> No podía ser de otro modo, en la medida en que por más revolucionaria que sea una organización, está enmarcada en una sociedad cuyas reglas de comportamiento han sido hondamente introyectadas por los militantes. Solo en un largo proceso pueden quebrantarse esas reglas y pueden suplantarse por otras. Puede hacerse exteriormente, pero el verdadero comportamiento humano, social, político interiorizado requiere un largo tiempo para su transformación. (128)

Lo dicho constituye una explicación, no una justificación a la necesaria autocrítica sobre la participación de las compañeras en la vida montonera.

En el camino de llevar a la práctica aquella frase de Evita de que «Donde existe una necesidad hay un derecho», agotamos el esfuerzo por generar en cada lugar la organización capaz de luchar para recuperar ese derecho. Fue por eso que se generaron agrupamientos político-sociales en sitios, hasta ese momento, inverosímiles.

Con el mismo fervor que en el centro de la Capital Federal, surgía el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP); o los compañeros con capacidades diferentes constituían el Frente de Lisiados Peronistas; en pleno «desierto» chaqueño —en la misión de Nueva Pompeya— construíamos, luego de años de trabajo e inserción en el lugar, la Juventud Aborigen Peronista. Uno de los directivos de la Cooperativa de Trabajo de Nueva Pompeya y delegado de la Juventud Aborigen Peronista del lugar, una vez sintetizó de esta manera este modo de pensar:

> Yo creo que nosotros tenemos derecho de protestar porque este no es un gobierno de militares. Nosotros lo votamos y si no nos escuchan vamos a ir para adelante y el que se pare, que se pare. (129)

Las reivindicaciones de todos estos sectores sociales se constituyeron en el racimo de derechos cuyo cumplimiento nosotros exigíamos. Esa fue nuestra bandera de lucha, allí estaba el compromiso principal en el que se iba forjando la militancia montonera.

Por fuera de la vorágine que nos envolvía pasaban otras cosas: con Marlon Brando como gran protagonista se estrenaba *El último tango en París*; Palito Ortega triunfaba en España con su «Yo tengo fe». Y Piero cantaba «Para el pueblo lo que es del Pueblo» y «Que se vayan ellos».

Un inviable intento de reencauzamiento y un incontenible deterioro

En este marco, a fines de 1973 habría un planteo conjunto de las principales agrupaciones que se identificaban con nosotros. La Juventud Trabajadora Peronista (JTP); la Juventud Peronista (JP); la Juventud Universitaria Peronista (JUP); la Agrupación Evita de la Rama Femenina; la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y el Movimiento Villero Peronista (MVP), hicieron pública una propuesta para «Reencauzar el Movimiento Peronista como eje de la liberación, reconstruir el Frente bajo la hegemonía de los trabajadores y recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón». Ese documento planteaba:

> Señalar los riesgos que entraña la desnaturalización del proceso iniciado el 25 de mayo de 1973 y proponer su reencauzamiento [...]. Aunque la historia nunca se repite de la misma forma, a menos de un año de gobierno peronista es posible detectar síntomas que recuerdan la situación previa a junio y septiembre de 1955.

Luego de puntualizar «lo que el pueblo votó», se hacía una somera descripción acerca de «cómo se desvirtuó el proceso». Y terminaba planteando las propuestas específicas de cada uno de los frentes para hacer efectivo este reencauzamiento planteado. Sobre este tramado se

desplegaría la última etapa del gobierno de Perón.

Mientras nosotros procurábamos reencauzar el proceso iniciado y eludir la confrontación con nuestro líder, el mundo del cine nacional vivía momentos de gloria. Se estaban filmando las últimas escenas de *La Patagonia rebelde* y estaba próximo el estreno de *Quebracho*, vibrantes historias de las huelgas obreras desarrolladas en la década de 1920. La primera relatando las trágicas jornadas de la Patagonia; la segunda, aquellas que tuvieran por escenario al norte santafesino y el Chaco, en los dominios de la empresa británica La Forestal.

Con el Luna Park lleno, la JP cerraba su año con el *Festival de la Liberación y Reconstrucción Nacional*, donde actuarían Santiago Ayala «El Chúcaro» y Norma Viola, Antonio Tormo, La Murga de Liniers. El plato fuerte de la noche era la «Cantata Montonera» de los Huerque Mapu, que en esos días salía a la venta.

En el plano deportivo, Rosario Central era la sorpresa. Bajo la dirección de Carlos Timoteo Griguol se clasificaba campeón del torneo nacional.

Pero nuestra realidad cotidiana transcurría por otros carriles y estaba pendiente de las actitudes de Perón. Daba la impresión de que este, consciente del poco tiempo de vida que le quedaba y una vez notificado de nuestra reunión con el Estado Mayor del Ejército, había decidido una consecuente y acelerada política de aislamiento de nuestras fuerzas. Esa tarea le sería facilitada por nuestras propias debilidades. En ese contexto, Perón inició el descabezamiento de los gobernadores amigos, verdaderos pilares de cualquier plan futuro. En pocos meses comenzó el vaciamiento: debieron renunciar Bidegain, Obregón Cano y Martínez Baca, gobernadores de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza, respectivamente. Tiempo más tarde, seguirían el mismo camino Ragone y Cepernic, gobernadores de Salta y Santa Cruz.

El hecho más escandaloso ocurrió en Córdoba. En febrero se produjo el «Navarrazo», movimiento sedicioso encabezado por el coronel Domingo Navarro —jefe de la Policía provincial—, que derrocó al gobernador Ricardo Obregón Cano y su vice, Atilio López, figuras ligadas al peronismo combativo. Desde tiempo atrás las fuerzas policiales habían incrementado su provocación, para debilitar al gobernador. Se había llegado al extremo de detener al subjefe de la Policía de la provincia bajo la acusación de una posible participación en secuestros extorsivos ocurridos en esa jurisdicción.

En abril le iniciaron juicio político al gobernador de Mendoza, doctor Alberto Martínez Baca, que sería reemplazado por su vice, de extracción sindical.

Mientras tanto, el gobernador de Santa Cruz, Jorge Cepernic, también

era sometido a un acoso constante desde el sindicalismo y el peronismo ortodoxo.

Pero ya en enero de 1974, con motivo del ataque del ERP al cuartel de Azul —que nosotros repudiamos, con sincera convicción—, Perón haría corresponsable del hecho al gobernador Bidegain. Naturalmente sabía que ello no era cierto, pero le atribuyó esa responsabilidad con un doble propósito: forzar su renuncia y dejarnos «pegados» a aquella manifestación de violencia con la que nada teníamos que ver. Perón salió a hacer las denuncias revestido de todas las formalidades. Habló por televisión utilizando el uniforme de Teniente General, grado que recientemente le había sido reconocido. Bidegain, en defensa de su honor y su lealtad a Perón, renunciaría el 22 de enero. De esa forma, también cargaban en nuestra cuenta lo que consideramos errores políticos ajenos. Es obvio que ello era una excusa: dichos ataques sobre nuestros aliados formaban parte de una decisión ya tomada y solo faltaba encontrar la oportunidad de instrumentarla.

En ese camino, Perón convocó a los diputados de la JP y, delante de las cámaras de televisión que transmitían en directo, los colocó entre la «espada y la pared». Estaba en discusión un proyecto de reformas al Código Penal que creaba nuevas figuras represivas y aumentaba las penalidades existentes. Nosotros no acordábamos con esa propuesta (se trataba de normas legales restablecidas y aumentadas en las recientes «Leyes antiterroristas» de 2007 y 2011). Los diputados de la JP, identificados con nuestras políticas, ya habían adelantado que no iban a avalar esas reformas. Perón los intimó a obedecer al Presidente del bloque de diputados justicialistas o, de lo contrario, que se fueran.

En el local del primer piso de Callao 25, donde funcionaba uno de nuestros locales, hubo agitadas reuniones. Allí me encontraba periódicamente con un grupo de diputados nacionales —de irregular composición— y debatíamos los lineamientos a seguir.

En la noche del 24 de enero, en un gesto inédito, renunciaron a sus bancas ocho diputados nacionales: Armando Croatto; Santiago Díaz Ortiz; Jorge Gledell; Aníbal Iturrieta; Carlos Kunkel; Diego Muñiz Barreto; Roberto Vidaña y Rodolfo Vittar. Esa misma noche fueron expulsados del peronismo. Su conducta fue calificada, en la resolución por la cual se los expulsó, como de «gravísima traición». El 25 de enero se aprobaron las modificaciones al Código Penal, facilitándose con ello el accionar represivo.

En la audiencia con Perón también habían estado presentes Juana Romero, Nicolás Giménez, Enrique Svrsek y Juan Manuel Ramírez, que no renunciaron. Asimismo formaba parte de este grupo —aunque no había participado en la reunión con Perón— Nilda Garré.

Poco después, Perón reincorporaría a la Policía Federal a Alberto Villar y Luis Margaride, comisarios de triste fama en la época de la anterior dictadura militar, ampliamente reconocidos y repudiados por la mayor parte de la sociedad. Meses más tarde, serían promovidos a jefe y subjefe de la Policía Federal, respectivamente. Villar en reemplazo del general Miguel Ángel Iñíguez, un militar que había sido militante histórico del peronismo. Ambos jefes policiales fortalecieron el poder de López Rega. De esa manera, la Policía Federal era puesta al servicio de los planes de López Rega y se fortalecían las condiciones para un accionar más eficaz del aparato represivo paraestatal, que conformaría las AAA.

La violencia continuaba su espiral ascendente. Comenzarían, en poco tiempo más, los parapoliciales dirigidos desde el Ministerio de Bienestar Social. El 11 de mayo sería asesinado el padre Carlos Mugica, y cínicamente intentaron atribuirnos ese crimen. Fue el primero y el más significativo de esa nueva modalidad. Algunos desinformados y varios interesados prestaron y siguen prestando su opinión para avalar esa infame versión. Comenzaría a hacerse común la amenaza, la bomba o la muerte de dirigentes de la juventud, activistas sindicales combativos o militantes de izquierda. El conflicto entre el sindicalismo y la juventud había derivado hacia caminos de mayor violencia y enfrentamiento.

Además del acorralamiento, la destrucción de nuestro poder institucional y las amenazas, ataques y muerte de compañeros, nos hacían objeto de otras formas de persecución. Sistemáticamente eran allanados locales de nuestras organizaciones políticas y medios de difusión. Así ocurrió con el local de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y con el diario *Noticias*, que era nuestro vocero. Su publicación se había iniciado el 21 de noviembre de 1973 y sería clausurado definitivamente el 27 de agosto de 1974. Su edición habitual rondaba los cuarenta mil ejemplares, con picos que llegaron a los ciento veinte mil. Su director periodístico fue Miguel Bonasso, siendo responsables orgánicos por Montoneros Norberto Habegger y Francisco «Paco» Urondo. También sería allanada y clausurada la revista *El Descamisado*, y correría igual suerte *El Peronista*, periódico dirigido por Miguel Lizaso, que pretendiera sucederla.

Desde la Conducción intentábamos algunas maniobras que nos permitieran salir de esa encerrona.

Nuestra principal arma —la importante capacidad de movilización— prácticamente había sido invalidada. Cualquier movilización que realizáramos era inscripta en el enfrentamiento con Perón y terminaba teniendo efectos contraproducentes. Hay que tener presente que esa

capacidad movilizadora era muy superior a la de la Juventud Peronista ortodoxa y de la Juventud Sindical Peronista (JSP), competidoras de la JP y de la JTP, respectivamente. Esa desproporción, según estimaciones de Gillespie, era, aproximadamente, de 6 a 1 en favor nuestro. (130) Nuestra capacidad de movilización general era equiparable a la que tenía la totalidad del aparato sindical, tal como había quedado demostrado en la convocatoria a la sede de la CGT del 31 de agosto de 1973.

Uno de los pocos casos en los que pudimos movilizar nuestras fuerzas sin chocar con Perón sería a partir de la invitación que le hicimos al general Omar Torrijos, primera figura de la política panameña, para que visitara el país. En esa oportunidad logramos sintetizar nuestras políticas, en este caso la reivindicación de la dignidad del pueblo panameño frente al poderío yanqui con las que tenía Perón, que estaba vinculado a Torrijos por profundos lazos de amistad. Este último había sido jefe de la custodia de Perón cuando estuviera exiliado en Panamá. En la última semana de enero de 1974 se concretó esta visita. Esta nos permitía romper el inmovilismo al que nos querían condenar, al movilizar a una parte de nuestra fuerza sobre una política aceptada por todos y sin que ello significara un enfrentamiento con Perón. La JP lo homenajeó, la Universidad de Buenos Aires le confirió el título de doctor *Honoris Causa*. Así fue como Torrijos recibió un merecido, aunque inesperado homenaje.

Otro mecanismo para impedir el aislamiento al que se nos condenaba fue la profundización de los acuerdos dentro de las Juventudes Políticas Argentinas (JPA). Allí fuimos diferenciando dos tipos de políticas complementarias. Con un sector, electoralmente minoritario, había un acuerdo prácticamente total y algunos de sus máximos dirigentes querían incorporarse a Montoneros. Nosotros preferíamos mantener un nivel de acuerdo público que nos asegurara una expresión frentista. De este sector formaban parte las Juventudes de distintos partidos, la mayor parte de los cuales nos habían acompañado en las experiencias electorales: las juventudes del MID; las dos fracciones de la Democracia Cristiana; el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA); el Frente de Izquierda Popular (FIP); de la Unión del Pueblo Argentino (UDELPA); el Movimiento Socialista para la Liberación; los Demócrata Progresistas. El principal gestor de estas políticas de alianzas fue el tucumano Ismael Salame, jefe de la JP de la regional del NOA que abarcaba, además de Tucumán, las provincias de Salta, Jujuy, Catamarca y Santiago del Estero.

La otra alianza integraba a la juventud del radicalismo. Con ellos había manifestaciones conjuntas, de carácter público, sobre aquellas

cuestiones más generales. El referente más importante de la JP luego de la destitución de Galimberti, «Canca» Gullo, sería el encargado de esta política. Con los jóvenes radicales se acordaban las actividades y coincidíamos en todas aquellas manifestaciones en defensa de las instituciones democráticas.

A nivel sindical, si bien estábamos lejos de cuestionar el poder del aparato sindical tradicional, era ostensible el crecimiento de la JTP. Una movilización convocada en el mes de noviembre de 1973, en momentos en que se discutía una ley laboral, logró llenar el Luna Park.

Sobre el final del gobierno de Perón, la crisis del pacto social agudizaría los conflictos existentes, aumentando el cuestionamiento y la presión sobre la dirigencia sindical más tradicional, a la que denominábamos «burocracia sindical». Esto ampliaría el espacio al que pudo llegar la expansión de la JTP como corriente sindical de oposición, que comenzaría a disputar —incluso— algunas bases sindicales en los sectores más concentrados de la industria. De hecho, en el tema sindical se desarrollaban una serie de contradicciones que terminaban por mezclar las cosas y agravar la situación general. Nosotros reivindicábamos la ideología y los intereses de los trabajadores, pero el movimiento obrero mayoritario era conducido por nuestros adversarios políticos. En muchos casos nuestros avances sobre las estructuras gremiales eran impedidos por procedimientos *non sanctos* y, muy comúnmente, violentos, que terminaban radicalizando el enfrentamiento existente. Nosotros respondíamos con igual metodología y todos terminábamos envueltos en una vorágine que se fue volviendo incontenible.

Dentro de este contexto, el 11 de marzo se realizó un nuevo acto en la cancha de Atlanta, recordando el primer aniversario del triunfo electoral. Fue convocado por Montoneros y las distintas agrupaciones vinculadas a nosotros: JP, JTP, JUP, UES, Agrupación Evita, MVP, MIP. Se volvió a reunir una multitud semejante a la convocada en agosto del año 1973. Para la agencia oficial Télam eran 35 mil personas; para las evaluaciones del diario *El Mundo*, 60 mil. El discurso central estuvo a cargo de Firmenich; antes lo habían hecho Ricardo Panzetta de la JP-Regional III (Córdoba). Luego habló Galimberti y, más adelante, Enrique «Quique» Juárez por la Juventud Trabajadora Peronista. En el palco también se encontraba Roberto Quieto, miembro de la Conducción montonera, cuya detención en Rosario había motivado movilizaciones en todo el país, convocadas por las Juventudes Políticas Argentinas (JPA).

El discurso de Firmenich pivoteó sobre la demanda de «Asamblea Popular» en la Plaza de Mayo para el próximo Día de los Trabajadores,

tal como era habitual en el primer y segundo gobierno de Perón. También planteó la crítica a la forma de ejecución del pacto social que pretendía paralizar, sin solucionar, los reclamos laborales.

Perón asumió el reto, y convocó a un acto en la Plaza de Mayo, para el 1º de mayo.

1º de mayo: el día que nos fuimos de la Plaza

Todos sabíamos que era mucho lo que estaba en juego. Sabíamos que teníamos que participar pero teníamos fresco el recuerdo de la «emboscada de Ezeiza». Éramos conscientes de que debíamos batallar contra todo el aparato del Estado nacional. A diferencia de las convocatorias anteriores, ahora solo podríamos contar con nuestra propia infraestructura, sujetos a la presión y hostigamiento de la Policía Federal y de otras estructuras del Estado.

Quedó a mi cargo el comando encargado de coordinar la última parte del viaje de las distintas delegaciones de todo el país. Entre otros, contábamos con la asistencia de Rodolfo Walsh, jefe de Inteligencia de Montoneros; Carlos Della Nave, un militante proveniente del FAL, uno de los primeros grupos armados de fines de los sesenta, que aportó sus conocimientos en materia de comunicaciones y nos aseguró que por algunas horas pudiéramos contar, en calidad de «préstamo forzoso», con varias líneas telefónicas; Horacio Mendizábal, otro de los históricos jefes montoneros, era el encargado de coordinar a todos los que sobre el terreno de los hechos debían asegurar nuestros objetivos.

Nos instalamos durante el día anterior en una oficina que nos habían prestado, en la calle Córdoba, a metros de Esmeralda. A través de diferentes *scanners* se hacían las «escuchas» de las comunicaciones de la Policía Federal. Walsh, con una destreza sin par, descifraba rápidamente sus mensajes codificados. Esa asistencia daba tranquilidad. Así fuimos detectando algunas de las trabas que opondrían al avance de las distintas delegaciones provenientes de diferentes puntos del país. El objetivo de la Policía Federal era retener a las delegaciones del interior lo más lejos posible de la Capital. Además habían colocado, en los accesos sobre la Avenida General Paz, una fuerte y última contención que impidiera el ingreso a Capital Federal.

Hubo que ir sorteando las trabas paso a paso. En la mayoría de los casos a través de negociaciones con los gobiernos provinciales. Estos, en general, no se querían ganar un conflicto que podían evitar, y trasladaban el problema a la próxima jurisdicción geográficamente vecina. Todo esto lo fuimos logrando con gran fastidio de Villar y sus huestes de la Policía Federal, cuyos reproches los podíamos oír por la

radio policial que teníamos interferida. Así, en medio de una auténtica guerra de nervios, fuimos avanzando. En algunos casos el viaje demandó más de 24 horas. Recuerdo el caso del compañero Oscar Ramón Boero, que arrancó desde Río Gallegos y por caminos secundarios condujo una caravana de colectivos, instalándolos en la Avenida General Paz antes de la medianoche previa a ese 1º de mayo. Ni bien llegó, logramos que un grupo de periodistas se le acercara. Cuando el jefe de la Federal fue notificado de la situación, hasta los *scanners* con los que hacíamos la escucha policial enrojecieron de vergüenza, ante una larga letanía de maldiciones que lanzó Villar. En esas condiciones se le hacía imposible reprimir abiertamente y ya comenzaba a tener columnas presionando sobre la Avenida General Paz.

A media mañana ya eran decenas y decenas de colectivos y miles de compañeros —en la zona de la Panamericana— que pugnaban por entrar a la Capital Federal, presionando sobre las defensas policiales. En un momento dado decidimos atravesar esa defensa. Luego de varios minutos de tensión, la policía —a pesar de sus amenazas— no tiró, y pudimos pasar. La presencia de legisladores, periodistas y el clima creado había hecho imposible la represión ordenada por Villar. Durante esa mañana un par de compañeros de la JP que habían concurrido a su despacho para coordinar aspectos de la aproximación al acto fueron retenidos en dependencias de la Policía Federal. Entonces le enviamos un corresponsal de la prensa extranjera, a quien también retuvo. Con este hecho se suscitó, en cuestión de minutos, un soberbio escándalo. Eso hizo que le diera salida a todos los retenidos. «Jugarretas», producto de la situación por la que atravesábamos.

Conseguimos colocar en la Plaza de Mayo a más del 90% de las fuerzas previstas.

El último obstáculo era entrar en esta, salvando los controles que impedían llevar carteles alusivos a las distintas organizaciones. Lo resolvimos con letras adhesivas, aerosoles... El ropaje de las compañeras sería un valioso auxiliar.

Las delegaciones del interior iban llegando a la Facultad de Derecho. Se había elegido ese lugar distante del sitio del acto para descansar, reponer energías y también para evitar hostigamientos sobre algunos grupos aislados de compañeros. Además nos permitía evaluar hasta último momento si había o no condiciones para marchar hacia la plaza. Un par de horas antes del momento previsto para la iniciación del acto se pusieron en marcha interminables columnas que se encaminaron hacia la Plaza de Mayo. Muchas veces escuché comentarios de vecinos de las zonas recorridas. Todos hacían mención a la impresión que les

había producido el paso de decenas de miles de jóvenes que, disciplinadamente organizados, marchaban hacia un destino incierto. Los últimos estaban llegando cuando se daba comienzo al acto. Unas cincuenta mil personas integraban las columnas montoneras que terminaron de llenar la plaza.

Nosotros habíamos propagandizado la convocatoria bajo dos consignas: «Asamblea, asamblea popular» y «¿Qué pasa, qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?». La primera señalaba nuestra necesidad de un diálogo de Perón y su pueblo. La segunda indicaba nuestras críticas y cuestionamientos al gobierno. Esas fueron las pretensiones y los objetivos acordados por las distintas instancias organizativas de Montoneros.

En esas horas previas al acto nos llegaba el aliento por la presencia masiva de los compañeros del interior y por el discurso del General, esa misma mañana, durante la Asamblea Legislativa. En esa exposición se concentró en la presentación del «Modelo Argentino», al que definió como:

> Un Proyecto Nacional, perteneciente al país en su totalidad [...]. El Modelo Argentino precisa la naturaleza de la democracia a la cual aspiramos, concibiendo a nuestra Argentina como una democracia plena de Justicia Social. Y en consecuencia, concibe al Gobierno con la forma representativa, republicana, federal y social. Social por su forma de ser, por sus objetivos y por su estilo de funcionamiento. (131)

En ningún momento se nos cruzó por la cabeza la idea de producir algún tipo de provocación o romper el acto. Por el contrario, nuestro gran temor era que una emboscada reiterara los sucesos de Ezeiza. De ahí el cuidado que tomamos en organizar las columnas y garantizar su orden, para evitar infiltraciones o provocaciones. Algunos minutos antes de la iniciación del acto, nuestras «escuchas» detectaron las comunicaciones entre «grupos de choque» instalados en los techos de los edificios que rodeaban a la Plaza de Mayo y dirigidos desde el Ministerio de Bienestar Social. Por momentos, los que estábamos en la coordinación de las delegaciones sentimos un escalofrío en todo el cuerpo. No había ninguna posibilidad de defensa armada. Estábamos expuestos e indefensos ante quienes desde los techos podían controlar todos los movimientos en la plaza.

Por eso, y para evitar hechos como los de Ezeiza, optamos por una «defensa política». Teníamos a mano un grupo de periodistas y legisladores. La función de los primeros era informar y denunciar cualquier agresión. Los legisladores habían previsto canales de comunicación con las máximas instancias del gobierno, para neutralizar o paralizar una nueva locura. Por suerte nada de ello ocurrió. Pero

pasaron otras cosas... Desbordaron las broncas contenidas. Los sentimientos pudieron más que la necesaria racionalidad política.

Perón y el gobierno aspiraban a una fiesta popular. Es posible que Perón tuviera pensado un discurso de unidad y conciliación a tono con el pronunciado en la mañana, ante la Asamblea Legislativa.

Al sindicalismo, que hegemonizaba la «otra» parte de la plaza, le bastaba con que Perón ratificara sus últimos pronunciamientos favorables a su política.

Nuestros compañeros venían con las consignas convocantes. Teníamos la ilusión de comenzar a revertir la situación que veníamos viviendo y a través de un acto unitario abrir un nuevo diálogo con Perón. Pero también traíamos la carga emotiva de la frustración, al sentirnos desautorizados por reivindicar todo aquello por lo que, cuando luchábamos, había sido motivo de alabanzas. Sin solución de continuidad, los que éramos la «¡Juventud maravillosa!» pasamos a ser los «¡Infiltrados!».

Creo que la mayoría teníamos la íntima esperanza de que el General rectificara algunos rumbos.

Cuando el locutor Antonio Carrizo anunció que Isabel coronaría a la Reina del Trabajo, estallaron las contradicciones. Mientras la «Plaza del sindicalismo» aplaudía, para la juventud esa fue la gota que desbordó el vaso. Todo tipo de improperios y agravios tuvieron por objetivo a la esposa de Perón, con interminables silbidos que hacían vibrar la cabina de vidrio a prueba de balas con la que López Rega pretendió «aislar» a Perón, bajo el ridículo argumento de que pensábamos atentar contra él.

En la histórica Plaza de Mayo, allí donde muchas veces se dirimió el poder, se vivía una tensión insostenible. Comenzó a hablar un Perón ganado por la indignación y por los nervios. Mientras agitaba la cabeza y sus brazos, en medio de las interrupciones impuestas por el griterío de las consignas, dijo:

> No me equivoqué ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de 20 años, pese a esos estúpidos que gritan [...]. Decía que a través de estos 20 años las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante 20 años [...]. Quiero que esta primera reunión del Día del Trabajo sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya tronado el escarmiento. (132)

Los que estaban en la «Plaza de la juventud» empezaron a mirarse entre sí y a dar la espalda. Es posible que los primeros fueran los «Jóvenes del 45», seguidos por los «Jóvenes del 55». Ellos, como

siempre, como buenos padres acompañaron los gestos de estos, sus hijos políticos. Los «jóvenes» de las primeras generaciones peronistas también estaban allí, sirviendo de límite humano a los confines de nuestras columnas. Apoyados en el Palacio Municipal, cuidando desde el Cabildo, en la esquina de la Catedral, por ahí andaban los Framini, los Cháves, los Cabo, los Borro, los Aguirre, los Viel. Con sus historias de octubres y huelgas, caños y resistencias. Identificados con esos sueños incompletos que ahora pretendía realizar esta nueva generación que éramos nosotros.

Uno de ellos —si mal no recuerdo el relato de nuestros compañeros, era el ex suboficial Horacio Ireneo Cháves—, aquel querido e histórico sobreviviente del levantamiento cívico militar del general Valle, quien ofuscado, le dijo al joven que en nombre de la «Orga» le pedía que esperara y no se fuera: «Pibe... Mirame la cara... Imberbe, ¡¿yo?!... Yo estoy viejo y me voy». Se sintieron agredidos en su historia y su memoria. Y por eso, se fueron yendo. Los siguieron los nuevos jóvenes. Lo hicieron desoyendo los reclamos de aquellos que, con sus brazaletes de distintos colores, estaban a cargo de diferentes instancias organizativas.

Ante la evidencia de lo evidente, los compañeros montoneros de mayor responsabilidad —presentes en la plaza— hicieron lo único posible: se pusieron a ordenar la retirada. Algo más de la mitad de la concurrencia abandonaría la plaza, terminando de ese modo la jornada del 1º de mayo de 1974. En medio de un arduo debate político e ideológico, la fecha culminó con un estridente «portazo» a pesar de los proyectos diferentes y, como suele ocurrir en las discusiones familiares donde confrontan padres e hijos que se quieren, sin lograr ponerse de acuerdo aunque deseen profundamente poder hacerlo.

Los que estábamos en la oficina de la calle Córdoba, encerrados desde hacía más de 24 de horas sin comer ni dormir, no podíamos salir de nuestro asombro. Junto a Walsh y Mendizábal, ya habíamos dejado de lado lo que estábamos haciendo. Las cartas estaban echadas, nosotros nada podíamos hacer. Nos quedamos mirando el televisor. Sin auriculares, *scanners* ni radios ni teléfonos, quedamos absortos. Mientras oíamos los primeros agravios de Perón, devoramos una bandeja de milanesas que Mendizábal había traído. Los gestos y las palabras de Perón nos conmovieron. Solo recuerdo las primeras frases. Lo demás ya no contaba. Fuimos ganados por un gran dolor y una tremenda confusión.

Después de una evaluación que hicimos al día siguiente —reunidos Firmenich, Quieto y yo—, me fui a escribir una nota interna con las primeras reflexiones para nuestra fuerza organizada. Solo recuerdo que

empezaba diciendo: «Algo se rompió después de treinta años». Para nosotros se había quebrado el diálogo de Perón con su pueblo. Esa era la gran derrota popular que vivimos en la Plaza de Mayo.

Un par de semanas después, el 15 de mayo, los compañeros Alberto Molinas y Fernando Vaca Narvaja, en nombre de Montoneros realizaron una conferencia de prensa en el local de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), donde leyeron un documento que se publicaría en el periódico *El Peronista*. (133) También participaron en esa Conferencia de Prensa los compañeros Enrique Juárez (JTP); Juan Añon y Gustavo Mechetti (JP); Adriana Lesgart (Agrupación Evita); Luis Silva (MVP); Jorge Álvarez (JUP); Claudio Slemenson (UES) y Horacio Gualtieri (MIP).

Se estaba completando un drama que había tenido su primer acto en Ezeiza, aquel 20 de junio del año anterior. En aquella oportunidad, el líder había faltado a la cita y ese vacío había sido llenado por un escenario caótico.

Ahora el escenario estaba completo. Pero a la mayor parte del público no le gustó la obra que allí se representaba; había pagado muy cara la entrada y no le pareció bien que desde ese escenario se lo agraviara. Me hacía acordar a Juan Carlos Gené, representando *Rinoceronte* de Eugéne Ionesco, en el Teatro San Martín. Claro, había una diferencia: aquello había sido una representación teatral y lo que acontecía entonces era la dura realidad, en la que a partir de ese momento deberíamos transitar.

Tiempo después, Oscar Alende en su casa de Banfield me comentaba una anécdota, que luego recogió en sus *Memorias*. Me dijo que, minutos después del desgraciado acto, ya en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, le preguntó al General por qué había sido tan duro con la juventud. A lo que este le respondió: «De vez en cuando hay que darles un tirón de orejas a los muchachos... pero ya los voy a llamar y esto lo vamos a arreglar». Seguramente Perón también comprendió que se había excedido en su enfrentamiento con la juventud y que ello, sin cambiar el rumbo elegido, no era lo más conveniente. Hay varios datos que señalan que casi enseguida había decidido poner «paños fríos» a esa lucha inconducente. Si bien intentó restablecer algún tipo de equilibrio interno dentro del movimiento, continuó o dejó que continuara el hostigamiento sobre nuestra política.

Durante esas semanas, Perón tuvo otros gestos que indicaban, por momentos, que intentaría reducir el rol protagónico que iba asumiendo López Rega. Recientemente tuve conocimiento, por boca de Ramón Landajo —quien acompañara a Perón en su exilio de Caracas y Panamá y le sirviera en muchas tareas reservadas—, de un detalle poco

conocido: Perón le pidió a este, pocas semanas antes de su muerte, que realizara una gestión en Japón y que, a su vuelta, volvería a su tarea de secretario privado. Al regreso de su tarea, le fueron bloqueados los accesos al General, ya muy enfermo. Otra vez la realidad de la muerte, contracara de la vida, frustraba lo que no pasarían de ser buenas intenciones.

De todas maneras, las respuestas estatales no mejoraban. El 25 de mayo, con motivo de los actos recordatorios de la asunción de Cámpora y la liberación de los presos, fueron detenidas 250 personas. Estas medidas eran coherentes con el control que López Rega había logrado establecer sobre la Policía Federal, a través de su jefe el comisario Villar. Como símbolo de esta situación, José López Rega fue ascendido de cabo primero a comisario general.

La situación en los países vecinos ya había completado su ciclo de deterioro. Coherentemente con la evolución de nuestra propia situación interna, los exiliados chilenos y uruguayos comenzaron a tener problemas en nuestro país.

Sin embargo, Perón todavía era capaz de hacer un último gesto para recuperar la conducción de conjunto y tratar de enderezar el proceso. En la mañana del 12 de junio, desde la Casa de Gobierno, Perón denunció campañas contra su gobierno y amenazó con irse. Llamó a la reflexión para «evitar horas aciagas».

Por la tarde, hubo una imprevista concentración en la Plaza de Mayo. Los asistentes fueron, en su mayoría, militantes que concurrieron espontáneamente. Lograron asistir de un modo más organizado algunos sectores sindicales, respondiendo a la convocatoria de la CGT. Pero, prácticamente, no hubo banderas identificatorias. A nosotros nos faltaron los reflejos necesarios y quedamos atrapados en la duda. No sabíamos si convocar o no a nuestra militancia, con tanta estrechez de tiempo. De hecho, cada unidad organizativa actuaría por su cuenta y con su propio impulso y capacidad movilizadora. Concurrieron muchos grupos de compañeros sin consignas unificadas.

En esa jornada, que sería su última aparición en un acto público, a veinte días de su muerte, Perón dejó algunas definiciones significativas, más próximas a nuestros requerimientos, recordando que:

> Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia. [...] El único sucesor de Perón será el Pueblo Argentino que, en último análisis, será quien deba decidir. (134)

Por la tarde, en la Plaza de Mayo, cerraría su testamento con un reconocimiento:

> Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra

del pueblo argentino. (135)

La muerte que interrumpió el último diálogo

Simultáneamente se estaba produciendo, desde el punto de vista de nuestras relaciones con Perón, otro hecho significativo. Duilio Brunello, interventor en Córdoba, había sido designado a fines de mayo como vicepresidente segundo del Justicialismo. Obviamente, Perón e Isabel eran su presidente y vicepresidente primero, respectivamente. Perón le encargó a Brunello y a una de sus personas más allegadas, Carlos «Chango» Funes —quien fuera diputado y senador nacional por la provincia de Santa Fe— que buscara puntos de acuerdo con nosotros, de todo lo cual nuestro interlocutor Funes dejó testimonio. (136)

Fuimos convocados y nos reunimos en su departamento un par de veces junto con los compañeros de la JP-Regional I, Gullo y Añon.

El objetivo de tales reuniones era discutir las bases y mecanismos que asegurarían nuestro encuadramiento y reinserción en el aparato político del justicialismo. Habíamos acordado que ello se haría a través de nuestra participación en la normalización de las distintas ramas del movimiento, cuestión que venía pendiente desde antes de la muerte de Rucci. Esa institucionalización sería mediante el voto y comenzaría por la rama de la Juventud, donde éramos claramente mayoritarios. Se integraría un Consejo Superior de dieciséis miembros (cuatro por cada rama, con representación de las minorías si estas llegaban al 25% de los votos), cuya presidencia ejercería Perón.Esas perspectivas aparecían como destellos de sol en medio de una tormenta. Pero, contrariamente a lo planificado, comenzaron a profundizarse otros siniestros caminos.

El acuerdo no llegaría a ejecutarse. Cuando estábamos debatiendo las formas de hacerlo público, murió Perón. Ello ocurrió hacia el mediodía del 1º de julio. Esa tarde anduve por varias localidades del Gran Buenos Aires. No he olvidado la gente en largas y silenciosas colas, esperando los colectivos para retornar a sus hogares, luego del cese de actividades dispuesto. Esa visión de ojos perdidos, caras compungidas y silencios indefinidos me atronaban en el pecho y se mezclaban con miles de imágenes del pasado. Se agolpaban las razones y los porqués de lo que había hecho y estaba haciendo. Sentí algo que nadie podía afirmar, pero que todos intuíamos. Que en ese nudo en la garganta y en esas lágrimas que brotaban, estaban mezclados el dolor por el General muerto y el temor por el futuro de nuestro pueblo. El que nosotros, en nuestra jerga interna, habíamos denominado el Único Factor de Unidad Nacional (UFUN), se había extinguido.

El «último Perón»

Más allá de los vaivenes de nuestras respuestas, hay un eje central que sería la determinante en la evolución de nuestra situación: la relación con Perón. Él siempre había hecho hincapié en su rol de conductor. Alguna vez había dicho: «Yo no sé de política, yo sé de conducción». En ese rol siempre se había posicionado como conducción del conjunto, como integrador de las distintas partes o estrategias parciales.

Nosotros, en cambio, representábamos —al interior del peronismo— la irrupción de una nueva generación. Éramos una generación que se integraba a la vida política con objetivos y organización propia. Que se veía a sí misma como la portadora de valores y energías capaces de construir el porvenir de todos, aun siendo una parte dentro del mismo. Desde este punto de vista, podemos decir que éramos una expresión juvenil del peronismo con estrategia propia. Generación que, por otra parte, Perón no conocía vivencialmente. A pesar de mantener estrechas comunicaciones con el país, el exilio no le había permitido convivir con aquellos elementos de la realidad y la evolución cultural que llevaban a nuestra juventud a hacer lo que hacía.

Jorge Antonio, dirigente peronista que estuvo cerca de Perón durante la mayor parte del exilio madrileño, en un encuentro casual hace algunos años, me relataría discusiones mantenidas con Perón respecto de nosotros. Comentó que Perón lo llamó a Madrid la misma noche del 1° de mayo para lamentarse del suceso y reconociendo sus dificultades para entenderse con nosotros. Según Jorge Antonio, él le había advertido acerca de los problemas futuros, que estarían fundados en el mutuo desconocimiento, dado que nuestra militancia se había desarrollado durante su exilio. También le habría advertido que él (Perón) conocía a la vieja dirigencia, la cual le debía muchos favores. En cambio, le advirtió, con esta nueva generación las cosas serían distintas, «ya que nada le debíamos». Según este interlocutor, Perón desdeñó esos avisos basado en que él lograría «conversar», evitando dificultades.

Era la advertencia que —muchos— le formulaban sobre todo lo «nuevo» que significaba esa irrupción juvenil, por fuera de los aparatos políticos y sindicales del peronismo tradicional y la natural desconfianza de estos ante tal desmesurada fuerza. Perón les respondía, con una confianza ilimitada en que su presencia —su conducción— aseguraba la integración de estos nuevos sectores a sus objetivos generales, «limando» las diferencias existentes. Partía de años de experiencia durante los cuales había convivido y resuelto miles de conflictos entre los diferentes dirigentes y agrupamientos del

peronismo.

Por nuestra parte, ante la crisis dirigencial de entonces, sentíamos la necesidad, el peso y la responsabilidad del trasvasamiento generacional.

«Trasvasamiento Generacional» sería, justamente, la fórmula que el propio Perón acuñaría para señalar ese paso que parecía lógico e inevitable, habida cuenta de su avanzada edad. Proceso que —nosotros— imaginábamos —en la perspectiva de su desarrollo— como un recambio natural en la conducción del movimiento. Éramos conscientes de las dificultades, pero las suponíamos superables.

En simultáneo, sin que nos cruzáramos en nuestras reuniones con Perón en Madrid, allí se encontraba el gobernador electo de Buenos Aires, Oscar Bidegain. En una de esas reuniones Perón le manifestó, según relatos del propio Bidegain, la conveniencia de integrar a su próximo gabinete a algunos muchachos de la JP. «Para que se vayan acostumbrando a gobernar» fue el fundamento que le diera Perón a Bidegain. Este cumplió con esa directiva de Perón e integró buena parte de su gabinete con compañeros provenientes de los sectores juveniles. Pero meses más tarde, en enero de 1974 luego del ataque del ERP al cuartel de Azul, Bidegain sería la primera víctima institucional de la indignación de Perón. Asociando nuestra participación en el gobierno de Bidegain con esa aventura, a pesar de nuestra explícita crítica a esa acción, Perón hizo recaer sobre el gobernador de Buenos Aires responsabilidades inexistentes por ese hecho del ERP. Con ello forzó su renuncia.

¿Qué significan estos datos, de apariencia tan incongruente? ¿Inconsecuencia, esquizofrenia, perversidad, tal como algunos suponen? Ninguna de esas caracterizaciones me parecen válidas. Con los años he aprendido a evaluar las decisiones —propias y ajenas— desde la complejidad que significan. En la formación de las decisiones políticas que actúan sobre una determinada coyuntura intervienen múltiples causales, que están más allá de una persona o grupo de personas y que, en general, comprenden una interacción entre las mismas. Cada uno de los factores intervinientes tiende, naturalmente, a realizar los intereses que representa, expresa o aspira a representar o expresar.

En aquella coyuntura, éramos factores interactuando: nosotros, como nueva generación peronista, avalados por Perón y en la perspectiva del trasvasamiento generacional y la construcción del socialismo nacional; los sectores sindicales y políticos —sobre todo los primeros— que tradicionalmente habían ocupado el centro de la escena del peronismo junto con el propio Perón y que, más allá de las diferencias político-

ideológicas, se veían desplazados del centro de decisión. Y estaban dispuestos a resistir. También tenían incidencia otros factores de poder como las Fuerzas Armadas; los empresarios; la Iglesia; los partidos políticos y la izquierda, cuya expresión con mayor impacto era el PRT-ERP.

La situación internacional y sus evoluciones, no solo forman parte de la realidad que cambia y que obliga a reevaluar la situación, sino que ella es el escenario dentro del cual se desenvuelve la situación interna.

Todo ese conjunto de fuerzas en equilibrio —que podríamos denominar la «realidad nacional»—, se modifica constantemente. En tiempos críticos, como lo fue el año 1973, lo haría vertiginosamente. Cada una de esas modificaciones motivaba respuestas diferenciadas por parte de los distintos protagonistas.

Por último, hay que tomar en cuenta al propio Perón, como variable. Su rol conductor debía integrar todos estos componentes. Obviamente él incorporaba sus propias y sucesivas visiones, por cierto cambiantes, según la evolución de los acontecimientos y su interpretación de los mismos. En consecuencia, en ningún análisis sobre las decisiones del General se puede omitir la consideración de todos estos elementos, la aceleración en los tiempos de cambio y la creciente gravitación de quienes lo rodeaban en razón de su avanzada edad, los que a su vez agregaban sus propias versiones sobre esa realidad compleja.

No creo que el Perón con el que hablamos en Madrid —o el que le aconsejara a Bidegain que nos diera una parte del gabinete— fuera maligno o insincero. Estoy convencido de que creía en lo que decía. Es claro que eso lo hacía a miles de kilómetros del «teatro de operaciones», sin las contradicciones y angustiantes minucias de las demandas cotidianas. Actuaba desde la omnipotencia de haberle impuesto a un enemigo personal como Lanusse las reglas de su victoria coyuntural, enancado en una generalizada rebeldía popular.

Los enemigos —internos y externos— de nuestro pueblo sabían de los riesgos de un Perón muerto en el exilio y una guerrilla que, reivindicando su nombre y desde su propia historia y banderas, pudiera seguir profundizando su arraigo popular. También corrían riesgos dejándolo volver, pero Perón era el único que podría desarmar aquella «bomba de tiempo» para los intereses de quienes vivían de esquilmar a nuestro pueblo. Perón siempre había querido volver, sus enemigos ahora lo necesitaban. Uno, Perón, quería hacerlo sin ataduras. Los otros, el poder del sistema, lo quería lo más condicionado posible. Perón, en los últimos años del exilio, había ido construyendo un discurso que iba reflejando los tiempos que corrían en Argentina, América Latina y el mundo. Así fue como adoptó aquella idea del

socialismo nacional. Denominación que según lo confesara él mismo había utilizado con respecto a las experiencias del «socialismo corporativo europeo» en la década de 1930. (137) Ya en el exilio madrileño, Perón se reconocería en el socialismo de los países de la Europa nórdica. Ese mismo lenguaje sería aplicado a esta realidad tan distinta de nuestros pueblos en los años setenta.

El avance de la lucha popular en el país le daba cada día más fuerzas. Una nueva izquierda, un nuevo socialismo, un exaltado protagonismo de los jóvenes, todo ello asomaba en el horizonte, en medio de aquella crisis capitalista.

La dictadura de Lanusse iría haciendo gestos para ablandar aquella dureza del discurso peronista. La devolución de los restos de Evita, el reintegro del grado y los sueldos adeudados a Perón durante largos años o la progresiva aceptación del peronismo en el proceso electoral, son muestras de la ductilidad del sistema.

Hace algún tiempo Licio Gelli —aquel famoso jefe de la P-2— ya cargado de años y mañas, en un reportaje televisivo realizado en su Villa Wanda de Arezzo, narraba sus andanzas por estos lares. En lo que se pudo ver de aquella nota hay algunos significativos aportes. (138) Sostuvo que sus primeras gestiones consistieron en lograr que los jefes militares abrieran el camino a las elecciones y el retorno de Perón. Logrado ese objetivo, el interés de Perón se manifestaba en tres cuestiones: las inversiones europeas y las gestiones ante el Vaticano para resolver el entredicho planteado durante su segundo gobierno, por un lado. La tercera gestión estaba vinculada a mejorar las relaciones con los Estados Unidos. Allí aparecía el tema de los Montoneros. Según Gelli, él y sus gestiones contribuyeron a que los Montoneros fueran excluidos del movimiento. Más allá de algunas exageraciones de este personaje, que se considera un héroe de la «guerra contra el comunismo», es creíble su gestión, sin que podamos saber exactamente cuánto influyeron en los rumbos tomados por la conducción de Perón, en ese momento.

Evidentemente el destino de las relaciones de Perón y los montoneros no podía transitar sobre un camino de rosas. Ya hemos señalado aquellas diferencias de proyecto que se aparecían en el intercambio epistolar mencionado. Ello no podía menos que agravarse en momentos que se agudizaban las contradicciones internas y Perón percibía el agotamiento de sus tiempos. El propio Perón, en la entrevista que tuvimos con él en aquel abril de 1973 en Madrid, desde una metafórica anécdota, dejaría abiertos innumerables resquicios. Allí nos relató, en tono jocoso, el cuento del dueño de un bazar que le hace un regalo a su hijo. Pero no se lo entrega en la mano, lo deja sobre un entrepiso y el

hijo debe trepar por una escalera para alcanzarlo. Sube, y estando en la parte superior de la escalera, cuando se estira para alcanzarlo, el padre le retira la escalera... Perón remató el relato diciendo: «Como ven no se puede confiar ni en el propio padre».

Siempre me quedó la duda sobre el destino real de esa metáfora, cuyos personajes obviamente se referían a su propia relación con nosotros. ¿Era un *sincericidio* en el que nos advertía sobre las características de su propio liderazgo?, ¿era el aviso sobre la superioridad que tenía el padre sobre sus hijos? ¿Reflejaría, tal vez, el temor del padre ante el hijo que va apropiarse de un «regalo»? Con la preocupación latente, porque no consideré que se tratara de una banalidad, nunca me pude explicar cabalmente el significado de aquel relato.

Escuché voces de gente anoticiada de la anécdota que ven allí un desafío en el sentido de que «los hijos» nunca podrían superar las argucias o capacidades del «padre vivo». Con el paso de los años, en infinitas oportunidades oí que nosotros «debíamos» o «quisimos» matar a Perón. No tengo ninguna, ¡absolutamente ninguna! duda de que nunca quisimos hacerlo. El hecho de no avanzar en el ajusticiamiento de López Rega, para evitarle riesgos a la viuda de Perón (por respeto a su extinto esposo) es una de las pruebas que se pueden exhibir.

Perón se enorgullecía de sus conocimientos de historia militar y abrevó en la filosofía griega, madre de la cultura occidental a la que tanto admiraba. En esos menesteres seguramente habrá conocido del vínculo profundo entre Aristóteles y Alejandro Magno. También habrá leído o escuchado, a través de los escritos de Platón o del mismo Aristóteles, aquellos diálogos de Sócrates cuando plantea la necesidad de «matar» (filosóficamente) a Parménides, para acabar con la tradición (de los filósofos presocráticos). Creo que Perón, en los últimos tiempos de su vida (por consejos hechos al oído o elaboración propia), temía que lo «matáramos». En un sentido socrático o real. Esa idea sobrevuela los últimos grandes acontecimientos que tienen como protagonista a Perón y los montoneros. Es una de las claves para entender los mecanismos utilizados para montar la «emboscada de Ezeiza», el 20 de junio de 1973. La razón invocada para desviar el rumbo del avión de Ezeiza a Morón era que «los montoneros quieren matar a Perón». Aquella insensatez rendiría sus frutos. Aun si aceptamos que Perón no participó en su preparación, no quedan dudas de que sí acordó cuando estaba en ejecución.

Sabiendo que la fortaleza de un líder está en la relación con su pueblo, después de dieciocho años de ausencia decidió no reunirse con cerca de dos millones de compatriotas congregados, que allí lo

esperaban en nombre de algo más que varias generaciones de luchadores de su causa y por su retorno. Descartando el miedo físico, esa decisión solo se explica por la solidaridad o la complicidad con los complotados, o una profunda convicción personal que el atentado podía acontecer, como lo testimonia un hijo del doctor Pedro Cossio, otro de los médicos de Perón. (139) Peor sería pensar que no lo hiciera por un miedo político a la opinión de aquella muchedumbre de peronistas reunidos.

En la Plaza de Mayo, el fatídico 1º de mayo de 1974, apareció en el balcón de la Casa Rosada detrás de un vidrio blindado, exacerbando la bronca juvenil. La razón se reiteraba: «Evitar que los muchachos lo maten a Perón». Esa es otra muestra de aquel disparate, ya no de un secretario místico sino de un líder confundido y con el corazón atribulado por el paso irremediable del tiempo.

En más de una oportunidad, al terminar sus tareas en la Casa de Gobierno, el General aceptaría que el coronel Damasco, uno de sus más cercanos lugartenientes de los últimos tiempos, lo trasladara en su auto particular. Recorrían extraños trayectos «para eludir el control de los muchachos», según la interesada opinión de aquel coronel, sabedor de la mentira de sus dichos. Mientras tanto, el auto oficial hacía su camino habitual, para desviar la atención de sus presuntos perseguidores. En todos estos casos lo habían convencido, o Perón ya lo estaba, que Montoneros quería atentar contra su vida, como una forma de resolver los problemas de conducción.

Para cerrar esta historia quedan algunas cuestiones. Una de ellas tiene que ver con esa idea de circulación generalizada que habla de «utilizaciones» mutuas entre Montoneros y Perón. La otra se refiere a las características del Perón de los últimos días. Respecto a la idea de que Perón o los montoneros guiaron sus pasos por la idea del «uso», para aprovecharse de características del otro, entiendo que nada aporta a la verdad histórica. Se trata de un natural debate entre distintos. Lo del «uso» es una explicación que puede servir desde el punto de la ética individualista, pero nada nos dice sobre la suerte de los pueblos.

Fueron naturales y lógicas diferencias generacionales, sociales, políticas e ideológicas. Cada uno de los protagonistas sabrá hasta dónde la defensa de sus legítimos intereses no afectó la marcha del conjunto. Aquí, es obvio, expongo nuestra práctica y pensamiento junto a las razones que lo impulsaron. El juicio de la Historia, por cierto variable, completará dichas consideraciones.

Respecto del Perón de los últimos días, los relatos de quienes lo acompañaran en esas circunstancias, además de lo aquí ya relatado, dan cuenta de algunas características muy concretas. Un hecho

significativo fue la firma de su último decreto. Según el hijo del doctor Cossio, su padre presenció la firma de Perón en ese extraño decreto, antes de transferir el poder a su esposa Isabel, el 29 de junio de 1974. En ese decreto (1848/74) Perón estamparía su firma aceptando la renuncia de Cámpora a su cargo de embajador en México, sin siquiera cumplir con la formalidad protocolar de «agradecerle los servicios prestados». Su firma temblorosa hizo que muchos pensaran que la misma podía no corresponder a Perón. Sin embargo, sus médicos personales ratifican que Perón la extendió en su presencia, con el papel apoyado en una almohada. (140) Ese fue el último Perón. Alejado de las «Directivas Generales» de 1956. También de las más cercanas charlas en Madrid y Roma sobre el futuro gobierno, de abril de 1973. Este fue el Perón que en un par de meses tomó conciencia de algunos datos vitales: la finitud de su existencia temporal y, posteriormente, los avances restauradores del imperialismo norteamericano en la región. Sus proyectos personales expuestos en Madrid comenzaban a ser absorbidos y progresivamente dominados por quienes lo rodeaban y sus mandantes al servicio de ese avance imperialista y no del proyecto liberador.

Esos datos, integrados a su particular visión del mundo y las características de su conducción, son vitales para entender su relación con nuestra organización. Evidentemente estaba en dificultades para amoldar su perspectiva ideológica e histórica al juvenil y rebelde movimiento emergente. Esta novedad abarcaba importantes franjas de los nuevos trabajadores, a vastos sectores medios, militantes barriales y estudiantiles, muchos de ellos identificados políticamente como montoneros. Todo eso provocaría que actuara sin apelar a la persuasión que formaba parte de su teoría de la conducción. Siempre había jugado con el tema del tiempo y la esperanza de que este jugara a su favor. Ahora entendía que los límites de su vida física hacían que este factor ya no fuera la carta que él necesitaba. En esas circunstancias prefirió aferrarse al conservadurismo de lo conocido que al desarrollo que significaba la aventura de una fuerza en ciernes, por ello evitó el debate y la búsqueda de síntesis, acelerando las confrontaciones.

Nosotros cometimos variados errores, muchos de ellos tienen que ver con ciertos ideologismos y otros con la inexperiencia de nuestras edades. Un líder agobiado, paradójicamente solitario, no supo conducir ese fenómeno en los últimos tiempos de su vida. Dice Taiana que, para el Perón de esos días, permanecer en la Argentina había adquirido características de transitoriedad. Recuerda haberlo visto en soledad, en el vano de una puerta en la quinta presidencial de Olivos, decir con amargura: «Vuelvo a mi casa, a Puerta de Hierro». (141) La quinta

madrileña «17 de octubre» era la casa en la cual más tiempo había vivido, y allí le hubiera gustado terminar sus días.

110. *Oltre la verità ufficiale. Membri della loggia P-2*. Disponible en: <http:// www.disinformazione.it/p2-abc.htm> (última consulta: 20/1/ 2013). También aparecen mencionados como integrantes el citado Alberto Vignes (Regimiento 592), José López Rega (591), Raúl Alberto Lastiri (621).
111. Cabo, Dardo (dir.): «Editorial», *El Descamisado*, nº 13, 14 de agosto de 1973, Buenos Aires, pp. 2-3.
112. Terragno, Rodolfo: *Los 400 días de Perón*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1974, pp. 163-164.
113. Perón, Juan Domingo: «8 de septiembre de 1973. Residencia de Vicente López», en *Charlas con la Juventud Peronista*, Escuela de Gobierno de la provincia de Buenos Aires. Disponible en: <http://www.gob.gba.gov.ar/portal/campus/ capacitaciones.php> (última consulta: 24/1/2013).
114. Taiana, Jorge: *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo*, Buenos Aires, Planeta, 2000, p. 155.
115. *El Descamisado*, n° 13, Buenos Aires, 14 de agosto de1973. Disponible en: <http://www.ruinasdigitales.com> Revistas> El Descamisado> (última consulta: 24/1/2013).
116. Cabo, Dardo (dir.): «Ante la muerte de José Rucci», en *El Descamisado*, nº 20, Buenos Aires, 2 de octubre de 1973, p. 2-3, disponible en: <http:// www.ruinasdigitales.com> (última consulta: 15/12/2012).
117. Fraga, Rosendo: *Ejército: del escarnio al poder*, Buenos Aires, Planeta, 1988, p. 76.
118. Ministerio de Defensa de la Nación: *Ley de Defensa Nacional. Antecedentes legales y parlamentarios, 1944-1986*, Colección Debates Parlamentarios de la Defensa, Buenos Aires, Ministerio de Defensa, 2010.
119. Fraga, Rosendo: *op. cit.*, p. 62.
120. Cossio, Pedro y Seara, Carlos: *Perón. Testimonios médicos y vivencias. 1973-1974*, Buenos Aires, Lumen, 2006, pp. 131-133.
121. *Clarín*, Buenos Aires, 7 de junio de 1974, p. 21.
122. Fraga, Rosendo, *op. cit.*, p. 114.
123. Salcedo, Javier: *Los montoneros del barrio*, Buenos Aires, Eduntref, 2011, p. 263-282.
124. *Ibid.*, pp. 261-262.
125. Elizagaray, Carlos: entrevista publicada por Gonzalo Cháves en *La masacre de Plaza de Mayo*, *op. cit.*, p. 134.
126. Marechal, Leopoldo: *Megafón, o la guerra*, Buenos Aires, Planeta, 1970.
127. Valvedere, Ernesto: *LOMJE, Libres o Muertos, Jamás Esclavos. Historia de la resistencia de tres casas montoneras*, La Plata, Ediciones de la Campana, 2012, p. 15.
128. Diana, Marta: *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, Buenos Aires, Planeta, 1996, p. 395.
129. «Nos quieren aplastar porque nos va bien», en *El Descamisado*, nº 16, Buenos Aires, 4 de septiembre de 1973, p. 19.
130. Gillespie, Richard: *Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 171.
131. Perón, Juan Domingo: *Perón señala el reencuentro del Pueblo Argentino*, discurso

del 1º de mayo de 1974, Asamblea Legislativa; inauguración 99º período del Congreso Nacional, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1974, pp. 9-10.
132. VV.AA.: *30 años de historia política argentina. 1965-1995*, Buenos Aires, RR Ediciones, 1985, p. 192.
133. *El Peronista*, año 1, nº 5, Buenos Aires, 21 de mayo de 1974, pp. 22-25.
134. Perón, Juan Domingo: *Lealtad argentina hacia Perón. Jornada histórica del 12 de junio de 1974*, Mensaje presidencial, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y Difusión, 1974. Disponible en: <www.ruinasdigitales.com> Discursos de Perón (1973/1974).
135. Perón, Juan Domingo: «Mensaje de Perón en Plaza de Mayo, 12 de junio de 1974», *Discursos completos*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y Difusión, 1974. Disponible en Instituto Nacional Juan Domingo Peron: <http://www.jdperon.gov.ar> (última consulta: 24/1/2013).
136. Funes, Carlos: *Perón y la guerra sucia*, Buenos Aires, Catálogos, 1996, p. 119-202.
137. Se trata de un reportaje que en 1975 EMI Odeón editara en sendos discos *Perón por Perón*, bajo los números 8099 y 8100, citados en Terragno, Rodolfo: *El peronismo de los 70*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005, p. 12. Disponible en: <www.terragno.org.ar> Libros (última consulta: 8/1/2013).
138. Nabot, Damián: *El gran titiritero: confesiones del poder*, entrevista televisiva a Licio Gelli en Canal 13, 2009; y Nabot, Damián y Fox, David: *La Segunda muerte*, Buenos Aires, Planeta, 2006.
139. Cossio, Pedro y Seara, Carlos: *Perón. Testimonios médicos y vivencias*, *op. cit.* p. 22.
140. *Ibid.* pp. 37 y 159; y Taiana, Jorge: *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo*, Buenos Aires, Planeta, 2000, p. 181.
141. Taiana, Jorge: *op. cit.*, p. 176.

Capítulo VI

La Triple A: ofensiva imperialista y debilidades peronistas

Gobierna Isabel — La Triple A: razones internas y objetivos imperialistas — Armas británicas en el Río de la Plata — El error de volver a la clandestinidad — Crece y se generaliza la violencia — La nueva resistencia: las «Coordinadoras Sindicales» — Perspectivas electorales y el Partido Peronista Auténtico — La teoría del «fruto maduro» — Nosotros y el golpe de Estado — La autosuficiencia económica — Las debilidades peronistas ante la ofensiva imperialista — Hacia el golpe de 1976: justificaciones y corresponsabilidades

Gobierna Isabel

Multitudes despedían a Perón. El gigantesco dolor por la pérdida estaba agravado por una triste certidumbre. Se había roto el deshilachado vínculo que mantenía ligados a los distintos actores sociales en pugna. Había conciencia generalizada de que vivíamos los preludios de un drama.

Cuando volvimos del entierro del General, nosotros estábamos convencidos de que lo mejor era que Isabel aguantara y que pudiera gobernar. Por eso, Montoneros y los diferentes agrupamientos que respondían a nuestra política, de inmediato planteamos el apoyo a la continuidad de Isabel. En ese sentido hubo una solicitada de Montoneros, publicada el 4 de julio ratificando esa decisión. (142)

Sabíamos de las limitaciones que tenía el gobierno. No era difícil imaginar un rápido desgaste. Todavía teníamos algunas esperanzas de que la situación pudiera revertirse al menos parcialmente y lograr cierta estabilidad que permitiera llegar a las futuras elecciones. Para ello había una condición imprescindible: el inmediato alejamiento de López Rega.

En los ambientes políticos flotaba esa misma impresión que seguramente no sería desconocida por la presidenta Isabel. Por eso no es de extrañar la reunión, convocada por ella el mismo 4 de julio (día que fuera inhumado Perón), que se realizaría al día siguiente. Allí estuvo el gabinete en pleno, los presidentes del Senado, de la Cámara de Diputados y de la Confederación General Económica (CGE); el Secretario General de la Confederación General del Trabajo (CGT); los comandantes de las tres armas y Ricardo Balbín, presidente del Comité

Nacional de la Unión Cívica Radical (UCR).

El debate, luego de algunas consideraciones generales sobre la marcha y futuro del gobierno, derivó hacía el rol de López Rega. Algunos como Robledo, Llambí, Taiana y Balbín, opinaron que las tareas de López Rega debían limitarse a sus funciones como ministro de Bienestar Social. El resto, mayoritariamente, se deshizo en elogios hacia López Rega. Isabel cerró el debate diciendo, lacónicamente: «Lo que fue bueno para Perón, será bueno para mí». (143) Taiana, disconforme con aquella confirmación para López Rega y su forma de actuar, renunció al día siguiente. Días después seguirían el mismo camino Solano Lima (por aquel entonces secretario general de la Presidencia), y los ministros Llambí y Robledo. También renunciaría José Antonio Allende, dirigente del Partido Popular Cristiano, a su cargo de vicepresidente provisional del Senado.

Al día siguiente, sábado 6 de julio, *La Razón* informaba en su portada que Dolores Ayerbe sería la secretaria privada de la Presidenta, (144) con lo que cesaba en ese puesto López Rega. Y que el ministro «abandonaría en breve la residencia presidencial de Olivos».

Nada de eso sucedería. Por el contrario, López Rega sería designado «Coordinador» del gabinete. La señora Ayerbe, hija de un amigo de Perón e histórico dirigente peronista, ya venía colaborando con Isabel. Tiempo atrás nos había solicitado una reunión. Me reuní con ella y me hizo saber sobre la costumbre del almirante Massera que diariamente, en camino al Edificio Libertad, se detenía unos minutos en la sede del Ministerio de Bienestar Social donde tenía su despacho Isabel para tomar un café con ella. Además planteó, de un modo dramático, la necesidad de terminar con López Rega, dada su nefasta influencia sobre Perón e Isabel.

Nosotros hicimos una ronda de conversaciones con los partidos políticos. Hablamos con todos. Hasta el jefe radical, Ricardo Balbín, recibió a Firmenich. En todos los casos la propuesta era la misma. Pedirle a la señora Isabel, presidenta de la Nación, la conveniencia de separar a López Rega. Nosotros creíamos que con ello podría llegar a desarmarse el aparato represivo que se estaba montando y establecer ciertas reglas de juego. La evolución de la situación hizo que nos fuéramos convenciendo que las cartas estaban echadas. Con estos resultados a la vista, a López Rega le quedó libre el camino para sus siniestras fantasías.

En esas circunstancias, inmediatamente después de la muerte de Perón, no encontramos eco en aquellas dirigencias políticas. El temor por la actividad de los grupos paraestatales contribuyó a «prudentes» silencios o genéricas e inconducentes consideraciones. La falta de coraje

cívico —o «los compromisos» de esa dirigencia— nos dejaría a merced de aquellas bandas que, por cierto, no eran incontroladas ni mucho menos incontrolables. La juventud que representábamos quedó acorralada.

Los intereses nativos e internacionales que veían con buenos ojos el debilitamiento del gobierno popular podían festejar. López Rega, su ariete, aliado, consciente o inconsciente servidor, estaba en el lugar apropiado para alcanzar los objetivos que perseguían. solo había que dejarlo actuar.

Durante ese mismo mes de julio se produjeron otros hechos significativos. En el justicialismo, el Consejo Nacional había solicitado la expulsión del doctor Cámpora, concretada un año más tarde. Ello era consecuencia directa de aquel decreto firmado por Perón ya en lecho de muerte. En pleno centro de la Capital, el último día de julio fue asesinado el diputado nacional doctor Rodolfo Ortega Peña, historiador, defensor de presos políticos y militante del Peronismo de Base. Durante su sepelio fueron detenidas 350 personas. Nos iba ganando un sentimiento de impotencia y soledad ante un poder avasallante. Otros sucesos contribuirían a gestar la idea de una fuga hacia adelante. El 8 de agosto se realizó en Córdoba un acto y movilización de los trabajadores mecánicos, con motivo de un conflicto del SMATA. Lo encabezaron y hablaron los dirigentes del sindicalismo combativo René Salamanca y Agustín Tosco. También lo hizo Firmenich y adhirió Atilio López. La marcha y el acto se poblaron de fervor y duras consignas.

Me llamó la atención las muestras de esperanza y expectativa que esos miles de trabajadores tenían depositadas en nosotros. Mientras Firmenich recordaba que «Hoy carecemos de la fuerza necesaria para dar el combate final. Por eso es necesario que sumemos todos los pequeños combates: hoy un paro aquí; mañana una movilización», (145) los trabajadores reunidos tenían otros reclamos. Nos presionaban para que, a través del accionar militar, diéramos respuesta a sus exigencias hacia la patronal, el gobierno y lo que denominábamos la «burocracia sindical». Allí quedaron prefigurados los componentes centrales que determinarían luego buena parte de nuestras respuestas durante el gobierno de Isabel.

Los obreros industriales, de las empresas más importantes, se estaban poniendo a la cabeza de la lucha sindical contra el gobierno. Nosotros nos apoyaríamos en esa franja de trabajadores, y sostendríamos sus reivindicaciones. Buena parte de la actividad militar que luego desarrollaríamos, tendría por objetivo ayudar, con las armas, a satisfacer sus demandas. Estábamos convencidos de que, junto a esa

franja del movimiento, con el apoyo de la mayor parte de la JP y del peronismo combativo, teníamos asegurado el triunfo en la disputa por el control del movimiento. Ya en otras oportunidades se había planteado, dentro del peronismo, una lucha interna entre políticas o modelos distintos. Eso no era ninguna novedad. Pero ahora era diferente.

Hasta ese momento esas divergencias le habían permitido a Perón, como conductor del conjunto, asumir la representación de sectores políticos y sociales con intereses y discursos diferenciados. Eran las «alas» o «tendencias», en cuyo juego, articulación y contrapeso Perón era un maestro. Pero ahora el poder había quedado en manos de un sector.

Las fuerzas que representábamos nosotros, no solo que no eran reconocidas sino que eran marginadas y duramente perseguidas por el propio aparato del Estado, a cuya recuperación habíamos contribuido.

Mientras aquello ocurría en Córdoba, el día anterior en La Plata cuatro militantes peronistas eran secuestrados y fusilados. Luis Macor, de 21 años, militante de la JP y estudiante de periodismo, y Carlos Pierini, de 48 años, dirigente del Sindicato Único de Petroleros del Estado (SUPE), eran dos de ellos. Horacio Cháves, el mítico y querido «Viejo» Cháves, de 66 años (militante de la Resistencia Peronista y padre de Gonzalo, dirigente sindical, miembro de la JTP y del peronismo montonero) y su hijo Rolando de 36, completaban esa criminal incursión. Unas quince mil personas despidieron sus restos. Las tres coronas que acompañaban los restos de Horacio Cháves —la de la familia, la de los sobrevivientes del 9 de junio de 1956 y la de Montoneros— simbolizaban una forma de vivir y también de morir.

La furia del terrorismo paraestatal ya no solo se ensañaba con la vida de los jóvenes. También buscaba acallar las voces de los históricos dirigentes del peronismo. Peldaño a peldaño íbamos descendiendo a los infiernos.

Desde distintas «capillas» se alimentaba el fuego de las respuestas maximalistas en las que la sociedad iba penetrando. Nombres inesperados como el de Roberto Alemann, propietario y director del *Argentinisches Tageblat*, editorializaba ya desde hacía algunos meses antes con siniestros consejos pronunciados en lengua alemana:

> Se llega a la conclusión de que el Gobierno podría acelerar y facilitar ampliamente su victoria actuando contra la cumbre visible, de ser posible al amparo de la noche y la niebla y calladamente, sin echar las campanas al vuelo. Si Firmenich, Quieto, Ortega Peña, entre otros, desaparecieran de la superficie de la tierra, ello sería un golpe fortísimo para los terroristas. Las guerrillas tendrían que buscarse nuevos líderes y sería mucho más difícil

> encontrar gente para cubrir esos puestos, si todo aquel que actuase pública y políticamente como dirigente de la izquierda armada supiese que automáticamente firma su propia sentencia de muerte. Si Perón se dejase aconsejar por sus vecinos, estos seguramente le darían el consejo de obrar así. Pero, evidentemente, Perón ve las cosas de otro modo. (146)

La mayoría de nosotros no, pero Alemann sí sabía de qué hablaba cuando aludía a «noche y niebla» (*Nacht und Nebel*). Son las directivas, también conocidos como «Decretos NN», aplicadas por los nazis a resistentes en las zonas ocupadas. De hecho se trataba de desparecer personas, obviando —de esa manera— el cumplimiento de la Convención de Ginebra sobre el trato a los prisioneros y contribuyendo a sembrar el terror y la incertidumbre entre combatientes y población. Las palabras *noche* y *niebla* provenían de la ópera *El oro del Rhin* de Richard Wagner. En un sentido crítico, esta experiencia fue inmortalizada por Alain Resnais en el documental *Nuit et brouillard*.

Durante todo agosto continuó la política de acorralamiento. Cotidianamente sufríamos bajas. En tanto que nos movíamos legalmente, éramos blancos móviles.

Muerto Perón, la Triple A aparecía como desatada, sus crímenes se multiplicaban. Había pasado a ocupar públicamente el centro del violento escenario político de aquellos días.

La Triple A: razones internas y objetivos imperialistas

Decir Triple A es traer desde los rincones más oscuros de la historia un recuerdo que conmueve profundamente a los militantes de aquellos tiempos. Suscita inmediatos sentimientos de rechazo en los más jóvenes. En todos los casos quedan fuertes incógnitas. ¿Qué fue realmente la Triple A?, ¿cómo surgió?, ¿quién la ideó o promovió? Las potencias occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, ¿tuvieron algo que ver? ¿Quiénes la integraban?, ¿cómo se solventó?, ¿cuáles fueron sus relaciones con el Estado?, ¿por qué desapareció inmediatamente después del golpe del 24 de marzo de 1976?

Son muchos interrogantes, escasamente investigados y con casi nulos resultados. Hubo dignos y parciales intentos de sacar de las penumbras aquella experiencia. Aquí trataré de contribuir a la construcción de esa incómoda verdad.

Sus primeros crímenes aparecían con la firma de «Alianza Argentina Antiimperialista», luego reemplazados por «Alianza Argentina Anticomunista». Sus siglas AAA tienen su origen en una teoría de la Logia Anael, de la que López Rega formó parte en 1963. Según me lo relatara el juez Julio César Urien, padre del militante montonero y

oficial de Marina del mismo nombre, la logia se había constituido como una organización del justicialismo. Según algunos testimonios, Perón y Getúlio Vargas, presidente de Brasil, habrían intervenido en su gestación. Aunque es más probable que solo conocieran de su existencia, tal como me lo comentara el propio Urien.

Al amparo de la «Tercera Posición» sustentada por Perón, ese agrupamiento proponía reunir esfuerzos de tres bloques de países (África, Asia, América Latina: AAA), independientes de los centros del poder mundial y protagonistas de la Guerra Fría,* los Estados Unidos y la Unión Soviética. Con el desarrollo de esa integración, era imaginable que podíamos alcanzar una mayor autonomía en el marco de aquella bipolaridad reinante. Dentro de cada uno de esos bloques, los países que se suponían claves para el desarrollo de esta idea eran Argelia, China y Argentina.

Urien recuerda que ese ideario sería traicionado por López Rega, a quien la Logia conectara con Isabel para que le sirviera de custodia, cuando esta vino al país en 1965. A instancias de Isabel, López Rega se trasladaría a Madrid para «ayudar» en las tareas de la «Quinta 17 de octubre». De aquella idea original López Rega solo utilizaría la sigla identificatoria, sin relación ideológica con la de sus inspiradores. Los detalles precedentes, válidos para saber acerca del origen de su nombre, es muy poco lo que nos aportan en cuanto a las razones de su existencia. Esta Triple A simplemente se constituyó en una banda inmoral que, al servicio de las ambiciones de López Rega e intereses —que las investigaciones demostraron— vinculados al poder imperial, instauró el terrorismo paraestatal. Para ello se sirvieron de sectores civiles, militares y miembros de las fuerzas de seguridad.

Hablar de la Triple A supone entrecruzar dos caminos. El de las potencias occidentales, para las cuales era una de las modalidades utilizadas para contener al comunismo en Europa y a diferentes formas de organización popular en los países del Tercer Mundo. Para personajes y sectores reaccionarios del peronismo, asociados al señalado poder imperial o pretendiendo sacar beneficios de esa relación, era la posibilidad de utilizar esos medios para combatir a las fuerzas populares que luchaban dentro del país tras las banderas de la liberación nacional y social.

Hay algunas figuras paradigmáticas cuya historia enlaza ambas realidades y le da sustento a esta idea que vincula los dos procesos ya señalados. Uno de esos nombres es el de Robert C. Hill, embajador estadounidense en la Argentina al momento de producirse el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Este personaje tiene una historia que a nosotros nos interesa y que arranca mucho más lejos. En 1943 se

incorporó al servicio diplomático. Pero su verdadero trabajo estaba en las tareas de inteligencia de la secreta Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), organismo precursor de la Agencia Central de Inteligencia, la conocida CIA. En 1953 comenzaron sus «tareas diplomáticas» en tierras latinoamericanas, recalando como embajador en Costa Rica. Al año siguiente pasó a tener iguales funciones en El Salvador. Allí, en defensa del interés de su país y de la mítica United Fruit Co., organizaría el golpe contra el gobierno nacionalista de Jacobo Arbenz. Por los servicios prestados sería recompensado con un cargo en el directorio de esa empresa, líder en la penetración imperialista en los países centroamericanos.

Como corresponde a un diplomático norteamericano de estirpe, intercalaba esa actividad con empresas y negocios estratégicos de su país. Trabajó y mantuvo fuertes vínculos con las principales empresas de Estados Unidos. Es allí donde se integra la acumulación de ganancias y el servicio a los intereses de dominación.

Después de algunas andanzas por los sectores privados, volvió en 1957 a la diplomacia como embajador en México. Desde allí hizo todo lo posible para defender al dictador cubano Fulgencio Batista. Presionó, sin éxito, para que Fidel Castro, cuando estuvo detenido en México, no fuera liberado. E intentó, con igual suerte, evitar el triunfo y la radicalización de la Revolución Cubana. En los años siguientes continuó, desde la función pública y privada, haciendo las mismas tropelías.

Durante la década de 1960 fue un «contacto» apropiado, a los efectos de conseguir financiamiento y visto bueno para vastas actividades represivas. Estas, contra luchadores revolucionarios centroamericanos, eran en su mayoría fuera de la ley.

Guatemala fue la «niña de sus ojos». Allí la CIA experimentaría diversas formas de violencia paraestatal que ocasionaron decenas de miles de muertos. Son los famosos «Escuadrones de la Muerte»; el Movimiento de Acción Nacionalista Organizado (MANO), también conocido como «Mano Blanca»; la Nueva Organización Anticomunista (NOA), que conducía el coronel Máximo Zepeda. La acción de estos grupos derivaría en la guerra civil recién terminada en los «Acuerdos de Paz» firmados en 1996. El saldo de esos enfrentamientos alcanzaría los 200.000 muertos y 500.000 refugiados.

Cabe una pregunta: todo esto, ¿qué tiene que ver con nosotros?

En 1969 Robert Hill fue nuevamente convocado al servicio diplomático. Hill debía prestar uno de los últimos «servicios» a su país. Las cosas en la Argentina iban tomando un rumbo distinto al que los Estados Unidos deseaba. Su destino, la Embajada en España.

El coronel Zepeda, aquel militar que conducía la Nueva Organización Anticomunista (NOA) en Guatemala, también tendría a España como premio y destino territorial en el debut de sus «tareas diplomáticas». Allí sería el agregado militar de su país. En España, la Embajada Norteamericana tenía a su «contacto», un «hombre» en la propia casa del carismático líder del movimiento popular argentino. (147) Eso no era poco.

Hay fuertes indicios de que el embajador Hill relacionó a López Rega con el coronel guatemalteco, (148) quien debía transmitirle «su experiencia» para terminar con rebeldes y belicosos cuestionadores del sistema. El bar del Hotel Ritz habría sido el lugar elegido para esos conciliábulos entre el «contacto» argentino y el militar guatemalteco; junto a ellos estaba el intermediario designado por el Embajador.

Es bueno recordar que Zepeda, terminadas sus «funciones» en Madrid, fue designado Cónsul General de Guatemala en Tapachula, Chiapas, México, donde fuera ultimado. (149)

Pero aquí no terminaría la historia del embajador Hill. Producido el triunfo popular, «muy casualmente» se hace cargo de la Embajada en Buenos Aires. Allí produce innumerables informes que la red *Wikileaks* luego publicará, permitiendo conocer el modo en que actuó. Tuvo pleno conocimiento del golpe que se estaba gestando y su mayor empeño estuvo en cumplir las órdenes emanadas del mismísimo Henry Kissinger. Este estaba preocupado por el hecho de que la Embajada —y los Estados Unidos— pudieran cumplir su tarea pero sin dejar huellas que los involucraran en esos sucesos. Demasiado caro estaban pagando las marcas que dejaron con su intervención en el «Pinochetazo» contra Allende en Chile.

Ya en nuestro país y poco después de arribado, el Embajador «cubrió» sus acuerdos con López Rega —que incluían los planes sobre la Triple A —, mediante la preparación de un convenio para la represión al «tráfico de drogas», que se efectivizaría en mayo de 1974. En esa fecha se realizó en Buenos Aires un encuentro internacional sobre el mismo tema. El acto de cierre, realizado en el teatro San Martín, contaría con la presencia de *mister* Hill. Esa circunstancia me quedó grabada porque esa tarde —inusualmente— iba manejando un coche (expropiado), solo y armado, a una reunión que tenía en las proximidades. Cuando me detuve en la esquina del Teatro (Corrientes y Paraná), repentinamente apareció un grupo de la Policía Federal y otros uniformados, portando armas largas y a los gritos. Cuando me intimaron a seguir, me volvió el alma al cuerpo y continué mi camino. Recién a la noche supe el motivo de tanta algarabía. En ese acto, seguramente llevado por la emoción, López Rega cometería un exceso verbal al señalar que «el combate

contra las drogas forma parte de un plan político, de lucha contra la subversión». (150)

Develar así, públicamente y en un evento internacional, la cobertura que los yanquis tenían para encubrir sus actividades intervencionistas, seguramente no le caería bien al «Señor» Embajador. Pasados los años hoy se puede decir que López Rega sería un «adelantado a su tiempo». El imperialismo ha blanqueado que uno de los puntales de su estrategia de intervención y dominación está allí. Fundamenta su criminal accionar en el combate a lo que define como uno de los «Ejes del mal» de la actualidad: el *narco-terrorismo*. Aún hoy es uno de los fundamentos principales para «inundar» al mundo con copias de las «leyes antirrepresivas», que el Grupo de Acción Financiera Internacional (GAFI)* manda aplicar en nuestros países. En la Argentina las leyes 26.268 (2007) y 26.734 (2011) son una muestra cabal de este mecanismo.

En ese momento pudimos comprobar cómo iban tomando cuerpo aquellas insólitas e imprecisas insinuaciones para combatir a la izquierda que López Rega nos hiciera al terminar las reuniones con Perón en Madrid. Ahora él tenía el poder suficiente y la Embajada formaba parte del plan. Nuestro descenso a los infiernos ya estaba asegurado.

La relación de Perón con la Triple A ha sido motivo de todo tipo de consideraciones. No solo voces gorilas atribuyen una participación de Perón en su gestación y construcción, con estos años han surgido otros análisis que comparten ese criterio. Algunos de ellos pertenecen a publicaciones, investigaciones y comentarios de quienes formaron parte de nuestras propias filas. Del mismo modo que es difícil creer que Perón no conociera las actividades vinculadas a su preparación, me resulta imposible imaginar que haya sido suya la decisión de su constitución. En el camino de dejar que fluya la verdad no parece que la reproducción de textos y dichos de Perón, en uno u otro sentido, sea el camino más valedero. Al calor de los debates políticos, las manifestaciones verbales no siempre reflejan los verdaderos sentimientos. Tampoco suelen ser la guía para las prácticas y acciones políticas que tiene a su cargo quien ejerce la conducción.

La Triple A no fue la creación de un «loco suelto» o un militante esotérico. Algunos detalles, que se vuelcan en estas páginas, apuntan a fundamentar lo contrario. Esta fue la manifestación pública de una estrategia de vastos poderes internacionales. Tal como lo afirmara Firmenich, Perón había negociado con alguno de esos poderes. (151) Nosotros mismos seríamos testigos de ello en Roma, en abril de 1973, cuando partiera del Hotel Excelsior hacia el Vaticano de la mano Gian

Carlo Valori (lugarteniente de Licio Gelli) para resolver entuertos con la Iglesia.

Las condiciones físicas en las que se encontraba Perón al momento de su último gobierno le impedían un estricto control sobre el conjunto de factores que lo rodeaban, es en ese marco que crecería la incidencia y peso de López Rega. Si bien las actividades de la Triple A se iniciaron en vida de Perón, sus actividades se multiplicaron pocas semanas después de su muerte, a partir del asesinato del diputado Rodolfo Ortega Peña el 31 de julio de 1974.

Hoy se puede concluir que la Triple A ya había sido concebida, en sus objetivos y cuestiones generales vinculadas a su *modus operandi*, en Madrid. Allí López Rega tuvo las condiciones para poder frecuentar a sus semejantes de varios países. Entre ellos estaban algunos individuos que habían formado parte de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS), que combatiera contra los luchadores por la independencia de Argelia. La influencia de estos no se limitaría solo a la Triple A: después veremos cómo constituyeron una de las fuentes que alimentaron la metodología represiva seguida en la Argentina después del golpe militar de 1976.

No acaban allí los vínculos de López Rega. Entre otros, estos se ampliaban al grupo terrorista italiano que respondía a Stefano Delle Chiaie, quienes se refugiaron en España luego de haber perpetrado atentados en Italia, de la mano de la Logia P-2. Este personaje sería clave en el armado de la «Operación Cóndor» y en los vínculos con la siniestra DINA chilena. (152) Por eso no deja de llamar la atención una carta del 3 de enero de 1974 que Perón le dirige al general Carlos Prats (asesinado en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1974), donde allí le dice:

> Me han dejado muy preocupado los incidentes que usted menciona en su última carta, así como su persona en particular [Se refiere a un frustrado intento de asesinato]. Resulta alarmante su despreocupación o indiferencia ante el peligro a que se expone diariamente. Le ruego siga mis consejos y se comporte como le he sugerido. Por nuestra parte haremos lo posible para localizar a los delincuentes y entregarlos a la justicia. (153)

López Rega, ascendido directamente de cabo a comisario mayor por un decreto firmado por Perón/Llambí el 9 de mayo de 1974, sería quien le puso el nombre y la logística estatal a la Triple A; desde Estados Unidos la idea y los contactos necesarios; pero también habría otros aportes anteriores, que serían integrados a la experiencia que tuvo como referente a López Rega.

Con la aparición a fines de los años sesenta de las experiencias guerrilleras y las simultáneas explosiones populares que quedaron

sintetizadas históricamente en el «Cordobazo» de 1969, el imperialismo tomaba nota en relación a que la situación argentina podría desmadrarse en cualquier momento para lo cual, también ellos, deberían preparar las condiciones adecuadas para responder a esta nueva situación.

Es larga la lista de personajes que contribuyeron a preparar las condiciones, reclutar a los sicarios, construir y equipar las estructuras necesarias para estos crímenes. Breves comentarios sobre unos pocos nombres iluminan acerca de las formas y mecanismos utilizados:

Alberto Villar, comisario general de la Policía Federal fue uno de los encargados de pergeñar la puesta en marcha de un sistema de represión clandestina desde el año 1971. Eso es lo que surge de las declaraciones en Holanda, en 1983, del ex policía Rodolfo Peregrino Fernández, ante una Comisión de Derechos Humanos. Allí diría que el aparato represivo ilegal «comenzó a estructurarse a partir de 1971 en torno a la figura del comisario general (de la Policía Federal) Alberto Villar», quien era entonces director general de Orden Urbano. Según esas mismas declaraciones, «desde sus funciones oficiales (Villar) comenzó a desarrollar en torno suyo una estructura paralela para la realización de acciones violentas ilegales». (154) Villar se iría especializando durante los gobiernos de Juan Carlos Onganía, Roberto Levingston y Alejandro Lanusse, quedando a cargo de la formación de la «brigadas antiguerrilleras» de la Policía Federal. En ese carácter tendría a su cargo la violenta irrupción de tanquetas dentro del edifico del Partido Justicialista, en la Avenida La Plata 50, donde se estaban velando los restos de víctimas de la Masacre de Trelew, en agosto de 1972.

Esas construcciones de Villar proporcionaron algunos de los contingentes que actuarían al servicio de los objetivos de la acción de la Triple A y por lo tanto este comisario debe ser considerado como una de las vertientes claves para la constitución de la Triple A en nuestro país.

Villar sería dado de baja de la Policía Federal por el gobierno de Cámpora en mayo de 1973, pero pocos días después López Rega lo reclutaría para la «seguridad» de su Ministerio de Bienestar Social. Villar no cerraría su carrera en el ministerio. El 10 de abril de 1974, ya consolidado el poder de López Rega, reemplazaría al viejo general peronista Miguel Ángel Iñíguez, al frente de la Policía Federal. Desde allí se constituiría, en ese año tan decisivo, en una de las columnas de la combinación legal e ilegal del sistema represivo. El 1º de noviembre de 1974, cuando se disponía a dar una vuelta con su lancha en el Tigre, una violenta explosión acabaría con su vida.

Dentro del Ministerio de Bienestar Social se iría configurando la plana

mayor de lo que luego sería la parte operativa de la Triple A. A tales efectos fueron incorporados el subcomisario Juan Ramón Morales, que se había desempeñado como jefe de la Brigada de Delitos Federales de la Policía Federal, y su yerno el subinspector Rodolfo Eduardo Almirón. Ambos habían sido dados de baja de la Policía Federal por su responsabilidad en diversos delitos que incluyeron el tráfico de drogas y la trata de personas. También se incorporaría a este grupo el suboficial Miguel Ángel Rovira, también despedido de la Policía Federal en 1970. Todos ellos formarían parte de la conducción de la Triple A.

Rodolfo Walsh, al frente del equipo de Inteligencia de Montoneros, haría una investigación sobre la composición de la cúpula de la Triple A. Avanzada esa tarea se decidió hacerla pública. Se lo haría en forma simultánea a una operación comando donde se pensaba ajusticiar a sus principales responsables. La operación se realizó sin alcanzar sus objetivos. De todas maneras, hacia fines de 1974, se difundieron los resultados de las investigaciones realizadas. Estas fueron avaladas por la Justicia... ¡Más de un cuarto de siglo después! Sus principales responsables ya habían cumplido «la tarea». Los juicios tampoco cumplirían sus objetivos: la mayor parte de los integrantes ya había muerto antes de las respectivas sentencias.

El teniente coronel Jorge Manuel Osinde es otro de los protagonistas de ese engendro que fue la Triple A. La experiencia de este oficial militar del área de Inteligencia también viene de lejos. Su historia se remonta a las épocas del primer gobierno peronista, allá por los años cincuenta. Siempre fue considerado como uno de los responsables de aquel vicio del poder como lo es violar la dignidad humana, algo que se emparenta con los intereses de clase de los regímenes opresores y explotadores pero que no era necesario en un gobierno sostenido por los intereses y la voluntad del pueblo, como lo fuera aquel gobierno de Perón.

Esos antecedentes se diluyeron en medio de la ferocidad de los gobiernos «democráticos» que sucedieron al peronismo, y de sus propios y «privilegiados» vínculos con diferentes aparatos de inteligencia, del país y extranjeros. Nosotros siempre lo consideramos como alguien de cuidado. Osinde se fue constituyendo en uno de los referentes de los sectores más reaccionarios y oscuros del peronismo, con fuertes lazos con el régimen paraguayo del general Alfredo Stroessner. Osinde fue el jefe de Seguridad del retorno de Perón el 20 de junio de 1973. Como tal, fue —probablemente— el principal actor de la «emboscada de Ezeiza». Desde su aparentemente inocuo cargo de secretario de Deportes y Turismo, dependiente del Ministro de Bienestar Social, sería una de las figuras claves en la constitución y

funcionamiento de la Triple A.

Entre los nexos entre la Triple A y la inteligencia norteamericana se pueden mencionar a los comisarios Gattei (egresado de la Escuela de Policía de la CIA en 1962) y Antonio Gettor. Estos mantendrían vínculos con Gardner Hathaway a cargo de la Estación de la CIA en Argentina. (155)

La creación y funcionamiento de la Triple A no solo encuentra su lógica en la estrategia de la inteligencia e intereses de los Estados Unidos. De Europa occidental nos vendrían los aportes de la «Operación Gladio». Esta organización, de la que recién se tuvieran datos fidedignos hacia los años noventa, abarcaría a varias organizaciones secretas de diferentes países europeos. Se trata de una creación de la CIA norteamericana y del MI-6 británico, al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo era impedir que el comunismo llegara al gobierno de alguno de esos países que padecieron, en sus respectivos territorios, sangrientos atentados que dejaron centenares de víctimas. El carácter regional de esta «internacional del terror» es un claro antecedente de lo que fue la «Operación Cóndor» en el Cono Sur de nuestra América.

Italia fue el país europeo donde en la posguerra el comunismo alcanzara el mayor desarrollo. La saga de películas historiando las relaciones entre el cura Don Camilo y Pepón —el alcalde comunista—, son un testimonio fílmico de esa realidad. Sectores del Vaticano y de la mafia, amparada por los servicios de inteligencia norteamericanos, formaron parte de ese proyecto de contención del comunismo. La tristemente célebre Loggia Propaganda Due (P-2) es el nombre que tendría, en la península itálica, este engendro de los servicios de inteligencia occidentales, formalmente disuelta por el Senado italiano en 1982. Licio Gelli sería, dentro de esa organización, la figura más conocida y cercana a nuestra realidad. Sus vínculos con los Estados Unidos, el Vaticano, Argentina, el peronismo y el propio Perón, le dan a su historia ribetes de proximidad con nuestra realidad que conviene no dejar en el simple recuerdo personal.

Integrante de los «Camisas Negras» fascistas, combatiente franquista y con tareas en la Alemania nazi, emergió de la guerra como agente de la CIA norteamericana, aunque siempre lo negara. Integrante desde sus inicios de la «Operación Gladio», tomó vuelo en la década de 1970 como jefe de la P-2. Esta Logia alcanzaría notable importancia en la Argentina de los años setenta, primero junto a calificadas figuras del gobierno peronista y más tarde con la dictadura militar: López Rega y Massera se contaban entre sus adeptos. A Gelli le gustaba vanagloriarse de haber iniciado a Perón en las prácticas masónicas. (156)

Con fuertes relaciones con el Vaticano, estuvo implicado en el

escándalo del Banco Ambrosiano, que en 1982 acabó con Roberto Calvi, su presidente, colgado en un puente de Londres y Licio Gelli preso en Suiza, de donde meses más tarde se fugaría. Uno o dos días después de ese suceso, me tocaría ser testigo de un hecho extraño. Estaba en la sala de embarque del Aeropuerto de San Pablo volando hacia a La Paz, donde tenía prevista una reunión. En la sala había varias personas y a una de ellas no se le veía la cara, oculta por el diario argentino *La Nación* que estaba leyendo. El lector tenía a dicho matutino desplegado y en su primera página estaba la figura de Licio Gelli, fugitivo de la justicia suiza. Cuando llamaron a embarcar esa persona dobló su diario y allí observé, sorprendido, la misma cara que estaba en la primera página del diario. Subió al avión y descendió en Santa Cruz de la Sierra, siempre acompañado por su custodia... una monja.

En la segunda mitad de la década de 1980, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, Licio Gelli seguiría produciendo escabrosos hechos que conmoverían a nuestra sociedad. Prófugo de una justicia europea que no tenía mayor interés en encontrarlo, halló fácil refugio en nuestros países del Cono Sur americano. Las dictaduras se estaban retirando pero sus escorias seguían inundando la región.

La mutilación del cadáver de Perón arrancándole las manos en junio de 1987, llevada adelante por un esotérico grupo «Hermes Iai y los 13», tenía el sello de un acuerdo entre esos grupos residuales de la dictadura (algunos de cuyos integrantes civiles eran provenientes de la experiencia de la Triple A) y la P-2. La necesidad de que este hecho quedara impune se cobraría la vida de un par de «molestos testigos». A su vez, el juez interviniente, Jaime Far Suau, diecisiete meses después del hecho perdería la vida en un extraño accidente automovilístico. El expediente, protagonista de varias peripecias como pérdidas y robos, sigue sin resolverse. Aquel hecho, además de golpear al gobierno alfonsinista, paralizar las causas contra los militares involucrados en la represión y ahondar las diferencias entre el gobierno y el peronismo, albergaba una fuerte venganza.

Son numerosas las versiones acerca del incumplimiento de un compromiso. Hipólito Barreiro, diplomático peronista que solía frecuentar al líder y que a la vez era miembro de la P-2 (carnet 689), en una entrevista concedida a David Cox, coautor de un libro donde testimonia, lo relata de la siguiente manera:

> Gelli tenía la luz verde de Washington y lo trae a Perón para frenar el comunismo. Eso costaba un precio. ¿Cuál era el costo?, que cuando volviera al poder tuviera el control de las exportaciones argentinas a Europa, vía Italia, para él y para Andreotti,* porque eran socios. Eso lo arregló [Gelli] con López

> Rega a espaldas de Perón. López Rega jamás se lo dijo a Perón, de lo contrario, Perón le hubiera dicho, «¡pero usted está loco, cómo me viene con eso!». Pero López Rega quería a toda costa tener a Perón de vuelta. Ese fue el asunto. La prueba es esa. (157)

A la luz de los acontecimientos posteriores y estas informaciones relativamente recientes, cobran dimensión particular unas intrigantes palabras del propio López Rega después de la última reunión con Perón en Madrid. Allí nos dijo: «Si ustedes supieran las cosas que yo tuve que hacer para que Perón pueda volver, me matarían acá mismo».

No faltan los datos que vinculan a Gelli con un pensamiento esotérico enraizado en tradiciones mitológicas egipcias que luego formaron parte de la —más cercana— cultura griega. Allí tendrían su origen los nombres utilizados para identificar al comando que realizó el operativo de cortar las manos a Perón. La mutilación del cadáver no era solo un signo inconfundible de un modo de accionar de la mafia, de la que formaba parte Gelli. También era parte de un ritual, que tenía los mismos antecedentes ya señalados, según los cuales solo los cuerpos enteros tendrían derecho a la eternidad. Ello le da sentido a una frase de las cartas que los profanadores remitieron a los dirigentes justicialistas Vicente Saadi, Saúl Ubaldini y Carlos Grosso. Allí decían: «Lo que dejará a tal ilustre prócer incompleto para toda la eternidad». (158)

Un dato significativo y escasamente divulgado explicaría los acuerdos que le permitieron al grupo encargado de esa profanación tener la capacidad operativa que exhibieron. Licio Gelli compartió un tiempo de detención en la cárcel suiza de Champ Dollon con un argentino. Este era Leandro Sánchez Reisse, un conocido agente del Servicio de Inteligencia del Ejército Argentino, quien fuera detenido al intentar cobrar el rescate de uno de los tantos secuestros extorsivos que lo tuvieron como protagonista. Es el mismo agente que tuvo a su cargo la tarea de destruir las instalaciones de Radio Noticias del Continente, que los montoneros instaláramos en Costa Rica. (159) No es difícil suponer que en aquella cárcel se trabara una relación que les permitiera compartir tareas en los años venideros. A pesar de tratarse de una cárcel de «máxima seguridad», ambos presos lograron fugarse. (160)

Después de la muerte de Perón, el 1º de julio, se profundizará el control del aparato del Estado por oscuros personajes. En septiembre, Licio Gelli sería nombrado asesor económico de la Embajada Argentina en Roma, con pasaporte diplomático.

Como prueba del carácter trasnacional de estas organizaciones y sus vínculos con nuestra Triple A, tenemos que:

> A fines de 1975 unos 120 exiliados chilenos habían sido asesinados o

> deportados a Santiago por agentes secretos. Al huir del país López Rega, Videla ordenó que las unidades de inteligencia estuvieran bajo control de los escuadrones paramilitares (AAA) «irregulares». (161)

Eso fue lo que se conocería como el «Plan Cóndor», otra de las facetas de la actividad de la Triple A. Todas estas breves consideraciones dejan en claro una evidencia: no es posible hablar de la Triple A ni investigar su génesis, acción y efectos sin establecer sus conexiones con el «Plan Cóndor» y el esquema de contrainsurgencia elaborada por la CIA y otras agencias semejantes estadounidenses y de otros países occidentales.

Tuve la oportunidad de dejar constancia de los aspectos centrales de lo manifestado en dos causas judiciales a las que fui convocado como testigo: en Rosario, en el juicio vinculado al asesinato de Constantino Razzetti, consumado el 14 de octubre de 1973; y en Salta, en la causa instaurada por la muerte del ex gobernador Miguel Ragone el 11 de marzo de 1976. En ambos casos, señalé la responsabilidad de la Embajada de los Estados Unidos y del secretario de Estado, Henry Kissinger, en los crímenes cometidos en aquellos tiempos.

Armas británicas en el Río de la Plata

> Como no sea mediante una guerra civil devastadora, resulta difícil imaginar cómo puede deshacerse la revolución efectuada por Perón. [...] Hacerles realizar a nuestros enemigos lo que nosotros necesitamos que hagan para que se destruyan solos. (162)

Es sabida y ya fue mencionada la relación existente entre el Imperio Británico y nuestra Patria, relación que está íntimamente ligada a toda nuestra historia republicana. La ocupación colonial de las islas Malvinas es una parte de esa historia de piratería y conspiraciones. Sus políticas divisionistas no son ajenas a la fragmentación de nuestra Patria Grande.

Aquel inusual festejo de Churchill ante el defenestramiento de Perón en 1955, muestra el interés británico por nuestra evolución, su reconcentrado odio al peronismo y la contribución a su derrocamiento. Esa reacción no era gratuita, Churchill tenía sus razones. Antes que Perón gobernara la Argentina, entre el 40% y el 50% de las inversiones británicas en el extranjero estaban radicadas en nuestro país: éramos *la joya más preciada del Imperio Británico*.

Siempre se especuló en relación al origen de las armas utilizadas por la Triple A. Es claro que las fuerzas de defensa y seguridad que integraron esa banda las podrían haber proporcionado. Pero también es probable que, tratándose de «operaciones especiales o encubiertas»,

resultara lógico que procuraran que las utilizadas no dejaran huellas incriminatorias. En este sentido hay indicios sobre dos fuentes de aprovisionamiento.

Una de ellas es señalada por un presunto integrante de dicha banda, Horacio Paino. Según su testimonio, una parte de dicho equipamiento provino de compras efectuadas a un paraguayo. Dichas armas habrían sido adquiridas y pagadas en la ciudad paraguaya Pedro José Caballero, limítrofe con Brasil. (163)

Otro dato más inquietante surge de una nota publicada en el diario *La Nación* en abril de 1974. (164) Allí se informa que el viernes 19 de abril de 1974 fueron descargados del buque inglés *Endurance* varios bultos conteniendo armas y municiones y recogidos sin el correspondiente control aduanero, por un jeep conducido por Rodolfo Oscar Patiño, chofer y custodio de Micke John Bishop, asistente del agregado naval británico. Ambos fueron liberados poco después. La Embajada inglesa a través de la *Foreign Office* emitiría un comunicado, argumentando que el destino de las armas y municiones eran para la práctica de tiro de su personal de seguridad. Intervinieron en el hecho el juez Carlos Gentile, Secretaría de Amelia Borraz de Vidal. También tuvieron injerencia el ministro de Justicia, Antonio Benítez, y el presidente de la Suprema Corte de Justicia, Miguel Ángel Berçaitz. Pero del tema no se hablaría más.

Lo cierto es que para esa época la Embajada Argentina en Londres estaba ocupada por un personaje fuertemente identificado con los sectores reaccionarios del peronismo, el estanciero Manuel de Anchorena. Es interesante destacar que Anchorena era parte de una de las familias más tradicionales y simbólicas de la oligarquía bonaerense, al punto que los peones de estancia solían cantar la zamba «El arriero» de Atahualpa Yupanqui (que en estos tiempos interpreta *Divididos*) con un «intencionado» cambio en la letra: «Las penas y las vaquitas/ se van por la misma senda.../ Las penas son de nosotros,/ las vaquitas son [ajenas] de Anchorena»... cantaban significativamente los criollos, en los fogones. Este mismo Anchorena había sido el candidato de Rucci para gobernador en la provincia de Buenos Aires, «designación» que se haría en un Congreso en Avellaneda. Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Justicialista, tenía instrucciones de Perón para designar a Oscar Bidegain. Los sectores sindicales trataron de impedir el ingreso de Abal Medina a la sede de dicha reunión, recibiendo un ladrillazo cuando lo hacía. El fracaso de esa maniobra y la candidatura de Bidegain dejarían marcas, no solo en el cuero cabelludo de Abal Medina. Pero aquí interesa referirnos a Felipe Romeo. Un personaje fuertemente vinculado con el mencionado

embajador argentino en Londres. Esa ciudad sería justamente su destino al momento de su precipitada partida, cuando la justicia argentina intentara detenerlo.

Este es el momento en que la Triple A se preparaba para amplificar sus acciones. El joven Felipe Romeo, hijo de un militante mussoliniano, se afianzaba con un considerable poder. Felipe Romeo fue el fundador y director de la revista *El Caudillo*, expresión oficiosa de la derecha peronista y de la Triple A, que aparecería en noviembre de 1973 usando oficinas facilitadas por Manuel de Anchorena, en la calle Lavalle. *El Caudillo* había nacido como la contracara de la revista *El Descamisado*, con una estética y formato semejantes, y su prédica estaba guiada por la idea de que *el mejor enemigo es el enemigo muerto*. Muchas veces, el simple hecho de aparecer denunciado en sus páginas como «zurdo» era el preanuncio de un asesinato por parte de la Triple A. *El Caudillo* sería financiado por avisos estatales y sindicales, impuestos desde el propio despacho de López Rega. Poco tiempo después que este fuera obligado a abandonar el gobierno, la revista dejaría de aparecer. Intentó volver en 1982 de la mano de la UOM, pero duraría poco tiempo.

Felipe Romeo hacía exhibición de su extraño poderío. Hijo de artistas, él también lo fue; existen versiones que indican que, en su casaquinta-atelier de Florencio Varela, mostraba a sus «invitados» las cajas de municiones y armas de origen no revelado al servicio de los grupos operativos de la Triple A. Siempre sospechamos de sus estrechos vínculos con sectores de la extrema derecha europea. Una de sus últimas actividades políticas —antes de caer preso por vender droga— fue la publicación de libros del general Ramón Juan Alberto Camps, en la Editorial Ro-Ca (Romeo/Camps). En el año 2005 fue citado a comparecer por sus relaciones con la Triple A. En esas circunstancias, la agencia periodística española EFE daría cuenta de un informe de Interpol según el cual había salido del país rumbo a Londres. Allí se pierden sus rastros, aunque se supone que luego viviría clandestinamente en Brasil. A comienzos de 2009, la familia lo trajo clandestinamente al país, gravemente enfermo. Lo internaron en el Hospital Fernández, donde en estado de coma fuera detenido. Murió poco tiempo después. Varias semanas más tarde su cuerpo seguía sin ser reclamado.

Tal vez esta historia tenga algo que ver, entre otras cuestiones, con aquellas armas británicas.

El error de volver a la clandestinidad

Los relatos precedentes indican la gravedad de aquellos acontecimientos y las características de las fuerzas que nos acosaban a través de la Triple A.

Por esos días, el 27 de agosto de 1974, también nos clausurarían el diario *Noticias* y, una semana después, el 3 de septiembre, publicábamos el último número del periódico *La Causa Peronista*. Nos fuimos quedando sin medios masivos de comunicación. Nuestros puntos de contacto con el gobierno se habían ido diluyendo. Jorge Taiana había renunciado, y poco después fueron desplazadas las últimas autoridades universitarias vinculadas con nuestra política, al tiempo que ingresaba en escena el represor Alberto Ottalagano en la Universidad de Buenos Aires. Gelbard, ministro de Economía, había quedado aislado en el gabinete, su poder muy restringido y poco tiempo después también él se vería en la necesidad de renunciar.

Este conjunto de hechos hizo de agosto un mes trágico. No solo por todo lo que iba ocurriendo sino también porque nos invadió la desesperanza, que serviría de marco al mayor de nuestros errores. En los últimos días de agosto se sucedieron agitadas reuniones de la Conducción Nacional y del Consejo Nacional de Montoneros. Éramos conscientes de la gravedad de los hechos que ocurrían pero no encontrábamos respuestas que fueran efectivas para neutralizarlos. La situación se nos había vuelto crítica. En ese marco perdimos el rumbo y cometimos el desatino más grande de nuestra historia: volver a la clandestinidad Desde el punto de vista organizativo, equivocamos el camino para responder a la doble presión a la que estábamos sometidos. Por un lado sentíamos el acorralamiento de las muertes cotidianas. Nuestros locales públicos se habían convertido en auténticas «ratoneras», donde ofrecíamos a la Triple A la posibilidad de ubicar a casi todos los compañeros sin margen de error ni muchas averiguaciones. Sabían que por esos locales pasaba la mayor parte de nuestra militancia, allí los podrían encontrar. A partir de «ubicarlos», podían actuar ahí mismo o seguirlos y elegir otro lugar para hacerlo.

La mayor parte de los dirigentes políticos, atemorizados por el terrorismo paraestatal, optaban por la «prudencia» del silencio. Estábamos desconcertados pero teníamos conciencia que así tampoco podíamos seguir.

Por otra parte sentíamos la presión de la militancia. La barrial que exigía respuestas ante el auge represivo. La sindical que pedía una intervención más efectiva de los montoneros ante la agudización de los distintos conflictos sindicales y la creciente actividad de las bandas paraestatales que, con secuestros y asesinatos a los delegados gremiales, pretendían frenar la lucha de los trabajadores. Todos

compartíamos la necesidad de resguardar nuestras fuerzas, pero no había un pensamiento uniforme sobre los caminos a seguir. En medio de esa angustia y llenos de dudas debatimos las más diversas alternativas y variantes.

Al final quedaría consensuado lo que en ese momento pareció la mejor salida: cerrar los locales políticos y retornar a la clandestinidad. De esa manera suponíamos que mejorarían las condiciones para preservar las estructuras orgánicas y los militantes clandestinos. Procuraríamos que la militancia de los frentes políticos se resguardara en los distintos organismos reivindicativos. También supusimos que así estaríamos con mayor libertad para responder militarmente a las agresiones, disminuyendo los riesgos de las represalias.

Nos equivocamos. La violencia no solo continuó sino que se expandió, con el agravante de que ahora se requería un funcionamiento mucho más cerrado y preciso. Esto rompía una de las reglas elementales de cualquier organización: la sencillez y simpleza de la misma y su funcionamiento. Con esto se dificultaba la militancia, haciéndola cada vez más difícil, compleja y peligrosa. Ahora —además— sufríamos, con buena parte de las bajas, una derrota política. Muchos compañeros caídos eran parte de una estructura clandestina, radicados fuera de sus lugares tradicionales de militancia. Por lo tanto, la agresión sobre ellos comúnmente alcanzaba poca o ninguna significación para la gente común. Solo nos afectaba a nosotros, acentuando nuestro aislamiento.

Si hubiéramos actuado de otra manera, aceptando esa débil legalidad existente, quizás no se hubiera reducido el número de las bajas producidas en este período pero seguramente la repercusión de las mismas hubiera tenido efectos distintos, fortaleciendo el repudio del pueblo a esa metodología represiva. Ello hubiera potenciado, en lugar de debilitar, nuestra inserción en cada lugar. Pero no fue este el criterio predominante y el tiempo sería testigo de la gravedad del error cometido.

Formalmente anunciamos el retorno a la clandestinidad acompañados por los referentes de los principales frentes de masas. El 6 de septiembre de 1974 realizamos la conferencia de prensa anunciando que Montoneros volvería a la clandestinidad, para «reasumir las formas armadas de lucha». El anuncio lo haría Firmenich acompañado de Adriana Lesgart (Agrupación Evita), Juan Carlos Dante Gullo (JP), Enrique «Quique» Juárez (JTP) y Juan Pablo Ventura (JUP). Además del anuncio de Firmenich en nombre de Montoneros, sus acompañantes leyeron una declaración de las agrupaciones que representaban. Allí manifestaron el «reconocimiento de la conducción política de la organización Montoneros» y también decían que «participaremos

activamente en la etapa de la Resistencia Popular». Anunciando, en ese mismo acto, el cierre de los locales públicos centrales.

De este modo se formalizaba una lamentable decisión. Políticamente ella descansaba sobre dos erróneas simplificaciones. Una, proveniente del análisis político de la coyuntura; la otra, de una incorrecta lectura y evaluación de la crisis estructural.

Desde el punto de vista político se suponía que, tras la muerte de Perón, con el tiempo se resolvería a nuestro favor el liderazgo del movimiento de masas. En vida de Perón, cuando teníamos una real y efectiva incidencia en el movimiento popular, se había planteado la contradicción líder/vanguardia. Ahora, de algún modo transpolando esa situación en el tiempo, supusimos que estábamos con mejores posibilidades de conducir al movimiento.

Este análisis tenía fallas fundamentales. Olvidaba que, aun en nuestros mejores momentos, la representatividad que teníamos, si bien era diferenciada dentro del liderazgo de Perón, se sustentaba en una identificación con este. Por otro lado no daba cuenta del deterioro que habíamos sufrido, precisamente con motivo del enfrentamiento con Perón. Tampoco dimensionaba adecuadamente la incidencia que, con todos sus errores, aún mantenía el gobierno de Isabel. Tampoco medía exactamente la influencia que tenía, dentro del movimiento, el sindicalismo tradicional y las múltiples organizaciones del peronismo político, que no estaban identificadas con los sectores combativos que nos apoyaban.

En cuanto al análisis estructural también se verificaría que hubo una apreciación errada. Partíamos del supuesto de una debilidad y crisis terminal de nuestro capitalismo dependiente, que era un pensamiento fuertemente arraigado en la época. Nos daba para pensar en ello, además de nuestra propia situación, los problemas —ya referidos— en los que estaba envuelto Estados Unidos, con su «Síndrome de Vietnam» y la crisis petrolera. Creíamos estar cerca de la ruptura de los lazos de la dependencia y que las perspectivas de «liberación» estaban al alcance de nuestras voluntades. Bajo esa misma y errada concepción definiríamos, un tiempo después, al «golpe de 1976» como una respuesta a la «crisis definitiva del capitalismo dependiente en la Argentina».

A la par de estos razonamientos, diariamente caían nuestros compañeros atacados por una violencia paraestatal sostenida por un gobierno en franca descomposición. Sobre estas bases consideramos que asegurar la continuidad de la «Organización» equivalía a asegurar el éxito en ese enfrentamiento que, evaluábamos favorable, social y políticamente, ante el desgaste y desprestigio del gobierno y sus

aliados. De este modo, con el objetivo de proteger las propias fuerzas, se tomó una determinación que nos empujaría por un tobogán incontenible.

Los militantes de las distintas agrupaciones quedaron al descubierto. La «correa de trasmisión», el vínculo cotidiano, se iría debilitando progresivamente. Cada militante, individualmente considerado, quedó desguarnecido. Y ello llevaría a que el conjunto de la organización comenzara a cerrarse sobre sí misma. Así se debilitaron rápidamente las raíces que nos engarzaban a la realidad. Los efectos prácticos que se fueron imponiendo, más allá de las palabras y fundamentaciones, fueron lamentables: algunos militantes, sin renunciar a sus ideales y con gran dolor, se sumergieron en el movimiento, guardando la identificación pública de su pertenencia montonera para mejores momentos. Por otro lado se produjo una fuerte presión requiriéndole al aparato organizativo respuestas a las distintas y multiplicadas necesidades que iban apareciendo (viviendas, recursos, documentación). Por último, otros compañeros, ante la progresiva ruptura de los lazos organizativos y la presión represiva, se fueron deslizando hacia el amargo exilio exterior e interior.

El gobierno decretaría la ilegalidad de Montoneros recién un año después. Durante todo ese período, el gobierno y la prensa nos denominarían como «la organización autoproscripta».

Al poco tiempo renunciaban a sus bancas los diputados nacionales de la JP que aún quedaban, Leonardo Bettanín y Miguel Domingo Zavala Rodríguez, que habían asumido entre los ocho reemplazantes de los diputados de la JP que, meses antes, también habían dimitido. Bettanín y Zavala Rodríguez expresaban en sus renuncias:

> Hemos decidido renunciar a nuestras bancas. Este Parlamento ha demostrado no ser el instrumento idóneo para la defensa de los postulados por los que fuimos elegidos, emprendemos una nueva tarea militante desde el llano, aportando nuestra experiencia a las tareas de la Juventud Peronista en el caso de Bettanín y a la Agrupación del Peronismo Auténtico en el caso de Zavala Rodríguez. Debemos dejar en claro que nuestras tareas futuras serán político reivindicativas, tendientes a afianzar la organización del pueblo peronista y a la reorganización del Movimiento Peronista. Como la compañera Evita, renunciamos a los honores pero no a la lucha, para hacer posible su sentencia de que el peronismo será revolucionario o no será. (165)

Las renuncias fueron aceptadas, el contenido de las mismas, rechazado. Y los términos no fueron insertos en el texto del correspondiente Diario de Sesiones. Tiempo después, los dos compañeros serían asesinados. Estas renuncias formaron parte de la liquidación del poder institucional que había ocupado la fuerza propia,

aliada o amiga.

En octubre fue intervenida la provincia de Santa Cruz y desplazado su gobernador, don Jorge Cepernic. En noviembre pasó lo mismo con la provincia de Salta y Miguel Ragone. Con el agravante de que este sería asesinado, poco tiempo después.

Por esos mismos días renunciaba Gelbard, el último ministro que quedaba de la época de Cámpora. Había sido liquidado el símbolo económico de esa nueva alianza de sectores medios y sindicalismo que se había instaurado el 25 de mayo de 1973. De esta forma no solo se diluyeron las posibilidades de «reencauzar» el proceso iniciado en 1973 sino que también se decretaría la nulidad del testamento del general Perón.

El poder lopezreguista había terminado por destruir los dos legados más importantes que dejara el General en su póstumo mensaje del 12 de junio. A sus dichos en el sentido de que «mi único heredero es el pueblo», la camarilla capitaneada por López Rega le respondería con la generalización de la violencia, para erradicar todas los intentos de participación. A la expresa manifestación sobre que «no he venido a consolidar la dependencia», le seguiría la liquidación de toda perspectiva de construir una política independiente.

El peronismo de 1973, el peronismo de la victoria y de la euforia popular, el que prometía construir esa nueva esperanza, había sido expulsado quedando totalmente fuera del gobierno.

A fines de 1974, desde el punto de vista institucional, habíamos quedado con las manos libres. Ya nada teníamos que ver con el gobierno. Era como si no fuera nuestro. Ninguna responsabilidad, ningún lazo de solidaridad más que su origen, nos vinculaba a este.

Crece y se generaliza la violencia

La violencia anterior, de fines de los años sesenta y comienzos de los años setenta, había sido una herramienta del pueblo para recuperar sus libertades. En el combate contra la dictadura, había llegado a generalizarse.

Con todo el dolor que conlleva cualquier violencia, aquella estaba avalada por ser la respuesta a la violencia institucional de gobiernos usurpadores de los derechos ciudadanos. Pues era la continuación de la lucha que el peronismo, como principal expresión popular, venía desplegando desde 1955 cuando fuera desalojado por la fuerza del gobierno para el que había sido legítimamente electo.

Esta violencia de fines de 1974 era bien distinta, la ejercían grupos y organizaciones diferentes. Desde la cercanías del poder, a través de la

Triple A, para consolidar algunas políticas del gobierno y acallar, mediante el terror, a la oposición. Con objetivos semejantes, al servicio de los mismos intereses y los mismos patrones externos, fundamentalmente desde Córdoba, el «Comando Libertadores de América» había reunido a personal militar y del nacionalismo ultramontano, en guerra contra lo que denominaban la «izquierda apátrida».

Como expresión propia, dentro del enfrentamiento interno del peronismo, confrontábamos con grupos armados vinculados a sectores sindicales; también con la Concentración Nacional Universitaria (CNU) y el CdeO (Comando de Organización). Por su parte y desde la izquierda, el ERP mantenía su guerra propia y específica «hasta alcanzar el poder», según expresaban. Otros grupos menores sumaban su aporte a esta generalización de la violencia.

El horror y el dolor de la muerte se habían integrado al paisaje cotidiano. En medio de las razones ideológicas y políticas, una verdadera «Ley del Talión» incentivaría y multiplicaría este despiadado ascenso a los extremos.

El diario *La Opinión*, dirigido por Jacobo Timerman, publicitaría este desenfreno diciendo que durante la semana del 11 al 18 de marzo de 1976, como consecuencia de la violencia política, cada cinco horas se producía una muerte. Todas ellas pertenecían a hogares argentinos. La mayoría eran jóvenes que formaban parte de la «Generación del 66». La mayor parte de la prensa, en esos días, era francamente golpista. El propio Timerman pone en circulación —a partir del 16 de marzo y por unos pocos meses— otro diario, *La Tarde*, favorable a los militares, a cuyo frente coloca a su hijo Héctor que contaba con solo 22 años de edad. No obstante esta maniobra, al diario *La Opinión* lo expropiarían al año siguiente y Timerman sería secuestrado. Se lo acusaba de vínculos con Montoneros por su cercana relación con David Graiver. Ante las presiones del gobierno de Israel, la Suprema Corte de Justicia ordenaría su libertad el 17 de septiembre de 1979, el mismo día que fueron emboscados y asesinados Armando Croatto, montonero, dirigente sindical y ex diputado nacional, junto a Horacio Mendizábal, miembro de la Conducción Nacional Montonera.

Sobre ese trasfondo resultaban eficaces las «listas» con amenazas que, firmadas por la Triple A, empujaron al exilio a un número importante de artistas e intelectuales. Rodolfo Puiggrós, Nacha Guevara, Horacio Guarany, Héctor Alterio, Tomás Eloy Martínez, Luis Brandoni, Osvaldo Granados, Alfredo Alcón, son solo algunos de los nombres que contenían esas lamentables «listas».

La nueva resistencia: las «Coordinadoras Sindicales»

Los conflictos sindicales también crecían vigorosamente. El «Pacto Social» concertado entre la CGT y las organizaciones empresarias cedía ante la degradación de la situación. Protestas sindicales, huelgas, paros y sabotajes se multiplicaban. La violencia paraestatal se cobraba vidas entre los jóvenes delegados y activistas sindicales.

Es bastante común escuchar que esa violencia era una mera respuesta a la acción de las organizaciones político-militares o a la lucha interna dentro del peronismo. Hay que evitar caer en la fácil tentación de pensar de esa manera, que es la forma en que el sistema nos presenta aquella situación. Buena parte de esta violencia tenía por exclusivo destino paralizar la lucha de los trabajadores, que querían seguir avanzando. Era la cara represiva de la política económica que se estaba aplicando y del futuro que comenzaban a construir.

En muchos casos, la acción de la Triple A y, más tarde, la acción de la represión institucional, parecía ser una expresión más de las «políticas de personal» de muchas de las grandes empresas. En la complicidad entre muchos directivos de este poder económico y la represión está la razón de innumerables operaciones militares nuestras contra ejecutivos de esas patronales. Ellos no eran ajenos, ni mucho menos, a la violencia general que se desplegaba en la sociedad. La violencia no solo era un medio utilizado para dirimir los conflictos políticos, también tuvo un importante despliegue en medio de los conflictos obrero-patronales.

Por nuestra parte, un aspecto importante de las acciones armadas estaba destinado al apoyo a los conflictos sindicales. Ese método había permitido, en situaciones concretas, cambiar la correlación de fuerzas, doblegando en varios conflictos a la alianza entre la patronal y el Estado. Por momentos, creíamos haber encontrado la «llave» para construir un nuevo tipo de poder.

En Montoneros habíamos definido como prioritario construir una fuerza sindical en los asentamientos fabriles de la ciudad de Córdoba, del Gran Buenos Aires y, muy particularmente, en la zona ribereña que va desde San Lorenzo (al norte de Rosario) hasta La Plata, donde estaba asentada la mayor parte de la actividad industrial de nuestro país. Ese sería el eje sobre el cual habíamos decidido que la organización centraría el aspecto principal de toda su construcción de poder.

Los compañeros identificados con la JTP habían logrado consolidar posiciones importantes en varias plantas (metalúrgicas, textiles, astilleros navales, ceramistas) de primera línea. Se observaba el desarrollo de una tendencia gremial opuesta a las conducciones tradicionales, que iba tomando un peso creciente. Ello se manifestaba

en la alianza encabezada por la JTP, que comenzaba a vislumbrarse como una posibilidad real de disputar el control de distintos sindicatos. Esto era particularmente notorio en los sectores de servicios en general y en las plantas industriales más grandes y más modernas.

Durante 1975, acompañando a las políticas generales de construir el peronismo auténtico, se resolvería constituir una nueva forma de agrupamiento sindical: abandonando la política de la JTP, se crearía el Bloque Sindical del Peronismo Auténtico. El cambio no dejaría de ser formal aunque la aspiración fuera construir un agrupamiento más amplio y representativo del conjunto de sectores disconformes con la conducción sindical de las 62 Organizaciones.

Simultáneamente, por fuera de las conducciones centrales de los tradicionales aparatos sindicales y muchas veces en contra de estos, se construiría una importante organización sindical. Se trataba de la Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha, cuyas diferentes estructuras eran comúnmente denominadas Coordinadoras Sindicales. Con variados matices, agrupaban a cuerpos de delegados, sindicatos de base, comisiones internas y, en algunos casos, también participaron las agrupaciones sindicales. Actuaban organizadas por zonas (Norte, Sur y Oeste), sobre la base de mecanismos ampliamente participativos. Estas Coordinadoras Sindicales fueron el intento más serio por poner en marcha una política defensiva que contuviera la destrucción de los derechos de los trabajadores y evitara la definitiva burla a la voluntad popular, expresada en el voto que había dado origen a ese gobierno.

Los montoneros participamos activamente en la promoción y desarrollo de estas Coordinadoras Sindicales. Lo hicimos a través de todos los medios sindicales con los que podíamos contar y, de hecho, nos transformamos en su fuerza directriz. Fernando Vaca Narvaja era el responsable, por la Regional Buenos Aires, de coordinar y conducir la acción de nuestros compañeros.

Las Coordinadoras Sindicales tuvieron un rol principalísimo durante el desarrollo del «Rodrigazo». Se trató de una movilización del movimiento obrero en contra de Celestino Rodrigo. Este, ni bien asumiera como ministro de Economía el 3 de junio, produjo una importante devaluación que provocó una estampida inflacionaria. En Buenos Aires y Córdoba se produjeron multitudinarias marchas obreras, que arrancaban desde las puertas de las plantas fabriles. La importancia de estas movilizaciones, nuestra incidencia en las mismas y el reconocimiento que tuvimos —como Montoneros— en esta franja de los obreros industriales no fueron debidamente integradas al conjunto de la situación que transitaban los argentinos. Por un lado significó el

momento de auge de los montoneros dentro del movimiento sindical. Por otro lado, una lectura inadecuada de esa circunstancia llevó a conclusiones equivocadas.

La amplia reacción de los obreros industriales de las plantas de mayor concentración frente a la desmovilización de los demás sectores, consolidaría al interior de la organización una lectura que llevó a generalizar esa tendencia.

Producto de la difícil situación estratégica en la que nos encontrábamos, muchas de nuestras prácticas se expresaron ambiguamente. Teníamos mucha influencia en ese movimiento de protesta sindical, promovíamos sus convocatorias y movilizaciones. Pero luego, en más de una oportunidad y ante el temor de actuar como desencadenantes de una violencia mayor sobre el movimiento obrero, tratábamos de evitar los enfrentamientos directos entre los trabajadores movilizados y las fuerzas represivas. Un ejemplo de esto fue la movilización del 3 de julio de 1975, que arrancó desde la Ford en Pacheco. (166) En su marcha sobre la Panamericana la columna se iba engrosando con trabajadores que se sumaban desde diferentes plantas fabriles, conformando una columna que rondaba los quince mil trabajadores. Cuando la policía impidió el ingreso a la Capital, una compañera montonera —Diana Alac— usó todo el prestigio que ella y la organización tenían para pedir y lograr que la marcha no avanzara más, ante el riesgo de una confrontación sangrienta con la policía.

Internamente, en Montoneros y dentro de las Coordinadoras Sindicales, estas decisiones fueron motivo de arduos debates. Al comienzo las conducciones sindicales permanecieron al margen. Cuando la protesta las desbordó definitivamente, cuando ya estaba instalada en la calle y la movilización se había generalizado, las 62 Organizaciones y la CGT se fueron sumando al reclamo. Hacia fines de junio surgiría la convocatoria a una movilización a la Plaza de Mayo. La CGT terminó asumiéndola y se colocó a la cabeza de la misma. En ella se exigieron las renuncias de Celestino Rodrigo, ministro de Economía, y de José López Rega.

Ese fue el día culminante del «Rodrigazo» y la Plaza fue compartida por contingentes obreros convocados por la CGT con una fuerte presencia de las Coordinadoras Sindicales.

El pico de estas movilizaciones duraría unos 45 días, desde aquellos primeros días de junio cuando Celestino Rodrigo anunciara su plan hasta las renuncias de López Rega el 11 de julio y Celestino Rodrigo el 18 del mes siguiente. Ese período, con decenas y decenas de miles de trabajadores movilizados, es lo que se conoce como «Rodrigazo».

Los hechos concretos nos hicieron compartir una jornada de protesta

con la dirigencia sindical con la cual veníamos confrontando. Por un momento, la confluencia de intereses de clase en común se había impuesto a la insensatez compartida de una lucha desarrollada con metodologías inconducentes. Los principales cánticos revelaban esa simbiosis:

¡Isabel, presente, el pueblo está caliente!
¡Rodrigo, boludo, buscate otro laburo!
¡López Rega y las tres A, la vergüenza nacional!

De este modo culminaban esas jornadas que llevaron a que López Rega dejara el gobierno y el país, partiendo rumbo a España. Esto ocurría pocas semanas después de que este alcanzara el máximo poder, colocando a un hombre de su confianza, el general Alberto Numa Laplane, en la conducción del Ejército.

Con todo el peso y la importancia positiva del «Rodrigazo» y la separación de López Rega, esos sucesos no alcanzaron a descomprimir la tensión existente ni siquiera a controlar la violencia paraestatal.

Los grandes sindicatos y la CGT empezaron un sinuoso camino de enfrentamiento y negociación con el gobierno de Isabel, lo que no hacía más que realimentar la galopante inflación. Esta situación se mantendría hasta el mismo golpe de Estado. A partir de la fuerza que había alcanzado la lucha del movimiento obrero, se habían dado las condiciones para replantear la forma en que se ejercía el poder, pero el sindicalismo ortodoxo optó por la más fácil: pedir un aumento del 140 por ciento.

Una mejor comprensión de lo que estaba en juego por parte del movimiento obrero organizado tradicional, posiblemente les hubiera permitido diseñar otras alternativas más eficaces para todos. Juan José Taccone, dirigente de Luz y Fuerza y protagonista importante de aquellos acontecimientos recoge este y otros errores que cometiera el movimiento sindical. Reflexionando sobre estas políticas, dijo que: «Todo esto demuestra la decadencia ideológica en la que el peronismo había caído, no nos vamos a engañar». (167)

Perspectivas electorales y el Partido Peronista Auténtico

No obstante que Montoneros había pasado a la clandestinidad y existían dudas sobre el futuro institucional, tomamos las medidas necesarias para estar en condiciones de participar en una contienda electoral. De acuerdo a lo previsto legalmente, durante 1976 debían realizarse las elecciones para la renovación de autoridades.

Dado que el Partido Justicialista, controlado por el lopezreguismo, no nos dejaba el menor margen de participación, hacia fines de 1974 nos

dimos a la tarea de construir otra alternativa político-electoral. Compartíamos esta inquietud con los gobernadores y funcionarios separados de sus cargos, y algunos dirigentes históricos del peronismo. Naturalmente pensábamos integrar a sectores políticos frentistas que actuaban solidariamente con nosotros. Con ese objetivo, en noviembre de 1974 viajé a México, para conversar con algunos compañeros que ya habían sido forzados al exilio.

Ricardo Obregón Cano y Rodolfo Puiggrós manifestaron su acuerdo general con la idea. Como el propósito era que primero se integraran públicamente los compañeros que estaban en el país, la incorporación de los que estaban afuera quedó supeditada a la evolución de la situación.

El doctor Cámpora se mostró más reticente y manifestó que prefería tomar una decisión luego que pudiera regresar y evaluar sus posibilidades de actuar o no dentro del PJ. Finalmente, no se incorporó al Peronismo Auténtico y al mismo tiempo terminaría expulsado del Partido Justicialista, en abril de 1975.

A comienzos de 1975 se hizo pública la convocatoria a la constitución del Partido Peronista Auténtico (PPA). Después, por exigencias de la Justicia Electoral, su nombre definitivo sería Partido Auténtico (PA). Lo integraban, junto a compañeros de los diferentes frentes de masas conducidos por Montoneros, ex gobernadores como Oscar Bidegain, Alberto Martínez Baca y Jorge Cepernic; ex diputados nacionales como Miguel Zavala Rodríguez; ex dirigentes de la CGT como Andrés Framini, Mario Aguirre y Dante Viel.

Durante todo el año de 1975 trabajamos en su constitución legal. Lo tuvimos que hacer en medio de atentados y amenazas más de una vez cumplidas. Si bien el PA tenía existencia pública y sus dirigentes actuaban legalmente, sus figuras más representativas debían sostener una vida privada de tipo clandestino, para sortear las amenazas de la Triple A. Solo aparecían en las reuniones y actividades públicas que fueran imprescindibles.

Resulta claro que en el aspecto electoral este accionar legal aparecía como contradictorio con la situación general que nos envolvía y la actividad armada que estábamos desarrollando a partir del pase a la clandestinidad.

La prensa fue recogiendo esa situación. En ese sentido, una nota firmada por Fanor Díaz y publicada por el diario *La Opinión*, ilustra sobre lo que estaba pasando:

> El PPA lanzará a la calle, la semana próxima, una propuesta de paz y de diálogo [...]. La propuesta dialoguista es viable: el PPA exige elecciones libres, el cese de las represiones y otros requisitos que están en los planteos de la

> mayoría de los partidos. Con todo, es difícil transitar por ella. Según los informantes, el grupo guerrillero autoproscripto —esa suerte de Dr. Jekyll del PPA— ha levantado bandera de parlamento para enfilar hacia la legalidad. Pero, ¿quién negocia? (168)

La constitución del PA significaba un intento parcial por reconstruir una estructura legal, que serviría a dos objetivos: participar en las elecciones, si se daban; y generar mecanismos legales que sirvieran al reagrupamiento de los militantes. Esta propuesta también contenía nuestras propias contradicciones. Naturalmente, bajo estas condiciones, no fueron sencillas las tareas de afiliación. No obstante ello, el PA llegó a constituirse en 18 distritos, con cerca de 60 mil afiliados.

Es cierto que la formalización de las afiliaciones constituía —y constituyó— un problema de seguridad. Pero no se puede negar que una afiliación masiva tal como se logró, en buena medida reducía la eficacia de la acción represiva.

Los dirigentes que conformaron el PA, encabezados por Oscar Bidegain, serían expulsados del Partido Justicialista. Cuando culminaba el año 1975, el 24 de diciembre, el gobierno proscribió al partido y clausuró al periódico quincenario *El Auténtico*, su vocero oficial.

La única experiencia electoral había sido en las elecciones de Misiones, donde se recogiera el 10% de los votos. Ese resultado tiene distintas lecturas. Por un lado, era una cifra significativa teniendo en cuenta la situación y las condiciones en que se consiguió ese resultado, en elecciones realizadas en una provincia del interior, donde es mayor el peso de los caudillos tradicionales. También hay que tener presente que existía una total identificación entre los montoneros y los «auténticos», que todos los días aparecían noticias que daban cuenta de la caída de compañeros, y que, simultáneamente, se incrementaba nuestro accionar militar. Contando con todos esos elementos se podría pensar que el resultado alcanzado fue muy promisorio.

Personalmente creo que el resultado fue una advertencia, en el sentido de que no teníamos la representación real que suponíamos. Creo que nosotros no distinguíamos adecuadamente entre la capacidad de movilización, representatividad social y fuerza electoral. En el aspecto movilizador éramos mayoritarios, eso también quedó corroborado en las elecciones misioneras.

Desde el punto de vista social la situación era muy variable según el lugar y sector del que se tratara. Pero en las respuestas electorales, en esos momentos nuestra situación era mucho más débil. Estas diferentes ideas no se sintetizaron y quedaría como saldo que el resultado alcanzado, por debajo del previsto, respondía a cuestiones coyunturales y a errores de campaña.

En noviembre de 1975, el PA junto con el Bloque Sindical del Peronismo Auténtico, la Agrupación Evita y la JP formaron el Movimiento Peronista Auténtico. De esa manera pretendíamos construir un movimiento peronista alternativo al oficial que, después de la muerte de Perón, cuestionaríamos abiertamente. El Partido Auténtico fue proscripto. Ese hecho no nos quitó la voluntad de buscar la forma de preservar ese espacio legal y mantener un instrumento para participar en las eventuales elecciones, primero convocadas para el 17 de octubre de 1976, luego corridas al 12 de diciembre, y que jamás llegarían a realizarse.

Convencidos de que no había margen legal ni condiciones de seguridad para constituir una fuerza que estuviera encabezada por los dirigentes peronistas ya conocidos, nos pusimos a la tarea de ofrecer una respuesta distinta. Intentamos hacerlo desde una fuerza encabezada por dirigentes de otros partidos, con los que teníamos acuerdos políticos.

En el camino de construir esa perspectiva frentista con una orientación de «centro-izquierda», preparamos el semanario *Informaciones,* dirigido por Holver Martínez Borelli, poeta, dirigente de la Democracia Cristiana y ex rector de la Universidad Nacional de Salta. Tiempo después se incorporaría al Movimiento Peronista Montonero y moriría en el exilio. La distribución del primer ejemplar de *Informaciones* no se pudo completar. Los tanques y el desplazamiento de tropas dificultaron el tránsito callejero: era la madrugada del 24 de marzo de 1976.

La teoría del «fruto maduro»

El deterioro de la situación institucional era evidente. En el seno de las Fuerzas Armadas se había consolidado una posición favorable al golpe para derrocar a Isabel. La asunción de Videla como comandante del Ejército el 27 de agosto de 1975 fue el punto de definición. Todos los pasos posteriores dan la sensación de que sería desde allí que trabajó en la preparación del golpe. Una serie de viajes al exterior que incluyen su presencia en West Point,* evidencian la construcción de las alianzas y acuerdos necesarios para el paso que ya habían decidido institucionalmente.

Hay otro pensamiento de Videla que explica las características que tendría la represión desatada y las razones del drama colectivo que nos envolviera por varios años. Sostenía Videla que «un terrorista no es solo el portador de una bomba o una pistola, sino también el que difunde ideas contrarias a la civilización occidental y cristiana». (169) Era

evidente que las Fuerzas Armadas volvían a ser instrumento de la Doctrina de Seguridad Nacional. Los que venían trabajando para profundizar los antagonismos internos estaban triunfando.

¡Qué distancia entre estas palabras de Videla y las pronunciadas, dos años antes, por el general Carcagno en la reunión de Caracas! Aquellos esfuerzos para evitar que las fuerzas armadas volvieran a actuar como brazo armado del poder imperial se habían diluido. De aquel «Operativo Dorrego» conjunto con el Ejército, ya nada quedaba. Para ese octubre de 1975 nosotros ocupábamos militarmente un regimiento en Formosa.

Peronismo Auténtico, el boletín informativo de la corriente política que estábamos construyendo, en su versión internacional impresa en México y dirigida por Julio Suárez, hizo el siguiente informe sobre el «Combate de Formosa»:

> El domingo 5 de octubre, y por primera vez desde que el peronismo llegara el 25 de mayo de 1973 nuevamente al gobierno, la organización Montoneros, procedió a atacar una unidad del Ejército del sistema. Vestidos con uniformes de color azul —pantalón, sacón y gorra— 13 grupos de combate montoneros procedieron a asaltar el Regimiento 29 de Infantería de Monte de la ciudad de Formosa, 1400 kilómetros al norte de Buenos Aires y cerca de la frontera con Paraguay. Al mismo tiempo, las unidades montoneras procedieron a copar el aeropuerto de la ciudad y controlar un avión Boeing 737 de la empresa estatal Aerolíneas Argentinas. A bordo de esa aeronave, emprendieron la retirada, para aterrizar en un campo acondicionado como pista de aterrizaje por otros efectivos de la organización, en zonas de la ciudad de Rafaela, en la provincia de Santa Fe, 700 kilómetros al sur de Formosa. El comunicado oficial de Montoneros sostiene que «se llevó a cabo la acción más importante realizada en el país para lograr su definitiva liberación nacional y social». La operación de copamiento de una unidad especializada en la lucha antiguerrillera —compuesta por 1200 hombres— fue realizada «a los efectos de recuperar armamentos y mejorar el pertrechamiento del ejército popular». El comunicado señala que el retén del regimiento fue reducido, así como fueron ocupados el casino de suboficiales y los acantonamientos de cuatro compañías que componen la unidad. El mismo objetivo no pudo ser cumplido con la guardia del regimiento 29, de la cual «lograron escapar un conjunto de efectivos militares que armaron una base de fuego». El comunicado Montonero señala que «a raíz de ese hecho se adelantó la retirada», lográndose concretar parcialmente el objetivo de recuperación, apropiándose la organización de 50 fusiles automáticos. «Perdimos 11 compañeros, entre muertos y heridos, siendo estos últimos asesinados por el ejército del régimen» [La información oficial intentó aumentar las bajas a 28 montoneros]. Por otra parte, el parte revolucionario señaló que las bajas del ejército, entre muertos y heridos alcanzan a 40 [El Ejército solo informó de la muerte de 11 de sus efectivos]. El comunicado precisa también que «con esta acción, Montoneros comienza a desarrollar un ejército regular que, junto al conjunto del accionar

> militar y paramilitar que ya se ha efectuado y que se seguirá haciendo, perfilan ya claramente las bases de un ejército que, nutriéndose en el pueblo, se irá desarrollando progresivamente como una de las fuerzas decisivas que permitirán la toma del poder por el pueblo en la Argentina». La acción de Montoneros toca por primera vez al Ejército, desde hace dos años. Ya lo había hecho en agosto pasado con la Marina, al hundir la fragata lanzamisiles «Santísima Trinidad» y con la Fuerza Aérea al volar un transporte Hércules C-130. «No hay un solo punto del país, incluidos los cuarteles más protegidos —afirman los montoneros— donde los militares de la reacción al servicio de la oligarquía y el imperialismo puedan sentirse seguros». (170)

Esa era la visión desde la cual en aquellos momentos analizamos políticamente ese hecho. Lo cierto es que a partir de ese acontecimiento se abriría un abismo entre Montoneros y el Ejército.

Nuestro ataque al Regimiento de Formosa, sería —en la opinión de Gillespie— la «operación mejor elaborada y realizada de la lucha guerrillera argentina». (171) Pero tal perfección operativa carecía de un objetivo político específico inmediato más allá de la recuperación de armamento, en camino de la construcción del Ejército Montonero. Fue una demostración de fuerza que manifestaba nuestra progresiva militarización.

Obviamente, las simpatías con las que podríamos haber contado dentro del Ejército desaparecieron, y los viejos contactos y amigos se esfumaron.

En esos meses, la Conducción Nacional de Montoneros funcionaría en la ciudad de Córdoba. Allí residí, juntamente con Firmenich y Quieto, la mayor parte del año 1975. Optamos por ese lugar por las características de su medio social, profundamente adverso al gobierno nacional. Ese fue, probablemente, el período donde se produjo la convivencia más profunda entre los que integrábamos la Conducción Nacional. Si bien vivíamos en lugares separados, compartíamos todo el resto del día. Firmenich y yo vivíamos con nuestras respectivas familias. Con mi familia habitaba en una modesta vivienda junto con otra compañera y sus dos hijos. Su esposo preso sería fusilado simulando un intento de fuga. Dado el avance represivo nos sujetábamos a estrictas normas de seguridad y, como nuestra presencia no debía ser conocida en Córdoba, limitábamos al máximo nuestros desplazamientos. Compartir el tiempo libre con nuestros pequeños hijos constituía la recompensa a las tensiones cotidianas.

Prácticamente todas las semanas viajaba a Buenos Aires para las reuniones con los responsables nacionales de las distintas agrupaciones. Dado que varios funcionarios y dirigentes que aunque no supieran mi identidad me conocían personalmente y eran asiduos ocupantes del transporte aéreo, procuraba evitar ese medio y casi siempre viajaba en

ómnibus.

La situación de Quieto era, en lo personal, más complicada. Su esposa no estaba totalmente integrada a la vida clandestina. Eso hizo que viviera en Córdoba con otra pareja de compañeros y solo esporádicamente pudiera establecer un vínculo más estrecho con su familia. Eso, tiempo después, tendría mucho que ver con su caída. Como esa, hubo otras tensiones a las que estaba sometida la vida militante durante aquel período. Todo se agravó después del golpe.

No era extraño que cada uno de nosotros se mudara de casa cada dos o tres meses o que, en el ínterin, reiteradamente durmiera en distintos lugares. Estos no eran caprichos, veleidades o manías persecutorias, sino que para nosotros era algo así como las exigencias básicas para conservar vida y libertad. Después, la fortuna, la casualidad, las características personales, el «olfato de supervivencia», marcarían esa pequeña diferencia entre la vida y la muerte.

En ese tiempo nuestra militancia transcurría presionada por una dificultad cotidiana que brotaba de la constante fragilidad que significaba el hecho de estar permanentemente jugados al todo o nada. Esto tensaba la vida de los compañeros, de cada uno de nosotros, al límite de las resistencias psicológicas y morales. Muchas veces el comportamiento requerido era extremadamente duro. Pero esos eran los valores con los que habíamos construido la organización.

Junto con la llegada del verano de 1975 comenzaron a mostrarse los efectos de la estrategia del «fruto maduro» que venían sosteniendo las Fuerzas Armadas. En función de ella habían apostado a la descomposición del gobierno de Isabel, de modo que la opinión pública no pusiera resistencia a su desplazamiento. Esta idea comenzaría a elaborarse desde el mismo momento en que muriera el general Perón —o quizás algunos meses antes—, y se la habría definido como «inevitable» a partir de la asunción de Videla como Comandante del Ejército. Por eso no extrañó que, a fines de 1975, se hiciera un aviso formal del próximo golpe. Fue el levantamiento militar de la Aeronáutica, encabezado por el brigadier Jesús Orlando Capellini. Fracasó, pero le serviría a Videla para ponerle plazo fijo al gobierno débil e incapaz de controlar la situación, pero legítimo y constitucional, como lo era el de Isabel.

En las vísperas de esa Navidad, Videla le daría al gobierno noventa días para que pacificara el país. Objetivo incumplible en esas condiciones. En la Nochebuena de ese año, el discurso de Videla desde Tucumán fue interpretado como una manifestación del «ultimátum» reservado que le habría hecho llegar al gobierno de Isabel. Los principales actores de los hechos cotidianos: el gobierno, el

empresariado, el sindicalismo, nosotros, la oposición y el ERP, estábamos metidos en una dinámica de la que era muy difícil sustraerse. Esa dinámica no suponía *per se* que cada uno de estos actores quisiera el golpe, más allá que algún sector viera en el mismo alguna ventaja, sino más bien la imposibilidad de salir de tal situación.

Cada sector sentía que abandonar la orientación en la que estaba empeñado era regalar espacio a los demás. Esa miopía del conjunto favoreció las aspiraciones militares. Efectivamente, cuando el calendario indicaba el cumplimiento del plazo previsto, se produjo el golpe que cambió la historia de los argentinos. Y empezaría la gran tragedia nacional.

Nosotros y el golpe de Estado

Es muy común el comentario acerca de la responsabilidad montonera en el golpe de Estado. Vayamos a la verdad histórica, al menos como la viví desde el lugar que tenía en la conducción de la organización.

No caben dudas de que, por nuestra parte, fuimos ahondando aquellas tendencias que habían derivado en el error de pasar a la clandestinidad. De todas maneras, es bueno reafirmar que nunca fue una posición oficial, ni siquiera mayoritaria de Montoneros la promoción o búsqueda del golpe de Estado. Es cierto que hubo un período en el que la Regional Buenos Aires y otros sectores de menor incidencia consideraban o entendieron que un golpe de Estado podría favorecernos, ciertamente las contradicciones en las cuales nos desenvolvíamos eran grandes: nosotros clandestinos de un gobierno a cuyo triunfo habíamos contribuido; ese mismo gobierno persiguiéndonos legalmente; un aparato paraestatal, fuertemente vinculado a ese Estado, masacrando a nuestros militantes. Esos compañeros argumentaban que un golpe pondría fin a esa ambigüedad y nosotros estaríamos en condiciones de resistir con mayor legitimidad. Según esa caracterización, que conceptualmente la mayoría no compartió, el golpe ayudaría a «aclarar los tantos», haría más sencilla nuestra resistencia y facilitaría las condiciones para que pudiéramos avanzar en la representación del conjunto del peronismo.

Ese conjunto de ideas fueron explícitamente rechazadas por el Consejo Nacional. Hacerlo demandó un largo debate nacional. Según la costumbre que teníamos, cuando una cuestión puesta a discusión no alcanzaba su síntesis en la reunión del Consejo Nacional, los compañeros llevaban las diversas posiciones a las estructuras que cada miembro del Consejo expresaba. Allí se volvía a debatir el tema. En la siguiente reunión del Consejo Nacional, se procuraba la síntesis

inacabada en su primera presentación.

Así fue como se procedió en este caso. El resultado final del debate fue rotundo en el sentido de que el golpe que se vislumbraba no era parte de nuestra estrategia ni nos convenía. No recuerdo las fechas, pero ese debate tiene que haberse producido entre septiembre y noviembre de 1975.

De todas maneras muchas prácticas que veníamos desarrollando expresaban tendencias que apuntalaban aquella idea de que el golpe podía convenirnos y es probable que la íntima convicción de buena parte de nuestra militancia acordara con la misma. De hecho lo militar se había ido imponiendo a lo político en el seno mismo de nuestra organización, lo que se manifestó no solo en la progresiva desjerarquización de la construcción de los frentes políticos sino que también se expresó en la militarización de las agrupaciones.

Las distintas «miliciadas» que realizamos descansaron básicamente sobre la militancia de las agrupaciones. En ellas, decenas, en algunos casos, centenares de militantes de nuestras agrupaciones políticas se concentraban en una zona, ejerciendo una puntual saturación territorial que permitía realizar acciones de propaganda y demostrar la capacidad para desarticular el funcionamiento de áreas importantes y la incapacidad represiva para impedirlo, por la simultaneidad de los hechos y acciones. Fueron particularmente importantes dos de ellas, que contaron con la participación de centenares de compañeros. Una en el barrio de Belgrano, con epicentro en Cabildo y Juramento. La otra en la zona sur del Gran Buenos Aires.

Otra muestra del mismo fenómeno fue el desaliento que iría cundiendo en la construcción y organización de la alternativa electoral, lo que se hizo más ostensible a partir de la proscripción del PA en diciembre de 1975.

La necesidad de evitar los golpes represivos o los ataques de la Triple A fue llevando a una creciente «clandestinización» del funcionamiento cotidiano, que contribuía a dificultar la militancia de los compañeros que mantenían actividad legal.

Todo lo dicho empujaba al crecimiento del aparato y a su progresivo aislamiento respecto de la situación general, las demandas y evaluación real de las expectativas de las personas comunes. Así se iría consolidando una concepción que llevaría a confundir nuestro aparato con la realidad. Se comenzó a responder cada día más de acuerdo a nuestras propias exigencias de clandestinidad y necesidades internas que a los requerimientos que nos demandaba la realidad externa. Lentamente nos fuimos distanciando y perdiendo los lazos de comunicación con los problemas cotidianos.

Se puede decir que, durante ese tiempo, se consolidó una lamentable y paradójica relación: la del desarrollo directamente proporcional entre la actividad del aparato y el aislamiento político. La consecuencia fue quedar inmersos en el mismo error que con tanto acierto habíamos combatido entre 1971 y 1973: el *aparatismo* y el *vanguardismo*.

Como consecuencia de ello, en lugar de potenciar y fortalecer las formas de lucha y organización que el pueblo iba adoptando, caímos en el mismo error de las tradicionales «vanguardias» de la izquierda. De hecho, quisimos suplantar, con la voluntad y organización propias, la decisión, aspiraciones y posibilidades del pueblo.

Esto es lo que en nuestra jerga interna calificamos como *aparatismo*, y que se constituiría en uno de nuestros principales males. En medio de la situación existente era muy difícil visualizar este problema y más difícil aún superarlo. Cada militante tenía una gran dependencia de ese aparato. A través del «aparato» se hacía factible su participación en las decisiones; muchas veces era el principal vínculo con la realidad externa; muchas otras fue sustento de la esperanza. Para muchos militantes, en esos momentos tan particulares, fuera del aparato estaba el vacío.

Este *aparatismo* venía combinado con otros elementos que también contribuyeron a fortalecer el aislamiento respecto al común. Uno de ellos fue que la legítima reivindicación de los trabajadores y el espíritu de clase que debía expresar, iría derivando en un exacerbado ideologismo que terminó fortaleciendo el señalado aislamiento. Esto se expresó de modo particular con respecto a los sectores de menor nivel de conciencia, los sectores medios, los militantes territoriales. No dimos debida cuenta de que allí abrevaba el comportamiento cultural, el sistema de valores de gran parte de la sociedad. Lo cierto es que no pudimos encontrar el punto exacto entre las necesarias respuestas político-ideológicas y esa realidad. Allí está, como veremos después, una de las claves del posterior debate con Rodolfo Walsh.

Veamos cuál era la raíz de esta problemática.

Desde siempre Perón había definido a los trabajadores como la «columna vertebral» del movimiento. A partir de esa idea sostuvimos que como «columna vertebral» habían tenido que cargar con el mayor peso de la resistencia, el sacrificio y la lucha, y que había llegado la hora que el movimiento obrero fuera la «cabeza» del movimiento. Esta idea, más allá de su fundamentación teórica, se basaba en una lectura de la dinámica social de ese momento.

Franjas importantes de los obreros, particularmente aquellos que trabajaban en las grandes plantas industriales, se movilizaban vigorosamente. Eso ocurría en momentos en que, frente a la presión de

la situación económica —con su inflación galopante— y de la represión estatal y paraestatal, buena parte del resto de los sectores populares estaba dando un paso al costado. Los conflictos de Villa Constitución y de los azucareros en Tucumán, el «Rodrigazo», las marchas obreras en Córdoba, eran datos reales de la vida sindical y política. Nuestro protagonismo en esos hechos era verificable. A pesar de todo lo que hoy se pueda decir y pensar, esas expresiones de la realidad sindical no fueron fantasías nuestras. Sesenta y un días duraría el conflicto de Villa Constitución. Abarcó a siete mil obreros de las plantas metalúrgicas de Acindar, Marathón, Metcon y Villber. Contó con la adhesión de todo el pueblo de Villa Constitución, también de los pueblos vecinos y la solidaridad de cientos de miles de trabajadores del resto del país. Ese conflicto se constituyó en un tubo de ensayo de lo que ocurriría en gran escala un año más tarde. No es casual que José Alfredo Martínez de Hoz, artífice de la política económica seguida en el país después del golpe del 24 de marzo de 1976, fuera presidente del Directorio de Acindar, principal empresa involucrada en este conflicto. Ese mismo cargo lo ocuparía, cuando este se hiciera cargo del Ministerio de Economía, el general Alcides López Aufranc. Nombre sobre el que volveremos más adelante.

Martínez de Hoz sabía que era mucho lo que allí estaba en juego y mucho más aún en vista de los planes que ya estaba imaginando o elaborando con la cúpula militar. Esa debe ser la razón por la cual, en ese conflicto en particular, no funcionó la fórmula de acompañar la lucha obrera con nuestra actividad militar sobre la patronal. Martínez de Hoz encabezó la posición intransigente que cerró todas las vías de negociación.

Por aquel entonces caracterizamos esas oleadas de conflicto y sus respectivas represiones de esta manera:

> Para el gobierno, el accionar desplegado aquí, se inscribe dentro de una tarea que le es específica y estratégica: asegurar el avance proimperialista contra todo lo que no sea aliado del imperialismo; evitar el desarrollo de fuerzas revolucionarias por todos los medios. Esto se ve con claridad en una serie de hechos: desmantelamiento de SMATA y Luz y Fuerza en Córdoba, la represión a los trabajadores del Ingenio Ledesma, la detención de los dirigentes de las Ligas Agrarias del Chaco. (172)

Por eso no sería casual que, a los pocos días de iniciado el conflicto, el gobierno denunciara que se había descubierto un complot subversivo destinado a paralizar la industria siderúrgica nacional. Tal complot nunca existió, pero detrás de esa denuncia la ciudad de Villa Constitución sería copada por cincuenta patrulleros, carros de asalto y coches civiles de la Policía Federal.

Ricardo Balbín, lejos de anteriores posiciones contemporizadoras —en ese momento asumidas por Alfonsín— que nos habían impulsado a pensar en su vicepresidencia, planteó que «la guerrilla está en las fábricas». (173) Con ello no solo le daría «letra» a Álvaro Alsogaray, quien pocos días después agregó con su estilo efectista «hay soviets en las fábricas», (174) sino que permitiría acuñar la frase «guerrilla industrial», término que luego sería utilizado frecuentemente por la dictadura, para justificar la represión.

Los sucesos que en ese momento se vivieron fueron un inicio de lo que luego se generalizaría.

> Practicaron detenciones masivas y torturas en nombre de la ley; los «civiles» concurrieron a la metodología AAA: en caravanas de cuatro automóviles, las caras tapadas con pañuelos y exhibiendo armas largas, circulaban por la ciudad y se metían en los barrios para atacar a los compañeros. Por primera vez, Villa [Constitución] conoció de cerca, asesinato y atentados. (175)

Villa Constitución fue una muestra de las posiciones de esta franja de trabajadores que eran tan duras contra el gobierno como contra las conducciones centralizadas de sus gremios. En general avalaban y reivindicaban nuestra política y nuestro accionar militar vinculado a los conflictos gremiales. Por eso no resulta llamativo el caso del «Rulo», Jorge Martini, cuando después de abandonar su trabajo en la Fiat de Córdoba para eludir la acción represiva pasando a la clandestinidad, se apareció en la planta —en medio de un conflicto—, saludó a sus viejos compañeros y recibiera como respuesta el aplauso y la solidaridad unánime de todos ellos. Esa confluencia práctica daba sustento a nuestra tesis sobre el rol directriz que debía tener el movimiento obrero dentro del movimiento peronista y la sociedad. Y para nosotros, en ese momento, contar con el aval de esas franjas de trabajadores era la confirmación de la corrección de nuestras políticas.

Avanzamos en el desarrollo de esa idea sin ver que la práctica en la que se apoyaba era protagonizada por un sector importante, por su rol en la producción industrial, pero muy pequeño tomando a la sociedad en su conjunto.

La autosuficiencia económica

Todo lo hecho requería de un sustento material, de recursos, para sostenerse. La operación militar vinculada a los hermanos Juan y Jorge Born, daría la respuesta necesaria. Su culminación se tradujo en el cumplimiento de un conjunto de condiciones que la firma Bunge & Born debió satisfacer.

Así fue como tuvieron que hacer lugar a algunas reivindicaciones

laborales que planteaban las Comisiones Internas de distintas empresas que controlaba ese grupo económico. Tuvieron que hacer un reconocimiento público a la memoria de Perón y Evita. Eso se concretó con la entronización de sendos bustos dentro de las instalaciones de un par de plantas fabriles de su propiedad. También tuvieron que realizar un reparto millonario de toneladas de alimentos, ropas y calzado a los sectores más humildes de distintas ciudades del país. Pero lo más impactante y de mayor trascendencia sería el pago del rescate de sesenta millones de dólares y la publicación de solicitadas, explicando el hecho en los principales diarios de distintas ciudades del mundo, entre ellos *Le Monde* y *New York Times*.

Más allá de las posteriores fantasías creadas sobre el «oro montonero» y su valor y utilización, hoy es importante tratar de esclarecer el sentido con el que fueron utilizados esos recursos. El primero y esencial fue que sirvieron para financiar nuestra política.

Es obvio y universal que toda actividad política es costosa, aunque trasciendan muy pocos detalles sobre los mecanismos que se utilizan para llegar esos recursos. Tradicionalmente los sectores económicos más poderosos financian políticas para luego recuperar con creces la inversión.

En nuestro país la Resistencia Peronista había roto con esa tradición: el sindicalismo peronista sustentaría, por largos años, buena parte de su poder en su capacidad económica para promover, sostener y desarrollar las políticas que le interesaban. Está lejos de mi ánimo cuestionar ese hecho.

En otras partes de este testimonio me he extendido en las críticas y diferencias que teníamos con buena parte de la dirigencia del sindicalismo tradicional u ortodoxo. Sobre este tema, creo que la posibilidad que el sindicalismo pudiera disputar el poder político con sus propios recursos fue un hecho positivo, que contribuyó a mantener viva la resistencia y a democratizar la vida política.

Con todos los errores que cometieron, seguramente esos recursos estaban, en relación, más cerca de defender los intereses populares que los fondos volcados a la actividad política por los grandes grupos monopólicos. Esta es una de las claves para entender por qué los grupos económicos concentrados, más allá de los acuerdos y negociaciones, siempre procuraron restringir la capacidad económica de los sindicatos, cuestión que se traducía, además, en capacidad política. Visto según sus propias leyes, esa era una forma de limitar la influencia de un competidor en la construcción del poder del Estado.

Lejos de la simulación que suele rodear este tema, siempre pensamos que la autosuficiencia económica debía ser el sustento de la autonomía

e independencia de la política que queríamos desarrollar. Un principio de nuestra acción era que no se podía aspirar a más poder que aquel que militarmente se pudiera defender y económicamente sostener. Los fondos recaudados con la operación sobre Bunge & Born y otras semejantes, apuntaban a este objetivo.

La aspiración de Montoneros de construir un nuevo poder político, acompañando esa aspiración con autosuficiencia económica, era también una práctica nueva en la política argentina. La diferencia respecto de las demás fuerzas políticas es que el origen de nuestros fondos siempre fue conocido, y también lo fue la forma de acceder a los mismos. Esa práctica, irrepetible en otras condiciones, no formaba parte de la hipocresía casi generalizada que miraba y aún mira para un costado cuando se formula la pregunta sobre el origen de los fondos para la acción política. Nadie podrá decir que los montoneros fuimos condicionados por el dinero de nadie ni tuvimos corrupción. Otros no podrían afirmar lo mismo.

El dinero proveniente del poder económico financiando actividades política y sus lamentables efectos viene de lejos, y no está erradicado.

El histórico Informe Rodríguez Conde publicado en 1944, que contiene la conclusiones de una comisión presidida por Matías Rodríguez Conde e integrada por el ingeniero Jorge Sábato y el doctor Juan Pablo Oliver, refiere los negociados realizados en la concesión de los servicios públicos de electricidad; de allí trascribimos:

> Dice Félix Luna: «Cuando se edificó la Casa Radical [se refiere al edificio de la calle Tucumán 1660], también hubo donaciones de origen desconocido, pero fácilmente presumible. No se conoce el nombre de los donantes de la mayor parte del dinero que sufragó la construcción y amoblamiento del edificio» [...]. La conclusión de Luna es terminante: «Esta fue la contribución material de la CHADE y otras entidades monopólicas para el radicalismo de esos años. Y la contribución que no se puede contabilizar fue el tremendo desprestigio, el aura de corrupción y de sometimiento que rodeó al partido a consecuencia de esos contactos». (176)

Esta es una de las tantas crónicas de hipocresía de la vida política argentina.

Tengo confianza que el tiempo y la historia, desmintiendo mucho de lo que suele decirse, permitirán que aflore la verdad y se pueda establecer fehacientemente la certidumbre que los recursos montoneros siempre estuvieron al servicio, equivocado o no, de la causa revolucionaria.

Han existido distintos modos fantasiosos de tratar este tema, pero uno de los más absurdos por estar plagado de inexactitudes y mentiras es el empleado por el politólogo mexicano Jorge Castañeda quien dice:

> La saga de los dineros y de los revolucionarios argentinos que recorrieron el continente entero, dejando tras ellos una estela de conspiración y de intriga, es por lo tanto un buen punto de partida para cualquier mapa de la izquierda latinoamericana. (177)

Con una serie de «informaciones» carentes de toda veracidad pretende demostrar el destino, disputas y utilización de los fondos. Más allá de la natural dificultad para demostrar lo que no es, como transferencias de fondos que solo él imagina, respecto de reuniones en La Habana con la dirección sandinista y funcionarios cubanos —en las que me incluye—, afirmo que nunca asistí.

Sin embargo hay otras circunstancias a las que hace referencia este «investigador» acerca de las cuales sí existen pruebas irrefutables para desmentirlas. Así, por ejemplo, manifiesta —identificándose con denuncias formuladas por la dictadura militar— que nos negábamos a entregar fondos a los nicaragüenses para afectarlos a nuestra política de «interrumpir» el Mundial de Fútbol en 1978. Cuando es público y notorio que no fue esa nuestra política. Con un grado aún mayor de irresponsabilidad afirma que Quieto «trató de conciliar a las partes y dividir el dinero entre las facciones interna y externa, pero ya enfermo de cáncer, murió en 1978 en una playa argentina peleando a tiros contra un helicóptero». (178) Es sabido que Quieto sería secuestrado en 1975 y que no padecía de cáncer ni murió combatiendo en una playa, sino que fue secuestrado y permanece aún desaparecido.

Si me he detenido en el caso de Castañeda es por la trascendencia y difusión que ha tenido en el continente la obra de este publicista. Su intento de hacer un «mapa de la izquierda latinoamericana» partiendo de los fondos montoneros es tan certero para explicar lo que pasó en el continente suramericano como pretender explicar la Guerra Civil Española a partir de las historias que se tejieron sobre el oro que los republicanos habrían enviado a Moscú.

Desde el punto de vista político, organizativo e ideológico, ese dinero nos permitió sostener una política de resistencia durante muchos años. Aunque también es cierto que pudo haber alimentado tendencias internas como el *aparatismo* y *militarismo*, que el tiempo revelaría como incorrectas.

Desde el momento del golpe hasta la «restauración democrática» a fines de 1983, durante más de siete años mantuvimos una estructura clandestina, con constantes viajes, entradas y salidas de compañeros del país. Eso significó, entre otras cosas, que a lo largo de todo ese período (más de 2.500 días) hubo un promedio aproximado de más de dos compañeros por día que vulneraban la seguridad de las fronteras de la dictadura, ingresando o saliendo clandestinamente. En todos los casos

había que contemplar pasajes y obviamente la documentación del caso y todos los demás aspectos logísticos vinculados a cada uno de estos viajes.

Otros movimientos de liberación latinoamericanos pueden dar testimonio del apoyo recibido. Tal es el caso particular del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua (FSLN). También, en los inicios de la década de 1980, contribuimos a que fuerzas democráticas y populares del Cono Sur latinoamericano pudieran afrontar en mejores condiciones las primeras experiencias electorales luego de los diferentes procesos dictatoriales que vivieron nuestros países. Con el mismo objetivo promovimos y contribuimos a la realización de varios encuentros latinoamericanos (México, San Pablo, La Paz) con fuerzas populares de la región para tratar de avanzar en esos procesos de apertura. En esos encuentros participaban compañeros exiliados y otros que se encontraban dentro de sus respectivos países.

El aprovisionamiento logístico, utilizando el espacio internacional, nos sirvió para mantener la prensa y acciones militares, con los consabidos costos del caso. La necesaria difusión acerca de la situación de violación de derechos que se vivía en el país, eso que la dictadura denominaría «la campaña antiargentina», fue otra de las actividades desplegadas. Además del obvio apoyo a militantes y actividades que dentro del país motorizaban esas actividades.

Las reuniones con las fuerzas políticas del área fueron actividades que eran parte de la práctica cotidiana. De todas formas sé que para algunos subsiste aún la duda acerca del destino final de la totalidad de esa masa de recursos, pero siempre basado en informaciones distorsionadas que, una vez publicadas, y con el paso del tiempo, han tomado *status* de «verdad» y que tienen un origen fácilmente rastreable. De todas maneras entiendo que lo más importante es, desde este punto de vista, la conducta ética de quienes tuvimos algo que ver con esos recursos. En ese sentido, las actividades posteriores y situación personal económica nuestra es la mejor respuesta que cada uno puede ofrecer. Esa es la mejor evidencia, objetiva y creíble frente a todo lo que se ha dicho o se pueda decir. Sobre esta cuestión más que exponer ideas, lo importante es verificar prácticas y conductas.

Las debilidades peronistas ante la ofensiva imperialista

El «hecho maldito del país burgués», como Cooke había definido al peronismo, estaba naufragando en el gobierno. En junio de 1975, en medio del «Rodrigazo», mostraría a cara descubierta fortalezas y debilidades.

Se jugaban cartas importantes y los actores principales tenían que «echar el resto».

Con Perón vivo, todavía había margen para gobernar procurando integrar los extremos de las contradicciones que se desenvolvían en la sociedad. Quienes anhelábamos más justicia social e independencia nacional todavía convivíamos, al compás de los vaivenes de Perón, con aquellos que al servicio de otros intereses pretendían consolidar las injusticias del statu quo y la dependencia.

En ese sentido, aquel Perón que, en medio de la confrontación con nosotros y pocos días antes de su muerte dijera: «No he venido a consolidar la dependencia», exhibió con toda lucidez esa ambigüedad. Ello es particularmente significativo si tenemos en cuenta que eso fue dicho pocas semanas después de lo sucedido en la Plaza de Mayo, el 1° de mayo del mismo año.

La muerte de Perón significó la liquidación de aquella forzada convivencia. Los que pretendían atarnos al carro imperial se sintieron liberados de toda atadura y la Triple A sería la manifestación sanguinaria de esa decisión. Pero hubo otras. Tal vez las más rotundas sean aquellas medidas tomadas por el ministro de Economía, Celestino Rodrigo. Con ellas se pretendía ponernos en sintonía con las demandas provenientes de la hegemonía del capitalismo financiero, que se había impuesto en los países centrales. Allí, en ese mes de junio de 1975, se estaban definiendo las décadas futuras de más de una generación de compatriotas.

Las históricas contradicciones en las que aún hoy se desenvuelve nuestra patria se mostraron en plenitud. Cada uno mostró sus límites y posibilidades.

El peronismo demostró que le sobraba pero no alcanzaba. El sistema de dominación dejó en evidencia, por aquellos días, que cuando quería, podía. Quedó demostrado que al peronismo le sobraba para hacer inviable un capitalismo sobreexplotador, pero no le alcanzaba para conducir un proceso de liberación.

Cuando llegó el momento de las definiciones, sectores del peronismo que estábamos enfrentados —en la práctica y sin acuerdos previos— integramos esfuerzos para defender los intereses de los trabajadores. En efecto, ante las medidas tomadas por el ministro Rodrigo, hubo una reacción generalizada.

Las Coordinadoras Sindicales fueron ganando las calles. El sindicalismo ortodoxo (las 62 Organizaciones), presionado por sus propias bases, decidió enfrentar al gobierno que venía defendiendo. Así se construyó el «Rodrigazo».

El «Rodrigazo» no solo pondría fin a la presencia de López Rega en el

gobierno y el país, sucedería algo aún más significativo: se acabaron las ilusiones del sistema de poder, nacional e internacional, en el sentido de que bastaba con la «camiseta peronista» —del gobierno de Isabel Perón— para contener las demandas de los trabajadores y el pueblo.

El hecho de que los sindicalistas del peronismo ortodoxo no aceptaran pasivamente la degradación de sus derechos terminó por convencer a ese sistema de poder dominante que la situación argentina no tenía remedio. A pesar de ocupar el gobierno, aquel «hecho maldito», volvía a manifestarse.

Era preciso buscar otras soluciones. Argentina era, en la región, el último eslabón para restaurar los intereses imperiales. Tarea que habían iniciado en el mismo año de 1973, en Chile, cuando se verificó el triunfo peronista en nuestro país. El golpe de Estado aparecía como una «necesidad».

Un par de meses después del «Rodrigazo» el conflicto en las acerías de Villa Constitución terminaría por definir el futuro golpista y ponerle fecha.

De todas maneras, en todas estas consideraciones, queda pendiente una pregunta que tiene que ver con los objetivos del imperialismo en esa coyuntura y respecto de nuestras sociedades.

También para ellos, los tiempos estaban cambiando. Estados Unidos se había consolidado como primera potencia mundial al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La industria metalmecánica, que se había desarrollado enormemente con motivo de esa contienda, era el sector sobre el que se apoyaría aquella expansión y acumulación. Ello le serviría para consolidar su poderío en vastas regiones del planeta. Las instalaciones de las fábricas automotrices en Córdoba y sus pertinentes autopartes, en tiempos del desarrollismo, integran ese proceso.

Pero a partir de 1967, con la «Guerra de los Seis Días»,* dicho modelo de acumulación empezaría a manifestar su debilidad. Ese conflicto motivaría un exorbitante crecimiento del valor del petróleo, insumo fundamental para el sector metalmecánico, y esto traería una pérdida de vigor de la economía norteamericana y la influencia del país.

Los países del Tercer Mundo, articulando esfuerzos, llegaban a imponer algunos criterios, incluso mediante el voto en las Naciones Unidas. Simultáneamente, Europa, de la mano del presidente francés Charles de Gaulle, cuestionaba aspectos que hacían a la primacía norteamericana. Uno de los temas era que la Reserva Federal de los Estados Unidos ya no estaba en condiciones de cumplir con los acuerdos de Bretton Woods* en el sentido de que el dólar, reconocido como moneda de cambio mundial, debería tener su respaldo en oro. El 15 de agosto de 1971, el presidente norteamericano Richard Nixon

pondría fin a esa controversia, liberando al dólar del cerrojo del oro y guardando, para su sistema de poder, la facultad de imprimir aquellos «papeles verdes» con los que inundaría a nuestros países. Siguiendo la lógica del capitalismo se trataba de procurar una mayor ganancia para el sector financiero.

A partir de esa medida, la profundización del vínculo entre el sector financiero (que devino en el principal eje de acumulación económica mundial) y el poder militar, daría nuevo giro al capitalismo y al poder norteamericano: su moneda ya no estaría sostenida en el oro acumulado sino en el gigantesco poder militar desplegado por todo el mundo.

Los efectos de esta decisión comenzaron a hacerse sentir. Estados Unidos fue recuperando el poder perdido. Mercados, territorios y políticas volvieron a padecer las necesidades y efectos de esas nuevas formas de predominio. El imperialismo estaba ingresando en un nuevo modelo de acumulación y necesitaba, de la mano del mismo, homogeneizar la situación en su «patio trasero». Ayudado por gobernantes cipayos de diferentes colores políticos se multiplicaría el fenómeno de las impagables «deudas externas» que, por falta de fuerza social y coraje civil, todavía pesan sobre nuestras espaldas.

Allí, de la crisis metalmecánica, nació la primacía del sector financiero y los petrodólares con los que la economía norteamericana absorbería las gigantescas ganancias de los países del Golfo. Con esos instrumentos en la mano, el imperio se puso a la tarea de recuperar el espacio perdido en los tiempos previos, cuando nuestros pueblos aprovecharon esa relativa debilidad imperial. Cuando dichas políticas de recuperación del poder imperial comenzaban a manifestar sus efectos, el movimiento popular de nuestro país recién se acercaba a las posibilidades de gobernar. Ello repercutiría negativamente sobre nuestra situación, impidiendo a los sectores más consecuentes del peronismo, particularmente a nosotros, consolidar una fuerza y organización adecuada. Por el contrario, favoreció la influencia de los sectores más próximos a las políticas entreguistas y antipopulares. Es por ello que, metafóricamente, se puede afirmar que —entre 1972 y 1973— *nosotros llegamos tarde a la cita con la historia*.

Ese sería el marco de los golpes de Estado y cambios de gobierno que se dieron en la región a partir de 1973.

El endeudamiento de nuestras economías fue la principal expresión económica de este nuevo mecanismo de control. Con la denominada «deuda externa» pusieron un cepo a nuestros pueblos. Cepo que, en algunos casos, todavía aprisiona nuestros cuellos.

El control de los aparatos del Estado por la vía de los golpes sería el

mecanismo necesario para garantizar la legislación y los convenios que aseguraran la capitalización de las empresas capitalistas. Ello se concretaría mediante sendos procedimientos: los «créditos» (en su mayoría truchos o inservibles) que permitirían el *drenaje de divisas al exterior* para el pago de las «deudas externas» y la *entrega del mercado interno* por la vía de la política de la apertura económica que promovía la importación masiva de bienes de consumo. Con ello se destruía nuestra propia industria y esa delicada articulación de producción-consumo de las fronteras para adentro, que había generado la alianza entre la burguesía nacional y los sectores trabajadores. Esa «apertura» incluía aquella fiebre por viajar al exterior que terminaría en aquel alocado e innecesario «deme dos». El mismo que fuera registrado, hacia el final de la dictadura, en la película *Plata Dulce* que dirigieron Fernando Ayala y Juan José Jusid, con el ilustrativo guión de Jorge Goldemberg.

Volviendo a nuestra historia, las políticas de Martínez de Hoz, nuestro endeudamiento externo, son hijos de estas políticas, que tuvieron sus primeras manifestaciones en el plan de ajuste que intentó el ministro Celestino Rodrigo de Isabel Perón.

Aquel peronismo, con todas sus contradicciones, no las toleraba. Pero esas mismas contradicciones formaban parte de las debilidades y limitaciones que le impedirían poder enfrentarlas y superarlas. El golpe de Estado aparecía como la única respuesta que el sistema de poder, nacional e internacional, tenía a mano para alcanzar sus objetivos.

Hacia el golpe de 1976: justificaciones y corresponsabilidades

Un conjunto de factores confluiría a dar la justificación que el poder económico y los militares necesitaban para volver a poner en práctica la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Hacia finales de la década de 1960 y durante los primeros años de los setenta, los movimientos populares de los países del Cono Sur bullían en su efervescencia. Una enorme voluntad de cambio inundaba el continente.

En Chile, el triunfo electoral del socialista Allende, un movimiento popular de signo marxista que cuestionaba viejas hipótesis, abría nuevas alternativas: la posibilidad de construir el socialismo a partir del voto democrático.

En Argentina el peronismo, un movimiento de profundo arraigo popular, había llegado al gobierno luego de duros años de resistencia a dictaduras militares y proscripciones políticas. Su triunfo venía de la mano del impulso de una joven generación, principal protagonista de la

victoria alcanzada, que aspiraba a un cambio rápido y profundo. Estos datos junto a la situación de los demás países del área, seguramente motivarían la preocupación de los ideólogos de las «doctrinas contrainsurgentes», fundamento de la Doctrina de Seguridad Nacional. Sin lugar a dudas que allí veían los riesgos del «comunismo apátrida», de los que atentaban contra la «civilización occidental y cristiana».

La necesidad de mantener las áreas de influencia en que la bipolaridad había dividido al mundo, no sabía de sutilezas.

Las leyes de la Guerra Fría exigían respuestas contundentes. ¿Qué importaba la voluntad de los pueblos en Perú, Chile, Argentina o Brasil? ¿Qué cambiaba si el socialismo de Allende era autóctono, humanista y nacional, si ello podía llevar a identificaciones con quien estaba del «otro lado del mostrador» en el reparto que habían hecho en Yalta después de la Segunda Guerra Mundial? ¿Por qué tolerar la pretenciosa «Tercera Posición», decididamente por fuera de los dos grandes bloques, a través de la cual el peronismo quería que Argentina tuviera «su lugar» en el mundo?

A las Fuerzas Armadas de nuestros países se las había educado para que fueran capaces de enfrentar todas esas «artimañas» del «comunismo internacional». Puras «chácharas», «mentiras», según esa versión con la que el «enemigo marxista» pretendía engañar y se «infiltraba» en el pueblo. Se les había enseñado que cuando una guerrilla lograba concitar la simpatía del veinte por ciento de la población, la «causa de occidente» estaba perdida y por eso había que actuar con toda fiereza. El general Ibérico Saint Jean diría en un reportaje otorgado en París al *International Herald Tribune*, el 26 de mayo de 1977, que «primero mataremos a los subversivos, luego a sus colaboradores, luego a sus simpatizantes, luego a los indiferentes y por último a los tímidos», en consonancia con los dichos del general Jorge Rafael Videla en la reunión de Ejércitos Americanos realizada en Montevideo entre el 19 y 26 de octubre de 1975, donde manifestara: «Se logrará la seguridad a cualquier precio, y morirán cuantos sean necesarios para acabar con la subversión». (179)

Los que teníamos mayores responsabilidades —el gobierno, el sindicalismo y nosotros— no supimos comprender la situación y seguimos con nuestros enfrentamientos. No es que no existieran legítimas reivindicaciones a defender y sostener. Lo que pasó fue que perdimos la proporción de las mismas.

No solo la actividad paraestatal de la Triple A había carcomido al gobierno de Isabel, también la situación económica había evolucionado desfavorablemente, generando convulsión y desasosiego.

José Ber Gelbard había sido el único ministro de Economía desde la

asunción de Cámpora el 25 de mayo de 1973 hasta la muerte de Perón, el 1º de julio de 1974. A partir de allí, los nombres se irían sucediendo rápidamente. A Gelbard le siguieron Alfredo Gómez Morales, Celestino Rodrigo, Pedro José Bonanni, Antonio Cafiero y Emilio Mondelli. La discontinuidad de los ministros no era más que el reflejo de una política económica que había perdido su rumbo. La inflación de los doce meses previos al golpe superó el 423 por ciento.

Los que intentábamos defender el programa votado por el pueblo y sus legítimas reivindicaciones luchando por ellas, terminamos sirviendo en bandeja un justificativo a quien se aprovecharía de las mismas y de nuestros enfrentamientos, para alcanzar sus propios objetivos.

El accionar del PRT-ERP fue otro de los componentes que sumaría su «grano de arena». Esto era objetivamente así, más allá de las proclamas antigolpistas. Así, por ejemplo, es muy difícil reconocer en el ataque al Batallón de Arsenales «Viejo Bueno» de Monte Chingolo un instrumento eficaz para «retardar el golpe de Estado», como lo sostuvieron teóricamente. No es aventurado afirmar que su práctica en los tres años que van de 1973 a 1976 fuera coherente con el discurso inicial, que planteaba «desenmascarar» a Perón y al peronismo, llevándolos a la alternativa «Represión o golpe de Estado».

También la oposición política, básicamente el radicalismo, contribuyó a facilitar el accionar militar, si bien jamás se han autocriticado. Su primera responsabilidad fue no haber agotado los recursos para evitar el avance lopezreguista, principal instrumento golpista. Nosotros se lo pedimos expresamente poco después de la muerte del General, en aquella entrevista que mantuvo Firmenich con Balbín. No hicieron lo necesario, sumando su contribución para que López Rega pudiera continuar con el despliegue de su poder, llevándonos a un acorralamiento del que no supimos salir.

Más tarde se constituiría, en la Cámara de Diputados de la Nación, una Comisión Especial cuyo vicepresidente —a cargo de la Presidencia — fuera el diputado radical Antonio Tróccoli, para investigar sobre los manejos en el Ministerio de Bienestar Social, cuyo titular era López Rega. En la cárcel de Villa Devoto había un detenido, Horacio Paino, que había sido funcionario del Ministerio de Bienestar Social y que estaba dispuesto a testimoniar sobre el funcionamiento de los grupos armados de ese ministerio, en cuya conformación había participado. La Comisión lo visitaría pero Tróccoli prefirió limitar la investigación hacia un problema de desvío de fondos de cheques ligados a una fundación. Así se perdió una oportunidad más de denunciarlos frente a la sociedad y procurar la desarticulación de estas bandas paraestatales, que fueron las principales responsables de lo ocurrido. Esa falta de

«coraje cívico» dejó en soledad a nuestros impacientes impulsos juveniles que, alimentados por la desesperanza y la desesperación, ayudaron a entrar en una «noche» trágica.

Con el mes de marzo en el calendario la violencia iría creciendo. La mayor parte de la llamada «prensa nacional» (porque se hace en Buenos Aires) hizo de esas noticias el centro de la campaña que tenía por objetivo propiciar el «clima golpista». El diario *La Prensa*, en su edición del 22 de marzo diría que «hubo 1358 muertos desde 1973»; el diario *La Opinión* aportaría lo suyo. En su edición del 19 de marzo pondría en tapa: «Un muerto cada cinco horas, una bomba cada tres». Las páginas interiores no le irían a la zaga, allí agregaría: «Se produjeron diez nuevos asesinatos». (180) En la edición del domingo 21 de marzo también publicaba su «Balance», donde decía: «El país sepultó en la semana, culminada ayer, a 37 argentinos, víctimas de la violencia política». (181)

No deja de ser llamativa la reacción de la dirigencia sindical ante los sucesos que se desencadenaron en las últimas horas del gobierno de Isabel. Según la crónica del diario *La Tarde*, a la una y veinte de la mañana de aquel 24 de marzo estaban reunidos varios sindicalistas con Miguel Unamuno, ministro de Trabajo, siguiendo la evolución de los acontecimientos. Lorenzo Miguel diría que «todavía nos quedan doce horas por delante para seguir negociando, todo saldrá bien». Desmintiendo sus vaticinios, ingresarían Osvaldo Papaleo, secretario de Prensa y Difusión, acompañado por su asesor, Carlos Campolongo, exclamando alterados: «¡Han detenido a la señora, han detenido a la señora!».

Según la mencionada crónica, los presentes salieron precipitadamente. Néstor Carrasco, dirigente del gremio de la Carne y vicepresidente del Partido Justicialista, alcanzó a decir: «¡Si han puesto presa a la señora hay que declarar una huelga general!». Esa idea habría recibido comentarios irreproducibles por parte de varios de los presentes y una reflexión más seria: «No es hora de hacer paros para defensas que alguien hizo imposible». Casildo Herreras, secretario general de la CGT, que se encontraba en Montevideo, tendría una respuesta aún más contundente: «No sé nada... me borré», quedándose fuera del país. (182) Años después pintó en Madrid —con toda su «picardía»— la evolución de lo acontecido. Lo hizo con motivo de una visita realizada por compañeros sindicalistas ligados a nuestra política. Al abrirles la puerta de su departamento madrileño les dijo socarronamente: «¡Se va acabar... se va acabar... la burocracia sindical!» en alusión a nuestros cánticos de la época. «Aquí estamos muchachos, ustedes y yo. Con nuestro enfrentamiento, le terminamos haciendo el caldo gordo a los

militares que dieron el golpe», concluyó diciendo.

Visto a la distancia, resulta claro que el movimiento popular había sido desarticulado y que el país había sido ganado por la violencia. La vigencia de la democracia y de las instituciones constitucionales, por aquellos meses de 1976, no tenían arraigo ni respeto ciudadano. El diario *La Tarde*, el 23 de marzo, bajo el título «Parálisis parlamentaria», mostraba un vacío Salón de los Pasos Perdidos y decía:

> El Parlamento aparece virtualmente paralizado ante la crisis, mientras algunos legisladores, aunque absteniéndose de concurrir, han requerido el adelanto de sus dietas, sin explicar los motivos. (183)

En realidad, nada de lo descripto puede ser invocado como la causa de aquel golpe. Pero todo ello facilitaba los objetivos y ejecución de la conjura, que estaba en marcha. Las razones reales estaban en otro lado. Se correspondían con esos intereses del poder económico y las estrategias imperialistas que los avances populares en el Cono Sur en general, y la Argentina, en particular, estaban poniendo en peligro. Al igual que en otros golpes de Estado anteriores, se estaba elaborando una conspiración «cívico-militar».

Estamos repasando de qué modo en 1976 existía el «clima» —no solo por la violencia existente— que «acolchonaba» al golpe. Cuando uno piensa en situaciones como estas no puede olvidar las enseñanzas de la historia, y analizar quiénes son los que, política y económicamente, siempre le sacaron «jugo» a los golpes de Estado. Es el momento en que uno está obligado a pensar en la destrucción del aparato productivo, en el endeudamiento masivo; en los intereses de los grupos económicos; en el oprobio, persecución y muerte padecidos por miles y miles de argentinos de más de una generación. Pero también es cuando uno piensa en los embajadores e intendentes con los que siempre los partidos políticos premiaron a los gobiernos militares. En este sentido vale la pena recordar que sobre algo menos de dos mil intendencias que había en ese momento en todo el país, 804 (más del 40%) quedaron en manos de funcionarios pertenecientes orgánicamente, al 24 de marzo de 1976, a diferentes partidos políticos. Esa cifra se descompone de la siguiente manera: Unión Cívica Radical (UCR), 310; Partido Justicialista, 169; Partido Demócrata Progresista (PDP), 109; Movimiento Intransigencia y Desarrollo (MID), 94; Fuerza Federalista Popular (FFP), 78; Movimiento Popular Neuquino (MPN), 23; Partido Demócrata Cristiano (PDC), 16; Partido Intransigente (PI), 4 y Partido Socialista Democrático (PSD), 1. (184)

Por todo eso es que no se puede eludir la tentación de pensar que más de uno creyó que este golpe podía ser —como lo fuera antes— un

nuevo atajo para llegar al gobierno. Desde este punto de vista resulta sensata la observación que hace Vicente Muleiro cuando dice:

> Por eso es falso de toda falsedad ver a las Fuerzas Armadas como un pulpo retráctil que se cerró sobre sí. La demonización militar de esos años bien cabe a la luz de la matanza que produjeron. Pero no sirve para que detrás de ella se escondan los civiles carniceros que la prohijaron para reubicar sus sueños soberanos y sus negocios concretos aunque ya no sean —y no lo son— la vieja oligarquía. (185)

Volviendo a marzo de 1976, los plazos del «ultimátum» de Videla se cumplían aceleradamente. Algunos diarios lo recordaron en sus ediciones del día 23. *La Opinión* de Jacobo Timerman, haciendo referencia al discurso pronunciado por Videla en Tucumán el 24 de diciembre, decía:

> Para algunos observadores el término de noventa días, desde la alocución del general Videla, se cumple mañana, y para otros hoy. Estos, más minuciosos, señalan que este año es bisiesto. (186)

La Razón, en su edición vespertina, diría:

> Todo está dicho... al cumplirse hoy los noventa días de aquella dramática apelación [del Teniente General Videla], que algunos parecieran no haber tomado en consideración, en su debida dimensión y profundidad, hay que recordar ante las circunstancias críticas del presente. (187)

Se iniciaba la larga noche de 1976.

Así culminaría un período muy doloroso en la historia del peronismo. Desde el punto de vista montonero, además, es la etapa en que se desarrollaron las condiciones para nuestro posterior desarraigo y consecuente decadencia. El peronismo de 1973 a 1976 fue una frustración. Resultó incapaz de responder a las demandas de su pueblo. Los agazapados intereses nacionales e internacionales, que históricamente se beneficiaron de nuestras debilidades y enfrentamientos, festejaban su victoria. Sangre y dolor esperaban en el fondo del abismo, donde lo condujeron el abandono de las banderas votadas por el pueblo, la violenta fractura interna y la constante actividad erosiva de los enemigos del pueblo.

Nosotros, como Montoneros, participamos plenamente de ese enfrentamiento que incrementó el progresivo deterioro de la situación hasta terminar abriendo las puertas a la tragedia y sirviendo de excusa a los que desencadenaron los crímenes que luego padeceríamos nosotros mismos.

142. «El lunes se reanudaría la actividad de gobierno», *Noticias*, Buenos Aires, 4 de julio de 1974, pp. 216-214.
143. Taiana, Jorge: *El último Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2000, p. 191.
144. «López Rega», *La Razón*, Buenos Aires, 6 de julio de 1974, p. 5; «Balbín niega que las Fuerzas Armadas le hubieran ofrecido la presidencia. El cese de López Rega único cambio político producido en Argentina hasta el momento», *ABC*, España, 7 de julio de 1974, pp. 23-24; «El señor López Rega, secretario privado de Perón, cesa en sus funciones», *La Vanguardia de España*, Madrid, 7 de julio de 1974.
145. «Córdoba: hubo paro activo y concentración obrera», *Noticias*, nº 251, Buenos Aires, 9 de agosto de 1974, p. 8.
146. «Operación noche y niebla», *Noticias*, nº 245, Buenos Aires, 2 de agosto de 1974, p. 13.
147. González Janzen, Ignacio: *La triple A*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986, pp. 96-97.
148. Calloni, Stella: *Operación Cóndor. Pacto criminal*, La Habana, Ciencias Sociales, 2006, p. 70.
149. Buendía, Manuel: *La CIA en México*, México, Océano, 1984, p. 131.
150. Mc Sherry, Patrice: *Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América latina*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2009, p. 116.
151. Pigna, Felipe: *Lo pasado pensado. Entrevistas con la historia argentina, 1955-1983*, Buenos Aires, Planeta, 2005, p. 275.
152. Calloni, Stella: *op. cit.*, p. 73.
153. «Cartas de Perón a Prats», *Repensar*, nº 1, Buenos Aires, 2009, p. 47.
154. Calloni, Stella: *La Triple A, la CIA y la Operación Cóndor*, Agencia Periodística de América del Sur, 1º de febrero 2007. Disponible en: <http:// www.prensamercosur.com.ar/apm/nota_completa.php?idnota=2806> (última consulta: 25/1/2013).
155. Calloni, Stella: *Operación Cóndor. Pacto criminal*, *op. cit.*, p. 74.
156. «Licio Gelli cuenta cómo inició a Perón en la masonería», *Perfil*, Buenos Aires, 31 de agosto de 2008.
157. Cox, David y Nabot, Damián: *La segunda muerte. Quiénes, cómo y por qué robaron las manos de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2006, p. 247.
158. *Ibid.*, p. 29.
159. Cuestas, Raúl: *La dictadura militar argentina y el genocidio en Centroamérica*, Córdoba, SIMA, 2005, pp. 112 y 116.
160. Cox, David y Nabot, Damián: *op. cit.*, p. 232.
161. Graham-Yool, Andrew: *The Press in Argentina, 1973-78*, Londres, Writers and Scholars Educational Trust, 1979, p. 65.
162. Ferns, Harry: *La Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, p. 247.
163. Paino, Horacio: *Historia de la Triple A*, Montevideo, Platense, 1984, pp. 54-59.
164. *La Nación*, Buenos Aires, 22 de abril de 1974, p. 8.
165. Archivo personal del autor.
166. Baschetti, Roberto: *La clase obrera peronista*, vol. II, La Plata, Ediciones de la Campana, 2009, p. 49.
167. VV.AA.: *30 años de historia política argentina, 1965-1995*, Buenos Aires, RR Editores, 1995. p. 249.
168. Díaz, Fanor: «El sector radicalizado ensayará una salida con Taiana y Cámpora», *La Opinión*, Buenos Aires, 20 de agosto de 1975, p. 10.
169. Gillespie, Richard: *Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 279.

170. «Informe», *Peronismo Auténtico*, nº 1, México, noviembre de 1975, p. 1.
171. Gillespie, Richard: *op. cit.*, p. 243.
172. «La batalla de Villa Constitución», *Evita Montonera*, nº 4, abril,1975, pp. 6-9.
173. «Balbín y la guerrilla industrial», *La Razón*, Buenos Aires, 20 de octubre de 1975.
174. «Alsogaray, sobre los soviets en las fábricas», *La Razón*, Buenos Aires, 24 de octubre de 1975.
175. «La batalla de Villa Constitución», art. cit.
176. Rodríguez Conde, Matías: *El informe Rodríguez Conde. Informe de la Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad*, Buenos Aires, Eudeba, 1974, pp. XXXIII-XXXIV.
177. Castañeda, Jorge: *La utopía desarmada*, Buenos Aires, Ariel, 1993, pp. 13-14.
178. *Ibid.*, p. 15.
179. *Antecedentes sobre violaciones a los derechos humanos en nuestro país*, Informe de la Comisión Bicameral Investigadora de las Violaciones de los DDHH en la provincia de Tucumán, anexo I, punto II, Salamanca, IEPALA, 1991.
180. *La Opinión*, Buenos Aires, 19 de marzo de 1976, tapa y p. 6.
181. «Balance», *La Opinión*, Buenos Aires, 21 de marzo de1976, tapa.
182. «La caída de la cúpula sindical», *La Tarde*, Buenos Aires, 26 de marzo de 1976, p. 6.
183. «Parálisis parlamentaria», *La Tarde*, Buenos Aires, 23 de marzo de 1976, p. 13.
184. «Proceso de Reorganización Nacional. La participación civil», *La Nación*, Buenos Aires, 25 de marzo de 1979, p. 8.
185. Muleiro, Vicente: *1976. El golpe civil*, Buenos Aires, Planeta, 2012, p. 32.
186. «El golpe y cuándo se cumplen los 90 días dados por Videla», *La Opinión*, Buenos Aires, 23 de marzo de 1976.
187. «Es inminente el final, todo está dicho», *La Razón*, Buenos Aires, edición nocturna, 23 de marzo de 1976.

CAPÍTULO VII

Golpe de 1976: gobierna la Doctrina de Seguridad Nacional

La doctrina de Seguridad Nacional y el «peligro» peronista — Se generaliza la represión y aparece la nueva resistencia — Evaluaciones autocríticas — Nuestras relaciones con el PRT-ERP — Debates y exilio — Propuestas de paz — Cartas dirigidas al Episcopado — Gestiones ante el Vaticano — Montoneros y la «campaña antiargentina» — El «Caso Graiver» y Papel Prensa — El Movimiento Peronista Montonero y su presencia internacional — «La pastilla» y el derecho al sentido de la vida — «Plan Cóndor»: Argentina aplica y exporta terrorismo de Estado — La verdad sobre el mito de las relaciones con Massera y la Marina — El «Mundial del 78» — La guerra con Chile — «Contraofensiva» de 1979 — La «Revolución Sandinista» fortalece los ánimos — 1980: agotamiento de una estrategia armada — Secuestros en Lima, asesinato en Madrid — Vuelve la CGT — Crece la lucha popular: el gobierno «huye hacia adelante» y la Guerra de Malvinas — El regreso de la política — Un intento de reagrupamiento: Intransigencia y Movilización Peronista — Duro golpe a la Conducción Nacional

La Doctrina de Seguridad Nacional y el «peligro» peronista

La memorable y difundida carta escrita por Rodolfo Walsh al cumplirse el primer aniversario del golpe del 24 de marzo de 1976, tiene un lúcido y poco conocido antecedente. Se trata de una misiva semejante, firmada el 24 de marzo de 1976 por el teniente coronel (RE) Bernardo Alberte, que tenía como destinatario «Al Sr. Teniente General, Don Jorge Rafael Videla, Comandante General del Ejército».

Alberte había sido edecán de Perón en 1954 y más tarde su delegado personal durante la dictadura del general Onganía. Desde siempre militante peronista, formó parte de la Agrupación 26 de Julio, vinculada al Peronismo de Base (PB). A la una de la mañana de ese 24 de marzo, Alberte había terminado su carta dirigida al general Videla. Allí denunciaba la complicidad militar con los crímenes que se estaban cometiendo y advertía sobre los riesgos de asociarse con los enemigos de los trabajadores. La respuesta llegaría antes que la carta fuera despachada. Una hora más tarde, a las dos, un comando del Ejército irrumpió en su departamento, al grito de «Alberte, venimos a matarte». Arrojaron su cuerpo por la ventana del sexto piso del edificio de la Avenida del Libertador 1160. Esa misma tarde, un cable llegaba a todas

las redacciones: «Alberte cayó al vacío en circunstancias accidentales». (188) De esa manera los medios de prensa recogieron, al día siguiente, el crimen cometido.

En esa carta, Alberte le decía a Videla:

> Me dirijo a Ud. a los efectos de informar lo siguiente: 1.- El día 20-III-76, a las 20 horas, un grupo armado intentó secuestrarme, en mis oficinas de la calle Rivadavia 764, 1º, con el aparente propósito de asesinarme. Acababa de retirarme del lugar elegido por esa banda armada unos minutos antes, lo que me permitió observar el operativo desde la calle, así como el gran despliegue de elementos materiales y humanos utilizados. 2.- La observación personal de los hechos me permite asegurar a Ud. que se trataban de efectivos de seguridad, que luego de detener a tres personas que se encontraban en las citadas oficinas, esposarlas, vendarle los ojos y cargarlas en los vehículos, se desplazaron velozmente por la calle Rivadavia hacia el oeste, sin poder seguirlos, por no poder disponer de vehículo propio en ese momento. El desplazamiento se produjo con los acostumbrados toques de sirena de los vehículos policiales. 3.- El día anterior en un operativo vinculado con el ya descrito fue secuestrado y luego asesinado el joven peronista Máximo Augusto Altieri. […] Sin duda avanzamos hacia un enfrentamiento hacia el que se nos quiere llevar gradualmente con falsas opciones y manejando falsos valores y alarma observar la ligereza y hasta la irresponsabilidad con que ciertas personas y ciertos sectores que tienen poder, poder transitorio, alientan el enfrentamiento con hechos o con palabras. […] ¿Qué nos pasa a los argentinos? ¿Cuándo aceptamos clasificar a los muertos en «deseables» o «indeseables»; cuándo nos acostumbramos y hasta toleramos y propiciamos los excesos del poder, cuándo renunciamos al debate y aceptamos que los detentadores de ese poder puedan considerar que en todo caso sus excesos puedan encuadrarse jurídicamente en figuras como «excesos de defensa» u otros inventos; cuándo negamos por boca de Generales de la Nación la democracia, con el argumento de que se podría propiciar un «gobierno ateo, materialista y totalitario»? […] Nosotros no consideramos a las FFAA como una institución poseedora de valores inmutables, sino como una institución humana que actúa para bien o para mal, de acuerdo a los hombres que circunstancialmente las dirigen. […] Podemos sentirnos deudores y herederos de tantos milicos que regaron con su sangre el suelo de América y de la Patria y no por ello atenuar nuestro juicio sobre los oficiales cómplices, ejecutores y consentidores de vejámenes y torturas. […] Es que los argentinos tenemos una ingrata experiencia acumulada en este siglo. Cuando con el argumento siempre esgrimido y ahora repetido, de la necesidad de defender «un estilo de vida», nuestro estilo de vida, el Ejército protagonizó como represor la historia de la «Patagonia trágica» y los obreros lo hicieron como mártires; cuando desde aviones navales con tripulación también de políticos se bombardeó al Pueblo en la Plaza de Mayo; cuando se fusiló en la Penitenciaría Nacional; en José León Suárez y en Campo de Mayo; cuando se fusiló en Trelew; cuando militares intervinieron en la profanación del cadáver de Evita, cuando el Ejército en un gran operativo pretendió impedir el reencuentro del Pueblo con

> su líder; […] cuando representantes de las tres armas concurren a convocatorias de lo más representativo de las empresas «líderes» y lo más rancio de los terratenientes y ganaderos, para considerar la situación económica nacional y formular críticas al gobierno, sin asumir las propias, etc., la preocupación se apodera de los sectores populares, especialmente cuando se anuncia que el Ejército intervendrá en la «subversión en las fábricas», lugar de trabajo de nuestros obreros y nada se dice de hacerlo en las empresas, lugar de expoliación del país y del patrimonio nacional. La situación es seria y también dramática, no solo para los trabajadores, sino también para las propias FFAA, impulsadas a avanzar en un terreno, donde por plano inclinado serán llevadas a sustituir a las policías de los ambientes fabriles, hasta ahora privadas, y a ser custodios de los intereses de una de las partes, precisamente la menos indicada para representar el interés general. […] Si además, en las averiguaciones del paradero del joven Altieri y en otras realizadas, comprobamos que su caso no es el único, que las morgues renuevan diariamente sus depósitos de cadáveres acribillados y que los órganos de seguridad no se asombran, de ningún modo, sino que lo aceptan como común y normal, comprendemos que el pesimismo sobre la verdadera y grave responsabilidad y misión de las fuerzas del orden se ha apoderado de ellas, en el mejor de los casos, pues hay otros en que se las puede suponer cómplices de esas matanzas. (189)

Esta carta es un testimonio que deja ver con claridad el clima reinante en el momento del golpe. Las Fuerzas Armadas continuaron en la línea de las décadas y los golpes de Estado anteriores: revistieron con el nombre de «guerra antisubversiva» un proyecto de dominación y rompieron el propio orden constitucional que habían jurado defender. En los últimos tiempos, ya lo habían hecho en 1955, 1962 y 1966.

De este modo, nuestro país se sumaba a lo que ya venían padeciendo los pueblos vecinos. En este sentido, es suficientemente esclarecedora una carta enviada por Perón a Prats el 20 de noviembre de 1973, donde le dice que:

> No estamos suficientemente bien informados de las actividades del imperialismo en el derrocamiento de los regímenes democráticos de Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay y otros países. Pero poseo informes detallados de la actual arremetida del imperialismo norteamericano en la Argentina. (190)

Los protagonistas de ese golpe cívico-militar invocaron como causal, una vez más, la «subversión marxista», pero la razón profunda sería la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional, en la cual y para la cual fueron formados buena parte de los jefes militares. En función de ella se colocaría en el lugar del enemigo a las organizaciones que representaban a las mayorías populares. Al peronismo, su más importante expresión política, siempre le habían conferido el rol de enemigo principal.

> El peronismo, proscripto, pasaría a constituirse en una cuestión política, social y militar. El antiperonismo gobernante —desde una perspectiva relativamente simplista— no alcanzó a entrever una fórmula de «desperonización», como se decía entonces, eficaz. En parte porque un puro «anti», cuenta con el otro término y alimenta su vigencia. En parte también porque el fenómeno peronista se había transformado en una suerte de subcultura de sectores sociales localizados en el sindicalismo organizado, en sectores medios bajos y en franjas sociológicamente «populistas», marginales pero existentes, en las provincias. (191)

El objetivo explícito de la Doctrina de Seguridad Nacional era el resguardo de un sistema de valores; ante la «inmadurez» que presuponían en la sociedad y sus organizaciones institucionalmente constituidas, las Fuerzas Armadas se autoasignaban el rol de «reaseguro ético armado». Lo que eludían decir es que esos «valores» iban a contramano de los intereses, el sentimiento y las necesidades de la mayoría del pueblo. Las Fuerzas Armadas sí sabían que el peronismo como identidad mayoritaria de ese sujeto histórico, de ese protagonista social que eran los trabajadores —si bien no el único— era el portador más activo de dicho cuestionamiento.

Esta Doctrina de Seguridad Nacional, originada desde la estrategia norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial estaba complementada por las teorías francesas aplicadas en Vietnam y Argelia. En el año 1959 se había instalado una misión francesa en la Escuela Superior de Guerra, que funcionaría allí durante más de veinte años. Su tarea era divulgar la estrategia de enfrentamiento contra el «enemigo interno» como una forma de la «lucha contra la subversión», contando siempre con el fuerte apoyo de militares argentinos que habían sido capacitados en la Escuela Superior de Guerra de París. Una presencia muy significativa sería la del oficial argentino Alcides López Aufranc, lo que ocurriera entre 1957 y 1959 que, ya como general, sería jefe de Estado Mayor del Ejército Argentino durante el gobierno de Lanusse.

Al momento del golpe de 1976, sucedió a Martínez de Hoz al frente de la acería Acindar de Villa Constitución, donde se desatara a mediados de 1975 el conflicto sindical que constituyó el principal detonante para que el poder económico se decidiera por el golpe de Estado producido meses después. El general López Aufranc, años después, reconocería que «la guerra subversiva estaba más que nunca a la orden del día, por lo cual deberíamos volver a las enseñanzas de los franceses». (192) Esta misma idea sería sostenida por Videla al afirmar que: «La incorporación de la doctrina operacional es de larga data, la hipótesis de insurgencia también. Es de 1962… creo que por ahí. Ya se

venía dando con el tema de Argelia… Cuando viene el 76 lo único que hay que hacer es desempolvar esa carpeta». (193)

Pareciera que la dirigencia que le diera forma a las instituciones y buena parte de la cultura dominante de nuestro país tiene una predilección especial por la metodología represiva francesa. Ello está fuertemente arraigado en nuestra historia: Domingo Faustino Sarmiento ya «había conocido en su viaje a Argelia, durante los años 1846-1847, al mariscal Bugeaud. De él captó los secretos del sistema represivo que los franceses pusieron en práctica en el Norte de África. Y cuando tuvo a su cargo la contienda contra gauchos riojanos lo reprodujo sin que le temblara el pulso». (194)

En 1975, los montoneros —como parte del peronismo— y otros sectores revolucionarios fuimos el punto más alto de ese cuestionamiento al sistema represivo que se estaba imponiendo. Fuimos considerados cabeza del «enemigo interno» y quedamos fijados como «enemigos» en la mira del poder militar y sus asociados civiles.

Nosotros nos criamos en medio de ese enfrentamiento. Fuimos la continuidad de un peronismo combativo que venía avanzando desde hacía décadas en nuestro país. Nosotros no inauguramos la violencia, ni los «caños», ni el sabotaje, ni las «tomas de fábricas». Pero éramos los que habíamos dado organicidad y fuerza a la acción militar, como un aspecto más de la acción política. Así, habíamos roto el monopolio de la violencia armada que ejercían las Fuerzas Armadas cada vez que violaban con un golpe la soberanía popular.

Todo esto ocurría como parte de la Guerra Fría y la bipolaridad, que daba por sentada la existencia de dos bloques antagónicos.

Nuestras Fuerzas Armadas habían tomado ubicación en uno de los bloques. Desde allí chocaron con el peronismo. No porque el peronismo hubiera estado adscripto al otro bloque sino porque intentaría llevar a la práctica su tesis de la «Tercera Posición», de su independencia respecto de los mismos y porque contenía a los intereses sociales de quienes con su práctica cotidiana cuestionaban el rol del capitalismo, que sostenían esos intereses golpistas. Precisamente por esto, muchas veces recibió la condena de ambos. Las calificaciones fueron, casi siempre, cruzadas y opuestas: lo que para unos era un «movimiento burgués», para otros era el «peligro marxista». Siempre las «etiquetas» fueron compartidas desde los dos lados del muro: muchas veces fuimos, para ambos, los «nazifascistas», signo con el que desacreditaron a todo aquel que no formara parte de su alianza en la Segunda Guerra Mundial. Entre la «Tercera Posición» como eje de la doctrina peronista, que fundamentó el intento de inserción autónoma en el mundo, y la Doctrina de Seguridad Nacional, que sostuvieron nuestras Fuerzas

Armadas, hubo una profunda y constante contradicción. En esa contradicción está la clave de décadas de confrontación con el peronismo. Si bien la confrontación entre las Fuerzas Armadas y el peronismo sería la nota dominante en todos esos años, también hubo períodos en que estas, institucionalmente, rechazaron esa identificación con la Doctrina de Seguridad Nacional y adhirieron al pensamiento de las corrientes e intereses nacionales. Así fue, en parte, durante la vigencia del gobierno peronista hasta 1955 y después, en 1973, durante el breve período del general Jorge Carcagno.

Siempre, aun en los peores momentos, existieron dentro del Ejército los sectores imbuidos de un pensamiento más «nacional» y por ende, próximos a las concepciones peronistas, tal como lo prueban los párrafos transcriptos de la carta del teniente coronel Alberte. Estos conformaban una minoría frente a la posición hegemónica de quienes sostuvieron la doctrina que alineara a nuestro país junto a uno de los bloques mundiales.

Todos los golpes, comenzando con el de 1955, tuvieron como trasfondo la defensa de los valores e intereses de uno de esos bloques, y en todos ellos el peronismo quedaría en la «vereda de enfrente». Son muy pocos los casos donde el Ejército, después de 1955, rompiera con esa regla. Simbólicamente podemos rescatar solo un par de hechos: cuando con Carcagno al frente del Ejército, en 1973, le fue restituido a Perón el grado. También en 1995, cuando se designó un cuartel con el nombre de Perón. Recién después de los hechos de 2001-2002 esa mirada empezaría a modificarse. A la recurrente identificación del poder militar institucional con uno de los bloques en pugna se la puede considerar como uno de los ejes, entre 1955-1973, del problema argentino. Aspecto que nunca pudo ser solucionado en el marco de la bipolaridad.

Volviendo a 1976, ese año las Fuerzas Armadas no hicieron más que reiterar lo mismo que ya habían intentado desde 1955 en adelante: asegurar la inserción de nuestro país en el sector occidental del mapa mundial. Autodefinidas como el reaseguro moral, ético e ideológico de toda la sociedad, las Fuerzas Armadas se presentaban como los restauradores del «orden» y la «normalidad» frente a los naturales conflictos y la convulsión social que el propio régimen generaba. Justamente el «desorden» y el «caos» fueron sus argumentos favoritos para justificar sus intervenciones y suplantar la voluntad popular. Ese era el marco para poner en ejercicio su poder: el uso de la fuerza. Ese era el medio elegido para alinear a nuestro país junto a los intereses del bloque en cuya defensa habían sido capacitadas.

En el golpe de 1976 utilizaron los enfrentamientos internos como

excusa para llevarlo adelante. Ese pretexto y la pasividad de otros sectores les facilitaron un cierto consenso para ejecutarlo. Esas mismas condiciones contribuyeron, durante algún tiempo, a desarticular la resistencia social al mismo. Claro está que no actuaron a causa de nuestro proceder, pero aprovecharon las actitudes y acciones de diferentes actores. Por cierto que las responsabilidades de cada uno de ellos es distinta. No es lo mismo la inconsecuencia del gobierno, que en junio de 1975 había demostrado su voluntad de alinearse con la hegemonía del capital financiero, que la acción de quienes luchábamos por las reivindicaciones del pueblo. De todas maneras, el gobierno, el sindicalismo, nosotros, el ERP, entre otros, fuimos utilizados para la conjura que otros estaban preparando.

Eso aconteció en aquella coyuntura, donde incentivaron nuestros enfrentamientos y los aprovecharon para coronar su proyecto. Pero, para los largos tiempos en los que se construye la memoria y la cultura colectiva, aquella voluntad de lucha de las fuerzas revolucionarias mantiene su valor. Esta es parte del futuro a construir, aunque en esas trágicas circunstancias no pudiera constituirse en una alternativa válida. Por el contrario, muchos sectores civiles, que tácita o expresamente dieron su consentimiento al golpe del 24 de marzo, luego se horrorizaron cuando vieron los efectos producidos por el monstruo que, de alguna manera, primero habían despertado y luego convalidado.

El golpe de 1976 tuvo en las Fuerzas Armadas su brazo ejecutor, pero a sus promotores y beneficiarios hay que buscarlos en otro lado. El objetivo no era el declamado «enemigo marxista». Los sectores que adherían a esta concepción carecían de la entidad suficiente como para poner en riesgo el sistema. La cuestión de fondo siempre seguía siendo la misma: era el peronismo y su resistencia a la subordinación y alineamiento con un determinado modelo de inserción argentina en la economía y la política mundial. Poner las causas del golpe en el desarrollo de la «guerrilla», la «subversión» o el «peligro marxista», es absolutamente falso. Fueron parte de la justificación invocada, pero no la causa real.

Se generaliza la represión y aparece la nueva resistencia

El asesinato de Alberte, en la madrugada del 24 de marzo, no sería un hecho esporádico o casual. Hubo varias y diversas manifestaciones contemporáneas al mismo.

Junto al desplazamiento del gobierno constitucional y la detención de la presidenta María Estela Martínez «Isabel» de Perón también se produjo una redada generalizada de militantes populares. Durante ese

día y el siguiente serían detenidos centenares de delegados gremiales. Eran esperados en la puerta de sus trabajos con «listas» en la mano, en cuya elaboración habían colaborado directivos de las patronales.

Se había puesto en marcha lo que denominaron «Proceso de Reorganización Nacional». Desde el primer momento quedaron demarcados los aspectos principales de su modo acción: la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General Económica (CGE) fueron intervenidas; fueron removidos todos los miembros de la Suprema Corte de Justicia; caducados los mandatos de los legisladores nacionales, provinciales y municipales; el Presidente de la Nación designado por la Junta Militar tendría, de allí en más, las funciones legislativas del Congreso Nacional; se suspendió el derecho de huelga; se prohibió la actividad política; se declaró en comisión al personal del servicio exterior; fueron puestos fuera de la ley una serie de partidos políticos y organizaciones sociales y se intervinieron los principales gremios. A partir de la ley 21.264 (derogada al restablecerse las autoridades constitucionales), del mismo 24 de marzo de 1976, se implantó (art. 2) la pena de muerte. Esta nunca fue legalmente aplicada, todos los asesinatos y desapariciones ocurrieron al margen de toda norma legal, aun de su propia legislación.

La represión llegó hasta los sectores más diversos e inesperados. Hasta ese momento, nuestra historia no había conocido casos de represión estatal que atacaran de un modo tan brutal a los miembros de la Iglesia. El domingo 4 julio de 1976 fueron asesinados tres sacerdotes y dos seminaristas de la Orden de los Palotinos. El hecho ocurrió en el interior del templo de San Patricio, en el barrio de Belgrano. Una de las leyendas que dejaron escrita los asesinos, decía: «Por ser adoctrinadores de mentes vírgenes». No obstante ello la «voz oficial» del Comando de la Zona I no tuvo empacho en sostener que «elementos subversivos asesinaron cobardemente a […], lo que demuestra que sus autores además de no tener patria tampoco tienen Dios». (195)

Otra modalidad represiva cuya utilización sería bastante frecuente fue la conocida «ley de fugas». Se fusilaba a uno o más prisioneros, atribuyéndoles la voluntad de escapar. La Masacre de Trelew había sido el símbolo de esta práctica durante la dictadura de Lanusse.

La nueva dictadura instaurada el 24 de marzo de 1976, dejaría en Margarita Belén, provincia del Chaco, su sello de igual metodología. El comunicado de la Séptima Brigada de Infantería con asiento en Resistencia lo reflejaría de la siguiente manera:

> Siendo aproximadamente las 04,45 horas del día 13 de diciembre, una columna que transportaba detenidos subversivos hacia Formosa, fue atacada por una banda armada en la ruta 11, próxima a la localidad chaqueña de

> Margarita Belén. Tres delincuentes subversivos fueron abatidos en el enfrentamiento producido, logrando huir los restantes aprovechando la oscuridad y la confusión. Dos integrantes de la custodia resultaron heridos. (196)

Con el tiempo surgiría la verdad. Los presos fueron sacados de la cárcel de Resistencia y otros centros de detención y fusilados en Margarita Belén. No hubo sobrevivientes ni custodios heridos. Los muertos no fueron tres, sino 22. Uno de ellos era el «Indio», Mario Cuevas. Con él, cuando yo ejercía como abogado en Reconquista, muchas noches dibujamos con palabras, entre vinos y salames, el perfil exacto de la justicia que anhelábamos construir.

La ruptura del orden constitucional del 24 de marzo de 1976 restableció para el pueblo la vigencia del tradicional «derecho de resistencia a la opresión», tal como había sido antes de 1973. Es bueno recordar que tanto las ciencias jurídicas y el derecho de gentes como la doctrina de la Iglesia reconocen este derecho a la resistencia. Incluso la actual Constitución Argentina lo recoge explícitamente, en su artículo 36º. Pero, aun así, el derecho de resistencia a la opresión es solo una parte de la cuestión. Resulta imprescindible considerar otros elementos para comprender lo que realmente estaba aconteciendo. Por múltiples razones no deberíamos legitimar mecánicamente como iguales esta resistencia de 1976 con la realizada a fines de los años sesenta.

El primer requisito real para legitimar la resistencia armada es la idoneidad en el método, es decir, que sea adecuado, eficaz. Siempre, la violencia es un mal y por lo tanto solo se la justifica ante la inexistencia de otros caminos, y para evitar males mayores. La resistencia de 1976 estaba legitimada desde el punto de vista que enfrentaba a un golpe militar. Pero al analizar su eficacia, aparecen otros elementos: su forma de ejercicio y los métodos de acción. Aquí está el meollo de nuestro problema. Era legítimo y necesario resistir, incluso apelando a la violencia. Eso no está en cuestión. El problema residía en encontrar el método y las formas adecuadas a las expectativas y modalidades que tenía el movimiento de masas en ese momento.

La violencia política es, justamente y por encima de todo, «Política». Lo que, para nosotros, suponía la participación del pueblo. Es la decisión y participación de este la que otorga y califica el tipo de legitimación de cada resistencia. Así ha sido en nuestra historia.

La Resistencia peronista, y la nuestra dentro de ella, en los años cincuenta, sesenta y setenta se reveló absolutamente legítima y eficaz. Representó una necesidad generalizada, alcanzó los objetivos propuestos y nuestra sociedad recuperó los derechos conculcados. Entonces, veníamos de un protagonismo creciente del pueblo, que

estaba en ofensiva. Años de luchas peronistas requerían un nivel superior y una organización mayor para quebrar la inflexibilidad de los usurpadores. Esa violencia fue adecuada a las circunstancias y es totalmente reivindicable tanto por origen como por resultados.

En 1976 la situación era diferente. Al momento del golpe, si bien algunos sectores mantenían una voluntad ofensiva, ya la tendencia mayoritaria era de retraimiento, de repliegue. Salvo la resistencia y combatividad de algunos sectores sindicales, el resto se iba a su casa o regresaba a sus organizaciones más próximas y menos expuestas. En cambio, los montoneros, en esos meses y a contrapelo de esa práctica generalizada que iba asumiendo el pueblo y la mayoría de sus agrupamientos, elevamos el nivel de lucha, contribuyendo a la militarización de la acción política. Si bien nunca nos propusimos voltear al gobierno de Isabel, es cierto que, después de su caída, dimos por supuesto de modo mecánico que el enemigo quedaba al descubierto y que ello facilitaría la ampliación de la resistencia y mejoraría nuestras posibilidades de liderazgo de la misma. Pero los hechos no sucedieron de esa manera.

Nuestra resistencia ya no tenía la misma legitimación social que la de la década anterior y esto se debía a una combinación de componentes. Entre ellos se destacaban la corresponsabilidad —que muchos nos atribuían— por haberle dado excusas al golpismo y por el retraimiento de la lucha de masas. Esos elementos más la ferocidad aplicada por el enemigo en respuesta a la profundidad alcanzada por los avances del campo popular explican las razones por las cuales el alto costo humano de la acción desplegada no tuvo proporcionada eficacia, dejando tanto dolor y frustración.

El enemigo necesitaba producir hechos que fueran ejemplares y nosotros habíamos perdido esa sintonía entre el movimiento popular y nuestra acción montonera, la misma que nos había permitido lograr rápidos avances en los primeros años de la década de 1970.

Producido el golpe de 1976, ejercimos el legítimo derecho de resistencia, pero lo hicimos a precios muy altos y con el error de desplegar un tipo de violencia que no se correspondía con el repliegue de la mayor parte de la población. Es bueno recordar que aunque la población en general no participó de nuestra práctica, durante esa etapa tampoco nos delataba. Este detalle es preciso valorarlo en especial si tenemos en cuenta las fuertes campañas publicitarias de la dictadura en contra de nuestro accionar. Por el contrario, numerosos compañeros, particularmente en los barrios populares, fuimos protegidos por vecinos, a veces ayudándonos a escapar o cooperando con nuestras familias o avisándonos cuando estábamos en riesgo o se

producían «rastrillos»* en la zona. Muchas veces creímos que nada sabían de nuestra militancia pero, a la hora de la verdad, habían intuido más de lo que suponíamos y nos demostraban su solidaridad.

Frente a los usurpadores del poder existía el derecho y la obligación de resistir. Hubiéramos sido mucho más eficaces si hubiéramos actuado dentro de las condiciones que imponía la situación y a partir de los tiempos, posibilidades y ópticas del pueblo. El sincero reconocimiento de esta equivocación no le resta valor a la resistencia desplegada, en el sentido de que sobre ella se construyó el desgaste de la dictadura.

El tiempo transcurrido permite analizar hoy los hechos con mayor precisión. En términos generales las críticas de los enemigos del pueblo no hacen más que enaltecer aquella lucha. Los cuestionamientos planteados sirven para mejorar las respuestas de nuevas generaciones, que es poco lo que podrían aprovechar de una reivindicación sin matices. Las críticas de los «arrepentidos» forman parte del «basurero de la historia».

La resistencia montonera fue un factor más, no el único, para el acortamiento de los plazos de la dictadura del llamado «Proceso». Este es un hecho objetivo que se puede medir y comparar. Bastará con analizar los sucesos que ocurrieron en los países vecinos, los pueblos que fuimos víctimas de una estrategia común y que vivieron procesos semejantes en la misma época.

En la Argentina la dictadura duraría siete años. Bastante menos que en Brasil, Chile o Uruguay y bastante menos de lo que los mismos usurpadores se habían propuesto. El acortamiento de los plazos ha sido tiempo ganado, que evitó la prolongación de los padecimientos y la falta de libertades de nuestro pueblo. Esto es el fruto directo del sacrificio de los protagonistas de la resistencia: de los trabajadores, de los jóvenes y, entre ellos, los militantes montoneros.

Los errores fueron cometidos recorriendo el camino justo y necesario de la resistencia y es importante señalar que en ese camino jamás incurrimos en prácticas aberrantes. Tampoco guardamos silencio ni mucho menos fuimos cómplices del golpe. Por el contrario, nuestra voz armada se alzó con toda la potencia que pudo para denunciar aquellos hechos aberrantes. Se trata de sucesos acerca de los cuales la mayoría no creía o no quería creer en su existencia, respecto de los que muchos —que luego se han constituido o se constituyen en eximios denunciantes— en aquel entonces los silenciaban, justificaban, minimizaban o ridiculizaban.

Mientras otros callaron, Montoneros gritó lo que en la actualidad nadie discute: «Los cuerpos mutilados que aparecen en el río salen de la Escuela Mecánica de la Armada», (197) decía un volante-oblea

autoadhesivo que pegamos, pagando el precio con la libertad o la vida de muchos compañeros, en sitios públicos durante el segundo semestre de 1976.

Evaluaciones autocríticas

En septiembre de 1977 realizamos en México una reunión del Consejo Nacional —la primera en el exterior—, a la que para poder asistir varios compañeros habían salido del país clandestinamente. Unos veinte compañeros, aproximadamente, debatimos durante una semana un balance autocrítico de lo realizado por Montoneros desde el golpe de Estado hasta ese momento.

En la reunión y en la síntesis de la misma, elaborada por la Conducción Nacional y publicada tiempo después, (198) nos cuestionamos duramente las concepciones sostenidas y las prácticas realizadas. En esta dirección, una primera elaboración autocrítica se formularía en la reunión del Consejo Nacional realizado dentro del país en el mes de octubre de 1976. Ambas autocríticas están particularmente dirigidas a lo acontecido en los primeros meses posteriores al golpe de Estado. Sin embargo, esas formulaciones, con toda la importancia que tuvieron, no llegaron al fondo de la cuestión. La correcta percepción de las manifestaciones de los errores no se correspondió con idéntica captación de las causas de los mismos.

La autocrítica central estaba referida al comportamiento vanguardista que veníamos arrastrando desde el gobierno de Isabel y que había inundado la práctica de los primeros meses posteriores al golpe de Estado. Se lo caracterizaba correctamente como una manifestación vinculada al viejo «foquismo», que no incorporaba debidamente el rol protagónico del pueblo. Del mismo modo que hay que rescatar el rol de la vanguardia cuando se trata de aquel que está a la cabeza de la lucha del pueblo, es desdeñable el vanguardismo que consiste en el hecho de estar a la cabeza de... sí mismo. En este sentido, habíamos olvidado valores de tipo filosófico, político y militar que advierten contra este error. Lamentablemente nuestra práctica se había alejado de aquellas sabias palabras de León Felipe:

> Voy con las riendas tensas
> y refrenando el vuelo
> porque no es lo que importa llegar solo y pronto
> sino llegar con todos y a tiempo.

Tampoco respetamos un principio militar que sostiene que en un convoy en marcha, en una fuerza en movimiento, el rumbo lo marca quien va adelante, pero los tiempos —el ritmo— deben adecuarse a los

que vienen atrás. Nos olvidamos de los consejos de Perón que, en aquella carta a la JP del 20 de octubre de 1965, recomendaba:

> Tener íntima relación con la masa. No olvidar que los combatientes provienen de la masa y que sin el apoyo de ella es imposible la labor revolucionaria. […] Elevar a los medianos y ayudar a los atrasados. Ello incrementa las fuerzas revolucionarias y posibilita tener un verdadero apoyo de base. (199)

También en aquella oportunidad se cuestionaron otras manifestaciones equivocadas: por un lado, el *aparatismo*, expresado en una sustitución de la organización del pueblo por el de un aparato organizado. En Montoneros, el crecimiento desmesurado del aparatismo se había producido después del pase a la clandestinidad. La necesidad de fortalecer el accionar militar en medio de un repliegue de masas y la idea de que «el aparato clandestino era un lugar seguro», exasperó su desproporción respecto al desarrollo político. Por otro lado, el *militarismo*, que privilegió el aspecto militar sobre el desarrollo de la lucha social. En los inicios organizativos, el concepto de «guerra integral» subordinaba el aspecto militar a las necesidades del avance de la lucha político-social. Podemos decir que la actividad militar estaba a su servicio, la fortalecía. Por el contrario, en el período criticado, más de una vez se invirtió el criterio y el desarrollo político-social terminaba al servicio del crecimiento militar del aparato organizado. Se lo hizo en la búsqueda de una mayor eficiencia de la resistencia militar. En un análisis con un carácter más contemporáneo, se pueden visualizar otros aspectos de ese militarismo en diversas acciones practicadas en aquella época: la prioridad colocada en las «Campañas Militares», las operaciones de gran resonancia (explosiones en el microcine del Círculo Militar; en Coordinación Federal; en la sede del Comando en Jefe del Ejército), fueron desproporcionadas respecto de la lucha de masas. Todo lo cual no constituía otra cosa que manifestaciones prácticas del error de aceptar el combate en un terreno, el militar, donde estábamos en condiciones absolutamente desfavorables.

Formaría parte de esta misma concepción la creciente militarización de los activistas de las agrupaciones de superficie sin que tuvieran su equivalente en el crecimiento político.

La concepción que alimentó estas concepciones se fortaleció después que «reasumimos la lucha armada» (pase a la clandestinidad, en septiembre de 1974) y no tuvimos en cuenta el retroceso que se estaba produciendo en algunos importantes sectores de masas.

La incidencia del *aparatismo* y del *militarismo* nos llevaría al punto límite de desconexión con la realidad. Esa fue la base sobre la cual se

fue construyendo la derrota política. En ese marco, lo que no está en la estructura organizativa es desvalorizado. El eslabón final de la organización ya no será una agrupación de masas, que actúa como sostén político-social del conjunto, sino «colaboradores» de la pirámide organizativa. Estos, a diferencia de la agrupación que vincula a una parcialidad de la realidad con la organización, simplemente prestan «servicios» a la mencionada organización.

El *ideologismo*, caracterizado en aquella reunión como una «falsa evaluación de la correlación de fuerzas y del nivel de conciencia efectivamente alcanzado por las masas». En otras palabras equivocarse acerca de cuál es el pensamiento de las personas comunes; ese es el sustento de una concepción ideologista. Sobre esta cuestión, en esa reunión del Consejo Nacional la autocrítica se concentró en dos manifestaciones de ese ideologismo.

Se autocriticó el *izquierdismo* que había alimentado, hacia junio de 1976, la constitución —junto al PRT-ERP— de la Organización para la Liberación de la Argentina (OLA). El análisis no apuntaba a una —conceptualmente— posible y conveniente unidad de fuerzas revolucionarias, sino a la falta de autocrítica —en ambas organizaciones— de las prácticas que se venían desarrollando en los últimos tiempos.

Se hizo lo propio con el *clasismo* que subyacía en el debate sobre el rol que tenía la CGT en la Resistencia (CGTR). A la CGTR la habíamos constituido como un referente provisional de la lucha de diferentes gremios ante la intervención de la CGT y muchas organizaciones adheridas, donde su provisoriedad estaba vinculada a la recuperación de la legalidad de los mismos. Pero una visión equivocada pretendió hacer de la CGTR la nueva CGT, obviando la tradición política y organizativa de los trabajadores argentinos.

En cambio, en esa reunión del Consejo Nacional, se consideró positiva la transformación de Montoneros en «Partido Revolucionario», en abril de 1976. Por aquel entonces se fundamentaba la necesidad del Partido, como núcleo revolucionario.

Se evaluaba que, después de la muerte de Perón —el único que podía colocarse como conductor de conjunto, abarcando las distintas tendencias— carecía de sentido seguir actuando como un «ala» o tendencia de «izquierda» en lo político y como una «formación especial» en lo militar.

A partir de estas concepciones suponíamos estar en condiciones de construir el peronismo capaz de concretar el pendiente proceso de liberación. Ese nuevo movimiento de masas sería liderado por el «Partido de cuadros», que pretendía ocupar un rol de conducción

estratégica. Por eso la creación del Partido Montonero no eliminó la existencia del Movimiento Peronista Auténtico y más tarde del Movimiento Peronista Montonero. Sin embargo, en la práctica, dada la pérdida de representatividad que habíamos padecido, esa decisión no pasó de los aspectos formales y por eso se fue desdibujando hasta asemejarse a uno más de los tantos «partidos de izquierda» que pueblan el ambiente político.

Estas fueron las consideraciones centrales de la reunión del Consejo Nacional realizado en México, cuya importancia radica en que allí fue donde se señalaron varios de los principales errores que se venían cometiendo. Pero no se produjeron, con suficiente vigor, las modificaciones prácticas que revirtieran el desgaste que veníamos padeciendo. Todo este largo debate no había logrado «dar en la tecla» de los problemas políticos de fondo y nuestra situación se seguiría deteriorando. La realidad, con esa fuerza incontrastable que tienen los hechos, se encargaba de proveer datos significativos. Algunos fueron aprehendidos, otros no.

En términos generales, no dimos cuenta del cambio de situación y no logramos percibir inmediatamente que, a partir del 24 de marzo de 1976, se había modificado la línea divisoria entre los que estaban de un lado y del otro. Pocas semanas después del golpe, una huelga de los obreros y empleados del poderoso gremio de Luz y Fuerza demostraba la viabilidad e importancia de la resistencia sindical. Oscar Smith, un importante dirigente de Luz y Fuerza, que no tenía absolutamente ninguna relación con nuestras políticas, fue secuestrado y desaparecido. Estos hechos fueron indicadores certeros acerca de que había margen para la resistencia sindical y que lo que denominábamos «burocracia sindical», perseguida y en muchos casos sin aparato legal, se veía compelida a enfrentar aspectos de la nueva realidad que le habían impuesto.

En ese momento, yo vivía en Villa Corina, partido de Avellaneda, en las proximidades de la usina eléctrica. Un día, en medio del conflicto, la usina fue ocupada por fuerzas militares. Desde los techos de mi casa, junto a un vecino nos quedamos mirando el despliegue militar. Ese viejo y humilde peronista, que no conocía mi militancia, reflexionó: «Si ahora se juntan los muchachos —por los montoneros— y los laburantes, los milicos no van a aguantar». Ni nosotros ni los sindicalistas fuimos capaces de satisfacer la expectativa de ese viejo peronista; seguían pesando más las mutuas desconfianzas que la necesidad de unificar la acción de la resistencia.

Muchos de los temas volcados en las autocríticas de esa época eran correctos, pero no fueron suficientes para corregir un problema de

fondo. Los montoneros habíamos extraviado el rumbo. La sensibilidad inicial, que nos había permitido protagonizar distintas coyunturas asimilando las demandas más profundas de nuestro pueblo, no aparecía. Su lugar lo ocupaba, cada día más, una visión sesgada, parcial, limitada de la realidad. Esta perspectiva bloqueaba la percepción de lo simple y cotidiano que anida en el alma del común de las personas y cuya apropiada reivindicación constituye la fuerza vital e incontenible de los pueblos.

Nuestras relaciones con el PRT-ERP

En los primeros meses de la dictadura del autodenominado «Proceso» intentamos un nuevo acercamiento al PRT-ERP. La relación con estos compañeros había transitado de manera distinta en cada etapa. En los orígenes de las diferentes organizaciones político-militares, antes de definir las opciones políticas, gran cantidad de los que posteriormente serían militantes montoneros habían compartido experiencias juveniles con otros que luego se enrolarían en el PRT-ERP.

En los comienzos nos había distanciado la apreciación sobre el peronismo, el rol de Perón y la postura sobre las llamadas «vanguardias revolucionarias». Asumido el gobierno popular, no coincidimos con su actitud respecto del mismo. Criticamos la realización de acciones armadas poco después de haberse hecho cargo del gobierno las autoridades electas, incluso calificamos como «acciones contrarrevolucionarias» al copamiento del Comando de Sanidad y del Regimiento de Azul, en septiembre de 1973 y enero de 1974.

También les criticamos su posición y estrategia posteriores a la muerte del General. A pesar de las diferencias que en ese momento teníamos con Perón, nosotros interpretamos su muerte como una pérdida para el campo popular. Gorriarán califica como «segundo error» del PRT-ERP: «Cuando evaluamos —tal como lo expresamos en el llamado ‘Argentinos a las armas’— que el advenimiento de la dictadura iba a generar la masificación de la resistencia, cuando en realidad lo que suscitó fue un repliegue en la lucha de masas». (200) Efectivamente, esa posición estaba sustentada en el Editorial de *El Combatiente* (Órgano del Partido Revolucionario de los Trabajadores), n ° 210, del 31 de marzo de 1976, que suponía que la muerte de Perón y el golpe militar ampliarían las condiciones para profundizar la acción armada. Posteriormente, Santucho reconocería el error de esa evaluación y propondría, manteniendo la lucha armada, fortalecer la acción de masas. (201)

Hacia el final del gobierno de Isabel, cuando el golpe de Estado era

una posibilidad concreta, retomamos las relaciones. Se produjo una nueva crisis en diciembre de 1975, con motivo del ataque al cuartel «Viejobueno» de Monte Chingolo: no acordábamos con las ideas que fundamentaron aquella operación. Ante el cúmulo de versiones existentes aclaramos que no habíamos intervenido en ese hecho. Además denunciamos que el gobierno, al igual que en casos anteriores, utilizaba como excusa las actividades del PRT-ERP para actuar sobre nosotros. En este caso particular proscribieron al Partido Auténtico y clausuraron su periódico, *El Auténtico*. Con respecto a la operación realizada en el cuartel de «Viejobueno», nuestra crítica escrita y la reivindicación por parte del PRT de la estrategia que alimentara esa operación, motivaría una polémica explicitada en nuestros respectivos medios de prensa. (202)

Sin embargo, no fue extraño que estrecháramos relaciones una vez instalada la dictadura militar. Si bien estábamos lejos de compartir la consigna «Argentinos a las armas» con la que respondieron al golpe de Estado, volvían a darse condiciones para un vínculo.

Por un lado nos sentíamos repitiendo el gesto de Perón, de unir a todos en el combate contra la dictadura, cuya acción nos demandaba integrar esfuerzos. Comenzamos a elaborar las bases de la Organización para Liberación de Argentina, a semejanza de la OLP palestina, una federación de organizaciones.

En el mes de junio de 1976 estábamos analizando esos acuerdos. Uno de esos encuentros, del que participaron Mario Roberto Santucho y Domingo Mena, sería en mi casa, en Ciudadela. Allí compartimos un día entero de trabajo, apenas interrumpido por un puchero. Unas semanas después, fui con mi hija a comprar el diario: «¡Es el tío, es la foto del tío!», dijo señalando los titulares. Mientras tosía para impedir que se escuchara su comentario, leí los titulares y no quedaban dudas, Santucho había sido asesinado. Pese a que el fantasma de la muerte nos rondaba cotidianamente, ese titular y aquella foto fue un aguijón que vuelvo a sentir cada vez que lo rememoro.

Paralelamente, en el interior de Montoneros, se ahondaba respecto del debate sobre el rumbo que le daríamos a nuestra acción. Entre los temas que se discutían estaba la relación con el PRT-ERP y la constitución de la OLA. En medio de estos debates, la caída de nuestro enlace desarticuló las comunicaciones con el compañero relacionado con la jefatura del PRT-ERP. Los contactos entre las respectivas conducciones, siguiendo los criterios de la época, no eran directos. Estaban mediatizados por los compañeros que hacían de enlace. A partir de la mencionada emergencia, las comunicaciones quedaron interrumpidas. Tratamos de dar los avisos del caso por otras vías, pero

por lo que fuimos sabiendo con el paso del tiempo, los mensajes que enviamos por esos canales indirectos no llegaron a destino.

La muerte de Santucho y Mena, nuestra propia emergencia organizativa y la evolución de la situación con las graves bajas de ambas organizaciones, marcaron el fin de este intento de acuerdo. Tal como se puede observar, en esos pocos pero intensos años las relaciones entre Montoneros y PRT-ERP atravesaron diversos momentos, su período más crítico fue en los primeros meses del gobierno peronista iniciado en 1973. A cada una de las acciones importantes del PRT-ERP, el gobierno respondía tomando represalias sobre nosotros. Sabíamos que el gobierno utilizaba esos hechos como excusa. Su objetivo real era despojarnos de instrumentos legales de lucha y separarnos de la mayor parte de la masa peronista que no compartía esas acciones. También éramos conscientes de que, al margen de esas actividades, el desarrollo de las contradicciones existentes iba en camino de liquidar las débiles manifestaciones de legalidad que teníamos. De todas maneras, además de no compartir la oportunidad de ejecución de tales acciones —tal como lo manifesté respecto de las propias con el pase a la clandestinidad, concretada algún tiempo después—, teníamos la convicción de que ellas no contribuían a fortalecer la necesaria organización popular.

Posiblemente fuera por ello que nuestra mayor y mejor relación se diera en la lucha común por reivindicaciones de los trabajadores. En tal sentido, las Coordinadoras Sindicales nos encontraron «luchando codo a codo». También hubo intercambios en materia informativa y logística. En el mismo sentido se dieron importantes apoyos en lo que respecta a los recursos económicos. Asimismo es destacable que, más allá de las diferencias, en momentos de mucha tensión y con miles de compañeros armados, nunca tuvimos un solo incidente.

Comprender la complejidad de estas relaciones es un esfuerzo valedero para entender la posibilidad, necesidad y limitaciones de las construcciones políticas capaces de articular e integrar posiciones diversas. Queda como saldo que el camino más firme y seguro es partir de las demandas —inmediatas e históricas— de los trabajadores y el pueblo como punto de sostén para cualquier construcción común. Desde esa práctica pueden brotar los imprescindibles acuerdos políticos que sean capaces de darle sustentabilidad a la voluntad de unidad.

Debates y exilio

En los últimos meses de 1976 se tomaría la decisión de enviar al exterior a un grupo de compañeros miembros de la organización o

vinculados a la misma. Esa decisión, que ya se estaba debatiendo, se aceleraría a partir de un golpe —muy importante— que padecimos el 29 de septiembre de 1976. En un enfrentamiento producido esa mañana, en la esquina de Yerbal y del Corro, en el barrio de Floresta, fueron muertos los integrantes de la Secretaría Política, luego de un intenso combate. Estaban reunidos con motivo de uno de sus habituales encuentros de funcionamiento, vinculados a las actividades propias de los ámbitos que cada uno tenía a su cargo. Ese día cayeron heroicamente el secretario político, Alberto Molinas, oriundo de Santa Fe y recibido de médico en Córdoba, uno de los primeros y más reconocidos cuadros montoneros; Carlos Coronel, tucumano brillante, proveniente de las FAR; Ignacio Beltrán, joven militante de esa nueva camada que comenzaba a asumir crecientes responsabilidades, que había formado parte de la Columna Norte del Gran Buenos Aires; e Ismael Salame, jefe de la JP de la Regional Noroeste (NOA) y responsable nacional de las relaciones con los sectores políticos y juveniles. También moriría en esa casa Victoria «Vicki» Walsh. Desde la terraza, junto a Molinas y los demás compañeros desde la planta baja, durante una hora y media resistieron el asedio armado de 150 hombres acompañados de camiones militares, un tanque y un helicóptero.

Cuando ya no había municiones para seguir resistiendo, esa joven, madre y militante que el día anterior había cumplido 26 años, de pie sobre un parapeto, abrió sus brazos y les dijo a los atónitos militares: «Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir». Acto seguido, ella y Molinas se llevaron las pistolas a sus sienes y dispararon el último tiro. Este relato, producto de la investigación realizada por Rodolfo Walsh, su padre, sería condensado tres meses después del hecho en una «Carta a mis amigos». En ese mismo texto decía:

> Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren con ella, tenían otro camino. La respuesta brota desde lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos, que eran distintos, sin ser deshonrosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella, vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella. (203)

Empezábamos a comprender que, desmantelado el ERP, la represión iba a concentrar su esfuerzo sobre nosotros. Pero, nuevamente, nos asaltaba la duda sobre la mejor forma de eludirla manteniendo la resistencia.

Al recordar todo esto, recupero para la memoria a uno de los pensadores y militantes más lúcidos e inteligentes que tuvo la historia

montonera. Me refiero a Rodolfo Walsh. La de él fue una de esas pocas voces que, en esos momentos, llevaban a reflexionar sobre el meollo de los caminos que estábamos recorriendo. Esto lo diferenciaba de la mayor parte de los debates internos que, muchas veces, se perdían en los vericuetos de los efectos de las políticas en desarrollo y no sobre las causas u origen de las mismas. En varias comunicaciones y debates orgánicos durante los años 1976 y 1977, nos haría llegar una serie de opiniones y observaciones para arrojar luz sobre lo que estaba aconteciendo.

La posición política y la actitud de Rodolfo Walsh nada tenían que ver con los cuestionamientos que, simultáneamente, se hacían desde otros sectores, particularmente la Columna Norte del Gran Buenos Aires. Uno de los aspectos sustanciales del debate con estos últimos giraba en torno a la crisis del peronismo y aspectos de una práctica extremadamente militarista. La opinión predominante en el conjunto de la organización sostenía la transformación del peronismo como alternativa válida para conducir al Movimiento de Liberación Nacional. Es decir que el peronismo, ahora en transformación, seguía siendo su soporte principal y su identidad política. Mientras que los compañeros de la Columna Norte planteaban el agotamiento del peronismo y la necesidad de construir un Movimiento de Liberación Nacional, pero sin la identidad política del peronismo. No era una práctica de Montoneros someter los debates a votación, pero en esta oportunidad se decidió hacerlo. Fue en septiembre y octubre de 1976. Walsh diferenció explícitamente su opinión respecto de la Columna Norte, y votó en esa oportunidad por las posiciones mayoritarias, que sostenía la conducción. Por suerte, algunos documentos que han sobrevivido a la represión dan testimonio de algunas discusiones. En sus «Reflexiones sobre la situación partidaria», de enero de 1977, Walsh decía:

> El objeto de este trabajo es presentar algunos puntos de vista, no suficientemente sistematizados, sobre la etapa que vive nuestro Partido [denominación que usábamos los montoneros]. Probablemente aparecerán en ellos algunas divergencias o por lo menos algunas dudas sobre la línea política militar, e incluso sobre el método de análisis que la sustenta. Situarlas por escrito no debe entenderse como una forma de cuestionamiento, sino de diálogo interno. (204)

Las principales críticas de Walsh estaban concentradas en el excesivo «optimismo» de los planes y evaluaciones, que revelaba una escasa autocrítica y poco realismo. Planteaba la equivocación en acentuar las políticas de izquierda profundizando las relaciones con el ERP. Recalcaba, como un problema sustancial, las diferentes propuestas que surgían de un análisis errado y extremo acerca del «agotamiento del

peronismo». Analizaba el origen legítimo de ese pensamiento en medio del cuestionamiento de los trabajadores al gobierno peronista, con motivo del «Rodrigazo» en 1975. También recordaba que con el golpe de Estado las cosas habían cambiado y que el pueblo volvía a tener en el peronismo su referencia y retaguardia natural. Tampoco dejaba de señalar los riesgos de pensar en una inminente «crisis definitiva del capitalismo dependiente», un tema recurrente, bastante difundido y compartido en aquellos tiempos. En medio de este debate, que formaba parte de las discusiones que abarcaban al conjunto de la organización, Walsh reconoce las rectificaciones que se iban produciendo y tomando el sentido de las observaciones que él formulara. (205)

Esta forma de debate y participación sería un mecanismo habitual de trabajo en la Conducción y Consejo Nacional. Además de las opiniones de los participantes en las reuniones de esos organismos, se recibían los aportes de otras unidades organizativas. La práctica de volcar ideas por escrito era habitual entre nosotros. Esta forma de trabajo se mantendría mientras las distintas estructuras sostuvieron un funcionamiento regular, hasta los primeros meses de 1977.

En diciembre de 1976, en otro documento de «Aportes a la discusión del Consejo», (206) Rodolfo Walsh junto a la estructura que dirigía, sintetizaría sus principales propuestas para esa etapa de la nueva resistencia. Allí proponía: reconocer la derrota militar, definir la etapa como de retirada estratégica y resistencia táctica, reconocer al peronismo y los trabajadores como el sujeto principal de la resistencia a mantener, retirar del país a la Conducción Nacional y las figuras «históricas» de Montoneros y del Peronismo Auténtico para evitar derrotas definitivas. Mantener las estructuras del Partido pero con una autonomía táctica y descentralización mucho mayor, definir la seguridad individual y colectiva como criterio dominante de la resistencia y ligar la resistencia a la política de masas.

Estos conceptos se completaban con otras propuestas que reivindicaban la continuidad de una «resistencia dispersa», pero planteando achicar el número de estructuras y actuar a través de grupos reducidos e independientes, unidos por una doctrina común. Estas propuestas se completaban con la idea de avanzar con «Ofrecimientos de Paz», sostenidos en los principios del reconocimiento a los derechos humanos y el restablecimiento de las vías democráticas.

En el contexto de este debate se produjeron las modificaciones planteadas en el Consejo Nacional del mes de octubre de 1976. Se adoptarían las medidas necesarias para hacer efectivas esas decisiones. Entre ellas se contaban la de preservar, sacando del país durante el período más crítico de la ofensiva represiva, a las figuras históricas del

peronismo que venían compartiendo nuestra política; a la conducción de Montoneros; a los dirigentes de los frentes de masas que estaban identificados como tales ante la opinión pública y algunos militantes orgánicos que, sin las condiciones anteriores, reunían en sus personas la memoria histórica sobre la construcción que se había hecho y estaban en condiciones de reproducirla. En el caso de los dirigentes históricos algunos aceptaron este criterio y otros optaron por mantener formas de vida clandestinas dentro del país, una forma de exilio interno.

Dentro de la Conducción, nuestra idea era ir produciendo recambios constantes, para mantener una presencia de esta dentro del país y tratar de sostener los distintos niveles de conducción pero reduciendo la exposición al ataque represivo. Junto con el compañero Horacio Arrué, miembro del Secretariado Nacional a quien conocíamos como «Pablo Cristiano», quedaríamos a cargo del conjunto de la organización. Eso fue cuando concluía aquel nefasto año de 1976. Firmenich y Roqué ya estaban en el exterior, y estábamos preparando la salida de Yäger y Vaca Narvaja, quien fuera seriamente herido en una emboscada por la zona sur. Ese sería uno de los períodos más angustiantes de mi vida. A la soledad de la responsabilidad total se agregaba el descalabro en el que estaba inmerso. Las caídas, las bajas, la pérdida de relaciones orgánicas eran algo cotidiano.

En esos días residía en Villa Bosch, junto a mi familia. Luego de un tiempo llegó a vivir con nosotros un compañero entrerriano. Un día, después de dejarme donde yo tenía que hacer mis tareas, fue a cumplir las suyas. Pero no pasó a recogerme por el lugar previsto ni esa noche, ni a la mañana siguiente. Logré comunicarme con mi compañera y me contó que no había respondido a las emergencias, por lo que debíamos suponer que había caído. Tiempo después me llegaría la información de que había sido «marcado» por alguien, cuando ingresaba a la Capital Federal por Constituyentes. Volví al sitio donde tenía previsto mudarme en esos días. Me encerré en mi habitación y lloré desconsoladamente. No pude evitarlo. Lloré por un largo rato. Desfilaban por mi mente todos los compañeros que, en su momento, no había podido llorar. Rabia e impotencia. Rabia por el salvajismo desatado. Impotencia de no poder, de no saber cómo evitarlo. Hoy, de aquel compañero entrerriano, apenas me quedan recuerdos. Ni siquiera recuerdo si sabía su nombre. Pero tengo presente sus sueños inconclusos, que descubrí en los versos que guardaba entre sus papeles. Jamás podré aceptar, no logro hacerlo, no quiero resignarme a la idea de que esa muerte, una entre miles, sea nada más que eso, un recuerdo. Creo que, de alguna forma, todo ese gigantesco sacrificio nutre la energía de vida que ayuda al futuro de las generaciones venideras. Creo también, con el teólogo

brasileño Leonardo Boff, que «siempre que en la vida mortal triunfa la bondad sobre los instintos de odio, siempre que un corazón se abre a otro, siempre que se construye una actitud justa [...], [las personas] muriendo liberan la fuerza de la vida». (207)

En esa misma casa de Villa Bosch había vivido, unos meses antes, una situación que ahora tiene ribetes cómicos. Recién llegados al barrio, una noche llovió torrencialmente; nosotros, que no conocíamos las costumbres lugareñas ni lo inundable que era el lugar, no pusimos las defensas en la puerta para que el agua no penetrara en la vivienda. Fue por eso que aquella madrugada cuando unos gritos nos despertaron, lo primero que atiné fue extender el brazo para recoger el arma que tenía al lado de la cama. Pero mi mano no la encontró y sí tropezó con el agua que ya llegaba al colchón. Cuando reaccioné, comprendí que los gritos eran de los vecinos que querían ayudarnos a despejar el agua. Nosotros, incomprensiblemente para ellos, no aceptamos su colaboración, porque no hubiéramos podido evitar dejar al descubierto el revólver, la pistola, la UZI (metralleta de origen israelí) y las granadas que acompañaban cotidianamente nuestro sueño y que ahora descansaban bajo el agua.

Con fecha 12 de febrero de 1977, por medio de una circular (llevaba el N° 4) que redacté personalmente, traté de volcar las conclusiones del Consejo Nacional de Octubre y del «Balance '76» para intentar incorporarlas a la vida cotidiana de la organización. Ese material lo redacté después de una recorrida por distintos ámbitos de la organización, incluyendo Regionales del interior. Allí están sintetizadas varias consideraciones acerca de los problemas que teníamos y las propuestas para superar tal situación. Los dos temas centrales giraban en torno a la crisis del peronismo y las modificaciones organizativas consecuentes con la grave y permanente emergencia que teníamos. Respecto de la crisis, decía:

> Las tendencias incorrectas a combatir: La tendencia a la dispersión en el Movimiento. […] Es una tendencia inmediatista, incapaz de mirar más allá de la realidad actual, que objetivamente nos conduce a la derrota en la medida que no prepara condiciones para la consolidación del triunfo popular.

En el párrafo siguiente reconozco las perspectivas de esta concepción:

> Esta tendencia tiene posibilidades de desarrollarse a partir del reflotamiento del peronismo, de la continuidad de la lucha de masas y de los duros golpes que está sufriendo el Partido.

Luego, continuaba con la crítica a la opinión opuesta:

> Las tendencias mecanicistas e ideologistas que, bajo la consigna «el peronismo

> ha terminado, lo reemplazan los Montoneros», analizan mecánicamente la transformación del Movimiento. […] Esta tendencia lleva el germen de una política vanguardista y aislacionista con respecto a las masas.

De esta manera, colocando como idea central el tema de la *identidad peronista en crisis*, procuraba formular aquellas ideas que pudieran sintetizar y superar ese debate. Desde el punto de vista organizativo planteaba, en dicha circular y dentro de una línea de pensamiento esbozada en el Consejo de Octubre y concordante con los materiales de Walsh ya señalados, que los viejos ámbitos dejaban de ser la unidad organizativa, la que pasaría a ser «cada oficial de Montoneros y lo que de él dependiera», debiéndosele proporcionar los recursos que le garantizaran la autonomía suficiente. Complementariamente a esta respuesta organizativa, en el mismo material trataba de aproximar elementos para una reflexión acerca de las características de la moral de las fuerzas. Allí planteaba el riesgo de:

> Poner el eje del enfrentamiento actual en el propio aparato partidario, que es el que más ferozmente padece la agresión enemiga. […] Si, erróneamente consideramos que los campos enfrentados son las fuerzas de nuestro aparato y las del enemigo, obviamente la mayor parte de la fuerza moral está en manos del enemigo, porque su ofensiva militar es exitosa, continúa y se puede acelerar en los próximos meses.

A renglón seguido, agregaba que ello significaba:

> no haber comprendido cabalmente las características de las fuerzas enfrentadas y la imposibilidad de la derrota de las fuerzas populares; es decir, no haber comprendido la debilidad estructural de un enemigo que sólo tiene la violencia de la fuerza bruta para sostener el privilegio de unos pocos frente a la posibilidad de organización de los muchos para imponer sus intereses.

Acerca del sentido del aparato partidario, decía:

> Comprender que el aparato partidario sólo tiene razón de ser en la medida que esté directamente vinculado a la organización y conducción de la lucha popular. (208)

En los cambios organizativos propuestos, si bien se introducía una serie de modificaciones respecto de lo que veníamos planteando, creo que subsistían problemas que no terminábamos de descifrar cabalmente. Tanto Rodolfo Walsh (209) como la Conducción compartíamos la apreciación acerca de que «hasta el 24 de marzo del 76 planteábamos correctamente la lucha interna por la conducción del peronismo», pero de lo dicho en estas páginas se deduce que ello no sería exactamente así. Existían dificultades cuyo origen se puede rastrear en etapas previas.

Los errores no se iniciaron a partir del golpe de Estado. Justamente en estas páginas trato de señalar su origen y desarrollo, por cierto muy anterior. Se trata de una pura conjetura analizar si determinadas correcciones previas hubieran evitado la tragedia que sobrevendría. Muchos de aquellos errores, anteriores al golpe, tienen que ver con la disputa con el propio Perón, quien no estuvo exento de las responsabilidades por el acorralamiento que padecimos y donde, alguna de sus medidas —por ejemplo la separación de Carcagno de la jefatura del Ejército— sirvieron a la estrategia enemiga.

Un elemento que también fue decisivo, en los tiempos previos al golpe, fue un gigantesco avance de la estrategia yanqui por recuperar espacios y mercados. Parte de su plan consistió en generar los enfrentamientos internos, que debilitaron nuestra capacidad de defensa. La consecuencia fue que nuestro país recorrería el mismo camino que ya habían transitado Chile y Uruguay, y las medidas correctivas planteadas por nosotros fueran tardías y ya no podían tener el efecto deseado.

Para esa misma época, los primeros meses de 1977, desde Montoneros hicimos una Convocatoria para «restablecer la paz y la justicia […] luchando por estos puntos mínimos»:

Modificación de la actual política nacional
Relevo de Martínez de Hoz.
Ocupación plena.
Restitución del salario real a su nivel de junio de 1973.

Retiro de los militares de los sindicatos y la CGT
Inmediata devolución de los organismos gremiales a los trabajadores.
Restitución de las conquistas alcanzadas durante el último gobierno peronista (Ley de asociaciones profesionales, de contratos de trabajo y de paritarias).

Plena vigencia de los derechos humanos
Cese de la represión y la tortura.
Libertad a todos los detenidos sin causa judicial.
Publicación de la lista de detenidos, reconociendo los miles de secuestrados.
Vigencia del derecho a la defensa.

Restitución de las libertades populares
Devolución de los derechos políticos y libertad a Héctor J. Cámpora (obligado a permanecer en la Embajada de México) y a todos los presos políticos, gremiales y estudiantiles.
Plena vigencia de la libertad de reunión, expresión y de prensa para todos los sectores populares.
Cese de la proscripción de todos los partidos políticos.

Convocatoria a elecciones libres y sin proscripciones
Resistencia popular a la dictadura militar.

Liberación o Dependencia.
Patria o Muerte.
Conducción Nacional del Partido Montonero (210)

Cumpliendo con el plan, tal como lo teníamos resuelto, salí del país rumbo a México junto a mi compañera y mi hija, entre fines de marzo o los primeros días de abril de 1977. Nuestro equipaje era solo un bolso de mano. Tenía la íntima esperanza de que, después de la reunión nacional que estaba prevista, pudiera regresar nuevamente.

Las cosas no fueron así. Se mantuvo la decisión anterior y en la segunda quincena del mes de abril reingresó al país Julio Roqué, quien se había incorporado a la Conducción Nacional después de la detención de Roberto Quieto, en los últimos días de 1975. Pocas semanas después, el 29 de mayo, sería abatido en un enfrentamiento producido en Haedo, en la casa donde estaba residiendo. Este golpe, junto a la caída en el país de Arrúe —licenciado en Economía—, contribuyó a desarticular el funcionamiento orgánico, se produjo una ruptura de los distintos vínculos de comunicación y, bajo estas condiciones, muchos compañeros mantuvieron solamente sus conexiones con los más cercanos, se exiliaron o dejaron la militancia.

Junto con Arrúe, «Pablo Cristiano», habíamos compartido una serie de trabajos y elaboraciones durante el 1976 y los primeros meses de 1977. Con ese motivo había ido varias veces a un departamentito que ocupaba en las proximidades de la facultad de Derecho. Allí conocí a Héctor Oesterheld, el padre del «Sargento Kirk», «Ernie Pike», «El Eternauta», «Mort Cinder» y muchos otros que tomaron vida de la mano de dibujantes como Hugo Pratt, Solano López y Alberto Breccia. El cierre compulsivo del diario *Noticias* había dejado inconclusa *La guerra de los Antartes* que estaba publicando con el seudónimo de Francisco J. Vázquez y con dibujos de Gustavo Trigo. Oesterheld había ido a vivir con Arrúe después de la desaparición de sus hijas. Era muy difícil descubrir debajo de la humildad de ese hombre al brillante creador de mil episodios que consumieron horas felices de nuestras vidas. Sin embargo, allí estaba trayendo el mate o preparando el guiso. Colaboraba con Arrúe haciéndole de «correo», llevando y trayendo mensajes. En los comienzos de 1977, una cita «envenenada» se lo devoró. Su nombre ha sido recogido por varias organizaciones culturales o políticas que lo tienen como estandarte de sus actividades.

En aquellos primeros meses de 1977 todavía contábamos con una respetable fuerza organizada. Es destacable la cantidad de operaciones militares que pudimos realizar. Según las fuentes propias, en los meses de enero y febrero de ese año Montoneros había realizado 130 operaciones. (211) Estos datos desmienten a quienes consideran que la

guerrilla, como parte de la resistencia popular, al momento del golpe prácticamente no existiera.

Coherentemente con el planteo político que veníamos sosteniendo, la línea operativa principal era contra las patronales monopólicas. Según nuestros análisis, Martínez de Hoz y los grupos económicos —que se beneficiaban con los planes en marcha—, eran el sostén efectivo del poder dictatorial. Por eso y para apoyar la resistencia sindical, concentrábamos allí los ataques.

Más del 80% de esas operaciones (105) habían sido sobre objetivos antipatronales; el 11% (14) eran hostigamientos a guardias de patronales. La resistencia sindical no cesaba. En la semana del 24 de marzo, fecha en la que los militares recordaban el primer aniversario del golpe de Estado, continuaron los problemas sindicales. En Córdoba, había paros en IKA-Renault, Fiat y Perkins—. En el Gran Buenos Aires hubo dificultades en la provisión de naftas por el «trabajo a desgano» en las plantas de despacho de la Matanza, Dock Sud y La Plata.

Como una manera de revisar lo que se estaba haciendo y reordenar los planes futuros, convocamos a la ya mencionada reunión de Consejo Nacional en México, a realizarse durante el mes de septiembre de 1977. Para ese entonces, la represión ya nos había golpeado duramente. Pese a todas las medidas que se tomaron, el accionar represivo seguiría produciendo muchas bajas y todos los niveles organizativos padecieron ese acoso. No obstante las rigurosas medidas de seguridad tomadas en torno a los compañeros de conducción, este nivel organizativo sería, proporcionalmente, el más afectado por la persecución desatada por la dictadura. Indudablemente, la inteligencia militar concentraba sus esfuerzos en la detección de quienes teníamos mayores responsabilidades.

Del reducido grupo de montoneros (13 personas) que en algún momento —desde el golpe militar del 24 de marzo de 1976 en adelante — formamos parte de la Conducción Nacional (CN) o del Secretariado Nacional, la mayor parte de ellos, diez personas, fueron muertos o desaparecidos dentro del país o en países de nuestra periferia (Brasil y Uruguay). Ellos son Alberto Molinas y Carlos Alberto Hobert (1976); Horacio Arrúe, Julio Roqué, Juan Alejandro Barry y Oscar de Gregorio (1977); Horacio Mendizábal (1979); Horacio Campiglia (1980); Eduardo Pereyra Rossi y Raúl Clemente Yagër (1983). En general, las bajas dentro de Montoneros guardan una proporción con los distintos niveles organizativos: a mayor nivel, mayores bajas. El más alto porcentaje de caídas se produjo en los organismos de conducción, donde los datos proporcionados implican que los compañeros muertos o desaparecidos constituyen más del 75% de esa estructura. Un

porcentaje algo menor de bajas, aunque muy alto, se puede verificar en las conducciones zonales y regionales. Ya en el nivel de los demás cuadros orgánicos, oficiales y aspirantes, las cifras se reducen a una proporción mucho menor. En el resto de los compañeros, militantes de agrupaciones, colaboradores y adherentes, las caídas fueron mucho menores.

Detrás de cada una de estas «bajas» había un sueño y una esperanza. Es imposible que el corazón no se contraiga con solo recordarlo. Llevar ese sentimiento a números, cifras o proporciones no hace más que aumentar el dolor. Sin embargo, me parece necesario hacerlo para que esa realidad sepulte la mentira que se hizo y que aún hoy se hace circular, acerca de las conducciones montoneras mandando a otros a la muerte mientras se daban la gran vida. Estos diez compañeros muertos o desaparecidos junto con los tres sobrevivientes (Firmenich, Vaca Narvaja y yo) fuimos los responsables de conducir las políticas montoneras desde el momento del golpe en adelante. Ninguno era un improvisado, varios habíamos estado a la cabeza de las políticas que nos permitieron construir —partiendo prácticamente de la nada—, desde el 25 de mayo de 1973, una organización con prestigio, representatividad y poder. Con el mismo compromiso y responsabilidad abordamos las tareas de conducción después del golpe. Sin embargo, los resultados fueron absolutamente distintos a los alcanzados en la primer parte de nuestra lucha.

Prácticamente los mismos individuos protagonizamos distintos hechos, en las dos etapas, que tuvieron efectos opuestos. En un caso sería la originalidad y el acierto de integrar eficazmente la resistencia violenta con el voto; en el otro, frente a la presión de grandes y diferentes poderes coaligados, los errores fueron más que los aciertos. No supimos utilizar metodologías, tiempos y criterios organizativos adecuados a los sentimientos y prácticas del pueblo. En estas páginas he tratado de reflejar la evolución de nuestras respuestas para que se puedan determinar esos aciertos y errores, con sus respectivos orígenes, recuperando para la memoria del pueblo los ejes de una gesta colectiva cuyos ecos llegan hasta nuestros días. Los señalamientos autocríticos son parte del análisis de una experiencia. Dicha evaluación es tarea de la razón y la posibilidad de avanzar con los menores costos. Pero los hechos producidos forman parte de la pasión. Su enlazamiento integra esa memoria colectiva que mantiene viva la historia de lucha de los pueblos y alimenta las tareas de otras generaciones.

Propuestas de paz

En las páginas precedentes se probó que el golpe del 24 de marzo respondía a las necesidades y miedos del sistema. La injerencia del poder económico ha sido vastamente señalada y probada. Décadas después, la propia justicia del sistema tiene que abocarse a su consideración. Los vínculos de ese poder económico nacional y extranjero forman parte del entramado que aún padecemos. La justa reivindicación de aquella resistencia y el peso de las posteriores luchas populares, lentamente develan esa trama de intereses.

Pero hay otros aspectos de aquella resistencia que se mantienen opacados, casi ocultos. Se trata de las propuestas de paz que comenzamos a formular pocos meses después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Si las mismas hubieran sido escuchadas, se hubieran podido ahorrar muchos dolores. El Episcopado Argentino y el Vaticano fueron las vías elegidas para esas gestiones cuyo propósito era ahorrar mayores sufrimientos a nuestro pueblo procurando soluciones dignas, que partieran de la restitución de la soberanía a su legítimo dueño, el pueblo argentino.

Cartas dirigidas al Episcopado

En diferentes momentos (diciembre de 1976, abril de 1977 y mayo de 1980) a través de tres cartas nos dirigimos al Episcopado Argentino, planteando nuestra disposición al diálogo que permitiera crear las condiciones para la paz.

Carta de diciembre de 1976

No recuerdo la persona encargada de la entrega de esta carta, pero de todas maneras esta sería publicada como «Comunicado N° 5» de la «Oficina de Prensa del Partido Montonero», con fecha 7 de febrero de 1977. Esos comunicados eran enviados simultáneamente a todas las instituciones representativas, entre ellos, lógicamente las autoridades eclesiásticas. En ella se respondía a la Carta Pastoral de la Conferencia Episcopal Argentina en la que hacían referencia a la «subversión». Luego de una serie de consideraciones se les solicitaba la mediación, para poner fin al enfrentamiento.

Carta de abril de 1977

Esta carta, de la que no conservo copia, tenía un contenido semejante, y el encargado de entregarla a sus destinatarios fue Norberto Habegger. Según sus manifestaciones, las cartas fueron entregadas a varios obispos participantes de una reunión del Episcopado. Este compañero se hallaba a cargo de las relaciones políticas en el país y sería

secuestrado en Brasil en 1978, encontrándose aún desaparecido.

Carta del 29 de mayo de 1980

Esta carta fue remitida por intermedio del padre Jorge Adur, capellán del Ejército Montonero. Sabemos que efectivamente la entregó, aunque nunca supimos quién o quiénes fueron los receptores porque cuando salía del país rumbo a Brasil con motivo de la visita de Juan Pablo II, perdimos contacto con él. De todas maneras, su texto se haría público poco después, junto con la denuncia por la desaparición de Adur.

En la carta de Montoneros al Episcopado Argentino se reiteraba nuestra voluntad de contribuir a la paz y se vuelve a solicitar al Episcopado que oficie como canal de comunicación para establecer un diálogo para la paz. Esta carta sería firmada por Firmenich, «en nombre de los restantes integrantes de nuestra Conducción Nacional, compañeros Roberto Perdía, Oscar Bidegain, Ricardo Obregón Cano, Raúl Yäger, Rodolfo Puiggrós, Fernando Vaca Narvaja y Eduardo Pereyra Rossi».

Imagino las presiones y dificultades para que el Episcopado o alguno de sus miembros asumieran el rol de mediación que pretendíamos pero, de todas maneras, no puedo menos que lamentar la falta de respuesta a estos sucesivos intentos de buscar la paz a través del diálogo. Creo que nuestro pueblo merecía una mayor atención a estas propuestas, al margen de la valoración que se hiciera de nuestra lucha. Acudimos a la Iglesia por el rol que puede asumir en las más difíciles condiciones y por lo que significa su palabra en una sociedad como la nuestra, que se define como «cristiana». Fuera de todas estas consideraciones generales formuladas desde la óptica de las responsabilidades que tenía como dirigente montonero, siento en lo personal —como cristiano— un dolor más profundo. Es el sentimiento de abandono por parte de algunos que, debiendo actuar como pastores, en realidad se transformaron en lobos de su redil, en contraposición a otros que dejaron su vida como testimonio de su compromiso.

Es por esto que me parece valioso y reparador el documento producido en fecha reciente por los Cristianos para el Tercer Milenio (CTM), grupo de militantes cristianos políticamente comprometidos, dirigido a la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina y originariamente entregado a las autoridades eclesiásticas el 19 de septiembre de 2012. Se trata de un folleto, «A propósito de las declaraciones del dictador Jorge Rafael Videla», donde dicen:

> En sus reportajes a la revista *Cambio 16*, Videla presenta a la Iglesia como testigo complaciente de la matanza que se estaba desarrollando en nuestra Patria. Comienza el reportaje de Ricardo Angoso del 16 de febrero de 2012

diciendo su autor: «Aún hoy se siente orgulloso de haber sido una de las cabezas visibles del período histórico más deleznable de la historia reciente de Argentina, con miles de desaparecidos y asesinados por la Junta Militar. Eso sí, agradece los servicios prestados, a la Iglesia católica».[…]
Esta inédita situación de reconocimiento criminal por un lado y de señalamiento de corresponsabilidades eclesiásticas por el otro, constituye sin duda un escándalo que por su magnitud reclama de parte de quiénes nos sentimos miembros de la misma comunidad de creyentes y ante el incomprensible silencio de los obispos, una reacción impostergable.
Es la historia la que nos interpela como cristianos y por ello necesitamos dirigirnos a los actuales integrantes del Episcopado exhortándolos y exigiéndoles acciones concretas que repudien las afirmaciones del dictador y demandarles también, los gestos y decisiones que contribuyan a reparar y poner fin al daño causado por las inconductas de sus antecesores.
No podemos dejar de señalar que insistir en el silencio es resignar responsabilidades ineludibles y convalidar hoy, vergonzosas acciones y omisiones del pasado […].
El pasado, si bien inmodificable, es todavía reparable. Lo que no se quiso, no se pudo o no se supo hacer desde la jerarquía episcopal cuando miles de hombres y mujeres, buena parte de ellos nuestros hermanos en la fe, eran secuestrados, torturados, asesinados, privados de su identidad y del derecho ancestral a ser dignamente sepultados; ha tenido un costo altísimo para el poder testimonial y la credibilidad de nuestra Iglesia.
Creemos y confiamos en que existe aún la oportunidad de reparar al menos parcialmente ese pasado y servir así a la mejor comprensión del mensaje evangélico siendo, sobre todo, testigos fieles de su verdad mediante el compromiso activo con los valores que proclama. (212)

Junto a esos dolores reconforta el testimonio entregado hasta el martirologio de los obispos de la Rioja y San Nicolás, Enrique Angelelli y Carlos Horacio Ponce de León respectivamente, asesinados por su coherencia en mantenerse fieles al mandato cristiano de dar su vida por los demás.

Hace algunos años, junto con Vaca Narvaja y otros compañeros tuvimos una larga entrevista con Jorge Bergoglio, el actual Papa, por aquel entonces arzobispo de Buenos Aires. Durante un buen rato reiteré las críticas, fundadas en los hechos que nos tocó protagonizar, sobre el comportamiento de las autoridades eclesiásticas durante la dictadura. Bergoglio permaneció en silencio con la cabeza gacha, sin pronunciar palabra. Recién lo hizo cuando cité al padre Jorge Adur y su rol como capellán del Ejército Montonero. Allí recordó una vieja amistad cuando iba a tomar mate y charlar con Adur. Luego vinculó dos cuestiones que me llamaron la atención. Una, relacionada con un relato del chaqueño Luis Landriscina donde este culminaba un cuento costumbrista con un remate final que se refería a la lejanía e invisibilidad de los dueños del

capital. Bergoglio vinculó esa situación con una tradición bíblica donde aparece el diablo como alguien que, sin ser visto, provoca desdichas y enfrentamientos, por lo que existe la necesidad de «pintar al diablo». Asimiló al capital con el diablo y planteó la necesidad de hacerlo visible e identificarlo, para que sepamos cómo interviene en nuestra vida cotidiana. Al terminar la charla me saludó diciéndome: «dedíquese a pintar al diablo». Esa fue mi única relación con este hombre, de controvertida actuación durante la dictadura, aferrado a un pensamiento fuertemente conservador en cuestiones vinculadas a los dogmas de la Iglesia y cuestiones morales, aunque preocupado por los temas y la situación social. Con posterioridad lo vi, en un par de ocasiones, caminando desapercibido en la Plaza de Mayo, con ropas de calle y una gorra, en medio de manifestantes con los que estábamos reclamando por reivindicaciones sociales.

Gestiones ante el Vaticano

Hacia fines de 1978 también hicimos un pedido al Vaticano para que intentara una gestión pacificadora. El pedido concreto lo formularía Firmenich en Roma. Simultáneamente, ante la gravedad que iba tomando el conflicto por el Canal de Beagle, se planteó la mediación papal en aquella cuestión. El Vaticano aceptó y tramitó nuestra petición, que procuraba poner fin al enfrentamiento interno. En función de estas gestiones de paz, me reuní en dos oportunidades con el sacerdote jesuita padre Fiorello Cavalli.

El padre Cavalli fue uno de los dos asistentes que acompañaron al Cardenal Antonio Samoré en las gestiones que hiciera ante los gobiernos de Argentina y Chile para evitar la confrontación bélica entre estos países. Estas reuniones con el padre Cavalli, realizadas en los primeros meses de 1979, se concretaron en la sede de la revista *Civiltá Cattolica* en Roma.

En la primera, el padre Cavalli me hizo saber que la gestión le había sido encargada a monseñor Pío Laghi, nuncio en la Argentina, y que este ya había trasmitido a los miembros de la Junta Militar nuestra propuesta de iniciar un diálogo para la paz.

En la segunda y última reunión, me comunicó que, lamentablemente, la respuesta que el nuncio le había transmitido era negativa. La Junta Militar no aceptaba el diálogo con nosotros ni la mediación del Vaticano. Respecto del nuncio, con el tiempo iría trascendiendo su posición cercana a la Junta Militar, comentándose que solía jugar al tenis con Eduardo Massera. De su relación con los jerarcas de la dictadura dejó un testimonio el profesor de derecho canónico de la

Universidad Católica de Muenster, Horst Hermann:

> El máximo representante del Vaticano en la Argentina fue uno de los apoyos más eficientes del régimen militar. Se puso al lado de los opresores […] y transmitió, a los que consideró sus hermanos, la bendición del Papa. Los «hermanos» fueron elogiados personalmente por el nuncio porque «están dispuestos a verter su sangre obedeciendo órdenes de sus superiores». (213)

Montoneros y la «campaña antiargentina»

Dado que casi toda Suramérica estaba viviendo situaciones complejas desde el punto de vista institucional, se decidió que los lugares de asentamiento serían México y Europa.

Unos meses antes del golpe en la Argentina habíamos abandonado nuestros asentamientos en Perú, cuestión que estuvo motivada por el desplazamiento de la jefatura del Estado peruano del general Juan Velazco Alvarado y el advenimiento de un poder militar, conducido por el general Francisco Morales Bermúdez, en línea con la política de los Estados Unidos en la región.

En México se priorizaría el aspecto organizativo y en Europa las denuncias políticas. La salida al exterior ayudó para integrar el espacio internacional a varios aspectos de nuestra política. Por un lado, permitió reforzar aspectos logísticos, como por ejemplo las investigaciones y el montaje de los aparatos con los que se interfería el audio de la televisión. Lo que denominábamos RLTV: Radio Liberación TV. También se facilitaron las posibilidades para la investigación y fabricación, en talleres propios, de algunas armas y el aprovisionamiento logístico. Por otro lado, pudimos fortalecer la solidaridad internacional contra la violación de los derechos humanos por parte de la dictadura militar. Lo que los militares denominaron la «campaña antiargentina» serviría para debilitar a la dictadura y, en muchos casos, salvar vidas de compañeros, limitar los tormentos o lograr su libertad a través de países que daban las visas correspondientes para recibir a quienes estaban a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) y optaban por su derecho constitucional a abandonar el país. Esos países completaban su solidaridad haciendo los reclamos diplomáticos para acelerar trámites que los funcionarios de la dictadura demoraban todo lo posible.

En esa época el gobierno militar había cerrado acuerdos comerciales con el bloque soviético, y los funcionarios internacionales que respondían a esa orientación bloquearon sistemáticamente los intentos para que la Comisión de la Organización de Estados Americanos (OEA) visitara la Argentina, presencia que recién se pudo concretar en

septiembre de 1979 cuando ya estaba prácticamente consumada la masacre sobre una generación. (214)

El Partido Comunista Argentino (PCA) con su política de «evitar el mal mayor de los sectores pinochetistas» a los que identificaba con los generales Menéndez y Suárez Mason, terminaba apoyando a Videla. Al cumplirse el primer aniversario del golpe de Estado, uno de los máximos dirigentes del PCA, Fernando Nadra, a pesar de su solidaridad individual, expresaba: «Hay sectores muy democráticos en nuestras Fuerzas Armadas, de modo que si nos comparan con Chile nosotros no somos Chile, e hizo muy bien el general Videla en marcar las diferencias en su reciente visita a ese país [Estados Unidos]». (215) En un sentido semejante se expresaría, algunos meses después, el dirigente histórico y responsable sindical del PCA, Rubens Íscaro. En un folleto de diciembre de 1977, decía:

> Para llevar a ello habrá que recorrer un camino, transitar ciertas etapas, que serán dictadas por las condiciones particulares de nuestro país. La actual etapa está caracterizada por la necesidad de restablecer la democracia, frustrando las pretensiones de los sectores que presionan por la instauración de un poder despótico. Este objetivo actual de la clase obrera y de todas las fuerzas populares exige apoyar decididamente los objetivos democráticos postulados por los sectores moderados del gobierno y de las Fuerzas Armadas, que abogan por el diálogo y la convergencia cívico militar.
>
> Estos objetivos acaban de ser reiterados por el Presidente de la Nación en su discurso del 20 de diciembre en la Cámara de Anunciantes y en su mensaje de Navidad propalado desde Caucete. El general Videla abogó por la «articulación de una esfera de libertad personal […] donde el hombre pueda ser dueño de su propio destino y no un objeto de las arbitrariedades e injusticias públicas o privadas». Expresó que «las Fuerzas Armadas no necesitan todo el poder»; «por el contrario, necesitan que todos participen del poder». Señaló que una lección de la historia es que «la búsqueda de las coincidencias ha sido la única forma de superar las graves crisis». Reiteró que esta etapa «necesitará del aporte imaginativo de los distintos sectores y de todas las tendencias, con la sola excepción de los subversivos y los corruptos». […] Estos Objetivos son, justo es decirlo, de todo el pueblo argentino y por lo tanto merecen su más cálido y decidido apoyo. (216)

Como consecuencia de estas políticas no pudimos contar con el apoyo de esa red de la «izquierda», que tan solo aportaba a la solidaridad —absolutamente legítima, por otra parte— con los exiliados chilenos. Esta situación no permitió expresar, con la potencialidad necesaria, los reclamos internacionales contra la dictadura. Debimos impulsar, por nuestros propios medios, la acción de distintos organismos internacionales vinculados al tema, creando Comités de Solidaridad. Estos, en las más importantes capitales del mundo, canalizaron el

apoyo a las víctimas y la denuncia acerca de la situación que se vivía en Argentina.

Afortunadamente, nuestra organización contaba con recursos propios y por eso lograría llevar adelante esas acciones y sostener la resistencia, ampliándola al campo internacional con los conocidos efectos que tuvo sobre la dictadura. Desde el exterior se mantendría un vínculo difícil y accidentado con los compañeros presos y sus familiares. Teníamos muchas dificultades promoviendo su organización y acercando la ayuda que fuera posible. Esto se hizo complementando distintos mecanismos: correspondencia, viajes de familiares que vivían en el país, viajes de compañeros desde el exterior hacia el país. Muchos compañeros dejaron su vida saliendo o entrando al país o dentro del mismo, cumpliendo con estas tareas de solidaridad. Adriana Lesgart, Inés Goldemberg, Eduardo Escabosa, son algunos de esos —casi anónimos— compañeros cuyos nombres merecerían el reconocimiento junto a los demás luchadores por los derechos humanos.

En algunos organismos de derechos humanos, nuestros compañeros no lograban resolver distintas contradicciones. En muchos casos, estos organismos, cuando se referían a las víctimas de la represión, en lugar de reivindicarlas como lo que eran, militantes de la lucha popular, preferían mencionarlos como «víctimas inocentes» de una política represiva indiscriminada. Pero el tiempo ha corrido el velo y demostró lo que siempre sostuvimos: que la inmensa mayoría de los torturados, presos, muertos o desaparecidos formaban parte de uno u otro modo de la resistencia popular a la usurpación del poder concretada por la dictadura a partir del 24 de marzo de 1976.

El exilio contribuyó a fortalecer el distanciamiento de nuestras estructuras y aparatos organizativos con respecto a la realidad cotidiana de lo que acontecía en el país. Se fue agudizando el divorcio de la organización con la situación real de la resistencia dentro del país, y cada día que transcurría se diluía más la posibilidad de que Montoneros ejerciera la conducción del conjunto.

Durante este período también se profundizaron, dentro de la organización, las tendencias más militaristas. La división entre Partido y Ejército, el uso de uniformes, los grados e insignias, no se correspondían con la evolución de la resistencia ni de nuestra fuerza real en Argentina.

No obstante, algunas razones eran atendibles, en tanto que apuntaban a fortalecer las gestiones para el reconocimiento del «Ejército Montonero» como *fuerza beligerante* y así poder exigir el cumplimiento de las Convenciones de Ginebra sobre la Guerra, particularmente en lo que hace al tratamiento de prisioneros.

Como parte de esta estrategia, pero también como un reconocimiento al arraigado espíritu cristiano de nuestro pueblo, el padre Jorge Adur, sacerdote de la orden de los agustinos asuncionistas, sería designado capellán del Ejército Montonero, aceptándolo previa consulta con los superiores de su Orden. Se le otorgó el grado de capitán y uniforme.

Entrerriano, de Nogoyá, Jorge Adur había sido ordenado sacerdote en 1961 y dedicó toda su vida sacerdotal al trabajo junto a los humildes. Justamente por este compromiso, pocas semanas después del golpe sería allanada la parroquia a la que pertenecía, y como no lo encontraron secuestraron a los seminaristas Raúl Eduardo Rodríguez y Carlos Antonio Di Pietro, de la misma orden, que aún permanecen desaparecidos. La carta en la que explica los motivos por los que toma esta decisión, exime de mayores comentarios:

> En esta carta quiero hacerlos partícipes de mi decisión de asumir, personal y públicamente la capellanía del Ejército Montonero y responder, así, al pedido de su Comandancia. […] Desde la Iglesia a quien todo le debo y por la cual todo lo he perdido, comparto los destinos de los hombres que viven y mueren por los grandes intereses del pueblo. Como en otros momentos no menos dolorosos pero extremadamente esperanzadores, recuerdo aquella frase evangélica: «No hay más grande amor que aquel que da la vida por los suyos, sus amigos» (Jn,15,13). Como parte de esta Iglesia que dio a Fray Luis Beltrán al ejército popular sanmartiniano, no puedo dejar de recordar las figuras del padre Carlos Mugica, del obispo Mons. Angelelli, del padre Pablo Soares, del seminarista Emilio Barletti… y de tantos otros que, en tanto cristianos políticamente comprometidos de por vida, sellaron con el martirio su opción y consagración al pueblo y la lucha de los trabajadores argentinos. (217)

El padre Jorge había reingresado clandestinamente al país para llevar su solidaridad a familiares de presos y desaparecidos, para coordinar tareas con grupos cristianos que viajarían a Brasil con motivo de la visita del Papa y para entregar una carta que estábamos remitiendo a los miembros del Episcopado Argentino. Cuando salía hacia Brasil para la reunión con el Papa, fue secuestrado y desaparecido. Aún conservo el crucifijo que me entregó antes de partir al que sería su último viaje a la Argentina.

Horacio Mendizábal, en su carácter de jefe del Ejército Montonero y el padre Jorge Adur, como capellán del mismo, hicieron en Ginebra las presentaciones pertinentes procurando nuestro reconocimiento en ese carácter de «fuerza beligerante». Estas gestiones chocaron con un primer problema: la exigencia de que para reconocer el carácter que pretendíamos se requería ejercer algún tipo de control territorial. Cabe recordar que estas normas que legislaban sobre el «carácter beligerante» de «fuerzas irregulares» habían sido instauradas en el

marco de las luchas anticoloniales. En ellas, los movimientos independentistas desarrollaban su lucha «liberando» territorios. Por cierto que ese no era nuestro caso. Cuando se habían empezado a discutir las posibilidades de salvar ese requisito, en función de las condiciones particulares del enfrentamiento que vivíamos, otros acontecimientos frustraron esas pretensiones.

La muerte de Mendizábal en 1979 en Buenos Aires —vinculada a la «contraofensiva» desarrollada ese año— y la desaparición del padre Adur con motivo de su viaje a Brasil en 1980 cuando iba al encuentro del Papa, demoraron indefinidamente estas gestiones que, por otra parte, ya estaban perdiendo sentido dada la situación que tenían nuestras fuerzas.

Los años de 1976 y 1977 constituyeron a todas luces un período de dolor. El resquebrajamiento organizativo, la pérdida de compañeros, la salida del país, constituyeron situaciones que absorbían el tiempo y desgastaban, corroían el alma. Es por eso que los acontecimientos que transcurrían fuera de nosotros quedaron desdibujados. Son los tiempos del exilio negado. De la soledad y el enclaustramiento. De reducir al mínimo los movimientos, para no darle chances a la dictadura que buscaba atraparnos. El reloj en mi muñeca que, obviando los cambios de meridiano, porfiadamente, seguía aferrado a la hora de nuestro país, era el gesto desesperado por retener la comunicación con aquellas cosas que hacen que uno sea lo que es. Cada vez que se hablaba de alguien que estaba en el país, yo miraba mi reloj y lo imaginaba en su tiempo, medio dormido y corriendo para llegar en horario al trabajo aunque yo estuviera por almorzar en Madrid. El gusto por el mate y el tango iban de la mano, y crecían junto a la nostalgia. Era como si se aguantaran mutuamente dándonos esa fuerza que la distancia, a veces, erosiona. Pocos sucesos se salvaron del olvido. Las muertes de Charles Chaplin y Mao Tsé Tung, apenas desfilaron delante de mis ojos. También murió uno de los patriarcas del tango, Juan D'Arienzo. Pero era como si no quedara lugar para recordarlos.

El triunfo electoral y la asunción de Jimmy Carter como presidente de los Estados Unidos mejoraban las condiciones para que el «Caso Argentino», junto con las denuncias sobre las notorias violaciones a los derechos humanos, comenzara a abrirse camino en los organismos internacionales. Respecto de América latina, el presidente Carter anunciaba que dos temas serían privilegiados en su agenda: la solución de los históricos problemas con Cuba y Panamá. Acerca del primero no habría grandes avances. En relación con el segundo, se firmaron los acuerdos Torrijos-Carter por los cuales se le reconocería a los panameños la soberanía sobre el Canal. Mientras se cumplían los plazos

estipulados en este tratado, nuevas intervenciones armadas de Estados Unidos en Panamá irían diluyendo los efectos del acuerdo establecido. De todas maneras, el 1° de octubre de 1979 Panamá entraba al Canal, dando inicio a un largo camino hacia la definitiva recuperación de la soberanía sobre ese pedazo de territorio americano. Invitados por el gobierno panameño, una delegación del Peronismo Montonero participó de esas ceremonias que formalizaban el cumplimiento de los acuerdos Torrijos-Carter.

El «Caso Graiver» y Papel Prensa

En los últimos años, las cuestiones vinculadas a Papel Prensa han tomado un vuelo inusitado. No es objetivo de este trabajo penetrar en esa trama, solo se la rozará en aquellas cuestiones que tienen que ver con nuestra relación con David Graiver. De todas maneras cabe recordar que el «Caso Graiver» se desató con su muerte; más recientemente se continuó con el «Escándalo de Papel Prensa».

David Graiver era un joven empresario y extraño personaje. Pero en realidad, ¿quién era, qué quería David Graiver? ¿Un gran empresario, que procuraría consolidar el poder construido desde la nada por ese inmigrante polaco, Juan Graiver, su padre, en los sectores de la banca y la construcción? ¿Un revolucionario que aspiraba a cambiar su país, para bien de su gente? ¿Un obsesionado por el poder? ¿Un aspirante a gurú de las finanzas internacionales? ¿Un defensor del empresariado nacional en su desigual pelea con los grandes conglomerados internacionales? Es probable que nunca se sepa qué es lo que realmente ambicionaba, tal vez haya sido un poco de cada cosa.

También fue mucho lo que se hablaría de su relación con la inteligencia israelí (Mossad) o de las conexiones de su familia con el arzobispo de La Plata, monseñor Antonio Plaza, aunque tal vez, sus relaciones más importantes estaban por el lado del grupo Kennedy del Partido Demócrata de Estados Unidos. Esa relación pudo haber sido establecida vía la fuerte comunidad judía en ese país, allí tenía una considerable influencia su amigo Jacobo Timerman. Lo cierto es que la vida de Graiver quedaría entrelazada a nuestra historia. Y lo más probable es que su muerte también.

Nunca vi personalmente a David Graiver, aunque obviamente, conocí las relaciones que Montoneros mantuvo con él. En 1973, cuando Graiver tenía 32 años, el «Negro» Quieto mantuvo las primeras reuniones orgánicas. Graiver, en esa época, impulsaba las actividades del empresariado nacional, organizado en la Confederación General Económica (CGE), que tenía como cabeza visible a José Gelbard. Allí

sería uno de los principales impulsores de la importante obra social de los pequeños y medianos empresarios APS. Dentro de la CGE era el mentor de la Confederación Económica de la Provincia de Buenos Aires, cuya presidencia ejercía Juan Ramón Nazar.

Por eso coincidimos en la conveniencia de fortalecer los acuerdos con este personaje, como un paso más en nuestra pretensión de consolidar una alianza de más largo alcance con este sector. Todo esto en el marco del frente social y político que veíamos como alternativa para aquella Argentina. No recuerdo las características de esas primeras reuniones que mantuviera Quieto con Graiver, pero sé que, a partir de 1975, una parte de nuestros recursos pasaron a ser administrados por David Graiver.

Durante un tiempo, posiblemente más de un año, la relación se desarrollaría normalmente. Graiver cumplía sus compromisos y periódicamente entregaba el monto que se había acordado. Este vínculo y algunas relaciones personales que algunos compañeros establecieron con Graiver nos permitieron conocer algunos detalles del complejo entramado financiero en el que se movía. Durante algunos meses la carrera financiera de Graiver fue fulminante, en poco tiempo se haría de dos bancos internacionales, uno en Bruselas y el otro en Nueva York.

Pero en el mes de agosto de 1976, poco tiempo después del golpe militar, el vertiginoso crecimiento de ese emporio financiero tuvo una estrepitosa caída. En las primeras horas del 7 de agosto de ese año, Graiver volaba de Nueva York a Acapulco. Viajaba como único pasajero en un jet birreactor para pasar el fin de semana con su mujer, Lidia Papaleo, y con su hija en las playas mexicanas. Mientras algunos relámpagos iluminaban las nubes, a treinta kilómetros de Chilpancingo y a menos de diez minutos del aeropuerto de Acapulco, el avión inició el descenso. Pocos segundos después se estrellaría contra las montañas. Allí moriría Graiver y nacería la polémica. ¿Era Graiver quien viajaba en el aparato?, ¿fue accidente o atentado? En ese caso, ¿quién era el responsable?

Cuando nos enteramos del accidente reverdecieron los relatos sobre la reunión que uno de los miembros de la conducción, Raúl Clemente Yäger, había tenido con Graiver en México algunas semanas antes de este suceso. En junio de 1976 Yäger viajó a México. Visitó a su compañera que había logrado salir del país haciendo uso del «derecho de opción» que le reconoce la Constitución a los presos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. El otro objetivo del viaje era reunirse con David Graiver. A su regreso nos contó acerca de esa reunión. El detalle más significativo era la confianza que Graiver se tenía para resolver sus problemas con los militares que gobernaban en nuestro país.

El gobierno de la dictadura militar quería incluirlo en el *Acta de Responsabilidad Institucional* que sancionaba con la pérdida de los derechos políticos y gremiales más la inhabilitación para ejercer cargos públicos, la prisión y la prohibición de administrar sus bienes personales. Él, rebosante de voluntad y poder, aseguraba que no lo incluirían: «A mí no me pueden tocar, los tengo agarrados, manejo Papel Prensa, sin papel no tienen diarios y sin los diarios no pueden gobernar». Sesenta días después, esa fortaleza quedaría desparramada junto a sus restos en los cerros de Chilpancingo.

Efectivamente, desde 1973, Graiver manejaba Papel Prensa, que en aquella época era una empresa prácticamente monopólica, abastecedora de la mayor parte del papel que consumen los principales diarios argentinos. El hecho concreto es que pocos días después de su muerte su construcción financiera se derrumbaría. Quienes quedaron a cargo del manejo de sus negocios hicieron llegar distintas propuestas para resolver el reintegro de los recursos que administraban. Hacían referencia a acciones del diario *La Opinión* que dirigía Jacobo Timerman y a Papel Prensa. Lo cierto es que nada de eso se concretó.

Poco después, Timerman, los miembros de la familia Graiver y directivos de sus empresas serían detenidos. Jorge Rubinstein, uno de los funcionarios allegados a Graiver y detenido con motivo de estos hechos, moriría en un centro de detención en abril de 1977. Se tiene dicho que, respecto de Timerman, en septiembre de 1979, la Corte ordenaría su libertad luego de trabajosas y reservadas gestiones del gobierno israelí. Su liberación provocó graves conflictos dentro del poder militar, algunos sectores intentaron impedir su salida del país bloqueando, en la Avenida Ricchieri, el automóvil que lo conducía a Ezeiza. Esto solamente se pudo concretar cuando Videla, en nombre de los secretos acuerdos y compromisos contraídos con Israel, amenazara con su renuncia. Después de varias horas, el automóvil en el que iba Timerman pudo seguir viaje.

A partir de la detención de la familia Graiver y de la incautación de sus bienes por parte del Estado, desde la conducción de Montoneros no han existido, ni se han promovido o autorizado más relaciones con los miembros de la familia Graiver. Aunque efectivamente fui citado por la Justicia Federal para testimoniar sobre el tema. Mis dichos están enmarcados en lo que aquí he relatado.

El presidente Raúl Alfonsín acordó pagar una indemnización a la familia Graiver como resarcimiento por la incautación de sus bienes por el Estado. En septiembre de 1989, (218) fueron bloqueados los pagos que aún no se habían realizado, y luego de diversos trámites judiciales entregados a Jorge Born. Hubiera sido una satisfacción que los fondos

que la familia Graiver no restituyera a Montoneros se hubieran destinado a una finalidad de interés social como era nuestra intención, pero lamentablemente no pudo ser así.

Esta es la verdad de los hechos que me tocaron protagonizar. Todas aquellas versiones que hicieron o hagan referencia a otras negociaciones o acuerdos de nuestra parte con la familia Graiver son falsas, e imagino que sus objetivos lo sabrán los propaladores de tales mentiras.

El Movimiento Peronista Montonero y su presencia internacional

El Movimiento Peronista Montonero (MPM) se construyó como una estructura que englobara al conjunto de las fuerzas identificadas con nuestra visión sobre la realidad y las perspectivas del peronismo y aquella coyuntura. Su propio nombre contiene la idea de transformación del peronismo.

Desde 1974 veníamos debatiendo sobre el «agotamiento del peronismo y su crisis de identidad». Desde aquel entonces desarrollábamos la idea de que Montoneros debía constituirse en la identidad superadora, que le diera trascendencia a ese movimiento.

El lanzamiento del MPM se produjo en Roma, en abril de 1977. Queríamos sintetizar, en los nombres que constituirían su Consejo Superior, las distintas experiencias y expresiones sociales del peronismo. En su Mesa de Conducción o Consejo Superior coexistían figuras altamente representativas como los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano junto a históricos militantes del peronismo combativo como Arnaldo Lizaso, el tucumano Julio Rodríguez Anido y el puntano Julio Suárez. También estaban el «Negro» Gonzalo Cháves, el ex dirigente municipal y ex diputado nacional Armando Croatto y José Dámaso López, dirigente químico de San Lorenzo y secretario general de la Confederación General del Trabajo en la Resistencia (CGTR), quienes fueron sus principales referentes a nivel sindical. Se sumaban intelectuales como Rodolfo Puiggrós, Norman Briski como expresión de los artistas, Juan Gelman, Pedro Orgambide, Miguel Bonasso, entre los poetas y escritores. Entre las mujeres, Adriana Lesgart y Lidia «Lily» Mazzaferro, que se habían destacado en la defensa de los derechos humanos de los perseguidos por la dictadura de Lanusse; René Chávez, diputada neuquina, y María Antonia Berger, una de las sobrevivientes del fusilamiento de Trelew. Osvaldo Lovey y Carlos Píccoli, ex dirigentes de las Ligas Agrarias, formaban parte de su Consejo Superior, en representación del Frente Agrario. Junto a ellos, los jóvenes que habían irrumpido en los últimos

años de la mano de la experiencia montonera: Guillermo Amarilla, junto a Rodolfo Galimberti y otros, completaban ese Consejo Superior. Firmenich fue su secretario general y Vaca Narvaja, el secretario de Relaciones Internacionales. Su incidencia organizativa y política dentro del país fue muy débil pero se constituyó, en cambio, en un importante referente internacional. En un valioso instrumento para fortalecer la solidaridad y apoyo internacional. Los primeros ministros de Suecia, Olof Palme, y de España, Felipe González; el presidente de Francia, Francois Mitterand; el secretario general de la Internacional Socialista, Bert Carlson, entre otros líderes y autoridades europeas, recibieron a los miembros del Consejo Superior del MPM y se promovieron acuerdos que facilitaron la solidaridad de sus pueblos. En la misma dirección se avanzaría con las principales centrales sindicales de Italia, Francia, España, Suecia, Inglaterra, Bélgica y Argelia, en acuerdos concretados por los compañeros de la rama sindical. Los acuerdos en materia de solidaridad también se extendieron a algunos países africanos, como Mozambique y Tanzania.

En México se había desarrollado una relación muy estrecha, de la que Rodolfo Puiggrós fue el principal artífice, cuya histórica defensa de la Revolución Mexicana despertaba el agradecimiento de los mexicanos. Por otra parte el gobierno de aquel país mantenía una tensa relación con la dictadura militar argentina por cuanto esta no le otorgaba la visa para viajar a México al ex presidente Cámpora, su hijo Héctor Pedro y Juan Manuel Abal Medina, que se habían refugiado en la Embajada de ese país en Buenos Aires. El gobierno mexicano tendría otros problemas con el gobierno argentino. Pocos días antes del golpe, veintisiete miembros de la familia Vaca Narvaja habían buscado refugio en esa embajada. La familia tenía sobrados motivos para pedir protección. Hugo, abogado y apoderado del Partido Auténtico, mientras permanecía preso había sido retirado de la celda y asesinado, invocando un burdo «intento de fuga». Miguel Hugo Vaca Narvaja, padre del anterior y ministro del Interior del presidente Arturo Frondizi, fue secuestrado y asesinado por quienes se hacían llamar «Comando Libertadores de América». Su «delito» fue haberse negado a firmar una declaración —que le acercaron enviados de las autoridades militares del III Cuerpo— para que repudiara la militancia de su hijo Fernando.

El gobierno mexicano actuó con rapidez y eficacia para desbaratar, en enero de 1978, un intento del gobierno argentino que tenía por objetivo secuestrarnos en tierra mexicana, el personal civil y militar afectado a esa operación terminaría siendo detenido en tierras aztecas. La presencia de Valenzuela y la detención de los agentes enviados por

la dictadura para actuar ilegalmente en México, permitió mostrar, ante los distintos organismos internacionales, un ejemplo concreto acerca de cómo operaba la represión en nuestro país y en el extranjero. La maniobra fue denunciada por el compañero Tulio «Tucho» Valenzuela que, habiendo sido capturado y llevado a un centro clandestino en Rosario, simuló colaborar con sus captores y luego los denunció en México, dejando como rehenes en Rosario a su compañera y a su hijo. Particularmente tenía un especial aprecio por «Tucho», que en esos momentos era responsable de la zona de Rosario. Sumamente inteligente, era capaz de percibir detalles que para otros pasaban desapercibidos, por lo que resultaba gratificante conversar con él. Formado en un medio politizado, su padre había sido embajador; y un hermano suyo, Héctor Rufino Valenzuela, diputado nacional por el «bloquismo» sanjuanino, una fuerza provincial aliada al peronismo.

La decisión que adoptamos desde la Conducción de Montoneros, de despromover a Valenzuela, motivaría variadas críticas, al igual que la aceptación de su propuesta de volver al país. En este sentido desde la Conducción fuimos débiles y, más allá de esa explícita y fuerte voluntad de volver, tendríamos que haberlo impedido. Tras grabar videos y formular variadas denuncias internacionales «Tucho» regresó al país. Poco después del regreso fue asesinado por las fuerzas represoras. Respecto a la despromoción, tomamos la decisión a partir de la lógica de ese momento. Se trataba de no alentar opciones que pudieran servir al enemigo para hacerse de más datos sobre los militantes de nuestra organización, pues sabíamos que ello no hacía más que facilitarle la realimentación de su escalada represiva. Los límites y características de este criterio fueron variando, buscando ajustarlos a cada momento.

«La pastilla»y el derecho al sentido de la vida

Es sabido que el tema de la información que se le entrega al enemigo bajo tortura es un problema de todos los movimientos de liberación y nosotros no fuimos una excepción. Si bien ello está estrechamente ligado al estado moral de las fuerzas enfrentadas, en cada momento de esa confrontación siempre existen medidas organizativas para sobrellevar esas traumáticas situaciones. Al inicio de la resistencia el criterio fue que el compañero que caía en manos del enemigo no debía entregar ningún dato operativo que pusiera en riesgo a otros compañeros. Luego hubo una flexibilización y planteamos que después de las 48 horas de la detención, cada compañero podía proporcionar algunas informaciones al enemigo. Se suponía que, en ese lapso, el

segmento organizativo afectado por esa detención tendría tiempo de poner a salvo los aspectos críticos. Más adelante comenzaron a trascender los detalles sobre el trato que recibían los compañeros presos. Nos anoticiamos de la generalización de las desapariciones. Aquella alevosía de una tortura sin límites de tiempo ni forma apuntaba a la destrucción moral y la consecuente entrega de información. Todo lo cual, en la mayor parte de los casos, tampoco salvaba la vida. Fue a partir de estas circunstancias que se consideraría el uso de la «pastilla», dosis de cianuro que permitía la autoinmolación. Primero se planteó que la portaran los compañeros de los ámbitos de conducción. Los integrantes de otros niveles organizativos criticaron la medida. Reclamaron que ello, más que una «mayor obligación», constituía un «privilegio»: no caer vivo en manos del enemigo. Fue por ello que se amplificó la posibilidad de su uso. Esto hizo que las fuerzas represivas incorporaran a sus «grupos de tareas» a personal especializado en rápidos lavajes de estómago para evitar sus letales efectos. Sabemos que esto sucedió en innumerables casos.

Es natural que la comprensión y justificación de esa decisión, desde las actuales circunstancias, se vuelva muy difícil. Las experiencias vividas en otras culturas, en situaciones límites, nos refieren respuestas que no dejan de conmovernos. Tal es el caso de este relato proveniente de la tradición oral:

— Maestro, ¿se puede violar la ley?
— Se puede, pero no se debe.
— Maestro, ¿cuándo se debe violar la ley?
— Cuando el sentido de la vida está en peligro.

Durante el levantamiento del Gueto de Varsovia contra los nazis, los combatientes consultaron de este modo al viejo rabi: «Maestro —le dijeron— hoy es Kipur [día del perdón], ¿podemos purificarnos sin ayuno?». El rabi que los sabía extenuados por la mala alimentación y el desigual combate, sin decir palabra tomó un trocito de pan ácimo y comió. Idéntico humanismo bíblico autorizó a los combatientes a autoinmolarse disparando contra sí la última bala, y evitar de este modo que aquella locura desatada les arrebatara hasta su muerte; es decir el derecho a defender el sentido de su vida. Como lo expresó Gabriel García Márquez en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura en 1982, hablando de sus expectativas acerca de «una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir». (219)

Personalmente entiendo que —ese gesto supremo— constituía la última victoria de la vida, en la dignidad de la propia y en la

preservación de otros compañeros. Triunfaba sobre la bestialidad de aquella represión sin códigos, ni moral, ni valores. En esas condiciones podía llegar a entenderse que era un último e importante acto de libertad, reservarse el derecho de elegir la muerte y no permitir que el enemigo tomase esa decisión. En todo caso, el problema de fondo no es cómo se adoptaron aquellas resoluciones sino cómo se llegó a plantear esa necesidad. Quizás estas páginas puedan brindar alguna explicación.

«Plan Cóndor»: Argentina aplica y exporta terrorismo de Estado

El relato del intento de la dictadura militar —en el caso de «Tucho» Valenzuela— de trasladar sus métodos operativos al espacio internacional, no fue el primer caso ni sería el último, sino que sería parte de la doctrina militar de las Fuerzas Armadas Argentinas. En la XIII Conferencia de Comandantes Generales de los Ejércitos Americanos realizada entre el 5 y 10 de noviembre de 1979 en Bogotá, el general Roberto Viola propuso la lucha conjunta de los ejércitos del continente contra la «subversión comunista», para lo cual imaginaba —irresponsablemente— una estrategia de «guerra sucia». Dijo Viola: «El punto de vista común de la legalidad, basada en las leyes internacionales, parece haber perdido actualidad cuando se refiere a la agresión marxista». (220)

Los militares argentinos, a su modo, quisieron transformar la Doctrina de Seguridad Nacional en una «doctrina de seguridad regional». Pero estas propuestas no eran totalmente novedosas sino que tenían un antecedente en la «Operación Cóndor», que consistió en la coordinación operativa de la represión más allá de las fronteras nacionales.

Los montoneros padecimos en forma reiterada estas acciones de terrorismo internacional. En noviembre de 1977 fue secuestrado, cuando ingresaba a Uruguay —por Colonia—, el compañero Oscar de Gregorio, miembro del secretariado de Montoneros. Simuló colaborar para entregar una cita —que tenía conmigo— y una vez en la calle salió corriendo por la Avenida 18 de Julio, en pleno centro de Montevideo. Fue herido y trasladado a la Argentina, donde murió tiempo después. Según compañeros que compartieron su cautiverio como desaparecido, ello ocurrió cuando los represores dijeron llevarlo para ser sometido a una operación quirúrgica. En esos mismos días fue muerto en las proximidades de Montevideo Juan Alejandro Barry, quien había sido responsable de la Regional Litoral y que, luego de la muerte de Arrúe, se había hecho cargo de la Secretaría Política de Montoneros. Con motivo de esos mismos operativos fue detenido Jaime Dri, ex diputado de la JP en la provincia del Chaco, que sería

trasladado a Buenos Aires. Al igual que De Gregorio, estuvo desaparecido en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y en centros clandestinos de detención. Tiempo después, cuando fue llevado a la frontera con Paraguay para que «colaborara» en el control de los puestos fronterizos, lograría fugarse a ese país, escapando del infierno. La detención —también en Montevideo— del eximio pianista argentino Miguel Ángel Estrella, en relación con la misma escalada represiva, logró trascender el silencio del miedo y la censura, alcanzando notoriedad internacional. La petición de varios gobiernos, distintas organizaciones internacionales y la especial preocupación de Danielle —la esposa del presidente de Francia Francois Mitterand— y de varios artistas de fama mundial, lograron arrancarlo de la cárcel. Carlos Valladares, montonero, tucumano y amigo de Estrella, viajaba de Brasil a Uruguay. Cuando llegó al aeropuerto de Carrasco se dio cuenta de que su viaje había sido detectado. Obviamente estaba desarmado y, sin otra defensa, salió corriendo y prefirió autoinmolarse con la «pastilla» antes de caer en manos de sus captores. En Perú, también en 1977, oficiales argentinos y del servicio de inteligencia peruano secuestraron en Lima a Carlos Alberto Maguid, quien había estado preso con motivo del «Caso Aramburu». En agosto de 1978 fue secuestrado en Río de Janeiro el compañero Norberto Habegger —uno de los fundadores de Descamisados— que era parte de la Secretaría Política del Movimiento Peronista Montonero. Estaba coordinando los detalles de una reunión a realizar dentro del país con dirigentes del peronismo histórico. Entre otros, participarían los ex diputados Alberto Stecco y Adam Pedrini y el dirigente gremial Paulino Niembro.

Habegger estaba encargado de arreglar esa reunión a cuyos efectos habíamos previsto mi ingreso al país. El objetivo de la misma consistía en dar a conocer a estos compañeros los replanteos de nuestra política expresados en un documento titulado «La reunificación, transformación y trascendencia del peronismo. Bases de la unidad nacional contra la dictadura militar». En ese documento se decía:

> Cualquier error cometido en el pasado es menos grave que impedir la reunificación del Movimiento en la actualidad […]. La reunificación debe avanzar con un programa coyuntural inmediato y un programa de largo plazo que garantice la estabilidad política y la pacificación del país, que supere racionalmente el crónico estancamiento de la economía argentina y que nos inserte en la política internacional con un perfil definido.

Esta nueva posición había sido aprobada por el Movimiento Peronista Montonero y se había dado a publicidad el 20 de junio de 1978, con la firma de Firmenich. Constituía una rectificación de las posiciones anteriores y manifestaba una autocrítica práctica de las mismas. Era

nuestra intención poder discutirla, en forma directa, con los principales dirigentes del peronismo.

El secuestro y desaparición de Habegger, el desmantelamiento de buena parte de la estructura que en el país llevaba adelante esas relaciones y la presión de la represión sobre algunos de los participantes, haría que esta pretensión no superara el marco de las intenciones. Recién un año más tarde, después de la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) pudimos avanzar en relaciones más orgánicas. A partir de allí, Vicente Saadi sería el interlocutor con quien mantendríamos ese vínculo.

Hubo otros intentos de la dictadura para que el largo brazo de su acción represiva alcanzara a nuestros militantes: uno de ellos recayó sobre el compañero Gonzalo Cháves, con motivo de su participación en una reunión de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en Ginebra, en 1977. También planificaron una operación sobre los compañeros que en abril de 1977 anunciaron, en Roma, la constitución del Movimiento Peronista Montonero. Por lo que sabemos, ambos intentos no pudieron pasar al terreno de los hechos debido a sus propios errores. Otros, en cambio, fracasaron por la intervención de las autoridades de los países cuyas soberanías se violaban a partir de estas acciones, tal es el caso de un intento de secuestro en Madrid contra Armando Croatto, ex diputado nacional de la JP y dirigente del gremio municipal de Avellaneda, en agosto de 1978. En este caso, nosotros detectamos la operación. Dejamos, en acuerdo con las autoridades españolas, que ella continuara su curso sin denunciarla públicamente y, cuando los comandos enviados por la dictadura argentina iban a actuar en Madrid, fueron apresados por las autoridades españolas. Corrieron la misma suerte que los encargados del intento de operar contra la conducción montonera en el caso relatado de México, cuando Valenzuela diera la información que permitió desbaratarlo.

En marzo de 1980 fueron secuestrados al llegar a Río de Janeiro Horacio Campiglia, miembro de la conducción, junto a Susana Pinus de Binstok, que viajaba con él. Este hecho está detallado en uno de los documentos de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, que han sido desclasificados. (221) Con todo, estos no fueron los únicos casos. También ocurrieron aquellos como los del padre Jorge Adur —detenido cuando ingresaba a Brasil— o los varios secuestros en Lima; todas estas operaciones represivas fueron realizadas en junio de 1980. Existieron otros que no recuerdo o de los que solo tengo información parcial, como es el caso de Lorenzo Viñas también secuestrado en Brasil en 1980. Todos ellos completan este panorama de la acción de la dictadura militar fuera de nuestras fronteras a la caza de militantes

populares, en este caso todos ellos partícipes del peronismo montonero. Estas operaciones explican los extremos cuidados y reserva con los que debíamos planificar nuestros movimientos. Naturalmente que ello, sin ser lo determinante, conspiraría contra las posibilidades de una mejor relación con la realidad cotidiana, básicamente en aquellos sentimientos y sensaciones que no se pueden transmitir a través del papel o las imágenes.

Ante la reiteración de operaciones en el exterior en procura de nuestra captura, con la evidencia de que la dictadura no cejaría en ese empeño y después de haberlo conversado con miembros de los gobiernos de México y Cuba, los integrantes de la conducción de Montoneros nos trasladamos a La Habana.

Tengo la impresión de que las actividades represivas de la dictadura argentina en el exterior son poco conocidas. No pudimos hacerlas lo suficientemente públicas y la prensa tampoco las ha difundido. Todas estas operaciones se pueden inscribir en el «Plan Cóndor», coordinación represiva que asoló a los pueblos de la región. En un libro extensamente documentado, la periodista Stella Calloni despliega los múltiples vínculos que articularon a las Fuerzas Armadas y de seguridad de Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Brasil y Paraguay, en una tenebrosa red asesina promovida desde los Estados Unidos, a partir de los primeros años de la década de 1970, (222) y el prestigioso historiador brasileño Luiz Alberto Moniz Bandeira coincide con lo dicho, al sostener:

> *Com o conhecimento da CIA, os serviços de inteligência do Chile, Argentina, Brasil, Paraguai e Uruguai reuniram-se em Santiago do Chile, e criaram um sistema computadorizado, com o codinome de Condor, e concertaram estabelecer uma rede internacional de comunicações e expandi-la, inclusive na Europa. E decidiram também empreender uma série de ações conjuntas, em várias fases, visando a coordenar a repressão e eliminar os adversários dos regimes ditatoriais existentes nos países do Cone Sul. (*223)

La verdad sobre el mito de las relaciones con Massera y la Marina

El sol de enero consumía lentamente un día más del verano porteño. A un grupo de trabajadores de una pequeña empresa metalúrgica de Sarandí, en Avellaneda, cerca de las vías, no le pareció que ese fuera un cliente habitual.

El visitante se había bajado de una Renoleta, ni siquiera se tomó el trabajo de apagar el motor. Con la cara lívida y su mano tomándose el hombro que sangraba, sin vergüenza se acercó y les pidió ayuda. Les contó, a borbotones, que era peronista; peronista y montonero. Se identificó con su nombre y apellido. Les dijo que lo habían herido en

una emboscada. Lo curaron, lo vendaron, le prestaron una camisa que nunca pudo devolver. Lo acomodaron en el Citroën de un cliente, que horas más tarde Yäger se encargaría de reintegrar. Así pudo partir. Ellos no sabían, es posible que varios nunca lo sepan, que estaban escribiendo las primeras páginas de un capítulo de una de las mayores infamias que, como si fuera verdad, se quiere vender a los argentinos: la relación de Montoneros con Massera, nuestras «relaciones» con la Marina.

Ese día, Fernando Vaca Narvaja, que era jefe de la Secretaría de Relaciones Internacionales, había ido a cubrir una cita con «Tonio», Pablo González de Langarica, en su documento de identidad legal. Vaca Narvaja, que lo había convocado para una reunión de la Secretaría a su cargo, no sabía que «Tonio» había caído en manos de la Marina. Los disparos de FAL y pistola con los que lo recibieron al ingresar en la zona de la cita no le dejaron ningún lugar a dudas. Era una emboscada. Una rueda de auxilio de su Renoleta le salvó la vida, pero no impidió que recibiera varios impactos. La solidaridad de esos trabajadores y la atención médica de nuestros compañeros completaron la tarea que le permitió a Fernando seguir soñando con un mundo distinto.

No tuvo la misma suerte Fernando Perera, también miembro de la Secretaría de Relaciones Internacionales, con quien yo había compartido mis épocas de estudiante de sociología. Él fue preso y murió en la tortura.

«Tonio» González de Langarica había sido un probado y ejemplar militante. Durante la dictadura de Lanusse había sido detenido con motivo del operativo de la fuga de Rawson y los posteriores fusilamientos de Trelew. Internamente se sabía del comportamiento ejemplar que había tenido en aquella oportunidad: sus captores no lograron arrancarle la información que querían a pesar de haber sido «paseado» en helicóptero, colgado de los pies. Fundado en esos antecedentes intachables se le habían asignado responsabilidades muy grandes y de amplia autonomía. Estaba a cargo, en el exterior, de la compra de equipos y armamentos para la resistencia. En función de esas compras, que estaba finiquitando, tenía —junto con otro compañero— una cuenta en un banco suizo, por algo más de un millón de dólares. Como nadie, a lo largo del tiempo, es igual a sí mismo, «Tonio» también había cambiado.

Los cambios producidos en la realidad, nuestra situación política, las extorsiones represivas ampliadas a su familia y esa extraña trama humana que constituye una persona y sus circunstancias, determinarían que la conducta de González de Langarica fuera en 1977 diametralmente opuesta a la que había tenido en 1972. No solo

proporcionaría la información que facilitaría el accionar represivo sobre sus antiguos compañeros. Daría algunos pasos más.

En esas circunstancias le pedimos al segundo titular de la cuenta que, junto a otro compañero, retirara esos fondos pero cuando lo intentaron ya era tarde: el dinero se había esfumado, los «grupos de tareas» de la ESMA habían sido más rápidos. Agentes de la Marina junto al secuestrado González de Langarica habían llegado antes y retiraron el dinero. Ese millón y pico de dólares se había transformado en un *botín de guerra*. Es posible que ese equipo, con el dinero a cuestas, haya pasado por el Centro Piloto de París que la Marina tenía en ese lugar. Allí estaba asignada la diplomática Elena Holmberg y sus comentarios sobre el dinero que Montoneros «entregó» a Massera muy posiblemente se correspondan con ese hecho. Tiempo después, Elena Holmberg sería asesinada por personal de la ESMA. De esta maniobra, supongo, nacería la confusa leyenda sobre los dólares que habrían circulado entre Massera y los Montoneros. Para algunos serviciales mentirosos, que él «nos dio»; para otros no menos mendaces, que «le dimos» a él. Massera, nada nos dio; a Massera nada le dimos. Robó. Entre tantas vidas y esperanzas, también se llevó esa cosa menor, unos fajos de billetes. Lo cierto es que una decena de libros, entre otros tipos de notas y comentarios de investigadores de baja calidad y menor ética —apoyándose unos con otros— construyeron esta mentira, creyendo que con ello podrían transformarla en verdad.

Obnubilados por algunos de estos éxitos, convencidos de que la impunidad da derechos, los responsables de la ESMA siguieron avanzando. Tres meses después, en abril de 1977, los periodistas europeos asistieron azorados a un hecho grotesco. Dos encapuchados, identificados como «militantes populares arrepentidos» daban en Madrid una Conferencia de Prensa en el Hotel Eurobuilding. Uno de ellos era González de Langarica quien, en rol de ex montonero asumía —dentro de esa lógica— una visión crítica, planteando la inutilidad de la resistencia y pidiendo el fin de la misma. El otro encapuchado, ganado por los nervios de la impostura, mezclando los roles, incurrió en un reiterado acto fallido que haría las delicias de cualquier psicólogo. Hablaba de «nosotros, los subversivos», lenguaje totalmente impropio para el conjunto de nuestra militancia. Según numerosos testimonios, ese era el teniente de Navío Miguel Ángel Benazzi.

Seguramente hoy, transcurridos largos años, tenemos derecho a pensar que, además de «los niños, los borrachos y los locos», también los impostores dicen la verdad, a su manera. Varios medios de prensa, entre ellos la más importante revista española, *Cambio 16*, desnudaron extensamente ese ridículo «arrepentimiento» planeado en la ESMA.

Acerca de las presuntas reuniones de miembros de la conducción de Montoneros con Massera, que suelen invocarse para inducir que hubo traición, falsía o corruptela, caben dos aclaraciones. La primera, es que esas reuniones nunca existieron. Mienten quienes lo afirman o propagan. Cada uno sabrá las razones por las que lo hace y el rédito que saca, sacó o espera sacar de ello. Ese es «su» problema. Una vez más, confío en el «libro de la historia» donde los pueblos registran en su memoria la verdad sobre los hechos de los hombres y mujeres que los protagonizaron. En segundo lugar, no hubiera habido traición, deslealtad, ni infamia en «hablar» con quien se estaba combatiendo. Más aún, considero que hubiera sido una falta de respeto hacia el conjunto de los compañeros, particularmente los rehenes cautivos, un signo de soberbia, no hacerlo si hubiera cabido. El problema es saber cuándo se habla con el enemigo, para qué se habla. Y no ocultarlo, culminada la gestión.

Por nuestra parte, intentamos infructuosamente, más de una vez, abrir las puertas a un diálogo que permitiera poner fin al enfrentamiento que estaba costando tanto dolor. Ya he señalado la oportunidad y las vías utilizadas en cada uno de esos intentos. La verdad es que desde personajes cercanos a Massera o la Marina, hubo intentos de establecer vínculos. Que no concretamos. Una de estas gestiones fue efectuada por el enigmático dirigente peronista Héctor «Pájaro» Villalón. Los vínculos de este personaje incluyen toda la gama ideológica y política de los últimos cincuenta años de la política mundial, relaciones que van desde Fidel y Perón, a Carter y Jomeini. En una reunión con dirigentes peronistas realizada en Francia, a la que asistía un dirigente del peronismo montonero, insinuó la posibilidad de reuniones con Massera. Una referencia a este tema, posiblemente trasmitida por el mismo Villalón, habría sido publicada en el diario *Le Monde*. Notificados de esa propuesta, la rechazamos dados los antecedentes de la persona que lo planteaba, la ausencia de una agenda concreta y el rechazo de la Junta Militar a las propuestas de paz que habíamos formulado. Mientras permanecíamos con Perón en Puerta de Hierro, fuimos testigo de un hecho sobre el *modus operandi* de Villalón: Isabel le trajo a Perón un resumen bancario de una cuenta abierta (por Villalón) a su nombre y de Perón. Según explicó Isabel, Villalón pedía apoyo para Perón y cobraba los aportes depositados en dicha cuenta.

De un modo semejante a lo planteado por Villalón, algunos argentinos que rondaban los círculos de exiliados formularon una propuesta a compañeros montoneros para que ellos firmaran un «acuerdo de paz» con oficiales de la Marina. En esa agenda de «acuerdos» no figuraba el tema de los detenidos, desaparecidos, ni las cuestiones vinculadas a la

restitución al pueblo de su soberano derecho a elegir. De este modo, planteamos a los compañeros que trajeron esa idea que dicho «acuerdo» no se correspondía con lo que veníamos planteando.

Todas estas propuestas no eran más que una parte de la campaña política en la que estaba involucrado Massera que, ridículamente, se presentaba como el «peroncito» de esos tiempos. Hechas estas aclaraciones, cabría la pregunta acerca de la razón por la cual esta mentira circula, con carnet de verdad, en variadas «investigaciones», publicaciones y medios de prensa. Naturalmente, el problema central radica en la actitud crítica que algunos tienen sobre nuestra resistencia y sobre el modo en que ejercimos las responsabilidades de la conducción. Pero también creo que influye la campaña generada desde el propio sistema de poder, para desprestigiar el sacrificio y heroísmo de una generación haciéndola aparecer como víctima de sus propios compañeros.

Esto conlleva el mensaje para las futuras generaciones en el sentido de que ¡no vale la pena luchar! No me refiero siquiera al método utilizado ni a la identidad política, sino que el mensaje es más amplio y se vincula con la necesidad de debilitar la resistencia de las generaciones venideras frente al decadente sistema que justifica sus privilegios.

A esa campaña planificada se han incorporado los «espontáneos» de diferente raigambre, la mayoría de ellos totalmente ajenos a los padecimientos y lucha de la resistencia, amigos de las explicaciones fáciles.

Por último, también cabe mencionar el silencio que la mayoría de los medios ha preferido guardar sobre nuestras aclaraciones en relación con esta cuestión. Así, por ejemplo, el 1° de octubre de 1982, desde la clandestinidad y en el país, en nombre de la conducción del peronismo montonero que integraba junto a Yäger, Vaca Narvaja y Pereyra Rossi, emitimos un comunicado sobre «Las relaciones del peronismo montonero con el almirante Massera». (Este aún no había sido despojado de su grado.) En ese documento, que no tendría ninguna difusión periodística a pesar de haber sido remitido a todos los medios, decíamos que:

> Nuestra única relación con el almirante Massera se dio cuando miles de nuestros militantes fueron torturados, desaparecidos o muertos por personal de la Marina a sus órdenes. La relación era más estrecha cada vez que el almirante Massera, con el seudónimo de «El Negro» concurría a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) para apoyar a sus «muchachos», verificar personalmente la marcha de los crímenes y «visitar» a algunos detenidos-desaparecidos que se encontraban en esa cárcel clandestina. De esa relación tenemos innumerables pruebas. Siempre fue igual. De este lado —los compañeros del peronismo montonero y otros militantes populares— las

víctimas; del otro lado —Massera, sus pares y lugartenientes— los verdugos. En el medio el suplicio de los torturados, la detención sin tiempo ni forma de los desaparecidos y en muchos casos simplemente la muerte. Esta ha sido, hasta ahora, nuestra única relación con el almirante Massera.

Al tratar esta cuestión de las relaciones de montoneros con la Marina, no puedo eludir la mención a la difícil situación de los compañeros presos desaparecidos, dentro de la ESMA.

Sobre este ríspido tema cabe hacer una primera aclaración. La mirada actual, cuando han pasado cerca de cuatro décadas de los hechos, ya no es la misma que la que tuvimos en aquel entonces. No es la misma no solo porque ya hay una lectura diferente de los hechos, sino porque la situación es radicalmente distinta. Se trataba de compañeros que habían sido despojados de —prácticamente toda— su libertad; y luego, como rehenes que eran —al margen de cada actitud individual—, se los pretendió utilizar en la política seguida para destruir la resistencia.

La caracterización fuertemente negativa que en ese momento hicimos sobre esas actitudes, estaba dirigida a evitar esos efectos deseados por el enemigo sobre el resto de los compañeros. Hoy quedan para la memoria y el homenaje los casos de heroicidad manifiesta —como la «Gaby» Norma Arrostito, el «Negro» Moyano, el «Monra» Marcelo Kurlat, entre otros miles—, que debemos recoger como ejemplos morales para la humanidad venidera.

Por lo demás, cada uno tendrá en su conciencia individual la valoración de lo que hizo, sin olvidar que debía cargar con su cuerpo, la mayoría de las veces, lacerado; con su libertad física perdida y una dignidad interior que el enemigo procuraba destruir.

Aquellas categorías del pasado han perdido vigencia y hoy es preferible ver en la mayoría de esos sobrevivientes a un testigo privilegiado del horror que nos tocó vivir.

El «Mundial del 78»

En junio de 1978 se realizó en la Argentina el Campeonato Mundial de Fútbol, en el que nuestro seleccionado se coronaría campeón. Sobre este tema la posición de Montoneros padeció todo tipo de tergiversaciones. Contrariamente a lo que muchas veces se dijo y aún se dice, nuestra decisión fue no boicotear el torneo. De manera simultánea, nos propusimos tareas en el exterior y dentro del país.

En el exterior realizamos una profusa campaña sobre los medios de prensa y delegaciones de los países participantes. Se les explicó la situación existente y pedimos que trataran de hacerlo público del modo que les fuera posible. Desde este punto de vista recibimos una amplia

solidaridad, fueron innumerables los casos de periodistas que insertaron, en sus relatos o envíos a sus países de origen o agencias, comentarios sobre la situación represiva en nuestro país. Así, por ejemplo Jean-Pierre Clerc, el corresponsal de *Le Monde*, firmó el 2 de junio el siguiente comentario, originado en Buenos Aires:

> Las cifras de desaparecidos producen consternación. Hemos preguntado incansablemente a nuestros interlocutores de todos los orígenes sociales o profesionales de todas las convicciones políticas: Cuando se escriba la historia de este período, ¿un solo argentino de buena fe podrá decir: yo no sabía nada?

Respecto a las delegaciones futbolísticas, podemos rescatar algunos gestos individuales como el de algunos miembros del equipo representativo de Suecia —como Bjorn Norqvist y Ronnie Hellstrom— que llevaron su solidaridad a las Madres en su ronda de los jueves. Pero también la delegación holandesa —clasificados subcampeones— que se negaría a recibir la Copa de manos del dictador Videla.

En el país nos habíamos planteado dos objetivos, uno militar y el otro propagandístico. Desde el punto de vista militar se definió la realización de operaciones militares que no afectaran, directa o indirectamente a: «a. los partidos de fútbol; b. los equipos o delegaciones extranjeras; c. los periodistas argentinos o extranjeros; d. los turistas o espectadores de los partidos de fútbol». También se prohibió realizar cualquier tipo de operación militar a «distancias inferiores a 600 metros a la redonda de los estadios donde se disputen encuentros». Esta decisión dada a conocer con mi firma, sería publicada por la revista *Siete Días*, totalmente tergiversada, bajo el título «Planes para sabotear el Mundial 78». Los objetivos militares se cumplieron prácticamente en un 100%, sin ninguna baja propia y ningún civil afectado. Todo un éxito.

Asimismo nos habíamos propuesto como objetivo de la campaña que las operaciones resultaran imposibles de ocultar. Los ataques se realizaron utilizando un lanzacohetes portátil, la energa RPG 7, que produjo respetables agujeros en la Casa de Gobierno, la Escuela Superior de Guerra, en el local del Servicio de Inteligencia del Ejército —Viamonte y Callao—, en la ESMA, en la sede del Comando en Jefe del Ejército, en el Regimiento de Infantería de Palermo, en la Escuela Superior de la Policía Federal, en la Escuela Superior de Guerra. Se llevaron a cabo un total de dieciocho operaciones eficazmente realizadas. Un adecuado dispositivo de la dictadura hizo que los hechos pasaran prácticamente desapercibidos. Las comunicaciones con la prensa no surtieron ningún efecto. Todos prefirieron callar. La dictadura logró tapar el éxito militar, aunque las acciones tuvieron

repercusión en la prensa internacional.

La otra parte de la campaña consistía en alentar la consigna «Argentina campeón, Videla al paredón» en los estadios de fútbol. En este aspecto los resultados fueron prácticamente nulos.

Para trabajar en la campaña de prensa y servir de guía a algunos periodistas extranjeros viajaron al país Habegger, Croatto y Juan Gelman. A este último, cuando retornaba al país, lo acompañé a tomar su vuelo en el aeropuerto de Barajas en Madrid; un viejo piloto azul —que hasta hace poco me acompañaba en los días de lluvia, presuntuoso de su épico pasado— reemplazó al que Gelman se había olvidado en su casa.

Hasta aquí la crónica de los hechos. Pero el tema de fondo con respecto al Mundial son las razones por las que nosotros decidimos no boicotearlo. Sostuvimos esa política contrariando la opinión mayoritaria de los exiliados identificados con las políticas de izquierda, que trabajaban para que los países europeos boicotearan el mundial. El debate fue muy arduo. Estos sectores, junto a una parte importante de la opinión pública europea, entendían que el Mundial serviría a la dictadura para desviar la atención de las denuncias que se hacían por la represión existente. Evaluaban que con ello mejoraría su imagen, diluyendo las condenas que recibía. Nosotros teníamos una opinión diferente. Privilegiamos el efecto que tendría al interior del país y procuramos aprovechar la presencia de los periodistas y las delegaciones extranjeras para fortalecer la campaña de denuncias que se estaban haciendo.

A pesar de las opiniones que sostienen que el triunfo deportivo fortaleció a la Junta Militar, personalmente no coincido con esa afirmación y sigo reivindicando nuestra decisión de no sabotear el Mundial. Es posible que, en la superficie, en lo inmediato, la dictadura haya sacado algún provecho del triunfo deportivo. Pero también creo que el alma de los pueblos se va modelando de un modo distinto. Esa temporaria ventaja que pudieran haber logrado los represores quedó minimizada frente a lo que significa para la conciencia colectiva recuperar la capacidad de sentirse juntos y sin miedo. Creo que los pueblos al igual que las personas necesitan recuperarse de los golpes padecidos. Volver a juntarse, festejar en común, no son hechos que puedan consolidar a ninguna dictadura. Por el contrario, fortalecen al pueblo, imposibilitado de reunirse y sometido al dolor de la injusticia y la represión. El incremento de la resistencia en los tiempos posteriores al Mundial, estimo que prueba la corrección de la decisión adoptada. Situaciones como estas son un auténtico oasis en medio del desierto. ¡A quién no le gusta gozar de la felicidad del agua fresca en medio de una

travesía agotadora!

La guerra con Chile

El segundo semestre de 1978 estuvo signado por la amenaza de guerra con Chile. Un viejo y nunca resuelto conflicto sobre la posesión de tierras en la zona del Canal de Beagle sería la cuestión que colocaría a nuestros dos pueblos hermanos al borde de la guerra.

Como Movimiento Peronista Montonero, con fecha 14 de octubre de 1978, dimos nuestra opinión sobre el tema y los compromisos que asumíamos en función del mismo. Esto fue expresado en un documento publicado bajo el nombre «Posición Montonera frente al conflicto del Beagle». (224) Allí situamos el eje del problema en el intento de ambas dictaduras militares de cubrir su fracaso político con la bandera de un falso nacionalismo. Ratificamos que las múltiples cuestiones derivadas de las relaciones de vecindad de nuestros Estados latinoamericanos tendrían su mejor solución en un marco multilateral, con acuerdos protagonizados por gobiernos representativos de la soberanía popular interna de cada uno de nuestros países. En este documento el peronismo montonero declaró su oposición a la guerra y a todas las dictaduras del cono sur latinoamericano. Se concluía que en caso de conflicto «desconoceremos cualquier alteración a las actuales fronteras de nuestras patrias hermanas». Asimismo propusimos la intensificación de gestiones en el exterior, a favor de la intermediación del conflicto. En función de esta última consideración, pocas semanas después, Firmenich a su paso por Roma pidió públicamente la mediación papal para buscar una solución al conflicto planteado.

En noviembre, el estallido de la confrontación parecía inexorable. Las tropas argentinas se habían desplegado sobre distintos puntos de la cordillera. El general Luciano Benjamín Menéndez, quien junto al general Guillermo Suárez Mason encabezaba el sector más duro, prometía festejar el año nuevo en las costas del Pacífico, amenazando cortar por la mitad al país vecino. La diplomacia inglesa apoyaba reservadamente a los chilenos, procurando sacar ventajas propias en su conflicto por las Malvinas. Cuando parecía que el autoritarismo interno desembocaría hacia afuera en una gigantesca tragedia que envolvería a pueblos hermanos, aparecería la mediación papal que lograría restablecer, a través de la gestión personal del cardenal Samoré, las bases mínimas para reiniciar el diálogo.

«Contraofensiva» de 1979

Hacia mediados de 1978 convocamos a una reunión en el exterior con

el objetivo de definir los próximos pasos. Se evaluaba entonces que la ofensiva militar de la dictadura había llegado a un cierto tope y que nos encontrábamos ante dos alternativas: forzar la situación agudizando las contradicciones existentes dentro de las Fuerzas Armadas o dejar que transcurriera la situación existente, con el riesgo de que los avances populares pudieran entrar en una especie de meseta. Esto podía facilitar a los militares las condiciones para estabilizar su permanencia en el gobierno.

En Montoneros evaluábamos que había sectores militares que querían profundizar la represión para completar sus objetivos. Pero que también existían otros que simplemente aspiraban a consolidar la situación existente. Nuestra apreciación nos indicaba que una concentración política, propagandística y militar de nuestra resistencia podría profundizar esas diferencias, debilitar —aún más— el poder de la dictadura y acelerar los tiempos de avance popular y retroceso enemigo. Partíamos de la base que las Fuerzas Armadas habían avanzado pero perdiendo, en una cuestión crucial, la fuerza moral. Esto ocurría por la propia degradación producida por la represión. Estimábamos que ante el fortalecimiento de la protesta social no estaban ya en condiciones de sostener una nueva ofensiva generalizada.

En este análisis había una serie de ideas correctas pero con propuestas organizativas que partían de supuestos equivocados. El tiempo revelaría que era correcta la apreciación hecha sobre los topes de la dictadura y sus contradicciones para salir de la situación, los conflictos militares internos confirmaron esta hipótesis. En el mismo sentido, en momentos donde reinaba el desánimo y la falta de perspectivas, resultaría certera la consideración acerca de la posibilidad de forzar la situación y el rol que podía tener a esos fines la protesta de los trabajadores. En lo que nos equivocamos fue en la forma de llevar adelante las acciones necesarias.

El impacto que años atrás había producido lo que luego se denominaría el «Aramburazo» arrastraba una tendencia, posiblemente inconsciente, a repetir un mecanismo semejante. Sin dar cuenta de las formas concretas que iba adquiriendo la resistencia en el país, se diseñaría una serie de planes dominados por una idea que puede leerse como *putchista*. De alguna manera se suponía que con un golpe muy fuerte en puntos vitales del sistema, este podía desmoronarse, abriendo camino a la profundización de la contraofensiva que el campo popular estaba iniciando. Este era el sentido de las acciones que formarían parte de lo que se conociera como «contraofensiva».

Tomada esta decisión, se planificaron los pasos para la preparación y ejecución de la campaña. Sería una acción coordinada producida por

compañeros que ingresarían clandestinamente, según un detallado plan. La fecha prevista sería entre el segundo y el tercer trimestre de 1979.

Durante los meses posteriores sucedieron una serie de hechos que confirmaban algunas de las consideraciones anteriores. El 27 de abril de 1979 se produjo la primera huelga nacional. Más de un millón y medio de trabajadores se sumaría a la protesta. Varios de sus convocantes del grupo sindical denominados «los 25», fueron presos, entre ellos Roberto García (taxistas), Roberto Digón (tabaco), Raúl Ravitti (ferroviarios). Para esa misma fecha se debía elegir la delegación argentina que concurriría a la reunión anual de la OIT. El sector sindical más representativo, «los 25», no aceptaría la invitación del gobierno a integrar dicha delegación. Planteando la participación como una forma de denuncia que fortalecía los reclamos que se hacían al interior del país, concurriría una delegación de gremialistas exiliados presidida por Raimundo Ongaro. Acompañando a nuestros representantes de la rama sindical del Movimiento Peronista Montonero, concurrí a esa reunión de Ginebra. El objetivo era hacer pública nuestra solidaridad con los compañeros que habían convocado y protagonizado el paro del 27 de abril, y sumarnos al reclamo por la restitución de los derechos a los trabajadores argentinos.

Estos sucesos mostraban los avances efectivos de la lucha popular y el agotamiento de la dictadura militar. Todo ello parecía fortalecer las perspectivas de nuestras acciones «contraofensivas», cuyas líneas de acción abarcarían tres aspectos claramente diferenciados: el propagandístico, el militar y el político. El aspecto central de la campaña propagandística sería la interferencia sobre el audio de los canales de televisión, con diferentes mensajes políticos. La acción militar estaría concentrada en diferentes acciones comando sobre los responsables de la política económica —que recogía una repulsa generalizada— y personajes ligados a lo que reconocíamos como los «grupos económicos de la oligarquía», que eran el sostén y beneficiarios de la misma. La tarea política tendría por objetivo avanzar en la organización de las distintas ramas del movimiento, procurando promover y encauzar algunas manifestaciones de protesta.

En lo propagandístico se concretaría la mayor parte de las interferencias previstas. A pesar del esfuerzo realizado, aunque obviamente no podíamos competir con la capacidad y alcance del sistema oficial. De todas maneras quedaron múltiples testimonios de aquella acción. Eran trasmisiones de tres minutos de duración (tiempo que le demandaba a la represión triangular el lugar de la emisión y movilizar sus fuerzas) con mensajes de los dirigentes del peronismo

montonero. Las pantallas familiares quedaban con «neblina» y el audio trasmitía los mensajes. El alcance variaba según las características de la zona y era mayor en áreas suburbanas con preeminencia de casas bajas. Al equipo lo operaban tres compañeros que, preferentemente, se desplazaban en motos o bicicletas.

En materia política la campaña coincidiría con el auge de las luchas reivindicativas de los trabajadores, que reflejaba el cambio que se estaba produciendo en la realidad. Desde distintos lugares hoy se niega o desconoce dicha resistencia de los trabajadores, hasta es común escuchar la afirmación: «no pasaba nada», pero sin embargo la realidad indicaba otra cosa. A mediados del mes de agosto de 1979 en Morón y La Matanza había diversos conflictos: 4.000 trabajadores de Mercedes Benz, 1.400 de Deutz, 2.000 de La Cantábrica, 1.000 de la Compañía Industrial del Cuero de Morón y los 3.000 metalúrgicos de Santa Rosa, que durante un mes mantuvieron el cese de tareas, son algunos testimonios de las protesta de los trabajadores. La empresa de electrodomésticos Yelmo cumpliría cuarenta días de paro; en la Standard Electric de San Isidro, 3.000 trabajadores pararon durante una semana; en el sector textil, esas mismas semanas se registraron paros en La Bernalesa y Bolsa Lona. Pero entre otras medidas de fuerza, el conflicto mayor se generaría en la zona sur con los 5.500 trabajadores de Peugeot que, en asambleas por sección, aprobaron marchar el 4 de octubre a la Plaza de Mayo. Los trabajadores de Mercedes Benz y el nuevo encuadramiento sindical, la Central Única de Trabajadores Argentinos (CUTA), en la que después del paro del 27 de abril habían convergido los distintos sectores sindicales, resolvió sumarse a la protesta.

Desde el poder temían que aquella convocatoria reprodujera lo que había ocurrido algunos años antes en la zona Norte. Allí, en un par de oportunidades, los obreros arrancaron desde la fábrica Ford (en Pacheco) y en el camino, por la Panamericana, se sumaron columnas de obreros de fábricas vecinas. Una movilización de esas características y en esas condiciones implicaba un riesgo cierto para el poder gobernante, por eso no sería casual que, a instancias del gobierno, el conflicto se solucionara el 2 de octubre accediendo a todos los reclamos laborales, con un aumento de más del 22% y la reincorporación de despedidos y cesanteados. (225)

También la tradicional y multitudinaria peregrinación de los jóvenes a Luján tendría, para muchos de sus participantes, una clara connotación de rebeldía encubierta. La aparente paradoja era que estas movilizaciones y reclamos de los trabajadores se sucedían dentro de nuestras previsiones y contemporáneamente con nuestras acciones,

pero nuestra relación con los mismos era mínima. No estábamos desencaminados en los análisis, pero incidíamos muy poco sobre los acontecimientos.

En cuanto a la organización política, la frustración sería mayor porque había una fuerte resistencia a avanzar en la articulación de las luchas. Nuestras fuerzas afectadas a la tarea política fueron prácticamente diezmadas, produciéndose allí el mayor número de bajas.

En el plano militar se cumplió con una mínima parte de los objetivos planteados, sin embargo estos pusieron el sello al conjunto de la campaña. Coincidentemente con la contraofensiva, efectivamente se produjeron conflictos y crisis en el sector militar, como con el general Luciano Benjamín Menéndez, comandante del III Cuerpo de Ejército, con asiento en Córdoba. El 27 de septiembre, se atrincheró en la Guarnición de Jesús María y lanzó una proclama pidiendo la renuncia de Viola. Calculó mal sus fuerzas y dos días después debería rendirse. Un arresto de noventa días y el pase a retiro sería el resultado final de esa intentona. Pero el clima de tensión interna ya no tendría resolución. Estas diferencias tuvieron su origen, tal como lo habíamos previsto, en las distintas apreciaciones sobre la forma de continuar con el «Proceso». Su manifestación pública se evidenció en las crudas diferencias acerca de cómo abordar el conflicto con Chile y sobre la posibilidad o no de darle continuidad a las políticas represivas con las mismas características con que se venían llevando adelante hasta ese momento.

Asimismo convivían distintas valoraciones acerca del «rebrote subversivo», denominación que le dieron a nuestras acciones desarrolladas durante la «contraofensiva». Acerca de lo acontecido en el último semestre de 1979 y vinculándolo con la denominada «contraofensiva» de Montoneros, hay algunas reflexiones ineludibles. Por un lado, los hechos ocurridos: el levantamiento del general Menéndez; los distintos conflictos obreros y la marcha a Luján señalan el acierto del análisis acerca de la debilidad política que comenzaba a vislumbrarse en la situación de la dictadura militar. Se hacía ostensible el fin de su capacidad ofensiva y el inicio de su resquebrajamiento y retroceso, que sería irreversible. La dictadura militar comenzaba a perder idoneidad para el poder económico que la había sustentado. Algunos sectores de los grupos económicos de los que habían impulsado el golpe empezaban a vislumbrar que la dictadura no estaba en condiciones de completar el reordenamiento que ellos necesitaban. Conocían, por el desarrollo de experiencias anteriores, que la conjunción de las fuerzas de la resistencia podía hacerles perder los privilegios alcanzados y, por eso —pocos meses después—, comenzaron a alejarse de la conducción del «Proceso». Consecuentemente todo

parece indicar que era el momento adecuado para fortalecer la resistencia contra la dictadura militar. Por otra parte, el cumplimiento parcial de los objetivos tendría un costo humano, político y organizativo altísimo. Esto es lo que lleva a pensar que había otros caminos mejores para fortalecer una resistencia que comenzaba a crecer y acelerar el declive de la dictadura militar. El número y significancia de las bajas que tuvimos fue muy alto y hay razones que las explican. Influiría decisivamente el conocimiento que había logrado la inteligencia enemiga sobre nosotros, eso nos tornaría particularmente vulnerables —sin descartar la posibilidad de haber tenido agentes del enemigo infiltrados, situación factible al amparo del masivo reclutamiento que se hiciera en el exterior—. Pero el elemento determinante sería la falta de conexión entre el pueblo, sus expectativas, intereses, formas de vida y organización, y las expectativas, intereses, formas de organización y acción que nosotros sosteníamos y que sirvieran de base a esa contraofensiva. Esa desconexión entre Montoneros y el pueblo que signaría esa etapa sería la causa esencial de errores y derrotas, quedando como causas secundarias todas las demás.

Nuestros movimientos habían quedado totalmente limitados a la capacidad del disminuido aparato al que habíamos sido reducidos. De esta forma éramos blanco fácil de la represión que se había perfeccionado en esos largos años de dictadura. Con la información que teníamos y nuestra propia experiencia, podíamos vislumbrar los topes sociales y estructurales del proceso militar, de allí el acierto en el análisis sobre la evolución de la coyuntura. Pero la desinserción que veníamos padeciendo, antiguos errores no rectificados y las campañas difamatorias de la dictadura, nos bloqueaban la posibilidad de participar plenamente en el proceso de recuperación que se estaba iniciando.

De todas maneras llama la atención que, aún hoy, en la mayor parte de la dirigencia política y buena parte de la sociedad, esta resistencia a la dictadura sea negada o ignorada. El «bombardeo mediático», alimentado por buena parte de nuestro «progresismo» prefiere colocar el eje en el carácter de «víctimas» con respecto a la represión desatada y no en la «resistencia» que acortó los tiempos de la dictadura. Se debe tener en cuenta respecto de los conceptos de «víctimas» y «resistentes», que las primeras son memoria legítima del pasado pero, en cambio, la resistencia forma parte de la construcción del futuro: el mismo pueblo es el sujeto histórico que anuda un pasado de lucha, lo continúa en el presente y lo trasmite a las generaciones venideras. Es probable que sea por eso que el sistema tolere y acepte con más facilidad la

reivindicación de las «víctimas» que la lucha de la resistencia.

Toda esta resistencia desplegada en 1979 a pocos meses de la victoria en el Mundial de Fútbol da por tierra con aquellas consideraciones que todavía hoy siguen diciendo que el triunfo deportivo favoreció los planes de la dictadura. Pareciera que aún pesa el discurso de los que nada hicieron o fueron sirvientes o cómplices de la dictadura, y que prefieren justificarse atribuyendo el fin de la dictadura a la derrota en Malvinas, como si hubiera ocurrido una implosión. Como trasfondo, esa discursividad lleva implícito que el fin del régimen dictatorial se debe más a Margaret Thatcher y sus *gurkas* que al sacrificio heroico de los trabajadores y jóvenes que protagonizaron la resistencia, lo cual está probado que no es así. Es que para estos sectores del «progresismo», admitir el valor de la resistencia implicaría compromisos, deberes y reconocimientos hacia los sectores sociales y las organizaciones del pueblo que la llevaron adelante, todo lo cual no resultaría compatible con el carácter —y su implícito aval— de las *democracias condicionadas* que sucedieron al régimen dictatorial.

En este sentido, en la última década y después de los sucesos de 2001-2002, resulta positivo el reconocimiento del rol de la resistencia en el combate a la dictadura, que va de la mano con la progresiva identificación entre la dictadura y los intereses de los grupos económicos que la sostenían y con ella se beneficiaron. En aquel entonces ya lo sabíamos, lo denunciamos y actuamos contra ese sector, cuando la dictadura estaba en su esplendor. Ahora, más de tres décadas después de aquellos hechos, complace ver cómo la historia va haciendo un reconocimiento al *sentido de aquella resistencia*, lo que enaltece el sacrificio de tantos hombres y mujeres del pueblo que ofrendaron su vida. En las banderas que el 24 de marzo de 2012 encabezaron las distintas marchas anuales convocadas para condenar el golpe de Estado de 1976, se podía leer a lo largo del país: «Los grupos económicos también fueron la dictadura».

Desde el peronismo montonero lo habíamos señalado desde el momento mismo del golpe, cuando en nuestras publicaciones públicas e internas advertíamos que las acciones militares afectaban especialmente a los trabajadores. Con grandes costos, ese sería el eje de la contraofensiva de 1979. Recordemos que las operaciones militares se concentraron exclusivamente en el «equipo económico» responsable de aquellas políticas. La contraofensiva de 1979 nos dejaría el inconmensurable dolor de los compañeros caídos, pero la dictadura recibiría el aviso sobre una voluntad de resistencia que ahondaría su crisis ante la incapacidad de estructurar una nueva ofensiva represiva por las debilidades y contradicciones internas ya señaladas. De allí en

más la resistencia social, política y por los derechos humanos crecería de manera lenta pero inexorable.

La «Revolución Sandinista» fortalece los ánimos

Desde Centroamérica un acontecimiento de primera magnitud conmovía al continente y fortalecía en nosotros las tendencias «triunfalistas» en medio de los señalados sinsabores: en Nicaragua triunfaba un movimiento revolucionario, encabezado por los sandinistas.

En la madrugada del 17 de julio de 1979, Anastasio Somoza abandonó su búnker ante el avance de las fuerzas sandinistas, cercado por una situación internacional adversa, donde prácticamente todos —incluidos los Estados Unidos y la Organización de Estados Americanos (OEA)— lo habían abandonado y planteaban la necesidad de que abandonara el gobierno. Nada de ello nos era lejano o ignorado.

Entre los recursos que nosotros pusimos a disposición de los sandinistas estaba la Radio Noticias del Continente, una emisora de onda corta que logramos poner en el aire desde Costa Rica. Habíamos logrado instalar esa emisora con la colaboración de algunos amigos de ese país, sin esas ayudas ello no hubiera sido posible. José «Pepe» Figueres, varias veces presidente de Costa Rica y padre del primer mandatario en el período 1994-1998, sería el principal sostén de ese proyecto. La emisora debía servir, entre otras cosas, para hacer llegar algunos de nuestros mensajes a los compañeros que permanecían en el país, sorteando las vallas represivas. Para que las emisiones pudieran servir a la ofensiva final de los compañeros nicaragüenses tuvimos que adelantar la fecha de su salida al aire. Sergio Ramírez (escritor, poeta e integrante de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional en 1979 y vicepresidente durante el período 1984-1990) y Gioconda Belli (poeta y novelista, que obtuvo el premio Casa de las Américas en 1978) eran los encargados de establecer el vínculo permanente entre la comandancia sandinista y la radio. (226)

Naturalmente, después de esa tarea, la emisora quedaría totalmente identificada y tendría que soportar las más diversas presiones, sabotajes y agresiones. «Duque» el perro guardián, junto al personal de vigilancia, soportaría tres ataques. En el primero las cuchilladas de los atacantes dejaron sus marcas en el cuerpo del animal. En el segundo y tercero los impactos de bala demoraron su curación pero ayudaron a salvar los equipos instalados a varios kilómetros de la ciudad de San José. Finalmente, los militares argentinos delegaron, a fines de 1981, en sus agentes de inteligencia Raúl Guglielminetti y Leandro Sánchez

Reisse la responsabilidad de acallar esa voz. Una avioneta contratada para esos fines bombardeó la radio, causó numerosos daños pero aun así los equipos siguieron funcionando.

Durante el tiempo que la mantuvimos en el aire, la radio cumpliría un rol importante, particularmente en función de la lucha de los pueblos centroamericanos. Uno de sus logros más espectaculares, además de ponerse al servicio del combate y triunfo nicaragüense, sería el de trasmitir en directo los sermones del obispo salvadoreño monseñor Arnulfo Romero. Durante varias semanas, durante los días domingo se podían escuchar por Radio Noticias del Continente los consejos de monseñor Romero, desde la iglesia catedral de El Salvador.

Así fue como un domingo se oyó la voz fuerte pero serena del obispo, advirtiendo a los soldados del ejército salvadoreño que nadie los podía obligar a matar, que no debían cumplir las órdenes de tirar contra sus hermanos. Quería que su voz llegara al corazón de quienes podían poner fin a la masacre de su pueblo. Al domingo siguiente se escucharía la respuesta. Mientras monseñor Romero iniciaba su sermón, la Radio recogió otros ruidos que resonaron en la iglesia. Eran las balas disparadas al propio corazón del obispo, desde aquellos que habían cerrado el suyo al mensaje del mártir.

1980: agotamiento de una estrategia armada

De manera objetiva, el año de 1980 marcaría el fin de la lucha armada por parte de Montoneros. No hubo una declaración formal que lo dijera ni tampoco suponía abandonar la resistencia, era un simple reconocimiento de nuestras limitaciones. Nuestra situación nos indicaba que no podíamos continuar recorriendo los mismos caminos. La propia práctica nos señalaba que eran inconducentes. El estilo de lucha armada que habíamos practicado desde fines de los años sesenta y reiniciado en 1974 se había agotado, en realidad, algún tiempo antes. En 1980 ya era imposible continuar esa modalidad que suponía sostener una actividad militar desplegada en todo el país, como parte de una estrategia de lucha integral. La organización necesaria para llevarla adelante y darle eficacia estaba desarticulada y, en gran parte, desarmada. La preparación de la contraofensiva, a partir del segundo semestre de 1978, y su ejecución en 1979, había significado una nueva manera de dar continuidad a los mismos objetivos pero con un instrumento organizativo sumamente debilitado.

A partir de la experiencia adquirida, una capacitación especial, mejores recursos en armas y tecnología y una estrategia de concentración de esfuerzos, supusimos que podíamos suplir las

deficiencias de organización y el reducido despliegue sobre el territorio nacional. Ya vimos que no fue así. La pérdida de un núcleo significativo de compañeros, algunos de los cuales venían militando desde los inicios en la década de 1960, provocó que los que aún permanecíamos en actividad nos viéramos obligados a buscar nuevas alternativas.

La convicción de que a la dictadura le quedaba corta vida no se había modificado. A pesar de toda la represión desatada, la tradición de lucha y la propia evolución de las experiencias anteriores, nos ratificaban en esa línea de pensamiento. Más aún, desde comienzos de 1980, se iniciaron —dentro de la conducción del peronismo montonero— las discusiones acerca de los eventuales plazos en que se agotarían las posibilidades de continuidad de la dictadura militar. Algunos compañeros entendían que no era conveniente hablar de fechas sino de rumbos y tendencias. Otros consideraban imprescindible la incorporación de este concepto del tiempo al momento de pensar en nuestros planes. Aquellos que aventuraban proyectar fechas estimaban que en dos años más se agotarían todas las posibilidades de la dictadura para continuar gobernando.

Nadie tenía una visión clara de la forma en que la dictadura resignaría el gobierno. La hipótesis predominante consistía en que las movilizaciones masivas con componentes de tipo insurreccional tendrían un rol determinante. Nos había causado un impacto muy grande el reciente triunfo de la Revolución Iraní, esa capacidad del pueblo movilizado para paralizar a un poderoso ejército represor. En el mismo sentido nos llamaba la atención el papel definitorio que había tenido la rebeldía popular en la Revolución Nicaragüense. Ese movimiento de tipo insurreccional, junto al poder militar acumulado por el sandinismo, terminaría por paralizar y derrocar al gobierno del dictador Anastasio Somoza. Fue por ello que se destinó a un grupo de compañeros para que se pusiera a trabajar en la sistematización de estas experiencias integrándolas a las que el movimiento popular argentino había protagonizado, particularmente en octubre del 1945, en el «Cordobazo» en 1969 y en el «Rodrigazo» en 1975. Creíamos en la posibilidad de que la lucha popular, fundamentalmente la sindical, arrinconara a la dictadura. En ese marco no descartábamos la posibilidad de movimientos de tipo insurreccional. Decidimos preparar nuestras fuerzas para esa posibilidad. Decenas de compañeros trabajaron varios meses en Nicaragua preparándose para una eventualidad de esas características.

No dudábamos acerca de la necesidad de darle continuidad a la resistencia, para mantener viva la llama o la esperanza de que, en cualquier momento, pudiera cambiar la situación. El problema era

cómo hacerlo sin seguir alimentando la voracidad represiva. Desde los inicios de 1980 se planteó esa continuidad pero con importantes cambios. Decidimos avanzar en el asentamiento de pequeñas unidades, en general de tres compañeros, independientes e incomunicadas entre sí, para evitar la persistencia del accionar represivo. También en el orden interno se modificaría la modalidad de organización y tareas de los compañeros. A partir del segundo trimestre de ese año el objetivo central fueron actividades de propaganda e inserción política. Se habían eliminado los objetivos y planes militares; ya no habría más referencia al Partido o Ejército Montonero. Sólo contaríamos con armas cortas para defensa personal. Para las acciones de propaganda utilizaríamos, fundamentalmente, los equipos de interferencia de los audios televisivos.

La inserción política se intentaría como una continuidad del Movimiento Peronista Montonero. Casi todos los asentamientos de estas pequeñas unidades se concentraron en las distintas zonas del Gran Buenos Aires. La estrategia seguía partiendo del razonamiento de que la dictadura carecía de condiciones estructurales y morales para consolidar sus planes, de modo tal que había que mantener la resistencia, fortalecer y alimentar todas las manifestaciones de lucha, privilegiando la acción sindical. Fue por eso que la mayor parte de estos pequeños núcleos organizativos tenía como referencia alguna planta o zona fabril, pues creíamos que el punto de ruptura para el fin de la dictadura podría estar dado por el desarrollo de los conflictos y la movilización sindical. Comenzaba a tomar cuerpo la idea de que la organización y experiencia de los trabajadores volvería a constituirse en el factor desequilibrante de la situación. La experiencia de las luchas desarrolladas por estos durante 1979 justificaba esa apreciación. Por ese motivo colocamos el mayor de los esfuerzos en la relación y apoyo a los trabajadores y su organización sindical.

Existían, además, algunos compañeros específicamente destinados a la relación con los familiares de los compañeros presos. A pesar de todas estas precauciones y medidas de seguridad que se adoptaron, varias unidades cayeron. Algunos, al intentar ingresar al país y otros, a poco de hacerlo.

Secuestros en Lima, asesinato en Madrid

A mediados de año, en junio de 1980, tenía previstas algunas reuniones con varios compañeros integrantes de estos núcleos, para evaluar la marcha de esta nueva modalidad de resistencia e inserción. A estas reuniones las realizaría en Lima. Cuando llegó esa fecha nos

encontramos en Perú unos quince compañeros. Uno de los asistentes a la reunión, procedente de la Argentina, Federico Frías Alberga, había sido apresado por el Ejército unas semanas antes, sin que lo supiéramos. Junto con él caería la información que le permitiría, a la represión, descifrar una de las citas en Lima.

El Ejército argentino en colaboración con el Ejército peruano montó un dispositivo represivo llevando como rehén y «anzuelo» al compañero detenido en Buenos Aires. Este intentó fugarse en Lima, siendo herido y sin lograr su objetivo. Fue nuevamente apresado y continuó el operativo planteado. Algunas horas después eran secuestrados María Inés Raverta, Julio César Ramírez y Noemí Esther Gianetti de Molfino. Ese fue otro de los momentos de mayor dolor y angustia de mi vida militante, en cierto modo me sentía responsable de la suerte que habían corrido.

Según los informes de legisladores y organismos de derechos humanos de Perú, el grupo de militares argentinos que fue a secuestrarme a Lima estaba a las órdenes del coronel Roberto Roualdes (jefe de la Plana Mayor del Comando del I Cuerpo de Ejército), quien habría estado afectado al «Grupo de Tareas 3.3.2» y que compartía con personal proveniente de la Marina (ESMA) y de la Prefectura. Este coronel Roualdes sería el mismo que dirigiría el operativo contra los miembros de la Secretaría Política donde murieran Alberto Molinas, «Vicki» Walsh y otros compañeros.

Los acontecimientos que se sucedieron en relación a este hecho muestran las dos caras de una misma moneda. Por un lado, no solo la coordinación de distintas Fuerzas Armadas del Cono Sur, sino también el vaciamiento ético al que había llegado la represión. Por el otro, la dignidad del pueblo peruano, que llenó de solidaridad ese vacío que dejó el horror vestido de represión política. Constantes movilizaciones callejeras pedían la aparición de los secuestrados y denunciaban la complicidad de la máxima autoridad de ese país con los jerarcas de la dictadura argentina.

Una lluvia de denuncias y repudios obligaron a Videla a desistir del viaje que tenía previsto realizar a Lima para asistir a la transmisión del mando, del gobierno militar del general Francisco Morales Bermúdez al recientemente electo arquitecto Fernando Belaúnde Terry. Esa ceremonia se realizaría el día 28 de julio, máxima fecha patria de los hermanos peruanos. Ellos, ese día recuerdan el ingreso a Lima de otro general procedente de estas tierras, José de San Martín, en la antípodas del que ahora resultaba tan «poco grato» para el sentimiento popular. Hay momentos en que algunas palabras parecen enlazar situaciones históricas que aparentemente nada tienen en común. En 1821, San

Martín había logrado desembarcar en Lima y proclamar su independencia con la ayuda de las montoneras, contingentes criollos de campesinos armados; en 1980 Videla no podría viajar por el masivo rechazo del pueblo ante la agresión a militantes montoneros. Es evidente que algo más que profundos lazos semánticos vinculan estos dos hechos.

Todas esas muestras de solidaridad no alcanzaron para que los secuestrados pudieran ser recuperados. Como tampoco alcanzaría con la condena del Parlamento Europeo, que a principios de julio y en relación con este tema denunciara en Estrasburgo sobre «el plan secreto de cooperación entre los ejércitos de Argentina y Perú». (227) Las denuncias de dirigentes políticos, las presentaciones judiciales y parlamentarias, las investigaciones periodísticas en Perú y España no sirvieron —inicialmente— para llegar a la verdad de los hechos. El gobierno peruano exhibió documentación firmada por autoridades aduaneras bolivianas donde «consta» que estas tres personas habían ingresado a ese país el 17 de junio de 1980 por el paso de Desaguadero. (228) Hay dudas sobre la legitimidad de ese documento. Lo cierto es que la señora Molfino llegó por vía aérea a Madrid, donde fue hallada muerta. La habrían convencido que ella recibiría un trato distinto y que sería llevada junto a su hija Alejandra, que estaba embarazada y residía en Francia. De todas maneras aún faltaba lo más siniestro.

Un mes después, Noemí Esther Gianetti de Molfino, cuya hija Marcela y yerno (Guillermo Amarilla, jefe de la Regional Noreste de la JP) habían desaparecido en Buenos Aires en 1979, apareció muerta en la habitación de un hotelucho español, alquilada a nombre de Julio César Ramírez. La pericia policial hablaba de almohadas y asfixia. Completaba el tétrico panorama la existencia de múltiples huellas digitales de Ramírez y un pasaporte con su foto y emitido a nombre de «Luis Esteban Almirón», documento que efectivamente este compañero utilizara para salir clandestinamente de Argentina y viajar a Lima, donde fuera secuestrado. Las huellas digitales de Ramírez se pueden haber transportado bajo la forma de sellos de goma, fáciles de construir con técnicas elementales. Los detalles del horror se cerraban con una brevísima nota que apareciera en unos pocos medios de prensa argentinos donde se decía: «Hallaron en Madrid el cadáver de una presunta desaparecida».

Ahora todo estaba en «perfecto orden». La aparición del cuerpo de la víctima en Madrid «desmentía» la imagen del secuestro y desaparición en Lima. Las huellas digitales de Ramírez en el lugar del crimen, intentaban probar que se trataba de algún problema interno o de otro carácter, ajeno a la represión. La «huida» de Ramírez, del «lugar de los

hechos» demostraba su «culpabilidad», justificaba su ausencia y terminaba de echar por tierra las denuncias que se venían formulando en Lima. Una vez más «probaban» cómo «mentía» la «subversión», y cómo «con sus falsedades pretendían empañar la imagen argentina». Un comunicado de la Embajada Argentina en Madrid, a cargo de Jorge Washington Ferreira, decía:

> La aparición sin vida, en Madrid, de Noemí Esther Gianetti de Molfino, en un apartamento alquilado por Julio César Ramírez, el pasado 16 de julio, ambos supuestamente «secuestrados» en Perú, según lo han divulgado diversos medios de comunicación oficial, deja en la más palmaria evidencia la falsedad de la campaña de desprestigio urdida contra las autoridades peruanas y argentinas, a la vez que advierte, una vez más, de la peligrosidad que exhibe la subversión internacional en su intento de socavar las bases de nuestra sociedad occidental. (229)

Sobre las otras dos personas, Raverta y Ramírez, es poco lo que sabe sobre su destino final, habiendo corrido la misma suerte que otros miles de desaparecidos.

En los días que los secuestrados habrían pasado por Bolivia, se vivían en ese país los prolegómenos de un nuevo golpe de Estado encabezado por el general Héctor García Meza, que significó el fin del débil gobierno de Lidia Gueiler, quien nada tuvo que ver en la cooperación del Ejército boliviano con este crimen. Es bueno tener presente que pocos días después del golpe en Bolivia, Videla dijo en Córdoba:

> Queremos aclarar que desde un largo tiempo atrás la Argentina mantiene en Bolivia funciones de asesoramiento militar como en otros países del continente […]. El golpe de Estado no se recomienda ni se receta. Un golpe de Estado responde a una situación que puede ser o no posible, deseable, legítima, etc. La Argentina no ha propiciado este tipo de definiciones. Hemos dicho que entre dos opciones, la correcta con desemboque eleccionario y la incorrecta con pronunciamiento militar, visto el grado de riesgo que insumía uno y otro, yo digo que para el gobierno argentino hemos visto con más simpatía esta segunda. (230)

Falta decir que veinte días antes había triunfado en las elecciones don Hernán Siles Suazo, un legendario líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario, viejo amigo del peronismo y a quien los Montoneros habíamos apoyado en el camino de la victoria electoral. También cabe recordar que, según varios testimonios, el teniente de navío Miguel Ángel Benazzi —que bajo el nombre de «Manuel» o «Salomón» se ocupaba de las «tareas sucias»—, por aquellos mismos días agobiaba los despachos de los funcionarios de la Embajada Argentina en La Paz. Este marino que tuviera intervención en aquella conferencia de prensa del Eurobuilding, es responsabilizado de haber participado en el asesinato

de Marcelo Quiroga Santa Cruz, líder del Partido Socialista de Bolivia, el 17 de julio de 1980.

Por mi parte, solo varias semanas después pude abandonar Lima. Antes había dado una conferencia de prensa denunciando los hechos, con la solidaria presencia de los diputados electos Javier Díaz Canseco, Agustín Haya de la Torre, Manuel Dammert, el general Arturo Valdéz Palacio y Antonio Meza Cuadra, representantes de distintas fuerzas políticas peruanas. Un primer intento por salir del país rumbo a México se había frustrado obligándome a una retirada del aeropuerto con «cierto apresuramiento». Como prueba de las contradicciones que cruzan nuestras sociedades, un general peruano que había ocupado un lugar prominente en el gobierno de Velazco Alvarado —derrocado por Morales Bermúdez— me acompañaba mezclado entre el público, para ayudarme a «zafar» de algún incidente que se pudiera plantear.

El desarrollo de los acontecimientos sucedidos en Lima y su culminación con el inaudito crimen en Madrid, ratificaron la idea que teníamos acerca del desconcierto de los militares. Entendimos que realmente estaban preocupados por la posibilidad de que se reanimara la resistencia. De otra manera no había explicación para el grado de salvajismo empeñado y el desgaste moral que sufrían por acciones como la expuesta. Nadie arriesga tanto por algo que no existe o cuyo desarrollo no teme. A partir de esas consideraciones reafirmamos las líneas de trabajo. Se orientaría la acción consiguiente sobre la base de unas pocas ideas básicas: la principal fue considerar como eje de la estrategia de resistencia a las reivindicaciones sociales y políticas de los derechos conculcados. Teníamos la certeza de que el gobierno de la dictadura no tenía la menor posibilidad de dar respuesta a esas demandas y, por ello, pensamos que en torno a esas reivindicaciones podíamos encontrar los puntos de confluencia de las diferentes manifestaciones de resistencia que se estaban desarrollando. Entre ellas destacábamos la marcha de los jóvenes a Luján, que se había constituido en un signo de protesta donde estos encontraban una posibilidad de manifestarse y participar. Ese era el contenido sustancial de varios mensajes de compañeros que se habían sumado a esas convocatorias. También crecían las protestas agrarias, encabezadas por los pequeños productores, pero ciertamente ocupaban un rol significativo la reivindicación y organización en torno a los derechos humanos. Donde mayores avances se estaban produciendo era en el crecimiento de la efervescencia de los trabajadores y el desarrollo de nuevas estructuras sindicales. Así fue como después de la huelga de 1979, la CUTA iría unificando el contenido de las luchas de los trabajadores.

Vuelve la CGT

El importante crecimiento de la lucha de los trabajadores en 1979 contribuiría a que en 1980 reapareciera la CGT. Formaban parte de ella «los 25» —que aparecían como la fuerza más dinámica— junto a los sectores más tradicionales —encabezados por la UOM— y la franja más dialoguista, «los 20». Constituyeron una mesa de conducción donde a su frente sería designado el cervecero Saúl Ubaldini. En julio de 1981, la CGT conducida por Saúl Ubaldini, conocida como «CGT-Brasil», lanzó el segundo paro contra el gobierno nacional. Algunos sectores no adhirieron, separándose de la CGT.

La jornada de lucha más importante se daría el 7 de noviembre, con la primera movilización de los trabajadores. Con el lema «Paz, Pan y Trabajo», unos diez mil trabajadores marcharon desde la cancha de Vélez hasta la Iglesia de San Cayetano en Liniers. La jornada que terminó con algunas detenciones colocó a la CGT a la cabeza de la protesta popular contra la dictadura militar.

En previsión de un crecimiento de los reclamos, nosotros veníamos planteando la necesidad de avanzar en la incorporación de nuestros compañeros en los distintos frentes, sobre la base de las reivindicaciones inmediatas de cada sector. Este era otro de los objetivos propuestos en 1980. Para ello continuamos con la política de reinserción de compañeros que iban volviendo del exterior. Estos, junto a los compañeros que se iban reenganchando y algunos compañeros que comenzaban a recuperar su libertad, formaban nuestra alicaída fuerza. Los compañeros que regresaban, en algunos casos lo hacían en pequeños núcleos, en otros se trataba de compañeros que retornaban individualmente. Luego se establecía la comunicación. Siempre procurábamos su asentamiento e inserción, para que desde allí desarrollara su red de contactos. También planteamos una aproximación de los integrantes de la conducción y de algunas tareas de apoyo a los países periféricos, particularmente Brasil.

Comenzamos a desarrollar todo lo posible en comunicaciones y logística. Los que formábamos parte de la conducción fuimos tratando de instalarnos en la zona. Desde allí se facilitaban las comunicaciones con quienes estaban dentro del país. Evaluábamos que estos pasos eran necesarios para reconstruir la fuerza y contribuir a reanimar la resistencia. En el desarrollo de estos planes también tuvimos varias bajas, algunas de ellas pertenecientes a los niveles de la conducción.

En general las políticas diseñadas en este período fueron más correctas y adecuadas a la realidad. Habíamos incorporado en nuestra práctica la autocrítica sobre la perspectiva de agotamiento del

peronismo, que caracterizó nuestras ideas y acciones entre 1975 y 1978. Sin embargo, este acierto padeció de otras limitaciones. La más importante es que no daba cuenta de los temores de la gente y de la visión que se tenía sobre nosotros dentro del país. Todo lo que tuviera alguna relación con nosotros, las palabras o nombres identificatorios, los signos y símbolos de nuestra política, los que pudieran aparecer como aliados, eran tratados como si fuéramos nosotros. El terrorismo de la represión sistemática, nuestros propios errores y las campañas de prensa, habían contribuido a crear una situación cuyo elemento distintivo era el síndrome de miedo y desconfianza que habían logrado instalar en franjas importantes de la sociedad. De allí derivaría la percepción de que Montoneros era un foco de atracción de la represión, algo que merecía o convenía marginar, según esa óptica.

Aunque las políticas que sosteníamos eran reconocidas como justas, teníamos una gran dificultad para construir la fuerza capaz de impulsarlas. Las prácticas que habíamos desarrollado en los últimos años tampoco nos ayudaban. Todo aquello hizo que desde distintos sectores reconocieran el valor de los análisis que se formulaban, aunque no acordaran con los instrumentos que proponíamos para desarrollarlas. Con las dudas que nos generaban estas percepciones transcurrimos en el exilio los años de 1980 y 1981. Vivíamos una ambigua sensación, que se iría desplegando en los meses siguientes; percibíamos el fin de la dictadura, pero no encontrábamos la forma de incidir eficazmente sobre la realidad. Fue el período de mayor debilidad de nuestros contactos con el país. Buena parte de la realidad venía mediatizada por la prensa. Los diarios y los cables de las agencias de noticias removían recuerdos y agitaban nostalgias. Eran los momentos en que uno se sentía identificado con los versos del poeta palestino que decía: «Oh mi dolor orgulloso / mi patria no es una valija / y yo no soy un viajero». (231) Los aniversarios familiares, las fiestas navideñas y de fin de año, eran los momentos en que más fuerte se sentía la distancia del terruño. También eran, paradójicamente, los momentos en que la alegría se imponía a los sinsabores.

Eran los tiempos en que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) invadía Afganistán. Argentina se sumó al boicot de las Olimpíadas que se realizaron en Moscú, pero adoptó un criterio comercial absolutamente opuesto y no aceptó sumarse al boicot cerealero. El gobierno de la dictadura militar recibió un duro golpe cuando se supo que el premio Nobel de la Paz de ese año 1980 constituiría un símbolo de la condena internacional a la dictadura y a sus métodos represivos. Finalmente fue así, luego de distintos vaivenes recayó en el arquitecto argentino Adolfo Pérez Esquivel, del SERPAJ,

Servicio Paz y Justicia. Por esa época también moría Jean Paul Sartre, y Jorge Luis Borges, eterno propuesto al Nobel de Literatura, recibía el consuelo del premio Cervantes al mejor escritor de la lengua castellana. Las revistas porteñas traían esas horribles imágenes de Ricardo Balbín, figura emblemática de cuarenta años de vida radical, en su lecho de muerte. El mismo que enfrentara a Perón y que luego, con su abrazo en Gaspar Campos y su despedida «a un amigo» ante el cuerpo inerte del General, hiciera una muestra práctica de reconocimiento de errores. Al que quisimos como vice de Perón pero que después terminaría hablando de «guerrilla industrial», dando argumentos para la represión antipopular. Diego Armando Maradona ya era figura mundial, había muchos millones de dólares en danza y una polémica, si debía o no jugar en el fútbol europeo.

Como parte de un creciente movimiento contra la censura, en la prensa argentina se publicaría un informe a partir del que se conocería la existencia de 242 temas musicales que tenían prohibida la difusión. La nómina incluía temas de Eduardo Falú, Cátulo Castillo, Ariel Ramírez, Ástor Piazzola, María Elena Walsh, Charly García, Alberto Cortés, León Gieco, Pink Floyd, Queen, Alfredo Zitarrosa, Donna Summer y muchos otros. (232) En este sentido es interesante observar cómo se intentaba, en algunos casos, mediante la autocensura, gambetear el control dictatorial. Por ejemplo a la legendaria canción «El fantasma de Canterville» de Charly García sus intérpretes le modificaban parte de su letra. Dice el original: «Ay, si pudiera matarlos, lo haría sin ningún temor / Pero siempre fui un tonto, que creyó en la legalidad […] he muerto muchas veces, acribillado en la ciudad». En la versión cambiada se escuchaba: «Ay, si pudiera odiarlos, lo haría sin ningún temor/ Pero siempre fui un tonto, que creyó en la humanidad [en algunos casos se reemplazaba por *lilá*, *lilá*] […] He muerto muchas veces, rodando sobre la ciudad o arrodillado en la ciudad». (233)

Crece la lucha popular: el gobierno «huye hacia adelante» y la Guerra de Malvinas

En algún momento del año 1981 los mandos militares de la dictadura argentina tomaron conciencia de que el cuadro de situación que tenían por delante era para preocuparse.

Habían logrado cambios importantes y removido las bases sociales que le dieran vigencia al peronismo durante más de treinta años. Con la apertura económica el mercado interno se había debilitado y el movimiento sindical, principal expresión orgánica del peronismo, estaba duramente golpeado. Igual suerte habíamos corrido los

Montoneros, que habíamos llegado a constituirnos en la expresión del más alto nivel de lucha alcanzado por el peronismo.

Desde este punto de vista podían estar tranquilos: «misión cumplida», para ellos. Pero cuando volvían sus ojos sobre las perspectivas de consolidación de lo que se había hecho hasta aquel momento, acechaban nubarrones en el horizonte. No tenían forma de garantizar su continuidad, lo que se llamaba la «cría del Proceso», ni tampoco las modificaciones introducidas. Las contradicciones entre las diferentes Armas, su deterioro moral, les restaban las fuerzas necesarias para que los hechos quedaran «atados», sin riesgos de ser revisados. Buscaban garantizar que nadie les haría preguntas molestas sobre la suerte de miles de desaparecidos, masacrados por fuera de toda convención de guerra o legalidad común. Por otro lado, temían que el peronismo volviera a ser «incorregible», como lo definiera Jorge Luis Borges.

El pueblo, con el peronismo como su fuerza más gravitante, no estaba vencido ni se daba por vencido. Persistía en el intento de reiterar su historia y forzar la retirada de los golpistas. Para colmo de males para los atribulados militares, muchos peronistas —ante la debilidad de los ocupantes de la Casa Rosada y las perspectivas de recuperar el gobierno — volvían a limar sus asperezas internas y comenzaban a despuntar políticas de reunificación. Ahora no solo procuraban fortalecer con su identidad las aisladas manifestaciones de protesta sino que su dirigencia en el país también se ponía a la cabeza de los reclamos de la Multipartidaria por los derechos humanos ante los organismos internacionales. De la mano de estas novedades, nadie garantizaba que la resistencia no volviera a jugarles, a la dictadura y los militares, una mala pasada. Presentían, además, que ante un nuevo avance de la resistencia ya no tendrían la convicción necesaria para enfrentarla. Cada día tenían menos argumentos para sostener una voluntad dispuesta a insistir en las metodologías aberrantes que venían practicando. ¿Quién les garantizaría que ese desgaste no los llevaría a situaciones como la experiencia de Irán, que estaba sucediendo que las tropas encargadas de la represión se habían dejado envolver por la marea humana, entregando pertrechos y poder?

En este contexto, el acuerdo —que de hecho venía ocurriendo desde varios años atrás— entre el II Cuerpo del Ejército —con sede en Rosario — y la Marina, iría creciendo con una nueva perspectiva. ¿Cuál era la «idea salvadora»? Por lo pronto, no volver a las viejas tradiciones de retirarse avergonzados por la repulsa y el voto popular y tampoco correr el riesgoso camino de insistir en una represión ya insostenible que pudiera echar por la borda todo lo hecho. Creyeron haber encontrado otro camino. Era el de limpiar, blanquear la imagen de las

Fuerzas Armadas, produciendo un «hecho histórico». Algo que los convirtiera en símbolos victoriosos de una reivindicación patriótica a la que nadie podría oponerse. Recuperar las Malvinas sería aquello que los militares imaginaron para completar su obra, salir indemnes y prestigiados, y borrar de un plumazo lo hecho durante todo el «Proceso».

El desembarco se produjo el 2 de abril de 1982. Un solo oficial del Ejército iba junto a las tropas de la Marina de Guerra, era el coronel Mohamed Seineldín, afectado al área de Inteligencia —precisamente— del II Cuerpo del Ejército con sede en Rosario, y verdadero emblema del acuerdo que había definido esa estrategia. Vale la pena recordar que el jefe militar que ocupaba la presidencia de la Junta de Gobierno era el propio general Leopoldo Fortunato Galtieri, quien había estado en la Jefatura del II Cuerpo. Allí habrían encontrado su mejor eco algunas ideas que tenían sus primeros bosquejos en la ESMA.

Menos de 72 horas antes del desembarco en Malvinas el país había presenciado otro hecho que, para muchos, parecía imposible: el 30 de marzo, el centro de Buenos Aires fue testigo de la rebeldía de los trabajadores. Una movilización convocada por la CGT conducida por Saúl Ubaldini había logrado un importante apoyo. Durante varias horas, corridas y gases fueron el lugar común. Pero este no era el primer acto de protesta protagonizado por el movimiento obrero sino que era un paso más después de las huelgas de 1979 y 1981 y de la marcha a San Cayetano en la que se pidió «Paz, Pan y Trabajo».

El diario *La Nación* estimó en unas dos mil personas la cantidad de arrestados, de los cuales a la noche seguían detenidas unas 170 personas. Entre los arrestados y detenidos figuraban Saúl Ubaldini, José Rodríguez, Roberto Digón, Carlos Menem, Hugo Curto. En Mendoza, diez personas resultaron heridas, cinco de ellas con lesiones producidas por balas, y el secretario general del gremio minero, José Benedicto Ortiz, sería muerto por la Gendarmería cuando reprimía el inicio de una concentración de los trabajadores convocados por la CGT. (234) Rosario, Mar del Plata y Tucumán también fueron testigos de este tipo de choques con manifestantes detenidos. Al día siguiente la CGT lanzó un documento que sería muy poco divulgado en la prensa de ese 2 de abril, ante el anuncio de la «recuperación de Malvinas». Allí se decía que la dictadura estaba «en desintegración y desbande». (235)

Esos hechos confirmaban nuestras expectativas. Como decía monseñor Zaspe, en mayo de 1980 «se puede hablar de una Argentina visible y formal y de otra encubierta y secreta». (236) Nosotros entendíamos que esa nueva Argentina comenzaba a emerger. Las perspectivas planteadas a mediados de 1980 acerca de los tiempos que le quedaban a la

dictadura militar, parecían cobrar vigencia. Pero no hubo tiempo de discutirlo. Ese mismo 2 de abril en que las tropas argentinas desembarcaban en las islas Malvinas, junto a Firmenich y Obregón Cano fuimos recibidos, en la ciudad de México, por el presidente de ese país. El motivo de nuestra visita era hacerle conocer las «Bases para el Proyecto Nacional Revolucionario», material que habíamos elaborado con la idea de llevarlo a la práctica ante el previsible final de la dictadura militar. Este hecho anecdótico ilustra acerca de la convicción que teníamos sobre el próximo fin de lo que llamaban «Proceso» militar, ante el desgaste dictatorial y el peso que la resistencia iba adquiriendo. A contrapelo de esta idea, posteriormente a los hechos de Malvinas, escuchamos voces que tienen otra percepción: plantean —al igual que Margaret Thatcher— que merced a la derrota de las Malvinas fue que los argentinos recuperamos la democracia.

Inmediatamente después de conocido el desembarco argentino tomamos la decisión de distinguir entre la reivindicación patriótica de la recuperación de las Malvinas y el gobierno militar que la produjo. Nosotros, al igual que la mayoría del pueblo argentino, apoyamos ferviente y sinceramente aquel hecho pero, simultáneamente, seguíamos rechazando a la dictadura militar que usurpaba el gobierno. Esta posición recibió —y recibe— muchas críticas. Creo no equivocarme al sostener que ese era el pensamiento mayoritario al que nosotros nos sumamos. Una muestra de ello fueron las movilizaciones a la Plaza de Mayo, protagonizadas por miles de argentinos que no eran precisamente partidarios del régimen y donde muchos de ellos habían sido reprimidos un par de días antes, por manifestarse contra esa misma dictadura.

Pero las críticas que recibimos provenían de orígenes diversos y opuestos, de un modo semejante a las que se habían levantado a partir del Mundial de Fútbol de 1978. Algunos las hicieron porque sostenían que no podíamos apoyar, bajo ningún concepto, un hecho protagonizado por la dictadura militar. Otros, porque consideraban que no se podía hacer esa distinción, que si se daba el apoyo este debía ser irrestricto, porque —además— ese hecho cambiaba el carácter del gobierno militar. Por nuestra parte, consideramos dos cosas: la primera, que la recuperación de las Malvinas constituía una reivindicación nacional a la que ningún argentino podía sustraerse ya que esta forma parte de esas legítimas tradiciones que conforman el sentimiento colectivo. Eso que, lejos de toda actitud chauvinista, nos identifica en los valores compartidos que hacen a la existencia de la patria como sociedad nacional. Sin esa perspectiva la patria perdería sentido y dejaría de ser lo que es, un hogar común. En segundo lugar,

contrariamente a lo que pensaban muchos, considerábamos que el gobierno se había metido en un callejón sin salida, en un virtual jaque mate. El pueblo había salido a la calle y ya no se lo podría amedrentar. Si, con la recuperación malvinense, lograban —total o parcialmente— el objetivo propuesto, el pueblo iba a avanzar con la exigencia de sus propias reivindicaciones sociales y democráticas. Si fracasaban, el gobierno militar aparecería como el directo responsable y debería responder a la masiva demanda popular. Solo les quedaría el camino de la retirada. Pensábamos que esto ocurriría así debido a un hecho elemental: el pueblo estaba recuperando su protagonismo. Las Malvinas aceleraron esa reanimación que ya se había manifestado el 30 de marzo. Si se liberaba la contención que impedía que se expresara colectivamente la voluntad popular, las cosas serían distintas. Al igual que en el Mundial de Fútbol, seguíamos reivindicando el valor positivo que tienen para la vida de un pueblo aquellos hechos que lo unen y le permiten manifestar ese sentimiento de un modo compartido. La historia nos enseña que en situaciones como estas, cuando se abre un resquicio para la expresión del pueblo, este termina imponiendo su voluntad.

No hay soberanía nacional, sin soberanía popular, sería la consigna que orientara el conjunto de nuestras respuestas. Tratamos de ejecutar nuestra política a través de dos tipos de acciones concordantes. Una, proponiendo al gobierno militar la incorporación de los militantes montoneros a las fuerzas militares que participaban en el Atlántico Sur. La otra, realizando una campaña que consistiría en procurar la adhesión de todas las fuerzas políticas y gobiernos latinoamericanas con los que teníamos contacto.

Nos propusimos concluir esa propuesta y la ejecutamos con un vuelo charter, con parlamentarios, funcionarios y dirigentes de varios países, que culminaría en Buenos Aires. El vuelo se inició en Venezuela, se detuvo en Panamá para continuar hasta su última escala prevista antes de tomar rumbo a Buenos Aires, que era Perú. Planificamos que con esta delegación regresarían al país los ex gobernadores de Buenos Aires y Córdoba, Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano. Imaginamos que, a partir de esta voluntad manifiesta de participar en esta lucha, las condiciones permitirían y obligarían a redefinir la situación del peronismo montonero, sus militantes y dirigentes. Los que habían tenido responsabilidades institucionales, como por ejemplo los ex gobernadores, intentarían un regreso público, encabezando la manifestación solidaria de gobiernos y dirigentes de otros países latinoamericanos.

Pocos días después ingresé clandestinamente al país. En una reunión

con algunos periodistas extranjeros trasmití nuestra posición y formulé el ofrecimiento político y personal de integrarnos, como combatientes, a las fuerzas que acababan de recuperar las Malvinas. En un sentido semejante se pronunciaron grupos de compañeros presos, quienes ofrecieron donar sangre con destino a los soldados combatientes. El gobierno militar tuvo con nosotros la misma actitud que con el resto del pueblo, continuó enceguecido en su soberbia y no escuchó.

Algunas semanas más tarde, un grupo integrado por decenas de dirigentes políticos, parlamentarios y ex parlamentarios latinoamericanos que ya habían recibido la solidaridad de las legislaturas y gobiernos de Venezuela, Panamá y Perú, anunciaban desde Lima un inminente viaje a Ezeiza. Encabezaban la delegación Bidegain y Obregón Cano, y de esta también formaban parte —entre otros— los directivos de la Central Única de Trabajadores (CUT) brasileña y el presidente electo de Bolivia, doctor Hernán Siles Suazo. Los parlamentos se reunían en sesiones especiales para expresar su apoyo a la causa de las Malvinas y apoyaban a la delegación encargada de trasmitir esa solidaridad al gobierno y pueblo argentinos. Quienes hemos tenido la oportunidad de recorrer los distintos suelos del sur americano sabemos del recelo que tienen los demás pueblos de la región hacia los argentinos. La «causa de las Malvinas» fue un auténtico punto de reencuentro con nuestros hermanos latinoamericanos. Por eso resulta inexplicable la decisión que tomó el gobierno militar con respecto a la delegación latinoamericana que venía a traer su solidaridad. El cónsul argentino en Lima sería el encargado de hacerle saber a los miembros de esta delegación que, en caso de desembarcar en Buenos Aires, los dirigentes del peronismo montonero serían detenidos.

Estos hechos no eran casuales. Los militares habían desdeñado toda efectiva participación del pueblo en los hechos de Malvinas, solo participarían tropas regulares. El temor de los militares al pueblo hizo que sus potencialidades, fuerza y energía, fueran marginadas. Si a la ocupación se la hubiera acompañado, por ejemplo, con una rápida y pacífica instalación de miles de trabajadores y sus familias, otros podrían haber sido los rumbos futuros. Sin embargo nunca se lograría que el apoyo superara el límite de una solidaridad voluntariosa pero ineficaz por parte del pueblo, ante la actitud soberbia y arrogante de los conductores del «Proceso».

A pesar de las reducidas posibilidades, trabajamos en todos los espacios posibles. Desde la clandestinidad denunciábamos cómo se estaba construyendo la derrota. La negativa a una posible participación del pueblo sentó una de las bases del camino al fracaso. La otra fue no

actuar, simultáneamente con el desembarco, sobre los capitales e intereses británicos radicados en el país: durante la contienda, estos serían utilizados contra los argentinos. En una declaración montonera reclamamos esa intervención e identificamos a varios bienes británicos que podrían quedar sujetos a esa decisión.

El 13 de junio, al igual que casi todos los que estábamos en un bar de Ramos Mejía viendo un partido del mundial de fútbol, sentí que un nudo en la garganta no me dejaba hablar. Varios de los presentes, reunidos circunstancialmente ante el televisor del bar, nos dimos un abrazo y nos retiramos masticando un sabor amargo. Fue cuando se anunció formalmente nuestra rendición en Malvinas. La noche posterior a la rendición compartí la indignación con mi pueblo en la Plaza de Mayo, hartos de ser engañados.

Galtieri había hecho una convocatoria incomprensible. Durante el mediodía de esa misma jornada yo caminaba casualmente por la Plaza de Mayo rumbo al subte que me llevaba al departamento donde vivía, en Caballito, y presencié algunas experiencias que permanecen imborrables en mi memoria. Una plaza con centenares de curiosos y decenas de periodistas extranjeros. Por el centro de la Plaza venía marchando un pelotón de granaderos que iba a hacer el cambio de guardia en el Cabildo. Un grupo importante de gente se arremolinó a su alrededor y comenzó a aplaudir a los soldados, mientras insultaba al oficial que estaba a cargo de la formación. Casi simultáneamente, un grupo de la Policía Federal comenzó a dispersar a esas personas. Caminaba hacia la boca del subte cuando sentí que algo los detuvo. Volví sobre mis pasos y vi a un soldado, parte de los que circulaban en la zona, que tenía abierta su chaqueta y le gritaba, al oficial que encabezaba aquel pelotón de granaderos, a dos metros de distancia: «tirá, tirá, hijo de...». La solidaridad de los presentes y la emoción del soldado quebraron la profesionalidad de los hábitos represivos. El grupo de la Federal se retiró, se fueron con la cabeza gacha y sin que el escudo antimotines pudiera protegerles el alma. El pelotón de granaderos, avergonzado, siguió su camino.

Convencido de que «algo» iba a pasar, esa nochecita fuimos con mi compañera a la Plaza. No descartaba el gesto dramático de un suicidio público de Galtieri. Pero no, él imaginó un discurso... ¡Un discurso imposible!

Las ventanas del balcón de la Casa Rosada jamás se abrieron. Galtieri no habló. El pueblo, que vibraba en un tono distinto al que imaginaba el «general majestuoso», lo haría por él.

Cuando quisieron reprimir a los que intentaban entrar en la Casa Rosada, se encontraron con la novedad de que muchas cosas habían

cambiado. Las motos atronaron con sus rugidos, y desde la esquina de Balcarce e Hipólito Yrigoyen arremetieron contra los allí reunidos. Después de seis años de dictadura iban convencidos de que esa demostración de fuerza sería suficientemente disuasiva, pero no fue así. Los dos primeros vehículos quedaron encerrados entre los manifestantes e inauguraron el festival de golpes y fuego en que, a partir de allí, se convertiría la *city* porteña. Se había terminado de quebrar lo que el 30 de marzo, con motivo de la movilización de la GGT, había insinuado su fragilidad. El centro volvió a convulsionarse, se llenó de humo, fuego, gases, piedras que volaban y vehículos ardiendo. El fin de la dictadura militar estaba sellado.

Los meses siguientes serían de una dura porfía. Los militares, incluido el general Reynaldo Bignone, recambio de Galtieri, procuraban negociar su retirada. Alejarla en el tiempo, reducir sus riesgos. El pueblo tenía urgencias. No sabía de dilaciones. Algunos partidos y dirigentes políticos navegaban en esa contradicción.

El regreso de la política

Absolutamente identificados con las urgencias del pueblo, aceleramos el regreso de los compañeros exiliados. Junto con Yäger, Vaca Narvaja y Pereyra Rossi, constituimos —dentro del país— una conducción forzosamente clandestina. Firmenich y Obregón Cano residían en países periféricos. Oscar Bidegain permanecía en España. El Movimiento Peronista Montonero (MPA) era nuestra identificación pública, y a su conducción estaba integrada la vieja conducción de Montoneros. No teníamos ningún tipo de actividad militar; tampoco había planes de esa naturaleza para el futuro. Nuestra situación de clandestinos volvía difíciles las relaciones con las diferentes estructuras que se iban construyendo, todas ellas legales y públicas. Nosotros también considerábamos imprescindible avanzar en esa dirección pero de un modo cuidadoso, para evitar la acción represiva de la dictadura.

Profundizamos la relación que ya veníamos manteniendo con Vicente Saadi, junto a quien pusimos en marcha el diario *La Voz*, y decidimos construir, en conjunto, una corriente interna del Partido Justicialista. Así nacería Intransigencia y Movilización Peronista (IMP).

Andrés Framini, Susana Valle, Nilda Garré, Carlos Suárez fueron, junto a Práxedes «Baby» Molina, Antonio Andrade y otros compañeros, los iniciadores de esta corriente. Esta permitió reagrupar a viejos militantes vinculados a nuestra política, a los compañeros que iban saliendo de las cárceles o a los que regresaban del exilio. Promovimos la realización del primer acto público del peronismo en la etapa

posterior a Malvinas para el 26 de julio de 1982. La convocatoria la hizo un grupo de compañeros encabezados por Vicente Saadi y se realizó en la Federación de Box. Una semana antes, Raúl Alfonsín inaugurando la modalidad de los actos públicos en esta nueva situación, había hablado en el mismo escenario. El propio Saadi y Carlos Menem fueron los principales oradores de esa noche, cargada de fervor y reencuentros, pero también acompañada de los fantasmas alimentados por miedos y desconfianzas. Menem no pudo terminar su discurso, cuando intentó reivindicar a Isabel recibió un abucheo que solo culminaría cuando dejara de hablar. A pesar de que la mayor parte del esfuerzo organizativo corrió por cuenta de quienes estábamos a cargo de la conducción del MPM en el país, por razones de seguridad no asistí al acto. Desde una ventanita del baño del departamento donde vivíamos, que permitía observar la puerta de acceso al local de la calle Castro Barros, pude seguir algunos detalles del mismo e imaginar lo demás.

Creo que ni el resto del peronismo ni nosotros mismos alcanzábamos a comprender cabalmente la situación por la que transitábamos. Junto con buena parte de la militancia veíamos esos años trágicos simplemente como una suerte de paréntesis a nuestra voluntad de cambio. No nos dimos cuenta de que, para muchos, era bastante más que eso. Era un punto de inflexión en sus vidas, a partir del cual querían escribir otra historia. Una historia donde la anterior fuera una cosa ajena o, por lo menos, un pasado olvidable. Un sociólogo argentino, Juan Corradi, vicedecano de la Escuela de Graduados de la Universidad de Nueva York, lo explica de esta manera:

> El tema de la memoria colectiva es muy difícil. En las situaciones de terror colectivo como la que la Argentina vivió, especialmente entre 1976 y 1979, cuando ha sido tan extremo deja una tendencia a la amnesia total. No hay grandes lecciones que aprender. Es una situación horrible que más bien vale olvidar. (237)

El paso del tiempo demostraría que la asimilación de ese pasado es una tarea lenta, muy lenta.

Una pequeña anécdota sobre el acto del 26 de julio daba indicios de una situación que —en ese momento— no comprendí en toda su magnitud. A un compañero al que veía regularmente y que residía en cercanías de La Plata, le iba comentando las gestiones para la realización del mencionado acto. En uno de esos encuentros, me dice: «Viste lo que nos hacen ahora, han pegado por todos lados a la Evita Montonera». Se refería a una serie de afiches que nosotros mismos habíamos colocado, convocando al acto, donde la figura central era la de Evita. Esa imagen, juvenil y trasgresora, con blusa, el pelo

desplegado, la sonrisa franca y atrevida, había quedado identificada como la de «Evita Montonera», frente a las otras más serias y formales que utilizaba el sindicalismo y la propaganda oficial. No lograba asumir que lo habíamos hecho nosotros, que no era ninguna «trampa de inteligencia» para pescar incautos. Acostumbrado al accionar de los «servicios» del aparato represivo, que llegaron a imprimir volantes, comunicados y revistas como si fueran de los montoneros, le resultaba difícil aceptar que las cosas estaban cambiando. Luego de estas aclaraciones, le comenté la posibilidad de reencontrarse con sus viejos compañeros de La Plata, que concurrirían al acto. Pocos días después lo volví a ver, le pregunté por el acto y el reencuentro. No pude salir de mi extrañeza cuando me dijo que había estado, que había visto llegar a los compañeros de La Plata, que había reconocido algunas viejas caras, que se había emocionado cuando ingresaron con su clásica «La Plata, La Plata... Ciudad Eva Perón...» pero que no se integró porque, en ese momento pesaba más aquello de: «Andá a saber en qué andan». Evidentemente, la negación de la realidad y el miedo eran superiores a los hechos objetivos. Por cierto que no era el temor físico ni el miedo racional el que lo impulsaba. De hecho, corría más riesgos haciéndome de anfitrión —a mí que era clandestino y en tiempos de dictadura— con algunos vecinos y amigos en asaditos y picados de fútbol, que vinculándose con algo que se estaba construyendo en la legalidad. Sorprendido en su propia irracionalidad, recordó entonces las veces que, en las épocas de la dictadura, se cruzó de vereda o desvió su mirada para no tener que dar o recibir explicaciones de gente que conocía pero que no sabía si podía estar bajo control de la represión. También me comentó sobre los casos en que se sabía que «algo» había pasado en el vecindario, pero a la hora del comentario cotidiano en la mesa común, nadie lo recordaba.

Ese fue el triunfo de la represión. Esa fue y aún es la principal dificultad para recuperar la integralidad de lo que pasó. Esto es lo que tampoco nosotros llegamos a comprender cabalmente, de allí nuestras dificultades para volver operativas nuestras ideas políticas. Negar la realidad, desconocer al otro, encerrarse en uno mismo, romper con el pasado propio y compartido, fueron mecanismos necesarios a los que muchos tuvieron que apelar para sobrevivir en tiempos de dictadura (y que con los años sería definido por Naomi Klein como «doctrina del shock»). Eso fue lo que permitió elaborar una teoría que le quitara protagonismo social a los enfrentamientos y la lucha, e imprimió la sensación de un enfrentamiento de «bandas», que facilitó la deplorable «teoría de los dos demonios» que aún hoy es utilizada para explicar buena parte de lo ocurrido en aquellos tiempos. Está claro que esta

teoría le calza justo a una forma evasiva de pensar, típica de la cultura del «medio pelo», del «por algo será». Satisfacía a casi todos. A unos para olvidar que habían prestado su consentimiento inicial a ese vandalismo; a otros porque podrían diferenciarse de todo aquello que los vinculara al protagonismo que, en la búsqueda de otros sueños, habían tenido. De esta manera podían colocarse por fuera del enfrentamiento y desde allí «juzgar» los hechos, como si lo que estuviera en juego no fuera una confrontación social y política sino una cuestión de «bandas armadas y aparatos» en pugna, ellos nada tenían que ver, salvo padecerlos desde el temor, según esta particular visión de lo que había ocurrido.

Según esta interpretación de los hechos la única ausente era la verdad, la realidad quedaría ultrajada, pero el peso que tiene este sector en el manejo de los códigos y medios comunicacionales haría el resto.

Por la grieta que se abre en la escisión entre las palabras y los hechos, característica de los tiempos actuales, crece vigorosa la cultura mediática que es cultura de palabras. A través de ella los sectores medios pasan a ser productores e hijos de su propia cultura, a la que asignan valor universal. Desde allí se construiría, en los años ochenta y buena parte de los noventa, la interpretación sobre lo que nuestra sociedad había vivido, y recién después de los sucesos del 2001-2002 esta perspectiva comenzaría a ser revisada. Por nuestra parte y como montoneros, en términos generales, no logramos integrar nuestra historia a la lógica por la que transitaba la mayor parte de los jóvenes de los años ochenta y noventa, lo que facilitaría la tarea de aquellos que tenían interés en desvirtuar lo acontecido en los setenta.

Aquella conmoción de 2001-2002, como se verá más adelante, permite pensar en la posibilidad de que aquel pasado pueda servir a un futuro común. Si esto puede ser así, de aquí en más el tiempo será nuestro más firme aliado. Lentamente, la verdad, la realidad, con sus complejas y punzantes aristas va emergiendo. El debate real comienza a desplegarse. Son muchas las preguntas pendientes. Por ejemplo, ¿cuál es la razón por la que —todavía— se sigue practicando esa escisión que desvanece la identidad de la militancia política, particularmente si esta fue montonera? ¿Por qué, en el caso de muchas figuras reconocidas por su actividad artística y profesional, se separa la militancia y su identidad política, del resto de sus vidas? ¿Acaso fueron caracterizados como enemigos y eliminados o perseguidos por sus dotes artísticas, científicas, o por esa integralidad de vida donde el compromiso y la militancia política, determinaban las actitudes? Es posible que las respuestas a estas preguntas ayuden a comprender más cabalmente lo

ocurrido.

Lo cierto es que nuestra incomprensión sobre la profundidad y extensión de este fenómeno no nos permitiría abordarlo oportunamente como correspondía, incorporando la óptica de las nuevas generaciones. Esto fue así en lo personal, en lo político y también en las experiencias organizativas desarrolladas.

Como una manifestación de la política de integración regional fuimos los principales promotores de un foro de los «Partidos y Organizaciones Políticas del Sur de América». Esta y otras autoconvocatorias proponían el apoyo mutuo en la lucha por la recuperación democrática en los países del Cono Sur americano. También procuraban el intercambio de opiniones con vistas al desarrollo de políticas que beneficiaran a nuestros pueblos en lo que se preveía como la próxima democratización del sur del continente. Se realizaron cuatro eventos autoconvocados. El primero de ellos se realizó en México en la ciudad de Cuernavaca, en marzo de 1982. En la segunda reunión, celebrada en Lima en agosto del mismo año se acordaría que:

> Ante la magnitud de la crisis y la necesidad de plantear una nueva integración regional que sucesivamente tendrán que enfrentar los próximos gobiernos populares y democráticos, resolvemos constituir una Comisión de Estudios Económicos del más alto nivel integrada por todas las fuerzas políticas que suscriban este documento, para que propongan las medidas idóneas que nos permitan enfrentar unidos y solidariamente la gravísima situación de endeudamiento que todos soportamos.

La tercera reunión se realizó a mediados de 1983 en La Paz, Bolivia, y en junio de ese mismo año en San Pablo, Brasil, se llevaría a cabo la reunión de economistas. En el mes de noviembre de 1983 se realizó nuevamente en San Pablo la última de estas autoconvocatorias, con representantes de los partidos democráticos y populares de Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Uruguay. A esta última reunión asistieron por nuestro país el Partido Intransigente, Intransigencia y Movilización Peronista y el peronismo montonero. La quinta reunión debía realizarse en Buenos Aires, en los inicios de 1984, pero la persecución alfonsinista cambiaría los planes. La voluntad, el esfuerzo y los recursos humanos y económicos montoneros fueron el pilar sobre los que se construyeron estos encuentros.

Un intento de reagrupamiento: Intransigencia y Movilización Peronista

En tiempos de la dictadura, Intransigencia y Movilización Peronista (IMP) era claramente visualizada como la expresión pública de

Montoneros. El Partido Justicialista (PJ) y la CGT-Brasil convocaron, para conmemorar el «Día de la Lealtad», a un acto en la cancha de Atlanta para el 18 de octubre de 1982.

En función de las posiciones que veníamos manteniendo desde 1978, en el sentido de plantear la reunificación del peronismo, decidimos participar en dicho acto. Lo hicimos identificados con las banderas de distintas agrupaciones vinculadas a IMP (Intransigencia y Movilización Peronista) y a la CGT de Avellaneda, encabezada por el dirigente municipal Antonio «Cholo» García, en la que teníamos un peso importante. Allí volvería a suceder un hecho lamentable. Se reprodujeron los enfrentamientos con grupos vinculados a las 62 Organizaciones, se desenterraron las cadenas y los palos de la década de 1970. A pesar de las agresiones hubo otros hechos que expresaron las diferencias con el pasado.

De nuestro lado no había ánimo beligerante contra el sindicalismo. Por el contrario, se concurrió al acto con espíritu de unidad. Si bien del lado sindical partieron agresiones, esa actitud no fue uniforme. La advertencia y acción conciliadora de compañeros como Ubaldini, impidieron que las cosas fueran más graves. Por otro lado, desde el peronismo político no se avaló esa vieja metodología. Más aún, desde Intransigencia y Movilización Peronista, Vicente Saadi y Nilda Garré hicieron responsables a los sectores del sindicalismo, particularmente a Lorenzo Miguel. (238) De todas maneras ese enfrentamiento permitió que sinceráramos la situación. Poco tiempo después, ante la convocatoria a una movilización frente al Monumento al Trabajo, en Paseo Colón e Independencia, decidimos que no había lugar a retrocesos, y convinimos en que debíamos evitar choques inconducentes.

A esos fines tuve una reunión con el doctor Fernando Torres, apoderado de la UOM. Por su intermedio le trasmitimos a Lorenzo Miguel nuestra decisión de participar en ese acto y que no estaba en nuestro ánimo producir ningún tipo de confrontación. Le requerimos que asumiera la responsabilidad respecto a la actitud de los sectores encolumnados con las 62 Organizaciones. Lorenzo Miguel manifestó que de parte de las 62 tampoco habría problemas. Más aún, pidió que designáramos una persona para que, junto a ellos y en el lugar de los hechos, garantizara la no reiteración de problemas anteriores. El compañero Francisco «Barba» Gutiérrez, de la UOM de Quilmes, sería el encargado de coordinar con las 62 y la CGT el desplazamiento de las columnas para evitar choques. Tal coordinación, finalmente, no sería necesaria. Las 62 y la CGT adelantaron su acto y lo concluyeron rápidamente, evitando todo encuentro. Se retiraron cuando las

columnas de la CGT de Avellaneda —con las cuales venían nuestros compañeros— se encontraban a metros del lugar sorteando así, todo riesgo de confrontación. En ese acto dimos muestras de que comenzábamos a aprender del pasado.

Mientras tanto, la dictadura procuraba dilatar las definiciones sobre su retirada. Prometía, pero no fijaba el calendario electoral. Obviamente pretendía canjear dicha convocatoria por una serie de compromisos o garantías. Querían asegurarse su impunidad futura y la no revisión del pasado. La debilidad de la oposición política les permitía ese juego. La Multipartidaria que reunía a peronistas, radicales, intransigentes, democristianos y midistas, carecía de convicción para darle entidad a las exigencias que pusieran fin a esas dilaciones. Nosotros entendíamos que había condiciones para forzar la retirada de los militares, que las posibilidades de movilización de una franja de la sociedad eran suficientes para terminar con una dictadura vacilante. Ante la inercia de la Multipartidaria nos planteábamos la alternativa de realizar una movilización a Plaza de Mayo, exigiendo definiciones. El justicialismo y los intransigentes teníamos una visión parecida. En una reunión con Oscar Alende concretada en las proximidades de Primera Junta y coordinada por Raúl Rabanaque Caballero —ex dirigente de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI)—, le planteé la posibilidad de efectuar una convocatoria desde algunos dirigentes peronistas e intransigentes, para salir de esa peligrosa meseta. Alende acordó con esa idea, pero pidió unos días porque insistiría ante la Multipartidaria para que fuera esta la que hiciera dicho llamado. Efectivamente, la Multipartidaria convocó para el día 16 de diciembre a la «Marcha del Pueblo por la Democracia y la Reconstrucción Nacional». Ese día hubo dos manifestaciones y fueron bien diferenciadas. Los dirigentes de la Multipartidaria Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio por el Movimiento de Intransigencia y Desarrollo (MID); Oscar Alende por el Partido Intransigente (PI); Francisco Cerro por la Democracia Cristiana (DC); Carlos Contín y Juan Carlos Pugliese por el radicalismo y Felipe Deolindo Bittel por el justicialismo, se reunieron en el Hotel Castelar. Desde allí partieron e hicieron una rápida ceremonia —dejaron una ofrenda floral— en la Plaza de Mayo y se retiraron inmediatamente, ante el desarrollo de los acontecimientos que desbordaban sus expectativas. La movilización popular tenía propósitos y metodologías distintas. La prensa hizo referencia a la presencia de más de cien mil personas, mayoritariamente jóvenes, que habían irrumpido en la Plaza de Mayo y sus alrededores. La preeminencia correspondía a los sectores peronistas, donde con un gran peso en la convocatoria aparecía la CGT de Avellaneda. Había un

importante protagonismo de la JP y, entre ellos, sectores con banderas identificadas con Montoneros. Pereyra Rossi y Vaca Narvaja marcharon esa tarde junto a los jóvenes peronistas. Cuando anochecía, usando como arietes las astas, banderas y vallas, un grupo de manifestantes intentó penetrar en la Casa Rosada. Víctima de la represión desatada desde un Falcon que estacionara frente al Cabildo, sería baleado por la espalda y moriría el obrero Dalmiro Flores. Esa movilización fue el golpe de gracia sobre las pretensiones dilatorias de la dictadura militar. Nuevamente el pueblo en la calle terminaba con estériles ilusiones «quedantistas».

Una semana más tarde, el general Reynaldo Bignone, último presidente del «Proceso» iniciado el 24 de marzo de 1976, anunciaría públicamente que las elecciones se realizarían en una fecha que tenía como tope el primer domingo de noviembre del año 1983. Se confirmaba la retirada de la dictadura, pero en mi mente comenzaba a tomar cuerpo la sensación de que ese fin no sería el esperado. Me quedé con la impresión de que aquella carga sobre las puertas del símbolo del poder (el 16 de diciembre) indicaba el punto más elevado y límite de aquella Resistencia: no habíamos logrado desarticular al núcleo duro del sistema de poder dominante y las expresiones tradicionales de la política asomaban como el recambio posible.

De todas maneras, el gobierno dictatorial no había resignado su carácter represivo. Ahora procuraba ejercerlo de un modo mucho más selectivo, evitando el desborde, presionando y hostigando a la naciente reorganización popular. Pero también acudía a los viejos métodos cuando ello era necesario y posible. Durante aquellos días también secuestraron a Ricardo René Haidar, el último sobreviviente de la masacre de Trelew, quien había regresado en forma clandestina al país. Lo había hecho provisoriamente para crear las condiciones que permitieran su regreso definitivo. Por una serie de indicios, entre ellos el tono y tenor de las comunicaciones telefónicas que tenía con Vaca Narvaja, supimos que había caído en manos de las fuerzas represivas y que estaba secuestrado en un departamento en la calle Independencia, entre Jujuy y Saavedra.

Nosotros no estábamos en condiciones ni con posibilidades de actuar directamente, además de que cualquier intento de hacerlo sería contraproducente. Hicimos la denuncia dentro y fuera del país. Pereyra Rossi, que conocía personalmente a varios dirigentes de los organismos de derechos humanos por haber tomado contacto en el exterior con los mismos, puso en su conocimiento la situación existente, proporcionando los datos del lugar donde estaba secuestrado pero no encontramos el eco adecuado. De hecho, en buena parte de aquella

dirigencia, existía un criterio —algunas veces verbalizado— en el sentido de «Ustedes son Montoneros, se la buscaron...». Mientras tanto Vaca Narvaja se mantenía en comunicación con Haidar prorrogando constantemente la fecha de un encuentro entre ellos, para seguir manteniendo un «anzuelo» que permitiera que Haidar continuara con vida. La situación era muy difícil y los márgenes pequeños. Finalmente, el diálogo telefónico se interrumpió y dejamos de tener noticias. Al día de hoy, René Haidar integra la extensa nómina de desaparecidos.

La mayor parte de nuestro esfuerzo estuvo volcado a la organización de Intransigencia y Movilización Peronista (IMP). Se fueron creando las distintas estructuras provinciales y locales, las afiliaciones y adhesiones, los actos públicos, la preparación de alianzas y listas para participar en las elecciones internas. El 11 de marzo de 1983, en el décimo aniversario del triunfo de Cámpora realizamos, convocado por la IMP, un acto en la cancha de Atlanta. Movilizamos unas quince mil personas, cifra que —dentro del peronismo— solo el sindicalismo podía alcanzar. La mayor parte de la dirigencia nacional de la IMP desconfiaba de nuestras posibilidades de lograr una «asistencia decorosa» que los salvara de un naufragio político y, por eso, junto a los compañeros que integrábamos la conducción del MPM, asumimos la responsabilidad de la organización de ese acto. Pereyra Rossi y yo fuimos a ver la cancha de Atlanta en uno de sus partidos de la «B», además de medir las posibilidades de cada una de las tribunas y planificar la distribución de los grupos asistentes, pude ver al «Quique» Hrabina un tiempo antes de que se pusiera la camiseta de Boca, con la que tanto me haría sufrir. Luego de varias reuniones con madres de compañeros desaparecidos que todos los jueves desfilaban como Madres de Plaza de Mayo, logramos que una parte de la tribuna más cercana al palco fuera ocupada por esas compañeras con sus cabezas cubiertas por los pañuelos blancos.

Personalmente, creo que fue el hecho más importante de ese acto.

Siempre tuve la convicción de que era imprescindible producir una comunión entre la reivindicación de los derechos humanos agraviados durante la dictadura y el movimiento popular, capaz de darle una respuesta eficaz. Estaba convencido, y lo había visto en la experiencia de otros países, que ese divorcio perjudicaba a unos y otros. Cuando se producía esa ruptura o sus lazos eran muy débiles, la recuperación de la memoria y de los derechos humanos conculcados corría el riesgo de constituirse en una reivindicación con poco anclaje. Aunque, por sus propias características, capaz de producir un fuerte impacto en la sociedad. La profundidad y justicia de sus reivindicaciones terminaba sirviendo de sostén a pequeños grupos sin otra perspectiva o apoyatura.

Desarraigados de su sustento social, estas legítimas reivindicaciones, podían llegar a ser un espacio de maniobra al servicio de cualquier interés. Por otro lado, para el movimiento popular, no reivindicar los derechos humanos del pueblo que es el sujeto de su realización histórica, es negarse a sí mismo. Es como amputar una parte de su existencia, aquella que le permitió sobrevivir en las más difíciles circunstancias.

Esa noche, luego de centenares de abrazos y reencuentros, junto al alambrado, en un córner lejano, fijé mis ojos en las estrellas; escuchaba pero casi no oía los discursos. Dejé que la calma que sentía en esos momentos junto a algunas lágrimas cubriera los gritos, las consignas y aplausos. Los cánticos y los bombos eran apenas un ronroneo que servía de fondo a esa placidez que sentía. En ese momento volví a creer que estábamos cerca de esa síntesis entre el sacrificio de tantos y el futuro inmediato de todos. Más tarde, el tiempo revelaría que esas distancias serían mayores, comprendería que resolverlo no es tan sencillo y que sigue siendo una de las materias pendientes. El acto terminó con el discurso de Saadi. Prácticamente leyó el texto, fuertemente antidictatorial, que le habíamos redactado luego de que conviniéramos con don Vicente los ejes principales del mismo. El éxito alcanzado era demasiado grande como para que no provocara la reacción de las fuerzas que aún le quedaban a la dictadura militar. Pero de ello seríamos notificados un mes y medio después.

Además de esta tarea vinculada a la construcción de la herramienta electoral, también destinamos esfuerzos a los demás frentes, particularmente al sindical y la juventud. Dimos apoyatura a las agrupaciones y gremios donde podíamos consolidar algún poder sindical. Se fortaleció la política hacia las CGT regionales, particularmente las de Avellaneda-Quilmes y la de Zárate-Campana, dentro de las cuales teníamos un desarrollo relativamente importante, que nos permitía incidir en la mayor parte de sus políticas.

Promovimos el Centro de Estudios Laborales (CEL) cuyos cursos de capacitación y la Revista que los difundía sirvieron para la formación de centenares de compañeros.

Simultáneamente promovimos la formación de las agrupaciones sindicales peronistas (ASP). Se alcanzó un desarrollo sindical relativamente importante en distintos gremios: ferroportuarios, carne, bancarios, docentes, gráficos, trabajadores rurales, judiciales, construcción. Por momentos parecía que, a partir de una nueva práctica, se estaba logrando una reinserción de nuestro proyecto. Si bien se mantenían diferencias con el sindicalismo tradicional, ahora la relación con el mismo era, por cierto, mucho más fluida y respetuosa.

Más aún, existía una amplia base de diálogo y acuerdos con Ubaldini, el máximo dirigente de la CGT.

También se iría reconstruyendo la JP y en ese camino se volvería a utilizar la identificación de «Regionales». A partir de este ejercicio de una nueva práctica se pudieron establecer alianzas con otros sectores, básicamente con la línea orientada por Patricia Bullrich y Pablo Unamuno, y «Liberación» que reconocía a Carlos Puccio y Claudia Bello, como sus principales dirigentes. En relación con la JP se realizaron algunas actividades importantes como por ejemplo una convocatoria de más de tres mil jóvenes en el Congreso Nacional de la JP «Dalmiro Flores», realizado en San Juan en febrero de 1983. Allí, además de las reivindicaciones coyunturales, se planteó la unidad de la juventud peronista, la promoción de la afiliación masiva al PJ y la necesidad de su reconocimiento como «Cuarta Rama» del peronismo. La Mesa Nacional de ese Congreso estaba integrada por Carlos González, por la Capital Federal; Guillermo Lizárraga, por Salta; Alberto Conca, por San Juan; Eduardo Alessi, por la zona Oeste del Gran Buenos Aires y Fernando Masson, por Córdoba. A pesar de toda la fuerza que logró reunir, esta JP de los años ochenta no tuvo comparación con la gravitación alcanzada en la etapa de los setenta. Nunca llegó a representar masivamente las nuevas aspiraciones de la juventud argentina. Personalmente cuestioné su afán identificatorio con lo que llamaban la «Gloriosa JP», haciendo referencia a sus antecesores de una década atrás. Siempre pensé —y pienso— que las características que hicieron «gloriosa» a aquella no eran mejores o peores, eran simplemente irrepetibles. Mucho menos hacerlo de «afuera hacia adentro», es decir creer que mostrando una imagen e identidad externa similar, algo se convierte en igual. Aquella JP se había correspondido a un fenómeno generacional, que se abrió paso en la sociedad y ocupó su propio espacio. En mi opinión, estos nuevos jóvenes solo lograrían trascender si alcanzaban a representar las expectativas que en ese momento tenía la juventud. Desde allí ocupar su lugar, luchando por la especificidad de lo que quería esa nueva generación. Solo así se harían creíbles y podrían construir su propia gloria.

Es cierto que nuestro propio afán reivindicatorio muchas veces oscureció este mensaje. Las presiones que —consciente o inconscientemente— hicimos para acelerar la recuperación de aquella memoria no contribuyeron a fortalecer esta necesaria diferenciación que cada generación debe tener. Creo que en este tema está una de las claves de la debilidad del desarrollo de aquellos tiempos. Entiendo que el grupo de jóvenes que se integraban a nuestras políticas no tomaban casualmente aquel nombre de «gloriosa». Había «algo» en nuestra

práctica y discurso que los impulsaba a ello, poniendo distancia con respecto al resto de la juventud. Por momentos, como en las observaciones señaladas anteriormente, percibíamos esa dificultad pero evidentemente nuestras prácticas centrales no la corregían. Esas dificultades se fortalecieron cuando se acentuó la represión sobre nosotros y terminó de consolidarse con el triunfo alfonsinista. El posterior surgimiento de la «teoría de los dos demonios» obtendría un espacio político y social para desarrollarse que tuvo relación con el hecho de no haber resuelto esta problemática.

El otro hecho significativo sería la irrupción del fenómeno post Malvinas. Pusimos todo el esfuerzo posible para que esta nueva JP contribuyera a servir a la organización de los ex combatientes. Procuramos que la nueva juventud se identificara como la «Generación de Malvinas» y por momentos se logró un fuerte avance en esta dirección. El dirigente de la JP de Capital, Carlos González, fue la figura más representativa de esta política. Años después sería detenido y condenado con motivo de las actividades desarrolladas en apoyo de una huelga de la CGT contra el Plan Austral de Raúl Alfonsín.

Dentro de la respuesta integral que pretendíamos dar hay otros dos aspectos que incluimos en nuestra política para esa nueva etapa, se trata del frente de profesionales y las Fuerzas Armadas.

Respecto del primero se puso en marcha el Instituto para la Doctrina Nacional (DONAC), al que imaginamos como un punto de reagrupamiento de profesionales e intelectuales que históricamente habían sido próximos a nuestra política.

En relación con las Fuerzas Armadas, también creímos necesario generar un mecanismo que facilitara el debate sobre su rol en la sociedad. A partir de las relaciones con sectores militares vinculados a los movimientos de Azul y Olavarría de la época lanussista, de algunos sectores nacionalistas y compañeros nuestros vinculados a ese frente, constituimos la Unión Argentina y Latinoamericana (UALA), de la que su principal artífice fue el ex guardiamarina Julio César Urien. La revista *Vértice* sería la portavoz de los debates existentes. En los años siguientes promovió y participó en una política latinoamericana junto a otros ex miembros de las Fuerzas Armadas del continente, críticos de la Doctrina de Seguridad Nacional. La acción política electoral y estas múltiples actividades se desarrollaron fundamentalmente durante el año 1983.

La salida de los compañeros presos, el retorno de los exiliados, el reencuentro con aquellos que habían permanecido en el país y una nueva militancia juvenil y sindical eran las nuevas bases, pasada la larga noche de 1976, para la reconstrucción de nuestras fuerzas. Los

avances producidos en esos dos años (1982-1983) eran fruto del ejercicio práctico de las modificaciones en base a las autocríticas planteadas desde 1978. Pero de todas maneras entiendo que vivimos una confusión entre esa militancia —proveniente de los setenta o muy semejante en sus propuestas— y las tendencias predominantes en la realidad social. Generamos un microclima social importante pero limitado. Con el riesgo de la generalización, se puede decir que no éramos el emergente de la nueva realidad social. Nos parecíamos más a los aspectos residuales de la vieja práctica.

Toda esa militancia había vuelto a tener protagonismo en las últimas etapas de la dictadura, fundamentalmente en las movilizaciones posteriores a Malvinas. Pero su peso se iría diluyendo a la hora de la presencia masiva, en las nuevas demandas y formas de participación que aquella democracia nos proponía. A las razones que nos debilitaron socialmente y que justifican esta situación, que se han ido desplegando a lo largo de este trabajo, hay otras que debo agregar.

Los errores propios serían acompañados de otras acciones que estaban fuera de nuestra responsabilidad, entre las que se puede señalar el aprovechamiento que haría una parte de la dirigencia política, inclusive del peronismo, acerca de nuestra situación. Más de una vez, en el momento de trasladar las propuestas a los espacios de poder, se producía el clásico «macartismo» sobre el pasado y el «peligro» que ello podía significar. A pesar de todo ello, las correcciones introducidas en las prácticas desarrolladas en ese período, nos habían permitido un avance sostenido.

El conjunto de estas circunstancias volvía más débil aún la contradictoria situación de seguridad en la que nos movíamos en el país, siempre en el límite entre nuestra clandestinidad personal y la legalidad de las estructuras que estábamos construyendo. Esta ambigüedad se mantendría hasta el día en que se manifestara brutalmente.

Duro golpe a la Conducción Nacional

Como consecuencia de nuestro nuevo crecimiento —el acto de Atlanta, el congreso de la JP San Juan, las nuevas estructuras políticas y la inserción sindical—, recibimos un nuevo golpe por parte de la dictadura aunque estuviera en retirada. El 30 de abril de 1983 fue asesinado en Córdoba Raúl Yäger, miembro de la Conducción Nacional de Montoneros y, pocos días después de ser secuestrado en Rosario, correría igual suerte otro miembro de la Conducción, Eduardo Pereyra Rossi. Junto con este último también fue secuestrado y asesinado

Osvaldo Cambiasso, un histórico dirigente montonero que recientemente había recuperado su libertad.

Yäger trasladaba el rigor, detallismo y precisión de su profesión de ingeniero a la actividad política. Dueño de un humor ácido y de una convicción absoluta, desarmaba a los «verseros» colocándolos ante la lógica de sus propias contradicciones. Durante los años de 1975 y 1976, muchas veces me conmovió el esfuerzo que tenía que hacer para cumplir con sus tareas en la conducción y simultáneamente hacer de padre y madre de su hijo, mientras su compañera estaba presa. Desde el regreso al país, después del hecho de las Malvinas, se dedicó a reconstruir nuestra fuerza política, dentro de Intransigencia y Movilización Peronista. Asentado en Córdoba, donde fuera asesinado, era responsable de la organización de las provincias del Centro, Cuyo y Noroeste. Por su origen campesino, igual al mío, por esa modestia y su carácter tan poco altisonante, fue el compañero de la conducción nacional con quien más fácilmente me entendía.

«Carlón» —Pereyra Rossi— era, en muchos aspectos, la contracara de Yäger. Más sentimiento que razón, pura intuición, era el miembro más joven de la conducción de Montoneros. En los meses previos a su asesinato trabajó fundamentalmente con los jóvenes en la reconstrucción de la JP. Hoy quiero recordarlo con uno de sus poemas, que encontré entre mis papeles:

Hoy es el día
mañana no sé
hoy es el día para hacer
lo que hay que hacer
Hoy es el día para soñar
mañana no sé
si vale la pena esperar
todo un día, no sé

Hoy es el día para luchar
mañana no sé
si vale la pena esperar
todo un día, no sé

Mañana será el día
lo sé
que vale la pena
lo sé

Por aquello de que tenía algunos años más que los demás, Osvaldo Cambiasso sería para todos «el Viejo». Desgarbado y solitario, mientras terminaba su carrera de ingeniería, se dedicó a la fotografía.

Cuando yo vivía en Reconquista y todavía no conocía al «Viejo», me

regalaron una llamativa fotografía tomada por Cambiasso del símbolo de Santa Fe, su puente colgante. Naturalmente era previa a que el agua lo derrumbara en la década de 1980 y algunos «pícaros» lo vendieran. Arrojado en una celda de la cárcel de Coronda, en la provincia de Santa Fe, luego de sufrir un grave accidente automovilístico que permitiera que lo detuvieran, cuando todos esperaban su muerte sanó sus heridas y evitó las infecciones con su propia saliva. Durante la última dictadura fue, en sus largos años de cárcel, el jefe indiscutido de nuestros compañeros en todos los lugares donde estuvo. Su bonhomía y carácter apacible no condecían con su fuerza de voluntad, muy superior a su fatigado corazón. Pero no sería esta la causa de su muerte sino la furia asesina de quienes creían que algunos crímenes más podrían salvarlos del juicio de la historia. Secuestrado en Rosario junto a Pereyra Rossi, ambos aparecieron fusilados en las proximidades de Lima, provincia de Buenos Aires. Estas muertes profundizaron nuestras dificultades para la acción política y la reconstrucción organizativa. Se ahondó en una política de aislamiento, apenas compensada por la digna actitud de Vicente Saadi quien, a los gritos y frente al despacho del Ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, acompañado por Julio Mera Figueroa y Carlos Suárez, hizo responsable por estos crímenes al gobierno y a la conducción del Ejército. Quedamos francamente debilitados. Junto con Vaca Narvaja nos replegamos, por algunos meses, a Brasil.

A contrapelo de todo lo que veníamos haciendo desde 1980, el gobierno pretendió involucrarnos en la preparación de atentados y usó esa misma campaña para atacar a nuestros aliados políticos. Nosotros respondimos con un comunicado denunciando la campaña y aclarando lo que era evidente, pero nuestras posibilidades de acceso a la prensa masiva eran nulas. Entre los residuos de la debilitada censura, la fuerte autocensura y el compromiso personal, económico, político e ideológico de muchos medios con la dictadura, resultaba claro que estábamos condenados de antemano. Al mismo tiempo, con la firma de toda la conducción del MPM publicamos el documento «La responsabilidad de todos», que explicita el apoyo al proceso eleccionario y formula una autocrítica pública. En ese documento de julio de 1983 firmado por Firmenich, Bidegain, Obregón Cano, Vaca Narvaja y Perdía, se hacía un repaso de los inicios del MPM, sus propuestas de paz, el reconocimiento de errores cometidos y la no justificación de la acción armada durante la vigencia de un gobierno elegido por el pueblo. En ese mismo documento, se exhortaba luego al resto del peronismo a continuar en el camino democrático emprendido y a los demás sectores a no prestar nuevos consentimientos para violar

el orden constitucional. El documento terminaba diciendo:

> El MPM actuará procurando que el próximo gobierno constitucional, sea cual fuere el partido vencedor en las elecciones, inicie y concluya su período gubernativo.

El 30 de octubre de 1983 los argentinos recuperábamos el derecho de elegir a nuestros gobernantes, pero el peronismo no se había adecuado a los tiempos. No había logrado trasmitir a la sociedad un reconocimiento y evaluación acerca de las causas que motivaron la frustración del último gobierno peronista, de 1973 a 1976. Carecía de un mensaje claro sobre la necesidad de terminar con todo resabio patoteril. Un dejo de soberbia todavía impregnaba su mensaje. Nuevamente los sectores que proponían un cambio fueron marginados.

La quema del cajón en el cierre de campaña el 28 de octubre de 1983, con la idea de muerte que esta acción acompaña, era el símbolo de una perspectiva no deseada por la mayoría del pueblo. En la dirigencia peronista reinaba la confusión. Algunos pensaban que mutando el tradicional «compañeros» por «compatriotas» resolvían la tendencia al sectarismo.

Otros imaginaban que, descargando las culpas sobre nosotros, quedaban a salvo de sus responsabilidades ante la sociedad. Se equivocaban. No era «escupiendo para arriba» como se resolvían los problemas con la sociedad. El sentido común del pueblo percibió esas dificultades. No existió una autocrítica de conjunto ni una trasparencia de métodos respecto de la sociedad, lo que provocó que las denuncias del candidato radical, como el pacto militar-sindical, surtieran efecto electoral. Los sectores medios, en forma masiva, se habían alejado de su mensaje. Así, triunfó Alfonsín. De la mano del Preámbulo de la Constitución, tuvo un discurso más creíble, en el marco de garantizar esas libertades democráticas que tanto había costado recuperar, aunque los cambios sociales, el modo efectivo de superar la destrucción operada, no formaran parte de la agenda real de radicales y peronistas, las dos fuerzas políticas mayoritarias.

Una sensación de desasosiego recorría a buena parte de nuestra militancia. Se había alejado la vieja idea de un rol protagónico en la liquidación de aquella dictadura y el gobierno que la sucedería. De todas maneras, como una demostración de nuestra voluntad de apoyar el proceso en marcha, habíamos decidido concurrir a los consulados de los países donde residíamos para dejar constancia de ello. El 30 de octubre, concurrí al consulado argentino en Río de Janeiro para los trámites del caso. De este modo sobrevenía el epílogo del llamado «Proceso de Reconstrucción Nacional» iniciado el 24 de marzo de 1976.

Era el fin del período más trágico de la historia argentina del siglo XX.

188. *La Tarde*, 5ª ed., Buenos Aires, 25 de marzo de 1976.
189. Levenson, Gregorio y Jauretche, Ernesto: *Héroes. Historias de la Argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 107.
190. Perón, Juan Domingo: «Cartas de Perón a Prats», *Repensar*, n° 1, Buenos Aires, mayo de 2009, p. 47.
191. Floria, Carlos A. y García Belsunce, César: *Historia política de la Argentina contemporánea 1880-1983*, Buenos Aires, Alianza, 1989, pp. 167-168.
192. Robin, Marie-Dominique: *Escuadrones de la muerte, la Escuela Francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 223.
193. Seoane, María y Muleiro, Vicente: *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 163-164.
194. Massot, Vicente Gonzalo: *Matar y morir. La violencia política en la Argentina (1806-2011),* Buenos Aires, El Ateneo, 2011, p. 161.
195. Seisdedos, Gabriel: *El honor de Dios. Mártires palotinos: La historia silenciada de un crimen impune*, Buenos Aires, Editorial San Pablo, 1996, p. 146.
196. *El Territorio*, Resistencia (Chaco), 14 de diciembre de1976, p. 1.
197. «Campaña Nacional de Propaganda 'Oficial Primero Francisco Urondo'», *Evita Montonera*, n° 14, octubre de 1976, p. 61.
198. «Informe especial», *Vencer*, nº 2 y 3, México, 1979.
199. Baschetti, Roberto: *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, Buenos Aires, Punto Sur, 1988, pp. 222-223.
200. Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias. De los 70 a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, p. 361.
201. Santucho, Mario Roberto: «Con fuerza hacia las masas» (Editorial), *El Combatiente*, n° 220, 9 de junio de 1976.
202. *Evita Montonera*, n° 11, enero de 1976, pp. 25-26, y n° 13, abril-mayo de 1976, pp. 33-36; *El Combatiente*, n° 214, mayo de 1976.
203. *Vencer*, n° 4, México, 1980, p. 37.
204. Baschetti, Roberto: *Rodolfo Walsh, vivo*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994, p. 239.
205. *Ibid.*
206. *Ibid.*, p. 209.
207. Boff, Leonardo: *Desde el lugar del pobre*, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1989, p. 143.
208. Perdía, Roberto: texto perteneciente al archivo personal de Javier Salcedo (historiador, profesor en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y autor del libro *Los Montoneros del Barrio*, op. cit.).
209. Baschetti, Roberto: *op. cit.*, p. 210.
210. Baschetti, Roberto: *Documentos. Resistir es vencer (1976-1977)*, vol. II, La Plata, Ediciones de la Campana, 2011, pp. 37-38.
211. «Continuemos pegando. Forcemos la mano que comienzan a aflojar», *Evita Montonera*, n° 17, abril de 1977, p. 6.
212. Cristianos para el Tercer Milenio: *Folleto*, firmado por más de cuatrocientos militantes laicos de la Iglesia Católica (archivo personal del autor).
213. Horts, Hermann, citado en Muleiro, Vicente: *1976. El golpe civil*, Buenos Aires, Planeta, 2011, pp. 38-39.

214. CONADEP: *Nunca más*, 16ª edición, Buenos Aires, EUDEBA, 1991, p. 430.
215. *La Opinión*, Buenos Aires, 24 de marzo de 1977, 2ª sección, p. 4.
216. Íscaro, Rubens: «El movimiento sindical al servicio de los trabajadores para ganar la paz y la democracia en el país», Buenos Aires, edición del autor, 30 de diciembre de 1977 (archivo personal).
217. Adur, Jorge: Carta redactada al asumir como capellán del Ejército Montonero, 1978 (archivo personal).
218. *La Nación*, 30 de diciembre de 1989.
219. García Márquez, Gabriel: «La Soledad de América Latina» (discurso). Texto y audio disponibles en: <http://cvc.cervantes.es/actcult/garcia_marquez/audios/gm_nobel.htm> (última consulta: 6/2/2013).
220. *Vencer*, n° 5, México, 1980, p. 17.
221. Embajada de Estados Unidos de Norteamérica (documento desclasificado): «Memorando del 7 de abril de 1980». Disponible en: <http://www.desaparecidos.org/arg/victimas/c/campigliah/descla.pdf> (última consulta: 16/1/2013).
222. Calloni, Stella: *Los años del lobo. Operación Cóndor: Kissinger, Pinochet, Stroessner, Banzer, Suárez Mason, Massera*, 2ª edición, Buenos Aires, Peña Lillo y Continente, 1999, pp. 15-29.
223. Moniz Bandeira, Luiz Alberto: «1976: Os Estados Unidos e o golpe na Argentina», *Formação do Império Americano*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2005, p. 368. También en *Espaço Acadêmico*, n° 59, Río de Janeiro, 2006. Disponible en: <http://www.espacoacademico.com.br/059/59bandeira.htm> (última consulta: 17/2/2013).
224. Firmenich, Mario Eduardo (Sec. Gral. Movimiento Peronista Montonero): «Posición montonera frente al conflicto del canal de Beagle» (Documento). Disponible en: <http://www.ruinasdigitales.com> >Documentos montoneros (última consulta: 6/2/2013) y en <www.eltopoblindado.com/montoneros> >Documentos 1978> (última consulta: 6/2/2013).
225. Baschetti, Roberto: *La clase obrera peronista*, vol. II, La Plata, Ediciones de la Campana, 2009, p. 201.
226. Cuestas, Raúl: *La dictadura militar argentina y el genocidio en Centroamérica*, Córdoba, SIMA, 2005, p. 80.
227. *Vencer*, nº 5, México, 1980, p. 19.
228. Uceda, Ricardo: *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano*, Bogotá, Planeta, 2004, p. 367.
229. *La Prensa*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1980, p. 6.
230. *Vencer*, nº 5, México, 1980, p. 27.
231. Darwich, Mahmud: *Poesía palestina de combate*, La Habana, Arte y Literatura, 1976, p. 74.
232. *Clarín*, Buenos Aires, 23 de octubre de 1981, p. 24.
233. *Clarín*, Buenos Aires, 15 de diciembre de 1994.
234. «Hace 27 años la dictadura reprimía una convocatoria de los sindicatos», *UNO*, Mendoza, 30 de marzo de 2009. Disponible en: <http://www.diariouno.com.ar/edimpresa/2009/03/30/nota209008.html> (última consulta 29/12/2012).
235. Documento de la CGT. Disponible en: <argentina.indymedia.org/news/2012/03/810975.php> y <http://diagonales.infonews.com/nota-*177165*-El-dia-que-empezo-a-caer-la-Dictadura.html> (última consulta: 4/1/ 2013).
236. Zaspe, Vicente: *La Argentina secreta*, Buenos Aires, Fundación Zaspe, 1989, p. 16.

237. *Clarín*, Buenos Aires, 12 de noviembre de 1995, p. 21.
238. «Un 'Día de la Lealtad' que motivó encontradas opiniones», *La Voz*, 20 de octubre de 1982, p. 6; y «Dieron un documento las conducciones peronistas», *La Voz*, 22 de octubre de 1982, p. 2.

Capítulo VIII

Las democracias condicionadas en una nueva estrategia imperial

Las bases de la nueva estrategia imperial — El gobierno de Alfonsín y la «teoría de los dos demonios»: Perseguidos en «democracia» · Regreso frustrado y límites en la persecución · Otro intento de reagrupamiento · Autocríticas montoneras durante el gobierno de Alfonsín · Fracaso de la política radical — Los años noventa. Menemismo y espejismo del primer mundo: Candidatura de Menem · Gobierno de Menem: indulto, vuelta a casa y debates · La globalización impone su proyecto de modernización dependiente · La rebeldía popular alimenta una nueva resistencia · Una aproximación a las causas de aquellas políticas · Cierre de un ciclo e ideas para el futuro — El gobierno de «La Alianza» cierra un ciclo

Las bases de la nueva estrategia imperial

No es ninguna novedad la profunda relación existente entre la evolución de las políticas internas de los países de nuestra América —Argentina entre ellos— y los intereses de los Estados Unidos. No obstante ello, no es mucho lo que se ha reflexionado sobre la incidencia estadounidense en las características que tuvo en nuestro país el fin de la dictadura y la reinstalación de las instituciones de la Constitución.

Dichas relaciones no solo constituyen un dato de la realidad actual o la de aquellos años de dictadura, sino que vienen de mucho más lejos. Sin olvidarnos de aquella definición de Simón Bolívar acerca de que «los Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad», (239) estamos obligados a observar los acontecimientos que sucederían a la Segunda Guerra Mundial. De aquel acontecimiento, Norteamérica emergería como la primera potencia del planeta.

Corría febrero de 1945, la guerra no había terminado, pero la suerte de los «Países del Eje», de Japón, Alemania y del nazismo, ya estaba echada. En las costas del mar Negro, en el sur de Ucrania más precisamente en Yalta, se reunieron los jefes de gobierno del Reino Unido, Winston Churchill; de la Unión Soviética, Josef Stalin y el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. En esa «Conferencia de Yalta», celebrada entre el 4 y el 11 de febrero de 1945, los vencedores de la contienda bélica tomaron decisiones y recaudos que afectaban —y afectarían— al conjunto de pueblos y países del

planeta. Los principales acontecimientos de las décadas siguientes estuvieron signados por lo que allí se resolvió. Plantearon evitar futuros enfrentamientos directos entre ellos. Enterrando a la Sociedad de las Naciones que se había constituido después de la Primera Guerra Mundial (1919), decidieron crear la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Pero el hecho más importante —para estas consideraciones— sería escasamente difundido y mucho menos oficialmente reconocido. Se trataba del reparto de las *mutuas áreas de influencia* entre los allí presentes. Son muchos los que niegan que tales *repartos* fueran parte de la agenda, pero lo cierto es que los acontecimientos históricos posteriores evidencian que tal criterio existió, aunque no fuera formalmente planteado o resuelto. En esas *áreas de influencia* continuaría el enfrentamiento que habían tratado de excluir de sus relaciones directas. Esos sitios serían los principales escenarios donde se protagonizaría la «Guerra Fría», que fuera la forma de relación posterior entre el occidente capitalista y el oriente comunista.

Pocos días después de aquel encuentro en Yalta se realizaría en México, entre el 21 de febrero y el 8 de marzo de 1945, una reunión interamericana conocida como la «Conferencia de Chapultepec», donde se elaboraría un acta. Nuestro país adhirió unos meses después, habiendo sido duramente criticada su ausencia en dicha conferencia. Esta reunión tuvo por función alinear y ordenar a los países que formarían parte del *patio trasero* de los Estados Unidos en el marco tradicional de la Doctrina Monroe (1823), que sostiene que «América para los americanos»… del Norte. Allí se establecería un principio: todo acto de agresión por parte de un Estado no americano a cualquiera de las repúblicas americanas debía ser considerado como una agresión contra todas ellas. Esto sería invocado contra Jacobo Arbenz (Guatemala) y contra Fidel Castro (Cuba). Las medidas soberanas que habían adoptado estos gobiernos de América los ubicaron, ante los ojos de los intereses estadounidenses, como alineados con «potencias enemigas» y en esta caracterización basaron su intervención. De todos modos, ese principio sería olímpicamente ignorado en el ataque británico a las tropas argentinas en Malvinas. Del Acta de Chapultepec derivarían dos instituciones claves para el dominio norteamericano en la región y coherentes con la estrategia de controlar su *patio trasero*. Estas dos instituciones son el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), aprobado en Río de Janeiro en 1947, y la Organización de los Estados Americanos (OEA), puesta en marcha en una reunión celebrada en Bogotá en 1948.

Con motivo de la constitución de la OEA, hoy fuertemente

cuestionada, se producirían en Bogotá una serie de hechos que vale la pena señalar: durante la reunión estalló el «Bogotazo», un vasto movimiento de bronca y rebeldía —con centenares de muertos y miles de heridos— producido con motivo del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, un incuestionable líder popular. La fuerte presión del canciller argentino impediría que en esa reunión se constituyera, como parte de la OEA, el «Estado Mayor de las Américas», un comando militar unificado al servicio de la estrategia norteamericana. (240) Con el aval de Gaitán, en forma paralela a la reunión interamericana, se iba a realizar un encuentro estudiantil universitario. Lo había promovido el gobierno peronista y uno de los cabecillas era un cubano, Fidel Castro. Reclamarían por la independencia de Puerto Rico, el derecho argentino sobre las islas Malvinas y denunciarían la presencia imperialista en América Latina. (241)

El jefe de la diplomacia norteamericana, presente en la mayor parte de estas actividades orientadas a someter y controlar a nuestros pueblos, era el general George Marshall. El mismo que era autor del «Plan Marshall» que, mediante una importante ayuda económica, contribuyó a «levantar» a Europa después de la guerra. La diferencia de criterios era clara: para sus «socios europeos», la ayuda económica; para nuestros pueblos sometidos, la subordinación a su estrategia y el control militar.

Allí estaban sentadas las bases de la Doctrina de Seguridad Nacional que se iría instalando en la región como una táctica postbélica para asegurar el control de esta parte del mundo. Su desarrollo se profundizaría con el avance de la Guerra Fría que enfrentara a los Estados Unidos, al frente del bloque occidental, con la Unión Soviética, cabeza del «peligro» comunista. En ese marco, los enemigos internos de cada uno de los gobiernos de la región serían adscriptos como parte de ese conflicto internacional.

En los años ochenta, esta concepción incorporaría un nuevo concepto, el de *guerra de baja intensidad*, como una «lucha total» (por todos los medios) a la rebeldía de los pueblos sometidos. Estas acciones incluían, además de lo militar, aspectos sociales, religiosos y culturales. Hacia fines de esa década serían ampliadas las causas para justificar tal intromisión. El narcotráfico, obviando el rol que la agencia oficial norteamericana DEA* tiene al respecto, sería colocado en el lugar del enemigo a combatir. Esta concepción, derivada de la Guerra Fría, tiene como eje el accionar militar y, como principales actores en la región, a las fuerzas armadas de los diferentes países, muchos de cuyos líderes ya habían sido formados en las escuelas norteamericanas destinadas a tal fin. El pasaje a la práctica sería acompañado por una serie de

documentos teóricos elaborados desde los inicios de los años ochenta hasta el comienzo de los noventa. Se trata de los *Documentos de Santa Fe I, II, III y IV*, donde se resume el pensamiento de reaccionarios estrategas militares y del Partido Republicano, que tuvieron su punto de mayor elaboración durante el gobierno de Ronald Reagan (1981-1989).

A la par de ese pensamiento, propulsor de los golpes de Estado que asolarían nuestra región, se iría desarrollando otro, que más allá de sus apariencias resultaría ser complementario al anterior. Los mismos que fundamentaron las duras y militaristas políticas anteriores ahora colocaban el eje en otro aspecto de la política norteamericana. Se trataba de instalar en el centro de la escena *la cuestión de la democracia representativa y los derechos humanos.* Esas banderas, que siempre fueron cínicamente utilizadas por la diplomacia norteamericana, se irían constituyendo en el *estandarte de sus políticas en la región*. Las dictaduras, prohijadas por la Doctrina de Seguridad Nacional, habían cumplido su tarea. En su cuenta se podían cargar los miles de muertos, desparecidos, presos, desplazados y exiliados que dejaron a su paso. Los intereses imperialistas no podían detenerse en «esos detalles». Se abría otra etapa histórica y había que adecuar el discurso a los nuevos tiempos. Las cúpulas militares, brazo ejecutor de los golpes de Estado, serían el *chivo expiatorio*. Dejarían que «los Pinochet» y «los Videla», ejecutores de las políticas impuestas desde Washington, fueran masacrados ante la opinión pública.

Dos personajes de esos tiempos serían los encargados de orientar una y otra estrategia norteamericana. Henry Kissinger, un alemán nacido en 1923 y nacionalizado norteamericano en 1942, fue uno de ellos. Zbigniew Brzezinski, un polaco nacido en 1928 y que adquirió en 1958 la ciudadanía de los Estados Unidos, fue el otro. El primero perteneciente al Partido Republicano y asociado a los intereses de los Rockefeller; mientras que el segundo era miembro del Partido Demócrata. Escapa al interés de estas consideraciones las apasionantes circunstancias y razones que permitieron que dos inmigrantes, provenientes de Europa, fueran quienes delinearan las líneas principales de la política internacional de los Estados Unidos de Norteamérica, la primera potencia mundial. Pero es una realidad que durante más de treinta años ocuparían diversos cargos y funciones desde los que realizaron sus tareas. Ambos personajes tuvieron intervención directa en los acontecimientos de nuestro país, particularmente desde los años setenta hasta fines del siglo pasado. En primer lugar promovieron y ayudaron a los golpes de Estado y a los gobiernos que de los mismos emergieron. Luego, desde el poder que

ejercieron, utilizaron los derechos humanos y la democracia representativa como instrumentos aptos para legitimar el *proceso de globalización* que, enraizado en la transformación tecnológica y digital, se constituiría en una manifestación del poder totalizador de los países poderosos de Occidente.

A partir de estos medios, el poder globalizante recorrería la transición de la sociedad moderna al posmodernismo, asegurando la continuidad de la primacía capitalista, ahora bajo la preeminencia del sector financiero en la configuración del nuevo orden mundial. Un avance de este proceso lo constituiría la globalización de los derechos humanos. Puede considerarse como una expresión de esta tendencia el llamado «Estatuto de Roma» (1998), por el que se crearía la Corte Penal Internacional, encargada de perseguir y condenar los crímenes graves cometidos por los individuos (genocidio, crímenes de lesa humanidad, crímenes de guerra y crimen de agresión) en contra del Derecho Internacional. Estos instrumentos no solo han servido para «lavar» las responsabilidades imperiales en distintos crímenes cometidos en su *patio trasero*, sino que también fueron —y son— útiles en relación con las grandes batallas para alcanzar y sostener la hegemonía mundial. En este sentido Rusia, China, los pueblos musulmanes y el mundo islámico son sus principales destinatarios según el objetivo de integrarlos progresivamente a la homogeneidad del consumismo capitalista. En este sentido, la globalización de los derechos humanos y la democracia representativa cumplen un rol insustituible para legitimar la vigencia del sistema liberal capitalista. En nombre de esas dos banderas asociadas al uso de aquella «libertad» que señalara Bolívar, los Estados Unidos de Norteamérica, en estos tiempos recientes, destruyen culturas y masacran pueblos. Tal como lo demuestra la experiencia, una vez reconocidos como supremos valores globalizantes, son utilizados para presionar a diferentes pueblos y naciones. De ese modo se van constituyendo en componentes esenciales para la globalización de la cultura occidental, la ampliación de las leyes del mercado del sistema capitalista y la satisfacción de sus necesidades estratégicas en materia de recursos y mercados. En esta dirección, sus avances y retrocesos se relacionan con la evolución de las diferentes coyunturas, nacionales e internacionales. (242) La progresiva adaptación de Rusia y China al modelo de producción y consumismo mundial prueba el éxito de esta estrategia. Ante las dificultades para avanzar sobre los pueblos musulmanes y la cultura islámica, el imperialismo trata de compensarlo con una intervención militar de fuerzas norteamericanas o de sus aliados europeos. Iraq, Afganistán, Libia, Yemen, Somalia, Filipinas y los acontecimientos más cercanos en Siria y Malí son ejemplo de esta

práctica.

En nuestro caso, colocando en la agenda de los pueblos una mirada sesgada sobre los derechos humanos, se pretende retrasar, postergar la comprensión de la responsabilidad vieja y actual del poder económico. Es obvio que, a tales fines, los derechos humanos que se deben reivindicar se concentran casi exclusivamente en aquellos violados por las dictaduras que el propio sistema había contribuido a instalar. Detrás de las democracias representativas como única forma de democracia, aspiran a clausurar las aspiraciones de mayor participación y protagonismo de los sectores y fuerzas sociales que vienen siendo excluidos del sistema de poder. Es justo reconocer que democracia representativa y derechos humanos también pueden servir para avanzar en procesos emancipatorios de los pueblos. Pero ello sucede cuando son los pueblos y no el Imperio, sus personeros e instituciones quienes los integran a la agenda de sus reivindicaciones y luchas.

Ambos aspectos tuvieron su expresión en lo acontecido en nuestro país en medio de la dictadura que nos asolara. En manos del pueblo y sus organizaciones, esas reivindicaciones sirvieron para amortiguar los dolores de la lucha y avanzar en la solidaridad. En esos casos no eran una construcción formal, hecha desde el poder y destinada a legitimarlo, sino que constituían una forma de recuperación de derechos que fortalecían y alimentaban la resistencia del pueblo y sus organizaciones. Esa sería la ambigüedad en medio de la cual se retiraba la dictadura y el pueblo recuperaba derechos. La mayor parte de los «reaparecidos» partidos políticos, las organizaciones políticas, sociales y nosotros mismos, accederíamos a estos nuevos tiempos en medio de esa confusión.

El gobierno de Alfonsín y la «teoría de los dos demonios»

Por todo lo dicho anteriormente, la alegría por la recuperación de las libertades por las que tanto y tantos habían luchado no iba a ser completa, estaba empañada por la propia situación y por las dudas que acompañaban al futuro. Y para los que aún estábamos en el exilio tendría un sabor distinto: la esperanza estaba cargada de dudas sobre la propia suerte que a cada uno le tocaría correr.

En la interpretación de los sucesos que nos conciernen, fueron claves los días que transcurrieron desde el triunfo electoral del 30 de octubre de 1983 hasta mediados de diciembre. El doctor Raúl Alfonsín asumiría el 10 de diciembre. Durante esos días se dieron señales y se tomaron resoluciones que marcarían los años siguientes.

Para mí no es fácil hablar de estos tiempos. De alguna manera la

mayor parte de los acontecimientos se desarrolló en un escenario lejano. Esto no es sólo una cuestión de distancia física. Hasta ese momento, estar fuera del país y vivir en la clandestinidad eran hechos y circunstancias que habían tenido su explicación indubitable. Respondía a la lógica de ese enfrentamiento que en estas páginas he venido desarrollando. Los protagonistas habían sido la dictadura por un lado y el pueblo, por el otro. En función de esa confrontación, las exigencias de la resistencia le daban a los vaivenes de la vida individual razones más que suficientes para superar todos los inconvenientes. Más allá de todos los problemas cotidianos y lo que se pueda cargar a la cuenta de los errores previos, personalmente uno se sentía, aun estando a miles de kilómetros, partícipe de un movimiento colectivo. Imaginaba que la lógica de la política y la vida cotidiana de nuestro pueblo serían distintas con el fin de la dictadura. Sentía que poco y nada tendría que ver con la propia, si continuábamos fuera del país.

Durante la dictadura algunas de las políticas desarrolladas —incluidas las falencias personales y colectivas— tuvieron que ver con esa ansiedad por pisar de nuevo el terruño propio. Cada uno puede imaginar cómo sería el estado de ánimo que teníamos quienes estábamos en el exilio, con la asunción de un gobierno electo por el voto. Esta sensación forzaba los tiempos para resolver el modo de incorporarnos al país en las nuevas condiciones. Es por eso que todas las consideraciones, de aquí en más, están ineludiblemente teñidas de esa necesidad interior. Las expresaré tratando de reflejar, en las siguientes líneas, el pensamiento que tenía en aquel entonces sobre el gobierno radical y sus perspectivas.

Sabíamos que Alfonsín no tenía su camino asfaltado. Debía generar las condiciones que permitieran consolidar el ejercicio de las libertades e instituciones democráticas, resolver sobre las secuelas del pasado, responder a las nuevas demandas sociales, reinsertar al país, social, política, económica y diplomáticamente en el mundo. El radicalismo iniciaría su gobierno con un apoyo popular y social que superaba largamente el porcentaje de votos que había alcanzado. Nuevamente parecía posible gobernar para todos, reconstituyendo el dañado y violado tejido social. Era como si, cada tanto, la historia nos diera a los argentinos una nueva oportunidad para que sentáramos las bases y lográramos construir entre todos un destino común. El radicalismo tuvo ante sí una nueva disyuntiva histórica. Según aquel pensamiento, una alternativa era gobernar para todos y con todos, reconociendo en el peronismo la «otra» manifestación del movimiento popular. O, por el contrario, gobernar solo; desde los intereses y la cultura de la clase media, colocando al peronismo y los sectores más humildes en la

«vereda de enfrente», empujándolos a una oposición sistemática. Este debate que —desde la otra cara— recorre buena parte de la experiencia peronista, también se daría, inmediatamente después del triunfo electoral, dentro del radicalismo.

El ex presidente del bloque de diputados del radicalismo, el entrerriano César Jaroslavsky, contaba que el símbolo del debate inicial se daría al discutirse desde dónde hablaría el presidente Raúl Alfonsín el día de la asunción, si lo haría desde el «balcón de la Casa Rosada» o desde el «Cabildo». El «balcón de la Rosada» era el referente de las movilizaciones populares en torno al liderazgo de Perón; el «Cabildo» carecía de una connotación contemporánea. Finalmente, cuando Alfonsín optó por el Cabildo, lo que eligió fue gobernar desde la individualidad partidaria del radicalismo, sin convocar al peronismo ni a su historia para que lo acompañasen. El mismo Jaroslavsky expresó que «La ilusión gorila de borrar por completo el amor de Perón en las masas tiene tradición en la historia argentina; ahora se instalaba una vez más, bajo la frase 'se acabó el peronismo', y aconsejaba políticas». (243)

Nosotros, sin conocer ese debate, teníamos el propio. El dilema era si concurrir o no a la Plaza de Mayo. Contraparte de una discusión simétrica a la anterior, pero dentro del peronismo. Sin olvidar los duros, durísimos enfrentamientos que hemos protagonizado con el radicalismo, desde siempre veníamos planteando la necesidad de agrupar en un frente nacional a nuestras corrientes políticas mayoritarias. A ese frente lo considerábamos como la base para los avances futuros. Lo intentamos con aquella propuesta alternativa que le lleváramos a Perón donde se contemplaba la posibilidad de incorporar al ingeniero y economista Roque Carranza y su equipo al gabinete, en 1973. Lo hicimos sin que se nos borrara de la memoria que sobre Roque Carranza, el mismo que luego fuera el ministro de Defensa de Alfonsín, pesaban las peores sospechas acerca de su participación en el atentado terrorista realizado en la Plaza de Mayo el 15 de abril de 1953. Ese día, en medio de un acto convocado por la CGT que colmaba la histórica plaza, estallaron tres bombas: cinco muertos y varios heridos había sido el saldo de aquel atentado. (244) A partir de esa misma concepción de frente nacional habíamos sugerido al doctor Ricardo Balbín como candidato a vicepresidente de Perón, para las elecciones de septiembre de 1973. Diez años más tarde, nos reiterábamos a favor de la concertación entre las fuerzas nacionales. En una nota publicada en el diario *La Voz* («Por qué y para qué ir a la Plaza»), definimos nuestra posición política de ese momento. Allí planteamos que: «Sin la unidad nacional de ese 85% [se refiere a la

suma de votos radicales y peronistas] no habrá liberación, ni estabilidad política, ni felicidad duradera para el pueblo argentino. Por eso es que la Juventud Peronista siente que debería ir a la plaza, el 10 de diciembre». (245)

En realidad, había dos temas en discusión: «¿Ir o no ir?». Y si se decidía lo primero, «¿cómo ir?». Creíamos que los jóvenes peronistas debían festejar junto con los jóvenes radicales y el conjunto del pueblo el fin de aquella dictadura. Advertíamos que en esos momentos esta JP representaba a un sector minoritario de la juventud argentina. Este no era el 25 de mayo de 1973, cuando asumiera el doctor Héctor Cámpora, con una JP representativa de las mayorías. Además, pensábamos que la cuestión no era ir a vivar a Alfonsín sino reivindicar el fin de la dictadura y la recuperación del derecho a elegir y contribuir a afianzar la unidad nacional, particularmente entre los jóvenes.

Desde el peronismo montonero vimos en el horizonte tres grandes banderas para la etapa:

Empezar a resolver el pasado en el marco de la «Verdad y Justicia» que se reclamaba. De ese modo también se pondría fin a la clandestinidad y proscripción que pesaban sobre nosotros.

Contribuir al reconocimiento de los errores mutuos que sentaran las bases de una autocrítica nacional. Ese sería el punto de partida y fundamento de un nuevo «Proyecto Nacional», que tendría que plasmarse en una Carta Constituyente. Cooperar en los mecanismos que permitieran darle forma y organización a las diferentes demandas socioeconómicas.

Bajo estos principios, antes que asumiera Alfonsín, iniciamos las gestiones para definir nuestro retorno, legalización e inserción definitiva. A través de algunos compañeros se establecería el vínculo con el doctor Antonio Tróccoli, futuro ministro de Interior, quien manifestaría una actitud favorable, explicitada públicamente en un reportaje publicado por el diario *La Voz*, casi un mes antes de asumir. (246) Para facilitar la resolución de la cuestión nos pidió un gesto claro sobre el espíritu con el que regresaríamos al país. Respondiendo a este pedido dirigimos una «Carta Abierta al Presidente Alfonsín» firmada por Mario Eduardo Firmenich, Oscar Bidegain, Ricardo Obregón Cano, Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía, fechada el 29 de noviembre de 1983 y que se publicaría como solicitada en los diarios del día 2 de diciembre.

Perseguidos en «democracia»

Pero a los pocos días el gobierno de Alfonsín decidiría exactamente lo contrario de lo prometido y acordado con Tróccoli. Los diferentes

medios de prensa desataron una feroz campaña contra nosotros. Es muy difícil obviar la responsabilidad del radicalismo en esa campaña, claramente orientada a bloquear nuestro retorno y legalización.

Resulta claro, desde la perspectiva actual, que el radicalismo estaba convencido de que podría gobernar en soledad. Se sentía «llamado por la historia» para construir una fuerza hegemónica. Algunos de sus intelectuales pergeñaron un mesiánico «Tercer Movimiento Histórico». A partir de allí no tendría reparos en empujar a todo el peronismo al enfrentamiento y la oposición permanente. En la actitud específica hacia nosotros confluían dos componentes; sería apenas un aspecto residual de aquella decisión de confrontar con el peronismo. También formaba parte de las necesidades de la Junta Coordinadora orientada a limitar el accionar de una fuerza que, socialmente, podía llegar a competir con su construcción. En ese momento, el radicalismo renunció a la posibilidad de ubicarse como un coprotagonista de la historia y lograr, junto al resto del movimiento popular, reconstruir las bases para el futuro común. Aquel camino los hubiera conducido a tener que reconocer los propios errores del pasado y acordar los próximos itinerarios para transitar en conjunto. Pero no, optaron por caminar solos, quisieron ser actores excluyentes. Para poder llevar esto adelante era una condición necesaria colocar todas las responsabilidades en los demás y presentarse como los justicieros, los demiurgos de la «Nueva Historia». Ese error no fue casual, tenía sus antecedentes. Entre los últimos no se podían eludir aquella denuncia de Balbín sobre la «guerrilla industrial», en 1975; la aceptación del golpe de 1976 para evitar la *disolución nacional* según la lectura de Alfonsín; los reservados diálogos del propio Alfonsín con un hombre fuerte del «Proceso», su compañero del Colegio Militar, Albano Harguindeguy, buscando una salida a la dictadura, mediante alguna reforma constitucional que fuera acolchonando su retirada. Es por eso que, en 1983, un radicalismo que no había sido capaz de aprender de sus errores volvía a tropezar con la misma piedra.

A poco de asumir, el día 13 de diciembre, Alfonsín firmaría sendos decretos, el 157 y el 158. En el primero se ordenaba la persecución penal sobre nosotros; en el segundo se hacía lo propio con los miembros de las Juntas Militares. Así terminaría dibujando su «teoría de los dos demonios»: para cada uno su decreto, empezando por nosotros. Con esa aberrante interpretación de lo sucedido, el alfonsinismo abordaría el problema del pasado simplificándolo a una pelea entre bandas de delincuentes.

Toda interpretación de la historia es una *política de la historia*, y por lo tanto, una propuesta política implícita para toda la sociedad. La

política alfonsinista sobre la historia descalifica todo el proceso previo de nuestra sociedad y las condiciones político-institucionales en las que se desarrollaron los conflictos con su escalada de violencia. De esa manera perdían relevancia los sucesivos golpes, la proscripción, el rol de los grandes grupos económicos, la Doctrina de la Seguridad Nacional como expresión de la política imperialista y la legítima resistencia popular. En su lugar, en el lugar de la verdad y la justicia, se colocaría el Código Penal. Quedaban así, reducidos al mero plano de lo jurídico, más de veinticinco años de historia argentina. Más aún, podríamos decir que la metodología aplicada (el proceso penal) y la teoría que la sustentaría (de «los dos demonios»), contribuyeron a ocultar la historia y obturar sus enseñanzas. Por haber sido partícipes de esa historia, estamos en todo nuestro derecho de pensar que ese fue su objetivo.

Con esa teoría y de esa forma, no se podían explicar los recurrentes golpes de Estado, ni siquiera el del 24 de marzo de 1976 sería considerado antijurídico. Esto es tan cierto que, en el Juicio a las Juntas Militares, estas no fueron acusadas por el delito de sedición ni de usurpación de los poderes del Estado. Pero en cambio, el Código Penal sí le permitiría al radicalismo y a muchos otros —copartícipes de la violencia vivida en las últimas décadas— colocarse por fuera de las responsabilidades históricas. Situaron a la guerrilla y a las aberraciones de las Fuerzas Armadas en el lugar de la barbarie. El peronismo montonero sería fulminado por el rayo de la justicia alfonsinista. Los ex gobernadores fueron perseguidos; Ricardo Obregón Cano fue apresado y condenado; Oscar Bidegain, nuevamente exiliado; Firmenich, apresado y condenado; Vaca Narvaja y yo nos mantuvimos deambulando por la región para preservar nuestra libertad. Otros varios compañeros, entre ellos Osvaldo Lovey, Raúl Magario, Norman Briski, padecieron detenciones, citaciones o juicios. Todo esto ocurría en democracia, en una democracia por la que miles de compañeros habían dado su vida. Ese radicalismo en el gobierno reservaría exclusivamente para sí el podio de la civilización y la democracia.

Obnubilados por la coyuntura, incluso olvidaron y borraron de un plumazo los primeros cincuenta años de vida política de su propia historia, la «Revolución del Parque» de 1890, sus largas luchas hasta imponer la Ley Sáenz Peña en 1912, sus movimientos armados cívico-militares contra el *fraude patriótico* en la década de 1930. Desde esta lectura, *demonizaban* aun hasta sus propios orígenes. Colocaron, además, un manto de olvido sobre todos los aspectos centrales de su comportamiento político posterior a 1955, su contribución a los golpes militares, el «préstamo» de sus militantes para «limpiar» la imagen de diferentes regímenes de facto. Olvidaron también todas las debilidades

que permitieron que, durante su gobierno entre 1964 y 1966, se desplegara la Doctrina de Seguridad Nacional. Al definir como una confrontación de dos aparatos a toda una etapa importante de la vida nacional que había sido consecuencia y culminación de otras anteriores, crearon una verdadera trampa histórica para las siguientes generaciones.

Por estos motivos resulta todavía una tarea pendiente la posibilidad de sincerar y reconstruir la verdad vivida. Ello permitirá que, desde una óptica más integral, se puedan percibir aportes y responsabilidades de diferentes sectores y fuerzas políticas.

Esta *demonización* tampoco ayudaría a mejorar, cambiar o reconstruir diversas instituciones. A las Fuerzas Armadas como institución no se las impulsó a revisar su pasado reciente. Por el contrario, definidas como uno de los demonios —sin penetrar en causas, orígenes ni otras manifestaciones ancestrales de esta perversa política—, más bien se contribuiría a cohesionarlas y enquistarlas en una peligrosa rebeldía. Así quedaría abierto el camino al levantamiento de los «Carapintadas» y sucesos posteriores, que en el interior de las Fuerzas Armadas se complementaron a partir dos situaciones distintas: por un lado el intento de escapar a las responsabilidades emergentes por la comisión de los delitos aberrantes; por otra parte, la indefinición sobre su rol específico en la nueva etapa.

La política de Alfonsín acentuaría una falsa división, aquella que contrapone a la sociedad civil con la militar. Sin percibir la influencia y protagonismo de los civiles al servicio de determinados intereses en ese golpe de Estado, y su aprovechamiento del mismo. Existía un amplio margen para depurar a la estructura militar con medidas ejemplares. Ello podía ser acompañado con una redefinición de la función militar en esa coyuntura. En función de la defensa e integración nacional y regional, y lejos de los intereses que las viejas cúpulas habían defendido. Pero no; en cambio optaron por el criterio de exacerbar las desconfianzas y mantener latente la confrontación.

En lo que atañe a Montoneros, el radicalismo optó por un falaz reduccionismo metodológico. El conjunto de nuestra vida política: la fuerza popular organizada; la vitalidad y representatividad de los diferentes frentes de masas; nuestro aporte a las diferentes expresiones de la Resistencia. Todo ello fue tergiversado, reducido y limitado a un método, la lucha armada. Se completó esta tergiversación equiparando a esa forma legítima de resistencia con la actividad de militares, violadores de la dignidad de las personas y usurpadores del poder institucional. Esta caracterización es una consecuencia directa —y probablemente querida— de la amputación histórica elegida. De un

plumazo borraron los años en que la proscripción y los golpes militares empujaron a nuestro pueblo a la resistencia, y olvidaron que en la lucha integral había una forma eficaz de respuesta al avasallamiento de las instituciones. Solo quedaban en pie, descontextualizados, los hechos de los últimos años. Y el Código Penal para juzgarlos. La hipocresía como política de Estado se instalaba, así, en el lugar de la justicia.

En aquel entonces a Videla no se lo condenaría por su responsabilidad en el avasallamiento institucional sino por la comisión de delitos comunes (19 homicidios). Para no penetrar en las causas del golpismo, el delito de usurpación del gobierno no sería penado. Tampoco entró en la consideración de aquellos juzgadores la responsabilidad de los cómplices. Mucho menos de aquellos —como el poder económico— que fueron promotores y beneficiarios de aquel avasallamiento.

Hubo algunos absurdos y paradojas que vale la pena recordar. Uno de ellos tiene como protagonista a Obregón Cano. Desde 1955 hasta ese momento, había sido el primer gobernador peronista de Córdoba. En 1973 le había ganado las elecciones a Víctor Martínez, luego vicepresidente de Alfonsín en 1983. Derrocado por un cuartelazo policial dirigido por el coronel Domingo Navarro en los inicios del lopezreguismo, marcharía al exilio en México. Su vicegobernador, Atilio López, no pudo hacerlo ya que directamente sería asesinado por la Triple A. En los últimos años de los años setenta y los primeros del ochenta, Obregón Cano, miembro del Movimiento Peronista Montonero desde 1977, se había convertido en el dirigente peronista más reconocido en los foros democráticos de América Latina. Que jamás hubiera empuñado un arma no sería obstáculo para que el gobierno de Alfonsín lo persiguiera penalmente a través del decreto 157/83, en nombre de esa «democracia» recién reinstaurada. Sería procesado y condenado. Estuvo cuatro años preso por el delito de «asociación ilícita». Y se lo condenó en base a la ley 20.840, que era una norma de la dictadura militar. Este es un ejemplo de cómo se castigó a quienes se habían «asociado» para luchar contra los que, aplicando metodologías criminales, habían usurpado el poder por la fuerza. En cambio, no hubo ni siquiera acusación para quienes promovieron y participaron en los apoyos y «asociaciones» que facilitaron esa usurpación y su continuidad. Otra hubiera sido la situación si se hubiera enjuiciado a aquellos comunicadores, políticos y empresarios que pidieron el golpe militar. Si se hubiera sentado en el banquillo de «la Justicia» a políticos, embajadores, miembros del poder judicial que se prestaron al juego de los usurpadores, facilitando su accionar. Tal vez en esta omisión se encuentre la explicación de los criterios que se utilizaron para juzgar y condenar a los que promovieron y jugaron su pellejo en la

Resistencia.

Simultáneamente a nuestra «persecución penal», Alfonsín remitiría al Parlamento un proyecto de ley para la «protección de la vida democrática». Esa norma, que proponía una reforma del Código Penal, agregaba un inciso a las causas de inimputabilidad previstas en el artículo 34º de dicho Código. La disposición que se pretendía integrar —como inciso 8°—, incorporaba como causa de inimputabilidad: «El que causare un mal como medio necesario, razonable e idóneo para resistir la implantación o mantenimiento de un poder público ajeno a los previstos en la Constitución Nacional o alguna de sus medidas».

Esta norma no era ni más ni menos que la reglamentación del artículo 21º de la Constitución Nacional de 1853, que ordenaba que «todo ciudadano está obligado a armarse en defensa de la Patria y de esta Constitución». Era lo que nosotros habíamos hecho, ya que en esa disposición constitucional fundamentamos nuestra resistencia al golpe de Estado y por aplicación del principio de ley más favorable se caían las persecuciones penales ordenadas sobre nosotros y las posteriores condenas, en casos como los de Firmenich y Obregón Cano, por ejemplo. Alfonsín, con esa propuesta de reforma al Código Penal, consagraba legalmente lo que la resistencia montonera había realizado. Pero en cuanto se percataron del «error», retiraron del Parlamento ese proyecto del Ejecutivo.

La Constitución de 1994, en su artículo 36º ha sido explícita en este punto al decir que «todos los ciudadanos tienen el derecho de resistencia contra quienes ejecutaren los actos de fuerza enunciados» (se refiere a la interrupción por la fuerza del orden institucional y el sistema democrático).

Evidentemente, este espíritu constitucional no iba de la mano con la concepción alfonsinista de la «teoría de los dos demonios», construida a la medida de las necesidades del momento. A esta misma lógica responde la publicitada acusación del fiscal a los miembros de las Juntas Militares, que «omitió» acusarlos por el delito de sedición, primer y principal acto ilegal cometido por los usurpadores del poder. Algunos jueces y fiscales intervinientes en aquel histórico juicio, repentinamente transformados en adalides de la democracia y los derechos humanos, habían sido designados por el «Proceso» de la dictadura militar o le habían jurado lealtad a sus principios. Otros habían dictado medidas que ayudaron a la continuidad de la dictadura encubriendo su metodología aberrante, como la denegatoria a los pedidos de *habeas corpus* formulados oportunamente por familiares de desaparecidos. Nuestro sistema constitucional ya contenía el principio —hoy explícito— que ampara la resistencia a la usurpación de los

sediciosos. A pesar de ello, el rasgo hipócrita en esos años sería que quienes ejercimos el *derecho de resistir* fuimos *juzgados penalmente por los mismos que habían encubierto* o fueron cómplices de quienes violaron las instituciones. La fábula del «zorro y las gallinas» había encontrado una vergonzosa realización a través de un perverso engendro político-histórico.

Volviendo a la «teoría de los dos demonios», cabe describirla como históricamente falaz, institucionalmente hipócrita y éticamente insostenible. Esa miope concepción obturaría todos los caminos para avanzar en una mejor comprensión del proceso histórico, donde se integrara la responsabilidad de los distintos protagonistas y actores sociales. Atribuir lo ocurrido a «bandas de mesiánicos» por un lado y a sectores militares psicópatas que se complacen en la ejecución de delitos aberrantes, por el otro, no explica lo principal: el enfrentamiento ancestral entre diferentes proyectos de país. Es más, lo niega.

El alfonsinismo, a poco de andar, revelaría sus limitaciones. Las normas sobre «Punto Final» y «Obediencia Debida», expresaron esa debilidad. A partir de la ley denominada de «Punto Final» (1986) se extinguía toda acción contra civiles y/o militares que no hubieran sido imputados por delitos cometidos en las operaciones antisubversivas dentro de un determinado plazo, que era de sesenta días a partir de la promulgación de la ley. Esa norma sería complementada, meses después, por la Ley de «Obediencia Debida» (1987), que solo admitía el procesamiento de los mandos superiores de las Fuerzas Armadas. Distinta hubiera sido la situación si las sanciones penales —por cierto necesarias— por los crímenes de guerra hubieran estado enmarcadas en un análisis histórico sobre el tema de fondo: la ausencia de un proyecto común y, en su lugar, la confrontación que incluiría la sistemática recurrencia a la fuerza militar para acceder al poder violando la soberanía popular.

Efectivamente, había otras alternativas posibles a fines de 1983. El Parlamento tenía la posibilidad de responder a las demandas del pueblo. La minoría parlamentaria, el peronismo y otras fuerzas, solicitaron un debate sobre esa cuestión. Ello podría haber permitido reflexionar acerca de las razones por las que se producía aquella trágica reiteración histórica. Penetrar en las causas por las cuales las mayorías ganaban elecciones pero no podían gobernar. El asedio y conspiración de las minorías, sostenidas por el poder económico, terminaban imponiendo el poder de las armas. Pero estas tampoco podían consolidarse ante la resistencia de las mayorías, cuyos derechos e intereses eran negados por esas minorías enraizadas en el Estado. Ese

era el debate necesario. Pero, también en esto, el radicalismo prefirió cortarse solo, no correr el riesgo de que —entre todos— pudiéramos bucear en las causas de nuestros problemas. Prefirió dar su propia versión de la historia y autoerigirse en único «juez de todos». Así es como aún nos debemos el debate entre los argentinos, para reconciliarnos con nuestra propia historia.

No obstante ello, la fuerza, la energía del reclamo social ante la dimensión de la tragedia social vivida, lograría algunos efectos. A pesar de todas estas críticas, es justo reconocer que el gobierno radical produciría hechos que merecieron el reconocimiento mayoritario de la sociedad. El *Nunca más. Informe final de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas*, significaría —para aquellos tiempos— un importante avance en la medida que intentó una aproximación a la búsqueda de la verdad sobre la actividad represiva. Ello es así no obstante su «Prólogo», firmado por Ernesto Sábato, que diera justamente fundamentos para la nefasta «teoría de los dos demonios». No haber incursionado en las responsabilidades civiles —particularmente de los grupos económicos— en aquel genocidio, es su mayor falencia. De todas maneras haber sentado públicamente a las Juntas Militares en el banquillo de los acusados permitiría visualizar que no habría más impunidad absoluta para futuros golpes de Estado y llevaría a la toma de conciencia generalizada sobre las aberraciones cometidas.

Regreso frustrado y límites en la persecución

Los cinco miembros de la conducción del MPM estábamos reunidos en Río de Janeiro, preparando el viaje de regreso cuando tomamos conocimiento del decreto 157/83. Si bien existía una sensación —compartida por todos— de hartazgo ante el exilio y la proscripción, a partir del decreto de Alfonsín, las posiciones en relación al regreso no eran totalmente homogéneas. Obregón Cano y Bidegain eran los más insistentes en la idea del retorno. Confiaban en que su peso político y su obvia marginación de toda actividad armada desvanecerían la persecución penal dispuesta por el alfonsinismo. Se acordó un retorno escalonado, primero lo harían Obregón Cano y Bidegain. Ante la ausencia de causa penal conocida, yo los seguiría. Sobre esa base, en diciembre de 1983 los dos ex gobernadores volvieron al país.

Obregón Cano sería detenido en Ezeiza, al bajar del avión que lo transportara a Buenos Aires. Luego sería procesado y condenado, permaneciendo preso por cuatro años. Una serie de confusiones permitieron que Bidegain, que venía en el mismo avión, llegara a leer una declaración política. Después de alojarse en el Hotel Bauen, le

confirmaron la información que sería detenido. Abandonando el hotel eludió la acción policial y, algunas semanas después, salió clandestinamente del país. Residiría en España hasta su regreso definitivo, ya con Menem en el gobierno, en los últimos días de diciembre de 1989.

En esas mismas circunstancias, como si se tratara de una cuestión de menor importancia, tomamos una resolución política que tendría repercusiones que —al momento de adoptarla, poco antes que los ex gobernadores emprendieran el regreso— no habíamos evaluado en profundidad. A su regreso al país, el 20 de diciembre de 1983, Bidegain anunció la disolución del Movimiento Peronista Montonero (MPM) y la restitución de la entidad del Peronismo Auténtico. En el documento que leyera Bidegain, a pocas horas de su regreso del exilio, decía:

> En el exilio forzoso fundamos el Movimiento Peronista Montonero como un organismo político de oposición a la tiranía instaurada en Argentina y a la vez defensivo de los derechos constitucionales y políticos del pueblo argentino, reclamando reiteradamente la restauración del sistema democrático y las elecciones libres y sin proscripciones. En estas nuevas circunstancias […], recuperado el estado de derecho, no tiene razón de ser el mantenimiento de aquella estructura. Por ello, junto a la disolución del Movimiento Peronista Montonero, venimos a recuperar la personalidad política y jurídica del Partido Auténtico. Hemos dicho ya que ejerceremos oposición democrática al gobierno electo. […] Como parte inseparable del auténtico movimiento peronista ejerceremos el derecho a una oposición constructiva que implique el apoyo a toda medida de gobierno que favorezca a los sectores populares y reclamaremos por las reivindicaciones de ese mismo pueblo que permanezcan restringidas o postergadas. […] El pueblo argentino tiene la necesidad de que la democracia recuperada sea real y duradera. […] Como auténticos peronistas, queremos una nueva democracia, queremos una nueva Argentina, en cuya construcción desde ya debe participar protagónicamente la juventud. (247)

Esa decisión tenía su origen en dos hechos confluyentes. Tal como se manifiesta en el documento leído por Bidegain, el MPM se había creado como una fuerza para la resistencia. Desde ese punto de vista, la culminación de la misma con la restauración de la vida institucional le quitaba sentido a su continuidad. Cuidadosos, como eran los ex gobernadores, de los aspectos formales y políticos, consideraban que debía quedar absolutamente claro que transitábamos otra etapa de nuestra vida institucional.

Por otro lado, Bidegain había sido expulsado del Partido Justicialista en la época del lopezreguismo. Fue por ello que ambos ex gobernadores planteaban que, mientras no se reparara institucionalmente aquella situación, correspondía restablecer la entidad del Peronismo Auténtico,

en nombre del cual se habían integrado al Movimiento Peronista Montonero.

Tal decisión, totalmente acorde con la historia de esos compañeros, iba a contrapelo de la práctica de toda nuestra militancia que dificultosamente procuraba su reinserción política dentro del Partido Justicialista (PJ). La confusión se apoderaría de la mayor parte de los mil compañeros que los habían ido a recibir. Allí, sin el tradicional debate previo, se notificaron de esa resolución. La mayor parte de los compañeros, incluyendo los que iban recuperando su libertad, entendían que carecía de sentido reconstruir el Peronismo Auténtico cuando estaba en marcha ese lento proceso de reincorporación al PJ. Ellos no conocían ni compartían las necesidades de quienes habían sido públicamente expulsados.

Dada la buena relación existente con el doctor Vicente Saadi, una de las figuras clave en el proceso de reorganización del PJ, nosotros imaginamos que iba a ser posible zanjar la situación institucional sin mayores dificultades, buscando procesar el retorno a las estructuras de los compañeros que el lopezreguismo había separado. Pero el recrudecimiento de nuestra ilegalidad por esa nueva persecución, nos hizo imposible rediscutir esa resolución, duramente cuestionada. En esa decisión primó la urgencia por volver a la patria, sin medir las condiciones objetivas del conjunto de los compañeros y su proceso de reinserción en el PJ y sin considerar, tampoco, la irreductibilidad de la persecución alfonsinista. El anhelado retorno, en lugar de fortalecer y cohesionar a la vieja militancia, concluiría en otra frustración y se constituiría en un nuevo factor de desconfianza hacia nosotros, los que habíamos conformado la conducción montonera. Todo ello fortaleció la tendencia a la dispersión, que era una de las formas como se manifestaba aquella derrota del peronismo montonero.

Aun después de lo ocurrido, mantuvimos la orientación central de insistir en nuestra legalización y la de la política que estábamos desarrollando. A pesar de que criticábamos la forma en que Alfonsín abordaba el problema del pasado reciente, continuábamos totalmente convencidos de la necesidad de fortalecer y acatar las reglas del juego democrático. Justamente, en la perspectiva de legalizarse, Firmenich sería detenido a partir del hecho de haber iniciado los trámites en el Consulado de Río de Janeiro para inscribir a su hijo, nacido en Brasil. Nuestra voluntad era legalizar una residencia en algún país periférico. Por esa razón no habíamos aceptado el ofrecimiento del gobierno mexicano, muy posiblemente acordado con el gobierno de Alfonsín, para vivir allá. Cuando en nuestro país comenzaba a reconstruirse la democracia, nos pareció que vivir en México podía dar lugar a dudas

sobre nuestra voluntad de apoyo y aporte a la misma, abriendo el camino a que algunos sectores internos eligieran erróneos caminos de oposición que no respetaran las instituciones recientemente recuperadas. Consideramos que hubiera constituido un efectivo ostracismo político, sin permitirnos la reintegración a esa recuperación institucional. Fue por ello que nos quedamos residiendo —clandestinamente— en Brasil. Desde allí podíamos ingresar al país con relativa frecuencia, aunque no fuera por los puestos fronterizos establecidos o con la documentación pertinente.

Una vez detenido y extraditado Firmenich, la situación se tornaría aún más compleja. Fuimos extremadamente cautelosos en evitar cualquier gesto que pudiera ser utilizado como una provocación y pusiera en peligro tanto ese proceso de legalización como su vida.

Por este motivo, desde que Firmenich fuera extraditado de Brasil a Argentina, ni Vaca Narvaja ni yo volvimos a ingresar clandestinamente al país. Hasta ese momento, la mayor parte del tiempo —a pesar de la persecución penal— habíamos residido dentro del país. Mientras debatíamos con los compañeros las distintas alternativas que podíamos adoptar, continuábamos coordinando nuestras actividades con don Vicente Saadi, que iba construyendo los acuerdos y alianzas que lo llevarían a la presidencia del Partido Justicialista. En esos meses de 1984, las relaciones con Saadi fueron muy estrechas. La mayor parte de las reuniones las realizábamos en su quinta de Tortuguitas, a la que ingresaba clandestinamente mediante un mecanismo que habíamos acordado. En una de esas visitas, un domingo por la mañana, cuando llegué a la quinta me encontré con que había más de un centenar de personas. Don Vicente me salió al paso y me dijo, con picardía: «No me di cuenta de que hoy era el cumpleaños de mi nieta, pero quédese. Es bueno que Alfonsín sepa que anduvo por mi casa». Riéndose, agregó: «He tomado la precaución de avisarle a Dibur que no venga». El doctor Pedro Nicasio Dibur era el juez federal que tenía a su cargo una de las causas originadas en la persecución que Alfonsín había promovido. En ella había ordenado mi procesamiento y detención. Para completar esa «puesta en escena», me hizo sentar a la cabecera, junto a él. A los postres y en medio del cuchicheo de los comensales, varios coroneles se acercaron para preocuparlo por sus pliegos de ascenso a general que estaban en el Senado, recorriendo los cajones de la poderosa Comisión de Acuerdos que Saadi presidía. La importancia que para los coroneles tenía esa gestión les hizo pasar por alto el mal trago de tener que hacerlo ante un testigo tan incómodo.

Ante presiones que se fueron manifestando en Brasil, en los cinco años siguientes, de 1984 a 1989, anduvimos por varios países: México,

Panamá, Cuba, Perú, Brasil y Uruguay, fueron lugares por donde transitamos junto a Vaca Narvaja. Nuestros movimientos en los países latinoamericanos se tornaron muy complejos, dada la fuerte presión del alfonsinismo sobre sus respectivos gobiernos. Es por ello que nuestra situación era bastante contradictoria. Residíamos legal y provisoriamente en países a los que el gobierno argentino reclamaba a sus Estados nuestra detención y extradición, pero los gobiernos de los mismos interpretaban el carácter político de la persecución ordenada por el alfonsinismo. Al igual que en la época de la resistencia a la dictadura, los acuerdos que fuimos haciendo con los distintos gobiernos fueron respetados, por ellos y por nosotros. La actividad política se restringiría a algunas reuniones con los compañeros que viajaban desde el país y el apoyo a algunas gestiones del Partido Justicialista, en momentos en que Saadi lo presidía. En este aspecto impulsamos y contribuimos a la incorporación del PJ a la Conferencia de Partidos Políticos Populares de América Latina (COPPPAL), que se reunía periódicamente en distintos países del área. Esta organización había nacido hacia finales de los años setenta bajo los auspicios del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México y del gobierno de ese país. Sus objetivos iniciales fueron fortalecer la apertura de procesos democráticos en los países del Cono Sur, otorgarle un marco de protección al gobierno revolucionario de los sandinistas en Nicaragua y crear condiciones que favorecieran los procesos de paz en Guatemala. El Movimiento Peronista Montonero (MPM) mantenía un viejo vínculo con esta organización, desde la época de la Resistencia. Obregón Cano formó parte del grupo de dirigentes que habían participado de sus convocatorias fundacionales. Nosotros retomamos esa relación y le dimos continuidad, participando como «observadores» en sus diferentes actividades.

La COPPPAL tuvo un rol muy activo en la recuperación democrática en muchos de nuestros países, y fueron partícipes de ella la mayor parte de los partidos democráticos y populares del continente. Así ocurrió, además del PRI mexicano, con el Partido Democrático Revolucionario (PRD) panameño; con el Partido Revolucionario Democrático (PRD) dominicano; con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua; con Acción Popular y Revolucionaria Americana (APRA) de Perú; con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Movimiento Nacional Revolucionario de Izquierda (MNRI) de Bolivia; con el Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). También formaban parte de esta convocatoria alianzas y frentes políticos de Chile y Uruguay. Por Argentina participaban radicales, socialistas e intransigentes.

A pedido de su presidente —Vicente Saadi— insistimos en que el Partido Justicialista (PJ) tuviera su lugar dentro de la COPPPAL. Las gestiones fueron facilitadas por el secretario de la COPPPAL, el doctor Nils Castro, un panameño seguidor de Omar Torrijos. Finalmente, en una reunión celebrada en Panamá en diciembre de 1986, se acordaría la incorporación plena del PJ a esta organización. Las gestiones las realicé personalmente por delegación de Saadi. Nosotros seguiríamos participando en dichas reuniones como Peronismo Montonero, designación genérica con la que éramos reconocidos.

En la siguiente reunión de la COPPPAL realizada en Lima en febrero de 1987, los delegados del gobernante partido radical, condicionaron su permanencia a mi retiro. Estaban particularmente molestos por haber sido invitado a compartir la mesa del presidente Alan García en la recepción oficial que este diera en el palacio presidencial. Lo fundamentaban en el hecho de que no podían compartir las reuniones con un «prófugo» de la justicia de su gobierno. Ante el rechazo de sus pretensiones por parte de la mesa que presidía esa convocatoria, no les quedaría más alternativa abandonar el encuentro. Los demás delegados argentinos: Liliana Gurdulich y Alberto Rodríguez Saa por el PJ, Oscar Alende por el Partido Intransigente y Ernesto Jaimovich por el socialismo, no plantearon ningún cuestionamiento.

Los radicales intentaron el «desquite». Fracasada su gestión política, se movilizaron por la vía «policíaco-diplomática». Lograron que un general, que era el jefe militar del aeropuerto de Lima, me detuviera cuando salía de esa ciudad. A los pocos minutos, antes de que pudieran festejar su triunfo, desde el Ministerio Político peruano ordenaron mi libertad y me autorizaron a continuar viaje. En el destino final de ese mismo vuelo, a mi llegada a Río de Janeiro, me esperaban otros agentes de los «servicios de inteligencia» del gobierno argentino. Tampoco pudieron concretar su objetivo. La correspondiente orden de detención «no llegó a tiempo». Me retiré delante de sus narices, acompañado por amigos brasileños militantes del Partido Trabalhista (de los trabajadores) de Brasil, dirigido por el histórico líder Leonel Brizzola, en ese momento gobernador del estado de Río de Janeiro. De ese modo el radicalismo iría percibiendo en carne propia las limitaciones respecto de su política de equiparar en la persecución a quienes habían usurpado el poder con quienes teníamos el reconocimiento internacional de haber resistido a la dictadura. Buena parte de los gobiernos latinoamericanos establecía esa diferencia, y preferían «hacerse los distraídos» ante los pedidos de detención que formulaba el gobierno alfonsinista.

Otro intento de reagrupamiento

Mientras tanto, en el país se instalaría un nuevo debate dentro de la militancia de viejo cuño montonero, que formaba parte de la Intransigencia y Movilización Peronista (IMP). Hacía ya varios años que Montoneros había dejado de existir como organización, pero el «fenómeno montonero» que agrupara a muchos jóvenes peronistas siempre se mantuvo latente después de la disolución de la organización originaria, y en cada nuevo formato se reencontraban las mismas caras. Algunos entendían que había que dar un paso adelante e incorporar a una nueva estructura de conducción a quienes veníamos recorriendo el camino, aunque fuéramos objeto de la persecución penal. Otros consideraban que hacerlo constituiría un obstáculo para el avance político de la fuerza a construir. Quienes prefirieron esta última opción, generaron o se insertaron en diferentes tendencias o agrupamientos, desde los cuales mantuvieron su militancia política.

Ya se había iniciado —en contra nuestro— la campaña de desprestigio necesaria para sostener nuestra persecución penal y para fragmentar a ese sector de la militancia peronista que molestaba a los propósitos hegemonistas de la Juventud Radical. Habían comenzado a desplegarse la tesis del «Tercer Movimiento Histórico», y la sola posibilidad de que se unificara la vieja JP les significaba un riesgo. Fragmentarla y descalificar a sus referentes históricos colgándoles sambenitos y desmoralizarla negándole el pasado, fueron recursos que no se ahorraron.

Para nuestros compañeros, el debate pivoteaba sobre la opción de asumir la continuidad o reinsertarse individualmente en otras formas organizativas, olvidándose e incluso escondiendo la vieja pertenencia montonera. Había comenzado, inducido desde el discurso oficial, el ocultamiento culposo del pasado montonero por parte de muchos. Sin contar el caso de los que renegaban del mismo: «Yo sólo iba a las movilizaciones» o «Yo nunca tuve un fierro en la mano». La fragmentación y «la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser», se instalaban en el lugar del viejo orgullo de pertenencia a «la Orga».

Surgieron, de esta modo, varios agrupamientos provenientes del mismo tronco que juntos habíamos construido. Por nuestra parte fundamos el Peronismo Revolucionario (PR). En la conducción del mismo nos integramos Bidegain, Firmenich, Vaca Narvaja y yo, juntamente con otros dirigentes históricos del peronismo como el ex gobernador de Santa Cruz, don Jorge Cepernic, la compañera Inés López, algunos viejos dirigentes montoneros, nuevos militantes de la Juventud, del movimiento sindical y otros vinculados a distintas actividades relacionadas a los derechos humanos. Esta fuerza

constituiría la continuidad de la vieja organización y el nucleamiento más importante de aquellos que reivindicaban esa historia. Sin embargo, su peso social y político sería muy limitado.

Los sucesivos desgajamientos, las desconfianzas —concentradas en los miembros de la vieja conducción montonera— acumuladas por las mencionadas campañas, los distintos errores cometidos, los cambios producidos en la sociedad y la hegemónica difusión de la «teoría de los dos demonios», le restaron fortaleza. La misma existencia de una fuerza política que pudiera asimilarse a una «nueva orga», con un fuerte peso en materia de definiciones político-ideológicas, era contradictoria con la metodología predominante y las aspiraciones de esa etapa. Las nuevas formas de práctica política se iban constituyendo en torno a dirigentes con peso y poder propio, y no sobre la base de «organizaciones», como las que habían predominado en los años setenta.

Las confrontaciones internas tendían a privilegiar las disputas por espacios de poder, más pragmáticas y menos analíticas. El debate y la construcción sobre la base de proyectos o modelos de sociedad, iban perdiendo consistencia e interesaban cada vez menos. La *cultura light* del *posmodernismo* se daba de narices con todas aquellas manifestaciones u organizaciones que trajeran reminiscencias o evocaran las fuertes expresiones ideológicas de los años sesenta y setenta y los compromisos de *vivir a todo o nada*. La mayor parte de las actividades del PR se concentraron en dos ejes: el cuestionamiento al criterio con el que el gobierno radical abordaba el pasado y la solidaridad con las reivindicaciones sociales.

Mientras esto ocurría, en el país eclosionaba la nueva cultura de clase media. La juventud inundaba en Buenos Aires las salas del Centro Cultural San Martín, que nuevamente se abría a todas las manifestaciones culturales. En las provincias, con menos decibeles, ocurría lo mismo. Multitudinarios festivales y recitales de rock sustituían, en la masividad de sus manifestaciones, a aquellos cuidados y pequeños *café concert*. Mientras tanto perdía fuerza aquella forma de resistencia que fuera el Teatro Abierto, un reducto de la expresión cultural durante los últimos años de dictadura. La nueva juventud se expresaba contundentemente por el rock. La nuestra había compartido su gusto tanto por Los Chalchaleros como por los Beatles. Bailes y recitales en las calles en las que se podía volver a transitar libremente y hasta cualquier hora, modelaron una nueva generación. Esta, simultáneamente a este *destape*, tomaba conocimiento del horror de la represión vivida. Los medios de comunicación, algunos de los cuales habían sido complacientes con la dictadura, no escatimaron recursos

para difundir la perversión del Terrorismo de Estado. Sería así como toda la sociedad conocería el último tramo de la lucha de una generación. Ello le sería transmitido, sin haberlo hecho —con la misma profundidad— respecto a los motivos, participantes e inicios de esa lucha. Al lado de la información seria, se colocaría la folletinesca y miserable «Cómo se torturaba»; «El romance del Almirante y la montonera»; «Sepa cómo tiraban los cadáveres de los aviones», fueron títulos de notas en revistas que mezclaron, como en las vidrieras de los cambalaches, la Biblia y el calefón.

La posibilidad de discernir plenamente acerca de lo que había acontecido estaba obturada por la «teoría de los dos demonios». Continuaba la persecución y proscripción sobre los que formábamos parte de la vieja conducción montonera mientras se difundía el mito de la traición, que minaría la confianza de muchos compañeros e incidiría sobre los jóvenes que querían acercarse a la vida política.

Teresa Parodi, Joan Manuel Serrat o Mercedes Sosa fueron las voces más escuchadas de la etapa. En los últimos tiempos de la dictadura, aprovechando la masividad de aquella convocatoria, había ido con mi familia al emotivo festival de Mercedes Sosa en la cancha de Ferro. Estaban regresando al país todos los intelectuales y artistas que se habían exiliado o elegido otros aires. La nueva cultura que iniciaba su hegemonía era la de la clase media que, desde el gobierno y desde los medios de comunicación masiva, se impondría y formaría a toda una generación que asumiría esos valores autodefinidos como «progresistas».

Los más jóvenes que asomaban al mundo político conformaron los nuevos Centros de Estudiantes. Los secundarios integraban las nuevas marchas, que ahora tenían como objetivo el reclamo por la justicia y el castigo a los culpables del genocidio, términos que, por primera vez, comenzarían a definir la tragedia de la que emergíamos.

La proximidad cultural y política de algunos miembros del PRT-ERP con el radicalismo permitió que su experiencia y militancia tuviera una relación menos traumática con esa cultura predominante. Nuestra situación estaba doblemente agravada. Por un lado padecíamos la crisis que vivía el conjunto del peronismo luego de la derrota electoral; por otra parte teníamos nuestro específico problema con la persecución de la que éramos objeto. De modo tal que, contrariamente a lo que habíamos imaginado, nuestras posibilidades de integración en ese marco institucional era harto conflictiva.

Con la intención de dar una respuesta a estas nuevas situaciones pusimos en marcha una Comisión de Derechos Humanos, cuya función sería la de mantener en pie nuestras políticas sobre el tema, contribuir

a la defensa de los que estábamos perseguidos y ayudar a los compañeros que mantenían vínculos orgánicos, a su reinstalación en el país. Puesta bajo la conducción política del ex gobernador de Mendoza, el doctor Alberto Martínez Baca, a pesar de los importantes recursos humanos y económicos que volcamos en esa dirección, los resultados fueron escasos. Ello no debe extrañarnos si tenemos presente que la reinserción social, política y económica —que era el objetivo de la inmensa mayoría de los militantes—, se daba de narices con las necesidades de la vieja conducción de recuperar la libertad y poner fin a la persecución.

Las dificultosas adaptaciones en lo personal, social y laboral del conjunto de nuestra militancia, las haría cada uno como pudiera. Contaron con la ayuda y solidaridad de algunos organismos de derechos humanos. En ellos, así como había ocurrido en la cárcel, en parte se reprodujeron las viejas contradicciones entre peronistas y militantes de izquierda. El Partido Justicialista, orgánicamente no organizó ni previó, más allá de esfuerzos aislados, la solidaridad en esta etapa.

En los primeros tiempos del gobierno radical muchos compañeros encontraron en algunas estructuras de la Iglesia el punto inicial para el necesario proceso de reinserción. Las Comunidades de Base, en algunas diócesis del Gran Buenos Aires —como por ejemplo la de Quilmes—, y las distintas parroquias, serían el lugar que los cobijaría. Aunque fugazmente, otra vez volvían a tomar cuerpo las pautas de Educación Popular reeditando aquellas experiencias de Paulo Freire, que visitaba nuevamente nuestro país. Se volvía a las tareas de alfabetización de adultos.

Durante el segundo semestre de 1982, todo 1983 y 1984, fueron quedando en libertad los diez mil presos políticos que había encerrado la dictadura y regresaban al país miles de argentinos que se habían exiliado. Desde el punto de vista familiar, compartimos la decisión de acompañar ese fenómeno general. Naturalmente, el marco global era que, en democracia, todos podríamos vivir legalmente en el país. Aunque ello no fuera así, dimos pasos que serían difíciles de sobrellevar en lo personal. Durante 1982 nuestra hija volvió al país. Ante la necesidad de los continuos desplazamientos optamos por su estabilidad en Argentina junto a sus abuelos. Volvió a acompañarnos en Cuba en el período 1985-1986 y luego retornó a la patria. Fue aquí donde terminaría la escuela primaria, que transcurriera entre Argentina, Perú, México, Cuba y España. En 1986 mi compañera regresó definitivamente al país para reincorporarse a sus actividades como docente, en Santa Fe. Su residencia a 500 kilómetros de la Capital, no sería un obstáculo

para que Enrique Nosiglia, miembro de «La Coordinadora» de la Juventud Radical y ministro del Interior de Alfonsín, la incluyera entre los responsables de los incidentes ocurridos en las proximidades de la Plaza de Mayo en el acto de la CGT del viernes 9 de septiembre de 1988. (248)

Ese día, al terminar el acto de la CGT, llamativamente fueron rotas vidrieras y saqueados negocios del centro, particularmente de la tienda Modart. De ese modo se cerraba el círculo montado por el alfonsinismo. Primero nos «demonizarían»; a partir de allí se haría más creíble el hecho de atribuirnos provocaciones. Estas, luego, serían utilizadas para fortalecer aquella «demonización» y cargarla en la cuenta del peronismo en su conjunto. Que mi compañera hubiera estado en el acto de la CGT —pero en Santa Fe—, era un detalle menor que, a pesar de haberlo hecho público, no alcanzaba a tapar la difusión y el peso de aquella provocación.

En todos esos años de persecución alfonsinista, las vacaciones escolares fueron nuestra única oportunidad para la alegría de los reencuentros y la posibilidad de una convivencia familiar.

Autocríticas montoneras durante el gobierno de Alfonsín

Todavía es posible escuchar aquella reiterada frase de «No fueron capaces de reconocer sus errores». Por el contrario, en más de una oportunidad tratamos de transmitir al conjunto de nuestro pueblo una sincera apreciación sobre los errores cometidos. Es cierto que jamás renunciamos al legítimo derecho de luchar contra las dictaduras ni dejamos de señalar las responsabilidades de otros sectores. Actuar de otro modo sería traicionar nuestros ideales y la memoria de miles de compañeros por esa vocación de justicia que acompañara todas nuestras luchas. Es justo reconocer que nuestra mayor autocrítica consiste en no haber hecho realidad esos sueños colectivos. Ella será debidamente reparada el día en que otros protagonistas de nuevas generaciones logren realizar aquello que la nuestra no fuera capaz de culminar. Estas líneas pretenden dejar constancia de aquellas manifestaciones autocríticas y reparar una información ostensiblemente deficiente proporcionada durante aquellos y posteriores años. A partir de estas trato de suplir la irresponsabilidad de aquellos que se las ingeniaron para impedir la masividad de su difusión.

Eran momentos en que la sociedad era «bombardeada» por la propaganda oficial que «vendía» la sencilla versión de dos grupos, «portadores del mal». En esos momentos el Peronismo Revolucionario trataba de introducir los elementos que permitieran una visión más justa y completa. La recuperación del pasado incluía una autocrítica.

Seguramente ella será insuficiente e incompleta. Hacerla más íntegra y reparadora es tarea de protagonistas futuros de la historia. Ellos tienen en sus manos la posibilidad de recuperar aquello que hicimos y lograr que sirva para conseguir un futuro mejor y distinto. Al mismo tiempo podrán criticar, con su propia acción, los errores y ausencias de aquella, nuestra práctica colectiva.

Durante el gobierno de Alfonsín y en razón del regreso de la democracia, se desarrolló la mayor parte de la autocrítica montonera. En todos los casos partimos de los conceptos formulados en aquel documento «La responsabilidad de todos» que habíamos puesto a circular pocos meses antes de las elecciones de 1983. La elaboración básica la encontramos en la denominada «Autocrítica y Reconciliación Nacional dentro del pacto para la transición democrática», del 14 de junio de 1987. No obstante lo cual, existen otras manifestaciones del mismo período que giran sobre ejes semejantes. Ese documento autocrítico se escribió mientras Firmenich se encontraba preso, y Bidegain, Vaca Narvaja y yo, en el exilio. Expresa conceptos que seguramente no se corresponden con nuestra racionalidad actual, pero hay que atender a que en 1987 el mundo todavía era bipolar, «el Muro» tenía vigencia, y que nosotros hicimos la autocrítica desde esa situación y en ese contexto. En ese documento se formula la definición que teníamos sobre el gobierno alfonsinista como de *transición democrática*, centrado en la recuperación de las libertades y creando las condiciones para una estabilidad democrática a largo plazo. Aparecen mucho más explícitas las autocríticas sobre el accionar montonero, en el marco de la problemática nacional y del peronismo. Aquí se focaliza el problema argentino en la ausencia de un proyecto nacional compartido que reúna a las mayorías nacionales.

El fin de la bipolaridad modificaría el contenido de muchos debates. Así por ejemplo, en un mundo globalizado, sin dos bloques antagónicos, la «Tercera Posición» cambia su sentido.

Sin embargo quedan cuestiones que siguen pendientes, como por ejemplo los mecanismos para alcanzar la autonomía nacional en un mundo interdependiente. Del mismo modo han aparecido temas nuevos que desgarran a nuestras sociedades actuales, como la dualidad estructural, que se ha constituido en un tema esencial. También restan por sintetizar secuelas del enfrentamiento pasado, su interpretación y las formas de resolver sus consecuencias y evitar su reiteración. Todas estas cuestiones, vinculadas al problema central que plantea la ausencia de un proyecto nacional compartido, hacen de este documento una reflexión clave de la historia montonera.

Casi dos años más tarde de la publicación de la principal autocrítica

montonera (abril de 1989), se reeditaron los mismos conceptos en lo que se denominó «El Compromiso Solemne por la Pacificación y Reconciliación Nacional, sustentadas en la Justicia Social y la Autocrítica Nacional». Ese documento no incorporaba conceptos nuevos, lo novedoso residía en la formalidad que asumimos, ya que sería hecho por escritura pública, depositado a los pies de la Virgen de Lujan y firmado por todos los responsables del Peronismo Revolucionario, expresión del peronismo montonero en esos momentos. El lugar elegido tenía que ver con la voluntad de expresar nuestro compromiso no ante un cenáculo dirigencial o de intelectuales sino ante un símbolo reconocido por la inmensa mayoría de los sectores humildes de nuestro pueblo. Más allá de las polémicas interpretaciones que se puedan realizar, el propósito era claro. Tenía por objeto ratificar —con la mayor formalidad— nuestros propósitos futuros, más allá de la prisión, el exilio y la persecución a los que aún éramos sometidos.

Del conjunto de las principales manifestaciones públicas y colectivas de la autocrítica montonera que desde 1977 hasta 1989 se fueron escribiendo, surgen una serie de rasgos comunes que resulta importante destacar. Hay un constante señalamiento autocrítico de algunas posiciones *ideologistas* (*militarismo*; *aparatismo*), que nos llevaron a privilegiar el *vanguardismo* por encima del desarrollo de la organización y lucha del propio pueblo. Siempre está presente el reconocimiento de los errores propios, consistentes básicamente en el pase a la clandestinidad de 1974; la militarización; la exacerbación de la lucha interna; y en algunas muestras de inmadurez e ingenuidad, allá por 1973. Las autocríticas montoneras están inscriptas dentro de las falencias propias del peronismo: si en el primer gobierno peronista había sido un error la tendencia al *hegemonismo*, luego lo sería el *despilfarro del poder* en 1973, que se expresaría en prestar argumentos al caos que le sucediera; y la *incapacidad de resolver los nuevos desafíos*, luego de la retirada de la dictadura en 1983. En cada uno de estos documentos se incluye el señalamiento de los problemas nacionales: la ausencia de un proyecto común; la agudización de las contradicciones secundarias; la no asunción —por parte de cada sector— de su corresponsabilidad. Cada una de las autocríticas formuladas concluye con propuestas o mecanismos de superación. En este sentido se señala, como una cuestión clave de nuestro problema nacional, la necesidad de una autocrítica de todos junto con la construcción de un proyecto nacional compartido por las mayorías. Analizándolas, aparecen los elementos de lo variante y lo invariante en las etapas. Por ejemplo, no ha variado la necesidad de proyecto común, la vigencia de una auténtica democracia ni la lucha por la justicia social que hoy se

expresaría en la construcción de políticas de emancipación e integración social. En cambio, sí hay variantes en la actualidad respecto de las políticas de integración y unidad regional, en nuevas demandas institucionales, en nuestra inserción internacional. Es decir que en todas estas autocríticas hubo elementos que sobrevivieron con validez y otros que se han modificado. Pero, de todas maneras, estos documentos expresan la racionalidad de cada etapa y cuando se escribieron expresaban la síntesis orgánica que existía en esas circunstancias.

Las reflexiones autocríticas posteriores fueron hechas a título individual. Este trabajo es también una reflexión autocrítica y personal sobre Montoneros, en tanto he sido protagonista y testigo privilegiado. Obviamente se diferencia de las anteriores, porque está hecha desde la visión actual. A pesar que nuestras reflexiones no son, nunca lo serán, completas ni definitivas. A medida que pasa el tiempo se puede tener una visión más cabal, completa y trascendente de los sucesos vividos.

En este sentido cabe tener presente que el gobierno alfonsinista demostró, desde el comienzo, su escasa voluntad o incapacidad para introducir los cambios que la realidad demandaba. Una vez más se perdería una oportunidad histórica. Era tal la expectativa que el pueblo tenía, luego de los años terribles de la dictadura, que había un amplio margen para desplegar consensos que permitieran desarrollar cambios significativos. Pero el alfonsinismo optó por otros caminos. Adoptó como propio el modo de pensar europeizante de buena parte de nuestras capas medias. La fortaleza que tenía, por aquel entonces, la social democracia europea los confundió, creyeron que podrían trasladarla a nuestra región adoptando sus banderas como propias. De ese modo desvanecieron las esperanzas que el pueblo había manifestado.

Como Montoneros, acompañamos esa expectativa popular. La presencia de los compañeros en la Plaza de Mayo el día de la asunción de Alfonsín refleja ese estado de ánimo. Aquello duraría muy poco, 72 horas después —mediante los decretos 157 y 158/83—, ordenaba al mismo tiempo nuestra persecución y la de los responsables del Terrorismo de Estado. Fue un mazazo sobre nuestras esperanzas, personales y políticas. Aquellos decretos, que nos colocaban al mismo nivel que los genocidas, nos interpelaban y obligaban a pensar en las causas por las cuales ese gobierno, que había recogido el mayor número de votos, podía hacerlo. Algo inimaginable una década atrás.

Esa medida de Alfonsín, cediendo a los militares aquella equiparación de lo que no era ni igual ni semejante, fue la expresión de un error analítico central. Ella manifestaba una clara incomprensión sobre las razones y características, la naturaleza, del golpe de 1976. Pero

también sería mucho más que eso: era una muestra cabal de nuestras debilidades y de que el viejo sistema estaba allí, vigente y vigilante.

Nosotros, encerrados en un dilema histórico, no llegamos a calibrar adecuadamente esa situación. Como parte de un peronismo cada vez más condescendiente con el sistema imperante, no merecíamos esa sanción. Pero nuestra práctica había demostrado que éramos mucho más que eso. Habíamos cuestionado al propio sistema, lo habíamos puesto en riesgo y eso… ¡Eso sí que no tenía perdón!

Si el general Lanusse —varios años antes— se manifestaba «sorprendido» por la aparición de aquel grupo integrado por desconocidos (para sus servicios de inteligencia), ahora no ocurría lo mismo. Nuestra lucha, potenciando la acción de los sectores más combativos del pueblo, había llegado muy lejos. El horror de la violencia dictatorial sería la respuesta ensayada y ejecutada. Pero hacía falta más… Era necesario dejar para la Historia la señal de un *castigo ejemplar*. Lo que no habían logrado con las armas, ahora podrían hacerlo mediante la legalidad de un régimen obsecuente. Para el oportunismo «progresista» de una fracción de nuestros sectores medios, esa necesidad del régimen encajaba perfectamente. A los oficialistas les permitía colocarse por «fuera del problema». Y desde allí, juzgar a unos y otros, sin verse rozados por las «exuberantes excentricidades de ambas bandas de maníacos». Muchos de los nuestros, que formaron parte de nuestras filas, encontraron en el puñado de nombres perseguidos la causa de los fracasos y males padecidos. La persecución a militantes populares y militares también le servía al gobierno. Esa «compensación» era una carta para calmar las presiones militares. De esa manera pasamos a ser instrumento de un juego de intereses ajenos. Ello formaba parte del profundo debilitamiento que veníamos padeciendo. Éramos, apenas, una sombra deshilachada de la fuerza que habíamos sido.

No habíamos logrado constituir una sólida fuerza revolucionaria que nos permitiera sostener, en esas circunstancias, una única estructura organizativa. La disgregación de las continuidades de las expresiones montoneras, que se concretaría poco tiempo después, durante el gobierno de Alfonsín tuvo su mayor expresión. Equivocadamente buscamos en el peronismo institucional un punto de comprensión, contención y respuesta que este no estaba en condiciones ni tenía interés en proporcionar.

Esa confusión política abarcaría también las dudas personales sobre el futuro a seguir.

Fracaso de la política radical

La otra actividad que concentraría la política del PR en esos años sería la solidaridad con las reivindicaciones sociales, expresada en el «Programa de 16 puntos» de la CGT conducida por Saúl Ubaldini, que adoptamos como propio. Allí encontramos un importante margen de acción, dadas las debilidades radicales en esa materia.

El alfonsinismo, como corresponde a un gobierno fuertemente vinculado a las franjas medias de la sociedad, había puesto su eje en aspectos de tipo institucional. Esto quedaría manifestado en aquella frase del presidente Alfonsín: «Con la democracia se come, con la democracia se educa, con la democracia se cura». Alfonsín batallaría duramente para sostener la autoridad presidencial por sobre un díscolo poder militar que se resistía a los enjuiciamientos vinculados a sus responsabilidades por el genocidio desatado. Finalmente, lograría someter a juicio a los integrantes de las Juntas Militares.

No tendría la misma suerte en el aspecto económico. Sus buenas intenciones naufragaron ante el avanzado estado de la crisis. Creció la pobreza obligando a poner en marcha planes asistencialistas como la Caja PAN (Plan Alimentario Nacional). Los salarios fueron perdiendo poder adquisitivo y crecieron las necesidades básicas insatisfechas. Agobiado por estas circunstancias, ante el peso de una deuda externa ilegítima y una inflación galopante, iría perdiendo consenso y poder institucional. En medio de una crítica situación social, recurrentes saqueos y robos a supermercados —que algunos atribuyen a un «golpe de mercado»—, debió adelantar su retirada del gobierno.

Mientras nosotros discutíamos si constituir o no el Peronismo Revolucionario, el radicalismo plantearía otro debate trascendente. Se trataba de la sanción de una ley que regularía el funcionamiento de las actividades sindicales. El compromiso de las fuerzas sociales y políticas para derogar la Ley Sindical (número 22.105, de Asociaciones Profesionales) dictada en 1979 por el gobierno de Videla era unánime; esta ley había dejado al movimiento obrero al arbitrio de los funcionarios de la dictadura. Hasta aquí no había problemas, las coincidencias eran, prácticamente, totales.

Las diferencias se plantearon acerca de las características de la nueva norma. El debate escapó a la lógica de consensuar una disposición que permitiera que los trabajadores se organizaran libre y eficazmente para la defensa de sus intereses, y se transformaría en una confrontación. El necesario debate por la democracia sindical, una materia pendiente desde hacía largos años y que fuera una de las banderas sostenida por la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) en los años setenta, tampoco tuvo cabida en esas circunstancias. La discusión se concentraría en el nivel y formas de injerencia estatal en la organización de los

trabajadores.

El radicalismo intentaría imponer por ley la representación de las minorías. Entendía que era un signo corporativista dejar en manos de cada organización gremial la reglamentación de la forma de representación. Desde el punto de vista del radicalismo, reconoce Jaroslavsky que «primó la idea de desperonizar el sindicalismo, bajo la consigna de hacerlo democrático […]. En nombre de democratizar los sindicatos, consigna aceptada por todos, se quería acabar con la actual cúpula sindical, como si esto pudiera lograrse por decreto». (249)

Desde la óptica del peronismo sería la oportunidad de contener la ofensiva radical. Nuevamente cada uno se atrincheró en sus posiciones. El Senado, por un solo voto, rechazó la propuesta radical. Fue esa una derrota con la que el gobierno radical iniciaría el camino de su retroceso con respecto al peronismo.

Por nuestra parte las posiciones no eran unánimes. Todos compartíamos la necesidad de una mayor democracia interna en los sindicatos, esa había sido nuestra tradicional bandera de lucha dentro de cada gremio. Pero había diferencias sobre la forma de hacerlo y también acerca de cuál debía ser el nivel de intervención del Estado en ese momento político. Predominaba la idea de acordar con los gremios un mecanismo que, respetando las facultades de cada organización, asegurara mecanismos de elección y representación que garantizaran la democracia interna. Al privilegiar este debate, cometimos el error de no apreciar debidamente que la propuesta alfonsinista barría con buena parte de la legislación que sostenía las obras sociales, quitándole poder a las organizaciones sindicales en el manejo de ese fondo constituido, en gran parte, con aportes de los propios trabajadores.

Pero la dureza de la confrontación barrió con estas posibilidades.

El sindicalismo, fortalecido luego de esta victoria, comenzaría a encabezar la oposición al alfonsinismo. Se iniciaron los paros y movilizaciones de la CGT, la que decretaría trece paros nacionales durante el gobierno de Alfonsín. En el marco del apoyo a una de estas movilizaciones de la CGT, serían detenidos, procesados y condenados tres compañeros del PR (Carlos González, Francisco «Pancho» Langieri y Luis Ortiz). Identificados públicamente como los «Presos del Plan Austral» (por el nombre del plan económico contra el que se movilizaban) fueron reivindicados por la CGT, el PJ y otras organizaciones, como presos sociales y luchadores de la causa popular.

Mientras languidecía el gobierno radical, al interior del PR y dentro de la mayor parte de los sectores de antiguos militantes montoneros se desarrollaba una lenta y difícil tarea, la de reconvertirse de acuerdo a las nuevas demandas sociales y políticas. Se trataba del viejo problema

de mantener los ideales y adecuarse a las nuevas condiciones, sin «perder el alma» ni quedarse en la melancolía o la nostalgia.

Los años noventa. Menemismo y espejismo del primer mundo

Si con la retirada de la dictadura en los años ochenta se abrieron las puertas a una democracia condicionada, los noventa irían un paso más allá. Sería el intento pleno de inscribirnos, sin «beneficio de inventario», en la globalización impuesta por los intereses dominantes a escala mundial. La hegemonía del capital financiero que se había instaurado en los inicios de los años setenta y a través del cual los Estados Unidos había recuperado vigor, estaba en su etapa de maduración. El endeudamiento producido durante la vigencia de la dictadura y no modificado en los años ochenta, se consolidaría en esos años noventa. Sobre ese marco y las debilidades de nuestros gobiernos, Argentina profundizaría su integración al Nuevo Orden Mundial.

Ese Nuevo Orden Mundial le impondría a nuestros «Estados-nación» una tarea paradójica: incrementar sus aspectos formales, buscando autolimitar sus actividades reales. Nuestra legislación se plagaría de leyes, decretos, resoluciones, traspasando poderes y facultades a estructuras trans o multinacionales. Ello se haría evidente en particular con respecto al orden económico, y al servicio de los intereses del capitalismo dominante. Lo que se conoce como *neoliberalismo*, para algunos un nuevo *neocolonialismo*, tendría una nefasta influencia sobre nuestra sociedad.

Las instituciones destruidas y los derechos conculcados en tiempos dictatoriales, no fueron debidamente recuperados por estos nuevos gobiernos constitucionales. Por el contrario, la mayor de aquellos terminaron convalidados —legitimados— a través del voto. Entre los múltiples ejemplos que podríamos colocar, el pago de la denominada «deuda externa» y los compromisos asumidos en función de esta, resultan como lo más sintomático e importante. Bajo los principios del libre comercio, primacía del sector financiero y desregulación económica y laboral, fueron reordenados las sociedades y el Estado. De ese modo, los últimos resabios del «Estado de bienestar» serían barridos de la sociedad. Lo anterior constituyó el marco en el que se desplegaron las fuerzas que caracterizaron los últimos tiempos del gobierno de Alfonsín y el advenimiento de Carlos Saúl Menem.

Candidatura de Menem

Desde el segundo semestre de 1987 comenzaría a desplegarse una doble situación que interactuaba e iba modificando la situación

existente en cada uno de sus componentes. Por un lado, la evolución de la situación económico-social; los preparativos para la campaña electoral, por el otro.

Ya se ha señalado el creciente deterioro que se vivía en la sociedad, donde a la par de esto la situación financiera también se iba haciendo cada vez más crítica. Las empresas estatales se desenvolvían en medio de crecientes endeudamientos, mecanismo utilizado para su posterior entrega. En este sentido, el caso de YPF es paradigmático. El funcionamiento de este sector quedaría supeditado a los subsidios estatales. De la misma manera, muchas empresas privadas también fueron beneficiadas con mecanismos de subsidio, intentando frenar la creciente inflación. Los grupos económicos transferían sus recursos al exterior y la situación tendía a agravarse.

Hacia abril de 1988, se dejaría de pagar la deuda externa. En enero de 1989, el año de las elecciones presidenciales, se produjo otro hecho que sacudiría a la sociedad: el copamiento al Regimiento 3 de Infantería de La Tablada. Fue asumido por militantes de izquierda pertenecientes al Movimiento Todos por la Patria. Muchas circunstancias que rodearon a ese hecho quedaron confusas para la historia. Aún más confuso y doloroso es el trágico saldo de 43 muertos. Cinco eran oficiales y suboficiales del Ejército; cuatro eran soldados y dos pertenecían a la Policía. Los 32 restantes eran guerrilleros, varios de los cuales fueron asesinados luego de haber sido detenidos con vida, hecho que fuera comprobado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y demostrado en su Informe 55/97 del 18 de diciembre de 1997. (250)

En la apreciación de sus ejecutores, resulta difícil separar los objetivos de ese hecho de la denuncia efectuada por Alfonsín, en medio de la campaña electoral, de un pacto sindical-militar, donde se involucraba al coronel nacionalista Mohamed Alí Seineldín, líder de un sector de los «carapintadas», y al sindicalismo. Según el alfonsinismo, para beneficiar a Menem. En cambio, para algunos sectores sindicales, ese acercamiento con el «coronel nacionalista» era una forma de poner en marcha un proceso nacionalista semejante al iniciado en 1943, que luego derivaría en el peronismo.

Dentro del Partido Justicialista, antes que terminara 1987 se produjeron reacomodamientos con vistas a las internas que definirían al candidato peronista que habría de confrontar con el doctor Eduardo Angeloz, el candidato radical por la presidencia, en mayo de 1989. El peronismo se debatía entre Cafiero o Menem, y dentro del PR se daría el mismo debate.

En una reunión realizada en México a comienzos de 1988, decidimos

el apoyo a Menem. La mayor parte de la militancia del PR acompañó esta decisión. Algunos, identificados con el gobernador Antonio Cafiero, como Ricardo «El Lobito» Rodríguez Saa (un ejemplar militante asesinado el 4 de octubre de 1991) y Rodolfo Galimberti, entre otros, optaron por abandonar la corriente del Peronismo Revolucionario.

Por aquel entonces, las mismas razones por las que Menem era denostado por el cafierismo, el radicalismo y el *establishment*, justamente constituían los argumentos por las que decidimos nuestro apoyo. Teníamos desconfianza por sus características muy semejantes a las de un político tradicional, fuertemente identificado con los intereses socialcristianos vigentes en Europa y próximo a la socialdemocracia, de la candidatura de Cafiero. El origen y raigambre riojana de Menem vinculaban la irrupción de las nuevas corrientes inmigratorias junto a las más viejas tradiciones del interior expoliado. Teníamos una confianza equivocada en que esos intereses, fuertemente exacerbados en las características trasgresoras del candidato —las «patillas» y el poncho—, definirían sus perspectivas en los momentos críticos. Esa imagen era la que, a su vez, alimentaba las esperanzas de los más humildes, donde su carisma solo era superado por Perón y Evita.

Aunque éramos socialmente débiles y nuestra representatividad estaba en gran parte diluida, el Peronismo Revolucionario movilizó todas sus capacidades y estuvo presente —como pudo— en todo el país durante la campaña que culminaría con el triunfo de Menem, en la interna del 9 de julio de 1988. Ese triunfo, inesperado para los analistas «serios», sería una victoria de los sectores más humildes de la sociedad. Estos confiaban, al igual que nosotros, en que aquel peronismo mantenía su vitalidad y tendría la aptitud para restaurar las posibilidades de una justicia social acorde a las necesidades de las mayorías populares, pero no fue eso lo que pasó. En ese momento no comprendimos que aquella defensa de Isabel, en la Federación de Box, en el primer acto peronista después de Malvinas era mucho más que una actitud circunstancial y poco tenía que ver con el discurso, ahora sí oportunista, que tuviera en la interna con Cafiero y en la posterior elección nacional con Angeloz. Evidentemente, Menem defraudó pero no solo a nosotros que, por cierto, nos equivocamos fiero.

Al día siguiente de aquel triunfo, luego de recibir el saludo de su amigo Carlos Menem, moría don Vicente Leónidas Saadi, uno de los últimos caudillos peronistas del interior empobrecido. De opinión propia, hasta Perón debió lidiar con la poca docilidad de Saadi. Audaz y desconfiado, fue el primer dirigente peronista que, desde 1980 y manteniendo su residencia en el país, saldría al exterior procurando acuerdos y alianzas que contribuyeran a quebrar la voluntad de la

dictadura. En conversaciones que mantuvimos en San Pablo (Brasil) en 1986, me confesó su sueño de ser el siguiente presidente. «Si no lo logramos», decía, «en el 89 será algún amigo». Por eso al día siguiente del triunfo de Menem en la interna del 9 de julio con Antonio Cafiero y cuando ello presagiaba la otra victoria, la nacional, poco más tarde moría Vicente Saadi. Aquel viejo caudillo debe haber partido guiñándole el ojo a la muerte que lo acompañaba.

Gobierno de Menem: indulto, vuelta a casa y debates

En los comicios presidenciales del 14 de mayo 1989, el candidato del PJ Carlos Saúl Menem se impondría al radical Eduardo Angeloz. El país se había vuelto ingobernable. Una ola de saqueos a supermercados se extendía en Rosario y Buenos Aires. El 30 de mayo se decretaría el estado de sitio. En medio de una insoportable deuda externa, una inflación que rondaba el 5000% y una recesión, en el sistema productivo, que superaba el 5% del PBI, Menem asumiría el gobierno. Por eso, la «Revolución productiva» y el «Salariazo», que habían sido los estandartes de su campaña electoral, ahora debían ejecutarse.

Con el triunfo de Menem se modificaron nuestras situación y expectativas. Junto con Vaca Narvaja pudimos asentarnos en Uruguay. Allí permanecimos, con conocimiento del presidente Julio Sanguinetti, hasta nuestro regreso definitivo al país. Caminar por la Rambla, correr por la playa de Pocitos y saber que en la otra orilla estaban esas cosas simples y cotidianas de la tierra que a uno lo vio nacer, reconfortaba el espíritu y aceleraba las ganas de volver. Estaba casi al alcance de la mano la posibilidad de recuperar lo más sencillo y elemental, los olores de los lugares conocidos, el abrazo con mis padres a quienes en los últimos quince años sólo había visto durante un par de horas en una oportunidad, el verde sin par de la llanura sin igual donde había transcurrido mi niñez, ahora todas aquellas cosas que el exilio había vuelto lejanas volvían a estar próximas y parecían reintegrase a la vida cotidiana. Los fines de semana con familiares o compañeros en Colonia, en Salto o Paysandú mirando la costa entrerriana, o en las reuniones en Montevideo, el mate y el asado, hacían que todo pareciera más cercano, aunque aún inaccesible.

Alfonsín ya no tenía tiempo para ocuparse de nuestra persecución. Otros problemas mayores desvelaban sus sueños. No solo tuvo que asumir una compleja transición en el orden interno, tenía que gobernar cuando se producía el desmoronamiento del Muro de Berlín que simbolizaba el viejo mundo bipolar. Tampoco supo resolver las secuelas del reciente enfrentamiento que habíamos vivido, lo que fortalecería la debilidad que ya tenía. El país de 1989, el país del «todos contra todos»

era el resultado de su fracaso e incapacidad de conducir y resolver la crisis que le había tocado abordar. Pasado el «período de gracia» fundado en la novedad de las instituciones recuperadas, las confrontaciones sociales previas a la entrega anticipada del gobierno habían dejado al desnudo la inoperancia de aquel Estado para resolver los viejos conflictos. Demostraba que ya no era capaz siquiera de arbitrar en los conflictos sociales; no tenía capacidad de respuesta ni como mediador, ni como represor, ni como benefactor. La degradación del rol del Estado había vaciado al gobierno de los atributos del poder.

La asunción del presidente Menem sería el último acto público que permitiría observar una movilización, relativamente importante, de esa cara de la continuidad montonera que era el PR. Habíamos llegado al agotamiento de una fuerza política que naciera en la resistencia y cuyo desarrollo posterior permanecería fuertemente connotado por ese origen. Las distintas razones que he ido señalando impidieron reconvertirla, con la misma fuerza, para abordar la nueva situación.

Reinstalado el peronismo en el gobierno, las tareas futuras de los montoneros aparecían bajo dos perspectivas diferentes. Por un lado resolver el problema de legalidad de los que estaban presos, exiliados o perseguidos. Por otra parte, continuar en la búsqueda de hacer realidad los sueños inconclusos. Una de las principales preocupaciones en aquellos momentos fue la de dimensionar adecuadamente las responsabilidades de los distintos sectores nacionales en los recurrentes enfrentamientos internos. Seguíamos pensando que eso debería constituir la parte sustancial —mirando hacia atrás— del futuro de una «Patria para todos», que era la principal asignatura pendiente.

En octubre de ese 1989 un indulto del presidente Menem me permitiría, junto a Vaca Narvaja, regresar al país. En aquel momento, junto a la alegría por ese regreso tan esperado, me pareció que el cese de la persecución era un acto de justicia. Muchas veces las ansiedades propias vinculadas a un hecho que nos atañe con tanta fuerza, no permiten profundizar en todas las circunstancias que rodean al mismo. Ya fue suficientemente fundada la injusta persecución de los que éramos objeto. Pero reconozco que ello no autorizaba a que aceptara ponerle fin de cualquier manera. Para algunos resultó la solución menos gravosa, para empezar desde cero. Desde mi visión actual, aceptar aquel indulto, otorgado en forma contemporánea al que se diera a varios represores y mientras Firmenich permanecía detenido, *no sería la mejor solución*. Influyeron en esa decisión las mencionadas ansiedades y también una evaluación política de los tiempos por venir. Al indultar, prácticamente en simultáneo, a quienes habíamos protagonizado los enfrentamientos armados años atrás, se estaba

legitimando la teoría alfonsinista «de los dos demonios». El hecho de terminar con la persecución penal, bajo esas condiciones, más que iluminar aquel pasado de lucha arrojaba —en lo personal— un haz de sombra sobre la misma. Aceptar ese indulto, con Firmenich preso, acentuaría las dificultades que ya teníamos. Muchas de ellas tenían que ver con las intermediaciones que habíamos tenido para mantener los necesarios contactos. Desde este punto de vista, se ahondaron las condiciones para la ruptura en lo que quedaba de la histórica conducción montonera. De todas maneras un año después otro indulto, bajo semejantes condiciones, haría que Firmenich recuperara su libertad. De esa manera la «teoría de los dos demonios», aplicada por Alfonsín en los decretos 157 y 158, quedaría cerrada —para el gobierno de Menem— con un mismo instrumento, el indulto, tanto para los procesados por resistir a la dictadura como para los responsables del genocidio.

En febrero de 1990, diferentes apreciaciones sobre la coyuntura y las desconfianzas ya señaladas pusieron el punto final sobre la conducción montonera y también sobre la experiencia del Peronismo Revolucionario (PR). Un documento de Firmenich bajo el nombre de «Antes que sea demasiado tarde» advertía —con más lucidez y más tempranamente que el resto— sobre el rumbo que estaba tomando el gobierno de Menem. Es muy probable que esas diferencias, bajo otras condiciones, se hubieran podido sintetizar. Pero, para todos nosotros ¡ya era demasiado tarde!

Después de esa ruptura, con Vaca Narvaja, intentamos, reconstituir los pedazos de la vieja militancia bajo el nombre de «Movimiento montonero». Fue una experiencia de escaso vuelo y menor duración: aquel intento moriría a poco de nacer. En aquellas circunstancias traté de encauzar mis actividades en una serie de actividades complementarias. Anclado en la idea de contribuir en la búsqueda de soluciones a quienes habían padecido los efectos de aquel dolor, me puse a colaborar en la tarea de encontrar formas de reparación. Buscando una solución a los sectores excluidos tratamos, junto a un grupo de compañeros, de buscar apoyo a programas de microemprendimientos. Múltiples proyectos, particularmente vinculados al norte santafesino donde trabajara en los años sesenta, fueron elaborados y gestionados desde una institución creada al efecto, que aún sobrevive. Algunos de esos proyectos vieron la luz y siguen proporcionando respuestas a los sectores involucrados. En la misma dirección luego trabajé en un Programa estatal sobre desarrollo regional. Durante esos años también tuve la oportunidad de acompañar a la política de creación de universidades en el conurbano bonaerense.

Formé parte, en el equipo de abogados, de la experiencia de la Universidad Nacional de Lanús, donde también cursé una maestría sobre Políticas Públicas, para la que nunca presenté la tesis final.

De todas maneras, mi principal actividad en esos años estuvo concentrada en la cuestión de los Derechos Humanos. Durante algún tiempo lo hice, a la par de las tareas señaladas, a través de charlas con compañeros afectados a la preparación de las normas que se aplicarían en esta materia. Más adelante lo haría como asesor en la propia Subsecretaría de Derechos Humanos. Una de las primeras cuestiones giraba en torno al concepto de continuidad del Estado. Resultaba claro que no podía ni debía haber continuidad política entre el Estado dictatorial y el Estado cuyos gobiernos fueron elegidos por el voto popular. Pero inmediatamente aparecía la necesidad de sostener la continuidad jurídica del Estado y su responsabilidad por los hechos protagonizados por la dictadura. En este sentido, uno de los principales temas era superar la lógica de la «teoría de los dos demonios» que campeaba en los indultos. Normar el reconocimiento de la continuidad y responsabilidad estatal en la represión del movimiento popular estableciendo mecanismos reparatorios a los protagonistas de la misma aparecía como una necesidad. Era un punto de avance en la dirección de romper la nefasta teoría, instalada institucionalmente desde los tiempos del alfonsinismo.

Durante ese tiempo se promovería el debate y la aprobación de las normas básicas en esta materia, que fueron las leyes 24.043/91 de Reparación patrimonial para personas detenidas a disposición del Poder Ejecutivo Nacional desde el 6 de noviembre de 1974 hasta el 10 de diciembre de 1983 y 24.411/94 de Beneficio para causahabientes de personas desaparecidas o muertas como consecuencia del accionar represivo hasta el 10 de diciembre de 1983. De la primera se tramitaron más de diez mil expedientes y alrededor de 7200 vinculados con la segunda. Además de estas normas y las ampliatorias de plazos para las respectivas presentaciones, se trabajaría en la aprobación de otras varias normas más, algunas de las cuales aún continúan siendo valiosas para los que padecieron los efectos de lo ocurrido durante la dictadura. La ley 24.321/94 (creando la figura del «Ausente por desaparición forzada») es una de ellas.

Uno de los aspectos de mayor trascendencia fue la aprobación del decreto 1328/92, por el que se creó, a instancias de las Abuelas de Plaza de Mayo, la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI), al frente de la cual sería designada Claudia Carlotto la que, veinte años más tarde, continúa nutriendo a las Abuelas con las respectivas investigaciones.

En el marco de estas políticas, en el año 1995, se crearon las condiciones para la reapertura de los juicios con motivo de los crímenes cometidos durante la dictadura. Se trata del dictamen del procurador general Nicolás Becerra (en el Caso Lapacó) reconociendo el «Derecho a la verdad», sin que ello implique juzgar a la misma persona dos veces. Esta cuestión ha recobrado actualidad con una reciente presentación de Nora Cortiñas (Madres de Plaza de Mayo —Línea Fundadora—) que presentó un *habeas corpus* para que el Estado le informe dónde está su hijo, Carlos Gustavo Cortiñas, desparecido en abril de 1975.

Desde el punto de vista de las reparaciones, según la normativa legal se reconoció un monto indemnizatorio equivalente a tantos sueldos como el tiempo de cautiverio o 100 sueldos en el caso de los muertos. Es una cifra significativa pero dada las situaciones de los compañeros presos que recuperaron su libertad, su inserción laboral para muchos de ellos resultó problemática, de allí las limitaciones de este mecanismo y tampoco se logró elaborar una propuesta superadora que pudiera generalizarse. De allí la importancia de lo normado por la ley 23.623/95 de Reconocimiento de períodos de inactividad por razones políticas o gremiales al solo efecto jubilatorio. Resolver la integración social a través del trabajo es un mecanismo que hubiera merecido un mayor desarrollo.

La otra herida abierta sobre la que se trabajaría sería sobre la cuestión Malvinas. En ese caso se trataba de la búsqueda de respuestas, particularmente para los ex combatientes y los familiares de los muertos en Malvinas. A instancias de las organizaciones representativas de los ex combatientes agrupados en la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina se creó la Comisión Nacional de Ex Combatientes de Malvinas (decreto 1741/94). A partir de una propuesta de esta Comisión se dictaron varias leyes reparatorias y se organizaron viajes de familiares a las islas. En la Reforma Constitucional de 1994 se incorporó como cláusula primera de las Disposiciones transitorias la siguiente disposición, que define la posición constitucional de nuestro país respecto a esta cuestión:

> La Nación Argentina ratifica su legítima e imprescriptible soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos e insulares correspondientes, por ser parte integrante del territorio nacional. La recuperación de dichos territorios y el ejercicio pleno de la soberanía, respetando el modo de vida de sus habitantes, y conforme a los principios del Derecho Internacional constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino.

Este fue el marco de aquellos debates. De una esperanza que se despedazaba. Se trataba de algunos aspectos positivos a través del

reconocimiento de ciertos derechos, pero colocados sobre un escenario caracterizado por la continuidad de una efectiva pérdida de soberanía nacional y de un retroceso del movimiento popular. Estos avances pueden ser entendidos como concesiones de un poder que terminó imponiéndole al gobierno sus estrategias dentro de las características ya señaladas de estas democracias condicionadas y complacientes respecto de esa sumisión.

Junto a las actividades reseñadas, el interés por trasmitir nuestra experiencia, sin las tergiversaciones a las que era sometida, me llevó a elaborar *La otra historia*. Se trata de un libro, escrito entre 1995 y 1996 y publicado en los inicios de 1997, que sirve de base a los primeros capítulos del presente. Sin ese material me hubiera sido imposible recrear, después de tantos años, muchos acontecimientos que permiten explicar ahora el sentido y las razones de toda la pasión puesta por aquella juventud.

La globalización impone su proyecto de modernización dependiente

El gobierno de Menem, que tantas expectativas y esperanzas había despertado, tomaría rumbos que violentaban la historia y razón de ser del peronismo. El hecho de haber asumido en medio de la profundidad de la crisis que dejara el alfonsinismo, de ninguna manera explica ni justifica el camino adoptado. La situación era bastante clara y el peronismo se debatía entre dos polos:

> El primero está determinado por los requerimientos de su base social; el segundo por las novísimas exigencias del bloque de clases dominantes. Los primeros requieren atender el salario obrero, el consumo popular, la educación y la vivienda. Las otras están determinadas por la normalización de las condiciones de reproducción ampliada del capital. (251)

Ante esa opción, aquel trasgresor «patilludo y con poncho» devino en un serio «hombre de Estado», «alto, rubio y de ojos celestes» a la mirada del poder dominante.

En las primeras páginas de este capítulo ya se ha comentado cómo el fenómeno denominado *globalización* se instalaba en el centro de las relaciones internacionales de ese momento. En la fuerte presencia del redivivo fenómeno de la globalización, hacia los finales de los años ochenta e inicios de los noventa, no quedan dudas acerca de la incidencia de las nuevas tecnologías. Tampoco se puede dudar sobre los vínculos de estas con la tendencia permanente del capitalismo hacia su concentración. Del mismo modo es imposible negar la incidencia del fin de aquel mundo bifronte que emergiera de la posguerra. La implosión de la Unión Soviética, que culminara formalmente el 8 de diciembre de

1991 con el fin del «Estado socialista» y la desintegración de esta Unión y de la propia Rusia, dejaría el campo libre al *unilateralismo* de la hegemonía norteamericana.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no solo había alimentado el sueño de millones de militantes de esa causa en el mundo, también había servido como un contrapeso al poder alcanzado por los países occidentales, encabezados por Estados Unidos y Europa. Ambas cuestiones traerían sus efectos. La liquidación del comunismo en la Unión Soviética sería una especie de *antiutopía*. Era imposible ignorar las dificultades y errores del «socialismo real», de su burocratización, de la imposición del aparato partidario por encima de la energía del pueblo organizado. De aquella tendencia, que me impresionara en 1966 cuando conocí en el terreno esa realidad, tratando de seguir los caminos de un modelo de progreso y desarrollo impuesto desde el propio capitalismo. De todos modos siempre quedaba la esperanza de que aquello podría ser superado, hasta que la liquidación del «Estado socialista» pondría fin a toda esas elucubraciones. Fue un golpe duro que, aunque previsible, no dejaría de impresionarnos. En cuanto al rol que tenía la Unión Soviética en la política internacional, esta había sido utilizada, por movimientos populares y gobiernos de tinte nacionalista ubicados en la esfera de influencia norteamericana, para sostener o ampliar sus márgenes de maniobra respecto del poder imperial. Estos fueron algunos de los efectos de aquella implosión de un sistema político y militar que había sido uno de los grandes protagonistas del triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial y que luego, durante más de cuatro décadas, disputara la hegemonía global con los propios Estados Unidos.

Bajo estas nuevas condiciones, Argentina se incorporaría «al mundo», siguiendo el modelo globalizador en boga. Un diálogo ficticio con Juan Perón le permite a Mario Cafiero (252) señalar la diferencia entre ese proceso «globalizador» que se estaba viviendo respecto del histórico «continentalismo» sostenido por Perón como el futuro de los pueblos. Mientras este último aspiraba ser una construcción cultural desde lo local y regional hacia lo universal, la globalización era una imposición económica de una nueva etapa del capitalismo mundial.

Abandonando las ideas peronistas sobre un desarrollo autónomo e independiente, Menem se sumergiría en ese nuevo proceso mundial posindustrial. Los ajustes estructurales que suponen la apertura de nuestras fronteras económicas con su consecuente desindustrialización, la privatización —a precio vil— del capital acumulado por años de trabajo en las empresas estatales, una generalizada desregulación de las actividades económicas, la «flexibilización laboral», la liquidación de

las tareas que aún se conservaban del pasado del Estado benefactor, constituyen los aspectos centrales de la agenda de aquellos años de gobierno. Para aplicar las *políticas privatizadoras* se utilizaría la excusa de la deuda externa como justificación. Sin embargo, pese a las inéditas y gigantescas privatizaciones realizadas, la deuda en realidad se incrementó. La reiterada frase sobre que «las empresas públicas son el agujero negro de la economía argentina» sería la consigna política que serviría de marco a esa entrega del trabajo acumulado. Entre 1989 y 1994, período en el que se concretaría la mayor parte de las privatizaciones, se recaudaron por este concepto «9900 millones de dólares en efectivo y más de 13.200 millones en rescate de títulos públicos. Pese a ese ingreso, no evitó que la deuda externa creciera en casi 13.000 millones». (253) Con posterioridad a esa fecha, ya vendidas las «joyas de la abuela» continuaría, aunque a menor ritmo, este proceso privatizador y, consecuentemente, el crecimiento de la deuda sería mucho mayor. Cuando se canjearon aquellos papeles de la deuda, estos fueron recuperados a menos del 40% de su valor. Al momento de asumir Carlos Menem, nuestra deuda externa —independientemente de la legitimidad de los montos reclamados—, era de 57.777 millones de dólares. Si se hubieran aplicado a su pago los dólares ingresados en efectivo, esa cifra se hubiera reducido a menos de 20 mil millones. Por el contrario, al momento de retirarse Menem, el monto adeudado era de 146.219 millones de dólares. Para ese momento ya se habían privatizado las empresas de gas, agua, teléfonos, líneas aéreas, YPF y decenas de otras empresas más. El monto total de lo percibido por tales privatizaciones no llegaría a los 40 mil millones de dólares, cifra que no representa más de la quinta parte de su valor real.

La *desindustrialización* fue uno de los rasgos predominantes de aquella política. Una de sus principales causas sería el abandono de la tradicional política peronista de defensa del mercado interno y la consecuente «apertura económica», que se constituiría entonces en una continuidad de la política iniciada en los meses anteriores al golpe del 24 de marzo y expresada con brutal crudeza por Martínez de Hoz. En este caso concreto, el artífice sería Domingo Felipe Cavallo, quien ya era una figura conocida y aceptada por los grandes grupos que conformaban y conforman el poder económico. El susodicho, durante la dictadura, había presidido el Banco Central estatizando la parte de la deuda externa (privada) que correspondía a esos factores de poder. Aquel camino desindustrializador tuvo algunos rasgos que le son inherentes: «Se profundizaron dos procesos —íntimamente relacionados entre sí— característicos del desenvolvimiento sectorial post-sustitutivo: una fuerte disminución en la cantidad de obreros ocupados

en la actividad y una creciente regresividad en materia distributiva». (254)

Bajo esas condiciones aumentaría notablemente la productividad del trabajo, ya que la *flexibilización laboral* permitiría reducir los costos laborales, cuestión que se lograría apelando a variados mecanismos, uno de los cuales fue el incremento de la jornada laboral. Todo ello orientado a lograr una mayor rentabilidad empresarial. Expulsión de mano de obra, concentración empresarial y liquidación de pequeñas y medianas unidades productivas forman parte de un único proceso. Los sectores industriales perdieron fuerza en el conjunto de la economía. En su caída arrastraron el nivel ocupacional: «En 1996 (el mejor año de la convertibilidad) la desocupación alcanzaba ya más del 17% y la subocupación un 13%, según cifras del INDEC». (255)

De la mano de la destrucción industrial y sus medidas concomitantes, se pondría fin al Estado de Bienestar iniciado por Perón a mediados de la década de 1940. De ese modo se llegaba a uno de los puntos más altos de la inscripción de nuestro país en el marco del neoliberalismo predominante. El posterior gobierno de «La Alianza» simplemente le daría una continuidad, ya insostenible, a esa tendencia iniciada varias décadas atrás.

Según datos de los censos de 1974 y 1994, en ese período desaparecieron 35 mil unidades productivas. La apertura de la economía y la creciente demanda importadora volvería a colocar sobre el tapete nuestro tradicional cuello de botella, el sector externo. Cuando ya no quedaban más bienes para entregar, la situación se iría volviendo insostenible y los créditos externos se volverían cada vez más onerosos y exigentes. Todo ello pasaría a formar parte del panorama de los años venideros.

Al servicio de una rentabilidad trasnacionalizada se pondría en marcha un modelo de *modernización dependiente*, el que se encontraba más cercano a las perspectivas y aspiraciones de la Generación del 80 (por 1880) que a las tradiciones peronistas. Durante varios años hubo crecimiento e inversiones que permitieron la modernización de algunos sectores, cuyos efectos llegan hasta nuestros días. Todo ello sería realizado en el marco de una creciente extranjerización y concentración de nuestra economía, con una permanente transferencia de utilidades y control de nuestra economía al exterior.

A pesar de estas medidas, un cierto aire de «estabilidad», el crecimiento económico de los primeros años del gobierno de Menem y la preeminencia de un nuevo discurso que podríamos denominar como *contrarrevolución cultural* extendido a gran parte de la sociedad, hicieron que este fuera reelegido. Esto se pudo concretar mediante la

Reforma Constitucional de 1994, que fue acordada con el radicalismo en lo que se conocería como el «Pacto de Olivos». Sus protagonistas fueron Menem y el ex presidente Alfonsín. Mediante esa norma se incorporaría a la Constitución un nuevo capítulo, titulado «Nuevos Derechos y Garantías»; se aprobó la posibilidad de una reelección, reduciendo el mandato de cada período de 6 a 4 años; se aprobó la elección de un tercer senador —por la minoría— en cada distrito electoral; se le otorgó autonomía a la Ciudad de Buenos Aires; y, vinculado al funcionamiento del Poder Judicial, se creó el Consejo de la Magistratura. Sin haber formado parte del *núcleo de coincidencias básicas*, en el debate constitucional fueron incorporados los Tratados Internacionales y adquirieron primacía constitucional.

El Tratado (en realidad, «Declaración Conjunta») firmado en Madrid en 1990 entre el gobierno argentino y el Reino Unido de Gran Bretaña es un indigno, para nuestro país, cierre del conflicto bélico desarrollado en 1982 y sus efectos se hacen sentir en variadas restricciones a nuestra soberanía. Ese documento, suscripto por el gobierno de Menem, parece hacer realidad la pretensión de Winston Churchill (nieto) formulada en el Parlamento británico en la sesión de 21 de junio de 1982 cuando afirmó que: «A la Argentina hay que revolcarla en el barro de la humillación, hay que desalojarla de la tierra antártica que le corresponde a Gran Bretaña con extensión de sus derechos sobre las Falklands y sus dependencias Georgias y Sandwich». (256)

Por el decreto 2321/1992, el gobierno argentino renunció a la inmunidad soberana y ratificó la jurisdicción de los tribunales de Nueva York para los contratos vinculados a la deuda externa. Un aspecto de dicha norma llega hasta nuestros días y está en el centro de diversos conflictos internacionales padecidos por nuestro país en esta materia. De esa manera se le hacía otro nudo a las ataduras que nos maniataron a los intereses de esos grandes depredadores que son los integrantes del sistema financiero internacional.

Durante la dictadura la deuda pasó de 8 a 45 mil millones de dólares. Fuimos endeudados bajo condiciones vergonzantes. Alfonsín no hizo nada para cambiarlas; Menem tampoco. De allí en adelante, hasta nuestros días, la situación no tendría grandes modificaciones. Fue una excepción, de escasa duración, la decisión de Adolfo Rodríguez Saá, en las postrimerías de 2001, cuando suspendió los pagos hasta que el Congreso determinara su vigencia y destino. Superado ese *impasse*, vinieron las *quitas* y *canjes* del kirchnerismo y *se siguió pagando*, sin ninguna investigación sobre la legalidad de lo reclamado.

Como contracara de esta actitud de los gobernantes, hay patriotas y organizaciones populares que mantienen la bandera acerca del carácter

ilegal y fraudulento de esa deuda.

Quien más trabajara en esa dirección sería Alejandro Olmos. Todavía en tiempos de la dictadura, el 4 de abril de 1982, hizo la primera presentación en la Justicia. Durante largos dieciocho años, hasta su muerte, acaecida el 24 de abril de 2000, fue aportando pruebas de su denuncia. Semanas después, el 13 de junio de ese mismo año, el juez Jorge Ballesteros (Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 2 de la Capital Federal, Secretaría N° 4) daría su fallo. En las conclusiones del mismo, además de recalcar las arbitrariedades de las decisiones verificadas en 447 casos, sostiene:

> La deuda externa de la Nación [...] ha resultado groseramente incrementada a partir del año 1976 mediante la instrumentación de una política económica vulgar y agraviante que puso de rodillas el país a través de los diversos métodos utilizados [...] y que tendían, entre otras cosas, a beneficiar y sostener empresas y negocios privados —nacionales y extranjeros— en desmedro de sociedades y empresas del Estado que, a través de una política dirigida, se fueron empobreciendo día a día, todo lo cual, inclusive, se vio reflejado en los valores obtenidos al momento de iniciarse las privatizaciones de las mismas. (257)

En esa misma causa, por la prescripción operada, no hubo acusaciones penales y el expediente sería remitido al Congreso de la Nación a los efectos de que tomara conocimiento en función de las atribuciones conferidas por la Constitución Nacional (art. 75). Cabe recordar que el Congreso nunca tomó nota de la existencia de estos antecedentes, que siguen durmiendo un sueño tan eterno como la misma deuda.

Todo este andamiaje, que precedió a Menem, tendría continuidad en su gobierno. Este lo utilizó y fortaleció, a los efectos de producir un proceso de desarrollo y modernización profundizando nuestros lazos de dependencia con los factores y naciones que ejercen el poder mundial. La reiteración, en la historia de nuestro país y la mayor parte de la región, de este modelo de modernización dependiente remite al pensamiento de ese ilustre patriota *nuestro-americano*, el brasileño Darcy Ribeiro, quien diferencia la *aceleración evolutiva* de la *actualización histórica*. En la primera, son «las sociedades que, dominando autónomamente la nueva tecnología, progresan socialmente preservando su perfil étnico cultural. La segunda, es el caso de los pueblos que, sufriendo el impacto de sociedades más desarrolladas, tecnológicamente, son subyugados por ellas perdiendo su autonomía y corriendo el riesgo de ver traumatizada su cultura». (258)

La rebeldía popular alimenta una nueva resistencia

Era lógico que los sectores populares reaccionaran ante los efectos de

estas políticas. La primera manifestación de esa rebeldía popular se daría con el «Santiagazo» (una expresión de la bronca popular de trabajadores estatales y el pueblo santiagueño, que terminaron incendiando la casa de gobierno de Santiago del Estero, en diciembre de 1993).

Diferentes «azos» se continuaron en los años posteriores, entre ellos se destacaron los «Cutralcazos» y las acciones en la provincia de Salta en contra del desguace de YPF y otras manifestaciones de rebeldía en diferentes puntos del país. Ellas darían origen a lo que se conocería luego como *movimiento piquetero*. (259)

Diversos Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) reconocen sus inicios en esas luchas; el Movimiento de Trabajadores Revolucionarios (MTR) fue uno de los primeros, varios movimientos sociales de la actualidad conservan ese nombre como parte de su identidad. En el mismo período y al calor de esas luchas, surgieron algunas organizaciones políticas como el Movimiento Patriótico Revolucionario Quebracho, que llega hasta nuestros días. En esas movilizaciones también participaron diversas organizaciones de izquierda, de tendencia trotskista.

Otra novedad de aquellas luchas sería la aparición del fenómeno de las *empresas recuperadas*. Se trataba de empresas que quebraban, a causa del proceso ya antes descripto. Ante esa situación y la perspectiva de la pérdida de la fuente de trabajo, los trabajadores se hacen cargo de estas y las ponen nuevamente en funcionamiento. Los primeros intentos de esta modalidad productiva y organizativa se dieron hacia 1997, concretándose la primera experiencia en 1998, con la ocupación y puesta en funcionamiento de IMPA. En el año 2000 se conformaría, bajo la consigna de «Ocupar, resistir, producir» el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER). (260) Hacia el mes de marzo de 2010 el total de empresas recuperadas era de 205, con una fuerza laboral de 9362 trabajadores. (261)

En el sindicalismo se produjo una fractura. Hugo Moyano, del gremio de los Camioneros, se escindiría de la CGT y constituyó el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA). Este, junto a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) conducida por Víctor De Gennaro (trabajadores estatales) y Mary Sánchez (docentes), protagonizaría vastos movimientos de protesta. Una de esas manifestaciones fue la Marcha Federal en 1994, a la que se sumó la Corriente Clasista y Combativa (CCC) vinculada al Partido Comunista Revolucionario (PCR). Más adelante, el MTA convocaría a huelgas nacionales en 1996 y 1997; mientras tanto, la CTA pondría en marcha el Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO).

La rebeldía popular seguiría creciendo y el proyecto de la re-reelección de Menem naufragaría, ante la imposibilidad constitucional y la progresiva pérdida de apoyo popular. A todo ello hay que sumarle el soterrado boicot a dicha re-reelección por parte de Eduardo Duhalde, quien era gobernador de la provincia de Buenos Aires. A esta maniobra de Duhalde, Menem le respondió con idéntica metodología, cuando este fuera candidato presidencial en esas elecciones de 1999, facilitando la victoria de la fórmula de la Alianza, encabezada por Fernando de la Rúa y Carlos «Chacho» Álvarez.

Una aproximación a las causas de aquellas políticas

Desde la asunción de Alfonsín y durante el gobierno de Menem, entiendo que no fueron pocos los errores cometidos, que se concretaron a través de las diversas expresiones políticas con las que asumimos el agotamiento y dispersión de buena parte del espacio montonero. En ellas tuve una participación directa. Muchas veces reflexioné sobre el origen de esos errores. Ciertamente, ahora no pienso lo mismo sobre aquellas circunstancias, creo entender que es posible encontrar una aproximación a sus causas, debido a una percepción equivocada sobre tres cuestiones vitales:

- El rol de los partidos en aquella condicionada y complaciente democracia representativa.
- Las características, circunstancias y perspectivas de aquel peronismo.
- La función del Estado, bajo las condiciones de ese momento.

No es pretensión de estas reflexiones elaborar o proponer teorías al respecto, simplemente me interesa mencionar el modo en que estas cuestiones clave se desenvolvieron y fueron vividas por nosotros, como parte del pueblo. Más concretamente el modo personal con el que asimilé esas situaciones.

Sobre el tema de los partidos no es posible obviar que los dos grandes partidos políticos (justicialismo y radicalismo) actuarían como administradores de esa dependencia, en un sistema neocolonial de democracia condicionada. Al final de este período, con el gobierno de La Alianza, se le agregarían sectores del socialismo y franjas del peronismo disidentes al menemismo. A través de la apropiación del conjunto de la representación de la sociedad, tendrían el rol de administrar el Estado, pero sin poder definir las orientaciones centrales del mismo. A cambio de esa función, «el sistema» les reconocería algunos privilegios. Tendrían acceso a un número significativo de puestos y cargos electivos y en la administración estatal. Todo ello sin contar con la posibilidad que les daría ese manejo estatal para la

realización de negocios lícitos, unos, y no tanto, otros. Esta fue la regla general, el mecanismo estructural que mantendría vivo al «sistema» en esos años, donde su funcionamiento es independiente de la buena fe, buena voluntad y honestidad de muchos protagonistas. De este modo es posible reconocer el marco institucional en esos años que fueron desde 1983 hasta 2001, donde la hegemonía financiera se consolidaría a través de las políticas estatales.

De alguna manera, a través de diferentes experiencias organizativas, participamos de una ilusión. Fuimos siendo parte de un proceso donde se imponía la creencia de que, a través de la disputa de cargos legislativos o de funciones estatales de menor incidencia, se podrían concretar los intereses populares. Es obvio que «siempre se puede hacer algo», pero también es cierto que ese «algo», cuando se inscribe en un marco de continuidad que legitima la reproducción del sistema, se vuelve —en el mediano y largo plazo— contra el sentido histórico de los intereses populares a los que se busca beneficiar. De este modo, se promueve la *adaptación al sistema*, algo que permite su continuidad y reproducción.

«¡Que se vayan todos!», la consigna que expresara —tiempo después— la crisis de La Alianza, manifiesta claramente la percepción que iría adquiriendo el pueblo acerca de la evolución de aquella «democracia representativa».

En lo que respecta al peronismo no percibimos en toda su dimensión los cambios que esta fuerza política había experimentado, desde mediados de los años setenta. Habíamos crecido políticamente en el peronismo de la Resistencia. Allí había gigantescos gestos de entrega y heroísmo y también variadas «agachadas». Una natural lucha social se expresaba al interior de ese vasto movimiento, pero había un «piso» de definiciones y valores que ponía un marco a las luchas internas y definiciones globales de ese amplio movimiento popular. Entre esos valores compartidos existía una crítica al sistema de dominación impuesto por los Estados Unidos y a los poderes internos, caracterizados como «la oligarquía», que actuaban como aliados del mismo. Los sectores con los que nos enfrentábamos, justamente, tenían esos mismos topes. Esto ponía algunos límites a su accionar. Esas características se extendieron hasta mediados de los setenta. El fin del gobierno de Isabel —con motivo del golpe de Estado— y la inexistencia de un liderazgo que definiera la orientación general del movimiento, haría que durante varios años el peronismo careciera de una conducción reconocida que pudiera determinar la orientación de conjunto. Durante la resistencia a la dictadura, la crisis del peronismo, las divisiones y confrontaciones internas habían sido congeladas. Ello

parecía totalmente coherente, ante la presencia del enemigo y la necesaria unidad de vastos sectores para enfrentarlo. En medio de esa situación imaginamos posible restablecer la vigencia de un peronismo ajustado a las demandas populares y los cambios necesarios. Ello explica el documento elaborado por Firmenich sobre «Reunificación, transformación y trascendencia del peronismo» y mi frustrado intento (por la caída de Habegger) de reunirme con dirigentes justicialistas. Cuando la dictadura iniciaba su retiraba y el peronismo debatía sus candidaturas para las próximas elecciones, teníamos la confianza con respecto a que el peronismo sería capaz de realizar una autocrítica sobre lo acontecido en el período 1973-1976. Nada de ello ocurrió y el voto popular lo castigó.

Los años del alfonsinismo encontraron al peronismo con variadas posiciones, que incluían fuertes luchas sociales como lo fueron las huelgas de la CGT. Esto ocurría al mismo tiempo que la ausencia de una autocrítica sobre el pasado y las confusas definiciones sobre el futuro a construir. También aparecía en el panorama un denominado «Peronismo Renovador», fuertemente influenciado por un pensamiento de raíz socialdemócrata.

El menemismo clausuraría este ciclo formulando algunas políticas lejanas a la historia, tradición y expectativas del peronismo. La profundización de los vínculos con los Estados Unidos que una *gaffe* del canciller Guido Di Tella permitiera que quedara registrada bajo la vergonzante caracterización de «relaciones carnales», la liquidación de las empresas estatales y la ejecución de un proyecto económico que iba contra los intereses de los trabajadores, del pueblo y la Nación, formarían parte de estas políticas negadoras del peronismo del pueblo.

Al quedar anclado en las ideas tradicionales sobre la lucha interna dentro del movimiento, algunos no llegamos a percibir que en el peronismo institucional se habían consolidado posiciones que nada tenían que ver con nuestros sueños y luchas. Bajo esas condiciones ya no tendría razón de ser la lucha interna en aquellas estructuras. Ese peronismo *pejotista** había abandonado los fundamentos de su existencia. Lo que habíamos aprehendido respecto de que solo era un instrumento electoral, se había transformado en la razón de ser de aquel movimiento. Para ese *pejotismo*, las banderas históricas apenas lograban encubrir que solamente la instintiva lucha por el poder de la administración estatal había quedado en pie de su formidable vigor de años atrás. Persistir en esa dirección era negar el camino recorrido. Ese fue uno de los principales errores cometidos en ese período.

En muchas etapas de la existencia de Montoneros tuvimos dudas sobre el rol que tenía el Estado, en cada una de esas circunstancias. Así había

ocurrido en 1973. Es cierto que desplegamos fuerzas para producir cambios al interior de aquel Estado, buena parte de nuestras propuestas apuntaban a reformarlo. Pero, simultáneamente, preservamos a los compañeros con mayores responsabilidades organizativas para preparar las fuerzas con vistas a las batallas que se tendrían que dar para construir otro tipo de Estado, al servicio del pueblo. Esa fue una batalla perdida y, tal como ya se tiene dicho, con el golpe de 1976 y un poco antes, ese Estado pasaría a servir abiertamente a las políticas de los enemigos del pueblo. Bajo esas condiciones se fueron destruyendo las bases del Estado que aspirábamos a reformar. El Estado emergente de aquel golpe y lo acontecido en los años subsiguientes, haría que nuestras ideas sobre un gobierno y Estado en disputa quedaran enterradas por el peso de la realidad. Es por eso que la participación en el Estado, en aquellos períodos, no servía para avanzar en la organización popular.

Cierre de un ciclo e ideas para el futuro

Esta suma de errores está signada por un cierto distanciamiento personal y organizativo de las vivencias cotidianas del pueblo. Todo ello no hacía más que fortalecer las ansiedades por contribuir a un estado de cosas del que nos sentíamos protagonistas a causa de los aportes que habíamos realizado durante la resistencia. También influyó la tendencia a reproducir la forma de pensamiento de los años setenta, sin valorar debidamente la profundidad de los cambios producidos. Tampoco le prestamos suficiente atención —ni tuvimos respuestas— al impacto producido por la vigencia de los valores que la reinante posmodernidad había elaborado para explicar la sociedad. El desencanto ocupaba buena parte de nuestras utopías. Y las imágenes, amplificadas por los sistemas mediáticos, harían lo propio con muchos conceptos derivados de nuestra percepción ideológica. Este conjunto de circunstancias derivaría en que las diferentes formaciones políticas con las que intentamos suceder la experiencia montonera se fueran agotando sin llegar a cumplir sus objetivos. Eran momentos en que los hechos y lo sueños parecían encaminase por rumbos distintos. La disgregación que la dictadura no había logrado se iría apoderando de nosotros en los tiempos del alfonsinismo. Y se consolidaría a partir del menemismo.

Así terminaban de consumirse los últimos intentos de aquella Conducción por reconstruir una fuerza colectiva que había brillado en los años setenta, se descompondría en los ochenta y desaparecería de la escena política en los noventa. Las distintas formas organizativas que los montoneros habíamos adoptado en los últimos veinte años se

habían agotado. Las responsabilidades colectivas, la construcción común, que durante más de veinte años muchos de nosotros veníamos practicando, era lo que había terminado.

Es posible que aquel día de febrero de 1990, en el viejo local de la calle Solís, fuera uno de los días más tristes de mi vida. Nunca pude arrancar de mi memoria el nudo en la garganta y la voz sin fuerza, al reconocer que dábamos por terminada la experiencia del Peronismo Revolucionario. Sin embargo, los sueños colectivos seguirían pendientes y las vidas personales continuarían su curso. Ahora cada uno quedaba librado a lo que, dentro de las posibilidades existentes, su conciencia le dictara. De todas maneras, la democracia real, la esperanza, la justicia social, la emancipación de los humildes, la patria liberada por la que nosotros luchamos, no serían añoranzas del pasado. Seguirían y siguen siendo los fundamentos de los sueños futuros. Su búsqueda y construcción continuarían siendo tareas pendientes. Ciertamente, en un país absolutamente distinto al que nos viera nacer y crecer en los sueños compartidos.

Desde algunos años atrás veníamos debatiendo —con algunos jóvenes compañeros, junto a tareas solidarias vinculadas a los sectores afectados por la crisis— sobre la perspectiva de una nueva masiva irrupción del pueblo. En ese contexto elaboramos algunos materiales vinculados a esos debates. Ese material, fechado el 1° de mayo de 2000 y firmado como Movimiento Patriótico «17 de Octubre», serviría de base a varios encuentros que culminaron con una reunión en el Hotel Castelar el 26 de julio de 2000. En ese documento se decía que:

> [Los] militantes de un movimiento popular, que tiene raíces en el origen de nuestra Patria, no podemos seguir «arando en el mar» mientras la justicia social es sacrificada en el altar del mercado y los intereses nacionales se diluyen ante la omnipotencia de la globalización financiera [...]. En nuestra historia, al igual que la de todos los pueblos, podemos encontrar hitos que señalan cambios en la situación. Para quienes solo miran la superficie esas modificaciones pueden aparecer como súbitas o espontáneas, sin embargo ellas siempre tuvieron un largo período de preparación [...]. En todos ellos los protagonistas fueron aquellos sectores sociales directamente interesados en cambiar el statu quo [...]. La Argentina moderna se construyó sobre el cuerpo lacerado de la derrota del federalismo, [...] se hizo sobre la cenizas de las montoneras federales [...], el mismo proyecto incluyó el exterminio del indio para permitir la ampliación de las «fronteras agropecuarias». A partir de esas derrotas, la «Generación del 80» construyó el país agroexportador [...]. La política inmigratoria, una de las claves del proyecto agroexportador sería un dato vital para acabar con la hegemonía oligárquica [...]. Los hijos de la inmigración constituidos como clases medias urbanas y rurales, protagonizaron la primera irrupción social que tuvo en el radicalismo su expresión política [...]. La imposibilidad de darle continuidad al viejo sueño

> argentino de ser el «granero del mundo» abrió el camino a la nueva política de sustitución de importaciones. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial esta tendencia se profundizó rápidamente [...]. Otra vez, desde las necesidades del sistema económico se generaban las fuerzas sociales que crearían las condiciones para una nueva irrupción social [...]. Los trabajadores industriales, acompañados por otros sectores humildes encabezaron el movimiento social que se constituyó en el protagonista principal de la segunda irrupción social de la Argentina moderna, el peronismo sería su identidad política. [...] En las grandes ciudades, donde se concentra la mayor parte de la población, el miedo es una variable que va creciendo en la mayoría de los hogares. En las orillas de nuestras ciudades no viven, como 60 años atrás, los obreros que constituían el nuevo emergente social. Ahora van recalando los náufragos de los mercados. Apenas separados por verjas, alguna cerca o paredón, están los que tienen «su lugar» en esta sociedad, muchas veces más próximos a sus pares del resto del mundo que de esa realidad que acontece a metros de su propia casa. Esos millones de excluidos y marginados, si no encuentran una forma de participación e integración humana, serán el detonante de la crisis de una sociedad para la cual, más que prescindibles, son innecesarios y molestos. Sin embargo hoy existen condiciones efectivas para una efectiva democratización de la sociedad [...]. Todo está en nuestras manos. En las manos de todos los seres humanos está la posibilidad de colocar esas conquistas al servicio de un mundo viable para todos o al servicio de un mundo para pocos, que más temprano que tarde, se revelará inviable para todos [...], [el peronismo] al igual que en 1945 tiene la oportunidad histórica de representar a quienes no están reconocidos por el sistema, a quienes se hallan en las «afueras de la sociedad» [...] la hegemonía sigue estando en el mismo lugar y nada bueno podemos esperar de ella. Así es como, sucesivamente, nuestros sectores políticos han venido a convalidar la hegemonía de quienes sistemáticamente se aprovecharon de la riqueza de todos para construir la propia [...]. No queremos un peronismo meramente opositor a este gobierno, queremos mucho más, queremos un peronismo que sea apto para construir y conducir una alternativa válida para la inmensa mayoría del pueblo argentino. (262)

En este documento, cuya síntesis final quedó a mi cargo, planteamos la perspectiva de una nueva irrupción social cuyos protagonistas principales fueran los sectores que el sistema había excluido. Nos proponíamos formar parte de la misma reclamando el rol que el peronismo de los humildes allí debería tener. Esa fue la base programática sobre la que trabajamos hasta que se produjeron los sucesos de diciembre 2001. Fue cuando —ante la falta de respuestas— aquellos náufragos del mercado se lanzaron a las calles procurando el lugar en el mundo que el sistema social y político les estaba negando.

El gobierno de «La Alianza» cierra un ciclo

Aquel modelo neoliberal mostraba signos de cansancio. A la frustración y fracaso alfonsinista le había seguido, con efectos semejantes, el menemismo. Desde el movimiento popular crecía la lucha pero, a juzgar por los fenómenos electorales, esta aún no había alcanzado la madurez y fuerza suficientes. Todavía faltaba otra vuelta de rosca. Esa tarea quedaría a cargo de la «Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación», más conocida como «La Alianza», fuerza política constituida en 1997 y disuelta en 2001, al renunciar el presidente Fernando de la Rúa.

«La Alianza» se había constituido a partir de la confluencia del radicalismo y el Frente País Solidario (FREPASO), y triunfaría en las elecciones de 1999 por sobre el justicialista Eduardo Duhalde. El FREPASO se había registrado en 1994 como una confederación de partidos, integrada por el Frente Grande (formado por la confluencia del Frente Sur; Fernando «Pino» Solanas y fuerzas residuales del «Grupo de los 8» —diputados escindidos del PJ—; el Partido Comunista y el Partido Intransigente); la Unidad Socialista (donde participaban los partidos Socialista Democrático y Socialista Popular); el Partido Demócrata Cristiano y el Partido PAIS (Política Abierta para la Integridad Social). Este conglomerado, con algunas deserciones («Pino» Solanas; Partido Comunista) había participado en las elecciones presidenciales de 1995, llevando como candidato a Octavio Bordón, que había sido derrotado por Menem. Esta descripción muestra cómo la mayor parte de las fuerzas políticas institucionales, muchas de las cuales no habían formado parte de los gobiernos —radical y justicialista— de Alfonsín y Menem, fueron comprometidas en el triunfo y gobierno de La Alianza en 1999. Una mirada —no necesariamente conspirativa— sobre esta realidad, permite apreciar un doble y complementario fenómeno: el «sistema» que, en medio de una compleja situación, abría sus puertas a la presencia, participación y gobierno de una amplia franja de fuerzas de centroizquierda. Algunos de estos sectores venían participando del juego electoral sin haber alcanzado la administración del Estado. Por otro lado y como contrapartida, esas fuerzas políticas con su participación deberían darle un mayor consenso y legitimidad al funcionamiento de dicho «sistema». Una vez más reaparece, con toda su brutal evidencia, la necesidad de lo que Giuseppe Tomasi di Lampedusa transformaría —en el libro *El Gatopardo*— en un clásico de la ciencia política: «Algo debe cambiar para que todo siga igual».

La expectativa popular se había concentrado en que el nuevo gobierno pudiera contener el deterioro económico social que se estaba viviendo desde fines de 1998. Esto provocaría que, entre 1998 y 2002, la

economía argentina viviera una dura depresión que alcanzaría el 28% del PBI. En ese mismo período, la tasa de pobreza pasaría del 25,9% al 57,5%; y el desempleo crecería del 12,4% al 23,6%, sin contar a los ya incluidos en los planes sociales de emergencia. Estas cifras nos indican con toda claridad que la realidad del gobierno de La Alianza estuvo muy lejos de las expectativas de quienes lo votaron. No solo no pondría fin al deterioro de los últimos dos años del gobierno de Menem sino que incluso los aceleró y profundizó. Si en este aspecto el gobierno de La Alianza no respondió a lo que se esperaba, tampoco lo hizo en el ansiado combate a la corrupción menemista, el juicio por «la Banelco»* así lo prueba. Ello no solo le haría perder fuerza política y moral, sino que daría pie a que se desataran contradicciones internas que motivaron la renuncia del vicepresidente, Carlos «Chacho» Álvarez.

En octubre de 2000 hubo elecciones legislativas y los candidatos oficialistas fueron derrotados. En esas elecciones el «voto bronca», votos en blanco y anulados, llegaría a la inédita cifra del 21,1%. Con ello se iniciaría un proceso de degradación que el gobierno no lograría detener. Buscando una «salida» el gobierno cambió ministros de Economía hasta que, finalmente, recaló, de la mano de «Chacho» Álvarez, en el archiconocido Domingo Felipe Cavallo, quien pediría «ayuda» a la banca internacional para cubrir los compromisos externos y empujar un crecimiento económico. *El remedio fue peor que la enfermedad*. Los fondos terminaron yéndose y los compromisos asumidos profundizaron la recesión. El congelamiento de los fondos bancarios, el conocido «corralito» sería el detonante de la crisis final.

Un presidente sin rumbo echó nafta a la hoguera. Declarando el estado de sitio ante las muestras de bronca popular, solo lograría acelerar los tiempos de la crisis y ayudar al acoso y desgaste con que los caudillos peronistas explotaban la rabia acumulada. Ahorristas, trabajadores y excluidos ganaron las calles. Una oleada de protestas abarcaría la mayor parte de la geografía nacional. Se sucedían huelgas, cacerolazos, saqueos y diversos tipos de manifestaciones populares en todo el país. El gobierno de La Alianza se retiraba el 20 de diciembre de 2001 dejando una estela de más de cuarenta muertos. Ellos fueron:

Durante la jornada del 19 de diciembre:
Damián Vicente Ramírez de 14 años, que fue baleado por un comerciante que temía saqueos en Gregorio de Laferrere, Buenos Aires.

Ariel Maximiliano Salas, de 30 años, fue baleado por el mismo comerciante que mató a Damián Ramírez.

Elvira Abaca, de 46 años, fue baleada por la espalda por la policía rionegrina, cuando fue a rescatar a su hija que pintaba remeras en una

plaza y se encontró en medio de una corrida de manifestantes en Cipolleti, Río Negro.

Rubén Pereyra, de 20 años, fue baleado por policías en el barrio Las Flores de Rosario, cuando volvía a su casa con una caja de comida.

Alejandro Pacini, de 15 años, falleció baleado por un comerciante que temía que le saquearan el comercio en Rosario.

Yanina García, de 18 años, recibió disparos de escopeta en Rosario cuando, temiendo la represión policial, salió de su casa a rescatar a su hijita que jugaba en la calle.

Graciela Machado, de 35 años, sufrió un paro cardiorrespiratorio luego de sufrir la represión policial en Villa Gobernador Gálvez, en el Gran Rosario.

Graciela Acosta, de 35 años, militante comunista y madre de siete hijos, fue asesinada por un policía en Villa Gobernador Gálvez (Gran Rosario) a las puertas de un supermercado donde se habían reunido más de mil personas y ante la mirada atónita de los periodistas. El policía sería absuelto en la primera instancia por el beneficio de la duda a pesar de que una compañera le extrajera del cuerpo y guardara la bala homicida. Recién en la segunda instancia este recibiría condena.

Juan Delgado, de 28 años, fue asesinado de varios «itakazos» en Rosario, a las puertas de un supermercado cuando reclamaba comida.

Claudio «Pocho» Lepratti, ex seminarista y militante cristiano de base, docente y delegado gremial de ATE, de 35 años, fue asesinado por un miembro de las Tropas Especiales de la policía de Santa Fe en los techos de la escuela de Rosario donde trabajaba y donde se había subido para pedir que no dispararan dado que había niños en el interior. Recién en 2009 se obtuvo la condena para los seis policías (homicidio y encubrimiento y falseamiento de documento público). Sin embargo, en la segunda instancia solo quedó firme la correspondiente al autor material, siendo absuelto el resto de los condenados. El nombre de «Pocho» trascendió como el «Ángel de la Bicicleta» y su memoria se mantiene viva a través de una canción de León Gieco y de su nombre, que adoptaron una gran cantidad de bibliotecas, agrupaciones políticas e instituciones culturales y populares.

Sergio Pedernera, de 16 años, fue asesinado en Córdoba de un balazo en el tórax cuando buscaba comida en un supermercado.

Jorge Cárdenas, de 52 años, fue herido gravemente a las puertas del Congreso de la Nación y falleció meses después, el 2 de agosto de 2002.

Carlos Manuel Spinelli, de 25 años, fue baleado desde un auto en Pablo Nogués, provincia de Buenos Aires y falleció a causa de las heridas.

Roberto Agustín Gramajo, de 19 años, falleció al ser baleado por la

policía bonaerense que reprimía a otros jóvenes, cuando iba de visita a la casa de su tío en Don Orione, Almirante Brown, provincia de Buenos Aires.

Durante la jornada del 20 de diciembre:
Walter Campos, de 17 años, falleció de un disparo en la cabeza efectuado por un efectivo policial cuando esperaba comida a la puerta de un supermercado en Rosario.

Sandra Ríos, de la cual no se disponen datos.

David Ernesto Moreno, de 13 años, murió de un disparo de itaka en la nuca efectuado por la policía cordobesa cuando había salido a la vereda a jugar con un amigo, en las cercanías de un supermercado.

Sergio Miguel Ferreira, de 20 años, fue herido de un balazo efectuado por la policía cordobesa que le perforó el hígado el día 20 y falleció por complicaciones el día 26.

Rubén Aredes, de 24 años, murió de cuatro tiros por la espalda disparados por la Policía Federal en Ciudad Oculta, durante la realización de un corte de calles.

Ramón Alberto Arapí, de 22 años, recibió un tiro en el pecho desde una camioneta por parte de la policía correntina vestida con uniforme de combate cuando estaba tomando mate tereré con sus amigos en la esquina de su casa en el barrio Nuevo (San Marcelo) de la provincia de Corrientes.

Juan Alberto Torres, de 21 años, sufrió y falleció a causa de una herida de arma de fuego en la zona abdominal en Corrientes.

Víctor Ariel Enríquez, de 21 años, murió en Don Orione, Almirante Brown, provincia de Buenos Aires, en medio de la represión policial.

Rosa Eloísa Paniagua, de 13 años, murió de un tiro en la cabeza cuando había ido a buscar comida con su papá, a las puertas de un supermercado en Paraná, provincia de Entre Ríos.

Romina Ituraín, de 15 años, estaba tomando mate con sus abuelos en Paraná, provincia de Entre Ríos, cuando recibió una bala perdida de un saqueo. El documental *Diciembre sangriento* (2002) de Alejandro Marín relata la historia de ambas niñas y del militante piquetero José Daniel Rodríguez.

Pablo Marcelo Guías, de 23 años, falleció en San Francisco Solano, provincia de Buenos Aires, durante un enfrentamiento con la policía bonaerense.

Mariela Rosales, de 28 años, cayó bajo las balas de la bonaerense en Villa Centenario, partido de Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires.

Julio Hernán Flores, de 15 años, fue asesinado en Merlo, provincia de

Buenos Aires, durante la represión policial.

Cristian Legembre, de 20 años, murió en Castelar, provincia de Buenos Aires, asesinado por la policía bonaerense.

José Vega, de 19 años, murió en Moreno, provincia de Buenos Aires durante disturbios luego de un saqueo.

Diego Ávila, de 24 años, murió en la localidad bonaerense de Villa Fiorito mientras la policía reprimía un saqueo.

Marcelo Gastón Riva, de 31 años y papá de tres nenas, trabajaba de motoquero y cayó con el corazón atravesado por una bala policial cuando transitaba por la Avenida de Mayo. El Centro de Producción Audiovisual de la Universidad Nacional de La Plata realizó el documental *Motoqueros, 20 de diciembre de 2001*, que investiga su muerte.

Diego Lamagna, de 26 años, era estudiante y murió en la Avenida de Mayo cuando la Policía Federal abrió fuego sobre él.

Carlos «Petete» Almirón, de 23 años, era estudiante de sociología y militante de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI) y de la Coordinadora de Desocupados 29 de Mayo. Recibió una descarga cerrada en el pecho desde un pelotón de la policía en la Avenida 9 de Julio y Avenida de Mayo, cuando encabezaba una columna de manifestantes que intentaba volver a la Plaza de Mayo. Se encontraba muy próximo a Gastón Riva y Diego Lamagna.

Gustavo Ariel Benedetto, de 23 años, era repositor en un supermercado. Al encontrar saqueado su lugar de trabajo decidió ir a protestar a la Plaza de Mayo, donde cayó ante las cámaras de televisión al grito de «están tirando desde adentro». Los disparos salían del banco HSBC de la Avenida de Mayo y Chacabuco, y su mamá y hermana vieron su muerte por televisión.

Alberto Márquez, de 58 años, era militante peronista, fue baleado y perdió la vida cuando desde móviles policiales dispararon sobre él cuando se encontraba en la Avenida 9 de Julio.

Durante la jornada del 21 de diciembre:

José Daniel Rodríguez, militante de la CCC de 25 años, fue levantado por una camioneta de la policía y asesinado por la espalda de un «itakazo». Su cuerpo fue desaparecido durante varios días y luego, ante los reclamos de su aparición fue encontrado cubierto de gomas en los fondos de un supermercado de la ciudad de Paraná, provincia de Entre Ríos. Hasta ahora no hay imputados.

Durante la jornada del 22 de diciembre:

Luis Alberto Fernández, de 27 años, que el 22 de diciembre vendía

sandías frente a un supermercado en la provincia de Tucumán y que durante la represión contra los manifestantes, un gendarme le había disparado en la cabeza a corta distancia, murió dos días después. Todavía no hay imputados.

Durante la jornada del 23 de diciembre:
Ricardo Villalba, de 16 años, fue baleado por la policía santafesina en el barrio La Cerámica de Rosario y murió cuatro días después. (263)

A los muertos de las jornadas del 19 y 20 también habría que agregarles los de la «Masacre de Floresta» del 29 de diciembre, donde cuatro jóvenes de entre 23 y 25 años fueron baleados por un suboficial de policía retirado que prestaba servicios adicionales en el *minimarket* de una estación de servicios. La reacción fue debido a que la televisión transmitía las imágenes de un policía golpeado por manifestantes y los jóvenes comentaron entre ellos: «por fin una vez les tocó a ellos». En el hecho hubo un sobreviviente que logró escapar y tres víctimas fatales: Cristian Gómez y Maximiliano Tasca, de 25 años, y Daniel Mataza, de 23. (264) Por la represión en la Capital Federal, fueron detenidas 190 personas. Por los crímenes cometidos fueron imputados 79 policías federales de los cuales solo nueve fueron a juicio oral (11 de junio de 2012), pues a la mayoría se le dictó la falta de mérito, a pesar de que el expediente consta de 103 cuerpos divididos en 20.600 fojas y cinco anexos. En la ciudad de Rosario hubo nueve muertos y solo ha habido dos condenas (casos Lepratti y Graciela Acosta, ambos militantes). (265) Al cumplirse los diez años de estas muertes, con el apoyo de la CTA-Rosario y el impulso de los familiares de «Pocho» Lepratti se logró reunir a los familiares y amigos de los asesinados, para que aportaran sus recuerdos para la construcción de la memoria de estos hechos que son una de las bisagras sobre la que se desenvuelve la Argentina de nuestros días.

239. Ortega Díaz, Pedro: *El Congreso de Panamá y la unidad latinoamericana*, Caracas, Parlamento Latinoamericano, 2006, p. 32.
240. Lanús, Juan Archibaldo: *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina, 1945/1980*, Buenos Aires, Emecé, 1984, pp. 161-162.
241. Galasso, Norberto: *Perón. Formación, ascenso y caída (1893-1955)*, vol. I, Buenos Aires, Colihue, 2005, pp. 525-526.
242. Kissinger, Henry: *China*, Buenos Aires, Debate, 2012, pp. 426 y ss.
243. Jaroslavsky, César: *Hay otro camino*, Buenos Aires, Emecé, 1995, p. 64.
244. *Noticias Gráficas*, 5ª ed., 16 de abril de 1953, p. 4; y 17 de abril de 1953, tapa; *El Mundo*, Buenos Aires, 12 de mayo de 1953, p. 3; y 13 de mayo de 1953, p. 9
245. Quiroga, Darío: «Por qué y para qué ir a la Plaza», *La Voz*, Buenos Aires, 6 de diciembre de 1983, p. 12. (Posición de la conducción del Movimiento Peronista

Montonero; Darío Quiroga era el seudónimo que solía utilizar Mario E. Firmenich para publicar artículos en ese diario).
246. *La Voz*, Buenos Aires, 18 de noviembre de 1983, p. 3.
247. *La Voz*, Buenos Aires, 21 de diciembre de 1983, p. 3.
248. «Nosiglia se enfrenta con peronistas», *Ámbito Financiero*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1988.
249. Jaroslavsky, César: *op. cit.*, pp. 74-75.
250. Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias. De los 70 a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, pp. 512-513.
251. Horowicz, Alejandro: *Las dictaduras argentinas. Historia de una frustración nacional*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 369.
252. Cafiero, Mario: *La identidad del peronismo, hoy. Compilación de discursos, ponencias y comentarios*, La Plata, Editorial del Partido Justicialista de La Plata, 2000, p. 27.
253. Varela, Luis: «Pese a lo cobrado la deuda aumentó», *Clarín*, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1994.
254. Aspiazu, D.; Basualdo, E.; Schorr, M.: *La industria Argentina durante los 90. Profundización y consolidación de los rasgos centrales de la dinámica sectorial post-sustitutiva*, Buenos Aires, FLACSO, 2001, mimeo. Disponible en: <http://www.flacso.org.ar/uploaded_files/Publicaciones/Azpiazu.Basualdo.Schorr_Industria.Argentina90.pdf> (última consulta: 2/12/2012).
255. Caviasca, Guillermo: «Rebelión en las calles», en VV.AA., *¿Que se vayan todos? A 10 años del 19 y 20 de diciembre de 2001*, Buenos Aires, Editorial Cooperativa El Río Suena, 2011, p. 19.
256. Churchill, Winston (nieto), en Alonso Piñeiro, Armando: *Historia de la guerra de las Malvinas*, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 219.
257. Ballesteros, Jorge (juez): Fallo en la Causa N° 14.467, caratulada «Olmos, Alejandro s/dcia», Expte. 7723/98. Disponible en: <http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Ballesteros_JuicioSobreDeudaExterna/Ballesteros_005.htm> (última consulta: 22/1/2013).
258. Ribeiro, Darcy: *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, p. 26.
259. Esteche, Fernando: «Desde la rebelión popular a construir la revolución nacional», en VV.AA., *¿Que se vayan todos?...*, *op. cit.*, pp. 80-81.
260. Murúa, Eduardo «Vasco»: «Ocupar, resistir, producir», en VV.AA., *¿Que se vayan todos?...*, *op. cit.,* p. 161.
261. Ruggeri, Andrés (coord.): *Las empresas recuperadas en la Argentina. Informe del tercer relevamiento de empresas recuperadas por sus trabajadores: 2010*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Programa Facultad Abierta, Buenos Aires, Cooperativa Chilavert de Artes Gráficas, 2011, p. 11.
262. Movimiento Patriótico «17 de Octubre»: «Documento base para reunión preparatoria del 26 de julio 2000», Buenos Aires, 1° de mayo 2000 (archivo personal del autor).
263. Tomado de <http://blogsdelagente.com/solo-por-hoy-/2009/12/18/19-y-20-diciembre-2001-39-muerte> y <http://hijosprensa.blogspot.com.ar/2011/09/los-muertos-del-1920-de-diciembre-de.html> (fuente Correpi) (última consulta: 21/1/2013).
264. Se puede encontrar en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Masacre_de_Floresta> (última consulta: 18/2/2013).

265. Tomado de: <http://iguazunoticias.com/v2011beta/2011/12/quienesfueron-los-asesinados-y-quienes-los-asesinos-del-19-y-20-de-diciembre-de-2001>; <http://www.lagaceta.com.ar/nota/470437/las-imagenes-saqueos-cacerolazos-represion-tucuman.html>; <http://www.argentinaarde.org.ar> (última consulta: 18/2/2013).

Capítulo IX

Del «¡Que se vayan todos!» (Argentinazo) a los K

¡Que se vayan todos! — Tensión entre lo viejo y lo nuevo — Antecedentes de la construcción del «estilo K» — Las relaciones con el gobierno «K», en sus inicios — Gobierno «nacional y popular»: neodesarrollismo y sujetos sociales — El extractivismo: nueva forma de saqueo y dependencia — Una oportunidad poco aprovechada en una transición con destino incierto — De Montoneros a La Cámpora, ¿un futuro rebelde o domesticado?

¡Que se vayan todos!

Aquel miércoles 19 de diciembre estábamos reunidos junto con una decena de compañeros cuando caía la tarde, en un departamento de la zona del Abasto. Nos encontrábamos trabajando en la constitución de un agrupamiento que recogiera la historia de viejas militancias y las integrara con las experiencias más recientes y los jóvenes que las protagonizaban. Ya habíamos intercambiado información sobre la evolución de la creciente bronca que podíamos percibir en diversas zonas del Gran Buenos Aires y la Capital, y mientras repartíamos tareas y acordábamos un nuevo encuentro oímos, por la ventana del departamento en el contrafrente del edificio, voces airadas y gritos destemplados. Estos venían desde otros sitios de la misma manzana. Como telón de fondo llegaban los sonidos apenas audibles de una voz, monocorde e ininteligible, que provenía de diferentes aparatos de radio o televisión. No quedaban dudas: era ese mensaje el que motivaba aquella indignación. Alguien recordó que tenía que hablar el presidente Fernando de la Rúa.

Pocos minutos después, aquel sonido de fondo se había acallado; sin embargo, el tumulto crecía. De hecho, la reunión había terminado cuando abrimos la ventana y vimos, por la calle Ecuador, un espectáculo que presagiaba las horas que vendrían. Vecinos que salían a borbotones de las casas y los departamentos y hacían sonar, en las calles, cacerolas o cualquier otro objeto metálico que tuvieran a mano. Desde distintos balcones les respondían con más ruidos y gritos semejantes. Todos se encaminaban hacia la próxima calle Corrientes. También nosotros salimos a la calle. Era un aluvión de gente que aparecía de todos lados y caminaba por la calle Corrientes. Allí nos enteramos de que el Presidente había anunciado, por radio y televisión, la declaración del estado de sitio. Algunos nos sumamos a la marea,

otros se dirigieron hacia rumbos distintos, de acuerdo con los compromisos que tenían. Una desordenada multitud iba cubriendo la calle. Comentaban, charlaban, golpeaban cacerolas y caminaban. Nadie sabía muy bien a dónde iba, pero todos estaban convencidos de que allí debían estar. Allí estuve desde que salimos, serían las siete de la tarde, hasta las dos y media de la mañana. Por el Obelisco y Diagonal Norte, avanzando y retrocediendo, corriendo. En algunos de esos avances llegamos hasta cerca de la Catedral, retrocediendo teníamos como frontera al Obelisco.

«¡Que se vayan todos y no quede ni uno solo!», signo de la crisis de un modelo institucional que iba más allá del fracaso «aliancista» y de las «burradas» del presidente De la Rúa, sería la consigna que logramos dejar para la historia. Vi vidrieras rotas, no muchas. Algunas de ellas, muy pocas, saqueadas. Estaba allí porque sentía que tenía que hacerlo, conmovido por esa nueva irrupción del pueblo, saludando y abrazando a decenas de compañeros. Lo sentí como una reconciliación con mi propia historia. Me llamó la atención que no hubiera más banderas políticas que una o dos, de un grupo de izquierda; y manifestantes pidiendo que las retiraran. No digo ni aplaudo, simplemente recuerdo ese detalle. No había un protagonismo individual u organizativo, era un colectivo que se había echado a andar. Esa era la fuerza con la que había emergido. También sería la debilidad que limitaría el alcance y logro de sus demandas históricas.

Hacia el mediodía del jueves 20 nos encontramos en el edificio de Luz y Fuerza de la calle Lima, entre Hipólito Yrigoyen y Alsina, con un compañero que trabajaba allí. Ya había noticias sobre los enfrentamientos en Plaza de Mayo. Desde un ventanal de los pisos altos pude observar el ir y venir de los motoqueros enfrentando a la policía, por la Avenida de Mayo. Una vez que bajamos, encontramos casquillos de balas de plomo en el cordón de la vereda. Los gases policiales, que parecían impedir la respiración y que me dejaron tumbado durante algunos minutos en un zaguán, nos empujaron hacia la calle Alsina. Nos fuimos reencontrando con varios grupos de compañeros entre Salta y Santiago del Estero, entre Alsina y la Avenida de Mayo. Unos doscientos o trescientos compañeros de diferentes organizaciones permanecimos allí hasta que se supo de la renuncia del Presidente. Fueron varias horas de enfrentamientos, en esos lugares, con las fuerzas represivas. Estas tenían como objetivo impedir nuestro acceso a la 9 de Julio. Allí combatían con otros grupos y los motoqueros.

Participaba de aquella convicción de que un cambio profundo estaba a nuestras puertas: este se desenvolvería entre los extremos de la profundidad de la crisis del sistema y la debilidad del conjunto de la

organización popular. Aquella marea popular que se estaba manifestado por diferentes rincones de la Patria estaba enterrando un proyecto, al servicio del gran capital, cuyo punto inicial lo podemos encontrar en las jornadas del «Rodrigazo», allá por junio de 1975. Fracasado aquel intento por la resistencia de los trabajadores, los sectores de poder no cejarían en su empeño. Meses después, apelando al poder militar, lo instalarían a partir del 24 de marzo de 1976. La recuperación de las instituciones de la Constitución y las libertades cívicas, en 1983, no alcanzaron para cambiar la esencia de aquel modelo. Los gobiernos del radicalismo, justicialismo y La Alianza convivieron con este. En ese diciembre de 2001, treinta y seis años después, una nueva explosión de masas lo hacía volar por los aires.

Nada de lo ocurrido era nuevo, impensado o producto de algún extraño «espontaneísmo de las masas». ¡No! Era la expresión final de una larga acumulación que la resistencia del pueblo fuera haciendo en el seno de la sociedad. Esta iría reflejando, a su manera, el cambio en la correlación de fuerzas que se había producido en el espacio nacional e internacional. Aunque no supiéramos cuáles iban a ser los pasos siguientes, sabíamos que ya nada sería igual que antes. Ese punto de inflexión en la historia dejaría sus marcas para el futuro.

Siempre recuerdo los años de estudiante, cuando leí y guardé en la memoria, grabada para siempre, la fecha del 20 de junio de 1820. Más que por la muerte de Manuel Belgrano, aquello me impresionaba por ser el «día de los tres presidentes» (en realidad, tres gobernadores de Buenos Aires). De un modo semejante, imagino que los acontecimientos que verían desfilar a cinco presidentes en trece días, tampoco será un dato fácilmente olvidable cuando las generaciones futuras repasen nuestra historia.

Más allá de una masiva participación de amplias franjas de sectores populares en las jornadas del 19 y 20 diciembre es posible encontrar, en la génesis del estallido final, la intervención particular de variados sectores. Los ahorristas, provenientes de sectores medios, afectados por las restricciones de «el corralito» y «el corralón» impuestos por Domingo Cavallo; trabajadores de empresas recuperadas y trabajadores desocupados, muchos de ellos totalmente excluidos. Los asalariados, organizados sindicalmente, no tuvieron un rol relevante en esos días. Es posible que si hubieran participado orgánica y masivamente, otro hubiera sido el resultado. Sí, en cambio, podemos encontrar su presencia e influencia en los múltiples paros y movilizaciones realizados en los tiempos previos. (266) Inclusive se puede decir que el fenómeno piquetero, protagonizado por desocupados, pudo tomar cuerpo y sostenerse —en buena medida— sobre el trasfondo político

favorable generado por las luchas, particularmente de los trabajadores estatales.

Los sectores medios, promotores de los «cacerolazos», no faltaron a la cita. Buena parte de su presencia estuvo vinculada al reclamo de los ahorristas. Ello contribuiría a que en esos y posteriores días, el sector financiero fuera colocado en el centro de los reclamos. Los bancos vallados fueron, por largo tiempo, un testimonio de esta identificación como enemigos del pueblo.

La crisis de los sectores productivos abriría las puertas a un fenómeno que —incipientemente— había comenzado unos años antes: las «fábricas recuperadas». Miles de trabajadores irían ocupando el lugar del patrón, que abandonaba la producción. Bajo débiles formas autogestionarias, se hacían cargo de mantenerlas produciendo, preservando su fuente de trabajo. En esos días, muchos de ellos tampoco faltaron a su cita con la Historia. (267)

Trabajadores desocupados y franjas de sectores excluidos fueron los principales actores de los saqueos iniciados en Mendoza y Rosario, que fueron realizados unos días antes de los hechos principales protagonizados en el Gran Buenos Aires, durante el 19 de diciembre. La etapa aliancista no solo no había superado los problemas del menemismo, sino que estos se profundizaban. La continuidad de la convertibilidad, con sus efectos en materia de generación de empleo y capacidad de consumo, cada día se hacía sentir con mayor fuerza en los sectores más humildes. De esta manera, los plebeyos nuevamente ocupaban un lugar en el escenario de la historia. Muchos de ellos traían la experiencia de sus «piquetes», y junto con otros sectores populares procuraban constituirse en un integrante más del sujeto histórico de las transformaciones necesarias. A través de estas diferentes manifestaciones se haría efectiva la presencia masiva cientos de miles de argentinos que, hasta ese momento, únicamente observaban o padecían lo que ocurría. Ahora comenzaban a recorrer el camino de transformarse en protagonistas de sus propios sueños y esperanzas.

Es probable que Carlos Ruckauf —entre otros—, gobernador de la provincia de Buenos Aires, y Mariano West —particularmente—, el intendente de Moreno, hayan aportado su «granito de arena» para favorecer los saqueos que, en la mañana del 19 de diciembre, se desparramaron por el Gran Buenos Aires: el peronismo, en la oposición, quería sacar ventajas de esa situación; ya había colocado a uno de los suyos —el senador Ramón Puerta— en la línea de sucesión presidencial. Pero, de todas maneras, es exagerada la pretensión del radicalismo en el sentido de que los hechos producidos ese 19 de diciembre fueran provocados por la exclusiva acción de los

mencionados funcionarios justicialistas. En los grandes hechos de masas o acontecimientos históricos protagonizados por los pueblos, suele estar «la mano» de personajes impensados. Por ejemplo, la histórica movilización de los trabajadores del 17 de octubre de 1945 tal vez hubiera tenido otro destino si el general Juan Filomeno Velazco, jefe de la Policía Federal e integrante del GOU,* no hubiera dejado que la marcha de los obreros a la Plaza de Mayo se realizara sin encontrar mayores obstáculos represivos. Los convocantes a la marcha del 29 de mayo de 1969 que culminara en el «Cordobazo» fueron Agustín Tosco del sindicato de Luz y Fuerza, Elpidio Torres del SMATA y Alejo Simó, de la Unión Obrera Metalúrgica. Torres y Simó, particularmente este último quien seguía directivas de Vandor, estaban muy lejos de querer, siquiera imaginar, las consecuencias históricas que desataría la convocatoria que ellos habían propiciado por razones vinculadas a la coyuntura inmediata. El 19 y 20 de diciembre de 2001 no habrá alcanzado para «¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!», pero sería más que suficiente para poner fin a la ideología «martinezdehocista». (268)

Tensión entre lo viejo y lo nuevo

Pocas veces la realidad —tal como en la transición iniciada en esos días de diciembre— estuvo tan cerca de aquel pensamiento de Antonio Gramsci en el sentido de que «lo que está muriendo se niega a morir y lo que está naciendo no termina de nacer». Aunque para ser más precisos, no deberíamos hablar de que un mundo «está muriendo» y otro «no termina de nacer» sino a la inversa: la realidad es que uno «lucha» por no morir y el otro hace lo propio por hacerse realidad. No se trata de una ley de la naturaleza donde uno debería morir y el otro nacer. Es algo mucho más complejo, en permanente lucha y contradicción.

Esos han sido y son estos años. Dura lucha entre un sistema que quiere dejar pruebas de que todavía puede y un pueblo que avisa que quiere, aunque todavía no pueda. El *sistema* procuraría restaurar su hegemonía en la sociedad y la vigencia de sus instituciones. El pueblo percibiría la crisis y debilidades del mismo, sin encontrar los caminos que le permitieran construir la fuerza necesaria para constituirse en alternativa a ese *sistema*.

El temor a la represión que caracterizara a los años setenta y parte de los ochenta; el miedo a quedar sin trabajo durante el período menemista; la continuidad de los temores de antaño y el desamparo ante la pérdida de los ahorros en la época aliancista, de pronto fueron

quebrados. Los desafíos que traía la vida cotidiana a millones de hogares fueron superiores. Brotó la posibilidad de expresar esa bronca y sentir que, colectivamente, estábamos identificando a los causantes de nuestros males.

Ese sería el punto inicial de una nueva etapa de la historia de los argentinos. El pensar colectivo, las formas de organización más horizontales y autónomas que comenzaban a tomar cuerpo en la práctica social y política del pueblo. Nuevas formas de organización estaban emergiendo, particularmente en las áreas suburbanas de las grandes ciudades. Los lazos de control del *pejotismo*, al calor de las falencias materiales cotidianas y la crisis general de representatividad, se habían debilitado. De todas maneras, ese emergente social no encontró formas adecuadas de organización ni pudo construirlas, en los momentos álgidos de esa crisis. Eso traería como efecto que los reclamos se fueran encerrando en la lógica de constituirse en microproblemas con microsoluciones, mientras tanto el poder real permanecía intangible. Resulta claro que si la organización popular no encuentra la forma de canalizar sus luchas y reclamos hacia los centros de poder construyendo el contrapoder correspondiente, estos son absorbidos y diluidos, hasta poder asimilarlos.

La situación internacional también ofrecía un marco distinto. El capital financiero, sin haber perdido su hegemonía, no tenía los bríos de antaño. El imperialismo demandaba una nueva estrategia global. La Guerra Fría, ante la implosión de la Unión Soviética, formaba parte del baúl de los recuerdos. El proclamado «fin de la Historia» no había resistido los primeros embates de la realidad. La voladura de las Torres Gemelas el 11 septiembre de 2001, sería el argumento justo para colocar al «terrorismo internacional» como nuevo «eje del mal», que diferenciara «amigos» y «enemigos». Con ello, los Estados Unidos tendría una cobertura que le permitiría desplegar su gigantesco poderío militar y le facilitaría participar de manera protagónica en el reordenamiento de la economía mundial y controlar sus recursos estratégicos, a pesar de la relativa debilidad estructural que los envolvía.

El helicóptero que retiró de los techos de la Casa Rosada a un desahuciado Presidente también se llevaría la posibilidad de dar estable tranquilidad a ese capitalismo que tenía en la acumulación financiera el centro de su interés. Sin embargo las instituciones siguieron funcionando. El reclamo callejero no pudo concretarse: su cumplimiento hubiera significado, efectivamente, una profunda modificación de la realidad. En cambio, las instituciones del viejo régimen siguieron con sus funciones. La policía reprimió, el Poder

Legislativo se abocó a la tarea de iniciar «la normalización» del país, llenando el vacío institucional que se había producido. El Parlamento, la institución llamada constitucionalmente a intervenir, se limitó a ir reemplazando los nombres de los individuos que deberían dar continuidad al sistema. Le daba legalidad a los acuerdos de cúpulas que buscaban la fórmula para que el desbocado poder manifestado en las calles se reencauzara en los marcos institucionales.

Los sucesos de los días inmediatamente posteriores reflejarían la interacción de varios componentes de la realidad. Ellos van desde la importancia relativa de las expresiones institucionales, pasan por el rol de los individuos en la historia, la presencia de los grandes intereses que rodean al poder y la propia debilidad de la fuerza del pueblo protagonista de aquellos hechos. El 21 de diciembre, Ramón Puerta, senador justicialista por Misiones, asumiría como presidente de acuerdo a su rol institucional. Cumpliendo con el acuerdo celebrado por sus pares, el 23 de diciembre entregó el mando del Poder Ejecutivo a Adolfo Rodríguez Saá, senador por la provincia de San Luis. Este, según dicho acuerdo, lo ejercería por un período limitado de tres meses, al cabo de los que se realizarían elecciones presidenciales adelantadas. Además, en los acuerdos (no escritos) entre pares, asumió el compromiso de gobernar con un gabinete compartido con los áulicos legisladores que lo habían ungido en ese cargo. Rodríguez Saá, presionado por la tendencia de los sucesos recientes —que quiso aprovechar en beneficio propio—, en el mismo acto de asunción y ante la Asamblea Legislativa adelantaría algunas medidas, que iban más allá de una mera administración provisional. El anuncio en relación con la suspensión del pago de la deuda externa, símbolo del modelo y pieza vital del esquema centrado en la acumulación financiera, fue aplaudido de pie por la mayor parte de los legisladores. No faltaron otras promesas como que sería reintegrado el dinero retenido, que se crearían un millón de puestos de trabajo, se aumentaría el salario básico, se derogaría la ley laboral («Ley Banelco»). Esos anuncios, junto con la designación de un gabinete muy cuestionable pero «propio» y ciertas manifestaciones que no iban en la dirección de una rápida convocatoria electoral, hicieron que los mismos que lo habían colocado en ese sitial comenzaran a conspirar para derribarlo.

La oportunidad se daría una semana después. Para el día 30 de diciembre fue convocada una reunión con todos los gobernadores en Chapadmalal, Mar del Plata. Varios de los convocados, los más próximos al senador bonaerense Eduardo Duhalde, desistieron de asistir. Entre ellos se destacaban José Manuel de la Sota (Córdoba), Carlos Reutemann (Santa Fe), Néstor Kirchner (Santa Cruz), Carlos

Manfredotti (Tierra del Fuego). Ruckauf, gobernador bonaerense, fue el encargado de transmitir al Presidente el malestar existente. Este habría ido más allá de cortar la luz en el sitio previsto para las deliberaciones y dejarlo aislado de su custodia. Rodríguez Saá, ganado por el temor ante esas amenazas y desaires e incapaz de comprender el rol que la historia ponía en sus manos, regresó a su provincia y anunció su renuncia. Ante la negativa por parte de Ramón Puerta de retomar su responsabilidad institucional, el 31 de diciembre se hizo cargo del gobierno Eduardo Caamaño, quien como presidente de la Cámara de Diputados lo seguía en la línea sucesoria.

Finalmente, el 2 de enero de 2002 asumió Eduardo Duhalde, quien tras bambalinas fuera el protagonista de la mayor parte de los sucesos producidos por aquella dirigencia política en esos días y que esperaba, por la vía electoral, ser el heredero y beneficiario natural de lo acontecido. Duhalde fue la figura sobre la que se iban concentrando las miradas de aquellos que esperaban que se controlara el caos social, reordenando la economía, estabilizando y «normalizando» el funcionamiento institucional, social y político del país. Coincidían, en esa pretensión, las fuerzas políticas tradicionales, todo el empresariado asentado en el país, junto a sectores de la Iglesia Católica y la socialdemocracia. No es casual que Felipe González, principal operador del socialismo español y del poder económico europeo, estuviera viajando a Buenos Aires cuando se derrumbaba el gobierno aliancista. Mientras tanto, Cáritas (institución de la Iglesia Católica) intervenía activamente para acelerar la aplicación de políticas de sobrevivencia social mediante el apoyo alimentario y los planes sociales «Jefas y Jefes de Hogar». La mayor parte de estos protagonistas más el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) conformaron, en diciembre de 2001, la Mesa del Diálogo Argentino. Esta había sido convocada por De la Rúa e instrumentada por Duhalde, como guía de su gestión. En realidad, de lo que se trataba era de «ganar tiempo» para que pasara el vendaval y recuperar lo que se denomina «la gobernabilidad el sistema».

El gobierno de Duhalde comenzaría su gestión en medio de la aguda contradicción entre las clases dominantes y los sectores socialmente subordinados. Los primeros aspiraban a estabilizar la situación dándole una nueva gobernabilidad al sistema. Los segundos querían darle continuidad a su lucha hasta alcanzar objetivos que estuvieran a la altura de sus sueños. A los pocos días de asumir, Duhalde propuso, y el Parlamento lo avaló (votado por radicales y peronistas), el mantenimiento del «corralito» y el fin de la «convertibilidad». Liquidado el «1 a 1» (un peso, un dólar), hubo una drástica disminución

en el ingreso de los trabajadores, una fuerte mejora en los sectores exportadores y una importante licuación de las deudas empresariales. El «plan de estabilización» que ideara y condujera Roberto Lavagna iba alcanzando sus objetivos. José Ignacio de Mendiguren, presidente de la Unión Industrial Argentina y ministro de Industria de Duhalde, fue el principal promotor del proyecto devaluador. Con ello mejoraría la competitividad de la economía argentina y se iniciaría un intento de revertir el proceso desindustrializador, que significó la convertibilidad vigente durante los gobiernos de Menem y De la Rúa.

Para esa época, como fruto de las reuniones y relaciones que veníamos estableciendo, constituimos las Organizaciones Libres del Pueblo (OLP). Se trataba de un intento por transformar la lucha reivindicativa en acción política. Tomamos el nombre de la historia peronista. Desde esta visión, asentada en los principios de libertad, justicia y solidaridad —emanados de la Constitución de 1949—, las organizaciones libres del pueblo constituían una forma de agrupamiento, desde abajo, de sectores del pueblo. Independiente y libre respecto del Estado, aunque concurrente con el mismo, la imaginábamos como un camino para la construcción del poder popular. Aunque lejos —muy lejos, por cierto— de la concepción que promueve la construcción de muchas de las organizaciones no gubernamentales (ONG) que comenzaron a pulular a partir de los años ochenta y que, financiadas por fundaciones privadas y aportes estatales (gobiernos de Europa y Estados Unidos), propugnan una ideología contra nuestros Estados y a favor de la «autoayuda». Esta última vendría a reparar (a través de microproyectos) la destrucción causada por la vigencia de las políticas neoliberales. Servirían para la contención social, amortiguando las protestas originadas en los efectos de esas políticas. (269) Serían un adelanto o complemento de las políticas asistencialistas que aún hoy fomentan los organismos financieros internacionales. Desde una modesta construcción se consiguió reunir las reivindicaciones de los compañeros excluidos en varios distritos, particularmente en la zona norte del conurbano bonaerense.

Si bien la economía comenzó a estabilizarse, las protestas no cejaban. El 28 de enero, cerca de cuarenta mil piqueteros provenientes de La Matanza marcharon por la calle Rivadavia. Rememorando la consigna de «Piquetes y cacerolas, la lucha es una sola», miembros de las Asambleas Populares (nueva forma de organización que se originó en los sectores medios) de Liniers, Flores, Almagro y Congreso, los saludaban a su paso o se incorporaban a las mismas. Las Asambleas Populares llegaron a constituirse en un importante instrumento para el debate y organización de los sectores medios. Interminables discusiones

internas apresuraron el agotamiento de esta valiosa instancia organizativa. Sobrevivieron unas pocas excepciones, entre ellas la Asamblea de San Telmo, que continuó identificándose con los sectores más pobres y excluidos de dicha zona.

La situación no terminaba de definirse totalmente para el gusto de los sectores dominantes. Estos estaban satisfechos con la evolución de la situación económica, pero la rebeldía de los sectores emergentes no cesaba. Duhalde se encaminaba hacia la posibilidad de ser elegido presidente en las elecciones que se celebrarían a fines de 2003.

Debido a que los reclamos y movilizaciones piqueteras seguían en la calle, la consolidación del «sistema», cuyos intereses se articulan hablando en lengua extranjera, demandaba encontrar respuestas más definitivas. A los fines de mantener sus privilegios resultaba imprescindible evitar que los «invisibilizados» por el sistema se hicieran ver, tomaran cuerpo y ocuparan su lugar en la historia. Servicios de inteligencia, policías y políticos frecuentadores de «la Embajada», creyeron ver la oportunidad en una movilización prevista para el 26 de junio de 2002. Las balas de la «9 milímetros» y el «itakazo» que acabaron en el puente Pueyrredón con la vida de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, también pusieron fin a los sueños de Duhalde. El intento de atribuir las muertes a enfrentamientos internos de los grupos piqueteros duraría menos de veinticuatro horas. Los ejecutores de ese crimen fueron condenados. Sus ideólogos y promotores permanecen en el anonimato y posiblemente continúen ejerciendo cuotas de poder.

Ese 26 de junio, el enfrentamiento en Puente Pueyrredón fue un símbolo de aquella Argentina. Miles de manifestantes, en su mayoría jóvenes desocupados, marchaban con sus banderas y sus reclamos. Los sintetizaban en la consigna «Trabajo, Dignidad y Cambio Social». Iban hacia la Plaza de Mayo, el lugar donde históricamente se manifiesta el poder en nuestro país, pero el poder del *sistema* les tendió una trampa. La intensidad de la crisis había agotado el último intento por restablecer la vigencia de la vieja política.

Duhalde, el engendro final de las cúpulas gobernantes, había quedado fuera de carrera. Limitada su capacidad de maniobra optaría por adelantar la fecha de elecciones y ponerse a buscar un heredero. Automarginado Carlos Reutemann y «sin plafond» Juan Manuel de la Sota, se inclinaría por el santacruceño Néstor Kirchner, quien terminaría siendo elegido presidente habiendo obtenido solo el 22% de los votos. Menem le había ganado en la primera vuelta por un par de puntos pero, ante la evidencia de una aplastante derrota en segunda vuelta, se retiró y quedó convalidada la elección a favor de Kirchner, violando la propia ley electoral vigente. También influyó, en ese retiro

de Menem, la presión de algunos sectores del propio *sistema*. Estos preferían un presidente de poca legitimidad, apenas un 22% de adhesiones. De haberse realizado la segunda vuelta, obviamente hubiera alcanzado la presidencia con un porcentaje muy superior de votos favorables, lo cual le daría mayor fuerza. Todo este conjunto de maniobras electorales da una idea de la progresiva pérdida de fuerza que venía padeciendo el movimiento popular que hasta entonces se expresaba vigorosamente en las calles.

Aquella tensión entre lo viejo y lo nuevo que había nacido en las calles y plazas el 19 y 20 de diciembre 2001, ahora se estaba trasladando al plano institucional y a los aspectos estructurales. Se prolongaba en una larga transición que sabemos cómo empezó, que podemos analizar en qué estado se encuentra, pero cuyo resultado final aún no está dicho.

Antecedentes de la construcción del «estilo K»

Es imposible analizar la realidad actual sin detenernos en las características de quiénes tienen el protagonismo en esta realidad. Es particularmente importante adentrarnos en la consideración de Néstor Kirchner, durante varios años gobernador de su provincia (Santa Cruz) y quien condujera los mecanismos de acumulación de poder hasta llegar y ejercer la presidencia del país.

Pero, ¿quién era Néstor Kirchner? Para hacer este análisis de un modo más completo, conviene separar tres cuestiones aunque ellas se integren en una misma y única personalidad. Desde este punto de vista es bueno distinguir sus características personales; su paso por el gobierno de la provincia de Santa Cruz y su ejercicio del gobierno nacional. Era muy poco lo que se sabía de aquel personaje alto, flaco, desgarbado y tan poco afecto a las formalidades consuetudinarias. Habitualmente uniformado —para sus apariciones públicas— con su traje cruzado, solo prendido por el botón interior y acompañado con sus infaltables mocasines, no era, por cierto, la imagen de los políticos tradicionales ocupados y preocupados por el formalismo, pulcritud y elegancia de su aspecto exterior.

Oriundo de Río Gallegos, Santa Cruz, inició su militancia en La Plata, donde estudió abogacía. Allí se integró al Frente Universitario de la Revolución Nacional (FURN), vinculado a Montoneros. Este, junto al Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP), una organización más pequeña y relacionada con la Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), daría origen a la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Allí también conoció a una coqueta y llamativa compañera de estudios procedente

de Tolosa, una localidad aledaña a La Plata. Esta llegaría a tener algunos vínculos con el FAEP, participando en algunas de sus actividades públicas. Ella aportaba ideas, críticas y rabietas, pero la decisión terminaba siendo la de Néstor. Debo confesar que conversando con algunos amigos de la familia les manifestaba mi impresión en el sentido de que esa situación cambiaría cuando ella asumiera la presidencia, pero la realidad demostraría que estas personas tenían razón. Efectivamente, hasta la muerte de Néstor, sería él quien impondría la línea principal de acción y las alianzas para desarrollarla.

Aquella militancia iría perdiendo fuerza después de los hechos de Ezeiza y prácticamente fue abandonada después de la confrontación con Perón el 1° de mayo de 1974 y contemporáneamente a la aparición de «Lealtad», un grupo disidente de Montoneros. Hay compañeros que lo recuerdan, en los inicios de los años setenta, realizando tareas vinculadas a la seguridad de pintadas o locales estudiantiles, también asistiendo a Carlos Kunkel, montonero y uno de los principales dirigentes estudiantiles platenses, que el 11 de marzo había sido elegido diputado nacional por la JP. Es común escuchar, entre sus compañeros de militancia platense, la preocupación —teórica y práctica— de Néstor por los temas económicos y su acendrada crítica a las instituciones militares. Esta débil relación del Néstor «juvenil» con aquella experiencia montonera y algunos aspectos del discurso y medidas oficiales han sido considerados por la prensa opositora como argumentos suficientes para caracterizar al gobierno kirchnerista como «montonero». Sin pretender entrar en consideraciones psicológicas lo cierto es que uno de los *hobbies* de Néstor era mantener largas charlas de sobremesa, con amigos de confianza que fueran militantes de aquellos tiempos, rememorando e indagando sobre las luchas montoneras. Todas estas son informaciones recogidas en años recientes.

Hasta estos tiempos, el conocimiento personal que tenía sobre la figura de los Kirchner era limitada. Si bien había tenido un rol importante en el debilitamiento del gobierno radical de De la Rúa, encabezando junto al puntano Adolfo Rodríguez Saá la informal y opositora Liga de Gobernadores, su figura aún no tenía mayor trascendencia pública nacional. Aunque en la década de 1980, más precisamente entre los años 1986 y 1987, conversando con Don Jorge Cepernic, durante el exilio motivado en la persecución alfonsinista, tuve las primeras aproximaciones a esta figura. Durante largas mateadas y charlas en San Pablo donde Cepernic solía visitarnos, algunas veces aparecería la figura de Néstor. Eso ocurría en momentos que este asomaba a la política como posible candidato a la intendencia de Río Gallegos, a la que accedería en septiembre de 1987. Cepernic

comentaba que se trataba de un político a temer y con mucho futuro, y que había militado en la JP (Regionales). Recordaba la audacia con la que estaba recolectando dinero, mediante las ejecuciones de créditos producto de hipotecas y prendas. En este caso, parece confirmarse que, además del entorno, los genes son claves a la hora de constituir la personalidad de cualquier persona. El abuelo de Néstor, Carlos, solía gastar sus zapatos por las calles santacruceñas golpeando con su bastón, los primeros días de cada mes, la puerta de domicilios varios. Su motivo era reclamar alquileres adeudados y los vencimientos de los préstamos usurarios. Algo semejante haría su nieto pero portando cédulas judiciales.

Los detalles sobre la vida personal de Néstor y Cristina no dejan de tener importancia. Pero más valioso aun, para comprender la realidad actual, son las características de su gobierno en la provincia de Santa Cruz. Buena parte de los resultados alcanzados en el ejercicio del gobierno nacional, tienen que ver con un «estilo» de gobierno. Este les permitiría mantenerlo y ejercerlo con una fortaleza de la que existen pocos antecedentes en nuestra historia, lo cual es demostrativo de la voluntad política de poder que animaba sus actos. Néstor gobernaría esa provincia durante doce años, desde 1991 hasta su llegada a la presidencia en 2003. Eso fue posible mediante dos reformas constitucionales, una en 1994 —mediante el voto de la Legislatura— y la otra en 1998, a través de una consulta popular. La última aprobaría un régimen de reelección indefinida, criterio bastante común en los regímenes donde prima el parlamentarismo aunque menos común en los sistemas presidencialistas. La reelección indefinida aprobada en Santa Cruz tenía antecedentes. Ya lo habían hecho otras provincias: La Rioja (1986), San Luis (1987) y Catamarca (1988). En el año 2003, Formosa se había sumado a las provincias con reelección indefinida de sus gobernadores. En 2006 una nueva fiebre de reeleccionismo indefinido se empezaría a desplegar en el panorama nacional. No caben dudas de que contaba con el beneplácito de la Casa Rosada.

Las campañas marchaban sobre ruedas hasta que llegó la hora de un plebiscito en Misiones. Un frente electoral encabezado por el obispo Joaquín Piña terminó enterrando mucho más que los sueños del gobernador misionero Carlos Rovira. Para tomar distancia de ese fracaso, el propio presidente Kirchner advirtió a Felipe Solá y Eduardo Fellner, gobernadores de Buenos Aires y Jujuy respectivamente, que debían cesar en las campañas de reelección indefinida en las que estaban embarcados. Otras facetas de ese particular «estilo» que Néstor trasladaría a la Casa Rosada lo constituyen la relación con la prensa (medios); el aprovechamiento de la crisis institucional y del escaso peso

y valor de una proclamada división de poderes; el control total sobre el sistema estatal (gobernados); la captación y aseguramiento de recursos para ampliar y reproducir su poder.

En fecha reciente, el diputado Rafael Flores (MC), un compinche de militancia universitaria, durante muchos años fuerte aliado político y actualmente adversario en el mismo aspecto, decía:

> Es que los K no pueden explicar su patrimonio pero esto en parte gracias a que durante años se dedicaron a protegerlo en Santa Cruz. Colonizaron la justicia de la provincia. Su poder se construía sobre ciertas patas, el control de la justicia, el silenciamiento de la prensa y el manejo del sector público. (270)

Al final del mismo reportaje, relata un incidente tribunalicio con Cristina, que describe uno de los temas más cuestionados en relación con los Kirchner y de mayor importancia en «la política» de estos tiempos. Flores recuerda que

> Ellos querían rematar una casa a una señora que ya había sido embargada, le dije a Cristina al cruzármela en un pasillo de los tribunales: «A Uds. les va bien, trabajan bien, ¿para qué hacen estas cosas?», a lo que ella contestó: «Porque nosotros vamos a hacer política, y para hacer política se necesita plata». (271)

Esta afirmación de Cristina, reiteradamente manifestada por Néstor a sus más cercanos, define muchas cuestiones. Esto también da cuenta de la infinita cantidad de hipocresías que tiene la dirigencia política al abordar esta cuestión. En este sentido es conveniente volver sobre un tema ya mencionado, (272) el financiamiento de la política no es una cuestión menor: el criterio que se adopte *da cuenta de la realidad histórica de ese momento* y del *tipo de poder que se está construyendo*.

Ya hemos descripto de qué forma financiábamos nuestra actividad política en los años setenta. Aquellos tiempos de violentas confrontaciones y las perspectivas de cambios revolucionarios estaban en la raíz de aquellas metodologías. Las «recuperaciones de recursos económicos» se complementaban con otras formas adecuadas a esos momentos y al fuerte compromiso con la militancia asumida. Fueron manifestaciones de este criterio: la socialización de bienes e ingresos y los aportes del trabajo personal para sostener la propia militancia.

Del mismo modo, los partidos tradicionales —en definitiva, sostenedores del sistema— no tienen empacho en financiarse con los sectores (empresariales) beneficiarios de esta situación. Estos hacen sus aportes, una «inversión» que, en la mayoría de los casos, produce una elevada «renta», la que forma parte de la corrupción estructural del sistema. La mayoría de la dirigencia política está asociada a este

sistema y su «trabajo» es bien retribuido. Una parte «por derecha», con buenos sueldos y privilegios institucionales. Otra, por «izquierda», con las «comisiones» por los fondos que atrae o por las medidas que sanciona o ejecuta en beneficio de estos «benefactores».

Esas señaladas prácticas económicas de Néstor y Cristina y del kirchnerismo originario no son ajenas al sistema de poder que supieron construir y en el que mejor se han movido.

Estas concepciones están cercanas a lo que el alemán Max Weber, en las sociedades precapitalistas, definía como *régimen patrimonialista*.* Allí ocupa un rol relevante la planificada confusión entre lo personal y lo estatal. Esto se da particularmente en lo económico, pero se expande en otras direcciones. Esta es una de las claves para entender el poder alcanzado y desarrollado por el kirchnerismo. Toda la relación entre la figura máxima del Poder Ejecutivo con el resto de los poderes del Estado, con los funcionarios, con la prensa y con la sociedad, está impregnada de esa modalidad. Desde este punto de vista, los otros poderes estatales (Legislativo y Judicial), más allá de debilidades y negativas características intrínsecas e históricamente construidas, son vistos como instrumentos a doblegar. En los funcionarios se desarrolla la idea de «servidores» del poder, por encima de la tradicional y atávica carrera burocrática. Ni una ni otra calidad han logrado instalar masivamente el carácter invocado de «servidores públicos».

No es casual que la principal batalla emprendida esté dirigida contra la prensa. En los tiempos que corren, la prensa —en sus expresiones concentradas— ha dejado de ser un aspecto dependiente del sistema de poder para transformarse en constructora, legitimadora y manifestación pública de dicho sistema. Con ella se despliegan dos tipos de contradicciones. Una vinculada a una natural competencia por el poder con quienes lo conciben desde esta óptica patrimonialista. El otro aspecto contradictorio está atado a que ese tipo de prensa es refractario a todo cambio en el sistema no promovido por ellos, porque eso cuestiona su propio poder. Ello justifica que, legítima y saludablemente, la prensa del régimen intente ser desmonopolizada y debilitada. Pero esta misma concepción estatal fortalece a los medios propios, los que expresan la voluntad personal/estatal del Ejecutivo. Más allá de su discurso, también crea las condiciones para que la prensa alternativa, que expresa a las construcciones hechas desde y por el pueblo y que se manifiesta por fuera de esa voluntad de poder, sea desconsiderada.

Uno de los aspectos centrales de esta visión está referido a las relaciones entre este sistema de poder y la sociedad. La sociedad, sus cuerpos orgánicos y sus integrantes individuales aparecen como

subordinados. La tendencia predominante es que estos diferentes tipos de actores sociales no tienen espacio para desplegarse como protagonistas sino como espectadores de los fenómenos que acontecen. Independientemente de la justicia o injusticia del contenido que subyace en estas relaciones, ellas constituyen por sí mismas un rasgo característico del gobierno. Lo dicho es particularmente notorio en los movimientos sociales cooptados por el oficialismo. Estos, en ese proceso, han ido perdiendo la autonomía y libertad, para ejercer en plenitud la defensa de los intereses de sus representados, lo cual le ha restado potencialidad, inclusive, a buenas medidas de gobierno.

La debilidad social de los cambios operados, con escasa participación de sus actores, nos ubica ante el riesgo de que los propios avances producidos con seguridad dejen una justa estela cultural pero, posiblemente, muchos de ellos serán débiles para sostenerse ante la preeminencia de otros vientos. Positivas medidas adoptadas desde la discrecionalidad del poder legitiman al gobierno, su continuidad y reproducción personal, pero no le dan la suficiente consistencia a la construcción de una nueva cultura política y organización social que garantice su permanencia y profundización, más allá de la vigencia de sus personeros. Todos estos acontecimientos tienen su arraigo en las concepciones señaladas, pero también hay que inscribirlas en la larga tradición de nuestros pueblos profundamente identificados con liderazgos fundados en el caudillismo que se enraíza en el fondo de nuestra historia patria.

Las modalidades expuestas tienen que ver con el *estilo kirchnerista*. Ese fue el «estilo» utilizado por Néstor Kirchner en los doce años como gobernador de Santa Cruz, y era obvio que intentaría trasladarlo a escala nacional. En lo personal, creí que le sería difícil aplicarlo: una cosa era gobernar un distrito que no llegaba al medio millón de habitantes y otra hacerlo con una sociedad mucho más compleja y que supera los cuarenta millones. Sin embargo, ya veremos más adelante cómo el estado de zozobra económico social manifestado en los acontecimientos de diciembre de 2001, instrumentado por la fortaleza de la voluntad política gubernamental, le permitió ejecutarlo. En una línea opuesta a la de Menem, impulsaría en Santa Cruz una serie de inversiones públicas, a contramano de la tendencia privatizadora que imperaba en el gobierno nacional. Todo ello sin cuestionar el principio neoliberal que hizo que las «empresas públicas», cuyo objetivo es el servicio público, se transformaran en «empresas del Estado», donde su misión es la ganancia. Ello le dio el tinte de un gobierno de centroizquierda, consolidado con encuentros que promovieron la figura de Néstor a través del «Grupo Calafate». No obstante ello sería uno de

los adalides de la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Hay un registro fílmico del día en que se aprobó la privatización de la empresa petrolera estatal que exime de mayores comentarios. Allí se observa a Alberto Pierri (presidente de la Cámara de Diputados), a la caza de un diputado que le permitiera alcanzar el quórum y aprobar la privatización, hasta que el bloque del Partido Justicialista aplaude —de pie— la entrada del diputado Rafael Flores, enyesado y en una silla de ruedas empujada por el mismísimo gobernador Néstor Kirchner. El avión sanitario de la provincia de Santa Cruz había hecho posible su presencia. (273) Oscar Parrilli, secretario general de la Presidencia desde el mismo día en que asumiera Néstor, el 25 de mayo de 2003, hasta la actualidad, sería el miembro informante de la Comisión respectiva, promoviendo la privatización. Estos hechos fueron parte de un acuerdo con Menem, que encontraba resistencias a la privatización en el propio bloque justicialista, y tienen su antecedente en un acuerdo que se había oficializado un año antes, el 30 de agosto de 1991. Allí, mediante un «Acta de conciliación», el gobierno nacional le «reconoce —a la provincia de Santa Cruz— una deuda por regalías mal liquidadas» por 480 millones de dólares. Ese monto se elevó en 1993 a 654 millones, que la Nación le entregaría a esa provincia. Ese dinero tuvo un largo peregrinar en medio del definido modelo «patrimonialista» de sus administradores. Lo más llamativo es que ese «reconocimiento» estaba subordinado a la sanción de una ley que privatizaba YPF, especificando que si así no ocurriera «Quedará sin valor y efecto alguno, y no podrá ser invocado como antecedente de ninguna especie» (!!!). (274) Con posterioridad, el 22 de septiembre de 1992, Kirchner como presidente de la Organización Federal de Estados Productores de Hidrocarburos (OFEPHI) donde concurrían las provincias de Chubut, Formosa, Jujuy, La Pampa, Mendoza, Neuquén, Salta y Santa Cruz, ofrecería una conferencia de prensa donde planteó el unánime apoyo de las provincias petroleras a la privatización de YPF. Todo ello sería recogido por diversos medios de prensa en sus ediciones del día siguiente, cuando se votaba la ley de privatización en el Parlamento. (275) Años más tarde, el mismo Kirchner desde el Salón Sur de la Casa Rosada, recibiendo el complaciente aplauso de Parrilli, diría: «Sabemos el genocidio que pasó nuestra industria petrolera, la increíble privatización [...]. Si YPF hubiera quedado en manos nuestras estaríamos recaudando [...] entre 20 y 25 y hasta 30.000 millones de dólares por año». (276)

En lo que respecta a la señalada relación con la sociedad, los primeros años del kirchnerismo se destacaron, en la búsqueda de mantener la gobernabilidad, por restablecer el poder de los barones (caudillos) del

conurbano bonaerense. Ese poder había sido deteriorado por los sucesos iniciados a fines de 2001 y tuvieron una continuidad durante varios meses de 2002.

En ese período, la pérdida de fuerzas de los poderes de los «punteros del pejota» iría derivando hacia otras formas de organización. Lamentablemente la mayoría de ellas se fue agotando en la lucha por reivindicaciones inmediatas de tipo economicista. La rápida descomposición de la mayoría de las experiencias asamblearias, la indiferencia de las organizaciones sindicales de trabajadores, la incapacidad de quienes tuvimos alguna responsabilidad en la organización de esos sectores emergentes y las políticas estatales, procurando un nuevo equilibrio del conjunto institucional, dieron sus frutos. Los excluidos, que parecían querer ocupar su lugar en el escenario social y político, quedaron aislados. Fueron reabsorbidos por diferentes políticas institucionales y nuevamente reapareció el clientelismo de la partidocracia punteril. Con el paso del tiempo esta política de los aparatos locales entraría en franca competencia con varias políticas estatales provenientes del orden nacional. Ante la ausencia de una fuerza política nacional que condujera aquellas rebeldías hacia transformaciones más profundas, el gobierno pudo ir apropiándose de algunas de esas consignas y sobre esa formulación, constituir las bases de una nueva gobernabilidad.

Las relaciones con el gobierno «K», en sus inicios

Ya se ha considerado cómo en los doce años de gobierno, en la provincia de Santa Cruz el kirchnerismo construyó la matriz del «estilo» aplicado a la forma de ejercer la administración pública. En los diez años de ejercicio del gobierno nacional, dicha matriz ha sido escrupulosamente resguardada y efectivamente ejecutada. En cuanto al contenido, tendencias y orientaciones de las medidas tomadas, algunas de ellas ya fueron ensayadas en el limitado ámbito de la provincia patagónica. Sin embargo su real dimensión la podemos verificar en su aplicación nacional.

Por todo lo que ya se ha dicho era una obviedad que el gobierno de Néstor Kirchner se debía mover entre una presión tendiente a recrear la gobernabilidad del sistema y otra orientada a responder las demandas de aquel «¡Que se vayan todos!» de diciembre de 2001. Haciendo alarde de una gran capacidad de adaptación a las circunstancias en medio de las cuales debía gobernar, mientras procuraba estabilizar el funcionamiento del sistema buscó y logró tener una cierta identificación como «gobierno montonero». Su pertenencia a la

Juventud Universitaria Peronista, la incorporación al gobierno de algunos militantes «setentistas» más algunos aspectos de su discurso y medidas anunciadas, le permitieron transitar esa confusión. Esta se manifestaba en dos aspectos que se potenciaban simétricamente: para algunos sectores populares, incluida una franja importante de militantes «setentistas», ese gobierno hacía lo que «correspondía y se podía» en esos tiempos. Para los más recalcitrantemente gorilas y reaccionarios, la sanción a los militares responsables de la represión y algunas medidas populares eran una muestra del carácter «montonero» del gobierno. La realidad efectiva de lo que ha venido haciendo no parece corresponderse a esta caracterización proveniente de extremos opuestos.

Kirchner habló en el acto de asunción, ante la Asamblea Legislativa el 25 de mayo de 2003, donde fueron delineadas las tendencias de su discurso político. En esa oportunidad sostuvo que:

> En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente [...]. Sabemos que el mercado organiza económicamente, pero no articula socialmente, debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona. Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, la salud y la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno, [...] a la Constitución hay que leerla completa. La seguridad jurídica debe ser para todos, no solamente para los que tienen poder o dinero [...]. La impunidad es un cáncer que corroe la salud de la democracia. La gobernabilidad de la democracia no significa hacer apología de la corrupción e impunidad. (277)

Sobre esos principios se daría a la tarea de lo que él denominó «salir del infierno». Ello significaba que la política, el gobierno y las instituciones volvieran a ser aceptadas o, por lo menos, toleradas por el pueblo. De esa manera recogería banderas que la lucha del pueblo había enarbolado y el sistema pagaría el precio de algunas concesiones para darle continuidad a la gobernabilidad de la sociedad. Esas eran las claves de los tiempos que vendrían.

En ese marco debatíamos con algunos compañeros de organizaciones sociales acerca de la posibilidad de dar algunos pasos en dirección a fortalecer algunas políticas que, favoreciendo a los sectores populares, sentaran las bases para cambios más profundos. Para el 26 de julio de ese año, desde el Movimiento Evita, Peronismo Militante y la OLP decidimos hacer —recordando el fallecimiento de Evita— una marcha

desde Callao y Corrientes hasta la sede del Ministerio de Desarrollo Social. Fue una movida cercana a la asunción de Kirchner, el 25 de mayo, y de apoyo al gobierno en la que participaron entre seis y siete mil compañeros. Pocos días después comenzaron a manifestarse diferencias entre quienes la habíamos convocado, dado que no lográbamos sintetizar los mecanismos de organización territorial que algunos estábamos formulando. Sólo un par de semanas más tarde, para mí, los acontecimientos tomarían otros rumbos.

El juez federal Claudio Bonadío ordenó detener a Mario Eduardo Firmenich, Fernando Vaca Narvaja y a mí. La causa invocada era la responsabilidad por la desaparición o asesinato —a mano de los militares— de un grupo de compañeros que había ingresado al país, en los primeros meses de 1980. Los mismos formaban parte de la lucha contra la dictadura militar, en el marco de lo que es conocido como «la Contraofensiva», y se nos imputaba tal responsabilidad por la función de mando que teníamos dentro de Montoneros. La principal endeblez de la acusación era que cada uno y todos los compañeros ingresaron por decisión y voluntad propia. Desechada la acusación de «botoneada» que nadie formuló, obviamente no se nos podía acusar por convocar a luchar contra la dictadura. Esta resolución del juez Bonadío se efectuaría solo un par de días después del debate parlamentario para declarar la nulidad de las leyes 23.492/1986 de «Punto Final» y 23.521/1987 de «Obediencia Debida» propuestas por el presidente Alfonsín, luego de los sucesos protagonizados por los «carapintadas». Finalmente esas normas fueros anuladas por la ley 25.779, sancionada en el mes de agosto de aquel 2003. No tengo constancia si esta decisión de Bonadío fue el fruto de su propia cosecha o si hubo algún guiño de algún otro poder estatal. Pero sí recuerdo que en los días previos a la orden de detención concurrió a un programa radial del doctor Nelson Castro el jefe de Gabinete, el doctor Alberto Fernández. Ante una pregunta del conductor del programa respecto de si no le parecía que debían ser juzgados «ambos bandos» intervinientes en aquellos sucesos, el jefe de Gabinete respondió: «Naturalmente, debería ser así». De una u otra manera, volvía a repetirse el conocido esquema de la «teoría de los dos demonios» aplicado desde la época de Alfonsín y Menem.

Junto con Vaca Narvaja fuimos detenidos. Permanecimos en ese carácter algo más de dos meses, hasta que una instancia judicial superior ordenara nuestra libertad e investigación de la conducta del juez Bonadío. Es probable que alguien (o algunos) quisiera probar hasta dónde podían llegar en la persecución a los militantes de los años setenta. La respuesta de la mayor parte de los antiguos compañeros y de la nueva militancia, más allá de críticas y diferencias existentes, no

dejó una brecha para un intento de esta naturaleza. Es por ello que la alegría al salir de aquel encierro no era solo y —tal vez— ni siquiera principalmente por la libertad readquirida. Siempre tuve la convicción de que lo principal de aquella solidaridad desplegada no estaba dirigida a nosotros sino al respeto y reconocimiento propio, del conjunto de aquella militancia, hacia sí misma.

Ya en libertad y ante un cúmulo de versiones existentes, a través de un viejo compañero le solicité a Néstor Kirchner que indicara con quién podía conversar para esclarecer nuestras posiciones. Respondió que hablara con Oscar Parrilli. En ese carácter mantuve varias reuniones. En ellas debatimos acerca de algunas orientaciones del gobierno y nuestras propuestas. El eje central del planteo que se expresó allí giró en torno a la necesidad de formular la idea de un proyecto político social, y en torno al mismo reunir la fuerza propia y alianzas necesarias. También le fue planteada la conveniencia de un instrumento organizativo que facilitara la organización del pueblo, contando con la premisa de que el partido electoral no era el medio apropiado para esos fines. Como una cuestión elemental se planteó la imposibilidad de avanzar en la construcción de una democracia real con millones de excluidos de la vida económica y social, lo que caracterizaba aquellas circunstancias.

En esas particulares condiciones, donde había un amplio espectro de desocupados —muchos de los cuales venían de una reciente experiencia laboral—, el aspecto principal de la propuesta consistía en la puesta en marcha de una economía social, comunitaria, basada en una planificación estatal, con una organización y ejecución de características autogestionarias. Esta se podría construir por fuera y a la par de la economía tradicional, contando para ello con una estructura institucional propia. Los sectores tradicionales de la economía mantendrían su organización y actuales vínculos estatales, aportando al conjunto mediante un régimen de retenciones, cuestión que ya se venía instrumentando en algunos rubros. Esta propuesta se pondría en marcha sobre la base de los recursos estatales destinados a emprendimientos que tuvieran sustentabilidad, de acuerdo a la planificación y previsión estatal. Para fortalecer la organización productiva, los jóvenes vinculados a los sectores medios podrían incorporarse a estas nuevas formas asociativas. Su tarea sería apoyarlas en materia de transferencia de tecnología, asistencia técnica, administración, gestión y planificación empresarial. Por un tiempo determinado lo podrían hacer mediante contratos de organismos estatales (INTI, INTA, SENASA) o pasantías universitarias. Más adelante, quienes mejor se fueran integrando podrían pasar a formar

parte de alguno de esos emprendimientos. Otros continuarían con sus planes de apoyo o se orientarían a la actividad privada. La producción de bienes y servicios de estos sectores trataría de ser absorbida por un ente de planificación estatal, siempre que cumpliera con los requisitos del respectivo protocolo. Ello permitiría mantener vivo un sistema de créditos rotativos. A partir de una respuesta al tema laboral, el Estado podría complementar esta actividad con planes de educación, salud y vivienda.

La puesta en práctica de esta propuesta permitiría, en unos pocos años, varios cambios significativos. Nuevamente, de un modo semejante al del período 1945-1955 aunque bajo condiciones distintas, se podría poner en marcha una nueva política de acumulación económica, social y política, en manos de los sectores populares. Se incorporarían al trabajo millones de argentinos, hasta ese momento excluidos. Con las actividades complementarias se podría asegurar su integración a una vida futura digna y participativa. Desde el punto de vista económico se lograría, en algunos años, que una buena parte de la producción estuviera en manos no tradicionales. A partir de allí se estaría en condiciones de enfrentar, con mayores posibilidades, a las concentradas fuerzas económicas del sistema. Junto a esta propuesta cuestionamos las políticas asistencialistas en boga. Advertimos que de todas maneras lucharíamos para que ellas llegaran, con la mayor independencia posible, a los sectores que las necesitaban.

Tampoco acordamos con el criterio que nos fuera trasmitido en el sentido de que el vínculo entre la conducción política y «la gente» (como solían decir) debía ser directo, utilizando los medios de prensa. En esa idea había dos problemas. Esto le restaba fuerza a la organización popular y conducía inequívocamente a un sistema políticamente débil, por carencia de una fuerza popular organizada pues estaba basado en una concepción donde se consideraba al pueblo y sus organizaciones como un objeto pasivo. Podrían darse buenas, malas o regulares políticas estatales, pero lo que nunca podría existir sería protagonismo y participación del pueblo organizado. Sé que la propuesta y estas ideas llegaron al destinatario, pero nunca se ejecutaron. Esto haría que progresivamente nos fuéramos alejando del gobierno, y confrontando con variadas políticas del mismo.

Gobierno «nacional y popular»: neodesarrollismo y sujetos sociales

Desde sus inicios el gobierno se ha autodefinido como «nacional y popular». La política de derechos humanos, concentrada en la sanción a los genocidas y responsables de delitos de lesa humanidad cometidos

por militares involucrados en la represión instaurada después del golpe de 1976, fue una de las claves de su política. Esta limitación en la reivindicación de los derechos humanos llega —prácticamente— hasta nuestros días. Recién en los últimos tiempos dicha responsabilidad comienza a ser extendida a civiles, algunos de los cuales aparecen vinculados a los grupos de poder económico. Se trata de una reivindicación que diferentes sectores populares vienen sosteniendo desde los tiempos en que reinaba el terrorismo de Estado. No ha existido la misma voluntad estatal para integrar a la defensa de las políticas de derechos humanos, las actuales violaciones de estos. Ello ha sido limitado con respecto a la actividad represiva del Estado e imposible en lo que tiene que ver con su vigencia en materia socioeconómica.

Un progresivo acercamiento a la «nueva camada» de presidentes suramericanos (Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, Luiz Inácio «Lula» da Silva, Michelle Bachelet; más recientemente, Dilma Rousseff y Fernando Lugo y, por último, José «Pepe» Mujica) permitiría notorios avances del gobierno en la elaboración de una política con un carácter más propio y específico de la región. Los acuerdos para «enterrar» al ALCA (Mar del Plata, 2005) y el avance de UNASUR pueden considerarse como las más altas expresiones de la misma.

La herencia recibida, que el «Modelo» debía revertir, se caracterizaba por una elevada deuda externa e índices de desocupación, pobreza y marginación social, que eran uno de los más altos de nuestra historia. La política de inclusión estuvo concentrada en una fuerte política asistencialista, indispensable para los momentos de crisis, aunque se fuera revelando insuficiente para sostener una efectiva política de integración y participación social. Esta resulta imprescindible para sentar las bases o construir la fuerza que permita iniciar los pasos de un proyecto social y político de naturaleza distinta. En esa misma dirección de inclusión se pueden inscribir las políticas vinculadas al régimen jubilatorio. Se ha masificado (más del 90%) la cobertura, al mismo tiempo una inmensa mayoría (75%) de los beneficiarios percibe el haber mínimo y las sentencias judiciales impagas son una carga estatal que no para de crecer. Sobre este mismo tema, la estatización de los recursos de las AFJP constituye una de las medidas más importantes, dado que coloca a un volumen importante de recursos al servicio de las políticas estatales. El riesgo que ciertamente conlleva está vinculado a la tradicional política del «vaciamiento» de dichas «cajas», situación que puede volver a repetirse.

Con aquella definición de «nacional y popular», el gobierno atendía a la perspectiva de considerarse como la continuidad o superación del

peronismo como movimiento popular. A esa definición le atribuyeron algunas connotaciones que es importante destacar. Ello sería, una y otra vez, ratificado en los discursos oficiales. No hubo excepciones en reivindicar la necesidad de construir un «capitalismo serio». Ello significaba abandonar el capitalismo financiero, cuestión no confirmada en la práctica, instaurado desde mediados de los años setenta y que implosionara en el año 2001, para pasar a un capitalismo productivo. Pero también era dejar de lado el tradicional discurso peronista sobre la «Tercera Posición», que procuraba diferenciarlo del capitalismo y el comunismo.

Néstor Kirchner, ya en la presidencia, procuraría darle una impronta propia a la continuidad de las medidas económicas —de tinte neodesarrollista— que había iniciado el gobierno del Duhalde, con Roberto Lavagna en el Ministerio de Economía. Este neodesarrollismo se caracterizaba por constituir:

> La avanzada regional de una concepción que está ganando terreno en varios países latinoamericanos, ante el creciente desprestigio del neoliberalismo [...] A diferencia del viejo desarrollismo, sus promotores actuales subordinan la industrialización a la exportación de bienes primarios y no canalizan la renta captada por el Estado, hacia el desarrollo de empresas públicas. Tampoco jerarquizan el mercado interno y aceptan la reinserción pasiva de América Latina como proveedor internacional de minerales, alimentos o combustible. (278)

Las políticas del gobierno, impregnadas de este neodesarrollismo, no tienen la suficiente voluntad política para cambiar la matriz productiva, la política de ingresos y nuestra inserción en la economía mundial. Este tema nos lleva de la mano a considerar las características y evolución de los sujetos sociales protagonistas del actual proceso.

La explícita renuncia a la producción estatal practicada por Néstor y reivindicada públicamente por Cristina, al afirmar que «tampoco creemos en el Estado empresario», (279) dejó al promocionado proceso de sustitución de importaciones en manos de los sectores empresariales amigos del gobierno o directamente vinculados a las empresas extranjeras. Más adelante, se verá la aparición de una tendencia que insinúa modificar algunos aspectos de estas políticas. Sobre la influencia negativa de las empresas extranjeras no hace falta explayarse.

La cuestión de fondo es que se intentó construir, contra natura, una «burguesía nacional» cuando los aspectos principales de nuestra economía habían sido articulados e integrados al sistema trasnacionalizado. Parecían olvidarse de las observaciones formuladas largo tiempo atrás. Ya en los años setenta, cuando la economía estaba

mucho menos globalizada, este debate había cobrado vuelo. Pedro Paz, entre otros, rechazaba la posibilidad de una alianza de los trabajadores con una «burguesía nacionalista», como basamento de una nueva hegemonía social y política. Esas ideas, más adelante (1985), serían publicadas en el libro *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz. Allí se sostiene que en nuestras economías dependientes, la acumulación central debía darse en el Estado y no en las debilitadas burguesías nativas. (280) Se pretendió modificar esa situación mediante la transferencia de importantes recursos estatales a estos grupos. Licitaciones ad hoc, beneficiosos contratos y una vasta red de subsidios fueron los principales mecanismos utilizados. La firma del ministro de Planificación Federal Julio de Vido, siguiendo instrucciones presidenciales, fue la forma efectiva para producir la mayor parte de esta planificada transferencia de ingresos. Los fondos terminaron abultando algunas carteras y muchas veces terminaron su periplo fuera del país.

Con respecto a esta *burguesía de amigos*, se manifiesta en esa línea muy difusa que separa la economía estatal, la privada de los amigos del poder y los intereses personales. Aquí no se trata solamente de un problema ético o moral, sino de la errada y comprobada decisión de considerarlos como un componente sustancial del «modelo nacional y popular». El peronismo histórico llevó adelante una «alianza» entre los trabajadores organizados y las pymes. Esta sería expresada en el período que fuera de 1945 a 1955 por la presencia de Miguel Miranda (ministro de Hacienda, presidente del Banco Central y del IAPI) y en la etapa de 1973 a 1975 por el acuerdo con la CGE, a cuya construcción había contribuido José Ber Gelbard (ministro de Economía). Ambas expresiones de dicha alianza, al cabo de un cierto tiempo, encontrarían su techo y demostrarían sus limitaciones. En lugar de superarlas —con mayor presencia estatal y con organización y poder de los propios trabajadores— se pretendió reemplazarla por otra.

Desde los primeros tiempos de su gobierno, Néstor Kirchner solía comentar a sus contertulios que aquella alianza había sido un error de Perón. Acostumbraba a completar ese pensamiento aclarando que esa alianza debía hacerse con el «gran capital nacional». Kirchner se puso al frente de esa alianza de la que sacaría jugosos beneficios un pequeño núcleo de personas y empresas imbricadas de manera económica, política y personal con el propio Néstor. Paolo Rocca (Techint); Enrique Ezkenazi (Grupo Petersen); Jorge Brito (Banco Macro); el multifacético Eduardo Eurnekian; Marcelo Mindlin (Pampa Holding); Cristóbal López (OIL, casinos, tragamonedas); Gerardo Ferreyra (Electroingeniería);

Mario y Claudio Cirigliano (Grupo Plaza, Cometrans); Lázaro Báez (Constructora Kank y Costillas, Austral agro y construcciones); Los Grobocopatel; Aldo Roggio (Grupo Roggio) y Gabriel Romero (EMEPA) y en dupla titulares de Metrovías, Ferrovías, UGOMS; la familia Werthein (Telecom, La Caja); Franco Macri y sus intermediaciones con China; Roberto Urquía (empresa ferroviaria Nuevo Central Argentino, aceitera General Deheza); Sergio Spolsky (Grupo Veintitrés y otros vinculados al sistema comunicacional); Eduardo Elsztain (IRSA, CRESUD, Banco Hipotecario); son algunos de esos nombres y empresas —los más significativos— que fueron parte de ese modelo de construcción económica del poder. En varios casos, su privilegiada presencia no sería constante y lineal. Hubo altas y bajas que se hicieron visibles y se desarrollaron según las variantes sufridas en su relación personal, empresarial y política con quienes detentaban la administración del poder estatal.

En su esencia, el actual «Modelo» se trata de un proceso que ha consolidado la tendencia a la concentración y extranjerización de nuestra economía. Miguel Calvete, hasta hace poco secretario general de la Cámara de Autoservicios y Supermercados chinos (CASRECH) sostiene que:

> El mercado de producción de alimentos se concentra en 28 empresas, de las que 26 son multinacionales y las 2 restantes de origen argentino aunque también con una fuerte internacionalización (Arcor y Molinos). De las referencias que existen en las góndolas, el 74% pertenecen a estos grupos económicos, desarrollados con el correr de los años noventa. (281)

Siguiendo una tendencia semejante, ha ido avanzando el proceso de extranjerización:

> En 1995, de las 500 principales empresas, 252 eran extranjeras y 248 nacionales. En 2009, 324 eran extranjeras y 176 nacionales. En el período 1993-2009 tuvo lugar un aumento significativo en la extranjerización de la cúpula empresaria. Si bien este proceso asumió una notable intensidad en la década de 1990, en el transcurso de la postconvertibilidad se ha asistido a la consolidación estructural de los actores foráneos. Tal es así que durante el período 1993-2001 la facturación de las empresas trasnacionales representó, en promedio, el 40,9% de las ventas totales de la elite, mientras que en 2003-2009 significó alrededor del 60%. (282)

En materia industrial, resulta claro que se ha avanzado en un proceso de reindustrialización, algo que se manifiesta en los valores absolutos de producción industrial. Ese dato está relativizado por dos cuestiones. El incremento de la producción industrial, acompaña la evolución positiva del PBI. Pero, en términos relativos:

> Las Cuentas Nacionales que publica el Ministerio de Economía indican que frente a una contribución de la industria del 32,5% a la creación de riqueza en un año entre 1993 y 1998, medida por el PBI a pesos constantes, pasó a 30,4% en la crisis de 2002, se recuperó a la porción previa entre 2004 y 2007 y desde entonces declinó hasta 28,4% en la actualidad. (283)

Estos datos no solo evidencian el techo que tiene el actual proceso de reindustrialización sino que explica la continuidad de aspectos importantes de la matriz productiva instalada en los años noventa. Ello ocurrió no obstante cierta reorientación productiva hacia el mercado interno, allí fue donde se produjo el mayor crecimiento. El mismo cubrió las crecientes demandas de los sectores de mayores ingresos, incluyendo entre los mismos a los trabajadores en blanco, particularmente aquellos vinculados a las empresas más concentradas. En dichas empresas se alcanzó la mayor rentabilidad y los mejores salarios. Ello justifica la expresión popular reiteradamente efectuada por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, al referirse a estos sectores empresariales como quienes «en estos años se la llevaron en pala». Esta tendencia, a su vez, profundizaría la fragmentación social de los sectores populares. Tenemos asalariados bajo convenio, con protección social, mejores y aceptables ingresos que ahora empiezan a decaer; asalariados en negro, que rondan el límite de la pobreza; y trabajadores excluidos, integrados al sistema asistencialista. Llegamos a casos donde se presenta una situación en la que, sobre un mismo producto, se dan tres niveles claramente diferenciados de actividad y derechos laborales. Juan Grabois, fundador del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) cita el caso de aspectos vinculados a la industria del papel donde se perciben claramente estos tres niveles. El excluido (cartonero) que lo recoge; el trabajador en negro (galponero) al servicio de un acopiador; y el obrero papelero, con plenos derechos, que lo industrializa. Ratifica que algo semejante se reproduce en otras actividades industriales (textil, agroalimentaria, curtidora) y también en diversas áreas de servicios y el empleo público. (284) Suturar esta fractura social y alcanzar una consecuente distribución del ingreso solo es posible afectando las ganancias del sector empresarial: «Los teóricos neodesarrollistas desconocen este hecho porque mantienen una mirada idílica del capitalismo y suponen que el aliento del lucro es plenamente compatible con mejoras significativas y sustentables de las mayorías populares». (285)

Bajo esas condiciones se supone que los sectores populares deben compartir el modelo, no ya con las pymes de 1945 a 1955 y de 1973 a 1975, sino con esta nueva «gran burguesía nacional» (años atrás definida como los «capitanes de la industria»), que transita los aledaños

del gobierno siendo alimentada por la mano dadivosa del Estado. Este sector y sus socios extranjeros resultan ser los principales beneficiarios del conjunto del «Modelo». Las transferencias de utilidades —de las empresas trasnacionales a sus matrices— duplican, en estos últimos años, a las que se produjeron en igual período durante el menemismo. En la evolución del sector financiero es donde se ha mostrado con mayor vigor la continuidad del modelo de los años noventa. A pesar de las proclamadas «políticas productivistas» es en la acumulación financiera donde se ha manifestado el mayor crecimiento. Esta situación se ha mantenido en estos últimos años, donde hay una clara desaceleración económica que parece no alcanzar al mundo financiero. A un costo muy alto, pagado por toda la sociedad, los bancos fueron «salvados» de la implosión de 2001-2002. El sector bancario forma parte, junto con las mineras y las petroleras, de los sectores que más utilidades han obtenido durante los años del kirchnerismo. Incluso ha pasado a sus manos una buena parte de la renta agraria a través de su financiamiento a los famosos «*pooles* de siembra», una de las claves del fenómeno de la «sojización». Otra de las formas de captación de ganancia de los bancos es la «administración de las cuentas sueldo». Al principio, a partir de cobrar por los servicios de mantenimiento, luego por el dinero depositado que permanece largos días dentro de los bancos y se lo utiliza para los préstamos interbancarios que son los que representan las mayores comisiones. La continuidad de la Ley de Entidades Financieras de los tiempos de la dictadura, el mantenimiento de las polémicas exenciones impositivas, la falta de pago de impuestos a las ganancias (que sí paga buena parte de los asalariados), ni a las transacciones financieras, han hecho de los bancos a uno de los grandes ganadores de este período.

Los planes sociales, esencia del asistencialismo, no nacieron con Kirchner. Este los heredó de aquellos tiempos en que De la Rúa rodaba cuesta abajo y Duhalde marcaba el camino de los tiempos por venir. La Iglesia era una de las instituciones clave para su aprobación y puesta en marcha. Finalmente tomaron forma mientras el pueblo, a fines del año 2001 e inicios del 2002, se sacudía en las calles las broncas acumuladas. Pero antes, en 1996, habían comenzado las primeras manifestaciones de ese asistencialismo, con subsidios de tres a seis meses de duración. Su origen había sido una respuesta al «Cutralcazo», cuando el pueblo resistiera en Neuquén a la privatización de YPF. Si bien sus cifras actuales son difíciles de determinar, se estima que unos ocho millones y medio de personas reciben, de alguna u otra manera, un ingreso vinculado a este concepto. El total de fondos distribuidos anualmente, a través de los mismos, rondaría los veinte mil millones de

pesos. Los hay de las más diversas características: Asignación Universal por Hijo; Programa de Seguridad Alimentaria; Conectar-Igualdad; acciones de Capacitación y Empleo; Plan Argentina Trabaja, por citar algunos. Los ministerios de Desarrollo Social y de Trabajo, Empleo y Seguridad Social son las principales agencias gubernamentales para la distribución de los mismos. El presupuesto del Ministerio de Desarrollo creció, desde el año 2003, un 700 por ciento.

Este mecanismo asistencial forma parte de las baterías de medidas con las que el Banco Mundial pretende hacer negocios y amortiguar los efectos de la pobreza que el propio sistema, por ellos promovido, genera. Por ello no debería extrañar que otra de las fuentes de financiamiento de estas políticas corra por cuenta del mismo. Estos créditos aparecen encubiertos en conceptos como «mercado laboral, protección social, educación y salud», cuando en realidad están destinados a los proyectos de otorgamiento de fondos para asignación universal y capacitaciones del Ministerio de Trabajo. (286) De esta manera se cierra un círculo perfecto. A la pobreza se la amortigua con créditos, que a su vez generan intereses. Estos intereses los pagamos todos, pero fundamentalmente los pobres a través del IVA (impuesto al consumo), pues estos sectores son lo que prácticamente consumen todo lo que reciben. Esa posibilidad de mejorar un poco el consumo se inscribe en las políticas que permiten la concentración de las ventas de productos alimenticios en la pirámide de las empresas más grandes y también favorece al privilegiado sector financiero con la bancarización de los asistidos. El negocio es redondo, funciona bien y se lo suele presentar como «distribución del ingreso». El número de beneficiarios y su continuidad en el tiempo demuestran de qué modo en nuestro país, estos planes sociales —la Asignación Universal por Hijo es el caso simbólico— están a mitad de camino entre las políticas neoliberales focalizadas y destinadas a un segmento particular de la población y las políticas de alcance universal.

En el mismo sentido, su prolongación temporal ha proporcionado sólidos argumentos a la propuesta de algunos compañeros que plantean la posibilidad de transformarlos en algo permanente y universal, como un derecho ciudadano extensible a toda la población. (287) Estas políticas asistencialistas denominadas bajo el nombre de «políticas sociales» son una de las claves de estos tiempos. Forman parte de lo que es reivindicado oficialmente como «distribución de la riqueza» e «inclusión social», cuando en realidad no superan su función sustancial de contribuir a la *contención social*. Su destino es amortiguar los efectos de la miseria generada por el propio sistema para ocultar sus intrínsecas injusticias, hacer digerible el conflicto social y alcanzar el

consenso político necesario para mantener la gobernabilidad. Su carácter asistencialista marca una notoria diferencia con las políticas seguidas por los primeros gobiernos peronistas, que apuntaba a la emancipación y no a la asistencia social.

Aunque esta realidad asistencialista esté bastante lejos de ser un trabajo genuino, muchos de sus «beneficiarios» son considerados como «trabajadores con empleo», ya que nuestras estadísticas los registran de esa manera. Por ejemplo, eso permite que en lugares como Resistencia y Gran Resistencia, donde reside el 40% de la población de la provincia del Chaco, para el INDEC la desocupación sea del 0,4% mientras que la real sería de dos dígitos. (288) Chaco es una provincia con una fuerte desocupación estructural y atravesada por múltiples planes sociales. Los datos del INDEC también se explican por la cantidad de gente que ya no busca trabajo.

Hasta aquí se han enunciado las políticas seguidas hacia los sectores populares y las razones por las cuales se explica el nivel de simpatías que el actual gobierno llegaría a tener entre estos. Ya se ha señalado que el asistencialismo —y no una efectiva y estructural distribución del ingreso— está en la base de lo alcanzado. También se han mencionado los datos según los cuales los sectores más concentrados y extranjerizados han incrementado presencia y ganancias en la distribución de lo producido. Asimismo se ha mencionado la continuidad de los privilegios del sector financiero. Por último cabe recordar el intento por introducir un nuevo sujeto, la denominada «burguesía nacional», en el juego del poder. Su falta de autonomía respecto a las estructuras trasnacionalizadas y la propia debilidad del mercado interno hicieron que este intento, a pesar de los importantes recursos volcados en esa dirección, no alcanzara el éxito esperado.

Durante el último año y al calor de la crisis en los países centrales, algunas cosas comenzaron a cambiar. Aquella dupla «virtuosa» —como se solía decir— de la convergencia de los superávits fiscal y comercial, se quebró. La «burguesía nacional» como protagonista del «Modelo» se reveló —como no podía ser de otra manera— incapaz de cumplir el rol que el gobierno había imaginado. Confusos y contradictorios pasos del gobierno, encubiertos por ambiguas relaciones personales con los protagonistas de aquellos beneficiarios del poder, demostraron que había que otear nuevos caminos. Es difícil saber si el gobierno lo supo o no, si lo quiso o las circunstancias lo fueron imponiendo, pero lo cierto es que se iría abandonando aquel pensamiento que sostenía aquello de «no queremos un Estado empresario». Por momentos, empujados por circunstancias de la realidad, lo cierto es que se han producido mayores presencias estatales en esta materia.

En esa dirección, obviamente, el caso más importante y significativo a pesar de todas sus limitaciones, sería el de YPF, una *empresa estatizada* por la ley 26.741, del 3 de mayo de 2012. Es bueno recordar que, dado que el acto de comercio no ha sido perfeccionado porque no se ha efectivizado el pago respectivo, la situación legal de la empresa no está resuelta. Con ello está abierto el camino para «reclamos, pagos y soluciones» que se cargarán en la cuenta de todos los argentinos. Esta norma fue reglamentada por el decreto 1277 de julio del mismo año a través del «Reglamento del régimen de soberanía hidrocarburífera de la República Argentina». Estas normas le permiten al Estado (nación y provincias) el control del 51% de la empresa. De esta manera se recupera el gerenciamiento y gestión de la explotación de un 15% de nuestros hidrocarburos. Sobre esta base se están produciendo los acuerdos con Chevron (nombre actual de la mítica Standard Oil) y Pan American Energy (PAE) (donde confluyen los intereses de los Bulgheroni con los chinos) para la explotación de los hidrocarburos de enquisto a través del cuestionado método conocido como *fracking*,* todo lo cual oscurece el futuro del sector, por los nuevos socios y los riesgos ambientales de este tipo de explotación que se ha ido prohibiendo en diferentes puntos del planeta. Las condiciones reales bajo las cuales se están celebrando estos convenios aún son poco conocidas.

Después de varios años de holgados superávits comerciales, a partir del desarrollo de la crisis y la continuidad de la llamada «política de desendeudamiento», comenzaron a surgir problemas en materia de divisas. La crisis del capitalismo mundial, totalmente expuesta en Europa, con sus manifestaciones en Brasil y cierto freno en la economía china, aparecen como las causas más inmediatas de un fenómeno históricamente recurrente. Este tiene que ver con nuestro tradicional modelo fuertemente exportador y es complementado por una incontenible «fuga de capitales». En ese marco aparecen medidas restrictivas al manejo de las divisas y se colocan límites a algunos sectores empresariales. La demora en aplicar algunas de esas medidas indica las dificultades que tiene para aplicarlas y los riesgos que las mismas puedan ser tardías e inconducentes.

En el mismo sentido, se han adoptado medidas para que las divisas del sector minero se realicen en el país. Primero, a través del decreto 1722 de octubre de 2011, donde se planteó la obligación de ingresar el conjunto de las divisas correspondientes a la exportación. Por el mismo, Cristina restableció una norma de los tiempos del presidente Arturo Illia, dejando sin efecto disposiciones en contario adoptadas sucesivamente por Carlos Menem, Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner.

Luego, en 2012, el Banco Central introdujo una serie de restricciones para el envío de remesas por ganancias al exterior.

En el sector agrario hay algunos intentos tendientes a cobrar viejas y nuevas deudas tributarias a los grandes grupos exportadores. En esa dirección, cada tanto el Estado recuerda el rol que debería tener y «avisa» a los grandes exportadores que puede llegar a «mejorar» sus sistemas de control para verificar la cantidades exportadas.

Tales intentos, junto a una progresiva disminución de las transferencias de recursos a la burguesía nacional y al intento de acumular divisas y ganancias en el Estado, no están acompañados de una política que fortalezca a los trabajadores y otros sectores populares. Por el contrario, algunas propuestas estatales como la Ley de ART y el nuevo Código Civil, apuntan en la dirección contraria. Se parecen más a políticas de «ajuste» que recaen sobre las espaldas de los trabajadores y los sectores más humildes que sobre el capital concentrado.

Estos hechos se producen de manera paralela al creciente peso de los descuentos por «ganancias» que sufren los trabajadores en blanco, la profundización de la pérdida de ingresos en los trabajadores en negro y al relativo estancamiento de los planes sociales. Todo lo cual se agrava en medio de una inflación que no cesa. Con ello se ratifica el criterio liberal de equiparar a todo «ingreso de dinero», sea por renta o explotación como por contraprestación por trabajo. No es casual que la excepción la constituya la actividad financiera.

El extractivismo: nueva forma de saqueo y dependencia

El actual capitalismo mundializado está en pleno proceso de reconfiguración. Es posible que, como nunca había ocurrido hasta la actualidad, los llamados recursos naturales no renovables —en realidad, nuestros bienes comunes— como la tierra, el agua, los bosques, los minerales, estén padeciendo una brutal depredación. Los países desarrollados carecen de ellos en la medida de las necesidades que la continuidad de su actual modelo productivo demanda. Y siguiendo su tradición de los últimos siglos, están dispuestos a tomarlos donde ellos se encuentren. Esa es también la historia de nuestra América. No son pocos los pueblos que resisten ese saqueo que tiene vastos antecedentes históricos. Nuestro país no es ajeno a este fenómeno. Ya hemos visto de qué modo la «deuda externa», cuyos efectos llegan hasta la actualidad, fue uno de los mecanismos más eficaces para garantizar el sostenimiento de nuestra dependencia. En los tiempos actuales, sin que hayamos terminado con aquel cepo, ese lugar está siendo ocupado por distintas variantes del extractivismo. Con

vista al futuro, probablemente esta cuestión sea el aspecto más negativo de las políticas en curso.

Existen dos cuestiones inherentes al «Modelo» en marcha que están profundamente entrelazadas con nuestra realidad económica actual y al futuro de nuestro pueblo. La minería contaminante a cielo abierto y la agricultura dependiente de los agrotóxicos son las cuestiones que han tomado tal peso en la vida económica que resultan imposibles de ignorar. Es en estos aspectos donde nuestra soberanía padece limitaciones reales que pocas veces logran ser instaladas de modo tal que puedan ser masivamente conocidos. Los mismos medios de prensa que critican ardorosamente al gobierno, muy pocas veces traen referencias sobre las diferentes y principales formas de saqueo que padecemos. Lo que ocurre respecto de la minería es un símbolo de esta situación. Es justo reconocer que el kirchnerismo tampoco es inventor de estas formas de expoliación, lo que no le quita la responsabilidad de su amplificada continuidad. En el caso de Bajo La Alumbrera (Catamarca) la explotación data de 1997. Desde entonces, diariamente, una o dos formaciones ferroviarias con más de cuarenta vagones con una capacidad de 35 toneladas cada uno, transportan un «caldo» desde las proximidades de Tucumán hasta un puerto cercano a Rosario y de allí a Canadá. En ese «caldo», que un ducto trae desde la mina hasta una estación ferroviaria en las cercanías de Tucumán, van mucho más productos que los declarados para pagar el canon respectivo, consumando así la depredación al medio ambiente y la estafa al erario público.

En 1994, el menemismo logró modificar la Constitución para permitir la reelección de Menem. Además del «reparto de favores» con la oposición radical, se aseguró el apoyo de los caudillos provinciales mediante una cláusula por la cual «provincializó» los bienes comunes. Hasta allí, esos bienes eran considerados nacionales. En la Constitución peronista de 1949 en su artículo 40º, además fueron proclamados como «propiedad imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto que se convendrá con las provincias». Sobre la base de dicha reforma constitucional y las disposiciones emanadas de una nueva legislación minera se crearían las condiciones para el saqueo de estos bienes y la depredación ambiental que hoy padecemos. El artículo 9º del Código Minero establece que «El Estado no puede explotar ni disponer de las minas». En ese marco, la cordillera de los Andes, donde se encuentran las principales reservas mineras, se transformó en una zona que pasaría a constituirse en un preciado botín para la rapacidad de grandes empresas.

En el año 2000 se aprobó por la ley 25.243, el «Tratado de

complementación minera argentino-chileno». Entre sus objetivos está el de «crear una suerte de 'Estado virtual' dentro de los límites territoriales de los dos Estados mediante lo que llaman 'Área de Operaciones' que está bajo la órbita administrativa e incluso militar de las corporaciones y por último levantar las restricciones a la propiedad extranjera en zonas limítrofes». (289) Por eso no es de extrañar lo ocurrido en el año 2010, con motivo del simbólico y tradicional «Cruce de los Andes» que se realiza anualmente desde la provincia de San Juan. En esa oportunidad, celebrando el Bicentenario, junto a la bandera argentina que portaba el gobernador sanjuanino y la chilena alzada por un oficial del Ejército de ese país, había una tercera bandera. Era la de Canadá y la llevaba el señor embajador de ese país, invitado por el gobernador sanjuanino, José Luis Gioja. No hace falta agregar que Barrick Gold, principal empresa minera con explotaciones en dicha zona, tiene la nacionalidad de esa bandera. (290) Todo ello justifica lo que se viene sosteniendo en el sentido de que «es un tercer país [...]. No hay aduanas chilenas ni argentinas, no hay fuerzas armadas, ni Gendarmería, ni Carabineros. Allí el poder de policía lo ejercen las agencias de seguridad de Barrick Gold y las otras mineras». (291) En el tema minero hay dos cuestiones que se entrecruzan respecto a las políticas seguidas en este tema. Una de ellas está referida al destino de los beneficios de la explotación de la megaminería a cielo abierto. La otra, al modo en que dicha explotación afecta al medio ambiente. Es sabido que la minería a cielo abierto responde a dos causas concurrentes. El ciclo de reproducción del capital es muchísimo más acelerado que antes; los gerentes de las grandes corporaciones no pueden presentarse ante los accionistas con proyectos de largo plazo, las ganancias tienen que ser inmediatas. La explotación a cielo abierto, aunque brutal, es más rápida, genera más beneficios y reproduce con mayor velocidad el capital. Todas estas cuestiones son claves en momentos como los actuales, donde prima el capitalismo financiero. Esto se emparenta con el hecho de que las formas tradicionales de extracción minera siguiendo las vetas subterráneas a través de socavones resultan mucho más lentas, con una tasa de ganancia muy inferior y prácticamente imposible de realizar en los casos donde el mineral está muy diseminado. En el caso argentino, desde los años noventa hasta ahora, prácticamente la totalidad de las inversiones mineras y una inmensa mayoría de sus beneficios van a parar a las grandes empresas trasnacionales. La actividad ha tenido un crecimiento exponencial desde el 2003. Según información oficial «los proyectos mineros se multiplicaron por 34, la inversión por 20,5, las exportaciones por 4,3». (292)

Acerca de su incidencia en la cuestión ambiental más allá del complejo debate que debe darse, con la intervención de todos los sectores involucrados y contemplando las alternativas existentes, queda una pregunta que sería bueno no esquivar. ¿Cuáles son los límites legítimos que validan arriesgar la salud de las personas con cianuro, la contaminación del aire y el agua, el futuro de cultivos y animales, para extraer un mineral aurífero cuyos beneficios habría que determinar y que, además, puede esperar que la ciencia proporcione otras tecnologías que superen los estragos que producen aquellas que hasta hoy conocemos? Lo cierto es que, hasta la fecha, esta actividad está al servicio de los intereses de grandes monopolios trasnacionales. Por ello no llama la atención que la ley 26.418, que creaba el Registro Nacional de Glaciares y prohibía en sus cercanías explotaciones mineras, petrolíferas e industriales en general, fuera vetada en 2008, a través del decreto 1837. En junio del 2010, sucedió un hecho que explica este antecedente y lo que sucedería después. La Presidenta viajó a Canadá para una reunión del G-20. Extrañamente, formaban parte de su comitiva los gobernadores cordilleranos: Walter Barrionuevo de Jujuy; Luis Beder Herrera de La Rioja; Juan Manuel Urtubey de Salta y José Luis Gioja de San Juan. También formaba parte de la delegación Gerardo Zamora de Santiago del Estero. Antes de la mencionada cumbre mundial se conocieron las razones de tal súbito interés andino por la situación mundial. Esos gobernadores fueron presentados por la Presidenta al señor Peter Munk, socio de la familia Bush y presidente de la Barrick Gold. El encuentro ocurrió en un almuerzo, la única actividad oficial de la Presidenta ese 26 de junio, que habría durado unas cuatro horas en el piso 38 del hotel Westing Harbour Castle de la ciudad de Toronto, en Canadá. Allí se prometieron amores eternos, suculentas inversiones a cambio de «buenas leyes» que dieran garantías a los capitales extranjeros y «mutuos beneficios» a los protagonistas. Ni bien llegaron de regreso, el 6 de julio, se reunieron en la Casa de Salta, en la Capital Federal, los gobernadores viajeros a los que se sumaron los de Mendoza, Neuquén y Río Negro. Había llegado el momento de poner en práctica lo que se había acordado en Toronto: se aprobó la «Declaración de las provincias cordilleranas», que comenzaba con el engañoso título «Ante la necesidad impostergable de proteger los glaciares». En nombre del Poder Ejecutivo asistió Jorge Mayoral. En su tarjeta personal, a pesar de otras evidencias, dice: «Secretario de Minería de la República Argentina». Por aquellos tiempos, Mayoral compartía su estudio profesional en la calle Marcelo T. de Alvear con empresas del grupo Barrick. Este funcionario trajo un proyecto de ley. Varias copias del mismo fueron repartidas entre los gobernadores

presentes. Estos, con más prisa que pausa, lo hicieron aprobar en sus respectivas provincias, prácticamente sin modificaciones y en tiempo récord.

El mencionado proyecto, fundado en las disposiciones de la reformada Constitución de 1994, se adelantaba a una nueva ley sobre el tema: «Régimen de Presupuestos Mínimos para la Preservación de los Glaciares y del Ambiente Periglacial» que reemplazaría a la vetada ley 26.418, norma que se estaba debatiendo en el Parlamento nacional. Ella pondría límites a la megaminería por su destrucción del medio ambiente y su afectación a los glaciares andinos por las perforaciones, por la inmensa demanda de agua para el lavado del oro y los efectos de los deshechos sobre ríos, personas y cultivos. Justamente aquel «borrador» que luego sería reproducido en las legislaciones de las provincias andinas, salía al cruce de los límites que dicha ley ponía a la exploración y explotación minera en el área de glaciares y periglaciares. De ese modo, en nombre del federalismo, se protegían los gigantescos intereses de empresas trasnacionales que saqueaban nuestro patrimonio nacional. Detrás de estas «leyes provinciales» podía vislumbrarse la estrategia de evitar la aplicación de una ley nacional que resultaría desfavorable a las grandes empresas mineras. Por eso, amparados en el artículo 124º de la Constitución, reivindicaron el dominio provincial sobre los glaciares, para bloquear que sobre ellos se pudiera aplicar la ley nacional. Simultáneamente, invocaron límites para la aplicación de la legislación nacional de «protección al medio ambiente» previsto en el artículo 41º de la Constitución Nacional. Fue la demostración de un auténtico «federalismo a la carta», al gusto del paladar, conveniencias y necesidades de grandes empresas trasnacionales.

Por supuesto que la «gremial» empresaria minera, la Cámara de Empresarios Mineros (CAEM), de modo entusiasta expresó que «la Cámara respalda plenamente la Declaración de los Gobernadores que reafirmaron sus competencias en materia de cuidado ambiental». (293) Con toda justicia, las asambleas ambientalistas denunciaron que esas leyes —apresuradamente aprobadas— constituían una maniobra para eludir la legislación que estaba votando el Congreso nacional. Los sectores populares, particularmente de las zonas afectadas, están resistiendo y dificultando el avance de estas políticas. Entre las organizaciones nacidas al calor de estas y otras luchas semejantes se destaca la Unión de Asambleas Ciudadanas (UAC).

Si grave y compleja es nuestra incorporación al mundo de la minería, más claro y rotundo es lo que ocurre en un área mucho más tradicional, la agricultura. Se trata de lo que acontece en nuestra pampa húmeda y

la ampliación de su geografía productiva. En esta área se despliega la incidencia del combo que vincula a la producción transgénica (semillas genéticamente modificadas) con los agrotóxicos. Aquí la relación no es con negocios y empresas vinculados a la familia Bush sino con otra empresa de triste fama, Monsanto. Y otras de no menor «prestigio» como Syngenta o Bayer.

Monsanto es la productora del «agente naranja», herbicida con el que las tropas norteamericanas fumigaron buena parte del territorio vietnamita (más del 10% del territorio de Vietnam del Sur) para arrasar la vegetación, destruir cosechas, hambrear la población y facilitar sus acciones militares. Una tercera generación de afectados vietnamitas sigue manifestando los efectos de esas fumigaciones (enfermedades congénitas de recién nacidos; cáncer en adultos). Para Nguyen Chi Vinh, subsecretario de Defensa de Vietnam «sigue habiendo graves consecuencias de la dioxina del agente naranja». (294)

Con un impreciso —ampliamente debatido y no sintetizado— grado de parentesco y de semejanza en los efectos del «agente naranja», Monsanto viene produciendo el glifosato. Se trata del herbicida que, bajo el nombre de «Round-Up», destruye todo vegetal (hojas, tallos y raíces) que compita con la soja transgénica cuya semilla... también proporciona Monsanto. La soja transgénica, prohibida en Europa, ingresó a nuestro país durante el menemismo. Felipe Solá, como secretario de Agricultura, la autorizó en el verano de 1996. La velocidad e irregularidades del trámite motivaron serios cuestionamientos. Horacio Verbitsky, escribiría en el matutino *Página/12*:

> Estas gravísimas irregularidades deberían acarrear la nulidad de la resolución como acto lícito, arrojan tardía luz acerca del vicio de origen de la mayor transformación económico-social y política producida en el país en las últimas décadas y explican que Solá sea uno de los portavoces del bloque agrario que ahora intenta subordinar a sus intereses al conjunto de la sociedad argentina. (295)

Monsanto utilizó a nuestro país como plataforma para la introducción, mediante el contrabando, de soja transgénica a Brasil, Paraguay y Bolivia. De esa manera presionó sobre esos países para avanzar en su legalización. El reciente «golpe blando» en Paraguay tiene como trasfondo justamente el tema de la legalización de este tipo de semillas y cultivo. Los frustrados —hasta ahora— intentos separatistas llevados a cabo en la «Media Luna» boliviana, de la mano del Comité Cívico de Santa Cruz encabezado por Branco Marinkovic, un gran productor de soja, son otra muestra de la misma tendencia. Esa zona puede ser considerada como una auténtica «República Unida de la Soja»,

denominación que Syngenta, otra gran empresa proveedora de semillas y agrotóxicos, utilizara en su brutal publicidad titulada «La soja no conoce fronteras» donde se exhibe un mapa de Bolivia, Paraguay, sur de Brasil y extensas áreas de Argentina y Uruguay cubiertos por un manchón verde que indica el área de poder de las empresas multinacionales por sobre los Estados-nación.

En nuestro país, el crecimiento del área sembrada con soja desde mediados de los años setenta, es constante: pasó de 6,6 millones de hectáreas en 1996 a 12,6 millones en 2003, llegando a 19 millones en 2012 y una previsión de aumento del 9% para llegar a 20,5 millones de hectáreas para 2013. (296) Su productividad, en cambio, sufrió un salto en su crecimiento a partir de la introducción de la semilla transgénica en 1996. El precio de la soja evolucionó de los 130 dólares en el año 2002 a los 550 dólares actuales. En los tiempos actuales la soja cotiza en bolsa, es objeto de especulación, con sus operaciones «a futuro» los grandes grupos financieros son los que determinan sus precios. Los efectos de este proceso de «sojización», que además de lo dicho avanza en la dirección de aproximarnos a un país de monocultivo, están a la vista de quien quiera verlos.

El desmonte, a un promedio de doscientas mil hectáreas anuales en procura de una nueva ampliación de las fronteras agropecuarias, además de los problemas ambientales trae un pronunciado proceso de migraciones internas. La ocupación de terrenos afectados a la agricultura familiar de criollos pobres y pueblos originarios produce enfrentamientos que van dejando un tendal de víctimas campesinas. También se profundizan los desplazamientos de campesinos hacia los hacinamientos de la periferia de las grandes ciudades. En los últimos tres años están registrados nueve asesinatos vinculados a este «corrimiento de las fronteras agropecuarias». Solo en Santiago del Estero hubo en los últimos cuatro años alrededor de seiscientos conflictos relacionados con este tema. El Plan Estratégico Agroalimentario (PEA), presentado en el año 2011 por la Presidenta, se propone, para el año 2020, un aumento del 60% en la cosecha de soja respecto a la cosecha de ese año. De cumplirse esta previsión, la conflictividad y los crímenes continuarán. Están en disputa 11,4 millones de hectáreas de tierra, donde residen un millón seiscientas mil personas. Se trata de la imposición de una cultura, la de los agronegocios, sobre otra, la de los campesinos pobres y pueblos originarios. (297)

Las fumigaciones son un problema que se va difundiendo y algunos municipios comienzan a legislar para prohibir que dicha actividad se realice en las proximidades de los asentamientos urbanos. Sin llegar al

fondo de la cuestión, sancionando a los productores de tales venenos, se castiga a los usuarios por el incumplimiento de estas prohibiciones, lo que ha motivado algunas leves condenas penales.

La incorporación del maíz al uso de semillas transgénicas, en el camino a transformarnos en grandes productores del llamado biocombustible, no hace más que aumentar todo lo dicho. En el caso del trigo hubo durante los años noventa una sorda disputa: Monsanto trató de imponer sus semillas transgénicas, que mejoran el rinde en cuanto al tonelaje cosechado por hectárea, pero se encontraba con el problema que el clásico «trigo duro argentino» —fruto de la paciente cruza de semillas efectuada por los «abuelos gringos» durante más de cien años— rendía más en la producción de harina. El poderío de Monsanto pareció encontrar la solución: mediante la compra de los molinos harineros, la provisión de fertilizantes y «matayuyos» a precio subsidiado y el acopio de las semillas del trigo duro hasta lograr borrarlo del mapa de la Argentina, terminó imponiendo a los productores sus semillas híbridas primero y desde hace unos pocos años también la transgénica.

Los anuncios sobre las inversiones de Monsanto en Malvinas, provincia de Córdoba, que se suman a los que ya tiene Syngenta en la localidad de Villa María de la misma provincia mediterránea y a las que tiene desarrolladas y en carpeta la empresa Bayer, ratifican que se avanza en el fortalecimiento de esas políticas. Sin embargo, menos publicitado es el hecho de que desde 2011 hasta la fecha se aprobaron diez eventos transgénicos de maíz y soja distribuidos entre Bayer, Monsanto y Syngenta, y que todas estas inversiones cuentan con informes favorables del INTA. En la misma dirección se inscribe la propuesta sobre la «Ley de Semillas» que el Ministerio de Agricultura llevara al Parlamento. Dicha ley impone regalías que recibirán las mencionadas empresas productoras de esas semillas. De esta manera, bajo el principio de respetar la «propiedad intelectual», se ahonda en la privatización de la biodiversidad y se sigue achicando el espacio de la soberanía alimentaria. Todo esto está en línea con lo aprobado, para la próxima década, por el Plan Estratégico Agroalimentario (PEA). Allí se prevé un aumento de unos 10 millones de hectáreas de superficie agrícola que se sumarían a las 34 millones de hectáreas, elevando la producción a 150 millones de toneladas. Según los datos proporcionados por el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, el 71,5% de la superficie estará sembrada con semillas transgénicas, de soja, maíz y algodón. (298) En la actualidad, 23,7 millones de hectáreas de nuestra superficie cultivada utilizan semillas transgénicas, aunque su utilización esté prohibida en los países de la Unión Europea,

Japón, Corea del Sur y Nueva Zelanda. En América del Sur, Perú y Venezuela se sumaron a esa prohibición.

La tendencia de la actual política de agronegocios nos está empujando a resignar el rol de productores de alimentos para transformarnos en proveedores de insumos para alimentar a los cerdos chinos o las máquinas de diferentes países. La generosa riqueza de la tierra de nuestra América, hoy como antaño, sirve para mantener el confort y alto estándar de vida de los países ricos. A estos fines se despliega la actual tendencia hacia la ampliación de «fronteras agropecuarias» explotadas con las «nuevas tecnologías» y, en consecuencia, hacia una «agricultura sin agricultores», donde las víctimas inmediatas de esta política son los pobladores que todavía permanecen en esas áreas y, en segundo término, el conjunto de la población argentina que en pocos años ha visto reducirse la superficie disponible para la producción de alimentos a un 30% de lo que antes se disponía. Este proceso se complementa con otro que conduce a una progresiva concentración de la producción. Por ejemplo, en la industria láctea el número de explotaciones se redujo, en los últimos años, a menos de la mitad de los existentes. Todo ello a partir de la utilización de los agrotóxicos, que degradan la tierra e impactan sobre la salud de nuestra población. Con la soja se van los nutrientes, aproximadamente un millón de toneladas de nitrógeno y unas 150 mil toneladas de fósforo, sin contar los miles de millones de metros cúbicos de agua, a partir de lo cual, desde otro punto de vista, podemos decir de modo brutal que estamos exportando agua y lo mejor de nuestras tierras.

Lo que está ocurriendo con la minería y la agricultura constituyen manifestaciones típicas del extractivismo que caracteriza al capitalismo actual y es una de nuestras principales formas de inserción en este. Se trata de la superproducción de bienes comunes, pero que no tienen como finalidad alimentar a nuestro pueblo sino servir a las demandas e intereses de otros mercados. Estos utilizan nuestro territorio como «soporte» para producciones que no quieren o no pueden producir en el propio. Lo dicho no agota el tema pero sirve como explicación. Se trata de políticas fundadas en un

> Desarrollo basado en la sobreexplotación de recursos naturales cada vez más escasos y la expansión de fronteras antes consideradas improductivas [...] esto incluye la privatización de tierras, los agronegocios y los agrocombustibles [...], en los últimos años se pasó del Consenso de Washington al consenso de las materias primas, es decir, la aceptación de que Latinoamérica exporte su naturaleza. (299)

Ante esta realidad caben algunas observaciones. La mayor parte de lo anteriormente referido tiene escasa cabida en los más importantes

medios de prensa, varios de ellos ferozmente enfrentados con el gobierno kirchnerista. La identidad de intereses entre esos medios y las políticas de los más poderosos grupos económicos trasnacionales explican dicha omisión. La inmensa mayoría de las fuerzas políticas conoce esta situación, pero cómplices de lo que ocurre, miran para otro lado. Ninguna de ellas tiene la voluntad política para sostener un proyecto alternativo a esta política. En general, las críticas van hacia aspectos puntuales, que se suelen presentar como excepcionales. Se concentran en los efectos colaterales del «Modelo», como las fumigaciones, la mención a algún enfrentamiento por la tierra, pero nunca atacan al propio modelo o al «paquete tecnológico», que incluye semillas y herbicidas. En el mismo sentido suelen hacer referencias fragmentadas a las luchas de los pueblos en las zonas mineras pero sin considerar la globalidad del problema, del saqueo y de los efectos del mismo. De esa manera van legitimando el proceso integral como algo natural y lógico, que forma parte del «progreso tecnológico» de los tiempos actuales o, a lo sumo, «el costo necesario de la inclusión y el desarrollo» sin explicitar para qué y para quiénes.

En lo que respecta al gobierno, estas políticas ensombrecen la importante participación que tuviera Néstor Kirchner en la liquidación del ALCA protagonizada en Mar del Plata en el año 2005. Más aún, se puede decir que «agronegocios», «agrocombustibles» y «agrominería» constituyen formas sustitutivas de los objetivos del ALCA, en aspectos vitales de nuestra economía. Este conjunto de políticas no solo beneficia a los tradicionales países del occidente capitalista sino que también sirve al principal mercado para este tipo de producciones: la producción china «comunista», ávida de insumos para producir alimentos.

Los acuerdos con el gobierno chino para darle nueva vida a la red ferroviaria no hacen más que reafirmar lo anterior. Estos consisten en inversiones por varios miles de millones de dólares que marginan la industria local y, entre otras cuestiones, apuntan a fortalecer el rol de la red del «Belgrano Cargas». Esta es la principal red de transporte de nuestro país, se extiende por trece provincias y cerca de 7400 kilómetros de vías que recorren territorios donde se produce más del 70% de lo que exporta nuestro país. Su diseño, sin modificar, mantiene la misma idea de país dependiente que ya fuera denunciada en 1936 por Scalabrini Ortiz, en los Cuadernos de FORJA. (300) Se trata entonces de «acarrear nuestra producción al puerto», con la diferencia que ahora el destino principal no será Londres sino Beijing.

Una oportunidad poco aprovechada en una transición con destino

incierto

Lo que se ha volcado en las líneas precedentes sobre las características del actual «modelo», con sus rupturas y continuidades, no deja dudas acerca de que este no aspira a los cambios que desde las calles y en aquellas jornadas de inicios del nuevo milenio se demandaban. También está claro que las crisis en los países desarrollados, corazón del actual capitalismo, son para nuestras sociedades y naciones dependientes una oportunidad de construir un futuro distinto. Las reflexiones finales sobre las características de la actual etapa kirchnerista tratarán de penetrar en lo efectuado en el marco de la intersección de estas dos realidades: las demandas internas, con las rupturas y continuidades respecto de las características de períodos anteriores, y el aprovechamiento de una crisis mundial de un sistema caduco. Dentro de esa orientación todos estos años han sido, en lo fundamental, una transición con un destino incierto.

Con respecto a la situación precedente y su estallido en los finales de aquel año de 2001, el kirchnerismo tomó nota de aquellas crisis y Néstor Kirchner fue, por lejos, el dirigente de la política tradicional que mejor comprendió aquellos reclamos multitudinarios. Este se aferró a un proyecto neodesarrollista, exacerbando (discursivamente) sus diferencias con el neoliberalismo precedente y explotando rasgos del discurso setentista.

Neodesarrollismo y discurso setentista, más un generalizado asistencialismo y una nueva política regional, fueron las bases para que vastos sectores lo consideraran «el heredero natural» de las propuestas de aquella generación. Instalado en ese imaginario y ayudado por una particular situación internacional, la práctica política y social del kirchnerismo tuvo un punto de inflexión en la resolución 125/2008. Esta fue una legítima —insuficiente, en términos históricos, e innecesariamente no segmentada, en la coyuntura— lucha por la renta agraria. Hasta allí la acumulación de fuerzas. Desde el punto de vista del prestigio político, era importante pero no había logrado consolidar un efectivo núcleo propio. Cuando tuvo que actuar en medio de aquellos enfrentamientos sociales, optó por radicalizar su discurso.

La contradicción «pueblo vs. oligarquía» propuesta por el gobierno, se enraizaba en históricas luchas del pueblo argentino. Esa justa reivindicación no daba cuenta respecto de que los Grobocopatel —principales productoras de soja— y Eduardo Elsztain —el mayor dueño de tierras en Argentina— fueran próximos al gobierno, al extremo de que, al primero (Grobocopatel) lo subieran a un avión para que le explicara a Hugo Chávez sobre las «bondades» del proyecto sojero que

desarrollaba en nuestras tierras conosureñas. En cuanto al segundo (Elsztain), parecía tratarse de un «amigo» y posiblemente cercano a ser considerado «un compañero»: le facilitaba al Presidente la oficina donde atendía en Puerto Madero. Todo ello a pesar de que ambos (los Grobocopatel y Elszain) podrían ser considerados como lo más parecido, en la actualidad, a la tradicional oligarquía.

La derrota de «la 125» dejaría al gobierno en el más bajo nivel electoral (lo que se comprobaría en las elecciones legislativas de 2009), pero esa radicalización discursiva le permitiría contar con una plataforma de lanzamiento para la construcción de una fuerza propia que, desde ese momento, no pararía de crecer, hasta el punto de alcanzar el 54% de los votos en las elecciones presidenciales de 2011. La importante movilización —fundamentalmente juvenil— con motivo de la muerte de Kirchner, demostró el producto de ese discurso.

Las limitaciones que se observaron a partir de ese acto electoral derivan en un escenario actual notoriamente diferente al de «la 125» y también al resultado de la última elección presidencial. Desde «la 125» el gobierno mantuvo varias formulaciones discursivas, de fuerte contenido popular. Ellas fueron integradas a una cierta estabilidad económica, semejante a la mayor parte de los países de la región. Esta situación, en medio de la agudización de una crisis mundial, le dio al kirchnerismo la posibilidad de exhibir resonantes triunfos como las cifras de las elecciones presidenciales realizadas en 2011. Pero hasta ahora nada de ello cambiaría las características ya señaladas del modelo en marcha y de esa manera pudo cumplir con la tarea de restablecer la estabilidad (gobernabilidad) del sistema, sin cambiar su carácter. La ausencia de un proyecto de cambios importantes y su continuismo en cuestiones fundamentales limitan sus perspectivas políticas y sociales a futuro.

La actual crisis internacional es el marco que está haciendo visibles esas limitaciones pero también crea las condiciones para cambiar los rumbos actuales. En las páginas precedentes se ha tratado de desmalezar algunas de las raíces, visibles e invisibles, del presente, de forma de permitirnos verlo con más claridad. Del mismo modo, no es un mal ejercicio tratar de otear, a través de los hechos actuales, las perspectivas de lo que está en el horizonte. Todos sabemos que las semillas del presente fueron sembradas en el pasado; del mismo modo que esta actualidad está preñando los próximos escenarios. Se ha procurado indagar acerca del significado de los acontecimientos transcurridos en estos últimos diez años. De sus logros y también de sus debilidades, que hicieron que aquellas gloriosas jornadas quedaran a mitad de camino. De todas maneras, la sociedad que emergería de

aquellos días ya nunca será la de antes. Pero tampoco estaría a la altura de los sueños de aquellos protagonistas y de su consigna central: «¡Que se vayan todos!». Es hora de decir que *el capitalismo responsable* del «modelo kirchnerista», con todas las diferencias introducidas, avances en el sector industrial y el mercado interno, no dejó de ser un modelo agroexportador —aunque ahora incorporando además los hidrocarburos y la minería—, con una firme y sostenida política asistencialista. La fortaleza y consistencia de las críticas no nos debe hacer olvidar el apoyo popular alcanzado por este gobierno en algunos sectores y las esperanzas por este despertadas. La razón de las adhesiones logradas no solo las podemos encontrar en aspectos subjetivos que se pueden atribuir a los aspectos propagandísticos, que suelen marginar las críticas estructurales que aquí se han recogido. Ellas tienen sustento en la evolución de datos materiales, muchas veces oscurecidos por aportes inexorablemente descartables e insostenibles provenientes del INDEC. Hay datos más reales que permiten establecer una comparación entre el año 2003, cuando todavía estábamos en la crisis terminal de aquellos años, y la actualidad. Las cifras sobre pobreza e indigencia, desde la salida de la convertibilidad hasta 2011, indican que en materia de pobreza se ha evolucionado de algo más del 53% a poco menos del 22%. En cuanto a la indigencia, en el mismo período, el 27% de aquellos años se ha reducido al 5,4% en la actualidad. (301) En todos los casos estos datos, con ser mucho mejores a los de 2003, están muy lejos de la situación existente hace cuarenta años atrás.

A pesar de que el kirchnerismo —para darle solidez y carácter fundacional a su proyecto político— niegue todo vínculo con el pasado, es posible encontrar la génesis de muchas políticas desarrolladas en acciones de sus predecesores y no son pocas las políticas del neoliberalismo menemista que ayudaron a desarrollar el proyecto kirchnerista.

Las normas generales sobre flexibilización laboral y la racionalización motivada en la privatización de las empresas estatales crearon las condiciones para que se elevara notoriamente la productividad de los trabajadores. En esa misma dirección, la mencionada privatización llegó de la mano de una importante oleada inversora que mejoró los equipamientos, servicios e infraestructura, lo que facilitó una larga onda que llega hasta nuestros días, a partir de la que mejoraron las condiciones para sacar mayores beneficios del trabajo. Estas circunstancias permitieron aumentar la rentabilidad empresarial e incrementar los salarios de los trabajadores vinculados a esos sectores económicos. La información referida sobre el sector agrario y la

minería, que da pie a las vigentes políticas extractivistas, también encontraría su inicio en aquellos tiempos del neoliberalismo. No obstante ello, en su maduración, esa política ha sido integrada al vigente neodesarrolismo.

Los pocos días que Adolfo Rodríguez Saá ejerciera la administración del Estado dejaron una huella importantísima que se extendería a lo largo del tiempo, aunque luego fuera explícitamente repudiada por Néstor Kirchner. Por ejemplo, el *default* declarado por Rodríguez Saá fue una de las claves de nuestra recuperación económica en los primeros años del kirchnerismo. La masa de dinero que dejaría de fluir a la banca extranjera se transformaría en una importante palanca para el desarrollo de lo que es presentado como nuevo «modelo». En momentos en que la estructura económica crujía por los cuatro costados como consecuencia del agotamiento de la etapa de valorización financiera, tomó vuelo y consistencia el llamado «modelo productivo». Fueron los tiempos de los cinco presidentes en menos de dos semanas. Duhalde como presidente, primero acompañado por Jorge Remes Lenicov y luego por Roberto Lavagna, sería quien abriría las puertas a una nueva etapa mediada por una importante devaluación que aplastó el salario de los trabajadores y abrió las puertas al restablecimiento de un proceso industrializador. El kirchnerismo tomaría nota de lo que estaba ocurriendo y ratificaría su continuidad. La negación de estos antecedentes forma parte del discurso oficial de kirchnerismo. Definitivamente aferrado a su carácter «progresista», se fortalece en la necesidad de una ruptura histórica con aquello que lo precedió. Su fuerza, más que fundarse en la organización de los sectores populares, se afirma en cuestiones ya señaladas, sobre «un estilo» largamente ejercido y en el peso de los éxitos electorales. De hecho representa un acuerdo entre los dos extremos más lejanos de la estructura social: mantiene vínculos con la cúpula del poder económico, fuertemente concentrada y extranjerizada, y al mismo tiempo se sostiene en un discurso fuertemente reivindicativo de los sectores más sometidos.

Esta ambivalencia es respetada por los intereses imperiales mientras no aparezcan medidas «nacionalistas» que puedan llegar a limitar el avance de dichos sectores. Lo ocurrido en nuestro país con YPF y la española Repsol es altamente clarificador en este aspecto y señala los límites estructurales del «modelo». De un «modelo» que se articula al sistema sostenido por los países centrales, junto a los más poderosos y concentrados grupos económicos, tal como se está demostrando en el caso citado con los posteriores acuerdos de YPF con Chevron e intereses chinos. Sin perjuicio de lo cual esa medida causó cierto escozor en lo

que se reconoce como el «clima de negocios» en el mundo empresarial más concentrado. Las denuncias sobre falta de «seguridad jurídica» fue el principal argumento utilizado. En esa articulación, el extractivismo —una de las claves del capitalismo actual— ocupa un lugar central. No obstante lo cual, no faltan las críticas y objeciones del sistema de poder a variadas políticas estatales. Ellas tienen que ver con lo mejor que este gobierno viene desarrollando y con la insaciable voracidad de los sostenedores del sistema. Todo lo anterior acontece en medio de la actual y aguda crisis económica de los países centrales. Una de las formas en la que el gobierno percibe su relación con la misma es indicativa del modo que imagina su relación con ese mundo. Cuando se reitera que la principal causa de nuestros males radica en esa crisis, graficado en la frase «el mundo se nos cayó encima», no se percibe la otra cara, el otro aspecto fundamental de la misma. Son justamente los momentos de crisis del poder imperial cuando nuestros pueblos y sociedades dependientes tienen las mejores condiciones para avanzar en su mayor independencia, autonomía y liberación. Los datos sobre el crecimiento, de la mayor parte de los países de la región, son indicativos de esta posibilidad.

Resulta claro que, para aprovechar en profundidad esa circunstancia, es necesario avanzar en la construcción de un modelo realmente distinto respecto del sistema capitalista que la genera. En nuestro caso han sido justamente esas diferenciaciones, algunos aspectos heterodoxos de nuestra economía, entre otros, los que han permitido los mayores avances.

Por el contrario, la articulación ya señalada con el sistema mundial a través del *pago de la deuda* y la *consolidación del modelo extractivista*, constituyen los ejes del aferramiento a las condiciones que consolidan nuestra dependencia. Es por eso que se puede hablar —aun desde un punto de vista del sistema— de un débil aprovechamiento de las extendidas posibilidades que ofrece la continuidad de la actual crisis capitalista. Para ello, el camino no es tratar de poner de pie un «capitalismo serio» o «normal», sino elaborar ideas y poner en práctica acciones que permitan formas productivas y relaciones sociales que no se limiten a la reproducción del actual sistema.

El peronismo, en sus primeras experiencias entre 1945 y 1955, lo intentó. Más allá de todas sus limitaciones le dio poder y dignidad a un sector social sumergido: los trabajadores. Aquellos elementos le dieron una identidad política a las fuerzas sociales, consideradas subalternas, por un largo período histórico. El actual «estilo patrimonialista», donde los derechos son considerados «concesiones» del poder, hace que los plebeyos de hoy carezcan de esa fuerza social y expresión política. Son

excepcionales los casos de una construcción con un fuerte y específico arraigo social que se proyecte a lo político. Es posible que en el norte del país, en Jujuy, sobre un área geográficamente determinada y sobre muy particulares condiciones sociales, la organización Túpac Amaru sea una excepción; más allá de todos los peros y cuestionamientos que se puedan formular, de hecho se ha constituido en una organización representativa de importantes sectores plebeyos e invisibilizados de esa sociedad. En los grandes centros urbanos da la impresión de que esa posibilidad puede quedar en las franjas del peronismo que mantienen el compromiso con el sentimiento de los más humildes y de las luchas revolucionarias junto a una nueva izquierda, alejada del sectarismo y de añejos gorilismos. Jóvenes trabajadores, que están accediendo a responsabilidades sindicales, algunos agrupamientos estudiantiles, campesinos desplazados, junto a los excluidos son componentes básicos de estas expresiones.

Como conclusión se puede afirmar que *en la década de 1990, el menemismo entregó —como ya se expresó— el trabajo acumulado por millones de argentinos de varias generaciones mediante la transferencia, a precio vil, de las empresas del Estado. Pero hoy se está hipotecando el futuro, de un modo funcional al interés extractivista del capitalismo actual, con la entrega de los bienes comunes naturales (hidrocarburos, minerales, agua, tierras).* En este marco, si no se producen sustanciales cambios en la orientación gubernamental, la frustración y el desengaño de los más comprometidos y honestos sectores juveniles es la perspectiva más lógica del futuro de estas nuevas generaciones, que hoy adhieren a este proyecto. Ese es el destino incierto de la actual transición. La formulación de estas y otras críticas no nos puede hacer confundir el camino. Mientras esto acontece, la mayor parte de la oposición política, incluida buena parte de lo que se suele reconocer como «izquierda», languidece entre un inocuo parlamentarismo y un oposicionismo generalizado y sin destino. La pretendida división de la sociedad entre kirchnerismo y antikirchnerismo es posible que sea de interés para las próximas elecciones, pero poco importa para el futuro de las próximas generaciones. La crisis global del sistema capitalista en sus países centrales, la complejidad de la situación regional y nacional, ofrecen la posibilidad de construir otro tipo de alternativas, recorrer otros caminos.

De Montoneros a La Cámpora, ¿un futuro rebelde o domesticado?

El *Tesoro de la Juventud* era el nombre de una enciclopedia para niños publicada en los años treinta, que abarcaba los más diversos temas. Sus

restos llegaron a mis manos y fueron de mucha utilidad en la escuela primaria. Pero tal recuerdo no es lo que ahora motiva estas reflexiones. Se trata de penetrar en el rol de la juventud en distintos momentos históricos. Mucho más cercanamente tratar de desentrañar qué es La Cámpora hoy en día y sus vínculos, si los tiene, con los montoneros, según la perspectiva personal que aquí se vuelca sobre la historia y desarrollo de ambas identidades.

No son pocos los que plantean que la presencia activa de la juventud es un fenómeno reciente. Más aún, no faltan quienes —impresionados por ese fenómeno— lo inscriben como «una de las grandes novedades del siglo XXI». (302) Sin embargo, a lo largo de la historia, los jóvenes han sido principalísimos actores en variados y trascendentales acontecimientos. El simple hecho de que las expectativas de vida se hayan extendido enormemente en los últimos dos siglos obliga a pensar en el imprescindible protagonismo de los jóvenes en épocas pasadas. Por ejemplo, Alejandro Magno a los dieciocho años estuvo al frente de la caballería de Macedonia en la batalla de Queronea y a esa misma edad fue gobernador de Tracia. Cuando su maestro, Aristóteles, le aconsejó no participar todavía en las batallas, Alejandro le respondió con una frase que define las características de esa edad de la vida: «Si espero perderé la audacia de la juventud». Túpac Amaru a los 25 años quedó al frente del Imperio incaico, y tuvo que resistir a los colonizadores. También fueron jóvenes los protagonistas de la rebelión tupacamarista y de nuestra primera independencia. Simón Bolívar tenía veintidós años cuando se juramentara, en la colina romana del Monte Sacro y delante de su maestro Simón Rodríguez, luchar para liberar a su patria del yugo de España y contra la oligarquía. Bernardo Monteagudo, el «Zambo Monteagudo», (303) solo tenía veinte años cuando participara del *Manifiesto* producido en la Universidad de Chuquisaca (hoy Sucre), el 25 de mayo de 1809, y no llegaba a los treinta cuando, como Auditor del Ejército de los Andes, redactara el Acta de la Independencia de Chile (enero 1818), corregida y firmada por Bernardo O'Higgins. De esa rebeldía de Chuquisaca emergería la voluntad revolucionaria de la joven mestiza Juana Azurduy, generala de los ejércitos de Argentina y Bolivia, que viviría en el campamento móvil de su esposo Manuel Padilla a los 31 años y que ante su asesinato pasaría a encabezar sus tropas a los 36. Y esos mismos claustros habían albergado, unos años antes, a Juan José Castelli y Mariano Moreno. Algunos mestizos y criollos, profesores de ese centro de estudios, habían sido lugartenientes de José Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru II) o de Túpac Katari, y trasmitieron a sus jóvenes discípulos la voluntad de independencia, el respeto y deuda hacia los sometidos

pueblos originarios. Ideas que Manuel Belgrano tratara de llevar a la práctica con su propuesta de un «Rey Inca» para las Provincias Unidas del Sur, con capital en el Cuzco, moción elevada al Congreso de Tucumán y aprobada por aclamación, con la oposición de los diputados porteños. El traslado del Congreso a Buenos Aires la dejaría sin efecto y sería duramente criticada como una «conspiración de generales», en la que se involucraba a José de San Martín, Manuel Belgrano y Martín Miguel de Güemes. (304) Sin llegar a los treinta años la aymara Bartolina Sisa se sumó a la rebelión incaica de Condorcanqui y Micaela Bastidas. Junto a su esposo Túpac Katari, de la misma edad, estuvieron al frente de un ejército de cuarenta mil combatientes que tuvo largamente sitiada a la ciudad de La Paz. Derrotados, fueron condenados y muertos. Túpac Katari, antes de ser descuartizado, dejó para la historia aquella frase tan cara a los sentimientos de millones de compatriotas: «Volveré y seré millones». Me impresionó verla, en Tiawanaku, dando la bienvenida a quienes asistimos a la asunción de Evo Morales como jefe de una Gran Nación de todos los pueblos originarios, ceremonia realizada el 21 de enero 2006, un día antes de hacerse el acto oficial de asunción como presidente de Bolivia, en la ciudad de La Paz. Se podría continuar con múltiples ejemplos de jóvenes que participaron en hechos significativos de la historia. Si bien dichas acciones resultan inescindibles del fenómeno general de la juventud, no parece ocioso considerar el momento en el que ese fenómeno juvenil adquiere un carácter generacional.

Es lógico que los jóvenes, lejos de los tiempos de la muerte y «con toda la vida por delante», tengan la audacia de la que hablaba Alejandro Magno. También forma parte de esa edad una natural tendencia a la rebeldía y al inconformismo. Ellos integran la altura de esos sueños, en medio de los dolores de la propia realidad que les toca vivir, como una respuesta a las injusticias del mundo que le dejaron sus mayores. Ese conjunto de situaciones suele hacerlos proclives a transformarse en portadores de utopías, genéricamente negadas por sus contemporáneos y, muchas veces, recuperadas en otros tiempos históricos. Desde este punto de vista resultan esclarecedoras las palabras del rector de la Universidad de Montevideo, pronunciadas en esa capital con motivo del Primer Congreso de Estudiantes Americanos, en 1908: «La juventud ha sido el portaestandarte de todas las grandes reivindicaciones, la legión sagrada, la vanguardia de los batallones del pueblo, la primera en la audacia, la primera en la gloria, la primera en la muerte». (305)

Las señaladas características de la juventud en general no definen la existencia de esta como generación, como tampoco lo determina cierta

coincidencia en el hecho de haber nacido en fechas semejantes. La constitución de una generación se rige por otros componentes que, por supuesto, incluyen una cierta coincidencia temporal. Entre sus rasgos distintivos está la de ser parte activa y consciente de un determinado tiempo de la historia, reconociéndose —como generación— en alguna forma de afinidad en los sueños, dolores y respuestas proporcionadas junto a sus congéneres. Desde esta óptica, en el capítulo II se han considerado extensamente las características de lo que he denominado la «Generación del 66», protagonista de la Segunda Resistencia. Aquella generación no alcanzó sus objetivos de instaurar un sistema más digno, justo y libre.

El horrible y trágico involucramiento de las Fuerzas Armadas en la defensa del sistema expoliador y dependiente, crearía las condiciones para la Guerra de Malvinas. Acudiendo a profundos sentimientos patrios arraigados en el seno de nuestro pueblo y de toda la región, las Fuerzas Armadas imaginaron, careciendo de fuerza moral para hacerlo, suturar sus heridas con el resto de la sociedad procurando recuperar aquel terruño patrio. Esa derrota, con todo el desgarramiento que ella contiene, abriría las puertas a una nueva situación de la que fue emergiendo la «Generación Malvinas», la que debió expresarse en medio de las democracias condicionadas de las que se ha dado cuenta en el capítulo VIII. A la rendición militar le seguiría la entrega política. De la soberanía menguada, de los sueños rotos, del escamoteo de la realidad, de la invisibilización de los combatientes malvinenses —comparable con la de los pueblos originarios y demás excluidos sociales —, del indisimulable poder de los bancos, de la muchas veces mirada complaciente de la mayoría y de la rebeldía de algunos, brotaría la bronca que abrió el paso a la actual generación de jóvenes. Algunos la reconocerán como «los hijos del 2001», otros le dirán «del Bicentenario», no faltarán los que la reconozcan como «kirchnerista», a secas. Eso poco importa.

Ya hemos desarrollado las condiciones bajo las cuales se fuera construyendo hasta culminar en la desembocada explosión ya señalada. Ahora interesa mucho más penetrar en las características en las que, como generación, se desenvuelve. Se trata de un momento histórico donde la confrontación de la «Guerra Fría» ha sido superada por la propia implosión de la experiencia soviética, dejando en pie el solitario predominio estadounidense en la economía y política mundial. El frustrado y antihistórico intento del «Fin de la Historia», promocionado por Francis Fukuyama en 1992, suponía que la liquidación de aquella «Guerra Fría» dejaba a la democracia liberal y representativa como dueña del pensamiento único y el *non plus ultra* de la historia. La

rápidamente probada inviabilidad de este pensamiento, sin embargo, dejaría en pie la hegemonía norteamericana y su intento de imponer el neoliberalismo y esa democracia condicionada. Esa perspectiva imperial contemporánea a la voluntad cuestionadora de nuestros pueblos se constituyó en el eje de la confrontación a lo largo de estos años. Por eso no es casual que el inicio de este siglo vaya encontrando a los pueblos de nuestra América intentando, con suerte e intensidades diversas, construir otra realidad. Serán variadas expresiones de la esperanza de los pueblos: Hugo Chávez (1999), en Venezuela; Luiz Inácio «Lula» da Silva (2003), en Brasil; el Frente Amplio, (2004) en Uruguay; Evo Morales, en Bolivia; Rafael Correa, en Ecuador, y la «socialista» Michelle Bachelet, en Chile (2006); Fernando Lugo (2008), en Paraguay; José «Pepe» Mujica en Uruguay (2010); Ollanta Humala (2011), en Perú. La asunción de Néstor Kirchner (2003) forma parte de este proceso regional. Ni la rápida traición de Humala, ni el triunfo de Sebastián Piñera en Chile, ni el desplazamiento de Lugo, cambian lo dicho.

Dentro de esta nueva realidad, el proyecto más sólido es la constitución de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Este Proyecto tiene su punto inicial en la Cumbre presidencial de Cuzco (2004), continuada en sus semejantes de Brasilia (2005), Cochabamba (2006), Isla Margarita (2007), para quedar formalmente constituida en Brasilia (2008). Su Tratado Constitutivo entró en vigencia, con las correspondientes aprobaciones parlamentarias, en marzo del año 2011. Es bueno tener presente que esta construcción tiene su antecedente en la propuesta lanzada por el entonces presidente de Brasil Fernando Henrique Cardoso en una reunión de presidentes realizada en Brasilia entre agosto y septiembre del año 2000. A partir de esa reunión se construyó la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), foro de las doce repúblicas de Sudamérica (actual Unión de Naciones Suramericanas —UNASUR—), que tiene como objetivo «la planificación y desarrollo de proyectos para el mejoramiento de la infraestructura regional de transporte, energía y telecomunicaciones, a los fines de facilitar y promover la integración regional». Formalmente es un foro técnico supeditado a las decisiones políticas de sus respectivos países. (306)

Independientemente de los loables objetivos generales planteados en la construcción del IIRSA, esta aparece estrechamente vinculada a la estrategia brasileña y gran parte de sus proyectos de infraestructura apuntan a unir los océanos Atlántico y Pacífico, lo que le permitiría a Brasil, particularmente a su burguesía paulista, fortalecer sus negocios ampliando su influencia sobre la región, complementada su área de

influencia atlántica con la que desarrollaría hacia el Pacífico, definido como el futuro eje económico del mundo. Obviamente estos proyectos tienen como principal protagonista, en el marco de las actuales políticas neodesarrollistas, a empresas trasnacionales interesadas en ampliar sus negocios extrarregionales, sin medir los impactos sociales y ambientales que puedan producir. El conflicto de Evo Morales con la ruta del TIPNIS, un camino auxiliar a proyectos del IIRSA que afectaba a un parque nacional y motivara la reacción de ancestrales pobladores de la región, es una evidencia de lo dicho. Este modelo promovido por elites locales integradas al sistema trasnacional sigue siendo una tendencia donde predomina una idea de desarrollo a partir de un sistema exportador y no sobre la base del desarrollo interno y la autonomía regional. Fundado en estas razones y otras de orden geopolítico sobrevive la tensión entre esta perspectiva y la sostenida por Hugo Chávez desde Venezuela, que propone una política de unidad con mayor presencia del despliegue de nuestros mercados internos. Su perspectiva de integración regional Norte-Sur tenía en el «Gasoducto del Sur», paralizado por la oposición brasileña, una pieza clave. A la evolución del conjunto de esos procesos se los puede relacionar con un par de cuestiones que están en el escenario y que influyen en todo este camino. Todos estos nuevos gobiernos están vinculados, en medio de la actual crisis mundial, al fracaso de políticas abiertamente neoliberales. Ante la implosión soviética, Estados Unidos como cabeza unipolar del sistema capitalista mundial, se pudo dar el lujo de tolerar gobiernos que permitieran absorber la voluntad de nuestros pueblos, siempre que ello no afecte sus intereses estratégicos. Esto llega al punto de que, hasta en su orden interno, el sistema de poder dominante (básicamente el conglomerado industrial-informático-militar y el sector financiero) consideró que era bueno dar un poco de aire fresco y confiabilidad al universo de una situación social y política que comenzaba a mostrar su agobio por las guerras y la crisis económica. Quienes se mueven en las sombras determinando las grandes líneas del poder, actuaron en consecuencia. Un negro, con no lejanos antecedentes de esclavitud, vínculos familiares con la cultura musulmana, de militancia personal junto a diversas minorías e inserto en el sistema de poder del Partido Demócrata, podría administrar las tensiones en un período crítico y, amortiguándolas, aportar a la salvación del sistema.

La fuerza y potencialidad de lucha de los movimientos, partidos o situaciones que llevaron a estos diferentes gobiernos de nuestra región a la administración de sus respectivos Estados, son distintos. Pero, en todos los casos, estamos ante administraciones nacidas dentro del sistema liberal de las «democracias representativas» y su tradicional

«división de poderes». Este hecho constituye uno de los límites de lo que está transcurriendo.

Cuando en Venezuela y Bolivia se intentó introducir algunas modificaciones —como una *nueva división y articulación de poderes*, en el primero; recuperación de aspectos de la *justicia local de los pueblos originarios*, en el segundo— a este modelo, aparecieron las críticas y cuestionamientos más extremos. En este mismo escenario se desenvuelve el gobierno kirchnerista. Su discurso, asumiendo conceptos setentistas e integrándolos a las consignas críticas al viejo sistema de poder —traídas de 2001— se engarza con vastas aspiraciones de importantes sectores juveniles. Según los analistas de dicho fenómeno, este:

> Como en el resto de Sudamérica, mezcla un desarrollismo aggiornado con un razonable rigor fiscal, amplias políticas sociales y una novedosa sensibilidad a los reclamos de las minorías surgidas en el contexto de la globalización. Desde luego, ha tenido que recurrir a fuentes diversas: desde el keynesianismo estatal de posguerra y sus políticas industrialistas y protectoras, hasta los impulsos de reforma progresistas en las leyes de regulación de las costumbres y la vida privada, propios de la tradición liberal, concretados por el alfonsinismo durante los 80 [...], el ciclo iniciado en mayo del 2003 es un movimiento de época y que, por lo tanto, parece lógico que el sector de la juventud que lo acompaña también lo sea. (307)

Este es el marco en el que emergen los jóvenes vinculados al kirchnerismo. Aparecen, políticamente, asumiendo un discurso fuertemente cuestionador, afín a las rebeldías juveniles. Este viene acompañado de la práctica de un gobierno dominada por rupturas y continuidades, muchas veces contradictoria con su propio «relato». La simbiosis de ambos elementos (discurso y práctica) se manifiesta en una exaltación de las batallas emprendidas otorgándoles un carácter épico, al gusto de las juventudes convocadas, mientras se encubren, con la complicidad del sistema y su prensa adicta, variadas y sustanciales acciones que constituyen una continuidad respecto de nuestras tradicionales ataduras. Existen diferentes políticas que testimonian lo anterior. Del mismo modo está presente una justa y dura crítica a los organismos financieros internacionales y una reivindicación del desendeudamiento. Pero ella es acompañada por el hecho de que la ganancia de los bancos sigue estando al tope del conjunto de las rentas empresariales. En cuanto al «desendeudamiento», este *consistió en pagar* buena parte de nuestra eterna «deuda externa», sin determinar la legitimidad originaria de la misma, manteniendo el «cepo» que ella significa sobre nuestra economía. Durante varios años el apoyo a una inconsistente «burguesía nacional» fue política de Estado, que todavía

tiene algunas manifestaciones. Pero no obstante el apoyo efectuado, la misma se reveló como inocua a la hora de defender los intereses nacionales. Ello fue presentado como una expresión de «argentinización» de la economía. Pero por el contrario, los datos evidencian el crecimiento de la concentración y extranjerización de la economía. Junto a la reivindicación de una política inclusiva, con fuerte presencia asistencialista, sobreviven los rasgos agroexportadores del modelo vigente y una matriz productiva defensora de la renta empresarial, todo lo cual actúa como reproductor de exclusión y pobreza.

Asistimos a una política cultural que, aunque está cargada de signos clasemedieros, es reivindicatoria de un pasado de lucha por la dignidad social, independencia nacional y unidad regional. Esta, junto a una amplificada política asistencialista, ha renovado las esperanzas en nuestras propias capacidades y es allí donde encontramos un generalizado «piso» para construir nuevas alternativas. No hay duda de que existen importantes sectores juveniles que se oponen a este modelo. Ese valioso dato de la realidad queda fuera de estas consideraciones. Aquí, lo que se quiere analizar es la práctica y destino de esa esperanza que ha sido recogida por una parte de la juventud generando dos formas de adhesión juvenil. Una, por parte de núcleos juveniles pertenecientes a los sectores medios, consistente en grupos de intensa militancia, fuerte adhesión y participación político-ideológica. La otra es la simpatía que despiertan en los sectores más populares. Allí, la adhesión, más que al «Modelo», está vinculada a los «Programas» de apoyo, como «Conectar», la multiplicación de planes sociales o acciones como «Fútbol para Todos». En este sentido, la práctica desarrollada está más cerca del «acompañamiento» que de la «participación».

Dentro de estos agrupamientos adherentes a la política kirchnerista, se encuentra La Cámpora. Los párrafos siguientes se concentrarán —sin negar a los demás— en esta construcción. De todas maneras, la aparición de Unidos y Organizados, conglomerado donde se articulan las principales fuerzas oficialistas, tiene a La Cámpora como principal componente.

En vida de Néstor Kirchner, La Cámpora como organización juvenil comenzaría siendo una forma de agrupamiento de pequeños núcleos de sectores medios, próximos al gobierno, que se referenciaban en el propio Néstor y su hijo, Máximo. Los nuevos instrumentos de comunicación sirvieron a La Cámpora y a través de ella al gobierno, para dirigirse a la actual generación de jóvenes. Su primer acto masivo se realizó pocas semanas antes del deceso de Néstor Kirchner. Su antecedente político-ideológico lo podemos encontrar en lo que se tiene

dicho acerca de las respuestas gubernamentales con motivo de la resolución 125. La recordación del Bicentenario constituiría el hecho de masas que despertó en el kirchnerismo la perspectiva de una trascendencia y fue alimentando la idea acerca de la necesidad de un agrupamiento de este tipo. Sin embargo sería la muerte de Néstor Kirchner, quien con su particular forma de construir y ejercer un liderazgo había despertado aquellas intensas adhesiones y otros —más tibios— acompañamientos, la que significara un punto de inflexión. Su manifestación evidente fue la presencia de una importante masa juvenil que acompañaría aquellos funerales.

A partir de ese momento, La Cámpora tuvo un crecimiento exponencial. Esto se puede verificar en su creciente presencia en el aparato estatal, también en el número y expansión geográfica de su militancia y organización. Estos avances fueron contemporáneos a la creciente influencia de Máximo quien, de hecho quedó como el principal consultor de su madre y nexo entre las demandas de la agrupación y la Presidenta. Este conjunto de elementos hizo que La Cámpora fuera tratada, por muchos analistas y sectores, como una creación gubernamental. Dicha explicación no da cuenta de la totalidad del fenómeno. Parece más cercano a la realidad considerar que se trata de un emergente juvenil asumido por el gobierno, en su más alta expresión. Desde ese sitial ha sido irradiada hacia el conjunto de la sociedad, a las distintas formaciones políticas y también al sistema institucional. Todo ello la ha erigido en el núcleo duro de la fuerza política gobernante, próximo a lo que puede considerarse un «Partido de gobierno». Se puede decir que La Cámpora es la dinámica de un gobierno con escasa dinámica respecto a la sociedad.

En este marco es bueno analizar a La Cámpora en relación con dos fenómenos juveniles de las últimas décadas: los Montoneros en los años setenta y la Coordinadora radical en los ochenta. Resulta indudable que, desde este punto de vista acotado, la intención de La Cámpora, en línea con el kirchnerismo y sus propias definiciones, se aproxima más a los Montoneros que a la Coordinadora. Esto es particularmente así en el núcleo de sus fundadores, algunos de los cuales son hijos de compañeros desaparecidos. No obstante ello, debido al entorno político institucional en el que se desarrollan y algunas definiciones de la superestructura estatal y política en la que se inscriben, se aproximan al marco en el que se desenvolviera la Coordinadora. La lucha armada, en medio de la que se desarrollara la potencialidad que alcanzamos los Montoneros, estuvo la mayor parte del tiempo alejada de aquellas prácticas que supone el ejercicio electoral. En cambio, tanto la Coordinadora como La Cámpora desplegaron su actividad en medio de

campañas electorales, candidaturas y las disputas internas que las mismas suponen. La mayor parte de la base juvenil que alberga La Cámpora aspira a realizar los cambios que forman parte del natural imaginario de este sector, profundizando el actual proceso institucional y las políticas económicas que desarrolla el gobierno. Pero más allá de los cambios producidos en la realidad, el discurso oficial al reivindicar la construcción de un «capitalismo serio» pone límites a la voluntad transformadora de la juventud. El planteo de la dirigencia de La Cámpora en el sentido de perseguir la *renovación juvenil de la clase política*, en la medida que no tiene un *programa propio* y tampoco está enraizada en los sectores sociales protagonistas del cambio, puede agotarse en un mero trasvasamiento dentro de los sectores medios. Estas condiciones son las que permiten que algunos consideren que «el rol de núcleo dinámico del alfonsinismo que desempeñó la Coordinadora funciona como el antecedente más adecuado para analizar el papel que podría jugar La Cámpora en el segundo mandato de Cristina». (308)

Por último parece importante destacar un aspecto sustancial con vistas al futuro de La Cámpora, su relación con el poder. Pues aquí se encuentra el núcleo central de la diferencia con la experiencia montonera. La Cámpora ha demostrado aptitudes para manejar un poder derivado, para multiplicar su propia fuerza a partir del mismo. De lo que —hasta ahora— no ha dado muestras es de su *independencia y autonomía respecto del poder*. Este seguidismo la lleva a no poder expresarse frente a situaciones claramente antipopulares y de gran peligrosidad. Algunas leyes votadas evidencian estos riesgos. Es el caso de la sanción de las leyes antiterroristas, exigidas desde los organismos internacionales de crédito. Otro caso destacable es la nueva ley sobre Riesgos del Trabajo (ART), que limita derechos de los trabajadores y fuera largamente solicitada por el sector empresarial, siendo votada en conjunto por el kirchnerismo y el macrismo. Por el contrario, el sector de la Generación del 66 expresado en Montoneros posiblemente haya pagado un tributo muy alto por sostener un proyecto propio y hacerlo ante un liderazgo tan potente como el de Perón. Los frutos de sostener este tipo de proyectos no siempre se visualizan en el corto tiempo de cada una de nuestras vidas. Sin embargo, ellos avanzan acompañando los tiempos de los pueblos y constituyen la energía que los mantiene de pie en ese largo transitar. Es la fuerza que enhebra a la rebeldía de las distintas generaciones juveniles en el camino por el que transita la humanidad, hacia una mayor dignidad y justicia. Esa es la idea que, en el lenguaje de su tiempo, sostuviera un conocido militante. Se trata de el «Hombre nuevo», reivindicado por Ernesto «Che» Guevara. Este

pensamiento también lo encontramos en una mujer que nuestro pueblo no olvida, Evita, quien sostuvo: «todo lo que se opone al pueblo me indigna hasta los límites extremos de mi rebeldía y de mis odios». (309)

Esta polémica cuestión acerca de la agenda propia, un ideario que recoja las inquietudes de la actual generación de jóvenes, en varios aspectos tiene que ver con el tema recurrente del Estado. Si creemos que es suficiente con que el actual Estado y sus instituciones sean reformadas o si, por el contrario, nos tenemos que introducir en la necesidad de refundar el Estado y las instituciones. Este será el tema de las consideraciones finales.

De todas maneras, en la cuestión de una *agenda propia*, está el límite y desafío más importante con el que hoy, como sucediera ayer y siempre, se enfrentan los agrupamientos juveniles. El sostenimiento de un proyecto y programa propios es lo que permite a estos agrupamientos generacionales proyectar su rebeldía para que esta se transforme en componente de los valores de la nueva sociedad. Según estas consideraciones y desde el punto de vista generacional, el problema *no es la participación en el Estado, sino el sentido que esta tiene*. Si esa participación no está guiada por el rumbo que tiene la generación del que un determinado agrupamiento forma parte, se corre el riesgo permanente de quedar envuelto y absorbido en los pliegues y repliegues de ese Estado y el natural pragmatismo de las cotidianas respuestas que debe proporcionar. En ese caso serán enterrados los sueños y domesticadas las rebeldías.

Resulta evidente que la definición acerca de los intereses y del sujeto social a partir de la cual se construye un agrupamiento resulta ser una de las claves de su futuro: ¿a quién se representa, a quién se quiere representar? Definida esa cuestión medular será ese sector, sus intereses y los cambios que persigue en cada momento histórico, los que den sentido al agrupamiento y a la generación que aspira realizar tales transformaciones. Cuando, por ejemplo, el primer peronismo tomara a los *trabajadores como su columna vertebral* o cuando su «actualización» en los años setenta afirmara que ese sector social debía ser la *cabeza del movimiento*, se estaba definiendo un aspecto sustancial del sujeto y sus objetivos. Naturalmente que, desde allí, se constituirían diversas alianzas. Ellas darían lugar a la conformación del Movimiento de Liberación y al Frente Nacional adecuados para cumplir las tareas de esas etapas. Concentrar la consideración en este agrupamiento no niega la existencia de distintos nucleamientos kirchneristas con los que tienen muchos puntos en común. La mencionada existencia de Unidos y Organizados es la manifestación organizativa de esos acuerdos.

Lo destacable de La Cámpora es su crecimiento y el hecho de haberse

constituido en un sector que no puede dejar de considerarse a la hora de analizar el actual período de gobierno. No obstante ello se puede considerar que respecto de la autonomía y agenda propias de La Cámpora, sus debilidades son compartidas por prácticamente todos estos sectores. Algo que se vincula con las ya señaladas características del gobierno en el que participan, que no genera condiciones para que existan organizaciones con intereses y objetivos autónomos con respecto al que está expresado por la cúspide del poder político e institucional.

Como suele ocurrir con los fenómenos sociales, ellos suelen manifestar, bajo condiciones propias, la situación general en un determinado momento. En estos tiempos el fenómeno juvenil ha vuelto a instalar su presencia en distintos puntos del universo. Desde este punto de vista lo que se ha particularizado en La Cámpora puede ser entendido como una forma de expresión local de esa voluntad juvenil por transformar la realidad. Aunque también es cierto que hay otros sectores que procuran esos cambios desde otras posiciones y modalidades, tampoco se debe olvidar la existencia de vastas franjas juveniles de quienes, estando excluidos, buscan azarosamente su forma de ser en un mundo que parece negarles el futuro. Aspectos de la actual violencia suburbana, incluidos algunos saqueos, son modalidades de esa búsqueda, aunque la misma se presente bajo características puramente destructivas o nihilistas.

Dentro de ese fenómeno mundial resulta particularmente significativa la respuesta de los grupos de jóvenes europeos. Puede resultar extraño que los jóvenes europeos le presten tanta atención, hasta el punto de adoptar el nombre derivado de su propuesta, a un veterano como Stéphane Hessel (nacido en octubre de 1917, exactamente en momentos que estallaba la insurrección rusa). Hessel publicó en 2011 su *¡Indignaos!,* desde donde convocaba a los jóvenes a indignarse frente a lo que ocurría a su alrededor y a luchar por un nuevo tipo de democracia. Las causas de estos fenómenos de rebeldías juveniles son claras y rotundas:

> En medio del crecimiento incesante de la desigualdad, en un planeta con 7000 millones de habitantes y donde el 43% tiene menos de veinticinco años, emerge un llamado a la sublevación de los pueblos y a dirigir la mirada hacia quienes han iniciado otro sendero: aquel por el cual los movimientos de masas van tomando conciencia de que las elites dominan porque la gente lo permite; el camino de la democracia directa o real, como la denominan ufanos los campantes en vista del modus vivendi microscópico ejercido por ellos mismos; una democracia participativa en la cual los ciudadanos posean capacidad de empoderamiento, voz y voto en las decisiones políticas más importantes. (310)

Esta juventud cree más en la democracia que se vive en las plazas, en las calles, en sus movilizaciones, que en la —muy limitada y formal— que se desarrolla en los debates parlamentarios. La primera surge de la voluntad de sus participantes y la segunda es hija de un sistema de representación política que se apropia de los intereses y voluntad colectiva. Resolver esta y otras contradicciones que atraviesa la humanidad actual es la tarea del futuro.

266. Sobrero, Rubén «Pollo»: «Un sindicato al servicio de los trabajadores y tren al servicio del pueblo», en VV.AA., *¿Que se vayan todos? A 10 años del 19 y 20 de diciembre de 2001*, Buenos Aires, Cooperativa Gráfica El río Suena, 2011, pp. 149-150.
267. Murúa, Eduardo «Vasco»: «Ocupar, resistir, producir», en VV.AA., *¿Que se vayan todos?...*, *op. cit.*, pp. 162-163.
268. Falcone, Jorge: *Pensando la patria sin copiarse. Reflexiones desde el nacionalismo revolucionario sobre la lucha popular en la Argentina del siglo XXI*, Buenos Aires, El Colectivo, 2011, p. 97.
269. Petras, James: «Las dos caras de las ONGs», *La Jornada*, México, 8 de agosto de 2000. Disponible en: <http://www.nodo50.org/pchiapas/varios/documentos/petras-ong.htm> (última consulta: 16/2/2013).
270. Flores, Rafael (Reportaje de Emiliano G. Arnáez): «Un abogado rival de CFK dice que su 'patrimonio no se justifica ni cerca'», *Perfil*, 28 de septiembre de 2012. Disponible en: <http://www.perfil.com/contenidos/2012/09/28/noticia_0024.html> (última consulta: 2/12/2012).
271. *Ibid.*
272. Véase el apartado «La autosuficiencia económica», del capítulo VI de este volumen.
273. Solanas, Fernando «Pino» (dir.): *Memorias del saqueo* (cinta cinematográfica), Argentina, Cinesur (Argentina), ADR Prod (Francia), Thelma Film (Suiza), 2003.
274. Terragno, Rodolfo: «Néstor Kirchner apoyó la privatización de YPF», *La Nación*, Buenos Aires, 25 de febrero de 2007. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/886509-nestor-kirchner-apoyo-la-privatizacion-de-ypf> (última consulta: 7/12/2012).
275. Kirchner, Néstor, citado en: «Las provincias petroleras hacen lobby por la aprobación», *Clarín*, Buenos Aires, 23 de septiembre de 1992; Agencia Télam: «Provincias petroleras apoyan la privatización de YPF», cable del 22 de septiembre de 1992. Disponible en: <http://ypf.telam.com.ar> (última consulta: 7/12/2012); Kofman, Diego: *Petrocidio. El saqueo del petróleo argentino, 1976-2006*, Rosario, Último Recurso, 2007.
276. Kirchner, Néstor citado en Terragno, Rodolfo: «Néstor Kirchner apoyó la privatización de YPF», *La Nación*, Buenos Aires, 25 de febrero de 2007.
277. Kirchner, Néstor: *Discursos del presidente Néstor Kirchner 2003-2007*, Primera parte, Cuadernos de la militancia, Buenos Aires, Punto Crítico, 2011, pp. 17-19.
278. Katz, Claudio: «Contrasentidos del neodesarrollismo», 9 de agosto de 2012. Disponible en: <http://katz.lahaine.org/?p=211> (última consulta: 7/12/2012).
279. Fernández, Cristina (discurso): «Acto de Presentación de las Conclusiones, Objetivos y Estrategias surgidas del Plan Estratégico Industrial Argentina 2020»,

Venado Tuerto, 4 de octubre de 2011. Disponible en: <http://www.presidencia.gob.ar/discursos/25441> (última consulta: 7/12/2012).
280. Paz, Pedro, citado en Gambina, Julio: «El proyecto político en busca del sujeto». Disponible en: <http://juliogambina.blogspot.com.ar> (última consulta: 16/2/2013).
281. Calvete, Miguel, citado en De Altube, Ramiro: «Los pilares del sostenimiento kirchnerista. A diez años de los inicios del régimen». Disponible en: <http://www.rebelion.org> (última consulta: 16/2/2013).
282. Aspiazu, Daniel; Manzanelli, Pablo; Schorr, Martín: *Concentración y extranjerización*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012, citado en Presman, Hugo, «A propósito del 8N: no te preocupes, es ni más ni menos que una ampliación de derechos», 6 de noviembre de 2012. Disp. en: <http://presmanhugo.blogspot.com.ar> (última consulta: 16/2/2013).
283. Sticco, Daniel: «La industria tiene menos peso que en los 90», *InfoBAE*, 9 de septiembre de 2012. Disponible en: <http://opinion.infobae.com/daniel-sticco/2012/09/06/la-industria-tiene-menos-peso-que-en-los-90> (última consulta: 7/12/2012).
284. Grabois, Juan: «La agenda oculta de los flexibilizadores progresistas». Disponible en: <http://www.agendaoculta.net/2012/10/la-agenda-oculta-de-los.html> (última consulta: 7/12/2012).
285. Katz, Claudio: art. cit.
286. Banco Mundial. Disponible en: <http://www.bancomundial.org/es/country/argentina> (última consulta 16/2/2013).
287. Grupo IMPA: Propuesta impulsada por Eduardo Murúa consistente en darle operatividad al artículo 14º bis de la Constitución Nacional reglamentando los mecanismos para que los derechos universales a la alimentación, salud, educación y vivienda estén a disposición de todos los ciudadanos y estos tengan acceso a los mismos.
288. Centro Mandela de Derechos Humanos: «Según el INDEC, en el Chaco ya no quedan más desocupados», 23 de agosto de 2012, y «El Centro Mandela sostiene que la desocupación real es de dos dígitos», 8 de octubre de 2012. Disponible en: <www.centromandela.com/?p=2978> y <www.centromandela.com/?p=3304> (última consulta: 7/12/2012).
289. Esteche, Fernando: «Megaminería y Malvinas. El Neocolonialismo del siglo XXI» (ponencia), *XVI Seminario «Los partidos y una nueva sociedad»,* México, 22, 23 y 24 de marzo de 2012 (organizado por el Partido del Trabajo de México). Disponible en: <http://mprquebracho.blogspot.com.ar/2012_03_01_archive.html> (última consulta: 7/12/2012).
290. «Polémica por la presencia de la bandera de Canadá. Los colores de la Barrick Gold en la Cordillera». Disponible en: <http://www.criticadigital.com/impresa/index.php?secc=nota&nid=38302> (última consulta: 7/12/2012).
291. Bonasso, Miguel: *El mal. El modelo K y la Barrick Gold*, Buenos Aires, Planeta, 2011, p. 25.
292. «Balance 2012 de las actividades mineras». Disponible en: <http://cyt-ar.com.ar/cyt-ar/index.php/Minería_en_Argentina> (última consulta: 7/12/2012).
293. *Noticias de la Calle*, Posadas, 18 de julio de 2010, p. 8. También en: Aranda, Darío: «Las provincias que rompen el hielo», *Página/12*, Buenos Aires, 12 de julio de 2010. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-149331-2010-07-12.html> (última consulta: 7/12/2012).
294. Nguyen Chi Vinh, citado en: «Estados Unidos y Viet Nam comenzaron una

limpieza conjunta de contaminación con agente naranja». Disponible en: Rel-UITA (Regional Latinoamericana, Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación) y <http://www.rebanadasderealidad.com.ar/uita-rel-12-25.htm> (última consulta: 7/12/2012).
295. Verbitsky, Horacio: «Verano del 96. El escandaloso expediente de la soja transgénica», *Página/12*, Buenos Aires, 26 de abril de 2009.
296. Federación de Centros y Entidades Gremiales de Acopiadores de Cereales: «Impulso a economía: prevén súpersoja para 2012/2013». Disponible en: <http://www.acopiadores.com.ar/noticias/impulso-a-economia-preven-supersoja-para-20122013-6238> (última consulta: 9/1/2013).
297. Aranda, Darío: «Asesinatos en el campo en pos de agronegocios». Disponible en: <http://darioaranda.wordpress.com> y <http://centroculturalalejandroolmos.blogspot.com> (última consulta: 16/2/2013).
298. Carrasco, Andrés (Director del Laboratorio Embriología Molecular de la UBA): «Glufosinato, un nuevo veneno», 3 de septiembre de 2012. Disponile en: <www.lavaca.org> (última consulta: 9/1/2013).
299. Svampa, Maristella, citado en Rebossio, Alejandro: «Brasil y Argentina lideran el avance mundial de los transgénicos». Disponible en: <http://blogs.elpais.com/eco-americano/2012/02/brasil-y-argentina-lideran-el-avance-mundial-de-los-transgénicos.html> (última consulta: 7/12/2012).
300. Scalabrini Ortiz, Raúl: *Política Británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Plus Ultra, 2001, pp. 202-226.
301. Rofman, Alejandro: «Indicadores y evidencias», *Página/12*, Sección Economía, Buenos Aires, 28 de septiembre de 2012.
302. Natanson, José: *Por qué los jóvenes están volviendo a la política. De los indignados a La Cámpora*, Buenos Aires, Debate, 2012, p. 15.
303. Pigna, Felipe: «Bernardo de Monteagudo, 1789/1825». Disponible en: <http://www.elhistoriador.com.ar> (última consulta: 7/12/2012); Famin, César Frédéric: *Historia de Chile*, Barcelona, Imprenta del Guardia Nacional, 1839, p. 65.
304. Lapolla, Alberto: «La patria grande perdida. El Congreso de Tucumán y el proyecto del Rey Inca de Belgrano, San Martín y Güemes». Disponible en: <http://www.elhistoriador.com.ar> (última consulta: 7/12/12).
305. Soca, Francisco: *Selección de discursos*, vol. 2, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1972, p. 344, citado en Biagini, Hugo, *La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados*, Buenos Aires, Capital intelectual, 2012, p. 377.
306. IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana). Disponible en: <http://www.iirsa.org> (última consulta: 16/2/2013).
307. Natanson, José: *op. cit.*, p. 122.
308. Natansón, José: *op. cit.*, p. 148.
309. Perón, Eva: *Mi mensaje. El testamento silenciado de Evita*, Buenos Aires, Futuro, 1994, p. 59.
310. Biagini, Hugo: *op. cit.*, p. 454.

Capítulo X

Resistir construyendo y pensando en las próximas generaciones, no en las próximas elecciones

El planeta, nuestro hogar mayor, en peligro — ¿Y si nos proponemos poner fin al capitalismo explotador? — Construir una segunda y definitiva independencia nuestro-americana — Refundación del Estado y construcción de la democracia — Proceso constituyente y nuevo poder — Del poder constituido al poder constituyente

En las postrimerías de estas reflexiones, en momentos en que la vida cotidiana y diversas coyunturas absorben tiempo y sueños de la mayoría de los contemporáneos, es interesante colocar otra mirada sobre la realidad. Ya no se trata de hacerlo desde la finitud y limitaciones de la existencia personal de cada uno de nosotros sino hacerlo desde los largos tiempos de los pueblos. Con ese extenso futuro por delante, analizar los compromisos que permitan responder a la situación actual es tarea de las generaciones jóvenes más que del otoño de quien esto escribe. Es por esto que estas reflexiones no pretenden una respuesta maximalista en la coyuntura, del mismo modo que no la tuvimos en los años setenta. Pero sí consideran que la dirección de las medidas adoptadas en estas circunstancias y el futuro inmediato deben encaminarse hacia un rumbo que sirva a la historia de los pueblos y no se agote en la política del «pan para hoy y hambre para mañana», que puede beneficiar a los gobiernos de turno pero no al futuro de las mayorías populares. De ahí el riesgo que entraña esta peligrosa combinación de un efectivo extractivismo que nos integra a las demandas trasnacionales e imperiales y retribuye con un necesario aunque débil asistencialismo que no termina de resolver los problemas de hambre, pobreza y exclusión al no modificarse sustancialmente la matriz de reparto de los ingresos. Estas tendencias que afectan la vida cotidiana de gran parte de nuestros hermanos tampoco contribuyen a construir la soberanía del pueblo sobre sus bienes comunes y su futuro, limitando la necesaria soberanía popular y vaciando de contenido a la democracia imperante.

Por eso vale la pena mirar de dónde venimos para que los dichos a propósito de quiénes somos adviertan sobre la posibilidad y, muy posiblemente, la necesidad de recorrer otros caminos. Mirando *desde abajo y hacia adentro*, se puede afirmar que somos parte de una historia

de pueblos conquistados y colonizados.

El occidente europeo, modelado por la revolución burguesa devenida en capitalista, fue el mentor de la cultura impuesta. Esta situación no alcanzó a ser modificada por la independencia política del reino de España. Distintos territorios de nuestra patria fueron regados por la sangre de pueblos originarios, negros y criollos pobres en pos de una independencia que terminaría al servicio de fragmentadores intereses foráneos instrumentando a burguesías nativas. Las ocho masivas sublevaciones de los gauchos «enganchados» para pelear contra los hermanos paraguayos es un símbolo de esta política. (311)

El fracaso de la unidad de nuestra América fue también el fracaso de nuestros caudillos federales y de los gauchos que integraban su tropa. Todos ellos, cuando arreciaba el ataque de las fuerzas unitarias, muchas veces tuvieron en las tolderías la retaguardia de sus luchas, tal como lo destaca Hugo Chumbita, en su libro *Jinetes rebeldes*. Esa dolorosa pelea por sostener el despliegue interno respetando la dignidad de pueblos nativos culminó avasallada por la coalición de tránsfugas locales e intereses extranjeros.

En ese ambiente se desarrolló la primera generación montonera. Facundo Quiroga expulsando en 1826 a Francis Bond Head, súbdito británico y funcionario de River Plate Mining Association —empresa creada por Bernardino Rivadavia y los ingleses para explotar el oro de Famatina— es el símbolo de aquellos tiempos y de la resistencia montonera. Su «retirada», según la leyenda popular, atado a la montura de un burro mirando para atrás para que Facundo pudiera verle la cara, indica la resistencia de nuestro pueblo al ignominioso saqueo, primero fracasado, luego perpetrado.

Con el protagonismo desarrollado para hacer realidad el PV a través del «Luche y Vuelve», los Montoneros en su versión del siglo XX alcanzamos nuestra máxima expresión. Esta sería deshilachada en los años siguientes, según las constancias reflejadas en los capítulos precedentes.

Esas luchas montoneras, las que las precedieron y muy posiblemente las que las sucedan, reconocen en el *nacionalismo popular revolucionario* su punto de síntesis en la tarea de bregar por la emancipación social y patriótica, ya que es el contorno de toda nuestra América lo que le da sentido y posibilidades de consolidación a esta lucha.

Antes de ingresar a la consideración de las características de las acciones que abran el camino del porvenir, es bueno señalar algunas cuestiones acerca del entorno general en que podremos desplegar estas acciones.

Vamos a resumir estas ideas en torno a dos campos, ¿cómo están

ellos?; ¿qué nos pasa nosotros?

«Ellos» son los que se consideran el centro. Los que irradiaron cultura, poder y dominación. «Nosotros» somos, para ellos, la periferia. Más allá de nuestros orígenes personales, somos la continuidad histórica de los «descubiertos», los «conquistados», somos aquellos que aceptamos, nos adaptamos y, a veces, nos rebelamos en contra de ese modelo colonizador, contra sus reglas e instituciones.

Sin negar aquel principio que establece que «el mundo se está achicando», ni las complejidades crecientes del continuo proceso de globalización, adopto la modesta sencillez de esas categorías elementales y binarias para saber dónde estamos parados.

El «Ellos» constituido por los «países centrales» está atravesado por una crisis civilizatoria atada a dos rasgos predominantes, profundamente vinculados: la decadencia de la cultura occidental, de la que seguimos siendo tributarios, y la crisis capitalista, sistema en el que estamos inscriptos.

La cultura occidental atada al capitalismo vigente fue la característica del poder dominante en los últimos siglos. Su situación actual abre un enorme campo de posibilidades a nuestros pueblos. Esta realidad tiene diversos abordajes. Señalaremos algunos de ellos. Para darle una mayor proximidad se apelará a elaboraciones de pensadores argentinos, todos ellos contemporáneos.

Utilizando los «ciclos de Kondratiev»,* Firmenich explica la crisis actual sosteniendo que esta tiene que ver con un reordenamiento del sistema mundial. Según esa visión, centrada en un análisis coyuntural en el marco del agotamiento de un ciclo y el inicio de otro, se trata de una lucha por la distribución de los nuevos excedentes. Lo fundamenta diciendo que

> Desde 1968-1970 hasta aproximadamente 1995-1996 hemos vivido la onda larga descendente del ciclo automotor-petróleo, iniciado entre 1940 y 1945. Puede sostenerse la hipótesis de que aproximadamente en 1995 se ha iniciado la onda larga ascendente de un nuevo ciclo, al que podemos denominar «telemático». La telemática es la integración de las telecomunicaciones con la informática. Desde esta perspectiva, este nuevo ciclo está basado en la integración de la industria de la navegación espacial con los satélites de comunicaciones, la telefonía de fibra óptica y las computadoras básicas, las nuevas fuentes de energía (combustibles sólidos para los cohetes espaciales y energía solar) y las nuevas industrias de consumo masivo estratégicas. (312)

También apelando a los «ciclos de Kondratiev», Mauricio Prelooker anuncia que el cuarto ciclo, iniciado hacia 1948, no tendría continuidad en un quinto, creando la condiciones para su implosión. Desde una perspectiva de más largo plazo plantea:

> Este sistema, en suma, se hunde bajo la acción de las fuerzas que ha desencadenado y que ahora operan sobre él desde adentro y afuera. El factor inmediato que lo condena a la desaparición es la total insuficiencia de la inversión productiva, privada y pública. Desfinanciado y desmonetizado, el sistema económico ha perdido la capacidad de satisfacer la necesidad de la gente de ganar dinero con su trabajo y gastarlo para vivir. Pero esta es la esencia misma de la «economía de mercado». En síntesis, en la etapa terminal de su evolución este régimen está en vías de desaparición a través de un proceso combinado de Contracción, Exclusión e Implosión. (313)

Cuando la mirada se posa en los aspectos histórico-civilizatorios, tal como lo hace Jorge Beinstein, la evaluación sobre la decadencia del sistema mundial, en su conjunto, es mucho más profunda y generalizada:

> Es el mundo burgués en su totalidad el que ha iniciado su autodestrucción y no solo sus elites, es toda una civilización con sus jerarquías y mecanismos de reproducción simbólica, productiva, etc., que llega a su techo histórico y comienza a contraerse, a desordenarse pretendiendo arrastrar a todos sus integrantes, centro y periferia, privilegiados y marginales, opresores y oprimidos... el naufragio incluye a todos los pasajeros del barco.
> La autodestrucción aparece como la culminación de la decadencia y abarca al conjunto de la civilización burguesa no como un fenómeno «estructural» sino como totalidad histórica con todas sus herencias a cuestas: culturales, militares, productivas, institucionales, religiosas, tecnológicas, morales, científicas, etc. Se trata de la etapa descendente de un prolongado proceso civilizacional con un auge de algo más de doscientos años precedido por una prolongada etapa preparatoria y que llegó a asumir una dimensión planetaria. (314)

Estas diferentes percepciones sobre la crisis actual no las debemos entender como contradictorias sino como distintas ópticas para comprender lo que está ocurriendo. Firmenich propone alternativas inmediatas a la vigencia del modelo neoliberal: «un modelo de desarrollo nacional y global socialmente justo, económicamente eficiente, políticamente pluralista y ecológicamente sustentable». (315) En cambio, los trabajos de Prelooker y Beinstein apuntan a las perspectivas de largo plazo de la crisis sistémica en la que estamos inmersos.

Las páginas siguientes, con las que culmino estas reflexiones personales sobre la historia de una generación, aspiro cerrarlas colocando algunas ideas que ayuden a elaborar caminos futuros. Ellos no aspiran ser realizados en la coyuntura inmediata pero sí que sirvan para darle sentido a las luchas pendientes, más allá de los gobiernos de turno con los que habrá que lidiar.

Sí espero que ellas puedan servir a los protagonistas actuales para

construir los programas y estrategias que permitan avanzar en medio de los avatares de las coyunturas que les toque atravesar.

En estas páginas finales se mostrará el sinsentido e inviabilidad futura de los rumbos actuales. Por eso comenzamos diciendo que optamos por pensar en las próximas generaciones más que en las próximas elecciones.

El planeta, nuestro hogar mayor, en peligro

Este planeta Tierra es el sitio donde vivimos y en el que habitarán las generaciones futuras, nos provee todo aquello que nos permite tener vida y poder reproducirla. Cuando lo afectamos indebidamente no solo actuamos con irresponsabilidad respecto de los contemporáneos con quienes compartimos la aventura de convivir en él sino que comprometemos el futuro de los que vendrán. Asumir que no somos dueños del planeta sino que lo hemos recibido de otras generaciones para entregárselo a las próximas, es una cuestión que no está suficientemente incorporada a nuestra vida cotidiana.

Leonardo Boff, el conocido teólogo, educador y escritor brasileño nos recuerda que

> el 22 de abril de 2009 la Asamblea General de las Naciones Unidas en su 63º sesión aprobó por unanimidad el proyecto presentado por el Presidente de Bolivia, Evo Morales Ayma, de que todo 22 de abril sea celebrado como el Día Internacional de la Madre Tierra. Ya no se trata del Día de la Tierra, sino del Día de la Madre Tierra. (316)

A partir de esta declaración son muchas las voces que consideran que si el siglo XX puede ser considerado como el siglo donde los «Derechos Humanos» —al menos formalmente— ocuparon el centro de la escena, en el siglo XXI ese lugar será ocupado por la Tierra y sus propios derechos. Esta visión nos obliga a repensar nuestra visión antropocéntrica sobre el universo y sus relaciones.

Considerar a nuestro planeta como Madre Tierra implica un salto importante para comprender el rol de la tierra en la vida y desarrollo de la humanidad actual y futura. Fundamentalmente pasa de ser un objeto pasivo, sujeto a la «dominación» de los humanos, a constituirse en un sujeto activo con derechos propios al que todos debemos respeto y consideración. Este reconocimiento nos vincula con los pensamientos ancestrales, de los que nuestras culturas andinas y su reivindicación de la Pacha Mama constituyen uno de sus puntos más expresivos.

Nosotros, como seres conscientes, somos la parte pensante de la tierra y tenemos las mayores responsabilidades en el cuidado de nuestro hogar común. El primero y principal derecho que le debemos reconocer

a la tierra ya fue expuesto por Evo Morales en su presentación ante las Naciones Unidas, es el de asegurarle la posibilidad de regeneración de su biocapacidad como Madre Tierra.

Cuando extraemos recursos por encima de la biocapacidad reproductiva, cuando nuestro consumo es superior a esa posibilidad de regeneración, estamos atentando contra sus derechos, contra los que tienen nuestros contemporáneos y estamos limitando las perspectivas de las generaciones sobrevinientes.

En este sentido es absolutamente válida la afirmación hecha por Fidel Castro respecto de que los países más ricos derrocharán «en cien años más el resto del combustible gaseoso, líquido y sólido que la naturaleza tardó cuatrocientos millones de años en crear». (317) Esto ha sido particularmente grave en los últimos dos siglos, con los gigantescos avances científico técnicos producidos, que han permitido multiplicar la población sobre la tierra pero también han traído los elementos que contienen los peligros futuros.

En los últimos tiempos se ha avanzado en la idea que el mundo tiene una capacidad limitada, que es finito, que solo puede soportar un cierto consumo humano. A partir de esta idea se ha desarrollado el concepto de «huella ecológica». La podemos entender como el impacto ambiental que produce la demanda de un determinado nivel de consumo.

Esto lo podemos medir en lo individual, en determinados grupos humanos, en naciones y también en la globalidad de la humanidad. Está en directa relación con la capacidad de la tierra para regenerar ese recurso. Por eso el número de la «huella ecológica» se determina en función de la cantidad de hectáreas bioproductivas que demanda el consumo de un determinado grupo humano. Estableciendo la relación entre población y territorio, la cifra mundial establece la necesidad de 2,7 hectáreas bioproductivas por persona. «Pero los promedios son el más engañoso de los indicadores, porque un europeo o un norteamericano necesitan más de 6 hectáreas, un argentino 2,3 y un africano menos de una hectárea.» (318) De estos datos surgen dos conclusiones sobre las que vale la pena reflexionar. Una de ellas nos dice que si el conjunto de la humanidad actual tuviera el nivel de consumo de los países desarrollados, harían falta más de dos planetas Tierra para sustentar ese consumo. La otra evidencia es la disparidad en el consumo entre las diferentes regiones del planeta, de lo que se deduce la inviabilidad del actual «modelo de desarrollo» propuesto como objetivo. La idea, tan en boga, de «países en vías de desarrollo» es parte de ese discurso imposible de alcanzar porque hacerlo significaría la destrucción del planeta.

Algunos lo formulan desde la ignorancia, aunque lo hagan de buena

fe. Otros lo hacen desde el cinismo de saber de su imposibilidad, sirviendo a la legitimación del poder alcanzado por los poderosos. Colocándose a la cabeza de un ideal —que saben inalcanzable— procuran evitar que los pueblos descubran la causa de sus males. Para hacerlo, encubren los mecanismos que les permitieron llegar a ese sitial mediante saqueos, conquista, ocupaciones o diferentes tipos o formas de expoliaciones. Ese mismo discurso sirve para «demostrar su superioridad» y la del modelo social y productivo que les permitió llegar a ese lugar privilegiado. Ese es el discurso occidental que, mediante un dominio colonial y neocolonial y una prédica de siglos, es el sustento de nuestro bagaje cultural e histórico.

Aquel «hacerse la América» que guiara los pasos de gran parte de la inmigración proveniente de Europa a fines del siglo XIX e inicios del XX, se fundió con el culto al progreso, una de las expresiones más significativas de la cultura moderna.

Una de las características de esa cultura y de la civilización occidental —considerada «universal»— que la contuvo, es la disociación de lo humano respecto de la naturaleza. De esa manera, el sistema científico-técnico en que basó su desarrollo y esplendor, estuvo asentado sobre la idea de que la tierra estaba sujeta a las necesidades depredadoras del sistema dominante. Esta concepción no ha sido modificada por quienes, como los chinos, se sumaron a tal depredación desde una perspectiva originariamente no capitalista.

La revolución tecnológica del capitalismo fue colocada en el centro del sistema, de su universalización y de sus avances futuros. El paso del tiempo fue incorporando la perspectiva de esos adelantos que iban de la mano con otros fenómenos insostenibles, pero la degradación del entorno ambiental y la incapacidad de integrar a vastos sectores de la humanidad, iría señalando sus límites.

Estas cuestiones constituyen irresueltos temas cotidianos. Pueblos de todo el orbe los padecen. Investigadores sociales y científicos de las más diferentes disciplinas se esfuerzan por encontrar soluciones. No faltan quienes otean el horizonte de otros planetas, buscando los recursos que le permitan dar continuidad a este modelo, sin faltar aquellos que sueñan con generar las condiciones que les permitan desarrollar su propia vida fuera de este planeta.

La actual crisis civilizatoria es universal y demanda respuestas del mismo nivel. Desde este punto de vista no tendremos posibilidades de una humanidad amigable con la naturaleza mientras subsista este capitalismo guiado por las crecientes necesidades de mayores ganancias y el consumismo que las sostiene.

Sabemos de qué modo la publicidad incita a este consumismo, cuyos

gustos día a día se van haciendo más universales y comunes a toda la humanidad. Sin embargo, hay otra universalidad que, como una cara oculta, acompaña a ese fenómeno globalizante. Se trata de sus consecuencias negativas: el calentamiento global, las dificultades para el aprovisionamiento de agua potable, el constante proceso de desertificación, la polución y el envenenamiento de aguas y tierras, son algunas de sus manifestaciones.

Las reglas del juego vigentes establecen que menos de un 20% de la población, con un alto nivel de ingresos, puede consumir y derrochar casi sin límites. Lo hace al costo de que más del 80% restante solo pueda observar cómo se van agotando progresivamente escasos recursos, que son vitales para su sobrevivencia.

Si bien tal degradación es global, las respuestas las tendremos que ir dando de acuerdo a las características de nuestras sociedades, pues cada una de ellas fue integrada de un modo específico al sistema mundial. En nuestro caso, a partir del fracaso de la unidad de nuestra América en las primeras décadas del siglo XIX, se desató una dura lucha interna que décadas después terminaría con la liquidación de los intentos de una mayor autonomía por parte de nuestros caudillos federales.

La Generación del 80, teniendo como protagonistas a los productores ganaderos y saladeros bonaerenses y al puerto de Buenos Aires, nos integró al mercado mundial (inglés, por aquel entonces), quedando formal, institucional y económicamente ligados al sistema mundial. No es que antes no lo estuviéramos, de hecho la «Conquista» haría posible una acumulación originaria que facilitaría las condiciones para la «explosión» que significara, tiempo después, el capitalismo industrial. La novedad es que ahora lo haríamos como «nación independiente». Bajo esas condiciones quedamos al servicio del naciente capitalismo industrial, facilitando alimentos a los millones de campesinos que se urbanizaban incorporándose a ese modo de producción. La condición para esa integración era la «ventaja natural» que ofrecía la ancha capa de humus de las extensas tierras de la pampa húmeda.

Si bien durante el gobierno peronista que transcurriera entre 1945 y 1955 hubo atisbos por superar esa situación, nunca logramos quebrar la hegemonía de ese predominio impuesto por el desarrollo del capitalismo occidental. Hubo leyes, comenzando —como más adelante veremos— por la propia Constitución de 1853, que lo legalizan. Se trata de un sistema económico al cual fuimos integrados como factores dependientes. Una moral, la cristiana occidental, que lo sostiene, con sus Iglesias como guardianes. La mayoría de los distintos medios culturales, particularmente los de mayor masividad, naturalizan esta

situación reconociéndonos como parte de esa cultura decadente, considerada como propia.

En las últimas décadas se fortalecieron los lazos que nos atan a ese modelo de desarrollo. En los años recientes, aquella «ventaja natural» que aprovechó la Generación del 80 (del siglo XIX) fue complementada, a partir de los años noventa (del siglo XX), con los nuevos conocimientos provenientes de la biotecnología y una amplificada explotación minera y, más recientemente, las nuevas modalidades para la explotación de petróleo y gas.

De esta manera quedamos plenamente integrados a las características extractivistas del capitalismo actual.

Nuestra «huella ecológica» carga sobre sus espaldas las necesidades y debilidades de las «huellas» de los países más poderosos en materia de agua, nutrientes de la tierra, minerales. En muchos casos la regeneración de estos componentes es prácticamente imposible, dado que ello demanda millones de años. Todo esto sin considerar las agresiones a la salud que muchas de estas actividades producen.

Procurando integrar estas cuestiones, aparentemente nihilistas o catastróficas, con la realidad política tratada en los capítulos anteriores, vale la pena traer a colación algunas reflexiones de Perón efectuadas en su «Mensaje Ambiental a los Pueblos y Gobiernos del Mundo» (Madrid, 21 de febrero de 1972). Estas ratifican lo dicho con la vigencia que tiene sus expresiones:

> Creemos que ha llegado la hora en que todos los pueblos y gobiernos del mundo cobren conciencia de la marcha suicida que la humanidad ha emprendido a través de la contaminación del medio ambiente y la biósfera, la dilapidación de los recursos naturales, el crecimiento sin freno de la población y la sobreestimación de la tecnología y la necesidad de invertir de inmediato la dirección de esta marcha, a través de una acción mancomunada internacional [...]. El ser humano ya no puede ser concebido independientemente del medio ambiente que él mismo ha creado. Ya es una poderosa fuerza biológica, y si continúa destruyendo los recursos vitales que le brinda la Tierra, sólo puede esperar verdaderas catástrofes sociales para las próximas décadas. La humanidad está cambiando las condiciones de vida con tal rapidez que no llega a adaptarse a las nuevas condiciones. Su acción va más rápido que su captación de la realidad y el hombre no ha llegado a comprender, entre otras cosas, que los recursos vitales para él y sus descendientes derivan de la naturaleza y no de su poder mental. De este modo, a diario, su vida se transforma en una interminable cadena de contradicciones. En el último siglo ha saqueado continentes enteros y le ha bastado un par de décadas para convertir ríos y mares en basurales, y el aire de las grandes ciudades en un gas tóxico y espeso. Inventó el automóvil para facilitar su traslado, pero ahora ha erigido una civilización del automóvil que se asienta sobre un cúmulo de problemas de circulación, urbanización,

> inmunidad y contaminación en las ciudades y se agravan las consecuencias de la vida sedentaria. Las mal llamadas «Sociedades de Consumo», son, en realidad, sistemas sociales de despilfarro masivo, basados en el gasto, por lo que el gusto produce lucro. No menos grave resulta el hecho de que los sistemas sociales de despilfarro de los países tecnológicamente más avanzados funcione mediante el consumo de ingentes recursos naturales aportados por el Tercer Mundo [...]. Lo peor es que, debido a la existencia de poderosos intereses creados o por la falsa creencia generalizada de que los recursos naturales vitales para el hombre son inagotables. [...] La separación dentro de la humanidad se está agudizando de modo tan visible que parece que estuviera constituida por más de una especie. [...] En cambio, todavía no existe un conocimiento mundialmente difundido acerca del problema planteado por el despilfarro de agua dulce, tanto para el consumo humano como para la agricultura. La liquidación de aguas profundas ya ha convertido en desiertos extensas zonas otrora fértiles del globo, y los ríos han pasado a ser desagües cloacales más que fuentes de agua potable o vías de comunicación. [...] A la irracionalidad del suicidio colectivo debemos responder con la racionalidad del deseo de supervivencia [...], una modificación de las estructuras sociales y productivas en todo el mundo, en particular en los países de alta tecnología donde rige la economía de mercado, y el surgimiento de una convivencia biológica dentro de la humanidad y entre la humanidad y el resto de la naturaleza [...]. La tecnología es un arma de doble filo, [...] el llamado progreso debe tener un límite [...], habrá que renunciar a alguna de las comodidades que nos ha brindado la civilización; la naturaleza debe ser restaurada en todo lo posible que los recursos naturales resultan aceptables y por lo tanto deben ser cuidados y racionalmente utilizados por el hombre [...]. Necesitamos nuevos modelos de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que, al mismo tiempo que den prioridad a la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano, racionen el consumo de recursos naturales y disminuyan al mínimo posible la contaminación ambiental [...]. La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo implica que el lucro y el despilfarro no pueden seguir siendo el motor básico de sociedad alguna. Y que la justicia social debe exigirse en la base de todo sistema [...]. Este, en su conjunto, no es un problema más de la humanidad; es el problema. (319)

Desde esta óptica, la crisis del sistema nos da un margen mayor para pensar desde nosotros mismos. Dejar de ser *la periferia* para constituirnos en *el centro* que nace de nuestra propia autenticidad. (320) Desde allí podremos recuperar la soberanía sobre los bienes naturales comunes, aquellos que se conocen como nuestros recursos naturales. Ellos son un componente de ese centro que debemos construir. Estas posibilidades, en la medida que pasa el tiempo y se ahonda la crisis civilizatoria, se van transformando en una necesidad para evitar que descarguen sobre nosotros los aspectos más duros de su propia crisis.

Nada de ello niega el camino a la universalización. Pero esta no puede ser el efecto de una imposición imperial del mundo capitalista occidental sino el camino de soberanías diversas que van convergiendo.

¿Y si nos proponemos poner fin al capitalismo explotador?

Hay una cuestión sobre la que no caben discusiones: la economía actual, organizada según el capitalismo vigente, está en crisis. En esta oportunidad ella afecta y se hace particularmente visible en los países más ricos, en Europa y Estados Unidos.
De su evolución recibimos cotidianas noticias. Nuestros gobernantes nos explican que nuestras dificultades encuentran allí la principal causa de los propios problemas cotidianos. Los organismos internacionales se dicen ocupados y preocupados por el desenvolvimiento y futuro de esta situación. Detalles de la crisis forman parte de las informaciones de cualquier periódico de estos tiempos, al igual que de las pantallas televisivas. Algunas de sus manifestaciones, corporizadas en la situación de algún familiar o amigo, las oímos en múltiples conversaciones de sobremesa en las casas de familia, en las charlas de oficina o en los bares. A los efectos de estas reflexiones no nos interesan tanto los datos de esta crisis como algunas de sus características.

Parece especialmente importante saber el lugar que ocupa la persona, el ser humano, dentro de este sistema que cruje. Es claro que tenemos por delante el desafío del cambio de subjetividad de los propios sujetos y su historia. Allí chocan los cambios que la realidad va demandando y la inseguridad del lugar futuro.

Todo ello acarrea una situación donde convive un cierto progresismo en materia de cultura y valores pero sin romper lazos con el sistema colonialista o neo colonialista en el que está inserto. En este sentido hemos sido informados y formados en conceptos sustentados en matrices de pensamiento fundadas en conceptos que niegan la realidad.

Milton Friedman, uno de los teóricos del capitalismo contemporáneo, considera que «la organización del grueso de la actividad económica a través de empresas privadas en un mercado libre —una forma de organización que llamaré capitalismo competitivo— es una condición necesaria de la libertad individual. (321) Esta rotunda afirmación de uno de los pensadores más importantes de lo que se ha conocido como neoliberalismo es bueno compararla con la realidad del mundo de la economía. Veamos el comportamiento real del mundo económico, frente al tema de competitividad y libertad.

Tres integrantes (Stefania Vitali, James B. Glattfelder y Stefano Battiston) del Instituto Federal Suizo de Tecnología, de Zúrich (Suiza),

culminaron una investigación sobre la arquitectura de la economía mundial, procurando desentrañar el funcionamiento de la economía global a los fines de darle una mayor estabilidad al sistema. Publicaron su trabajo el 26 de octubre de 2011, bajo el título «La red de control corporativo global» (*The Network of Global Corporate Control*) en la revista científica *PlosOne*. (322)

Según la información existente, utilizaron una base de datos (Orbis 2007) donde hay una lista de 37 millones de empresas e inversores de todo el mundo. De allí pudieron extraer un conjunto de 43.060 corporaciones trasnacionales vinculadas entre sí. Trabajando sobre la interconectividad de las mismas llegaron a un núcleo de 1318 empresas, cuyas facturaciones representaban el 60% del total mundial. Dando un paso más, encontraron una «superentidad» de 147 empresas, que controla o posee el 40% de la riqueza global. Ese es el «núcleo duro». Dentro de ese grupo, la inmensa mayoría de las 50 más importantes corresponde al sector financiero, comenzando por el Barclays Bank.

Al publicarse el informe en la revista *PlosOne*, sus autores escribieron:

> La estructura de la red de control de las empresas trasnacionales afecta a la competencia del mercado mundial y la estabilidad financiera. [...] Encontramos que las corporaciones trasnacionales forman una gigantesca estructura como corbata de lazo y que una gran parte de los flujos de control conducen a un pequeño núcleo muy unido de instituciones financieras. (323)

Allí, en ese pequeño grupo de empresas y hombres de negocios, radica el poder económico mundial. Esta es la brutal realidad del «capitalismo competitivo» del que hablaba Friedman. Cuando se dice «hombres de negocios» no es una frase condescendiente con una costumbre expresiva. No, ella refleja otra de las características del capitalismo actual. Según investigación de David Rothkopf, ex director gerente de Kissinger Associates, el 94% de los integrantes de esos grupos son «hombres», predominantemente de «raza blanca» (europeos y estadounidenses). (324) En ese selecto grupo están los que deciden. Lo hacen desde instituciones como el G7, el G20, la OTAN. También desde esa particular trilogía constituida por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC). También desde el complejo universo donde confluyen bancos, ONGs, empresas trasnacionales, organismos de seguridad, proveedores de equipos de defensa y también funcionarios gubernamentales, encargados de ejecutar sus acuerdos y ver cómo satisfacen los diferentes intereses cuando priman los desacuerdos. Integran, asimismo, esa privilegiada minoría los integrantes de algunas organizaciones informales como el Grupo Bilderberg, la Comisión

Trilateral y los convocantes a las reuniones de Davos, lugares a los que siempre rodea un aire conspirativo.

Todo este entretejido de voluntades es una muestra cabal de cómo se despliega la concentración global. Las posibilidades de concentración no se limitan al aspecto económico sino que avanzan en todos los órdenes de la vida, la homogeneización en los gustos y patrones de consumo son manifestaciones de esta tendencia. Su invasión sobre la vida privada de las personas ha dado un paso gigantesco con la aplicación de las tecnologías informáticas. Eso les permite tener la posibilidad de acceder al conjunto de datos que circulan por el sistema de redes mundiales: Internet, Facebook, Twitter y conocer la vida, costumbres, deseos y expectativas de gran parte de la humanidad. Allí encuentran una buena parte de los insumos básicos para moldear las cuestiones que atañen a lo que denominan «seguridad global». Esa misma información también sirve para amplificar sus redes de negocios, definiendo con más precisión el perfil de los productos destinados a específicos grupos de consumidores.

Acerca de la lógica que guía al capitalismo es sabido que la ganancia, el lucro, constituyen el motor que sostiene su marcha. Nadie puede ignorar que el consumo es la clave para alcanzar esos objetivos. Esa mecánica ha hecho que el consumo se haya constituido en el mecanismo más significativo a la hora de determinar el lugar que cada persona tiene en la sociedad. Ya ni siquiera se consume para tener sino que da la impresión de que el consumo define el modo de ser. Bajo esa perspectiva, las personas se van asemejando a una mercancía más. De esta forma, el creciente consumo irracional y superfluo se va transformando en un techo para el sistema que debe sostener. Ello es lo que permite plantear una de las vertientes del proceso de autodestrucción del conjunto. Esta apreciación es compartida por defensores del sistema como Nouriel Roubini, quien anticipara la crisis financiera de 2008. En 2011, escribió:

> Parece que Karl Marx estuvo parcialmente en lo correcto al argumentar que la globalización, la intermediación financiera fuera de control, y la redistribución del ingreso y la riqueza de los trabajadores en beneficio del capital podría llevar al capitalismo a su autodestrucción (sin embargo se demostró que su idea de que el socialismo da mejores resultados fue errónea). Las empresas están recortando puestos de trabajo porque no hay suficiente demanda final. Sin embargo, al recortar puestos de trabajo se reduce el ingreso de los trabajadores, se aumenta la desigualdad y se reduce la demanda final. (325)

Este es el estado y destino de la economía capitalista impuesta por la moderna cultura occidental. En el centro de la misma, en los países más

ricos, en Europa y Estados Unidos, se están manifestando los síntomas de sus limitaciones.

Ya se ha señalado la inviabilidad del sistema capitalista predominante por su imposibilidad que todos puedan alcanzar el nivel de bienestar que tienen los países centrales, dada la incapacidad del planeta para sostener ese «desarrollo». Ahora se está comprobando que tal sistema tampoco es viable al interior de los mismos países que lo promueven, por el carácter autodestructivo que su propio despliegue supone. En otras palabras, la tradicional relación centro/periferia va camino de demostrar su falta de futuro. La periferia nunca podrá llegar a las condiciones que el centro tiene. Desde los centros de poder nos empujaron en una dirección orientada a que dejáramos de ser lo que somos (desplegando las potencialidades de la propia realidad) para que seamos lo que nunca seremos (alcanzar el desarrollo y bienestar que ellos tienen). Incapaces de ser nosotros mismos, corrimos detrás de objetivos inalcanzables y demostradamente innecesarios. La crisis de ellos, del occidente capitalista, plantea la necesidad de revisar los caminos. Pasar de la economía de mercado a una economía humana, centrada en las personas y sus necesidades.

Hoy, la producción de la mano de los avances científico-técnicos se está multiplicando hasta el infinito, pero cada vez surge con mayor fuerza la pregunta acerca de quiénes serán sus compradores. De ahí la dura competencia internacional en materia comercial. Es bueno recordar que los robots fabrican autos pero no los compran. Este tema nos indica la profundidad actual y futura de la sobreproducción que caracteriza al capitalismo.

En el abandono de la economía de mercado se revaloriza el sentido de producir según las necesidades y para vivir; no vivir para producir, como lo plantea el modelo productivista en boga. En esta misma dirección merecerá replantearse el nuevo sentido de una ética del trabajo, la que se explicará en la medida que este sirva a la vida y no a una mera sobrevivencia.

En este camino adquiere un nuevo peso e importancia la cuestión de los asentamientos territoriales, allí donde transcurre la vida de las personas. Actualmente lo territorial adquiere un valor económico central desde el punto de vista del consumo, mejor dicho de la comercialización de productos producidos —casi siempre— a miles de kilómetros de distancia. En este sentido, la milenaria cultura china, desde sus dirigentes, ha desarrollado una sabiduría que le ha permitido comprender cabalmente algunos aspectos de este fenómeno. Por eso su ocupación territorial no pasa por *boys* armados hasta los dientes o bombardeos desde los drones. No, ellos optan por incansables familias

de jóvenes chinos que se han desplegado por todo el territorio nacional para alimentarnos con sus miles de «mercaditos». Estos son la cara «simpática» que acompaña a las múltiples inversiones de un nuevo modelo imperial.

Lo local, lo cercano, lo propio también debe ser incorporado al plano productivo. Los «cinturones verdes» que rodean a las ciudades son una de las pocas excepciones a la concentración y homogeneización del consumo que se trata de imponer. Allí, las nuevas tecnologías podrán servir para ahorrar esfuerzo al trabajo productivo y dignificar la vida humana.

De ese modo la producción y el sistema de relaciones que ella genera podrían mejorar la calidad de vida de los vecinos. Ya sea acercando las producciones locales a las necesidades del consumo, obviando que el producto primario recorra largas distancias, para volver manufacturado, de la mano de monopolios intervinientes, a quien lo necesita. También, evitando que el transporte al centro de trabajo le demande un tiempo que cada persona podría dedicar a otros menesteres.

Dentro del conjunto de debates que estos temas generan es bueno destacar que dentro de nuestra América se están desarrollando experiencias que están fundadas en conceptualizaciones de aspectos de lo planteado. La idea del «socialismo comunitario» desarrollada por Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia, es un valioso análisis de algunas experiencias que se están desplegando en ese país y de sus perspectivas futuras. Desde Venezuela llegan aportes importantes en varios aspectos, con su «socialismo del siglo XXI, una formación social cuyo sistema económico y social se concreta con la creación de una cultura de la solidaridad social en los pueblos». (326) La propuesta de diferentes formas de propiedad es una de las claves para esa perspectiva. Diversas leyes vinculadas a la construcción del poder popular refieren a la existencia de la «propiedad comunal». Allí se legisla que los trabajadores, las comunidades y los campesinos actúen como verdaderos dueños de esas unidades productivas. Esta nueva forma de propiedad guarda una estrecha relación con los consejos comunales, una expresión del «poder constituyente originario, de la voluntad soberana del pueblo [que] debe nacer desde abajo, a través de asambleas populares en los barrios, en los sectores de los barrios, elegidos por la propia comunidad». (327) En general se trata de poner en marcha nuevas modalidades de organización no capitalista sin que ello implique reeditar la historia donde todo sea propiedad estatal.

Otro aspecto imprescindible a desarrollar debería contemplar el aspecto económico productivo. Parece necesario comenzar a poner en

marcha experiencias de producción/distribución/consumo que, amigándonos con la naturaleza, permitan ir resolviendo problemas de la sobrevivencia actual y creando condiciones de cambio para el futuro. Algunas experiencias de «empresas recuperadas» y de nuevos emprendimientos asociativos pueden ser el punto de partida para el desarrollo de este concepto, dándole una integralidad y perspectiva de la que hoy carece.

En auxilio de esta idea, de un socialismo que se pueda construir desde diversas perspectivas y situaciones, viene el «viejo» Marx. Este lo plantea en una escasamente conocida carta a una militante juvenil (Vera Zasúlich) en 1881, dos años antes de su muerte, donde admitía la existencia de múltiples caminos para el socialismo. Recorrer la ruta del capitalismo dejaba de ser una etapa indispensable. De esa manera, «Karl Heinrich Marx se despidió de su propio pasado —vale decir, de los siglos XVII a XIX— y se ubicó decididamente en primera fila, al lado de otros grandes 'utopistas', entre los más auténticos precursores de siglo XXI». (328)

Aunque, para ser más precisos, la propia Revolución Rusa es ejemplo de un intento por construir, en sus primeros años, un socialismo donde el principal beneficiario fue el campesinado pobre, mayoritario en la población de aquel entonces.

En el año de la Revolución, 1917, la población total de Rusia rondaba los 140 millones de personas, donde solo 14 millones eran urbanos, con 4 millones de proletarios. Los bolcheviques que se habían opuesto a la Primera Guerra Mundial y que representaban a pequeños núcleos de representantes obreros que planteaban en medio de una pavorosa crisis productiva la autogestión obrera en las fábricas, encuentran en la consigna «Paz, Pan y Tierra» la clave para alcanzar el apoyo del campesinado populista. Esta potencialidad, durante varias décadas previas, había sido interpretada por otro movimiento que planteando con «Autocracia, Ortodoxia y Pueblo», una alianza entre zarismo, clero y campesinado, daba lugar a un populismo opuesto al sostenido por los bolcheviques y que se agotó con su apoyo a la guerra.

Estas referencias tienen por objetivo dejar en claro que los avances del socialismo reconocen caminos diversos y no se los puede atar a una formulación esquemática que no contemple la específica realidad social y política de cada momento de la sociedad y la evolución de su proceso histórico. Pero el proceso histórico real, no el que nos vende el sistema dominante.

Es probable que surja la duda si la economía permite la vigencia de ideas tan distintas a las actuales. Estamos acostumbrados a escuchar que «todos debemos sacrificarnos para salir adelante», «son las medidas

que el país necesita», pero cambiar el paradigma económico es una decisión política y ello forma parte de la recuperación del marco cultural y rememorar que a estos doscientos años de las actuales repúblicas los anteceden otros treinta mil años de vigencia de otros sistemas y valores.

El conocido economista John Kenneth Galbraith nos recuerda que «la economía no existe aparte de la política, y es de esperar que lo mismo siga sucediendo en el futuro». (329) Proponer ideas alternativas ante el agotamiento de un sistema injusto y agobiador puede parecer «tomar el cielo por asalto», pero las condiciones de la crisis capitalista lo hacen no solo posible sino también necesario. Para pensar una alternativa tendremos que irnos despojando de una forma de pensar muy arraigada y sobre la que está estructurada nuestra cultura actual. Se trata de esa dependencia que hace que lo propio de nuestra América sea «inferior e inútil» frente a lo «superior y útil» de la cultura occidental. (330)

No se trata de construir la cultura del «compadrito» ni de amoldarnos a la cultura reinante atosigándonos con un enciclopedismo berreta. Es algo más sencillo y profundo, entender nuestras particularidades y, siendo lo que somos, inventar nuestro propio camino. En esa misma lógica tenemos el problema que transitamos un mundo explicado por otros, generalmente aquellos que son parte de esa cultura europea. Kusch, en ese mismo texto que venimos citando, nos remite al tema del «saber y el miedo» según el cual reconoce que, en estos tiempos, el saber da seguridad pero —aclara— lo hace sin preguntarse cuál es el saber que nos hace falta. Temerosos de quedar enclaustrados en el miedo a ser inferiores e inútiles, procuramos ser «alguien». En ese marco, la acumulación de conocimientos tiende al ascenso individual y es poco lo que aporta para «estar» en la realidad y con el otro y sus necesidades. Esta es una de las características más negativas de los conocimientos impartidos por la mayoría de nuestras universidades, donde se «forma» la mayor parte de nuestros dirigentes. (331) Así es como resulta difícil pasar del «revolucionario» discurso universitario a las señaladas necesidades de cambio.

Construir una segunda y definitiva independencia nuestro-americana

La cuestión de la unidad e independencia *nuestro-americana* es otro de los capítulos en los que se juega el futuro de la región. Los pueblos suramericanos colonizados por España alcanzamos en los inicios del siglo XIX la independencia política, conseguimos romper los lazos institucionales que nos tenían sujetos a la dominación política de España, pero no logramos mantener la unidad ni mucho menos

construir una zona autónoma desde el punto de vista económico y cultural. Aquella gesta estuvo sostenida en el patriotismo del núcleo más lúcido de aquella generación y el sacrificio de los humildes que poblaban estos territorios. Los sueños de unidad de aquellos patriotas duraron poco. No tuvieron mejor suerte los criollos, pobres junto a los pueblos originarios y negros, que constituyeron la base fundamental de la fuerza que diera pelea y triunfara sobre las tropas realistas. Muchas de estas comunidades regaron con su sangre, hasta el límite del exterminio, diversos territorios de esta parte de la América. Todos ellos fueron traicionados por otras elites nativas al servicio de las oligarquías aliadas al poder extranjero.

La frustración de nuestros libertadores derivó en esta fragmentación regional, con naciones incompletas y sin voluntad de romper el pasado colonial, lo que se fue consolidando a través de las distintas Constituciones y formas institucionales que se dieron en nuestra América. Bolívar intentó llevar adelante el sueño de la Unión Americana, compartido con José de San Martín. Para hacerlo posible promovió confederar a las repúblicas que se estaban independizando y con tal motivo convocó al Congreso de Panamá o Congreso Anfictiónico, realizado en 1826.

Desde dos sitios, aparentemente distantes, se lo boicoteó a favor de imponer la idea panamericanista que promovía el presidente norteamericano James Monroe, con su consigna «América para los americanos». Por un lado Francisco de Paula Santander, vicepresidente de Bolívar en la Gran Colombia (actuales Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador) quien, contrariando las indicaciones de su presidente, invitó a los Estados Unidos a participar de ese Congreso. Desde Buenos Aires, el presidente Bernardino Rivadavia, después de reunirse con el representante de Estados Unidos, modificó la decisión de su antecesor —Gregorio de Las Heras— y no envió delegados al Congreso de Panamá. Desfigurada su convocatoria y apremiados por una epidemia de fiebre amarilla, los delegados asistentes al Congreso de Panamá —que debía sellar la unidad regional— aceleraron la culminación de sus deliberaciones con inocuos acuerdos. La no aprobación de una autoridad y ejército supranacionales hizo comentar, sobre sus conclusiones, al propio Bolívar: «Su poder será una sombra y su decretos, consejos, nada más.» (332) A partir de allí se profundizaría la fragmentación de nuestras repúblicas.

Los nuevos Estados-nación, dándose las espaldas unos a otros, se fueron consolidando institucionalmente al servicio de los intereses de sus respectivas burguesías exportadoras.

Los puertos, por los cuales salían nuestras riquezas y penetraban las

manufacturas de la reciente revolución industrial, se fueron constituyendo en el eje organizador de la vida económica, social y cultural de nuestros procesos independentistas. En las nuevas construcciones institucionales las elites locales impusieron esa mirada «hacia afuera». Desde las entrañas ideológicas del viejo colonialismo surgieron los nuevos Estados, incapaces de romper lanzas con el antiguo poder colonial. Es por ello que no suenan huecas las palabras de Simón Rodríguez cuando afirmó:

> La sabiduría de la Europa
> y la prosperidad de los Estados Unidos
> son en América [Latina]
> dos enemigos de la libertad de pensar. (333)

Así, divididos y colonizados, fuimos integrados a ese mundo y sin muchas diferencias llegamos hasta estos días. Solo Brasil, un país que ocupa medio continente, heredero de los intereses y alianzas lusitanas, conformaría una burguesía nativa que hasta la fecha aún mantiene la unidad del país y alcanza tener cierta presencia en el concierto de los actuales poderes mundiales, lo que le confiere una autonomía y desarrollo superior al promedio de la región. Esa situación, conducida por la burguesía paulista, le otorga una preeminencia regional y una adhesión al sistema capitalista mundial que dificulta avanzar más rápidamente en la unidad regional.

Hoy América del Sur tiene por delante un desafío. O mira hacia adentro, revisa su propia historia y decide procurar una síntesis de la misma, o la mayoría de sus países continuarán siendo peones del tablero mundial. Nuestros pueblos pagarán el error de no unirse con la continuidad del predominio eurocéntrico y atarán su suerte a la crisis del sistema mundial del actual capitalismo decadente.

> Para los países [...] como los de América del Sur, la integración política y económica resulta imprescindible para garantizar sus soberanías reales en ambos órdenes y para sostener cualquier proyecto de transformación que responda al interés de las grandes mayorías sociales. Pero no cualquier tipo de integración sirve [...]. Corporaciones trasnacionales hegemónicas (CTH), lideradas por la banca, dominan la actividad económica mundial [...]. La lógica de reproducción económica, política y social del capital trasnacional hegemónico licúa las soberanías nacionales. Por eso, para quienes no constituyen una mega economía, como nuestros países, la integración en un bloque político-económico es imprescindible para sobrevivir como Estados independientes. Pero la integración por sí sola no resuelve el problema. Más aún, puede agravarlo y constituirse ella misma en «>el» problema. La cuestión no es solo quiénes y cómo se integran, sino también quiénes conducen el proceso. La historia de la Unión Europea (UE) es la mejor

ilustración al respecto. (334)

Es obvio que una integración funcional al modelo del capitalismo extractivista nunca permitirá alcanzar la unidad. Esa integración no solo que no resuelve nuestros problemas sino que los hará más graves, porque pondría a la región en sintonía con la crisis del modelo dominante.

En este sentido, las economías que pivotean sobre la megaminería y la agricultura industrial exportadora de nutrientes de la tierra —bajo la forma de granos—, no están en condiciones de alcanzar la unidad necesaria y conveniente a los pueblos. Además, ambas actividades son grandes consumidoras de un bien tan preciado como el agua. Lamentablemente, este tipo de economía tiene un peso sustancial en los dos países centrales de la región, Brasil y Argentina.

La importancia y despliegue de los bienes comunes naturales (conocidos como «recursos naturales») que encierran y cubren las tierras, ríos y zonas marítimas de la región son expresión de sus potencialidades. También de sus debilidades. Vastas zonas escasamente pobladas, en una región institucionalmente fragmentada en varios países, es una convocatoria a los intereses de los países más poderosos, sus empresas trasnacionalizadas y los intereses geoestratégicos de las potencias. De ahí el interés de esos centros mundiales de poder para que en la región no avance una política de unidad, al servicio de sus pueblos.

Es obvio que, si nuestra América se inclinara por esa opción, estaríamos ante la posibilidad de una nueva y auténtica revolución mundial. No aquella que compita con los actuales poderes establecidos sino otra diferente. La que podría construirse sobre una lógica distinta a la del decadente capitalismo occidental actualmente vigente en materia ambiental, económica e institucional.

Ante esta situación se despliegan en la región tres tendencias cuyos límites suelen entrecruzarse. Por un lado, aquellas corrientes que en estos tiempos están atrapadas en la lógica del propio imperialismo. Desde el punto de vista estatal esas políticas son las que priman en algunos países que han constituido, junto a México, la Alianza del Pacífico. Colombia, Perú y Chile avanzan en esta política que, para la política estadounidense, actúa como contrapeso y complemento del Mercosur.

Hay otra tendencia que tiene como eje principal alcanzar su independencia rejuveneciendo al capitalismo, construyendo un «capitalismo serio». Argentina y Brasil encabezan este impulso en el que tendrían un peso sustancial las burguesías nativas. Lo que parece tener alguna perspectiva en Brasil y escasa capacidad de realización en

nuestra economía. Ambos países forman parte de la ya mencionada Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA) del presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso y el intento por parte de la burguesía paulista de asegurarse el control de la región y la salida de sus productos hacia los países de Asia mediante la conexión de los dos océanos.

Por último, están aquellas experiencias que, explícitamente, se definen en la línea de construir el tránsito hacia el socialismo. Venezuela y Bolivia se proponen recorrer ese camino. Estos dos países se reivindican como parte de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), organización promovida por Venezuela.

Quedarían por considerar los casos de Ecuador, que se mueve más cerca de las posiciones venezolanas —de hecho forma parte del ALBA— y Uruguay, próximo a las posiciones de Brasil. En Paraguay se vive una situación particular luego del «golpe blando» con el que fuera derrocado el gobierno de Lugo, ya que el gobierno actual se encolumna abiertamente detrás de los intereses norteamericanos.

Esta descripción nos pone a la vista de las dificultades que habrá que superar para avanzar en la dirección propuesta, donde los sujetos sociales privilegiados en cada una de las tendencias señaladas son claramente distintos.

De todas maneras, habrá que superar las actuales fragmentaciones estatales. Una forma de avanzar podría ser a partir de una Federación de Estados de los países de la región, que abra las puertas a la consolidación de las experiencias al servicio de la unidad y los intereses de los pueblos. La articulación de las luchas y objetivos nacionales con los de la región aparece en el horizonte como una necesidad común de esta construcción y de inserción en la realidad mundial. En ella, los movimientos sociales que organicen a los pueblos en torno a sus intereses, ocupan un lugar central. Ello permitiría el despliegue del sujeto social que busca protagonismo y dignidad desde el subsuelo del mundo, rebasando los límites que la dominante cultura occidental quiere poner a los insurgentes pueblos históricamente sometidos.

Uno de los aspectos sustanciales de toda construcción unitaria es la cuestión de la defensa regional. Es sabido que buena parte de nuestras Fuerzas Armadas han sido formadas, instrumentadas, subordinadas a los intereses de los países dominantes. Ello ha sido así y continúa siéndolo, con todas sus contradicciones, en la mayor parte de los países de la región. Tal situación provoca que todo intento de avanzar en la disputa de la renta a los grandes conglomerados internacionales y en la unidad regional se encuentre con este indudable tope. El mismo, asimismo, contiene los riesgos de una confrontación entre hermanos

que haga inviables los caminos señalados. Para evitar los peligros indicados y crear las condiciones para profundizar los caminos expuestos, habrá que pensar en el desarrollo de condiciones complementarias. Por un lado, el compromiso de las fuerzas armadas en investigaciones y producciones científico-tecnológicas de punta. Esa interrelación contribuirá a alejar los riesgos de confrontaciones, al compartir los conocimientos que le puedan otorgar primacía a las fuerzas de un país sobre otro. Los acuerdos para la defensa de los bienes comunes pueden servir para evitar el saqueo por parte de aquellos países que históricamente han desarrollado esta práctica. Esta es otra de las tareas que permitiría crecer en la misma dirección. Por último, la garantía mayor para que esta línea de trabajo sea irreversible es el desarrollo del concepto de «pueblo en armas» que guiara a las luchas de la Primera Independencia y puede ser eficaz para sostener la Segunda y definitiva. Nadie mejor que el propio pueblo organizado para defender lo suyo, su territorio, sus bienes comunes, su cultura y las instituciones que va construyendo.

Los pueblos en su largo trajinar nunca dan por concluido su camino, saben que no hay «fin de la Historia» aunque Francis Fukuyama, un legítimo representante del poder más impúdico, lo imaginara de esa manera cuando intentó darle carácter eterno a un momento en que el mundo parecía inclinarse a los pies de los poderosos. Al igual que lo que ocurriera con nuestros colonizadores de siglos pasados, creyeron que podrían transformar una superioridad fáctica y circunstancial en algo permanente, que fuera el centro y fin de todo y de todos. En los últimos años, esta voluntad permanente de los pueblos incorporados a una vital correntada, va desarrollando condiciones para volver a mirar la realidad con nuestros propios ojos. Al calor de la lucha que vienen sosteniendo los pueblos de nuestra América como Venezuela y Bolivia, procuran transitar caminos distintos para ir cambiando la correlación de fuerzas existente al interior de sus sociedades. Entre sus objetivos hay algunos que son bandera de futuro. Uno de ellos es romper las fajas que encierran el potencial de nuestros pueblos en los viejos odres de instituciones que no nos pertenecen. De este modo podremos recuperar, para el futuro, en una democracia participativa y protagónica, siglos de experiencia de pueblos originarios y criollos que —hoy— continúan siendo ninguneados en los antiguos Estados coloniales. El otro, reconstruir —desde la fragmentación actual— el sueño de la unidad de *Nuestramérica* que nos debemos ante la historia.

No es casual que los pueblos mencionados, en su avance, hayan planteado la necesidad de una Asamblea Constituyente Originaria. Ese es un camino a seguir. En dicha Asamblea Constituyente Originaria

deberemos desterrar al viejo Estado eurocéntrico de esta nuestra América fragmentada, con su vacía e ilegitimizada «democracia representativa», expropiadora de la soberanía popular. Sobre sus cenizas habrá que abrir paso a la construcción de la Patria Grande de una Suramérica Unida, en el marco de una democracia que tenga como protagonista a la multitud de quienes son considerados el vulgo, la plebe, los invisibles a los ojos de este poder constituido.

El sujeto central de esta rebeldía son los sumergidos. En nuestra sociedad tenemos a los de siempre, a ese «ejército de reserva» que tiene el capitalismo para bajar sus costos. Esa lista se ha ido engrosando en los últimos años con nuevas incorporaciones. El capitalismo extractivista que vincula a buena parte de la economía de nuestros Estados nacionales con los países más ricos contribuye a que nuevos sectores se sumen a dicha categoría. La megaminería y la invasión sojera generan, además de campesinos que tienen que dejar sus campos, crecientes rebeldías en las áreas involucradas y facilitan la solidaridad de otros sectores.

Ambas actividades, por diferentes razones, promueven la expulsión de pobladores. En el caso de la soja, por el debilitamiento o destrucción de las economías lugareñas y por los peligros de la fumigación. Ello sumerge en la miseria a nuevos sectores poblacionales y muchos de ellos recalan en la periferia de las grandes ciudades, sumando problemas personales y sociales. En la megaminería porque muchas de sus tierras se están volviendo improductivas por el envenenamiento de las aguas y la polución de polvos que, arrastrados por los vientos, agreden y destruyen sus cultivos.

Estos sectores, junto a los excluidos del proceso de desindustrialización de las décadas anteriores, conforman una extendida masa de personas cuya sola existencia constituye una posibilidad de negación del modelo vigente. En esta construcción del sujeto social tienen un lugar destacado los trabajadores asalariados. Si bien ellos forman parte del mundo de los incluidos, sus intereses de clase son contradictorios con los del sistema capitalista que los tiene como protagonistas. Una integración de sus luchas y objetivos históricos con la de los sumergidos, los excluidos del sistema, es una de las bases a desarrollar, profundizando la subjetividad de construir una alternativa al actual sistema.

Ese nuevo poder es una tarea emancipatoria que va más allá de nuestras fronteras actuales. Los cambios se podrán y deberán desarrollar al interior de cada uno de nuestros países pero la tarea es común, porque común es el origen de nuestros problemas: el sistema de poder que se sigue ejerciendo. También es común el sujeto que lo podrá

cambiar: se trata del pueblo raso, considerado «descartable», el que —en algún momento— se hará cargo de sus postergaciones y las colocará en el centro de la historia a construir.

Estos son los protagonistas sociales de un Proceso Constituyente Continental cuyo objetivo es construir un nuevo diseño institucional que sea acorde con nuestra historia y la realidad actual. Este, por su propia lógica, está destinado a revertir, subvertir y cambiar la realidad que está en marcha. Y el enemigo lo sabe. Esto nos tiene que servir de advertencia para que sepamos que este nuevo tipo de poder, capaz de sostener este proceso constituyente, es menester construirlo diariamente hasta lograr su hegemonía en la sociedad.

Refundación del Estado y construcción de la democracia

Refundación del Estado y construcción de la democracia, son dos grandes tareas futuras. Solo en la medida en que ambas instituciones se encaminen en dicha dirección, será posible plantearnos la posibilidad de alcanzar las ideas centrales planteadas en los temas anteriores. Hacernos amigos de la naturaleza, poner en marcha sistemas donde las relaciones de producción no sean capitalistas o construir la unidad regional, no es posible en el marco de la vigencia de estos decadentes Estados nacionales y de la actual e irrepresentativa «democracia representativa».

En las páginas anteriores ya se ha señalado el origen de la actual fragmentación entre varias naciones nuestro-americanas. La misma causa está en el inicio de las instituciones que rigen la vida de millones de compatriotas suramericanos. Nuestros diferentes países, sus respectivos Estados e instituciones tienen un mismo origen. Todos son hijos de un modelo dependiente y eurocéntrico constituido por nuestras oligarquías desde el siglo XIX. Ciertamente lejos, muy lejos de la idea y prácticas de aquella «América profunda» a la que hace referencia Rodolfo Kusch y de la mayoría de los protagonistas de aquella Primera Independencia.

En nuestro caso concreto, en esas ideas se sentaron los principios recogidos por la Constitución de 1853. Allí quedaron inscriptos algunos valores que hasta hoy limitan la construcción de un país independiente, asentado en la soberanía del pueblo y el poder popular. La inviolabilidad de la propiedad privada (art. 17), las características eurocéntricas de nuestra cultura (art. 25) y la vigencia del sistema representativo (arts. 1 y 22), dan la pauta sobre las características del actual sistema institucional. El mismo está clausurado para las nativas culturas precedentes, para la posibilidad de existencia de otros sistemas

económicos y diferentes formas de organización social e institucional.

Estos principios no son casuales y están profundamente articulados entre sí. Un pensador cristiano, Emmanuel Mounier, nos da una clave para entenderlo cuando sostiene que

> es condenarse a no comprender nada de las concepciones del jurista romano o del burgués moderno olvidar esta visión que ambos tienen del mundo como *res nullius*, de un *no man's land* sobre el cual la ocupación iniciará el ser, sobre el cual todo será permitido, con los únicos límites del destino o de la mala suerte. Mundo inerte, sin alma, ni cielo, ni pasado, ni porvenir: sin ninguna presencia anterior a la reivindicación del hombre, en el cual, por lo tanto, él, el jurista; él, el burgués, es, de manera absoluta el único postulante y el propietario absoluto. (335)

Modificar esos principios demandará un largo camino, seguramente décadas. Y el esfuerzo de más de una generación. Hubo algunas experiencias, incluso constitucionales (art. 40 de la Constitución de 1949) que abrían algunos aspectos de ese camino, pero la realidad actual es que nos encontramos lejos del mismo.

La lucha cotidiana por los derechos más elementales no debe hacernos olvidar los cambios necesarios que nos llevan a confrontar con el sistema constituido. Hoy, la continuidad del «Modelo» está estrechamente ligada a la vigencia de los partidos políticos y el actual régimen institucional, donde los partidos políticos se han transformado en auténticos apropiadores del poder. Sus dirigentes, verdaderos cancerberos del régimen, reciben su premio al permitírseles el comportamiento corrupto de una casta privilegiada que recibe esos beneficios por sostener la vigencia del sistema. Esta «democracia», con sus periódicas votaciones y con el juego de «tomala vos, dámela a mí», ha devenido en el instrumento más eficaz para la continuidad y vigencia del statu quo.

Gran parte del movimiento popular cae y recae en el error de seguir jugando todas sus cartas en las cerradas reglas de este limitado juego. Muchos, con una mentalidad más cercana al «juanbejustismo»* que a una perspectiva transformadora, apuestan al juego del poder tratando de multiplicar por dos el legislador de hoy, para después dividirlo por tres, esperando multiplicarlo más adelante y, así, retomar el círculo vicioso de un camino inconducente. La mayor parte de los autodenominados «partidos de izquierda» no escapa a esa tendencia, languideciendo entre ese inocuo parlamentarismo y un oposicionismo generalizado y sin destino.

Mientras tanto, los sectores más humildes continúan invisibilizados, el sistema dominante procura arrinconar su presencia a las páginas policiales de la prensa amarilla, con un saldo de víctimas jóvenes que

parece competir con los dramáticos momentos de los enfrentamientos vividos en los años setenta.

Recientemente la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI) ha publicado cifras que avalan estas afirmaciones. (336) En su Informe Anual del año 2012 detalla que, desde que la dictadura militar dejara el manejo de la administración estatal a funcionarios elegidos por el voto a partir del 10 diciembre de 1983, el aparato represivo estatal produjo 3773 asesinatos, 2224 de los cuales se corresponden al período iniciado el 25 de mayo de 2003. El 51% de los asesinados eran menores de 25 años, de origen humilde. La mayoría bajo la modalidad conocida como «gatillo fácil». Se trata, según la misma CORREPI, de «Fusilamiento y ejecuciones policiales, generalmente enmascarados como 'enfrentamientos', cuyas víctimas son, casi siempre, jóvenes pobres». Estos hechos son parte del actual sistema económico social y han sido aplicados por todos los gobiernos elegidos por el voto popular. Este fenómeno acontece no obstante que todos ellos tuvieron alguna forma de política asistencialista cuya función era «contener» las demandas populares y velar por el «pacífico sometimiento» de los millones de desposeídos a las reglas de juego impuestas por el poder. Cuando esos límites son superados, aparece la represión estatal como la «lógica respuesta» del sistema.

En el plano institucional, la presencia más «natural» de estos sectores excluidos se produce como la fuerza clientelar de los grandes partidos. En esos sectores está buena parte del sujeto social que puede hacer posible los cambios. No haber logrado que tenga una organización y fuerza suficientes se puede cargar —entre otras razones— a la cuenta de las debilidades de las fuerzas populares y revolucionarias, muchas veces debido a su complacencia con las estructuras de poder. Política general de demonizarlos en lo cultural y matarlos en lo individual.

La mayor parte de las veces nuestra capacidad de organización ha sido utilizada para que conduzcamos esa fuerza hacia los caminos sin salida de la continuidad del sistema, lo que se efectiviza a través de su participación en las corrientes políticas tradicionales. Estas, insertas en el actual sistema de organización institucional y representación política, legitiman la continuidad del modelo explotador y expoliador.

Es preciso formular una ruptura respecto del mismo. De allí nace la idea de «resistir», como una consigna superadora de la actual inercia, donde tal resistencia no sea a tal o cual gobierno sino a las expresiones del propio sistema económico social y cultural de dominación aquí señalado. Se trata de una formulación que apunta a construir una perspectiva política que no se agote en las próximas elecciones, la cooptación estatal o la dependencia clientelar. Se trata de pensar en

formas de organización política pero levantando la mirada un poco más allá del atajo que nos ofrece lo que tenemos a la vista.

Ya se ha mencionado lo ocurrido en estas décadas.

Después del golpe gorila de 1955, el movimiento popular construyó una Resistencia que dieciocho años después fructificaría en un triunfo popular que nos colocó a las puertas del poder. La presencia de organizaciones político-militares en el seno de esa Resistencia le confirió a la misma una potencialidad y una perspectiva de ruptura que vastos sectores juveniles aprehendieron rápidamente.

Ahora parece necesario reconstruir una política de resistencia que, independientemente de que las formas sean distintas, debe asumirse como ruptura y como una necesidad de construir poder bajo las condiciones actuales.

Antes de pasar a las consideraciones sobre la forma actuales del *resistir-construyendo*, es bueno no olvidar algunas cuestiones vinculada a los conceptos de Estado y democracia.

Cuando se habla del Estado no son pocas las voces que nos plantean la imposibilidad de construir cambios revolucionarios desde el poder del Estado. Un abanderado de esta idea es John Holoway. Plasmó esa perspectiva en su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, publicado en el año 2002. Han crecido los seguidores de este pensamiento «antipoder» que rechazan el rol que pueda tener el Estado en las transformaciones profundas de la sociedad.

Desde una óptica distinta y yendo a una realidad mucho más cercana e inmediata, muchos militantes juveniles de la actualidad consideran que su acción dentro del kirchnerismo y el Estado constituye una *batalla de un Estado en disputa*.

Tampoco podemos dejar de observar cómo el actual Estado actúa como un factor de contención, amortiguador de los dolores que causa la explotación capitalista. Los «planes sociales» son su expresión más significativa, pero no es ser «mal pensado» imaginar que estos remedios apuntan a evitar la rebelión de quienes padecen el genocidio en marcha sin cambiar las bases del sistema. Se trata de lo mismo que denuncia González Casanova y que puede tener como protagonistas a los tres mil millones de habitantes «excluidos» y, por ende, «desechables». (337) No faltan aquellas situaciones donde el Estado contribuye a la *resistencia popular*, salvaguardando derechos que pretenden ser avasallados por el avance del capital sobre la dignidad de las personas.

Estas ambivalentes consideraciones sobre el Estado indican las confusiones en las que este se debate. De todos modos, podemos concluir que «los Estados reflejan sociedades y las sociedades se dejan influir por los Estados». (338) Sabemos que el Estado expresa la

hegemonía social existente en una sociedad. También hay constancia del modo en que la concentración capitalista tiende a generar un poder mundial, por encima de los Estados nacionales.

En estas páginas se han reflejado las dudas que nuestra generación tuviera respecto del Estado. Todo ello ocurría hace ya cuarenta años, cuando el nivel de concentración económica era inmensamente inferior y los márgenes de autonomía nacional eran mayores. En esos momentos ya dudábamos si había condiciones para una «reforma del Estado» o si este debía dar lugar a «otro Estado» que reflejara la nueva situación. Hoy, décadas después, la evolución de la realidad parece ayudar a dar una respuesta. El modelo organizacional del actual Estado, que tiene anclaje en los albores de nuestra organización institucional, demanda cambios más profundos que una simple «reforma». A ese conjunto de transformaciones institucionales se las puede sintetizar en la idea de «refundación del Estado», que se desarrolla en dos planos complementarios: en una acumulación nacional de fuerzas que permita disputarle el poder al sistema dominante y en las tareas locales de construcción de un nuevo tipo de poder.

Respecto del concepto de *democracia*, si bien no nos adentraremos demasiado en este tema es bueno tener presente algunas distinciones acerca de cómo se la piensa en la actualidad cotidiana. Se la suele concebir como una forma de gobierno, como un mecanismo para gestionar al Estado. También se la adopta como un horizonte, como una convocatoria a la resistencia, frente a la presencia de Estados absolutos.

Aquí nos interesa el concepto de democracia en la línea más clásica, la que podemos rastrear en Abraham Lincoln, como «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». (339) Este concepto, que está muy lejos de lo que hoy ocurre en los Estados Unidos de Norteamérica, ha sido resignificado por la propia burguesía de ese país y sus poderosos socios. En su proceso de universalización, se ha transformado en la cobertura para darle legalidad a la explotación capitalista. Esta apreciación es compartida, incluso, por algunos estudiosos de la propia Europa, que respecto a la cuestión de la democracia han dicho:

> Se la usa para justificar las estructuras existentes de clase y poder: Ustedes son el pueblo y su soberanía consiste en tener elecciones cada cuatro o seis años. Y eso significa que nosotros, el gobierno, somos legítimos aun para los que no nos votaron. Hasta la próxima elección no es mucho lo que pueden hacer por sí mismos. Entretanto, nosotros los gobernamos [...] representamos al pueblo y lo que hacemos es para bien de la nación [...]. La esencia de la democracia es que el gobierno tiene que tomar en cuenta lo que el pueblo quiere y no quiere.

> No hay ningún mecanismo eficaz para hacerlo: el gobierno representativo no es muy eficaz. A veces funcionan mejor la prensa o los movimientos directos. (340)

Dicho esto podemos concluir en dos cuestiones sustanciales sobre el tema de la democracia. Uno de ellos está vinculado a la resistencia, no solo frente a la dominación del Estado absoluto como una desviación de la modernidad, sino también a esta otra: la democracia representativa que, con algunas concesiones, legaliza y legitima el sistema explotador, bajo la ficción de una participación en las decisiones. La otra se refiere a la construcción de una democracia asentada en la participación y protagonismo del pueblo. Esta integra mecanismos generales, de organizaciones y acciones, que apuntan al cambio en la correlación de fuerzas del sistema en su conjunto, con actividades locales, más próximas a los propios protagonistas.

Proceso constituyente y nuevo poder

No es casual que Venezuela y Bolivia, que están intentando introducir cambios más radicales en sus sociedades, hayan planteado la necesidad de procesos populares constituyentes. Este tema nos remite al modelo seguido después del fracaso de los patriotas del siglo XIX y el modelo institucional que venimos arrastrando, en nuestro caso, la Constitución de 1853.

Grandes soñadores de nuestra América nos dan la clave para repensar nuestras instituciones. El cubano José Martí (1853-1895), en su texto *Nuestra América*, advirtió:

> Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas [...]. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en que quieren regir nuestros pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de siglos de práctica en los Estados Unidos. (341)

El peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930) nos recuerda en sus *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* que «la revolución no debe ser calco ni copia, sino creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano». (342)

El venezolano Simón Rodríguez (1769-1854), maestro del Libertador Simón Bolívar, escribió:

> ¿Dónde iremos a buscar modelos...?
> La América Española es orijinal
> = ORIJINALES han de ser sus Instituciones i su Gobierno

= ORIJINALES los medios de fundar uno i otro.
o Inventamos o Erramos. (343)

A pesar del peso de las ideas mencionadas, una manifestación de la tendencia contraria la encontramos cuando repasamos las fuentes ideológicas del movimiento constitucionalista que sirviera de base a los textos que, con sus remiendos, llegan hasta hoy en la mayor parte de nuestros países. La influencia del pensamiento de la Ilustración, proveniente de los claustros franceses, es indudable. Si la incidencia ideológica francesa es notable, mayor aún lo es la Constitución norteamericana de 1776.

Esto nos permite adentrarnos en el origen «errado» de nuestras Constituciones, por ser «copia» y no «creación» que abarque a la totalidad del pueblo cuyos intereses debería contener. Es preciso arraigar nuestras instituciones en las costumbres e historia de nuestros pueblos. Menos de dos siglos de vigencia de este constitucionalismo liberal y de las instituciones republicanas que hoy tenemos, como ya se dijo, no pueden ignorar treinta mil años de vida previa.

Esta concepción de una América mestiza que tenían los patriotas que gestaron la Patria, con instituciones respetuosas de esa simbiosis, fue dejada atrás por el pensamiento positivista que abarcó la segunda mitad del siglo XIX y gran parte del siglo pasado. Las corrientes eurocéntricas, herederas del pensamiento grecorromano y de un moderno racionalismo positivista, ocuparon la escena. La inmensa mayoría de nuestras cátedras universitarias abrevaron en esas fuentes. Ello explica el tradicional desarraigo de la Universidad respecto del movimiento popular.

Conferirle autenticidad a nuestro común existir es recuperar el sentido de ese mestizaje. Allí podrán encontrar un nuevo lugar los descendientes de la inmigración, que heredamos la cultura y algunos privilegios de los conquistadores. Pero también puede contribuir a que los «pueblos originarios» recuperen la dignidad arrebatada, sin caer en la nueva fragmentación propuesta por múltiples centros de poder y ONGs, que alimenta el núcleo duro de los intereses mundiales y que encuentra un natural y lógico eco ante exclusión y la persecución racista de la que son objeto.

Procurando un acercamiento a la raíz del pensamiento mestizo, nos encontramos con algunas ideas que están en el centro del debate actual. Una de ellas tiene que ver con el tema del poder; otra con la cuestión de la nación. Ambas encuentran su lógica cuando desentrañamos el sentido de lo que queremos decir cuando decimos «pueblo». Introducirnos, aunque sea tangencialmente en este debate, nos remite a otras dos cuestiones que están vinculadas: la pretendida universalidad

del pensamiento eurocéntrico y el peligroso «arribismo» que alberga en su seno una gran parte de los sectores medios.

Ya se ha dicho en los primeros capítulos que uno de nuestros males era esa actitud de los sectores medios que, en lugar de mirar hacia *adentro y hacia abajo*, prefieren hacerlo *hacia arriba y hacia afuera*, como clave para su ascenso individual. Esto produce una especie de culto o afición al poder, los gustos y cultura de quienes son dueños del poder. Los sectores dominantes han sabido explotar esa debilidad y esta es una de las razones que explican la volubilidad y oportunismo político y el temor al cambio de los sectores medios. Por eso nuestra historia está llena de hijos de los sectores medios que ocupan el lugar de la administración de la cosa pública por mandato de los dueños del poder, que rara y excepcionalmente aparecen en la escena principal. La relativamente reciente presencia de Alfredo Martínez de Hoz en la dirección del golpe de 1976, es una excepción que se explica por la crítica situación que atravesaba el sistema de dominación y la necesidad de drásticos cambios de rumbo.

Esta idea y aferramiento a un poder sin cuestionar quién tiene la hegemonía del mismo —tan propio de nuestros sectores medios—, genera un mecanismo decisional duro y formal, escasamente participativo y con naturales tendencias al autoritarismo.

Ello choca con cualquier esbozo de construcción de otro tipo de poder que esté asentado en los sectores sociales sometidos. La experiencia del subcomandante Marcos en Chiapas y la formulación del presidente Evo Morales en Bolivia, ambas en el sentido de «mandar obedeciendo», señalan otro camino. Esa forma de ver el poder es acompañada por un pensador argentino, Rodolfo Kusch, quien lo sintetizara diciendo: «La cuestión no radica en mandar, sino en escuchar al que recibe las órdenes». El mismo autor considera que «en América no hay otra constante que la de su pueblo. La base de nuestra razón de ser está en el subsuelo social». (344)

Frente a este modo de abordar historia y realidad se alza otra forma de ver las cosas. Ella explica, desde el punto de vista aquí planteado, la crítica formulada al pensamiento eurocéntrico y sus efectos.

Antonio «Toni» Negri es uno de los pensadores que, no obstante ser crítico del sistema capitalista dominante, formula aseveraciones que son una clave para entender lo desechable que es el pensamiento eurocéntrico para comprender nuestra realidad. En un encuentro de intelectuales realizado en Venezuela, Negri afirmó: «para mí, pueblo identifica millones de muertos; para mí, la palabra nación denota fascismo, nazismo. Las palabras pueblo y nación despiertan en mí un enorme odio, un rechazo eterno». (345)

Lo que este modo de pensar refleja es la diferencia entre el nacionalismo europeo y el de nuestros pueblos, conquistados y colonizados en función de aquel nacionalismo. El nacionalismo europeo, su desarrollo y luchas están profundamente identificados con sus respectivos Estados nacionales. Desde esa perspectiva, tiene razón Negri en considerarlo una fuerza negativa. Pero en nuestra región, el nacionalismo se identifica con la relación nación-pueblo, hunde sus raíces en las diferentes expresiones de lucha que desplegara nuestro pueblo a lo largo de su historia. En nuestro caso, la lucha nacional está integrada a la lucha por la emancipación social, se trata de una corriente positiva que forma parte del avance del conjunto de la humanidad. El *nacionalismo popular revolucionario* tiene ese origen: se contrapone y confronta con el nacionalismo burgués de los países europeos.

La resistencia al actual sistema de dominación y la construcción de un nuevo poder encuentran una forma de síntesis en el ya señalado de Proceso Popular Constituyente. En este sentido es bueno recordar que, a los fines de estas consideraciones, lo «constituyente» no es un concepto unívoco. Contiene conceptos diferentes. Uno de ellos está referido a las tareas de «reforma» de nuestras actuales Constituciones escritas. Otro, a la reapropiación de la soberanía popular por parte del pueblo, que «constituye» un nuevo poder, con su nuevo Estado y sus instituciones, confrontando con el viejo poder «constituido». Este es el caso de la Asamblea Constituyente Originaria. Por último, también está la tarea permanente de la «constitución de derechos» que, para muchos, encuentra su lógica en aquella frase de Evita: «Donde existe una necesidad hay un derecho».

Las dos últimas acepciones remiten a la necesidad del trabajo cotidiano para una modificación en la correlación de fuerzas, hasta construir un nuevo «ser hegemónico». Esta nueva hegemonía será la base de un *proceso refundacional*, sustentado en la tarea permanente de constituir derechos que permitan hacer realidad el sueño de un mañana distinto con una humanidad más digna y feliz.

Concebir lo «constituyente» como horizonte nos remite a los avances hacia una Constituyente que siente las bases de la refundación estatal y de una democracia participativa y protagónica. Asamblea Constituyente Originaria y, como camino, la «constitución de derechos», centrada en la «diaria construcción del poder popular», son las dos formas de entender la cuestión «constituyente» que aquí interesa desarrollar.

Con ello no se niega la posibilidad de una Reforma Constitucional en los términos previstos por el texto actualmente vigente. Pero tampoco nos debe permitir olvidar que una «reforma» de estas características no

atacaría ni corregiría los vicios de origen de nuestro texto constitucional.

Del poder constituido al poder constituyente

Mientras los cambios o modificaciones provengan del poder constituido, no generarán malestar en quienes lo detentan, ellos saben los límites que tiene. Instituciones del viejo régimen como el Poder Legislativo y Judicial, particularmente este último, que ordinariamente parecen secundarias, son en realidad los *garantes de los privilegios del sistema* cuando este entra en una zona de riesgo.

Es por eso que la construcción del nuevo poder no puede tener su eje principal de acumulación en esos tradicionales subsistemas de los mecanismos de dominio y explotación. El nuevo tipo de poder, el poder constituyente, se hace realidad sobre otras bases y, muy a menudo, confrontando con el poder constituido. No es un poder constituido que haya que «mantener» ni tampoco «asaltar», sino que es *un poder a construir*: es el poder del pueblo organizado.

La lógica actual de un poder que está allí como algo perenne, lejano e inaccesible, conduce al tan en boga concepto de «la gobernabilidad», cuyo ejercicio depende de la «eficacia» en el control de los «poderes» emergentes, para que ellos no cuestionen el poder que se ocupa.

Lo que aquí se plantea es otra cuestión, respecto de la que tenemos la inmensa ventaja de que ha sido acuñada en una consigna de vieja data. Se trata de lo que dijera la compañera Evita y referimos en distintas oportunidades a lo largo de estas reflexiones: «Donde existe una necesidad hay un derecho». Allí está, magistralmente sintetizada, la clave del poder constituyente. Se trata de transformar en derecho las necesidades, las necesidades del pueblo y de cada integrante de este. Claro está que estas son múltiples y, si aspiramos a construir otro tipo de sociedad, no se agotan en el tema económico, sino que, fundamentalmente, se trata de *ser más, con los demás*.

Esa es la perspectiva donde se pueden inscribir las luchas por una mayor y mejor política distributiva. Aquí se han denominado como «asistencialistas» las necesarias pero insuficientes medidas sociales de atender a necesidades derivadas de la evolución del propio sistema. Esa es la base mínima, el primer paso que permita avanzar en la justicia social. Pero un escalón superior es la mayor dignidad que supone la participación efectiva del poder que se construye diariamente, colocando el eje en la persona y su despliegue en la convivencia de la comunidad. Es lo que podríamos reconocer como una *política distributiva de dignidad*. (346)

Para hacer realidad lo dicho, para este modelo participativo, el peronismo hizo suya aquella idea de que el pueblo debe ser protagonista de su propio destino. «Solo el pueblo salvará al pueblo» (347) fue la consigna central de la CGT de los Argentinos conducida por Raimundo Ongaro, que sintetizara las luchas de nuestra generación a fines de los años sesenta e inicios de los setenta.

Nadie hará por él lo que el mismo pueblo no sea capaz de construir. Esa construcción del poder constituyente como contrapartida del poder constituido, que tenga al pueblo como su protagonista y que cobre entidad a partir de la lucha por sus reivindicaciones, es una de las bases para ir haciendo realidad el proyecto de poder alternativo de estos tiempos. En esa construcción resulta valioso tener presente algunos aspectos complementarios. La elaboración y explicitación de un *Proyecto Nacional Revolucionario*, que señalará los contenidos y objetivos del conjunto de acciones a desplegar. La *lucha concreta* a través de la cual ese programa tomará cuerpo en el pellejo de las/os militantes que le darán visibilidad y existencia, en el camino de cambiar las correlaciones de fuerza existentes en la sociedad, incluyendo en sus tareas el desarrollo y complementación de nuevas formas productivas. El *despliegue de diferentes instancias organizativas*, que permitan superar la actual fragmentación, avanzar en distintos mecanismos de articulación, hasta alcanzar la *unidad del pueblo* en lucha, la *unidad de los Movimientos de Resistencia* (348) y de las distintas instancias productivas de nuevo tipo que el pueblo haya ido desarrollando. Todo ello, además, deberá estar inscripto en la articulación de las luchas desplegadas por cada uno de nuestros pueblos por la Soberanía Nacional antiimperialista, que nos permita alcanzar la Segunda Emancipación de Nuestra América, el hogar común de nuestra convivencia.

Los instrumentos para construir el poder alternativo que nos permitan culminar en la Asamblea Nacional Constituyente Originaria, son diversos. Ellos surgirán de la necesidad de dar respuesta a las diferentes prácticas que se proponen. Estas pueden incluir la movilización, el voto, diferentes formas de lucha y actividades productivas que incorporen nuevas relaciones de producción e intercambio. Reconociendo que estas últimas, en la medida que sean respuestas efectivamente apropiadas por el pueblo, difícilmente tengan retrocesos.

Cada una de estas líneas de acción reclama la existencia de un nivel apropiado de organización que, inclusive, se podrá ir modificando a lo largo del tiempo para ajustarse a los avances en materia de articulación y unidad, a la evolución de la correlación de fuerzas y a las características que vaya adoptando el enfrentamiento con el poder

constituido.

Sin olvidar —ni mucho menos— a otros sectores claves para la organización social como lo es el caso de los trabajadores, se puede considerar que es *en la organización territorial* donde tiene que expresarse con mayor fortaleza la alternativa política en construcción, pues si bien «en el mundo del trabajo» es donde trabajan las mayorías populares, es en el territorio donde todas ellas viven y se encuentran.

En la medida que se avance en una organización de este tipo será posible articular, en el territorio, en el marco de una estrategia nacional, la confluencia de los distintos sectores populares. Incluso la organización por reivindicaciones laborales podrá alcanzar de esa manera un punto más alto. Es por eso que la organización territorial aparece como una de las prioridades más inmediatas. En el territorio se da la posibilidad de construir organizaciones locales (por barrio o zona), expresivas de las distintas necesidades del mismo.

El punto de partida es siempre el mismo: la acción común con aquellos que coincidan con este proceso constituyente fundado en el principio de transformar las necesidades en derechos. A partir de esa práctica, se puede desarrollar la idea de construir una *organización territorial de masas* en cada lugar. No parece descabellado pensar que la misma inicie su funcionamiento con criterios asamblearios y con «voceros» que tengan un doble objetivo: *articular la construcción territorial en el marco municipal* y *expresar las reivindicaciones existentes* en dicho territorio con las autoridades pertinentes. Así, podremos promover la existencia de «Multisectoriales», «Cabildos» o «Unidades Básicas del Poder Popular» donde las organizaciones territoriales definan su propia manera de vivir, producir e intercambiar; de vincularse a los fines de resolver los problemas de salud, educación, vivienda; de interrelacionarse en lo humano; de establecer las reglas de convivencia entre lo público y lo privado.

El origen de estas organizaciones lo podemos situar en distintas motivaciones reivindicativas o de solidaridad: la lucha por el agua; la defensa de la soberanía alimentaria; por la recuperación de nuestros bienes comunes y contra el saqueo de los mismos; por los servicios públicos (cloacas, transporte, tarifas); un sistema de salud y vivienda que sean todos ellos de acceso realmente universal; contra las drogas —instrumento de políticas del poder—; contra la judicialización de las protestas sociales; por una educación más próxima, real y compartida que, con o sin las escuelas que conocemos, vaya construyendo una alternativa al agotamiento del actual sistema, particularmente su nivel medio, que se encamina hacia su implosión.

Estas organizaciones, en la medida que crezcan en sus contenidos

reivindicativos, masividad y continuidad de lucha, podrán pasar de la forma asamblearia a sistemas más estables y permanentes, siempre que estos garanticen la revocabilidad de los mandatos.

Tal como se dijera antes, el concepto «constituyente» también es utilizado para plantear reformas en los marcos del actual régimen constitucional. Es muy probable que, cuando aún no contemos con una favorable correlación de fuerzas, el sistema nos proponga una modificación del actual régimen constitucional como una parte de la lucha política de alguna coyuntura, como un mecanismo para fijar algunos avances reclamados por el pueblo o también en una perspectiva de preservar sus privilegios sustanciales. Para ese supuesto, entre las cuestiones que no podrían faltar a la hora de una reforma de este tipo, corresponde señalar dos tareas claves: la necesidad de revertir la tendencia que permite y facilita el actual saqueo —por parte de empresas trasnacionales— de los bienes comunes y la exigencia de terminar con la exclusividad del actual sistema de representación, a partir del cual un grupo de partidos y dirigentes políticos expropia la soberanía popular. Para terminar con el saqueo de los bienes tenemos un valioso aliado en nuestra historia política. Se trata del artículo 40º de la Constitución Nacional de 1949. Esa norma, que es parte de la experiencia colectiva de nuestro pueblo, constituye el piso desde el cual deberíamos arrancar en cualquier debate sobre la Reforma Constitucional. Más aún, se da la posibilidad de discutir la legalidad de la derogación de esas disposiciones mediante un «bando militar» emanado del gobierno instalado por el golpe de Estado de 1955. Reivindicando esa norma, estamos en condiciones de cuestionar la Reforma de 1994 que, al «provincializar» los recursos naturales, debilitara el ejercicio de la soberanía nacional sobre los mismos.

Para reapropiarnos de la soberanía del pueblo, perdida en manos de los partidos que usufructúan de la actual «democracia representativa», necesitamos acudir a formas que le den mayor participación y protagonismo al pueblo. Mecanismos que limiten los alcances del actual «poder delegado» que permiten todo tipo de «borocotizaciones».* Los mecanismos de revocatoria de mandatos permiten que el poder constituyente del pueblo no quede indefenso ante la avalancha de oportunistas que hacen todo lo contrario de lo que prometieron.

Otra medida adecuada a las exigencias de estos tiempos es la de poner en marcha formas de participación complementarias a las actuales de «representación», que desconectan al pueblo y sus intereses concretos del actual «sistema político», que se rige según sus propias reglas e intereses.

La «lógica» del proceso de acumulación constituyente —centro de

estas reflexiones— hay que inscribirla dentro de la contradicción central de estos tiempos: inclusión/exclusión, que atraviesa al conjunto de nuestras sociedades. En esta contradicción, la síntesis supone la posibilidad de «producir las condiciones para que esas formas y relaciones sociales de emancipación se fortalezcan, resistan, se expandan territorialmente y puedan ir derrotando los poderes viejos y nuevos ya constituidos, manteniendo su carácter colectivo y constituyente». (349) Esta perspectiva contiene y le pone marco a la decisión de sostener la lucha, para hacer posible: la soberanía popular constituyente; la soberanía nacional antiimperialista y la segunda emancipación continental.

En el desarrollo de estas políticas tendremos la oportunidad de ir construyendo otra realidad, que no esté regida por la actual «lógica» de este «cascarón de representación» manifestado en una pura verticalidad y autoritarismo, hijo de un sistema patriarcal que está agotado. Ya no está claro quién representa a quién, pero con seguridad prácticamente nadie —en el poder actual— lo hace respecto de quienes están excluidos.

En este marco no es casual que en el territorio sean las compañeras quienes encabecen la organización y lucha populares. Es preciso que esa misma mirada femenina esté en el lugar de las decisiones.

A partir de la crisis de 2001, fueron las mujeres las que dieron el paso hacia adelante. Prácticamente ausentes del actual sistema de poder y más acostumbradas a gestionar el hogar, fueron las más dispuestas a poner en marcha novedosos (para estos tiempos) mecanismos para resolver esa dificultad. Sabían que para dar de comer necesitaban una determinada cantidad de recursos, y que estos recursos no importaba si venían en dinero o en especies. Por eso no les fue tan complicado aceptar los trueques.

Más allá de arduos y legítimos debates sobre las cuestiones de género, quienes aspiren realizar la faraónica tarea de avanzar en ideas y prácticas alternativas no pueden privarse de la capacidad demostrada por ese componente femenino que representa más de la mitad de la humanidad sumergida. Una presencia protagónica de la mujer podría llegar a configurar una tendencia que ya no esté al servicio de reproducir la actual cultura machista. Ella podría constituirse en un aspecto sustancial al nuevo tipo de poder a construir, que contribuya a regular las relaciones entre los humanos y con la naturaleza, para permitir que ambos se reproduzcan y mantengan sin afectar las posibilidades de su continuidad.

En este camino nos encontramos ante el desafío de alcanzar una visión más completa, que contemple y contenga a los otros; que supere

lo mío por lo nuestro, lo común o compartido; que sea capaz de colocar las formas participativas y protagónicas en el lugar de la actual representación.

Sobre estas bases es posible que podamos colocar el pensamiento, la producción, el intercambio, las distintas formas de acción, lucha y organización que tengan arraigo y desplieguen lo mejor de las prácticas y experiencias de nuestros pueblos. Que se construya a partir de la lectura de sus propias y mejores tradiciones. Todo ello en un camino que se corresponde con la lógica de la vida, su preservación y crecimiento. Lejos de fórmulas impuestas vinculadas con el predominio de la renta, la acumulación y el poder individual, que explican la exclusión que hoy padece gran parte de nuestros hermanos y que amenaza al futuro de todos. En definitiva, más cerca de la Pacha Mama, madre del universo, que del Mammón, que es el dios de la riqueza y Mercurio, el dios de los negocios.

311. Silva, Horacio: *Días rojos, verano negro. Enero de 1919, la Semana Trágica de Buenos Aires*, Buenos Aires, Terramar, 2011, pp. 24-25.
312. Firmenich, Mario Eduardo: *Eutopía: una propuesta alternativa al modelo neoliberal*, Buenos Aires, Colihue, 2004, pp. 16-17.
313. Prelooker, Mauricio: «Fábula: El alacrán y la rana. Un ensayo sobre la economía del desastre y la reconstrucción del hombre», *La economía del desastre. Cómo salir de la crisis y construir un país mejor*, Buenos Aires, Grupo Editor del Encuentro, 1994, pp. 99-100.
314. Beinstein, Jorge: «Autodestrucción sistémica global, insurgencias y utopías», conferencia en el ciclo *Los retos de la humanidad: la construcción social alternativa*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), UNAM, México, 23 a 25 de octubre de 2012. Disponible en: <http://beinstein.lahaine.org/?p=515> (última consulta: 13/12/2012).
315. Firmenich, Mario Eduardo: *op. cit.*, p. 94.
316. Boff, Leonardo: «El Horizonte de los Derechos de la Naturaleza», en *América Latina en Movimiento*, nº 479, Quito, octubre 2012, p. 13, en coedición con la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (CAOI). Disponible en: <http://alainet.org/publica/alai479w.pdf> (última consulta: 13/12/2012).
317. Castro, Fidel: *Fidel Castro con los intelectuales. Nuestro deber es luchar*, La Habana, Editorial José Martí, 2012, pp. 12-13.
318. Cafiero, Mario: «Soberanía del Territorio y los Recursos. Necesidad de un Proyecto Emancipador», conferencia en la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 11 de octubre de 2010. Disponible en: <http://archivo.cta.org.ar/Soberania-del-territorio-y-los.html> (última consulta: 13/12/2012).
319. Perón, Juan Domingo: «Mensaje Ambiental a los Pueblos y Gobiernos del Mundo», Madrid, carta del 21 de febrero de 1972. Disponible en: <http://www.ambiente.gov.ar/?idarticulo=5187> (última consulta: 13/12/2012).
320. Kusch, Rodolfo: *Obras completas*, vol. III, Rosario, Fundación Ross, 2011, p. 229.
321. Friedman, Milton: «Capitalismo y Libertad». Disponible en: <http://

www.neoliberalismo.com/capital_libertad.htm> (última consulta: 13/12/2012).
322. Vitali, S.; Glattfelder, J. B.; Battiston, S.: «La red de poder corporativo global», Instituto Federal Suizo de Tecnología, Zúrich. Disponible en: <http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0025995#top> y <http://www.newscientist.com/article/mg21228354.500-revealed-the-capitalist-network-that-runs-the-world.html> (última consulta: 13/12/2012).
323. *Ibid.*
324. Rothkpof, David: *SuperClass: the Global Power Elite and the World They are Making* (*Superclase: la elite de poder mundial y el mundo que está creando*), Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux Pub, 2009.
325. Roubini, Nouriel: «Karl Marx estaba en lo cierto, el capitalismo puede autodestruirse», agosto de 2011. Disponible en: <http://es.paperblog.com/nouriel-roubini-karl-marx-estaba-en-lo-cierto-el-capitalismo-puede-autodestruirse-651515/> (última consulta: 13/12/2012).
326. Sanoja Obediente, Mario: *Del capitalismo al socialismo del siglo XXI. Perspectiva desde la Antropología Crítica*, Caracas, Universidad Latinoamericana y del Caribe (ULAC), 2010, p. 19.
327. Chávez, Hugo: «Aló Presidente 244», 15 de enero de 2006, en Marrero, Lenín (comp.), *Formación de los Consejos Comunales*, Caracas, Universidad Bolivariana de Venezuela, 2007, p. 8.
328. Prelooker, Mauricio: *op. cit.*, pp. 138-139.
329. Galbraith, John K.: *Historia de la economía*, Barcelona, Ariel, 2007, pp. 326-327.
330. Kusch, Rodolfo: *Obras completas*, vol. III, *op. cit.*, p. 35.
331. *Ibid.*, pp. 18-32.
332. Bolívar, Simón, citado en Beluche, Olmedo: *La Unidad Latinoamericana, ¿utopía bolivariana o posibilidad real?* Disponible en: <www.alianzabolivariana.org/pdf/180.pdf> (última consulta: 13/12/2012).
333. Rodríguez, Simón, citado en Feinsinger, Peter: «Simón Rodríguez y el desarrollo de la ecología (y campos afines) en Bolivia», *Revista de Ecología en Bolivia*, nº 38, octubre de 2003, pp. 95-98. Disponible en: <http://www.scielo.org.bo/scielo.php?pid=S1605—25282003000200001&script=sci_arttext> (última consulta: 13/12/2012).
334. Guillén, Rubén León: «Integración Suramericana: cara o ceca. (Base de un proyecto soberano o herramienta de sujeción a los intereses foráneos)», Conferencia en el Foro San Martín, 22 de agosto de 2012. Disponible en: <http://www.agendadereflexion.com.ar/category/foro-san-martin/> (última consulta: 13/12/2012).
335. Mounier, Emmanuel: *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1984, pp. 17-18.
336. Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI): *Informe Anual 2012*, leído en la Plaza de Mayo, 16 de noviembre de 2012. Disponible en: <http://correpi.lahaine.org/?p=1170> y <http://correpidifusion.blogspot.com.ar> (última consulta: 13/12/2012).
337. González Casanova, Pablo: «Los peligros del mundo y las ciencias prohibidas», *La Jornada*, México, 14 de noviembre de 2011. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2011/11/14/sociedad/043a1soc> (última consulta: 13/12/2012).
338. Monedero, Juan Carlos: *Disfraces del Leviatán. El papel del Estado en la globalización neoliberal*, Caracas, Escuela Latinoamericana de Gobierno, Políticas Públicas y Ciudadanía, 2008, p. 100.

339. Lincoln, Abraham: «Discurso de Gettysburg», 19 de noviembre de 1863. Disponible en: <http://inep.org/index.php?option=com_content&task=view&id=1522&Itemid=5> (última consulta: 13/12/2012).
340. Hobsbawm, Eric: «La Historia del Siglo», *Revista Ñ*, Clarín, Buenos Aires, 9 de junio, 2007.
341. Martí, José: *Nuestra América*. Disponible en: <http://www.analitica.com/bitblio/jmarti/nuestra_america.asp> (última consulta: 13/12/2012).
342. Mariátegui, José Carlos: «Aniversario y Balance», *Amauta*, nº 17, Lima septiembre de 1928. Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/sep/aniv.htm> (última consulta: 13/12/2012).
343. Rodríguez, Simón, citado en: «La toparquía de Simón Rodríguez». Disponible en: <http://m.panorama.com.ve/not.php?id=42896> (última consulta: 13/12/2012).
344. Kusch, Rodolfo: *op. cit.*, vol. II, p. 549.
345. Negri, Antonio: «Izquierda: gobierno, poder, política y hegemonía», en Barreto Cipriani, Juan y Sánchez, Héctor (comp.), *Izquierda*, Caracas, Ministerio de Poder Popular para la Cultura y la Educación Universitaria, 2012, p. 320.
346. Bolívar, Jorge: «Armando Poratti. Un amigo de la sabiduría», *Agenda de Reflexión*, nº 862, 3 de diciembre de 2012. Disponible en: <www.agendadereflexion.com.ar> (última consulta: 17/2/2013).
347. Ongaro, Raimundo: *Programa de la CGT de los Argentinos del 1° de Mayo de 1968*, Buenos Aires, Federación Gráfica Bonaerense, 2001, p. 29.
348. Katz, Claudio: «Argentina: Anatomía del Kirchnerismo (Parte IV - Final)». Disponible en: <http://www.argenpress.info/2013/01/argentina-anatomia-del-kirchnerismo_22.html> (última consulta: 17/2/2013).
349. Denis, Roland: *Las tres repúblicas. Retrato de una transición desde otra política*, Caracas, Nuestramérica Rebelde, 2011, p. 18.

EPÍLOGO

Honrar la vida

A modo de epílogo, quisiera explicar la necesidad que tuve de escribir la historia que me tocó y elegí vivir junto a miles de compañeros que ya no están. Lo hago porque nada crece desde el olvido y porque confío en los buenos frutos de lo que otros y nosotros plantamos.

Me parece que es necesario que las futuras generaciones conozcan la historia completa, con aciertos y errores de quienes no se sintieron víctimas de la misma ni fueron indiferentes, sino que quisieron participar en una lucha desigual para transformar la realidad.

Desde que empecé a escribir asumí el compromiso, que espero haber cumplido, de no jugar a las escondidas con la Historia. Tampoco me guía el espíritu de *quedar bien*, ni con los demás ni conmigo mismo. A medida que se acortan los plazos de la vida personal se agranda la imagen del futuro a construir. Aun sabiendo que el compromiso personal seguirá ligado a la realización de ese porvenir, no quedan dudas de que será para otros lo central de esa tarea. En homenaje a lo que fuimos, a lo que quisimos, a lo que hicimos, pensando en esos protagonistas del futuro fueron escritas páginas.

Recuerdo una poesía-canción de Alfredo Zitarrosa, «El violín de Becho», que decía «Becho quiere un violín que sea hombre, que al dolor y al amor no los nombre».

En las cientos de páginas que escribí y el lector se tomó el trabajo de leer, quise reflejar no solo las concepciones sobre la realidad que tuvimos en cada momento sino, ya que la vida no transcurre solo por el cerebro, también las pasiones que suscitaban los acontecimientos vividos, los dolores y los amores.

Muchas veces, en el ardor del compromiso asumido creímos, como quería Becho, que de >«eso» no se debía hablar. Sin darnos cuenta de que el dolor, el amor, la búsqueda de la felicidad, siempre están.

Por eso, en esta ocasión, no se trata de una información solo teórica, política o ideológica, describiendo los hechos, expresando los sueños, reconociendo una vez más los errores cometidos, sino también la historia de las pasiones generales y dominantes. Esas que imprimen el espíritu de una época, para comprender los movimientos de liberación de los sesenta y setenta. Un mundo bipolar que comenzaba a disolverse ante nuestros ojos, junto al Tercer Mundo, a los Países No Alineados, a nuestra América Latina signada por la voracidad del imperialismo. El

mismo que financiaba impúdicamente los golpes de Estado en toda la región, para que su Doctrina de Seguridad Nacional pudiera imponerse. Sin olvidar a los cipayos que, siempre listos para servir a los poderes económicos trasnacionales, no dudaron en sacrificar a sus compatriotas beneficiándose con ese entreguismo.

Todo ello costó demasiadas vidas en nuestra América a aquellos que luchaban por la justicia social, por la soberanía política y la independencia económica.

Quizás era hora de hablar también de los dolores que nos provocó esa lucha. Quizás era hora de plantear que ella no es patrimonio de una generación. Que hubo, hay y habrá otras que no cejarán en la búsqueda de las banderas, por una vida más digna y justa, que nuestro pueblo trabajosamente va construyendo para que flameen en nuestra tierra. Quizás era hora de hablar del costo en vidas que deben ser honradas por quienes sobrevivimos.

La única autocrítica válida es en la práctica. Más allá de las autocríticas puntuales en el fragor de la pelea, en cada paso o circunstancia que hemos reiterado, sabemos que lo que nos convocó siempre fue un mundo mejor, una sociedad más justa, un compromiso de vida más allá de cualquier teoría.

No creo que esta actitud actual deba o pueda ser melancólica de nuestras grandes pasiones. La supervivencia siempre tiene un matiz culposo por los que ya no están. La única forma de no sentir que todo es de menor cuantía, es comprender con el mismo Zitarrosa que «No hay cosa más sin apuro / que un pueblo haciendo la historia». Que las revoluciones no son ni el asalto a un cuartel, ni al Palacio de invierno ni a la Bastilla. Que nacen de la construcción cotidiana, de las necesidades esforzadamente constituidas en derechos, que eso no es un retroceso histórico de nuestras grandes utopías, que todo ello también es doloroso, lento y progresivo. Que la buena nueva, la felicidad de un amanecer distinto, que un día aparece como inesperado y espontáneo es hija de un largo y trabajoso construir colectivo.

Creo compartir con nuestros compañeros el hecho de que no nos arrepentiremos nunca de haber combatido contra las dictaduras que asolaron a nuestra América. Tampoco de haber dejado jirones de la vida o la vida misma en esa lucha desigual contra el poder oligárquico, que impide la unidad de la región y la felicidad de sus pueblos.

Más allá de las infamias que hemos padecido los que somos tercos en vivir, que los poderosos intereses nos hayan atribuido crímenes que no cometimos ni quisimos; más allá de las teorías inventadas como la de «los dos demonios» para ponernos al mismo nivel moral de los genocidas por quienes no levantaron ni siquiera la voz contra las

dictaduras, la única forma de honrar la vida de nuestros compañeros será contar la verdadera historia y transmitir aquellos valores y los sueños que los alimentaron.

Consciente de que para realizar los sueños y luchar por una mayor justicia no hay retiros ni obligaciones, en el otoño de la vida, cuando un color ocre ocupa el verde brillante de otros tiempos, es bueno saber que otras primaveras volverán a hacerla reverdecer en nuevos brotes. Es por eso que más allá de las respuestas cotidianas, tarea de las generaciones que hoy ocupan el escenario, quise dejar en las páginas finales algunos desafíos. Ellos reflejan dolores y esperanzas que sostuvieron nuestra lucha y trascienden esta actualidad.

Después de varios meses de trabajo dejo en sus manos estas reflexiones. Me pertenece haberlas plasmado en estas páginas, pero cada uno de ustedes establecerá su destino y valor. Escribir estas páginas forma parte del privilegio de haber vivido y sobrevivido a una etapa fecunda donde la realidad parecía haber alcanzado la altura de nuestros sueños. Ahora cada lector dirá lo suyo.

Glosario

Andreotti, Giulio (Roma, 1919): político italiano, fue presidente del Consejo de Ministros de Italia en diferentes gobiernos. Líder del ala derecha de la Democracia Cristiana, no soslayó el pragmatismo y alguna vez sostuvo su gobierno en alianza con el Partido Comunista, tuvo vínculos con la logia P2 y participó en casos de corrupción y escándalos financieros.

Banelco: las palabras «tenemos la Banelco» de Alberto Flamarique, ministro de Trabajo del gobierno de La Alianza, refieren a una tarjeta bancaria. Ese giro verbal indica que tenían los medios para sobornar a senadores de la oposición y lograr la aprobación de una ley de Reforma Laboral en la sesión del 29 de marzo del 2000. Meses después, el senador justicialista Emilio Cantarero admitió haber cobrado. Otro arrepentido, un funcionario administrativo, el radical Mario Pontaquarto asumió su culpabilidad y admitió haber distribuido los fondos. El vicepresidente Carlos Álvarez pidió una investigación y al no encontrar eco en sus aliados políticos renunció a los pocos días y generó una crisis que dio comienzo al fin del gobierno aliancista. El ex presidente Fernando de la Rúa fue acusado judicialmente por esta maniobra.

Bordaberrización: el 25 de junio de 1973 el entonces presidente electo del Uruguay, Juan María Bordaberri, anuncia la disolución del Parlamento e instaura el gobierno por decreto dando paso a una dictadura con visos institucionales, pues las soluciones eran tomadas por las cúpulas militares. La ciencia política pasó a llamar «bordaberrización» a este tipo de maniobra, en la cual un gobernante civil opera como títere y vocero de las Fuerzas Armadas.

Borocotización: se trata de un transfuguismo, que según el castellano significa «pasarse de una ideología a otra». El neologismo argentino tiene como raíz a Eduardo Lorenzo «Borocotó» junior, médico pediatra, divulgador televisivo de temas médicos e hijo del legendario periodista deportivo Ricardo Lorenzo Rodríguez «Borocotó». Este personaje, apenas elegido diputado nacional por la Capital Federal, en 2005, en la lista «macrista», Propuesta Republicana (PRO), hizo una voltereta hacia el oficialista Frente para la Victoria (FpV). Ello motivó un escándalo político que diera origen a la señalada caracterización.

Boyereando: remite a *boyero*, peón de estancia o ayudante de los mismos que colabora en las tareas del campo y también ayuda a cuidar o pastorear los animales propios de las actividades agrícolas: caballos, vacas, ovejas, cerdos; tareas que suelen desempeñar niños y adolescentes.

Bretton Woods: los Acuerdos de Bretton Woods (Nueva Hampshire, Estados Unidos) son las resoluciones de la «Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas», realizada en el complejo hotelero de Bretton Woods entre el 1° y el 22 de julio de 1944. Allí se establecieron las reglas para las relaciones comerciales y financieras que regirían durante las décadas de la posguerra. Se decidió la creación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional y el uso del dólar como moneda internacional. Sus conclusiones fueron el reflejo de la hegemonía norteamericana sobre la economía mundial. Las propuestas británicas sostenidas por John Maynard Keynes fueron pospuestas ante la gravitación estadounidense que se inclinó por sostener lo que había elaborado el americano Harry Dexter White.

Caños/cañada: artefactos explosivos que toman el nombre de los caños metalizados con que eran fabricados en sus orígenes, durante la Primera Resistencia. En la década de 1970, durante la Segunda Resistencia, cuando los caños galvanizados prácticamente habían cedido su paso a otros tipos de explosivos, las armas caseras de ese origen conservaron el mismo nombre. Se designaba con el nombre de *cañada* la colocación de varios explosivos de un modo más o menos simultáneo para amplificar los efectos propagandísticos de esas acciones.

Ciclos de Kondratiev: Nikolái Dmítrievich Kondratiev (1892-1932) fue un economista ruso. Su fama se debe a que formuló la teoría del ciclo económico largo, cuya duración fluctúa entre 48 y 60 años. Este ciclo fue observado por primera vez cuando, en 1926, advirtió que el comportamiento de la economía norteamericana entre 1780 y 1926 había seguido tres oleadas cíclicas. Otros investigadores posteriores han conseguido demostrar que la economía inglesa se ha comportado de forma parecida desde 1271 hasta la actualidad. En este punto, la investigación para otros países se encuentra con la limitación de la falta de algunos datos mínimos que cubran un período suficientemente significativo.

Commonwealth: esta denominación designa a la Comunidad de Naciones Británicas. Surge como consecuencia de la evolución del Imperio Británico ante las presiones descolonizadoras de sus antiguas

posesiones. Su construcción se puede enmarcar como una nueva forma de dependencia. La mayor parte de los países de esta comunidad reconocen a la reina de Inglaterra como su jefa de Estado.

DEA: es la sigla en inglés de Drug Enforcement Administration (en español, Administración de Cumplimiento de Leyes sobre las Drogas). Se trata de la poderosa agencia del Departamento de Justicia de los Estados Unidos dedicada a luchar contra el contrabando y el consumo de drogas en ese país. Se trata de una agencia responsable de coordinar y perseguir las investigaciones antidroga en el extranjero. Más allá de esta función se le atribuyen responsabilidades en operaciones encubiertas para beneficiar a los grupos de poder estadounidenses. Todo ello sin contar las múltiples denuncias que la vinculan con el control del tráfico, distribución y comercialización de la droga, cuyo consumo debería combatir.

Existencialismo: se trata de una corriente filosófica, aunque sus orígenes se pueden rastrear en el siglo XIX, alcanza su mayor peso en el siglo XX. Estuvo muy en boga en Europa, particularmente Francia, en las décadas de 1940 a 1960. Sostiene que el hombre es un ser *en situación,* estar en situación significa estar comprometido y situado en la época en una relación desde la cual no se puede salir, de ahí el compromiso con posiciones políticas e ideológicas en las cuales existe la posibilidad de que el hombre se constituya como *Ser*. Esta postura filosófica llevó a los dos exponentes del existencialismo francés, Jean Paul Sartre y Albert Camus a sostener a principios de los años cincuenta una polémica acerca de la ética del socialismo autoritario (estalinismo). Sartre sostenía que el fin justificaba los medios, Camus lo contrario. Ambas posturas están expresadas en otras situaciones éticas y desarrolladas en las obras *El hombre rebelde* de Camus y *Las manos sucias* de Sartre.

Formaciones Especiales: Perón atribuía a las organizaciones guerrilleras, principalmente a las peronistas, el carácter de *formaciones especiales.* Las consideraba integrantes del Movimiento Peronista que, por su particular forma de actuar, no estaban atadas a las decisiones de las conducciones tácticas, aunque las mismas debían operar haciendo coincidir los objetivos con los de la Conducción estratégica (el propio Perón). Una de las contradicciones entre Perón y las organizaciones armadas es que estas no se concebían como una formación especial, sino como organizaciones político-militares en construcción de una vanguardia del movimiento popular.

Fracking: es un término anglosajón que se refiere a la técnica de fracturación hidráulica para la extracción de gas o petróleo no

convencional, también conocido como *shale* o *de enquisto*. Se lo diferencia de los modos de la «explotación convencional» que se utilizan para extraer líquidos y gases que están en reservorios «entre las rocas», donde una vez hecha la perforación salen hacia la superficie por la diferencia de presión. En las «no convencionales» esos líquidos y gases están «dentro de las rocas». Por eso es necesario fracturar/ dinamitar las rocas e introducir agua a presión con arenas y hasta quinientos aditivos químicos. Los problemas son de dos tipos: económicos y ambientales. Desde el punto de vista económico, su costo de exploración y extracción es de tres a cinco veces mayor que el «convencional». En cuanto al aspecto ambiental los mayores riesgos se vinculan a: la contaminación de las aguas superficiales y subterráneas; la contaminación del aire; las afecciones a la salud humana; la contaminación de suelos al cerrar los pozos y los riesgos sísmicos ante las explosiones a varios miles de metros de profundidad.

GAFI: es la sigla del Grupo de Acción Financiera Internacional, creado en París en 1989 durante la reunión del G7. Está integrado por más de treinta miembros entre países y organismos como el FMI y el Banco Mundial. Su misión, públicamente definida, es la lucha contra el blanqueo de capitales proveniente del «narcotráfico y el terrorismo». Usualmente es utilizado por los países centrales para ejercer presiones. Los préstamos internacionales de los organismos que lo integran suelen estar sujetos a que los países solicitantes cumplan con las «recomendaciones» de este organismo.

GOU: es la sigla del Grupo de Oficiales Unidos. Este grupo fue una logia u organización secreta de tendencia nacionalista, creada en el seno del Ejército Argentino el 10 de marzo de 1943. Ese mismo año realizó un golpe de Estado al presidente Ramón Castillo, tributario de la «Década infame», la logia a través de sus integrantes gobernó al país hasta febrero de 1946, con el principal objetivo de mantener la neutralidad de la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. Juan Domingo Perón, con el grado de Coronel, fue uno de sus integrantes más importantes.

Guardia de Hierro: a principios de los años sesenta, surge a partir de una iniciativa de veteranos de la Resistencia Peronista la agrupación Guardia de Hierro, el nombre proviene de la agrupación fascista rumana fundada por Corneliu Conadru a principios del siglo XX. En su conformación tuvo una afluencia de cuadros y militantes de diversos sectores. Desde el cristianismo hasta cierta izquierda, pasando por la ortodoxia peronista, siempre desestimaron la lucha armada. La vuelta

de Perón y el tercer gobierno peronista, significaron el mayor crecimiento de la Guardia, en el volumen de su militancia y el acceso a las superestructuras, por el ingreso de concejales, legisladores, diputados y funcionarios de la organización. Pero, tras la muerte de Perón el 1º de julio de 1974, Alejandro Álvarez disuelve formalmente la organización con la excusa de haber concluido con su misión, provocando desconcierto y confusión en todos sus militantes.

Guerra Fría: este término fue usado por primera vez por el escritor español Don Juan Manuel en el siglo XIV. La acepción moderna fue acuñada por Bernard Baruch, consejero del presidente Roosevelt, quién utilizó el término en un debate en 1947 y fue popularizado por el editorialista Walter Lippmann. Este concepto designa esencialmente al enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y sus respectivos aliados al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Su gravitación va perdiendo vuelo después de la «Caída del Muro de Berlín», en 1989, y termina desvaneciéndose, en 1991, tras la disolución de la Unión Soviética. Este conflicto fue la clave de las relaciones internacionales mundiales durante casi medio siglo y se libró en el frente político, económico y propagandístico y de forma muy limitada en el frente militar.

Guerra de los Seis Días: fue un conflicto bélico que enfrentó a Israel con una coalición árabe formada por Egipto, Jordania, Irak y Siria entre el 5 y el 10 de junio de 1967. Mientras Egipto demandaba a la ONU que retirase sus fuerzas de interposición en el Sinaí, Israel lanzó un ataque preventivo contra la fuerza aérea egipcia, destruyendo la mayor parte de su aviación. Jordania, Siria e Irak quedarían involucrados rápidamente en el conflicto. Estos seis días de 1967 resultaron claves en la geopolítica de la región y afianzaron las políticas expansionistas del Estado de Israel: sus consecuencias han sido profundas, teniendo una influencia decisiva en acontecimientos posteriores, como la Guerra de Desgaste, la Guerra de Yom Kipur, la masacre en las olimpíadas de Múnich, la polémica sobre los asentamientos judíos, el estatus de Jerusalén, los acuerdos de Camp David y Oslo o la Intifada. Al finalizar la Guerra de los Seis Días, Israel había aumentado considerablemente su territorio, con la incorporación de los Altos del Golán, Cisjordania (incluyendo Jerusalén Oriental), la Franja de Gaza y la península del Sinaí. Pero, paralelamente se convertiría en potencia ocupante, profundizando un clima de hostilidad con el mundo árabe que llega hasta nuestros días. Otro efecto fue que el conflicto árabe-israelí quedó plenamente encajado en los esquemas de la Guerra Fría: la Unión Soviética, junto al bloque socialista, rompió relaciones diplomáticas con

Tel Aviv e Israel se convirtió a los ojos de una buena parte de la opinión pública internacional en agresor y potencia ocupante y perdió su prestigio de pequeño país en lucha por su supervivencia.

Juanbejustismo: se trata de una categorización hecha desde la «izquierda nacional» (Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Norberto Galasso, entre otros) para dar cuenta del pensamiento socialista eurocéntrico de Juan B. Justo, fundador del Partido Socialista (PS) y de la Cooperativa El Hogar Obrero. Tuvo su mayor desarrollo, difundiendo ideas liberales y progresistas, en la intelectualidad portuaria bonaerense de fines del siglo XIX. Durante la vigencia del peronismo de los años cincuenta fueron considerados como antinacionales, librecambistas, pro imperialistas y ala izquierda de la oligarquía. Entre sus más connotados dirigentes se encuentran Alfredo Palacios y Américo Ghioldi (rebautizado socarronamente desde el peronismo como *Norteamérico*). Eran fervorosos cultores del cooperativismo de los sectores medios y del parlamentarismo.

La hora de los Pueblos: Es el nombre que se le dio al auge de los movimientos de liberación nacional en el llamado Tercer Mundo y la confluencia de los gobiernos de aquellos países cuyos procesos históricos se expresaban en el Movimiento de Países No Alineados que cuestionaban los métodos imperialistas de las dos potencias que se repartieron territorios y zonas de influencias después de la Segunda Guerra Mundial. Bajo el nombre *La hora de los Pueblos* Perón publicó, en 1968, un libro reivindicando ese movimiento mientras transcurría su exilio español. *La hora de los Pueblos* fue el nombre del documento que dio origen a un agrupamiento multipartidario, promovido por Perón en 1970. Formaron parte de ese movimiento interpartidario: La Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), el Partido Justicialista (PJ), el Partido Socialista Argentino (PSA) y el Partido Conservador Popular (PCP). Estaba destinado a presionar a la dictadura autodenominada Revolución Argentina, nacida del golpe en 1966, para que se retirara y convocara a elecciones con el fin de elegir un nuevo gobierno. Este agrupamiento, que constituyó el primer acuerdo formal entre radicales y peronistas, finalmente alcanzó su objetivo en 1972 y culminó con las elecciones del 11 de marzo de 1973. Poco antes de esa fecha dejó de funcionar.

Movimiento Nacional Justicialista: es el movimiento de masas creado y liderado por Juan Domingo Perón, el movimiento obrero organizado sindicalmente es concebido como su columna vertebral y la base ideológica es la doctrina justicialista. La herramienta de política

electoral es el Partido Justicialista que a lo largo de su historia ha construido alianzas de carácter frentista con otros partidos u organizaciones sectoriales, como pequeños y medianos productores agrícolas o industriales insertos dentro del llamado campo nacional.

Movimiento Social Italiano (MSI): es una organización neofascista italiana fundada en 1946 por Arturo Michelini, los ideales fundamentales de sus postulados son el sindicalismo corporativo, la intervencionismo estatal en economía y un sistema educativo vinculado a la confesionalidad del catolicismo. Todas estas premisas conforman una plataforma política cercana al histórico fascismo mussoliniano.

No Alineamiento: el Movimiento de Países No Alineados (NOAL) está constituido actualmente por 112 Estados del mundo en desarrollo y adicionalmente Palestina. Nació en 1961 en la Cumbre de Belgrado, Yugoslavia, como un movimiento de reflexión política para actuar en el sistema internacional multilateral en defensa de los intereses de estos nuevos países que ingresaban a la comunidad de naciones. La política de no alineamiento surgió de la determinación de los países independientes por salvaguardar su independencia nacional y los legítimos derechos de sus respectivos pueblos. Fue el resultado de la revolución anticolonial de los nuevos Estados liberados para luchar contra la opresión y la dominación extranjeras. El no alineamiento simbolizó el esfuerzo por alcanzar la paz y seguridad, así como la determinación de lograr un orden económico, social y político internacional equitativo y justo.

Partido Revolucionario Institucional (PRI): Este partido es heredero de la Revolución Agrarista Mexicana, iniciada en 1910. Uno de sus antecedentes es la fuerza creada por Plutarco Elías Calles, en 1928, con el nombre de Partido Nacional Revolucionario (PNR). Una de sus finalidades fue dar una respuesta a la necesidad de poner fin a un movimiento llamado caudillismo y de dar término a un proceso de desorganización que no garantizaba estabilidad social, económica y política. Tiempo después el PNR se transformó en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Esta transformación comienza en 1930 y culmina en 1938 bajo la presidencia del general Lázaro Cárdenas dando inicio a una política inclusiva y de unidad de obreros, campesinos, agricultores, empleados públicos y el Ejército. A partir de 1946, el PRM inicia otra etapa de transformación y se refunda con el nombre de Partido Revolucionario Institucional. Ya lejos de los principios que guiaron al proceso revolucionario a inicios del siglo XX, el PRI, luego de algunos interregnos, vuelve —en la actualidad— a gobernar México.

Pejotista: es una expresión derivada de Partido Justicialista (PJ). El peronismo, como movimiento político-social, tiene en el Partido su herramienta electoral. Así fue considerado históricamente. Durante los largos años de resistencia la estructura orgánica se denominaba Movimiento Nacional Justicialista. Con el paso del tiempo, el movimiento se fue vaciando de contenido, quedando vigente el aparato o estructura electoral. Desde este punto de vista el *pejotismo* es el peronismo electoralero, sujeto a las reglas, perspectivas y posibilidades de los cargos previstos en las instituciones de la democracia liberal. Bajo esas condiciones el PJ, una herramienta al servicio del movimiento, se ha transformado en el sujeto que determina su existencia.

Pinochetazo: se trata del nombre que dejó para la historia el golpe militar liderado por Augusto Pinochet y llevado a cabo el 11 de septiembre de 1973 contra el gobierno de la Unión Popular en Chile, presidido por Salvador Allende. Ese golpe estuvo determinado por las políticas llevadas adelante desde el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que formó parte de una serie de golpes de Estado realizados en la zona. A través de ellos fue reordenada la región sur del continente mediante la instauración del neoliberalismo, con políticas de sumisión a los dictados del imperio y los centros de poder. Para hacerlo posible se llevó adelante una dura política de aniquilamiento de las fuerzas populares resistentes a estas políticas. La coordinación represiva a través del «Plan Cóndor» fue uno de los instrumentos utilizados.

Rastrillo: es una modalidad represiva que consiste en cerrar una zona y luego *peinarla* (revisarla) casa por casa. Puede ser utilizada como una forma de *control de población* procurando *limpiar* un área, desarticular o dificultar el movimiento de fuerzas o personas enfrentadas a las autoridades. También puede responder a un modo de represión directa que busque dar con personas o fuerzas involucradas en alguna acción contra las fuerzas estatales. Fue un mecanismo utilizado en la persecución de la militancia política. En los barrios o zonas con mayor organización social la represión apelaba a este recurso de manera más frecuente.

Ratonera: es una trampa destinada a cazar ratones o animales de dimensiones parecidas. En el lenguaje de la lucha revolucionaria se lo utilizaba para señalar los casos donde las fuerzas represivas tendían trampas destinadas a capturar o eliminar militantes populares.

Régimen patrimonialista: se trata de una categoría derivada de las tipologías de dominación señaladas por Max Weber, para las sociedades

precapitalistas. En ese marco se caracterizaba por la confusión entre lo personal y lo público, fundado en la tradición. En las últimas décadas, la multiplicación de las «políticas sociales», como respuestas a la situación económico-social trajo al escenario político un modo de acción estatal que se caracteriza por la discrecionalidad del poder político sobre las esferas de competencia, distribución de jurisdicciones y manejo presupuestario. En este caso tal confusión, entre lo personal y lo público, no viene dada por la tradición, sino por el ejercicio de una deficitaria soberanía popular dentro de las normas del «modelo democrático», de bajos controles y escasa participación popular. Ello se manifiesta bajo las formas de clientelismo, hacia los sectores con menores recursos, y prebendarismo, hacia los poderes económicos beneficiados por el favor gubernamental. Estos componentes confluyen en la necesidad de amortiguar el conflicto social, fortalecer el consenso político y contribuir a la reproducción de la sociedad capitalista.

Sistema: esta denominación se utiliza para designar al *establishment* o *establecimiento del poder constituido.* Para nuestra realidad es una matriz de relaciones políticas y económicas establecidas en el marco del capitalismo nacional y trasnacional y la complejidad institucional que lo sostiene.

Tacuara: el Movimiento Nacionalista Tacuara nace en la segunda mitad de la década de 1950 albergando a jóvenes nacionalistas católicos de clase media, encabezados por el seminarista católico Alberto Ezcurra Uriburu. En los inicios de los años sesenta, aparecerían las escisiones. Unos, los *patricios*, que se vanagloriaban de tener por lo menos cinco generaciones de nacidos en el país. Motivados por el cura Julio Menvielle, las lecturas de Charles Maurras, un defensor del nacionalismo elitista francés, eran habitués de la librería Huemul, de la calle Santa Fe. Ellos formarían la Guardia Restauradora Nacionalista. Otra tendencia, más próxima al peronismo, se agruparía en el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT). En 1963 se produce la más publicitada acción militar de este grupo, el asalto al Policlínico Bancario. Ya la Revolución Cubana hacía sentir sus influencias en toda la región. Joe Baxter, uno de los jefes de ese grupo y del asalto, abandonaría, poco después ese agrupamiento. De este sector surge el Movimiento Nueva Argentina (MNA), que alimenta al «Operativo Cóndor-Malvinas», del que formara parte Dardo Cabo y que desvía un avión para ocupar Malvinas, en 1966. En medio de estas tensiones, el original agrupamiento Tacuara marchaba hacia su disolución. Ezcurra volvería a un seminario para terminar su vida, en 1993, como sacerdote católico. La figura más significativa de esta

historia sería el controvertido Baxter. Recibe instrucción en China; combate en Vietnam; presentado por los cubanos, en 1970 acompañó a Santucho en la fundación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) (V Congreso del PRT). Luego se escindiría creando el PRT-ERP (fracción Roja), manteniendo los vínculos con la IV Internacional (trotskista). Muere en 1973, en las cercanías de París, en un accidente de aviación, cuando se trasladaba para participar en una reunión de dicha corriente internacional.

Alta: la «Conferencia de Yalta» se realizó en la ciudad del mismo nombre, próxima al Mar Negro, entre el 4 y 11 de febrero de 1945. Su sede fue el Palacio Imperial de Crimea. Participaron los líderes de las potencias vencedoras. Josef Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt, como jefes de gobierno de la Unión Soviética, del Reino Unido y de Estados Unidos. Entre los acuerdos oficiales figuraban: las elecciones democráticas en todos los países de Europa; la convocatoria a una reunión en San Francisco (Estados Unidos) para organizar las Naciones Unidas, definiendo las características que tendría su Consejo de Seguridad; se aprobó el desarme, desmilitarización y partición de Alemania, la que también debería pagar una indemnización por la guerra. Además de estos acuerdos «oficiales» quedó flotando la idea de que los mencionados líderes acordaron la nueva división del mundo y sus zonas de influencias políticas y económicas. Luego del «encuentro final» realizado en la Conferencia de Potsdam, Alemania, realizada entre julio y agosto de 1945, las diferencias entre Estados Unidos y Gran Bretaña con la Unión Soviética fueron creciendo hasta llegar a lo que se conociera como Guerra Fría, que se extendió durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX.